860.82
D79

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
BOOKSTACKS

LA BALSA DE ACEITE

860.82
D79

ZARZUELA EN UN ACTO DIVIDIDO EN CINCO CUADROS, EN PROSA

original de

SINESIO DELGADO

PERSONAJES

SOLEDAD.-AMPARO.-LUISA.-MODESTA.-DOÑA LUCIANA.-LA SEÑA LORENZA.-RAMONA.-PETRONILA.-LUDOVICO.-DON ISIDORO.-MANUEL.-ARTURITO.-SANCHEZ.-UN REPARTIDOR

La acción en Madrid--Epoca actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Portal de una casa. Al foro puerta grande que da a la calle. A la derecha de esta puerta la garita o cuchitril del portero con puertas de dos hojas (superior e inferior) junto a la puerta de entrada, ventana con vidrieras frente al público. A la izquierda, del foro, el primer tramo de la escalera con su pasamanos correspondiente. En primer término izquierda y derecha las puertas de los pisos bajos. Es de día.

Sanchez, Un repartidor. Luego Arturito. Después Modesta, dentro. Al fin, doña Luciana.

MÚSICA

A poco de empezar el preludio se alza el telón y aparece el portal desierto. En seguida sale por el foro un repartidor de periódicos que se acerca a la portería y se va por donde ha venido. De la portería, y con los susodichos ejemplares en la mano, sale Sanchez, de guardia de Orden público, sin sable y con la guerrera desabrochada, y leyendo en uno de los periódicos, sube lentamente por la escalera y desaparece. Inmediatamente asoma por el foro Arturito, que después de enterarse de que no hay nadie en la portería se lanza como una flecha hacia la puerta de la izquierda, donde llama golpeando con el bastón. Pausa.

ARTURITO

Ya está aquí, La siento andar.

MODESTA

Vuelve más tarde.

MODESTA

(Dentro por la mirilla.) ¿Eres tú?

ARTURITO

¿Qué pasa ahora?

ARTURITO

¿Quién ha de ser? Mamá vigila.

MODESTA

En el modo de llamar
me has debido conocer.

ARTURITO

¡Pobre señora!

MODESTA

Vete en seguida, no seas niño.

ARTURITO

Dame una prueba de tu cariño,

MODESTA

¿Qué prueba quieres?

ARTURITO

Una sencilla,
saca un dedito por la mirilla.

MODESTA

No puedo.

ARTURITO

¿Quieres que lo suplique?

MODESTA

¡Si es que no cabe más que el meñique!

ARTURITO

Con ese basta.

MODESTA

(Asomando el dedo por la mirilla.)
Pues allá va.

APTURITO

¡Qué sonrosado! (Lo besa efusivamente.)
¡Qué rico está!
Este besito de ahora
subirá por el bracito
para morir en los labios
que es lo que yo necesito.

MODESTA (Retirando el dedo.)

¡Jesús, María!
¡qué cosas dices!
Así, soñando
somos felices.
No me quites ilusiones;
deja que sueñe despierto
que tu mamá se ha dormido
y lo del besito es cierto.

MODESTA

Vete en seguida; no seas niño.

ARTURITO

Dame una prueba de tu cariño.

MODESTA

¿Qué prueba quieres?

APTURITO

Una sencilla;
saca el meñique por la mirilla.
¿No me contestas?
¿Por qué se va?
Siento sus pasos.
(Se asoma a la mirilla.)
¡Ay! ¡Su mamá¡

(Vase corriendo por el foro. Se abre violentamente la puerta de la izquierda y aparece doña Luciana, furiosa.)

HABLADO

Luc.—¡Sí, sí! ¡Corre, corre que tú caerás! Esta vez te me has escapado, pero como vuelvas...

Mod.—(Apareciendo en el umbral.) Pero mamá...

Luc.—Anda allá dentro. Yo te aseguro que ese niño no sabe todavía lo que es un cachete; pero se va a enterar y pronto. (Vase y cierra dando un portazo.)

(Entra asustado por el foro Ludovico, recorre el portal buscando donde esconderse, y al ver desocupada la portería en ella se mete, cerrando tras sí las hojas de la puerta. En seguida entra de la calle don Isidoro, furioso, irritado y blandiendo un bastón, examina rápidamente la escena y subé por la escalera como una exhalación. Un momento después, baja Sánchez, que sin dejar de leer el periódico, se acerca a la puerta de la izquierda y llama con los nudillos. Hacerlo y aparecer de nuevo doña Luciana hecha un basilisco y soltar al guardia una bofetada de cuello vuelto, todo es uno.

San.—¡Señora!

Luc.—¡Ay, usté dispense; creí que era el chuchumeco que hace el amor a mi niña.

San.—¡Pues confundir es! Dé usté gracias a que no estoy de servicio, que si no...

Luc.—Ya le he dicho a usté que dispense.

San.—Ahí va el periódico.

Luc.—Y... no vuelva usté a llamar con los nudillos.

San.—Descuide usté, ni con los nudillos ni de ninguna manera.

(Vase doña Luciana, Sanchez pretende entrar en la portería y al encontrarla cerrada empuja con fuerza.)

Lud.—(Dentro.) Está ocupado.

San.—¡Eh! ¿qué es eso? ¿Quién se ha metido ahi? ¡Abra usté en seguida.

Lud.—(Dentro.) Espere usté un poco que no encuentro el picaporte.

Sanc.—(Furioso.) ¡Qué picaporte, ni qué narices) ¡O abre usté o echo abajo la puerta!

Lud.—(Abriendo las vidrieras.) ¡Caramba, qué genio! (Viéndole y cerrando de golpe.) ¡Uy! ¡Un guardia!

Sanc.—¿Como? ¿Otra vez? Vamos, ¡salga usté de ahí y menos mojigangas.

Lud.—(Abriendo otra vez.) Señor guardia, no me prenda usted sin oirme; que aquí hay una equivocación, que yo soy un transeunte pacífico que no se metía en nada.

Sanc.—¿Pero quiere usté salir con dos mil demonios?

Lud.—Voy, hombre, voy. (Sale al portal.) Pero yo le aseguro a usté que...

Sanc.—¿Qué hacía usté ahí?

Lud.—Pues... dando un paseito si a usté le parece.

Sanc.—¡Que me acaban de dar una bofetada y no estoy para bromas!

Lud.—¿Uua bofetada? Yo no he sido ¿eh?

Sanc.—¡Pues si hubiera usté sido ya estaba usté en la carcel.

Lud.—¡Ah! pero ¿no viene usté a prenderme?

Sanc.—Según y conforme. Vamos a cuentas: ¿Cómo se llama usté, de donde es usté, qué es usté y a qué ha venido usté?

Lud.—¡Ah! pero ¿se trata del padrón? Pues vaya usté apuntando: Nombre y apellidos: Ludovico Menéndez Méndez; lugar de nacimiento: Villarrubia de los Ojos; edad: veintiséis y décimas; estado: mozo soltero; profesión: comillas; renta o sueldo anual que disfruta: mas comillas; ¿sabe leer?: sí; ¿sabe escribir?: comillas; observaciones; que se alegra de verlo a usté bueno.

Sanc.—¿Ha acabado usté ya?

Lud.—No, señor; falta la firma.

Sanc.—Bueno: pues con todo eso no sé porqué se ha metido usté en la portería sin mi permiso.

Lud.—Porque no podía esperarle a usté para pedirle el favor.

Sanc.—¿Por qué?

Lud.—¡Señor! Porque venía huyendo.

Sanc.—¡Hola! ¿Ha hecho usté algo?

Lud.—¿No? !Nada! Que andaba por la calle con la cabeza así, (Levantada.) buscando el número 40, cuando me dió un pisotón un joven que salía de esta casa como un rayo.—«¡Ay! usté perdone.—No hay de qué.—No le había visto.—Ni yo a usté tampoco.—Etc., etc..,»—y cuando estábamos en estos etcéteras, se arrancó hacia nosotros un caballero que salió como otro rayo de un portal de la acera de enfrente. El que estaba conmigo se separó más que de prisa y dobló la esquina en un momento. El otro se me acercó con un palo en la mano y me dijo: «¡Ah pillo! ¿con que eras tú?» El pillo no era yo como usté comprende, pero como el hombre no pedía explicaciones y el palo estaba en el aire, no tuve más remedio que echar a correr y meterme en el primer portal que encontré a mano.

Sanc.—Y el caballero, ¿entró detrás de usté?

Lud.—Creo que sí; y subió a escape la escalera.

Sanc.—¡Basta! no me diga usté más. Usté anda detrás de la mujer de don Isidoro.

Lud.—¿Si? ¡Qué penetración! ¿Quién es don Isidoro?

Sanc.—Demasiado se lo sabe usté. El vecino del principal, el propietario de la casa.

Lud.—¡Ah! ¿Con que el que me seguía era el casero? Pues, salvo el parecer de usté, es un poco bruto.

Sanc.—Bruto, no. Es... como deben de ser los hombres. Porque si usté es un supongamos, estuviera casao con una mujer guapa, ¿qué haría usté?

Lud.—¿Que qué haría yo con una mujer guapa? ¿Me lo pregunta usté, como Autoridad o como portero?

SANC.—Quiere decirse que usté haria lo que don Isidoro; vigilarla, celarla y... soltar un garrotazo al que la rondara la calle.

LUD.—Al que la rondara la calle, sí; pero no al que anduviera buscando el número 40.

SANC.—Bueno, y usté ¿para qué buscaba el número 40.

LUD.—Señor, ¡que todo se ha de decir! Porque traigo una visita para un inquilino de la casa, es decir, para una inquilina.

SAN.—¿Cuála?

LUD.—Una muchacha de mi pueblo que vino a servir a Madrid hace cuatro años y yo ha hecho fortuna. ¡Cosas de las mujeres!

SANC.—¿En qué piso vive?

LUD.—¡Ah! No lo sé. Eso es lo que yo hubiera preguntado en la portería, si no me hubiera hecho perder la serenidad don Isidoro.

SANC.—¿Cómo se llama ella?

LUD.—Venancia Rodríguez.

SANC.—Aquí no vive ninguua Venancia.

LUD.—¿Está usté seguro?

SANC.—¡Hombre! ¿Lo sabré yo?

LUD.—Se habrá mudado, porque ella debe de cambiar de domicilio como de camisa, según los posibles del que corra con todo.

SANC.—¿Eh?

LUD.—Sí, señor. Según cuentan por el pueblo, la Venancia se ha vuelto así... vamos, no sé cómo decirlo... de la cáscara amarga.

SANC.—¿De la cáscara amarga? ¿Quiere decirse que es cocote?

LUD.—Dicho sea sin ofenderla, sí, señor; cocote.

SANC.—Pues ahora es cuando le digo a usté que no vive aquí, ni ha vivido nunca. ¡Bueno es don Isidoro pa admitir gente sospechosa! ¡Como que pa alquilar un cuarto en la finca se necesitan más requisitos que pa entrar en el cielo! Es lo que el dice: lo primero que hay que exigir a los inquilinos es que paguen, lo segundo moralidá y lo tercero que no tengan perros ni criaturas. Así es que aquí no oirá usté una voz más alta que otra, ni verá usté essáodalos ni chismes, ni visitas de tapadillo. ¿Usté me comprende?

LUD.—Sí, señor; comprendo que esto es una balsa de aceite y que aquí se debe de vivir en la gloria.

SANC.—Eso que usté ha dicho. Una balsa de aceite.

LUD.—Pero ¿no hay por casualidad alguna señora que pudiera haber sido...

SANC.—¡Y dale! ¿No le digo a usté que no hay más que matrimonios? Digo, en el piso segundo viven dos mujeres solas; una viuda de un bolsista con su doncella.

LUD.—¿Cómo se llama?

SANC.—¿La doncella?

LUD.—No; la viuda del bolsista.

SANC.—¡Ah! Doña Soledad. Pero no sospeche usté nada, que es una persona decente. Está por la primera vez que pregunte por ella un caballero.

LUD.—¡Caramba, caramba! Pues eso es que me han dado equivocadas las señas.

SANC.—Le advierto a usté que en esta calle hay 40 duplicado.

LUD.—¿Ah, sí? Pues eso es. No me diga usté más... Voy en seguida. (Sale la señá Lorenza, que viene de la compra, y entra en el cuchitril.)

Dichos. Lorenza.

SANC.—Espere usté un poco, que aquí está mi señora que conoce a toda la vecindad del distrito. Oye, Lorenza.

LOR.—(Saliendo de la portería sin la cesta.) Muy buenos días nos dé Dios.

LUD.—Buenos días.

LOR.—(Entregando a Sánchez lo que indica.) La cajetilla, los fóstoros... ¿Qué querías?

SANC.—Aquí el señor que pregunta si vive en la casa una cocote que se llama...

LOR.—¿Una cocote aquí? ¡Vamos, hombre! Vaya usté con Dios. Usté no sabe adónde viene.

LUD.—Ya; ya me ha dicho el esposo...

SANC.—Y ahora que caigo. A lo mejor esa que usté dice se ha vuelto a poner a servir, porque esas mujeres tién eso... (A Lorenza.) ¿Cómo se llama la muchacha de la del segundo?

LOR.—Petronila.

LUD.—Entonces no. Esta se llama Venancia.

LOR.—Venancia... Venancia... Aguarde usté. En casa de don Isidoro ha entrao una doncella nueva que tiene cara de llamarse Venancia. Suba usté y pregunte...

LUD.—¿Adónde? ¿Al cuarto del casero? ¡Cá! No, señora. ¡Qué más quisiera él que cogerme a tiro!

SANC.—Pues mirusté, yo creo que es lo mejor. Porque así, cuando se entere de que viene usté a buscar a la criada, se tranquilizará de lo de antes, y le hace usté un favor a la señora.

LUD.—¿A cuál?

SANC.—A la de don Isidoro, que estará ahora volviéndose tarumba pa darle explicaciones.

LUD.—¡Toma! pero es que sí...

SANC.—Nada, que no le pasa nada. En último resultao, no se le va a comer a usté.

LUD.—No; si aunque no me coma del todo. Con que me pegue un par de mordiscos, basta.

LOR.—No tenga usté miedo. Don Isidoro, aparte de los celos, es muy campechano y muy corriente.

SANC.—Suba usté, hombre.

LUD.—Bueno, allá voy y sea lo que Dios quiera. (Deteniéndose al subir la escalera.) ¡Ah! si oye usté un grito haga usté el favor de subir en seguida, no como portero, sinó como guardia. (Vase.)

SANC.—Descuide usté. (Los porteros quedan al pie de la escalera. Pausa larga. Empieza la música.)

LOR.—Oyes, Epifanio. Me parece que hemos hecho mal. Ya sabes que don Isidoro tiene unos prontos...

SANC.—Me alegraría, hombre. ¡Por haberse figurao que esta podía ser una casa de líos! (Otra pausa larga.)

LOR.—Ya debe de haber llamao.

SANC.—Debe, porque no se sienten los pasos.

LOR.—Y... no se oye nada.

SANC.—Nada... Tú verás cómo resulta que no le pasa nada. (Continúan al pie de la escalera escuchando atentamente. Cae con lentitud el telón corto del cuadro siguiente.)

MUTACIÓD

CUADRO SEGUNDO

Recibimiento elegante. Puerta de entrada al fondo, con mirilla. Cuando se abre se ve el rellano de la escalera.

Ramona. Después Amparo. Luego Manuel.

MÚSICA

(En cuanto se hace la mutación suena el timbre de la puerta y sale Ramona por la derecha.)

RAMONA

¡Llaman! ¡Virgen Santa!
Debe ser el amo.
¡Pobre señorita!
Yo voy y la llamo.

(Vase por la izquierda. A poco sale de nuevo seguida de Amparo. Ambas muy asustadas.)

AMPARO

Pero ¿estás segura?

RAMONA

¿Pues quién ha de ser?

AMPARO

Espérate un poco,
que vamos a ver.

(Se asoma por la mirilla.)

Yo no veo a nadie,
te habrás confundido.

(Vuelve a sonar el timbre.)

¡Ay!
Sí que es Isidoro.
Sí que es mi marido.

(Sale Manuel por la izquierda, con todo género de precauciones.)

MANUEL

Pero ¿qué es esto?

AMPARO

Aterrada.) ¡Que estoy perdida!
Que no des voces, y que en seguida
debes tirarte por el balcón.

MANUEL

Ese recurso no es muy discreto.
Tras de matarme te comprometo.

RAMONA

El señorito tiene razón.

(Suena otra vez el timbre.)

AMPARO

¡Ya se impacienta!

MANUEL

(Sacando un revólver y decidido a todo.)

¡Que entre en seguida!
Quiero venderle cara mi vida,
y así encontramos la solución.

AMPARO

¡Por Dios, Manolo! (Cogiéndole la mano.)

MANUEL

No me sujetes.

AMPARO

Tras de matarle me comprometes.

RAMONA

La señorita tiene razón.

MANUEL

¿Qué hacer entonces?

RAMONA

Hay que salvarle.

AMPARO

Sí; pero ahora para ocultarle
no se me ocurre ningún rincón.

RAMONA

Para este caso puede que fuera
buen escondite la carbonera.

AMPARO

La cocinera tiene razón.

MANUEL

¡Eso es indigno de un caballero!
¡Que entre en seguida, que aquí le espero!

AMPARO

Salva mi vida, salva mi honor.
¡Yo te lo pido por nuestro amor!

MANUEL

¡Cómo ha de ser!
Vamos allá.

RAMONA

(A Manuel.) ¡Sígame usté!
(A Amparo.) Y usté abrirá.

(Vanse por la derecha Ramona y Manuel. (Suena otra vez el timbre.)

AMPARO

¡Ay... ay!...

(Repiqueteo fuerte del timbre, con el cual acaba el número. Amparo, más muerta que viva, abre la puerta. En ella aparece Ludovico.)

HABLADO

LUD.—Buenos días.

AMP.—¡Ay! Si no es él. (Llamando hacia la izquierda.) ¡Ramona! ¡Ramona! ¡No le encierre usté en la carbonera que no es el señorito!... (Acordándose de pronto de que Ludovico está presente.) ¡Ay! me habrá usted oído! ¡Qué imprudencia! (Entra en escena Ludovico y Amparo cierra la puerta.)

LUD.—Ha sido sin querer; pero como usté grita tanto...

AMP.—(Acongojada.) ¡Ay! caballero... porque supongo que usté será un caballero...

LUD.—A la vista.

AMP.—Yo le suplico, por lo que más quiera usté en el mundo, que olvide todo lo que haya podido adivinar.

LUD.—Si lo que he podido adivinar ha sido poca cosa. Que yo no soy el señorito y que Ramona iba a encerrar al gato en la carbonera.

AMP.—¿Al gato? ¿De veras ha creido usté que era al gato?

LUD.—(Riéndose socarronamente.) No, señora, ¡qué he de creer! Pero lo digo para que vea usté que sé hacerme el desentendido.

AMP.—¡Gracias, muchas gracias! Pero ¡por Dios! no piense usté nada malo.

LUD.—No, señora; si lo que pienso no es malo.

AMP.—Yo le explicaré a usté... Es que mi marido es exageradamente celoso. Es lo que se llama una fiera.

LUD.—Ya lo sé.

AMP.—¡Cómo! ¿Usté le conoce?

LUD.—Ya lo creo. ¿No vive en este piso don Isidoro el dueño de la finca!

AMP.—Si señor.

LUD.—¿No es usté la mujer de don Isidoro?

AMP.—Sí, sí, señor.

LUD.—Pues su marido de usté ha estado a punto de abrirme la cabeza hace poco... porque sin duda me tomó por el gato que iba a esconder Ramona.

AMP.—Que le advierto a usté que no es más que un amigo.

LUD.—Ya; ya, sé. Pero yo creí que estaba aquí.

AMP.—¿Quién?

LUD.—Su marido de usté. Porque ha entrado persiguiéndome y ha subido por la escalera a escape.

AMP.—¿Qué dice usté?

LUD.—La verdad. ¡Ah! ya caigo. Se habrá figurado que no he parado hasta el último piso, y andará registrando las guardillas.

AMP.—Pero, ¿está en la casa?

LUD.—Ya lo creo. Y no tardará en caer por aquí siguiendo el registro.

AMP.—(Asustada.) ¿Dios mío! ¡Dios mío! (Llamando.) ¡Ramona!

LUD.—(¡Qué casa más tranquila! Bien dice don Isidoro: lo primero la moralidad, lo segundo...) (Se asoma Manuel por la izquierda.)

MAN.—¿Qué pasa?

AMP.—Huye enseguida. Este caballero lo sabe todo, pero es una persona decente.

LUD.—(¡Hola! aquí está el gato.)

MAN.—(Acercándose a Ludovico y estrechándole la mano.) Caballero... no le digo nada.

LUD.—(Idem.) Yo tampoco le digo a usté nada.

MAN.—Entre hombres estos favores no se olvidan nunca. Si alguna vez puedo serle útil en cualquier lance parecido...

LUD.—Gracias. ¡Ojalá!

AMP.—(Abriendo la puerta.) ¡Pronto, por Dios! que creo que oigo pasos.

MAN.—(A Ludovico.) Adiós. Repito... (Sale al rellano de la escalera.)

LUD.—¡No, hacia arriba no, que por ahí anda el guarda! ¡Váyase usté a la calle!

MAN.—¡Ah! ¿está arriba? ¡Maldición! (Desaparece. Amparo vuelve a cerrar la puerta.)

Amparo, Ludovico

AMP.—Caballero, no sé cómo pagar a usté el favor que acaba de hacerme.

LUD.—Señora, eso no vale la pena. Sólo siento que se haya usté llevado un susto por mi causa, cuando precisamente venía yo, por consejo de los porteros, á tranquilizar a don Isidoro.

AMP.—¿Sí?

LUD.—Sí, señora, porque verá usté. Como él podía haberse figurado otra cosa, y yo, si rondaba la calle, era buscando a una muchacha de mi pueblo.

AMP.—¿De qué pueblo?

LUD.—De Villarrubia de los Ojos, para lo que usté guste mandar.

AMP.—¿Y está sirviendo aquí?

LUD.—Sí, señora; pero no sé para lo que está sirviendo.

AMP.—¡Ah! pues ni la cocinera ni la doncella son de Villarrubia. ¿Ha preguntado usté en el segundo?

LUD.—No, señora; pero sé que allí vive la viuda de un bolsista.

AMP.—No se fíe usté de esa viuda del bolsista.

LUD.—¡Ya! Ya está visto que no debe uno fiarse de nada. Pero como el portero me ha dicho que don Isidoro es tan riguroso con los inquilinos... (Suena el timbre de la puerta.)

AMP.—Ahí está él.

LUD.—La fiera. (Abre Amparo la puerta y entra don Isidoro.)

Dichos. Don Isidoro

AMP.—(Con cierto temor.) A tiempo llegas. Aquí hay un caballero esperándote.

ISI.—¿Quién? ¡Ah! ¿es usté? (Amenazador y brusco.) Pero, ¿ha entrado usté aquí?

LUD.—Me parece que sí, pero me voy en seguida.

ISI.—¿Y a qué ha venido usté? ¿Qué deseaba usté?

AMP.—Preguntaba por una criada de su pueblo.

ISI.—(Tranquilizándose un poco.) ¿Por una criada? ¿Es eso de veras?

LUD.—Sí: sí, señor. Y cuando usted tuvo la bondad de amenazarme con el palo estaba buscando el número.

ISI.—¡E! número... el número! Y entonces... ¿por qué echó usté a correr sin darme explicaciones?

LUD.—¡Caramba! porque las pedía usted de una manera...

ISI.—Bueno, y ¿ha encontrado usté a esa mujer?

LUD.—No, señor; por eso me iba.

ISI.—Pues ya se está usté largando. Pero a la calle ¿eh? ¡a la calle! (Abriendo la puerta.)

LUD.—Sí, señor, si; a la calle. (¡Qué casa tan tranquila.) (Vase. Amparo cierra la puerta.)

ISI.—Me da mala espina el pollo este.

AMP.—Hombre, ¡por Dios! ¡que siempre has de estar viendo visiones!

ISI.—Es que... yo me entiendo. Voy al balcón a ver si es verdad que se va a la calle. (Vase derecha.)

AMP.—Pero escucha... (Acercando el oído a la mirilla.) Me parece que ha subido al segundo. (Vase también por la derecha. Música.)

CUADRO TERCERO

Gabinete elegante. Dos puertas a cada lado. Al fondo un balcón que da a un patio.

Soledad. Enseguida Ludovico

(Soledad se prueba ante un espejo un sombrero cordobés, y de paso ensaya un tango de exagerado taconeo, canturreando para acompañarse. Aparece en la segunda izquierda Ludovico.)

LUD.—¿Se puede? (Soledad no le oye, y, por tanto, no le contesta, hasta que cesa de taconear, y entonces Ludovico, sin traspasar el umbral, no puede contener su entusiasmo y, palmoteando, dice:) ¡Bravo, Venancia!

SOL.—¿Eh? ¿quién está ahí?

LUD.—Yo. ¿No me conoces?

SOL.—A ver... acérquese usté. ¿Pues no te he de conocer! ¡Ludovico! (Yéndose a él y saludándole efusivamente.) Ven acá, hombre. ¿Cómo estás? ¿Cuándo has venido? ¿Cómo te has arreglado para encontrarme?

LUD.—Pues... mal. Porque como resulta que eres doña Soledad, viuda de un bolsista...

SOL.—¡Ja, ja! En otras casas digo que soy viuda de un picador. Es según caen las pesas.

LUD.—Pero siempre eres viuda.

SOL.—Siempre. Pero siéntate, hombre.

LUD.—Con tu permiso.

SOL.—Aquí, un poco más cerca. No puedo ver a los hombres que se ponen tan lejos.

LUD.—Es que... no me atrevo a arrimarme mucho porque estás muy guapa.

SOL.—¡Vamos! ¡Ahora me sales con piropos? ¿Qué hay por Villarrubia?

LUD.—Nada de particular. Tu madastra, que sabes que te quiere mucho, me encargó que, ya que venía a Madrid, te hiciera una visita.

SOL.—Me lo figuro. Para saber qué tal estoy de fondos. Pues hijo, dí que no me has encontrado, ¿sabes?, porque la familia no me deja vivir.

LUD.—Y ya veo que no estás mal. Esta casa te debe costar un sentido.

SOL.—Me debe costar, pero no me cuesta.

LUD.—No, ¿eh? ¡Ya has tenido suerte; ya!

SOL.—Y algo de talento también, hijo. No creas que por la linda cara no se lo regalan a una todo.

LUD.—¡Ya! Ya supongo que no será sólo por la cara. Lo que me choca es que el casero te permita alborotar y dar esos taconazos.

SOL.—¿El casero? ¡Si es lo que le encanta! Siempre me está diciendo: «Solita—porque él me llama Solita, ¿sabes?— anda, márcate el garrotín o la farruca.»

LUD.—¿Que te marques? ¿Don Isidoro te dice que te marques cosas? Pero, es que sube a verte?

SOL.—¿Que si sube? Lo que se puede decir es que no sale de este cuarto.

LUD.—¡Ah!, pero es él el que...

SOL.—¡Que tonto eres! ¿No habías caido en la cuenta?

LUD.—¡Je; je! Lo primero moralidad, lo segundo...

SOL.—¿Qué dices?

LUD.—Nada, que me acuerdo del portero. Y ¿cómo es que has aprendido tú esas habilidades?

SOL.—Hijo, porque no sabe una lo que le puede pasar, y siempre es bueno saber ganarse la vida honradamente.

LUD.—Peró tú podrías...

SOL.—¡Anda! el día que yo salga a un escenario, me llevo la gente de calle.

LUD.—No, si tipo si tienes.

SOL.—Y estilo, y hechuras. Vas a verlo.

MÚSICA

SOLE

Con este manojo
de flores aquí
y este sombrerito
colocado así,
si el público es sano
y el baile no es feo,
se suplen las coplas
con el taconeo. (Baila.)

LUDOVICO

Comprendo que el hombre se vuelva [tarumba
y esté medio loco.
Yo también, si no estoy trastornado,
me falta muy poco.

SOLE

Atiende y verás,
que sé mucho más.
(Continúa el baile.)

LUDOVICO

¡Qué gracia y qué garbo. No sé lo que [tengo,
no sé que me pasa.
Yo también te daría con gusto
de balde la casa.

SOLE

Atiende y verás,
que sé mucho más.
(Sigue el baile. Ludovico, que ha ido animándose progresivamete, no puede resistir la tentación y acaba por bailar con ella, taconeando también de firme.)

HABLADO

SOL.—¿Eh? ¿qué dices ahora?

LUD.—Que si volvieras a Villarrubia de los Ojos, habría repique de campanas. Y que yo me voy, porque con el ruido se habrá alborotado el piso principal, y va a subir don Isidoro.

SOL.—No; no sube ahora, porque se acababa de marchar cuando has venido.

LUD.—¿Que se acababa de marchar? ¿Y había entrado furioso a registrar la casa?

SOL.—Justamente. Yo me río mucho con él. Es celoso como un turco, y hoy se empeñaba en que había subido a verme un joven que me persigue.

LUD.—¡Pásmate!

SOL.—¿Qué?

LUD.—Que te pasmes. Ese joven era yo.

SOL.—¿Cómo? ¿De veras?

LUD.—Tan de veras. Como que por poco me rompe el alma. ¡Vaya con el casero! ¡Tener que repartir la vigilancia en dos pisos!

SOL.—¿Para qué? La casera es una tía sosaina que ni se asoma al balcón los días de fiesta.

LUD.—Sí, sí; muy sosaina.

SOL.—¿Tú la conoces?

LUD.—Mejor que el propio don Isidoro.

PET.—(Saliendo muy azorada por la segunda izquierda.) Señorita... ¡el casero!

SOL.—¿Otra vez?

LUD.—¡Caracoles!

PET.—¿Qué hago?
SOL.—Abrir en seguida. No quiero que sospeche y me dé la tabarra.
LUD.—Ahora es cuando me escabecha. ¿Por dónde me marcho?
SOL.—Por aquí. (Primera izquierda.) La doncella te sacará por la puerta de escape. No por nada, ¿sabes?, sino porque no quiero líos.
LUD.—Haces bien. En esta casa no se admiten.
SOL.—Anda, anda pronto. (Medio mutis de Ludovico.)
LUD.—¿Dices que por la puerta de escape?
SOL.—Sí, hombre, sí; ya te guiará la doncella.
LUD.—Pero, ¿tiene costumbre?
SOL.—(Empujándole.) ¿Vamos? que está ahí. (Vase Ludovico.)

Soledad, Don Isidoro. Después Petronila y Ludovico

ISI.—(Saliendo furioso por la segunda izquierda.) ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido? (Se asoma al balcón y reconoce las puertas.)
SOL.—¿Quién?
ISI.—Ese hombre.
SOL.—Aquí no ha venido ningún hombre.
ISI.—¿Que no? ¡Estoy seguro! Me he pasado media hora al balcón y no ha salido a la calle.
SOL.—¡Déjame de músicas!
ISI.—¡Ah! pero yo le encontraré. ¡Te juro que le encuentro! (Vase disparado por la segunda derecha. Simultáneamente salen por la segunda izquierda, primero Petronila y detrás Ludovico.)
PET.—¡Señorita! ¡Ay, señorita!
SOL.—¿Qué pasa?
PET.—Que este joven no puede salir. El señor ha echado la llave a la puerta.
LUD.—Sí; ha echado. ¿Qué hago? (Quiere huir por la segunda derecha.) ¿Me escondo por aquí?
SOL.—¡No, por ahí no!
LUD.—Pues, ¿por dónde?
SOL.—Por aquí. (El balcón.) Salta al patio.
LUD.—(Asomándose.) ¡Caray! no me atrevo. Esto está más alto que la torre de Villarrubia.
SOL.—Pues hijo, ¿qué le vamos a hacer? Daremos el escándalo. (Cierra con llave la segunda derecha.)
LUD.—¡No, por Dios! ¡Un escándalo en una casa tranquila!
PET.—Digo yo una cosa.
LUD.—¿Cual?
PET.—Que el señorito se podía marchar como aquel pariente de la señorita.
LUD.—¡Hola! ¿Cómo se marchó el pariente?
PET.—Por aquí (El balcón.) gateando por el canalón.
SOL.—Es verdad, si te atreves.
ISI.—(Dentro y golpeando la puerta.) ¿Quién ha cerrado aquí? ¡Abrid en seguida.
LUD.—Pero, ¿aguantará el peso?
PET.—Al otro no le pasó nada.
ISI.—(Como antes.) ¡Abrid, o echo la puerta abajo!
LUD.—(Empezando a saltar por el balcón.) Ea, al canalón y sea lo que Dios quiera.
SOL.—¡Vivo! que no puedo esperar más,
LUD.—Sí, sí, muy vivo.
SOL.—Que vuelvas, ¿eh?

Lud.—Un día de estos.

Isi.—(Dentro y golpeando más fuerte.) Pero ¿queréis abrir con mil de a ca ballo?

Sol.—Voy, voy en seguida. (A Petronila, que sigue asomada al balcón viendo huir al otro.) ¿Va bien?

Pet.—No, señora. Ahora ha salido el portero al patio.

Sol.—¡Otra complicación! ¡Se muere una de risa! (Golpea en la puerta.) ¡Voy Va a tirar el tabique. (Más golpes.) ¡Voy! (Siguen los golpes, empieza la música.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Un pasillo. En el fondo balcón que corresponde al patio

LUISA
(saliendo por la izquierda.)
He visto un joven
que gateando
trepa al balcón.
Sin duda el pobre
sube impulsado
por la pasión.
Me muero de angustia,
no quiero mirar.
Si al verme se asusta
se puede estrellar.
(Aparece Ludovico agarrándose a los hierros del balcón.)

LUDOVICO
¡Gracias a Dios!
No puedo más.

LUISA
¡Joven osado,
vuélvase atrás

LUDOVICO
(Saltando a escena)
Perdone usté, señora,
que venga de este modo,
y deme usté permiso
paro explicarlo todo.
Si extraña la aventura
la puede parecer,
en cuanto se la explique
la va usté a comprender.

LUISA
Nada me tiene que explicar,
todo lo entiendo al verle así,
pero le debo rechazar...
¡Yo no dispongo ya de mí!

LUDOVICO
(¡Pues no me supone
perdido de amor!
¡Esto me faltaba
y esto es lo peor!)

LUISA
¡Joven atrevido,
qué triste es la vida
de la que ha nacido
para ser amada!
Guárdeme respeto;
váyase enseguida;
no puedo escucharle;
soy muy desgraciada.

LUDOVICO
Yo también, señora,
soy muy desgraciado.
Oígame usté ahora
lo que me ha pasado.
Yo, por escaparme,
salté de un balcón
para deslizarme
por el canalón.
Iba descendiendo
con mucho trabajo
cuando ví que un guardia
me esperaba abajo.
Con grandes esfuerzos
entonces subí,
y a pedir auxilio
me he metido aquí.

Si usté no me saca
de esta situación,
subo hasta el tejado
por el canalón.

LUISA

Nada me tiene que explicar,
todo lo entiendo al verle así
pero le debo rechazar...
Yo no dispongo ya de mí.

LUDOVICO

¡Pues no me supone
perdido de amor!
¡Esto me faltaba
y esto es lo peor!

HABLADO

LUI.—No le agradezco esas explicaciones caballerescas, señor don... ¿Cómo se llama usté?

LUD.—Ludovico, para servirla.

LUI.—¡Qué nombre tan poético! Señor don Ludovico, yo comprendo que usté ha querido hablarme como Romeo hablaba a Julieta, como Abelardo hablaba a Eloisa.

LUD.—Justo, trepando por las paredes.

LUI.—Pero esas pruebas de arrojo son inútiles. Yo pertenezco a otro hombre, soy una mujer digna y no quiero que por mi causa se origine una escena sangrienta.

LUD.—Pues eso es lo que me faltaba para postre: una escena sangrienta.

LUI.—Y como s upongo que es usté un caballero...

LUD.—Si; señora: lo mismo supone la del principal, y las dos aciertan ustedes.

LUI.—Respete usté la paz de mi hogar y huya enseguida.

LUD.—No deseo otro cosa.

LUI.—Gracias por el sacrificio. Sígame usted. (Marchando hacia la izquierda) ¡Ay, caballero, soy muy desgraciada!

LUD.—Allá nos vamos.

LUI.—(Deteniéndose de pronto.) ¡No! espere usted. ¡Acaban de abrir la puerta. ¡Dios mío! ¡Es él! (Huyendo despavorida por la derecha.) ¡Arrójese usté al patio!

LUD.—¡Un cuerno! ¡El! ¿Quién será él?

MAN.—(Dentro.) ¿Dónde está ese canalla?

LUD.—Ese canalla soy yo. Da gusto andar por esta casa... ¡Al canalón, Ludovico! (Va a saltar por el balcón, pero cuando está a caballo sobre la balaustrada sale rápidamente Manuel por la izquierda y le sujeta por el cuello.)

Ludovico, Manuel. Al fin, Luisa

MAN.—¡Ah, pillo, infame! Ya no te me escapas.

LUD.—Suelte usté, caramba, que hace daño.

MAN.—(Soltándole.) Defiéndase usté.

LUD.—¡Ah! ¿Pero es usté? ¡Cuánto me alegro!

MAN.—Yo también. (Saca el revolver.) ¡Que se defienda usté digo!

LUD.—(Sujetándole la mano derecha con el revolver, y sin soltarle hasta el final.) Guarde usté ese chisme, Usté es el que me va a defender, si es persona decente. ¡Favor por favor! Quedamos en que entre hombres no se olvidan estas cosas, y... yo le salvé a usté hace poco de un trance parecido.

MAN.—¡Eh! ¿cómo? ¿Conque usté confiesa que es parecido?

LUD.—¡Hombre... a la vista está!

MAN.—¿Sí, eh? (Forcejeando por desasirse.) ¡Lo mato! ¿Sabe usted quién soy yo?

LUD.—Estése usté quieto. ¿No lo he de saber? El gato de la carbonera.

MAN.—El inquilino de este cuarto.

LUD.—¡Ah! pillastre¡... ¡Una en el principal y otra en el tercero!

MAN.—La del tercero es mi mujer, ¡y vais a morir ambos!

LUD.—Su... ¿qué? (Soltándole de pronto y huyendo como un rayo por la izquierda.) ¡Socorro!... ¡Señora!

MAN.—¡Sí, sí! grita lo que quieras. (Corre tras él apuntándole.)

LUI.—(Saliendo por la derecha.) Manuel, detente... ¡Manuel!... Le conozco... ¡Pobre joven! ¡Le descerraja un tiro! (Vase por la izquierda.)

LUD.—(Dentro.) ¡Socorro!... (Siguen dentro voces y ruido de carreras.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

La misma decoración del primero

Arturito. En seguida Modesta

(Arturo, saliendo con precaución, reconoce el portal y llama con los nudillos en la puerta de la izquierda.)

MOD.—(Dentro.) ¿Quién es?

ART.—Yo, rica; abre.

MOD.—(Entreabiendo la puerta.) ¿Hay alguien en la portería?

ART.—No sé; está cerrada. ¿Y tu mamá?

MOD.—Ha salido hace rato.

ART.—Pues anda, ahí tengo el coche. ¿Lo has preparado todo?

MOD.—Sí; pero tengo mucho miedo.

ART.—Yo también. Por eso no te digo que salgamos juntos. Porque temo que llamemos la atención y que nos prendan.

MOD.—¡Ay!; ¿pero tú me juras que esta es la única manera de ser felices?

ART.—La única. Porque tu mamá, en cuanto sepa que te he depositado en casa de mi tía Remedios, no tendrá más remedio que casarnos.

MOD.—¿De veras?

ART.—Ya lo verás. Anda, no perdamos tiempo. En la esquina de la derecha estoy dentro del coche. No te vayas a equivocar; es un caballo blanco y un cochero rubio,

MOD.—Sí, sí, voy en seguida. (Se retira y cierra la puerta.)

ART.—(Yéndose por el foro muy aprisa y muy contento.) ¡Qué rica es! ¡Nos casamos, nos casamos!

Ramona. Luego Lorenza. Después Modesta.

RAM.—(Entrando por el foro al tiempo que sale Arturo.) ¡Anda con Dios, hijo! Va como un cohete. A ese le ha despabilado otra vez la suegra. ¿Cómo es esto? ¿La portería cerrada? ¡Señá Lorenza!

LOR.—(Abriendo la ventanilla de cristales.) ¿Quién llama?

RAM.—Soy yo.

LOR.—¡Ah! dispensa. Estaba descabezando un sueño.

RAM.—Entonces no podrá usté saber si ha salido el joven aquel que vino buscando una criada.

Lor.—No he visto a nadie.

Ram.—¡Claro! Bueno, bueno; siga usté descansando. (Lorenza vuelve a cerrar la ventana. Ramona sube la escalera.) Se la pasea el alma por el cuerpo. (Desaparece. Al mismo tiempo sale Modesta con un lío de ropa, examina el portal y cierra su puerta de golpe.)

Mód.—¡Dios mío! Ya no tiene remedio. Ya cerré. Ya no podría entrar aunque quisiera, ¡Ay! siento una congoja... ¡Como es la primera vez que me escapo! ¡Tiemblo como la gelatina! (Avanza lentamente hacia la puerta del foro.) No sé si me ha dicho un caballo rubio y un cochero blanco o al revés... ¡Sea lo que Dios quiera! (Al llegar cerca de la escalera suena dentro un pistoletazo.) ¡Jesús! ¡Un tiro! (Retrocede hasta apoyarse asustada y temblorosa junto a la puerta de su cuarto. Entretanto se oye por la escalera el estrépito de un hombre que baja a escape, y aparece Ludovico, pálido, desencajado, descompuesto, que al llegar al suelo, fatigoso y jadeante, se detiene palpándose todo el cuerpo como si supusiera que está herido.)

Modesta, Ludovico

Lud.—¡No! ¡Me parece que no ha hecho blanco!... ¡Qué tío más bruto! (Escuchando.) Creo que no me sigue. Creerá que me ha dejado seco. ¡Animal!...

Mod.—(Muerta de miedo.) ¡El asesino!

Lud.—¿Y cómo salgo yo a la calle con esta agitación para que me echen mano y me pidan explicaciones? ¡Ah! la portería... ¡Cerrada! ¿Dónde me meto yo? (Ve a Modesta.) ¡Ah! Señorita... ¿vive usté en esta casa?

Mod.—(Balbuceando.) Sí; si, señor... Aquí.

Lud.—Por favor, escóndame usté... Un momento, nada más que un momento, mientras me tranquilizo..,

Mod.—No, no puede ser. He cerrado la puerta y no tengo llave.

Lud.—Está usté tan asustada como yo. ¿Qué la sucede a usté?

Mod.—¡Ay, caballero!... supongo que es usté un caballero...

Lud.—Sí, señora, sí. Todas preguntan lo mismo. ¡Es el santo y seña!

Mod.—Pues sálveme usté, acompáñeme usté... nada más que ahí cerca. En la esquina de la derecha donde me espera un coche.

Lud.—¿Un coche? Y ¿podría yo marcharme en él?

Mod.—Creo que sí; porque no tendrá inconveniente mi novio.

Lud.—¡Ah! ¿se va usté con el novio, eh? ¡Bien hecho! (¡Caray con la casita!)

Mod.—Pero no piense usted nada malo.

Lud.—¿Yo? ¿qué he de pensar? (¡Otro santo y seña! Ea, haremos una gallardía. Vamos donde usted quiera. (Se dirigen los dos a la puerta del foro.)

Mod.—¡Ay! usted me salva. A usted deberé mi felicidad... (Aparece doña Luciana, que viene de la calle, y en cuanto ve a la pareja enarbola la sombrilla.) ¡Mi madre!

Lud.—¡Ay, su madre!

Dichos, Doña Luciana. Después y sucesivamente, la Seña Lorenza, Manuel, don Isidoro y Sánchez

Luc.—¿Qué es esto? ¿Dónde vas? ¿Qué lío es ese?

Lud.—Ninguno, señora. En esta casa no hay ninguno.

Mod.—Mamá, yo te diré...

Luc.—¡Eh! infame, hipócrita; ¿conque tenías dos y te escapas con el segundo?

Mod.—No, mamá, si es que...

Luc.—Y usté, corruptor de menores, ahora va usted a ver lo que es una madre ofendida! (Le persigue pegándole con la sombrilla.)

LUD.—¡Que yo no soy corruptor de nadie!

LUC.—¡Canalla, ladrón! (Sin dejar de pegarle. Sale del cuchitril la señá Lorenza empuñando unos zorros.)

LOR.—Pero, ¿qué es esto, doña Luciana?

LUC.—(Pegándole más.) Este granuja, que me robaba mi hija.

LUD.—¡Que se esté usté quieta!

LOR.—¡Ah! el pillo de antes... ¡Hola! ¿era esa la cocote que venías buscando? ¡Pues toma cocotes! (Pegándole con los zorros siempre que queda libre de la sombrilla de doña Luciana.)

MAN.—(Apareciendo en el tramo de la escalera con el revólver en la mano.) ¿Estás ahí, eh? Pues el segundo no falla. ¡Apártense ustedes, que voy a hacer fuego!

LUD.—(Parapetándose detrás de Lorenza, mientras doña Luciana se dirige a increpar a Modesta.) No; no se aparte usté, portera, aunque me siga sacudiendo con los zorros. (Manuel acaba de bajar la escalera sin dejar de apuntar a Ludovico.)

LOR.—¡No tire usté ahora!

ISI.—(Apareciendo en la escalera, con el bastón del cuadro primero en la mano.) Pero ¿qué ruído es este? Portera, ¡que en mi casa no quiero escándalos!

LOR.—Si es que este hombre ha entrado aquí con malas intenciones.

MAN.—Apártense ustedes.

ISI.—¡Ah, sí! Le conozco. Dejarle, que corre de mi cuenta. (Baja rápidamente, enarbola el bastón. Ludovico, perseguido por todos simultáneamente, no escapa de unos sino para que otros le sacudan. Carreras, alborotos, bulla. Por fin, en un regate, logra dejarlos a todos, formando grupo en primer término izquierda, furiosos y amenazadores, y cuando está a punto de ganar la puerta aparece en ella Sánchez, con el uniforme completo, que le detiene, sujetándole por un brazo.)

SANC.—¡Quieto todo el mundo! La autoridad se ha hecho cargo del criminal y nadie le toque.

LUD.—(Dejándose caer rendido de fatiga en brazos de Sánchez. ¡Ay, guardia! Tenía usté razón. La casita es una balsa de aceite. (Música.)

NINON

COMEDIA LÍRICA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, ORIGINAL DE

Fernández de la Puente y Allen-Perkins

PERSONAJES

NINON. - BEBEL. - ROSINA. - MAD. BOUCHARD. - LA BELLA PAQUITA. - MARGOT. - CANCANISTA 1.ª - LUCIANO. - LOPEZ. - MUSTAFÁ. - EL DUQUE. - GASTON. - LUIS. - ALFREDO. - JUAN. - UN CHICO

Espectadores, cocottes, camareros, compradores, etc, etc. Coro general,
La acción en paris. - Epoca actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Interio. de un café-concert de París, de primer orden. Al fondo, un escenario donde actúan, y delante una pequeña orquesta. En primero y segundo término, columnas figurando que continúa el salón. Mesas repartidas por la escena real. Lo más próximo posible a la batería, tres mesas equidistanciadas. Gran profusión de luces eléctricas.

Bebel, Rosina y López en la mesa de la derecha. Bebel viste de coupletista y Rosina y López con trajes de luces de torera y torero respectivamente. Ninon y Luciano, en la mesa del centro; aquella también de coupletista y él de frac. El duque, Gastón, Luis y Alfredo y dos cocots en la de la izquierda. En las demás mesas público abigarrado

MÚSICA

UNOS ¡Mozo, cerveza!
OTROS ¡Mozo, coñac!
OTROS ¡Venga Borgoña!
OTROS ¡Trae más champán!
LUC. No mires tanto.
NINON Déjame en paz.
BEBEL (¡Pobre Luciano!)
GAS. LUIS ALF. ¡Esto es gozar!
LOPEZ ¿Pido un ajenjo?
ROS. ¡Pide un bozal!

—

TODOS, (Menos los artistas.)
No cabe duda alguna,
París es un edén,
y nada en él tan grato
como un café «consert».
La música y el baile
invitan al placer,
y reinan a su antojo
el vino y la mujer.
(Suenan tres golpes en el escenario.)
Mas silencio y atención
que otra vez se alza el telón.
DUQ. ¿Quien ahora cantará?

COC. Eso pronto se verá.
GAS. La niña bonita.
la ingenua Paquita.
LUIS Paquita, la bella.
ALF. Paquita, la estrella.

DUQ. ¿Es buena?
GAS. Tal cual.
LUIS La voz es de grillo.
DUQ. ¿Y canta?
ALF. Muy mal.

Dichos. La orquesta preludia, descórrense las cortinas del escenario figurado y aparece la bella Paquita con traje de coupletista. La «claque» aplaude y ella saluda

ROS. De fijo que corean
su estúpida canción.
LOPEZ. Mas a ella no le importa
y sigue la función.

—

PAQ. Tengo en casa un gato negro.
PUB. ¡Cuánto me alegro!
PAQ. Que si alguno le regaña
PUB. Muerde y araña.
LOPEZ. Silencio, señores, que no se
oye a la bella Paquita.
UNO. ¿Es usted su representante?
OTRO. ¡Callarse!
OTRO. ¡No nos da la gana!

—

PAQ. Son sus patitas
de terciopelo,
son sus ojitos
color de cielo.
¡Ay, qué bonito,
ay, qué travieso;
con su rabito
siempre tan tieso!
Si le llamo por su nombre,
me contesta, ¡marra-miau!
que en su lengua significa
PUB. ¡Que le gusta el estofao!
PAQ. Y si alguno se propasa
en mi casa con Lulú,
él, sacando las uñitas,
se incomoda y dice... ¡fú!
¡fú! ¡fú!
PUB. ¡Fú! ¡fú!
PAQ. ¡Fú! ¡fú!
PUB. ¡Fú! ¡fú!
PAQ. ¡Qué maullidos da mi gato!
PUB. Más que el gato mallas tú.

(Sigue la orquesta. Paquita baila el público lleva el compás golpeando con las cucharillas sobre el servicio y cae el telón entre aplausos y protestas.)

Dichos menos la bella Paquita

HABLADO

LOPEZ.—¡Escandalosos, sinvergüenzas! ¿Y este es un pueblo culto?

ROS.—¡Cállate, Lopez!

LOPEZ.—No me da la gana. ¿Te parece a tí bien que coreen así a esa pobre muchacha? Eso se queda para mi tierra; cuando en la plaza de toros llamamos «curros» a los concejales.

BEBEL.—Tranquilícese usted, señor López. Esto es cosa corriente en los cafés «consert» de París.

LOPEZ.—Lo sé por experiencia, señorita Bebel y lo lamento por ésta, a la que escalabran el mejor día a la terminación de un bolero.

ROS.—¿Tan mal lo hago?

LOPEZ.—¿Tú mal? ¡Quien dice eso, pichoncita mía! ¡Si pareces una peonza de las que bailaba yo de chico en la plaza de Oriente!

ROS.—Mi único mérito es ser discípula de López, el gran López, primer bailarín de la «troup» española, que fué tan celebrada en la última exposición.

LOPEZ.—No me recuerdes lo de la «troupe», que me pongo malo. ¡Aún tengo presente aquella catástrofe! Yo, inocente; paseaba por la calle de Sevilla de Madrid, esperando que me lloviese del cielo el pan nuestro de cada día, cuando cátate que se me presenta un compañero que me contrata para trabajar en la exposición de París. Y a París vine, y al mes de estar aquí «craj», el empresario que truena y López en plena exposición... de morirse de hambre y a pensar otra vez en el panecillo.

ROS.—Pero siempre hay almas piadosas...

Lopez.—Y enamoradas, Rosina, no lo niegues. Mi garbo torero encendió la llama de amor en tu pecho y...

Ros.—Y Dios se mostró pródigo contigo.

Lopez.—¡Ya lo creo! ¡Yo soñaba con un panecillo diario y me encontré con una francesilla para toda la vida!

Ros.—Me enloqueció su modo de bailar y le dí mi blanca mano. ¡Qué afán tenía de aprender los bailes andalusos!

Lopez.—Con ellos te presentaste al público de París.

Ros.—¡Qué noche aquella!

Lopez.—¡Sí, que noche aquella y las sucesivas!

Ros.—¡Qué aplausos, qué de gritos!...

Lopez.—Y de pa ecil os. Dios seguía mostrándose pródigo. Pero arrojados con una gracia, con una elegancia, que daba gusto recibirlos. No era cosa de burla, no; los tiraban de veras, en el colmo del entusiasmo, y claro, pues no había más remedio que recogerlos con la cara sonriente. Rosina, amor mío, permite que al recordar aquellos tiempos, te dedique una de mis más fogosas miradas.

Ros.—López, querube mío; que hay público.

Bebel.—Al verlos así, nadie supondría que la mayor parte del tiempo se llevan ustedes como perros y gatos.

Ros.—Peor se llevan otros. Mira si no a Luciano y Ninon.

Bebel.—Pero esos no son matrimonio.

Ros.—Afortunadamente para tí, ¿no es eso?

Bebel.—¡Oh, calla!...

Ros.—Tonta, más que torta; haberte enamorado de un hombre que ni se fija en tí. Míralo, bebiendo con los ojos a nuestra compañera Ninon, que está deseando deshacerse de él, para que el duque le ponga coche.

Lopez.—Yo también daría algo porque me lo pusiesen.

Bebel.—¡Pobre Luciano, tan bueno!

Lopez.—Tan excelente artista.

Ros.—Tan tonto, digo yo.

Gas.—Sí, mi querido Duque, lo que tú necesitas es alegría, mucha alegría. ¿Y quién proporciona eso sino el «champán» y las mujeres?

Duq.—¡Brindo por la más gentil artista de este «Café-Consert»!

Gas.—¡Bravo!

Luis.—¡Muy bien dicho!

Alf.—¡Eso es hablar!

Lopez.—¿Artista y gentil? Eso va contigo. Me escamo. (A Rosina.)

Luc.—Por última vez, Ninon, perdóname el arrebato de anoche y vuelve a casa.

Ninon.—No, y mil veces no. Luciano. Tu carácter me infunde miedo; eres demasiado celoso.

Luc.—No soy yo quien te infunde miedo, son las privaciones, la pobreza, los sacrificios.

Ninon.—¿Y qué si fuera eso? ¿Por ventura no tengo yo derecho a gozar de la vida como cualquier otra?

Luc.—No me decías eso cuando te recogí del arroyo, cuando tus pies chapoteaban el agua helada de los bouevares.

Ninon.—¿Qué sabía yo entonces del mundo?

Luc.—¿De modo que estás resuelta a que nos separemos para siempre?

Ninon.—Tú me obligas a ello.

Luc.—¿Yo? Tu ambición desmedida es quien te empuja. Eres mala. ¡Mala mujer, mala madre!

Ninon.—Busca otra mejor.

Luc.—(Transición.) Vamos, vuelve en tí, pobre loca, aún es tiempo, si no por mí, por nuestra hija, por nuestro pobre Margot, inocente de toda culpa. No aban-

dones un hogar, si bien falto de lujo, sobrado de cariño. ¡No te marches, Ninon! ¡No te marches! (Suplicante y casi lloroso.)

NINON.—Ese hogar de que me hablas, me da miedo. Nuestra unión se ha hecho odiosa.

LUC.—Si no por mí, por nuestra hija, que requiere tus cuidados de madre.

NINON.—Y bien, dámela, la llevaré conmigo.

LUC.—¿Para qué?

NINON.—Para tenerla junto a mí.

LUC.—¿Para tenerla junto a ti? (Colérico.) No, si te conozco; si leo tu pensamiento. No es el amor de madre quien dicta ese deseo; es el cálculo frío que domina todos tus actos.

NINON.—¿Qué quieres decir?

LUC.—Que mi hija no se separará de mí ni saldrá de mi casa. Que prefiero que no tenga madre a que se avergüence de ella.

NINON.—¡Luciano!

LUC.—¡Oh!... Te creía mala. ¡Eres infame!

NINON.—¡Basta!

LUC.—Reflexiona a lo que te expones.

NINON.—¿También amenazas? ¡No te creía tan cobarde!

LUC.—¡Ninon! Sí, dices bien, debo ser un cobarde cuando no te mato ahora mismo. (Cogiéndola fuertemente de un brazo.)

NINON.—¡Suelta, me haces daño!

LOPEZ.—¡Eh! ¿Qué es eso? (Levantándose.)

LUC.—¡Infame, infame!

NINON.—¡Suelta, suelta!

GOR. 1.°) ¿Qué pasa?

GOR. 2.°) ¿Qué sucede? (Todos se levantan. López se interpone; Bebel y Rosina cogen a Luciano y tratan de llevárselo a su mesa; gran animación.)

LOPEZ.—¡Eh, Luciano, Ninon!

BEBEL.—¡Por Dios, Luciano!

NINON.—Hemos concluido para siempre.

LUC.—¡Sí, para siempre!

ROS.—¿Pero qué ha sido eso, Luciano?

LOPEZ.—¿Pero qué demonios os pasa?

NINON.—¿Y a usted qué le importa?

LOPEZ.—Pues sí que me importa. Luciano es compañero mío; tú eres compañera mía; todos formamos una compañía y mi mujer es el sargento de la compañía, y yo, en nombre de mi sargento, vengo a poner la debida paz entre vosotros.

NINON.—Déjeme usted en paz, no estoy para bromas. (Se sienta.)

LOPEZ.—Está bien. (¡Cómo me impongo!) (Vuelve al grupo que forman Bebel, Rosina y Luciano, que continúan de pie junto a la mesa de la derecha. Una coupletista se acerca a la mesa de Ninon y figura hablar con ella.)

ROS.—Tonto, no sufras por esa mujer, que no lo merece.

LOPEZ.—Rosina tiene razón. Tu infelicidad consiste en no haber sabido elegir plato en el «restorant» del amor; te encaprichaste por un sorbete de fresa y cólico seguro. Para otra vez imítame a mí. Magras, magras con tomate, que estas no hacen daño. (Por Rosina.)

BEBEL.—Siéntate aquí, donde se te aprecia de veras.

LOPEZ.—Más valía que te hubieras fijado en Bebel, que también está sola en el mundo.

BEBEL.—¿Te quieres callar?

LOPEZ.—Anda, siéntate, y nos beberemos una copa de champan a la salud de ésta.

ROS.—¿Qué lujo es ese de champan?

LOPEZ.—Nos han subido el sueldo.

Ros.—¿Sí? (Muy contenta.)

Lopez.—Sí. Ahora nos pagan en el entresuelo.

Ros.—Estúpido.

Bebel.—(A Luciano.) Olvídala. Esa mujer no es digna de que la quiera un hombre tan bueno como tú.

Duq.—¡Señores, con permiso! (Durante el diálogo anterior el Duque ha llamado a Juan, el camarero que figura haber ido con un recado del Duque a Ninon y con la contestación de ésta al Duque, que se levanta del sitio donde estaba y se dirige a la mesa de Ninon. La coupletista que estaba con ésta, al ver llegar al Duque, se va.)

Ninon.—(Ya viene.)

Luc.—¿Eh? ¡Sí! El Duque se acerca a su mesa y ella le acoge sonriente y le invita a sentarse... ¡Ah... miserable! (Se levanta.)

Lopez.—(Deteniéndole.) ¡Quieto aquí! Déjala que se la lleve el diablo, y si es en automóvil mejor: así se estrellará más pronto. ¡Vamos, Rosina, Bebel, llevándose adentro!

Bebel.—Sí, sí, vamos adentro.

Ros.—¿Y tú?

Lopez.—Yo afuera, afuera.

Ros.—Ojo con lo que haces.

Lopez.—No temas; voy a ver si encuentro quien me ponga coche. (Entre Rosina Bebel se llevan a Luciano por la derecha.)

Dichos, menos Rosina, Bebel y Luciano. A poco Mustafá por la izquierda.

Lopez.—¡Ay... si en lugar de Duques caprichosos viniesen aquí Duquesas sensibles! Porque... yo no seré una arrogante figura, pero como vistoso, lo estoy. ¡Vaya si lo estoy! ¡Calle, el empresario de Túnez! ¡Cayócena! ¡Aquí, amigo Mustafá, aquí!

Mus.—¡Oh, «señog» de Lópes! ¿Cómo dise que es que le va?

Lopez.—«Tres jolies» bien, caro «amichi».

Mus.—Puede «paglarme» en «espagnolo». Conosco «toutas» las «langues europees». ¿E la «madam»?

Lopez.—Como siempre. Trajelando de la olla grande.

Mus.—¡Oh! Eso de «traguelag», desconosido mío.

Lopez.—Porque le falta a usted aprender otro idioma.

Mus.—¿Qué idioma?

Lopez.—El primero del mundo. El caló.

Mus.—¿Y dónde «aprendeg» eso?

Lopez.—En mi tierra. Allí «parlan le caló», lo «mesmi» en la «plas» de la «Sebade» que en «les Corps Colegisladeur».

Mus.—«¿Vosté seg ondolus?»

Lopez.—Eso cree todo el que ve mi planta torera; pero a usted no tengo por qué engañarlo. Soy nacido en Carabanchel de Arriba.

Mus.—¿Y a dónde «caeg» eso?

Lopez.—Encima de Carabanchel de abajo.

Mus.—¿Haber allí afisión al toreo?

Lopez.—¿Allí? en «touta» la «Espagne».

Mus.—«¿E muqueres» con «navacas» en las ligas?

Lopez.—¡Pero hombre! Si eso es un cuento de las mil y una «nuit».

Mus.—¿De «vegas?»

Lopez.—Y tan de veras.

Mus.—Pues aquí y en Túnez creerlo todo el mundo.

Lopez.—También si lo viesen a usted en mi tierra se figurarían que vendía usted babuchas.

Mus.—«Seg» muy «grasioso».

LOPEZ.—Y qué, ¿tiene usted ya todos los artistas que necesitaba para su teatro?

MUS.—Casi todos. Sólo me falta «contratag» a aquella «coven» que cantó antes.

LOPEZ.—Me parece que llega usted tarde. Esa, si no se ha contratado ya, le falta muy poco.

MUS.—¡Oh... «dagme» mucha «lastima» porque «ser guapi!»

LOPEZ.—¡Ah... tunecino!... (Dándole un golpecito en la barriga.)

MUS.—Allí «agradag» al «publico» las «agtistas agogantes» que llenan la escena.

LOPEZ.—¿Las que llenan la escena? Mi mujer: contrate usted a mi mujer.

MUS.—«Touto se andagá».

LOPEZ.—No está bien que yo lo diga, pero somos una pareja de baile como hay pocas. Si usted viera lo ágil que está Rosina a pesar de su gordura.

MUS.—¿Sí?...

LOPEZ.—Una cosa atroz. Lo que más trabajo le cuesta es empezar; pero una vez hecho el primer esfuerzo, tan pronto pone los pies allá, como allí, como aquí. (Señalándose a la región glútea.)

MUS.—«Seg agtista» de peso.

LOPEZ.—Once arrobas justas.

MUS.—Pues ya «trataguemos» de la contrata de ustedes «paga» mi próximo «viaque».

LOPEZ.—¿Palabra?

MUS.—Palabra.

LOPEZ.—Moro: vengan esos dátiles. (Se dan la mano.)

MUS.—«Tomaguemos» una copita de «champán».

LOPEZ.—Y unos emparedados. Yo no puedo beber si no como.

MUS.—«¡Garsón!»

MOPEZ.—(¿Eh?)

MUS.—«¡Garsón!»

LOPEZ.—(¡Ah! Creí que me había llamado gorrón.) (Se acerca el mozo y les sirve.)

NINON.—Mucha seguridad tenía usted en su éxito.

DUQ.—Muchísima.

NINON.—¿Y en qué ha podido usted fundarla?

DUQ.—En que es usted muy bonita y en que hace mucho frío en París para vivir todo el invierno en un desván y recorrer a pie los Boulevares.

NINON.—Tiene usted razón. Esta vida que arrastro es de una frialdad siberiana.

DUQ.—Pues yo me encargo de que disfrute usted una eterna primavera.

NINON.—Dios lo haga.

DUQ.—¿Con que quedamos en que esta misma noche se despide usted del director de la compañía?

NINON.—Esta misma noche.

DUQ.—¿Y en que la espero a usted a cenar en el Americano?

NINON.—A la una en punto.

DUQ.—Pues hasta la una. ¡Juan!

JUAN.—Mande el señor Duque.

DUQ.—El abrigo. Mi «chofer» queda a las órdenes de usted.

NINON.—Gracias.

DUQ.—Hasta luego.

NINON.—Hasta luego. (El duque se llega a la mesa de sus amigos primera izquierda y se despide; paga y se va. Ninon se levanta de la mesa y se dirige hacia la derecha, por donde sale Bebel que la detiene.)

Dichos menos el Duque, y á más Bebel y Rosina

BEBEL.—¡Ninon!

NINON.—¿Qué quieres?
BEBEL.—Ten compasión de! pobre Luciano: piensa en tu hija.
NINON.—¡Déjame en paz! ¿Quién te mete donde no te llaman?
ROS.—Eres cruel, eres mala.
NINON.—Y tú imbécil.
ROS.—¿Imbécil a mí? ¡Se queda sin moño! (Ninon se va por la derecha.)
BEBEL.—Déjala, no des un escándalo.
ROS.—Ya te cogeré yo en la calle, sinvergonzona. Pero López, que va a comenzar nuestro número.
LOPEZ.—Ven, ven aquí que te presente a este caballero.
ROS.—Tanto gusto.
MUS.—«Ser» muy «complasido».
LOPEZ.—Monsieur Mustafá, empresario de uno de los teatros de Túnez.
ROS.—Muy señor mío.
LOPEZ.—Mi señora.
MUS.—A las «suas» plantas.
ROS.—(¡Qué arrogante figura!)
LOPEZ.—(Como le hagas otra reverencia te acogoto.)
MUS.—Seré «moito» gustoso en ver esta «nuit il suo trabaco».
LOPEZ.—No, esta noche no.
MUS.—¿«Per» qué?
LOPEZ.—Porque esta noche estoy un poco indispuesto y... (y si nos ves no nos contratas.)
MUS.—Entonses a la vuelta.
LOPEZ.—Sí, cuando estemos en la plenitud de nuestras facultades. Tú adentro.
ROS.—Servidora de usted, señor Mustafá.
MUS.—Reconózcame como un «admigador» más.
LOPEZ.—Mustafá, ahueca.
MUS.—¡Ah, señor López hasta «matén»!
LOPEZ.—Eso. (Hasta que nos maten.) «¡Bona ni tinga!» (Pues no miraba poco el moro este a mi Rosina. ¡Me parece que estoy algo «escamatto»!) (Rosina se va por la derecha. López detrás de ella. Mustafá se va por la izquierda. Entra un chico que después de mirar por todos lados, dirígese a Juan, que está hablando con Bebel.)

Bebel, Juan, Gastón, Luis, Alfredo, Cocots 1.ª y 2.ª, público, coro general y un chico

CHICO.—¿El señor Luciano?
JUAN.—¿Qué quieres?
CHICO.—Verle.
JUAN.—No se puede pasar al escenario, espera que salga.
CHICO.—Llevo mucha prisa.
JUAN.—Pues no te esperes. (Se retira.)
BEBEL.—¿Qué es eso, chico, para qué buscas al señor Luciano?
CHICO.—Para darle un recado de mi madre, la señora Renard.
BEBEL.—¿Su portera?
CHICO.—Justamente.
BEBEL.—Pues dímelo a mí que yo soy artista también y puedo pasar a dárselo.
CHICO.—Bueno, pues dígale usted de parte de mi madre, que cuando acabe de trabajar vaya corriendo, que su hija se ha puesto mala.
BEBEL.—¡Jesús! ¡Pobre Margot, pobre Luciano!
CHICO.—Quede usted con Dios, señora, y no deje usted de darle el recado. (Se va izquierda.)
BEBEL.—(¡Dios mío! ¡Todas las desgracias a un tiempo! ¿Y cómo se lo digo yo, así de repente? ¡No, no, sería matarlo! ¡Qué desgracia, señor qué desgracia!) (Se va derecha.)

Juan, Gastón, Luis y Alfredo. En el escenario figurado Rosina y López. Las mesas llenas de público. Suenan tres golpes en el escenario. Salen al escenario Rosina y López

MÚSICA

Ros. Con la navaja en la liga
y mis andares toreros,
dicen los hombres al verme...
Lopez ¡Así te coja un berrendo!
Con el trabuco en la mano
voy diciendo, no me mates,
y las señoras me tiran...
Ros. ¡Berengenas y tomates!
Los dos ¡Olé! { Moreno. / Morena.
¡Viva tu sal!
¡Con microscopio
ni telescopio
en todo el orbe
se halla otro igual!
Lopez. Yo tengo muy mala sangre,
me llaman el gitanazo;
le doy un tiro a mi sombra.
Ros. Y al más amigo un sablazo.
Me llaman la gitanilla,
yo tengo sangre española;
yo robo los corazones...
Lopez. ¡Maldita seas, ladrona!
—
Los dos. ¡Olé!) Moreno. /) Morena.
¡Viva tu sal!
etc., etc.

(Gran animación, ellos bailan y el público les jalea y arroja al escenario panecillos y terrones de azúcar. Cae el telón.)

Juan.—¡La «cadril», señores, la «cadril!» (Cada uno de los espectadores retira su silla entre bastidores; los mozos se llevan las mesas.)

Bebel. Público.

HABLADO

Bedel.—¡Pobrecillo, qué triste se ha puesto al saber que Margot está mala! Lo ha llamado el director... ¿si irán a despedirlo de la compañía?... ¡Yo me iría con él a cuidar de su hija... pero no me atrevo a decirle nada! (Resueltamente.) ¿Y para qué decírselo? ¡A su casa, Bebel, a su casa, que más vale la salud de esa pobrecita niña que lo que puedan decir de ti! (Vase izquierda.)

MÚSICA

Público y Cancanistas. Salen por cada lado dos parejas de Cancanistas y después una primera bailarina. Bailan un can-cán desenfrenado, y al concluir se van todos por la izquierda como si fuesen a un bacanal

López y Rosina.

HABLADO

Ros.—Anda, López, no te entretengas, que vamos a perder el ómnibus y estoy cansadísima.

Lopez.—¡Dios sigue mostrándose pródigo! (Ella sale con un cabá en la mano y él con un pañuelo grande, atado por las cuatro puntas, lleno de pan y terrones de azúcar.)

Ros.—Anda de prisa, hombre.

Lopez.—No me deja correr el peso de la gloria.

Ros.—¿Qué traes ahí?

Lopez.—Media arroba de entusiasmo.

Ros.—¡Qué triunfo el nuestro!

Lopez.—¡Y qué costumbres tan dulces las de tus paisanos! (Chupando un terrón de azúcar.)

Ros.—De prisita, que se hace tarde.

Lopez.—Oye, cielito mío; ¿y no te parecería bien que tomáramos un bocadito antes de acostarnos?

Ros.—No, precioso, pasarías luego muy mala noche.

LÓPEZ.—Peor que de costumbre, imposible.

ROS.—Lo que tú quisieras era irte por ahí de juerguecita. ¿No es eso, gorrioncito mío?

LÓPEZ.—Eso es, golondrinita de mis entretelas, eso es.

ROS.—Pues... «nun dan». (Sonando el portamonedas y yéndose.)

LÓPEZ.—Oye, anémona sensible, tímida gacela, pichoncita de mi corazón. ¡Dios mío! ¿Por qué me casaría yo con este «hipopótamo?» (Sale corriendo detrás de ella por la izquierda.)

Luciano, a poco Ninon. Momentos antes de atacar la orquesta sale Luciano, que se detiene en el centro de la escena

MÚSICA

LUC. Sí, yo debo esperar un instante
que salga Ninon.
Yo le debo decir que está enfermi pobre Margot. [ma
Si a seguirme se niega... ¡Dios [mío,
pensarlo da horror!
No es posible que tenga una ma- [dre
tan mal corazón.

—

¡Ella!

NINON. (¡Luciano.)

LUC. Oye un instante.

NINON. (¿Qué me querrá?)

LUC. Tengo que hablarte.

NINON. Si has de ser breve,
puedes hablar.

LUC. No es, Ninon, el que a ti llega
el amante despreciado;
es el padre desdichado
que te implora compasión.
¡Qué será sin tus caricias
del amor de mis amores!
¡No acrecientes mis dolores,
ten piedad de mi Margot!

NINON. No te agravien mis palabras
ni te enoje mi desvío,
pero siento miedo y frío,
mucho frío junto a tí.
Pero dame a la hija mía,
al amor de mis amores,
y que libre de temores
viva siempre junto a mí.

LUC. ¿Ella contigo?
Solo ha de ser
cuando vivamos
juntos los tres.

NINON. Siendo a tal precio,
no quiera Dios.
No es admisible
la condición.

LUC. Pues oye, desdichada,
enferma tu hija está.
Sin duda en su delirio
tu nombre evocará.

NINON. ¡Mentira!

LUC. ¡No, lo juro!
¡Me acaban de avisar!
¡Conmigo ven a verla!

NINON. ¡Contigo, no, jamás!
Sabiendo que me esperan,
me quieres engañar.

LUC. Detente, no te engaño.
(Sugetándola.)

NINON. (Desasiéndose de él.)
Al fin me has de dejar.

LUC. ¡No huyas así, Ninon, del lado [mío,
piensa en la pobre víctima ino- [cente!

NINON. ¡Me espera junto a tí morir de [frío!

LUC. ¡Tu frío irá contigo eterna- [mente!
Vete ya, mala madre, y que el [cielo
castigue muy pronto
tu mal corazón.
Para tí no haya paz ni consue- [lo,
y Dios te maldiga
lo mismo que yo.

NINON. Que por miedo a tus celos te [deje,
no es prueba, Luciano,
de mal corazón.
Déjame que por siempre me [aleje,
que el tiempo mitiga
las penas de amor.

(Ninón se va y Luciano intenta ir tras ella, pero al fin se detiene anonadado por el dolor.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La escena representa un Boulevard. A la derecha entrada al Café Concert, en cuya puerta habrá un cartel del día. A la izquierda una tienda de juguetes con escaparate iluminado y en sitio muy visible varias muñecas. Es al obscurecer. Mucha animación.

Vendedores ambulantes, público; luego López.

MÚSICA

VEN. 1.° ¡La alegría de los niños!
¿Quién me compra este tam-
[bor?
VEN. 2.° La trompeta de la fama.
VEND. 1.° Un caballo de cartón,
copia exacta del que tuvo
nuestro gran Napoleón.
Corre más que un automóvil,
no atropella ni da olor.
VEND. 1.° ¡Monos sabios!
VEND. 2.° ¡Tentetiesos!
VEND. 3.° ¡Bicicletas!
VEND. 1.° ¡Aros!
VEND. 2.° ¡Clowns!

MUJE. (Por parejas.)
Mira, maridito
mira qué bonito,
qué lindos juguetes,
qué baratos son.
Es el dulce ensueño
de nuestro pequeño
toda su alegría,
toda su ilusión.
Si por la mañana,
tras de la ventana,
no tiene juguetes
como los demás,
los dulces halagos
de los Reyes Magos
sobre tus mejillas
no cosecharás.

HOMB. (Como si ajustasen cuentas.)
Tres y dos son cinco
y cuatro son nueve,
trece, dieciocho,
veinte... veintitrés...
Nada, que no sale
por más que me afano
la dichosa cuenta
para fin de mes.

MUJE. Sable y escopeta
para el pequeñito,
que tiene tendencias
a ser militar.

OTRAS Una bicicleta,
un tambor y un pito
para el otro nene
que ya sabe andar.

HOMB. Paso porque compres
una bicicleta,
paso por el aro,
por el pito no;
que tambor y pito
dentro de la casa
por la mañanita
no lo aguanto yo.

LOPEZ. Esta sí que es la gran maravi-
[lla,
el juguete de moda en París,
la expulsión de la negra polilla
que se estaba comiendo al país.

I

Cuando estos del babero
avanzan en legión
y empiezan a engullirse
alguna gran nación,
se ajusta un gorro frigio
encima del país,
se asustan los microbios
y escapan en un tris.
Fíjese usted bien
cómo salen ya,
corren más que el tren,
qué velocidad;
y ellos al huir
dicen a una voz:
para España sí,
para Francia no.

II

Aquí está el tentetieso,
juguete sin rival,
que estando ya en el suelo
se vuelve a levantar.
Son copias o retratos
de un conde muy barbian,
ministro allá en España
del bando liberal.
Fíjese usted bien
cómo avanza ya,
corre mas que el tren
aunque cojo está.
Ya se ve de pie;
ya en el suelo da
y otra y otra vez
vuelta a levantar,

Coro

¡Ay, qué buen humor!
¡Es original!
¡Este vendedor
no tiene rival! (Vase el Coro.)

Lopez.

HABLADO

Está de Dios que me he de pasar la vida en la calle. Unas veces echado por los empresarios y otras echado por mi mujer para vender juguetes. ¡A lo que tiene que agarrarse un artista por falta de contrata!

López y Rosina,

Ros.—¡López!

Lopez.—(La ballena.)

Ros.—¿Qué haces aquí parado? ¿Por qué no te mueves? ¿Por qué no vendes?

Lopez.—Porque no me compran. Esta vida no es para mí, Rosina. Pídeme un tin-flán; pídeme el kalte; pídeme la machicha; pero no me pidas que siga vendiendo chucherías, porque me rebelo.

Ros.—¿Chucherías? ¿Chucherías a los «camelós», imbécil? ¿Acaso en España no conocéis los «camelós?»

Lopez.—¡Vaya! Pero allí no se venden.

Ros.—¿No?

Lopez.—Se dan. ¿Que hacen elecciones los conservadores? Camelós para los liberales. ¿Que mandan los liberales? Camelós para todo el país.

Ros.—¡Gracioso! (Dándole un golpe.)

Lopez.—Rosina, encanto de mis ojos, estate quieta o te doy con el establecimiento en las narices.

Ros.—Eso harás tú con esta mujer, que no ha reparado en sacrificios para que no te falte nada, que se ha gastado contigo sus últimos ahorros.

Lopez.—¿Los últimos? ¿Pues qué has hecho de tanto dinero?

Ros.—Gastarlo.

Lopez.—¿Todo?

Ros.—No me queda más que mi calcetín, la hucha.

Lopez.—Pues venga la hucha.

Ros.—Ca; ese dinero es para mi vejez.

Lopez.—¿Y a cuándo aguardas?

Ros.—(Pegándole.) ¡Ah, granuja, pillo, bribón! ¡Y yo que venía a traerte la felicidad!

Lopez.—¿La felicidad dices?

Ros.—Sí, una contrata para Túnez.

Lopez.—¿Una contrata y cambiar de comestibles? ¿Porque en Túnez tirarán fátiles a la escena? ¡Sus, y a Túnez! Atunes los dos. Los dos atunes. (Abrazándola.)

Ros.—Quita.

Lopez.—¿Y quién es esa mosca blanca que nos contrata?

Ros.—Monsieur Mustafá.

Lopez.—Cómo. ¿aquel empresario que estuvo aquí hace años?

Ros.—El mismo.
Lopez.—¡Vamos, vamos corriendo!
Ros.—«¡Alons!» (Dándole un pellizco en el brazo.)
Lopez.—No; las señoras primero.
Ros.—Primero tú, corderito mío. «¡Alons!» (Repitiendo el pellizco.)
Lopez.—¡Eh, tú, que me vas a dejar sin alón!
Ros.—¡Si son caricias!
Lopez.—¿Caricias? ¡Pues permite que te corresponda! (Dándole un capirotazo.)
Ros.—¡Ah, granuja!
Lopez.—¡Toma caricias! (Mutis a discreción de los actores, por la izquierda.)

Bebel, Margot (niña de seis años) y Madame Bouchard

Mar.—(Sale corriendo por la derecha.) ¡Señor Lopez, señor López!
Bebel.—¡No corras, Margot, que te vas a caer!
Mar.—Era para llamar al señor López; pero ya no se le ve
Bebel.—Dame la mano. Hay mucha gente por el boulevard y pudieras perderte.
Mar.—Como tú quieras, mamaíta
Bebel.—Y ahora a casa, que tu padre estará esperándonos para poder salir.
Mar.—Déjame ver esas muñecas.
Bebel.—Que se hace tarde.
Mar.—¡Ay, qué pelo, qué pelo tan rubio! ¡Y lleva pendientes! ¡Mira, mamá, mira aquella del vestido azul!
Bebel.—Sí que es preciosa.
Bou.—Buenas tardes, señora Duval. (Desde la puerta de la tienda.)
Bebel.—Muy buenas.
Bou.—¿Qué? ¿Te agradan las muñecas, Margot?
Mar.—Sí, señora. ¿Cuánto cuesta aquella rubia del vestido azul?
Bou.—Esa es de las más caras.
Mar.—¡Qué lastima! ¿Verdad, mamá?
Bebel.—Sí, hija de mi alma. ¡Qué lástima no poder comprártelas todas!
Mar.—Todas no, yo me conformaba con esa.
Bebel.—Vaya, que tenemos prisa, Margot.
Mar.—Quede usted con Dios, señora Bouchard.
Bou.—Adiós, hijita.
Bebel.—Buenas tardes.
Bou.—Muy buenas.
Mar.—Mamá, ¿pasarán los Reyes por aquí antes de ir a casa?
Bebel.—Es posible.
Mar.—(Dando un suspiro muy grande.) ¡Ay... Dios lo quiera! (Se van por la izquierda.)

Ninon sola. Sale Ninon por la izquierda, elegantemente vestida y hasta llamativa de lujo; llevará un magnífico abrigo de pieles. En su modo de andar, en sus movimientos y sobre todo en su cara, acusará terrible enfermedad al corazón

MÚSICA

Ya vuelve a tí la pobre pecadora,
ya vuelvo a tí, París del alma mía.
¡Cuánto lloré pensando en esta hora,
porque pensé que a verte no volvía!
Loca gocé de la fortuna incierta
mientras sentí mi corazón inerte,
y ahora que ya mi corazón despierta
a mi pesar siento llegar la muerte
Pero al ver estos lugares,
¡ay, ciudad de mis amores!
¡Mis pesares,
mis dolores,
son más dulces hoy que ayer!
Y resisto tus embates
aunque lates ya sin tino.
¡Corazón, hay, no me mates,

no me mates, asesino!
¡Ten piedad de esta mujer!

—

Voy a volver
a ver a mi Margot;
voy a besar
sus labios de carmín;
en la hija
y en el padre
redención y caridad.
Mas no extremes tus embates
hasta el fin de mi camino;
corazón, ay, cómo lates,
cómo lates
asesino!
¡De esta madre ten piedad!
voy a estrechar
su cuerpo encantador;
voy a saber
si hay dicha para mí

—

Aunque Dios mi vida exija
halle al fin la triste madre,

HABLADO

Aquel es el Café-Concert donde trabajábamos juntos. ¿Continuará Luciano formando parte de la compañía? Ea, resolución. (Leyendo el cartel.) Pilul, Bisson, Navá... Pero Luciano no figura en el cartel. ¿Trabajará en otro teatro? ¿Cómo informarme?... Entraré. Es lo más derecho. (Entra en el Cafe-Concert.)

López, luego Ninón

LOPEZ.—(Por la izquierda.) ¡¡Contratados, contratados para Túnez!! ¡Ese moro no tiene precio! Dos ajenjos llevo tomados y gracias a su morisca amenidad he podido desprenderme un momento de Rosina. Esta es la hora a que suelen venir mis «venuses»! Pobre Rosina; yo en acecho y ella oyéndole referir al moro las costumbres del harém. ¿Qua harán en el harém?

NINON.—Nada. El encargado del mostrador no es el mismo de entonces y no conoce a Luciano.

LOPEZ.—(¡Caracolitos! ¿Quién será aquella princesa?)

NINON.—¿Eh...? Sí, no me engaño. ¡López!

LOPEZ.—(Anda, y sabe mi nombre y me llama.) Señora...

NINON.—¿Tan cambiada estoy que no me reconoces?

LOPEZ.—¡Calle... Ninón!

NINON.—¡Amigo mío!

LOPEZ.—¡Caramba! La verdad es que los años no pasan en balde y luego que esa indumentaria... ¿Hemos hecho fortuna, eh?

NINON.—Sí.

LOPEZ.—Lo dices de un modo... Te veo triste, abatida...

NINON.—Estoy muy enferma, López.

LOPEZ.—¿Qué tienes?

NINON.—Este maldito corazón que se me rebela.

LOPEZ.—¡Anda, y nosotros que nos figurábamos que no sabías lo que era ese artefacto!

NINON.—¡Ojalá siguiese ignorándolo!

LOPEZ.—¿De dónde vienes?

NINON.—De Nueva York.

LOPEZ.—¿Y te instalas aquí definitivamente?

NINON.—No; vengo de paso. El médico me recomienda un clima más benigno. Mañana salgo para Niza.

LOPEZ.—¡Caramba con Ninon, si pareces otra!

NINON.—Oye, López, ¿qué sabes de mi hija? ¿Qué ha sido de Luciano? (Con ansiedad.)

LOPEZ.—Pues Margot hecha una mujercita.

NINON.—¿De veras? ¿Estará muy guapa?

LOPEZ.—Guapísima. Es tu retrato.

NINON.—¿Querrá mucho a su madre?

LOPEZ.—La adora.

NINON.—¿De modo que me estará siempre nombrando?

LOPEZ.—¿A ti? Nunca. Jamás ha pronunciado tu nombre.

NINON.—¿Cómo? ¿Pues no acabas de decirme que me quiere tanto?

LOPEZ.—Bueno... pero... te diré, te diré... (He metido la pata hasta el corvejón.)

NINON.—¡Tú me engañas!

LOPEZ.—¿Yo?..,

NINON.—Sí. Me ves enferma, muy enferma, y tienes compasión de mí. Yo te lo agradezco. Pero por horrible que sea la verdad, dímela, López, dímela, que todavía es más espantoso lo que me figuro.

LOPEZ.—Pues bien. Es cierto que Margot adora en su madre; sólo que esa madre no eres tú.

NINON.—¡Sigue!

LOPEZ.—Esa madre, que a su vez la quiere con todo su corazón y que la considera y la trata como a las propias niñas de sus ojos, es Bebel.

NINON.—¡Bebel! (Horrorizada.)

LOPEZ.—Sí; Bebel, a quien Luciano ha hecho su esposa, viniendo así a legitimar a Margot.

NINON.—¡Jesús! (Llorando.)

LOPEZ.—Mira, hazme el favor de no soltar más lagrimitas, porque tampoco estoy yo para bailar en la cuerda floja.

NINON.—De modo que si yo deseara ver a mi hija; si antes de emprender este triste viaje quisiera darla un beso, ¡quién sabe si el último! ¿crees tú que se opondría Luciano? (Temblorosa.)

LOPEZ.—Estoy seguro.

NINON.—¡Cuánto debe odiarme!

LOPEZ.—Tonta, llorando no se consigue nada.

NINON.—Es verdad, me comeré las lágrimas.

LOPEZ.—De eso voy a tener yo que alimentarme si Dios no lo remedia.

NINON.—¿Tan mal estáis de intereses?

LOPEZ.—Peor, amiga mía, muchísimo peor. Hoy nos han despedido a Rosina y a mí de la compañía. (Sollozando cómicamente.)

NINON.—¡Pobre López! ¡Ah, qué idea! ¿Quieres ganarte un billete de mil francos?

LOPEZ.—¡De mil francos! ¿En qué museo se ve eso?

NINON.—Busca un medio para que yo bese a mi hija sin que Luciano pueda oponerse, y tuyo es ese dinero.

LOPEZ.—¡Mucho pides!

NINON.—¿Vive cerca?

LOPEZ.—Allí en frente. Aquella fotografía es suya. (Señalando a lo lejos del Boulevard.)

NINON.—¡Dios mío, tan cerca y no poderla ver!

LOPEZ.—Precisamente a esta hora sale Luciano todas las tardes de su casa para hacer entrega de los encargos.

NINON.—¡Toma, toma, a ver si esto te aguza el ingenio! (Dándole el billete.)

LOPEZ.—¡Eh!... ¡Ah, sí, aguzado, aguzado completamente! Entremos aquí y te explicaré mi proyecto. Anda, te convido.

NINON.—Vamos. (Entran en el café.)

Luciano, la señora Bouchard.

LUC.—(Sale por la izquierda.) Me pareció haber visto a López desde lejos y bien acompañado por cierto. Se habrá metido en el café. Dejémosle tranquilo. ¡Señora Bouchard!

BOU.—A sus órdenes ¿Desea usted algo? (Desde la puerta del Bazar.)

Luc.—Una muñeca con traje azul para mi hija.

Bou.—¿El regalo de Reyes?

Luc.—Justo.

Bou.—Aquí tiene usted una preciosa. (Enseñándole una lujosísima con traje y sombrero azul.)

Luc.—¿Vale mucho?

Bou.—Cien francos.

Luc.—No está al alcance de mi fortuna.

Bou.—Se la enseño a usted porque es la admiración de Margot.

Luc.—Acaba de decírmelo su madre; pero yo deseo algo más modesto; que no exceda de diez francos.

Bou.—Aquí tiene usted una de ese precio. (Le enseña otra más modesta con traje color rosa.)

Luc.—Pero no tiene vestido azul.

Bou.—Se le puede cambiar.

Luc.—Pues haga usted el favor de ordenarlo así y la recogeré al regresar.

Bou.—Con mucho gusto.

Luc.—Hasta luego.

Bou.—Vaya usted con Dios, segor Duval. (Luciano se va por segundo término derecha.)

La señora Bouchard, Ninón y López

López.—Conque a no perder tiempo.

Ninon.—¿Vas tras él?

López.—Sí. Primero le acompañaré a sus encargos y luego a presentarlo al moro. ¡Abur!

Ninon.—(¡Por fin!) A ver, ¿me hace usted el favor?

Bou.—¿Qué desea la señora?

Ninon.—Aquella muñeca.

Bou.—¿Esta? (La de más lujo del vestido azul.)

Ninon.—Sí, esta misma.

Bou.—Lo mejor que tengo en juguetes. Dice papá y mamá.

Ninon.—¿Cuánto es?

Bou.—Cien francos.

Ninon.—Tome usted. (Dándoselos.)

Bou.—¿Quiere la señora que se la envíe a su casa?

Ninon.—No, gracias. Yo misma la llevaré.

Bou.—(Mientras la empaqueta.) De estas se venden pocas. Justamente la hija de un señor que acaba de marcharse estaba prendada de ella; pero el pobre no ha podido darla esta alegría. ¡Dichosa usted que está en posición de hacer este pequeño sacrificio por la suya! Ya se la cobrará usted en besos. Por una hija todo, ¿verdad, señora?

Ninon.—Buenas tardes. (Nerviosamente y con angustia.)

Bou.—Usted lo pase bien. (Entra en el bazar.)

Ninon.—¡Por una hija todo! ¡Todo! Pero... ¡Dios mío! ¿Tengo yo hija? (Sale de escena llorando. Telón rápido.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Galería de un fotógrafo; el fondo y techo de la escena, de cristales con cortinas. Por los cristales del fondo debe verse una especie de panorama de parte de París empezando a cubrirse de nieve. En el primer término de la izquierda una chimenea en el encuadre

mino del mismo lado una puerta que figura dar entrada a las habitaciones interiores. En primer término de la derecha una puerta mampara de entrada a la fotografía. Esta puerta abre hacia la escena y tiene en el centro un óvalo de cristal en que se leerá «Fotografía.» Delante de la puerta un gran paravent formado por cortinas. La puerta al abrirse hace sonar un timbre. Sillas, mesas, aparatos de fotografía etc., etc. Es el atardecer.

Bebel y Margot. Aparecen sentadas junto al velador. Bebel figura retocar un cliché. Margot, mirando un periódico ilustrado

MAR.—Dime, mamá: ¿soy yo buena, verdad?
BEBEL.—Muy buena, hija mía.
MAR.—¿Quién es mejor, la niña de la señora Bouchard o yo?
BEBEL.—Tú. Los padres de tu amiguita dicen que su hija es un diablillo desobediente.
MAR.—¿Cómo entonces el año pasado le pusieron los Reyes más juguetes y mejores que a mí?
BEBEL.—Pues... pues no lo sé.
MAR.—¿Será porque somos pobres?
BEBEL.—Sí, hijita, tal vez sea por eso.
MAR.—¿Y el ser pobre es ser malo?
BEBEL.—No, el ser pobre es una desgracia.
MAR.—Pues los reyes debían querer más a los desgraciados que a los ricos.
BEBEL.—Pobrecita mía, tienes razón.

Dichas y Rosina muy sofocada, haciendo sonar el timbre. Habla casi sin aliento

MAR.—¿Quién será?
ROS.—¿Se puede?
BEBEL.—Adelante.
MAR.—¡Si es la señora Rosina!
BEBEL.—Siéntate, mujer, siéntate; que esta escalera va a acabar contigo.
ROS.—Esta escalera no, ese pillo de López. (Se sienta en la silla que ocupa Margot. Esta se retira a mirar por la galería de cristales.)
BEBEL.—Siempre igual.
ROS.—No, lo de hoy no tiene precedentes. Figúrate que estábamos en el café Riz ultimando nuestro contrato con aquel Empresario moro que conocimos hace años, y que como entonces viene a llevarse algunas notabilidades, cuando con pretexto de un asunto urgente desaparece López del café, y esta es la hora que no sólo no ha aparecido, sino que según me han dicho en el boulevard, acaban de verlo con una... señora, que le ha entregado no sé qué papelucho. ¿Te parece a tí que esa es conducta? ¡Ah, pero yo le aseguro que me las paga, vaya si me las paga! Por lo pronto, ya he tomado el dinero del préstamo y no pienso volver a casa en tres días, para que se crea que me he escapado con el moro, que a estas horas va camino de Marsella.
BEBEL.—¡Pero Rosina!
ROS.—Vosotros me daréis asilo.
BEBEL.—¡Pobre López, darle un susto así, con lo que te quiere!
MAR.—Oye, mamá, ¿te parece bien que escriba a los Reyes, a ver si este año me ponen la muñeca que me gusta tanto?
BEBEL.—Muy bien. Pues mira, mientras yo voy a preparar la cena para cuando venga papá, tú les pones la carta. Ahí tienes papel y pluma.
MAR.—En seguida la escribo.
BEBEL.—¿Vienes, Rosina?
ROS.—Sí. Oye, Margot. Si subiese López a preguntar por mí, no le digas que he venido, ¿eh?
MAR.—Bueno, no se lo diré. (Se van Bebel y Rosina puerta izquierda.)

Margot, a pocc Ninon.

MAR.—(Sentándose a la mesa, de espaldas a la puerta.) ¿Cómo empezaría yo? ¡Ah, sí, ya sé! (Escribiendo.) «Mis queridos... señores Reyes. Yo soy... Margot... una niña muy... buena... y este año quiero... una muñeca... que hay... en el pasaje... de...»

NINON.—(Entra haciendo sonar el timbre y se queda detrás del paravent.)

MAR.—¿Eh?... ¿Quién es? (Volviéndose.)

NINON.—(Al oir una voz de niña, quiere contestar pero no la deja la emoción.)

MAR.—(Levantándose.) ¿Que quién es?

NINON.—Yo. (Presentándose.)

MAR.—Pase usted. Llamaré a mi mamá.

NINON.—No, no la molestes, hija mía. No he venido más que a traerte esto y me voy en seguida. Toma, de parte de los Reyes. (Enseñándole la caja de la muñeca que compró en el cuadro anterior.)

MAR.—¿De parte de los Reyes? ¡Pero si aún no he concluído la carta!

NINON.—No importa: ellos han adivinado lo que tú querías y aquí lo tienes.

MAR.—¡Pero... si los Reyes no salen hasta media noche!

NINON.—Por eso me envían a mí en su lugar. Mira, ¿no es esta la muñeca que a ti te gustaba? (Sacándola de la caja.)

MAR.—¡Ah, sí, qué preciosa! (Sin atreverse a tocarla.)

NINON.—Tómala, tuya es.

MAR.—¿No me engaña usted? (Adelantándose a cogerla; pero parándose de repente.)

NINON.—¿Por qué había de engañarte? Tómala. (Margot se acerca y la coge.)

MAR.—¡Ah, sí, la misma, la misma!

NINON.—¿Y no merece un beso el recado?

MAR.—Sí, señora. (Acercándose a ella.)

NINON.—(Cogiéndola y besándola.) ¡Bendita seas! ¡Déjame, déjame que te estreche contra mi corazón!

MAR.—¡Me hace usted daño! (Ninon sigue besándola frenéticamente y Margot muy asustada, dice:) ¡Mamá, mamá!

NINON.—¡No la llames, tú eres mía, mía solamente!

MAR.—¡Mamá, mamá! (Muy asustada y procurando desasirse de Ninon.)

Dichas y Bebel.

BEBEL.—¡Margot, hija mía! (Desde dentro.) ¡Jesús! (Viendo a Ninon.)

NINON.—¡Bebel! (Soltando a Margot.)

MAR.—(¡Qué susto, mamá!)

BEBEL.—Vete dentro, Margot,

MAR.—(No, no te dejo sola con ella.)

BEBEL.—No tengas miedo, esta señora es amiga mía.

MAR.—¿Sí?...

BEBEL.—Sí, vete dentro.

MAR.—(¿Será verdad que viene de parte de los Reyes? (Se va izquierda mirando con gran insistencia a Ninón.)

Bebel y Ninón

NINON.—¡Bebel!

BEBEL.—¡Vete, sal de esta casa!

NINON.—¡Compasión, Bebel, (Se arrodilla.) compasión! (Rompe en sollozos.)

MÚSICA

NINON No llego aquí demando compasión.
buscando el bien perdido; Ya que por él
sólo de tí la dicha has conocido,

sea Bebel
quien logre mi perdón.
(Se levanta.)

BEBEL Tiemblo por tí,
si aquí te ve Luciano:
tiemblo por mí,
si avivas su pasión.
Hoy a Bebel
Ninón acude en vano.
¿Cómo yo a él
le pido tu perdón?

—

NINON Enferma de muerte
no ansiaba la vida,
ansiaba tan solo
besar a mi hija.
Mas fuí mala madre
y Dios me castiga,
¡a mí me rechaza
y a tí te acaricia!

BEBEL Huíste del padre,
dejaste a la hija;
con él y con ella
lloré tu perfidia.
Los quiero y me quieren
sus almas son mías.
No tengas, no, celos.
¡Dios hace justicia!

—

NINON Ya toco, sí,
la realidad horrible.

BEBEL Yo que sufrí
comprendo tu dolor.

NINON No volveré,
mi sueño es imposible.

BEBEL Yo velaré
por la hija de tu amor.

NINON Tú pedirás
que el cielo me perdone.

BEBEL No dudarás
que noble siempre fuí.

NINON Cuando cruel
la vida me abandone,
oye, Bebel,
(Acercándose a ella suplicante casi con el aliento.)
hazla rezar por mí.

BEBEL ¡Eso sí!

NINON ¡Te oye Dios!

BEBEL ¡Eso sí!
(Las dos abrazadas.)
Yo te juro por tu hija velar,
como madre bendita de Dios;
si es feliz con su dicha gozar,
y si sufre sufrir por las dos.
De mis labios jamás ha de oir
lo que un hijo no debe saber,
y tu nombre le haré bendecir
por si nunca la vuelves a ver.

NINON. Pues me juras por ella velar
como madre bendita de Dios,
El conserve la dicha en tu ho[ga]
y felices os haga a los dos.
Yo a su lado soñé revivir,
mas dichosa no puedo ya ser
y tan sólo me resta morir
si a mi hija jamás he de ver.

—

Adiós, de aquí me alejo.
(Marchándose.)

BEBEL. Confía en mí, Ninón.

NINON. Adiós. Ten para ella.
(La besa en la frente.)

BEBEL. ¡Adiós!

LAS DOS. ¡Por siempre; adiós!
(Bebel queda donde estaba. Ninon se dirige resueltamente a la puerta, mas después de abrir la mampara vuelve a soltarla; suena el timbre y Ninon al ver aparecer a Luciano se oculta entre las cortinas.)

HABLADO

BEBEL.—¡Infeliz! ¡Dios mío, ten compasión de ella! (Sentándose.)

Dichas, Luciano. Luego Margot.

LUC.—Ea, ya estoy de vuelta. (Dejando el abrigo.) ¿Comemos? (Dirigiéndose donde está Babel.) ¿Pero qué es eso, lloras? ¿Qué tienes?

BEBEL.—¿Le has visto?

LUC.—¿A quién?

BEBEL.—A Ninón. Acaba de salir.

LUC.—¡Ninón! ¿Ninon aquí? ¡Se ha atrevido!..

BEBEL.—Perdónala. ¡Está muy enferma!

LUC.—¿Ha hablado con Margot?

BEBEL.—No ha hecho más que besarla y traerla juguetes. ¡Si la vieras! ¡Lleva [illegible] retratado en la cara! (Pau...)

Luc.—¡Pobre mujer! (Volviéndose para que Bebel no le vea la cara.)
Bebel.—¿Aún la quieres? (Levantándose y con cariñosa reconvención.)
Luc.—¡Oh, no, Bebel: mi corazón es enteramente de mi hija y tuyo!
Mar.—¿Puedo salir ya, mamá?
Bebel.—Sí, hija, sí. Ya está aquí tu padre y vamos a comer ahora mismo.
Mar.—(¿Se fué esa señora?) (A Bebel, después de besar a Luciano.)
Bebel.—Sí.
Mar.—(¡Cómo apretaba!) Mira, papá. Mira lo que me ha traído una señora.
Luc.—Bonita muñeca.
Mar.—¿Verdad que sí? Tú no la has visto bien, mamá. Mírala qué preciosa. ¿Pero qué tienes, lloras?
Bebel.—Yo no, hija mía, es el frío.
Mar.—Pues ese frío lo quito yo con un beso. (La besa.) ¿Y ahora estás mejor?
Bebel.—¡Sí, hija de mi alma!
Luc.—Ea, a la mesa, a la mesa.
Ninon.—(¡No puedo más, las fuerzas me abandonan!)
Lopez.—(Dentro.) ¡Luciano! ¡Luciano!
Luc.—¿Quién?
Lopez.—¡Luciano! (Dentro.)
Luc.—¡López!

Dichos, López. Luego Rosina.

Lopez.—¡Luciano, Bebel, amigos míos!
Luc.—¿Qué te pasa?
Lopez.—¿Ha venido Rosina por aquí?
Bebel.—No.
Lopez.—¡Ni en el café, ni en casa! ¡Ya no me cabe duda, ciertos son los!.. ¡No quiero nombrarlos!
Luc.—¿Estás loco?
Lopez.—¡Ffese usted de los tunecinos!
Bebel.—¿Pero qué te sucede?
Lopez.—¡Que no encuentro a Rosina por ninguna parte!
Luc.—¡Pero hombre!..
Lopez.—¡Se marchó, la perdí! ¡Se ha pasado al moro con calcetín y todo!
Bebel.—¿Qué calcetín?
Lopez.—¡Nuestra hucha!
Luc.—¡Calmate, hombre!
Lopez.—¡Ah Luciano, tú no sabes lo que es encontrarse en el tálamo con seis toneladas de menos!
Ros.—(Saliendo.) ¡Toma toneladas! (Pegándole.)
Lopez.—¿Tú?
Ros.—Sí, yo que tengo que pedirte cuentas de tu conducta.
Lopez.—¿Cómo?
Ros.—¿Qué te ha dado esa... señora, con quien has estado hablando en el pasaje?
Lopez.—Nada: yo te juro...
Ros.—(Después de registrarle le saca el billete y dice enseñándoselo): ¿Qué es esto?
Lopez.—¡Un pápiro!
Ros.—¿Y esto? (Le da un cachete.)
Lopez.—¡Un popirotazo!
Ros.—¡Granuja!
Lopez.—Calla, yo te explicaré...
Bebel.—Ea, a comer. Quedaos con nosotros
Mar.—Sí, sí que se queden.
Ros.—¡No faltaba más!...

Luc.—Eso digo yo; no faltaba más que os fuérais con lo que está nevando (Desde la ventana.)

Bebel.—¡Vamos, vamos!

Lopez.—No hay más remedio que aceptar. ¡Qué hermoso es el calor de la familia! (Abrazando a Rosina.)

Bebel.—¡Ya lo creo!

Ros.—Déjame. ¡Adúltero! (Entran por la izquierda.)

Mar.—¡Cuánta nieve! (Al lado de Luciano, al que coge de la mano. Música en la orquesta.)

Bebel.—Anda, Margot. (Se entra.)

Mar.—Debe ser muy triste morir de frío, ¿verdad, papá?

Luc.—(Cogiendo de la mano a Margot y entrándose por la izquierda.) ¡Muy triste hija de mi alma, muy triste!

Ninon, sola

Ninon.—(Pálida, demacrada, agonizante, sale de detrás de las cortinas, donde ha estado oculta; mira por donde han hecho mutis los otros, se acerca a la mesa, coge la carta empezada por Margot, y después de besarla la guarda en el pecho; levanta sus ojos al cielo tambaleándose y prorrumpiendo en un sollozo desgarrador abre la mampara y sale corriendo. Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

LA TEMPRANICA

ZARZUELA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS

original de

Julián Romea

PERSONAJES

MARIA, LA TEMPRANICA.-GRABIÉ.-SULÚ.-LA MORONDA.-PASTORA.-LA CONDESA.-DON LUIS, conde de Santa Fé.-MIGUEL, EL LOBITO.-DON MARIANO.-MISTER JAMES.-EL ZEÑÓ CHANO.-DON RAMÓN.-CURRO.-ZALEA.-PILIN.-JUAN.-UN GITANO

Cazadores, ojeadores, gitanos, señoritas y caballeros, guardas de monte.

La acción en Granada y sus cercanías en 189...

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Una explanada en la sierra cercana a Granada. A la izquierda, en segundo término, fachada de un cortijo y casa de cazadores, en cuyo centro está la puerta de entrada. Continúa formando escuadra con la dicha fachada otro cuerpo de edificio que llega hasta el proscenio. Este trasto tiene una ventana a una altura que no puede ser dominado sino subiéndose en el banco de fábrica que hay debajo adosado al muro. Otros bancos del mismo género a los lados de la puerta. Foro derecha, camino estrecho, por el que se llega a la casa. Rocas y maleza al fondo. Es de noche. Se percibe el resplandor de la luna, que se pone a poco, haciéndose noche oscura.

Al levantarse el telón sale de la casa el Curro, que hace sonar su bocina, a la que responden dentro otras. Van apareciendo por distintos lados don Luis, Mr. James, don Mariano, don Ramón y coro de ojeadores y guardas, todos en trajes de caza. Después dos guardas de monte con escopeta y bandolera, llevando los conejos y perdices que han cazado y dos o tres perros atados. Los criados entran en la casa.

MÚSICA

CORO.—(Dentro.)

La caza ya se esconde,
la luz del día huyó,
espera al nuevo día,
descansa, cazador.
La cena nos aguarda
y el lecho pronto está.
El cuerpo fatigado
reposo pide ya.

MAR.—(En escena.)

Gran jornada.

RAM.

Buenos tiros.

LUIS.

No se ha dado el día mal.

JAMES

Mocho soerte. Mochos piezas.

TODOS

No hay placer como el cazar.
Salir de mañana,
marchar hacia el monte
las armas al hombro,
los perros detrás.
Pisando malezas
y arroyos saltando
buscar el abrigo
de algún matorral.
Llegar a un buen puesto
montar el gatillo;
si el perro se pone,
prestar atención;
hacer puntería
con pulso seguro.
¡Ya sale la pieza!
¡La pieza cayó!
Y siguiendo la jornada.
dando ojeos sin cesar,
caza buena y abundante,
no cansarse de cobrar.
Buen almuerzo a medio día,
rico vino, agua mejor.
Ya las fuerzas se reponen.
Ya está listo el cazador.
La caza ya se esconde.
la luz del día huyó,
etc. etc.

HABLADO

Luis.—Bueno, muchachos, idos a descansar a los lugares de abajo, donde tenéis buena cena. A dormir y a prepararse para los ojeos de mañana, que serán los últimos, porque nos volvemos a Granada por la noche.

UNO.—Gracias, mi amo. (Vase foro.)

LUIS.—¡Abur! (Llamando.) ¡Curro!

CURRO.—(Saliendo.) ¡Zeñorico!

LUIS.—Llevaos adentro esos arreos. (Entregan las armas, morrales, etc., que Curro y los guardas entran en la casa.)

RAM.—Conque, don Mariano... Bolo, ¿eh?... ¡Qué vergüenza! (Todos ríen.)

MAR.—Zeñore... zeñore... no reirse. Yo tengo demostrado ya que mato más que ustedes. Zoy fizcal de la Audiencia.

LUIS.—¿Y qué?

MAR.—¿Cómo y qué? ¡Pues no llevo ya muerta mucha gente!

RAM.—Sí, pero conejos...

MAR.—Ya zaben uztedes que con los humildes zoy ziempre compazivo.

LUIS.—El que es un gran tirador es nuestro ingeniero.

JAMES.—¡Oh! ¡Mucho favor! Yo tiene buena suerte. (Con acento.)

LUIS.—Mister James (Pronunciando Yems.), como todo el que vale, es muy modesto; pero nos ha dejado atrás a todos; no ha errado un tiro.

JAMES.—*Zenk yon.*

MAR.—¿Qué ha dicho ozté?

JAMES.—Grasias.

MAR.—¡Ah! Bueno; creí que era una coza mala.

RAM.—¡Qué gracia tiene este fiscal!

MAR.—¡Lo que tiene el fizcal ez un hambre que ze pela!

JAMES.—Y yo apitito también: mucho camino todo el día.

LUIS.—Pues esa enfermedad se cura pronto. ¡A ver, Currito!

CURRO.—(Saliendo.) Mandosté.

LUIS.—Que se presente la Moronda inmediatamente.

CURRO.—De zeguía. (Entra en la casa.)

JAMES.—¿Quién es Morronda?

LUIS.—Es la mujer de Curro, nuestra gran cocinera. La Moronda es un mote.

MAR.—Un título del reino.

Dichos, Moronda.

MOR.—Dios guarde a osté.

LUIS.—¡Hola, Morondita!

MAR.—¡Olé! ¡Vivan las rosas de Mayo!

MOR.—Pos ascuchosté, don Mariano. Lo he sío, aunque hace un ratico que me he zecao. Ya me voy esponjando... como osté.

TODOS.—¡Bien dicho, toma castaña!

MAR.—Me conformo porque lo dice una dama.

MOR.—Oigasté, yo no zoy ezo. Zoy Candela Martínez, y nacía en er monte, con que ya ve usté. Y no ze metasté conmigo porque yo no me queo cayá. Conque ¿qué quería ozté, zeñorico?

LUIS.—Vamos a ver, ¿qué nos vas a dar de cenar?

MAR.—Eso, eso; venga er menú... Yo también hablo el inglés, ¿eh, mister?

JAMES.—Moy bien.

MOR.—Pos verán ostés. Ahorica mesmo eché el arroz, que va a ser lo primerico. Yeva armejas, que me zubieron esta tarde de Graná. Unas cortás de jamón de Trevelez y pimientos, más sabrosos y durses que una armiba. De zeguía un cordero azao con patatas, que van ostés a zalí toos diciendo ¡bee!... ¿Eh, y eza?

MAR.—Eza, eza es mucha franqueza.

MOR.—Po er que lo tome a malas, que no coma.

MAR.—Bien; perdona. Otra cosa.

MOR.—De zeguía, un bacalao enjamonao que no lo come mejó e rey de Ezpaña.

MAR.—Eso es una gran verdad. Los reyes no comen bacalao.

MOR.—¿No? ¡Mia tú qué cúrziles!... Aluego unos pollos con tomate; aluego perdices estofás, aluego...

MAR.—Sí; *aluego* reventamos todos y *aluego* la mando a usté ahorcar, apreciando la premeditación, alevosía (Todos ríen.) y nocturnidad.

MOR.—Ea, ya zacó usted sus textos en latín. Zeñorico don Luis, no lo traigo uste más, que la ha tomao conmigo.

Luis.—No tengas cuidado que aquí estoy yo y seremos dos contra él.

Mor.—Ezo, ezo, a la justicia prenden.

Luis.—Ahora lo que te encargo es que esté todo a punto, porque esta fiesta es para obsequiar a este caballero.

Mor.—¿A cuál?

Luis.—(Por James.) A este señor que es un célebre ingeniero inglés. Viene a montar mi gran fábrica de azúcar de remolacha y queremos obsequiarle como se merece.

Mor.—Po, oigasté, musiú. Va usté a ve cosa güena, se va usté a jartá.

James.—¿Qué dice?

Mor.—(Gritándole.) Que va usté a jartarse.

Mar.—¡Pero señora, si no es sordo!

James.—(Riendo.) Bueno, bueno, grasias...

Mor.—Conque hasta luego.

Mar.—Adiós, Morondita.

Todos.—¡Abur!

Mor.—Prepará eso *estógamo*, y dispensá si he fartao. (Vase.)

Dichos menos la Moronda, luego Curro

Luis.—Es un gran tipo.

Mar.—Yo la hago rabiar por oir sus dicharachos.

James.—Es simpática.

Mar.—¡Oh! ya verá usté, ya verá usté que ejemplares tan pintorescos hay entre estos indígenas.

Ram.—Es cierto,

Luis.—Un día de estos vamos a llevar a míster James a dar un paseo por el Albaicín.

Mar.—Y al barrio de los greñúos.

Ram.—Y a las cuevas de los gitanos

Luis.—Hay allí escenas dignas de un cuadro de Velázquez.

James.—¡Oh! yo gran curioso de costumbres. He leído mucho Andalusía: deseo escuchar canciones, bailes, y muchas cosas. (Se oye cantar dentro a Grabié una seguidilla.)

Mar.—¿No hablaba usted de canciones? Por ahí va un canario de monte.

Luis.—¡Curro! (Llamando.)

Curro.—(Saliendo.) ¡Mandosté!

Luis.—Llama a ese chiquillo que va cantando y tráelo aquí.

Mar.—Hombre, sí; así entretendremos el hambre.

Curro.—(Desaparece por detrás de la casa.) ¡Chiquillo!... que vengas... ¿eh?... Pa argo será, saborío. Ven, hombre, que no te van a jasé ná... Güeno, sí; átalo ahí en esa ensina.

Luis.—Estos mentecatos se asustan de la gente.

James.—Es comprendido... siempre a la montaña...

Mar.—Quiá es que son desconfiados y marrulleros.

Dichos. Curro y Grabié.

Curro.—(Entra, trayendo cogido a Grabié.) Aquí está mil hombres. (Vase.)

Mar.—Ven acá, gachosito, que te vamos a endicá la fila. (Sentándose en el banco que hace esquina.)

Grab.—Güenas noches.

James.—Es jovensito mucho.

Mar.—¿Tú quién eres?

Grab.—Po... po yo zoy Grabié.

Mar.—Bueno, ¿y qué haces a estas horas por aquí?

Grab.—Po... po vengo de poné liga a eza mata de ahí arriba pa cazar lo pájaro por la mañana.

Mar.—¿Y caen muchos?

Grab.—Antié no cogí ná má e dó; ayé na, y hoy ná. (Don Luis le mira con gran atención.)

Mar.—¿Y adónde vas ahora?

Grab.—Po... a mi rancho.

Mar.—¿Y cuál es tu rancho?

GRAB.—Y... y ¿osté é er jué?...

MAR.—¿Qué dises, chiquiyo?

GRAB.—Como preguntasté tanto, po eso. Y zi arguna malita lengua me ha publicao, yo no he jecho na malo, místela: zi miento que me caztigue un debé..

MAR.—No, hombre, no. Queremos solamente saber de qué rancho eres; por curiosidad nada más.

GRAB.—Po zoy der rancho der zeñó Chano, que é jerrero, y e mi pare y de la Tempranica y Pilín.

LUIS.—¡Ya decía yo que conocía esa cara!

GRAB.—¡Don Lui... que no l'habia conosío!... ¡Ay, zi é don Lui!... ¡E don Lui!...

MAR.—¡Hombre!, por lo visto es un amigo. (Se levanta.)

LUIS.—Sí, nos conocemos hace tiempo.

GRAB.—Zí zeñó; y tóos lo queremos muncho; y mi hermana má.

LUIS.—Calla, muchacho.

GRAB.—Po poquita duca pasó mi María cuantito osté ze marchó. Ze queó má fina que una cañasuca, y decían que iba pa távira. Má zuspiro jechó de su cuerpo que lo fueye de la fragua; y zus ojos yoraban, yoraban, que uno era er Darro y otro er Genil.

LUIS.—Vamos, ¿te quieres callar?

MAR.—No, que siga, que siga...

RAM.—Aquí hay aventura, Luisito.

JAMES.—Interesante mucho.

LUIS.—Pero señores...

MAR.—Cuenta, cuenta, Grabié...

GRAB.—Y ze queó má trizte que un gorrión embragao; y mi pare le endiñaba candela... y mi mare le cantaba...

«Tempranica m'ha zalío
como la fló del armendro...»

porque dijo que la mosita no puen queré de chavaliya. Po aluego ya no yoraba; y ze queó ma zeria que un civil. Y le jablabán y no desía ná; y azín ze pazó jasta que comensó a rompé y dijo que ya lo había orvidao tóo, y tomó otro queré con Migué er Lobito, que é un moso güeno y tiene parné, y la camela mucho y ella a é... y na má.

LUIS.—¡Ah!, ¿tiene un novio? Pues me alegro con toda mi alma.

MAR.—Vaya, vaya... ¿conque esas tenemos, don Luis?

RAM.—¿Conque hay novela?

LUIS.—¡Qué tontería!

MAR.—¡Que la cuente!

LUIS.—¡Hombre, por Dios!

JAMES.—Cuente usté, por favó.

LUIS.—Vaya, vaya; dejémonos de tontunas. Canta, Gabrielillo; canta, que para eso te hemos llamado. Alegra el monte con tus canciones y echa aquel bailecillo que me hacía tanta gracia. Ya verán ustedes, ya verá usté, James, qué salado es el chiquillo.

MAR.—Bueno; pero en la mesa lo cuenta usted.

RAM.—Sí; no se escapa.

LUIS.—Bien, bien; ya hablaremos. Anda, Gabriel.

GRAB.—Po en cuantito zepa mi Tempranica que está ozté aquí...

LUIS.—Pero como no lo sabrá...

GRAB.—Es que yo...

LUIS.—Es que tú te vas a callar.

GRAB.—Zi me va a conocé la alegría en la cara.

LUIS.—Pues que no te la vea.

GRAB.—¿Y quié usté que me merque una careta pa andá por el rancho?

MAR.—¡Ea!, venga ese cante y te ganas un duro.

GRAR.—¿Un duro? Po jagan ostés parmitas sordas, que me ví a bailá más que la tarántula. (Se sientan mientras Grabié canta.)

GRAB.

La tarántula e un bicho mu malo,
no se mata con piera ni palo;
que juye y ze mete
por tós los rincones
y zon mu malinas
zus picazones.
¡Ay mare!, no zé que tengo,
que áyé pazé po la era
y ha prencipiaíto a entrame
er má de la temblaera.
Zerá que a mí me ha picao
la tarántula dañina,
y estoy toitico enfermao
por zu zangre tan endina.
¡Ze coman los mengues,
mardita la araña
que tié en la barriga
pintá una guitarra!
Bailando ze cura
tan jondo doló...
¡Mardita la araña
que a mí me picó!

—

No le temo a los rayos ni bala,
ni le temo a otra cosa más mala.
Que me hizo mi pare
más guapo que er gayo;
pero a ese bichito
lo parta un rayo.
¡Ay, mare! Yo estóy malito,
me está entrando unos suores
que m'han dejaito zeco
y comío de picores.
Zerá q'a mí ma picao
la tarántula dañina,
y por eso m'ha quedado
más dergao que una zardina.
¡Ze coman los mengues
mardita la araña! etc., etc.

HABLADO

TODOS.—¡Bien! ¡Bravo!

MAR.—¡Ole los chiquiyos con gracia! ¡Toma, por barbián (Le da dinero.)

RAM.—Vaya para zapatos. (Idem.)

JAMES.—El mi dinero también. (Idem.)

GRAB.—Dió ze lo pague, zeñorico, y la vinge de la Angustia le aumente el loben y le quite la jambre; y jaga un debé que eze garlochí tan juncá no ze vea nunca ajogao de duquita ni pena.

MAR.—¡Adiós, hombre... y memorias a la Tempranica!

RAM.—Y ar zeñó Chano.

JAMES.—Y mochos gorriones a las ligas.

GRAB.—¡Con Dió, zeñorico! (Don Luis le detiene y en voz baja le dice.)

LUIS.—Toma. (Le da dinero.) Y no digas a tu hermana que me has visto.

GRAB.—Pero don Luí...

LUIS.—Si no, te vas a acordar de mí.

GRAB.—¡Güeno, güeno! ¡No ze enfae ozté! Premita un debé que zu zuerte zea güena; que lo jagan obispo, u generá, u argo mu grande, y ze vea ozté en la gloria. ¡Con Dió! (Vase.)

LUIS.—¡Gracias, hombre!... ¡Adiós!... ¡Maldito encuentro!

Dichos menos Grabié.

MAR.—Bien, amigo don Luis.

RAM.—¿Conque un amor oculto, eh?

MAR.—¡A estas horas... y a estas alturas!

JAMES.—Debe ser bonito esto.

LUIS.—Pues no tiene nada de particular.

MAR.—¡Vaya si tiene! Un conde y una gitanilla...

RAM.—El conde de Santa Fe y la Tempranica. Novela por entregas...

MAR.—De Enrique Pérez Escrich.

LUIS.—¡Vaya, señores, se acabó! Voy a contárselo a ustedes, para que vean que aquí no hay nada que no sea muy natural.

MAR.—¡Venga, venga!

RAM.—Oigamos. Vaya un cigarro. (Ofreciendo su petaca. Fuman.)

LUIS.—Pues verán ustedes. Hace un año andaba yo por estas cercanías de Granada, donde saben ustedes que tengo varias posesiones. Iba una tarde a caballo desde el cortijo de la Alamedilla al de Torrenueva, y al cruzar un barranco tropieza el jaco, se cae y da conmigo en tierra, causándome una pequeña herida y una conmoción que me dejó sin sentido.

MAR.—Espere usted. Ya adivino lo demás. Pasan unas horas, abre usté los

ojos y se encuentra en un rico palacio, sobre un mullido lecho, rodeado de personas extrañas y poniéndole sinapismos una divina joven, cuyas miradas se le clavaron en el corazón. Se continuará. (Todos se ríen.)

LUIS.—Pues sí, señor; algo de eso hay.

MAR.—¿Lo ven ustedes?

LUIS.—Sí; salvo que el palacio era una miserable casuca; el mullido lecho unos puñados de paja; y la divina joven una chiquilla de color de ladrillo que no tenía de divina más que una carilla alegre y dieciocho años.

MAR.—¿Ve usté cómo había algo?...

LUIS.—Y muy natural. Unas pobres gentes que encuentran a un hombre lastimado y le prestan auxilio. Lo novelesco viene ahora, y de eso tengo yo la culpa.

RAM.—Vamos, ya irá saliendo. Siga, siga.

LUIS.—Aunque podía continuar mi viaje, tuve otra idea. No dí aviso a nadie por no alarmar a mi familia ni a mi mujer, mi novia entonces, pues sabían que yo andaba por estos vericuetos y no volvería a Granada en diez o doce días. Aficionado a todo lo popular y pintoresco, me ocurrió la idea de conocer la vida de aquella gente y determiné quedarme allí unos días. Excuso decir a ustedes que no me resigné a partir su miseria, y que me gasté unos cuartos en procurarme relativa comodidad. Les dije que no me encontraba en disposición de continuar mi camino, que era un labrador algo acomodado de un pueblo distante; y como el huésped no era molesto, sino al contrario, muy productivo, les pareció de perlas mi resolución.

MAR.—¡Ya lo creo!

RAM.—¡Cuándo pillarían otra breva como esa!

LUIS.—Yo noté que la chiquilla me tomó ley desde el primer momento y que aquella afición aumentaba de hora en hora. A mí... la verdad... me gustaba aquello... Soy hombre... tengo mi poquito de vanidad... en fin, que me dejé querer y hasta le cobré cierto cariño; porque la muchacha es negrucha, eso sí, pero bonita y airosa como pocas dentro del tipo de su raza. Ya empezó a ponerse la cosa tan seria, que tomé el partido de cortar por lo sano, y un día me despedí de ellos, les dí unas cuantas monedas y los dejé. Mi Tempranica lloró sin consuelo, me acompañó un buen trecho de camino, me declaró su pasión, dijo que nunca me olvidaría, que la llevara conmigo y...

MAR.—¿Y qué más?... (Con malicia.)

LUIS.—Y nada más.

MAR.—¿Nada... nada más?

LUIS.—Nada más, don Mariano. Ya sabe usted que he sido siempre caballero y juicioso.

MAR.—Sí, hombre, sí... pero yo... ¡Qué demonio! yo...

LUIS.—Usted hubiera hecho lo mismo. Conque ya está satisfecha su curiosidad y vamos a comer, que ya debe estar todo listo. ¡Curro! (Llamando.)

RAM.—Bien, don Luis, bien. Es una aventurilla muy interesante.

JAMES.—Moy español.

CURRO.—(Saliendo.) ¡Zeñorito!...

LUIS.—¿Cómo anda esa comida?

CURRO.—A avizá venía yo. Cuando ostés quieran.

LUIS.—Pues a la mesa.

TODOS.—Andando.

MAR.—(Con música de «Los Hugonotes.»)

¡A mesa!
¡A mesa!
¡Trán, tán, trán, tán, tra-la-la!

(Entran todos cantando y bromeando.)

María la Tempranica y Gabrié.

Queda la escena sola unos momentos, durante los cuales se oye dentro de la casa el bullicio y algazara de los cazadores. Oyese también el ruído de los cubiertos, vasos, etc. A través de las ventanas se percibe la luz de la habitación. Sale Grabié con precaución por el fondo izquierda, llega de puntillas hasta la puerta. Luego va al banco que hay bajo la ventana, sube y observa lo qué ocurre dentro

MARÍA.—(Bajo) ¡Grabié!

GRAB.—(Idem,) ¡María!
MARÍA.—¿Está ahí?
GRAB.—¡Zí!
MARÍA.—¡A velo! (Corriendo hacia el banco.)
GRAB.—Espera.
MARÍA.—¡Abájate, mardesío!
GRAB.—¡Zi e que ahora no eztá!
MARÍA.—¿Za dío?
GRAB.—Ze menea mucho eza gente.
MARIA.—¡Vaya por Dió!
GRAB.—Ya ze zientan.
MARÍA.—Abájate.
GRAB.—Zube aquí, a mi vera.
MARÍA.—Zi no lo vi a ve bien.
GRAB.—Zi, ven.
MARÍA.—¡Zi é que quieo velo yo zola!... ¡yo zola!
GRAB.—¡Míralo ayí!
MARÍA.—¿Cuá e? ¿Aqué zin pelo?
GRAB.—No, chiquiya; ma pa acá.
MARÍA.—Eze tampoco é... (Empuja a Grabié.)
GRAB.—No arrempuje.
MARÍA.—¡Ay! ¡Pare mío Jesú! ¿Ande está eze hombre?
GRAB.—Ma pa acá.
MARÍA.—(Gritando sin poder contenerse). ¡Ay! ¡Ya lo veo ya lo veo!... ¡Zí, zí!... Zon zus ojos que se clavan... ¡Zu riza que jace alegrá er sentío! ¡Zu boca... nío e palabriyas durses que jieren en er pecho con mucho ange!... (Bajando del banco y on resolución.) Yámalo. Grabié.
GRAB.—Chiquiya, ¿estás loca?
MARÍA.—¡Yámalo!
GRAB.—Si me dijo que no te dijera ná!
MARIA.—O lo yama o entro yo.
GRAB.—¡Malos mengues me yeven!.,. ¿Pa qué te habré traío? ¿No dijiste que velo na má? Vámono.
MARÍA.—Yo no me voy.
GRAB.—Chiquiya, tú va a prevaricá. (Bajando del banco.)
MARÍA.—Mira, tú entra y dises...
GRAB.—¿Qué?...
MARÍA.—Tú entra...
GRAB.—Yo entro y me tiran un plato.
MARÍA.—Entra y dises: on Luí, que está ahí mi bato y quiere darle una rasón.
GRAB.—Ezo é, y aluego...
MARIA.—Aluego no te apure. Yo lo arreglaré tó.
GRABI—Güeno; va tú a ve.
MARÍA.—Pero azín, con jechura... ¿eh?... Y a é zolo.
GRAB.—Va tú a ve.
MARIA.—Espacha; mardesío. (Lo empuja.)
GRAB.—Va tú a ve... (Entra en la casa.)
MARÍA.—¡Zí... que zarga... que zarga! Y azín que zarga le diré... ¿qué le digo? que zi me quiere... ¡No, no: me va a decí que no; y zi me dice que no... yo no quíero que me lo diga. ¿Entonses qué...? entonses... que yo lo quiero a é... Ezo. Que yo lo había orvidao pero... no; ezo tampoco; que lo tenía dormío en lo jondo má jondo der pecho... y que al verlo ha zentío un fuego mu grande que me quema toíta el arma; que los yunque los tengo metíos en er corazón según los gorpes que ziento... Y é... ¿qué me va a respondé?... Me dirá aqueyas cozas tan bonitas que yo no la comprendía; pero que zonaban muy durses y más presiosas que toas las músicas der sielo... Pero... ¿y si se ha orvidao de aquello? Un año ha pasao y no ha guerto ¡Virgen mía! ¿Qué me paza a mí? Quiero... y no quiero y... ¡Várgame un debé der sielo! ¿Qué he jecho yó? (Se cubre la cara con las manos.)
GRAB.—(Saliendo de la casa con don Luis.) ¡Místela!
LUIS.—¡Ya me lo figuraba! ¿No te dije que no la dijeras nada? ¡Pillo! ¡Tunante!

GRAB.—Zi me lo conoció en los zacais.
LUIS.—¡La lengua si que te voy a sacar yo! (Grabié se marcha.) ¡María!
MARIA.—(¡Ay! ¡Jozú! ¡Aqui está...)
LUIS.—¡María! ¿Por qué has venido?
MARIA.—¡Luis!... ¡Don Luis!... Por...
LUIS.—¿Por qué?...
MARIA.—Po... po ahora no puedo mentí: por verlo.
LUIS.—¿A mí? Pues ya me ves. ¿Quieres algo de mí? ¿Necesitas algo?
MARIA.—Muncho.
LUIS.—¿Cuánto?
MARIA.—No; dineros no.
LUIS.—¿Pues qué?
MARIA.—Ya se lo he dicho a osté. Verlo.
LUIS.—¿Y eso es mucho?
MARIA.—Pa mí... ezo e tó er mundo, ezo e er cielo, ezo zí...
LUIS.—Vaya, vaya. María tranquilízate. Ya me ha dicho tu hermano que tienes un novio rico, yo me alegro. Cuando te cases te haré un regalo de boda.
MARIA.—No; no me jase farta.
LUIS.—¿Por qué?
MARIA.—Porque... porque hoy lo despacho.
LUIS.—¡Muchacha! ¿Qué dices?

MÚSICA

MARIA

Yo no ze al verte
qué m'ha pazao,
que toita el arma
ze m'ha alegrao.
Ya güervo a hablarte,
ya estoy loquita.
Ya no m'ha aparto
de tu verita.
Y no me digas, Luis,
no me digas que no,
porque entonces, chiquiyo.
me muero de dolor.

LUIS

Calma, calma, Temprana,
y escucha por favor
los consejos leales
que voy a darte yo.

MARIA

Si es pa decirme
que no te quiera,
ya pues jecharte
pa otra verea.
Tú m'has querío,
me lo has jurao,
y en tus palabras
me he confiao.
Na más con una lisión
me enseñastes a querer
no me enseñes a orvidá,
que no lo quiero aprendé.

LUIS

Pero criatura,
¿tú por qué me quieres.
si al dejarte dije
que era para siempre?
Yo no te he mentido;
¿qué es lo que deseas?

MARIA

¿Que por qué te quiero?
¡Ni lo sé siquiera!
Te quiero... porque eres güeno
porque tienes noble el alma;
te quiero... porque a quererte,
me yevaron tus palabras.
Ni sé lo qué siento,
ni sé qué me pasa.
ni yo se er motivo,
ni yo sé la causa.
Te quiero por lo que dice
esa copla que se canta.
¡Te quiero porque me sale
de los rincones del alma!
¡Te quiero porque me sale
der jondo de mis entrañas!

LUIS

¡Tempranica, Tempranica,
niña de mi corazón!
echa un poco de agua al fuego
de esa indómita pasión,
Vé que tienes pocos años
y aún no empiezas a vivir.
tiempo tienes, Tempranica,
de querer y de sufrir.

MARIA

¡Várgame un debé der sielo;
yo que me llegué a pensá
que na má que con queré
toíto se puede lográ!
Han llenao tus palabrica
de peniya er corasón.
¡Ya robaste mi alegría!
¡Ya mataste mi ilusión!

LUIS

No llores muchacha,
por Dios te lo pido;

te juro que siempre
seremos amigos.

MARIA

Eso que tu píes
no lo armito yo.
Aguantarme... sí.
¡Conformarme... no!

LUIS

Vete, María,
no vuelvas más;
piensa que pronto
te has de casar,
y que ese mozo
que aguarda allí,
con su cariño
te hará feliz.

MARÍA

Yo voy a dirme;
no güervo má;
y aunque muy pronto
me he de casar,
solita quedo,
porque sin ti,
naide en er mundo
me hará feliz.

—

¡Ya se acaba en este mundo
la alegría para mí!

LUIS

¡Ya se acaba en este mundo
tus penas y tu sufrir!
Vete, María,
no vuelvas más.

MARÍA

Ya voy a dirme,
no güervo más.
Solita queo,
porque sin tí,
naide en er mundo
me hará feliz...

(Casi hablado.)

Bueno... lo que tú quieras... lo que tú quieras... (Este final se une sin interrupción al diálogo que continúa.)

HABLADO

MARIA.—Una coza zola me va a decí.

LUIS.—Di lo que sea y pronto, que mis amigos esperan.

MARIA.—Tú... ¿quién eres?

LUIS.—Pues... ya lo sabes. Un labrador... un cualquiera... ¿Qué te importa?

MARIA.—Pero... ¿eres persona fina?

LUIS.—Mujer... creo que sí.

MARIA.—¿Y no pué zé nunca mío?

LUIS.—Vamos, criatura, sé juiciosa. ¿No quieres a tu novio? ¿No es bueno para tí?

MARIA.—Es pan d'azúca. Es un mozo barí. Es güeno como una onza... Pero tú... ¡tú te yevate mi corasón!

LUIS.—Vaya, pues te lo devuelvo y no hablemos más.

MARIA.—¿De mó y manera... que.. jata nunca?...

LUIS.—Sí, Temprana, sí: esto ha concluído. No llores, que tú serás feliz.

MARIA.—¡Feli... feli!... Zí, tié razón... Ya no lloro... ¿Lo vé?... Pero... dime que te acordarás de mí.

LUIS.—¡Oh! Eso de seguro.

MARIA.—Pos no te pío má. Pero no me güerva a ve, porque si te veo, me rebelo.

Dichos, don Mariano, James y don Ramón; luego Grabié. Salen de la casa con las servilletas al cuello, cautelosamente, como para sorprender a don Luis.

MAR.—¡Arto aquí a la justisia!

RAM.—¡Todos presos!

JAMES.—¡Osté sorprendido, señor!

MAR.—¡A ver! ¿Qué pasa aquí?

LUIS.—Nada, señores; no pasa nada. Esta muchacha y sus padres somos antiguos amigos. Ha sabido que estaba yo por aquí, y venía a saludarme. ¿No es eso, María?

MARÍA.—Ezo e. ¿Y qué fué, que z'habéis quedao ustedes los trez tan paraos y asustaícos? ¿Ez que no habéis vizto nunca una mujé? Pos mirarme bien, que no zoy fea.

MAR.—(Alumbrando con un velón.) ¡Niña, eres er sol! Pero hay que alumbrarte con er candil!

MARÍA.—Po alumbrosté, que tiene osté buena planta pa faró.

RAM.—¡Olé! ¡Olé! ¡Bien dicho! ¡Vaya una niña con gracia! ¡Vivan las flamencas con ángel y con!...

MARÍA.—¡Eh!... ¡Parosté eza máquina, zeñó, que nos va a piyá escudiaos! Jaleaó m'ha zalío el hombre!... Guardosté eza alegría pa cuando lo jugan obispo, que tié osté carita e zanto. Mirosté a este gachó (Por James.) que paece a nuestro Pare Jesú der Zilencio. Abre los cliso y mira y está cayaíto. Ezo e un hombre juncá. Conque, zeñore: Dios los bendiga y los libre de una malita hora. Zalú, don Luis! ¡Que no z'orvíe osté de los amigos güenos! Zepa osté que acá no le orvidaremos nunca... ¡nunca en jamás!

MAR.—¡Ay, ay, ay!... Ahora ajustaremos cuentas, don Luisito... (Empieza la música.)

LUIS.—Bueno, bueno. A la mesa. Ea, Tempranica, recuerdos a todos, y hasta la vista.

MAR.—¡Adiós, serrana! (Entran en la casa.)

MARÍA.—Con Dió, caballeros... ¡Con Dió, don Luis!... (Expresiva.)

MAR.—Vamos. que está la mesa sola.

RAM.—¡Adiós, niña!

MARÍA.—¡Don Luis, con Dió! (Dice esto muy conmovida. Grabié sale y la coge de un brazo. Los cazadores han entrado en la casa y se oyen sus risas y algazara. Música en la orquesta. María queda como clavada en su sitio. Solloza y concluye por llorar. Grabié tira de ella hasta que desaparecen, siempre mirando ella hacia la casa.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Un rancho de gitanos en lo alto de la sierra; segundo término derecha, un cobertizo con tejadillo, bajo el cual está la fragua y el yunque. Una especie de cercado mal hecho con piedras y ladrillos encierra la escena desde el segundo término al proscenio. En el centro tiene este cercado un espacio vacío, que es la entrada al recinto. De esta entrada parte un camino en cuesta descendente, por el que suben los personajes a escena. En el telón de fondo se ve Sierra Elvira con sus cumbres nevadas. Delante se ve a lo lejos Granada a vista de pájaro. Es el caer de una tarde del mes de Septiembre.

La Tempranica dando a los fuelles de la fragua. El señó Chano trabajando en el yunque, haciendo clavos, ayudado por Grabié, que mete y saca el hierro del fuego, y por Pilín, niño de seis años. Trozos de hierro, herramientas, espuertas de clavos, etc., bajo el cobertizo. A la izquierda, primer término, un grupo de gitanas, de las cuales una es la Salú, madre de la Tempranica, y la Pastora, mujer de Zalea. Salú hace media. Pastora teje los mimbres de un canastillo. Otra peina un chiquillo de seis años. Otra está cosiendo. Dos chiquillos pequeños patean entre las faldas de las mujeres que están sentadas en el suelo. Zalea y Juan esquilan un borriquillo escuálido. Un gitano viejo duerme un chiquillo de pañales. Si es posible, debe haber un perro y dos o tres gallinas. Sobre la cerca unas cuantas jaulas de pájaros, y en el suelo, arrimada a la tapia, otra jaula grande de caña con un gallo de pelea. Al levantarse el telón empiezan a llegar varios gitanos de ambos sexos, que quedan en escena durante el número musical.

MÚSICA

TODOS

A trabajá con fatigas
ar mundo habemos venío:
pa sufrir ducas tan grandes
más valía no habé nasío.
Duro, duro trabajando
la vida se ha de ganá.
¡Regaíco con suores,
qué amarguico sabe er pan!
Es la vía perra
un estarivé,
ande to er que cuela
rabiando se ve.
Un divé lo manda
y azín tié que zé;
es la vía perra
un estarivé.

CHAN.

En cuantico er día azoma
junto ar yunque estoy de pie,
ablandando el duro jierro
y jechando hasta la jié.

MARIA

Tempranica me yaman,
quizá lo sea;
no pa las alegrías,
sí pa las penas.

CHAN.

Venga ese jierro,
¿Qué hace, Grabié?...

GRAB.

Zopla, Temprana...
Va voy con é...

CHANO

Y osté, so pijo,
trabaje osté.

PILIN

Zoi chiquetico,
¿qué ví a jacé?

MARIA

Zuzpiros de mi pecho
la fragua encienden,
que pueden mi zuzpiros
má que los fueye.
¡Qué fatiguitas, pare,
qué fatiguitas!
¡Cuando una quiere tanto
no ser quería!
Tempranica me yaman,
quizá lo sea;
no pa las alegrías,
sí pa las penas.

SALÚ

Quince oviyo grande
yevo gastao ya,
y aún no he conseguío
ar talón yegá,
eztas zon fregatas
de ezas de la mar.
¡Vaya unos pinreles
que tié Sebastián!

PAST.

¡Canasto, con er canasto!
¡Canasto! ¡Que hase sudá!
¡Canasto! ¡Vaya a los mengues!
¡Canastos! ¡Yo no *puó* má!

VIEJO

A la nana, nanita,
mi niño duerme
con el ojito abierto
como las liebres.
Este niño chiquito
no tiene cuna;
su pare es carpintero,
que le haga una.

ZALEA Y JUAN

Triqui-tri
triqui-trá
etc., etc.

ZALEA

Vaya un borriquiyo,
no lo hay ma juncá;
picos por alante,
flores por atrá;
y un «viva mi amo»
que le vi a pintá...
¿Ande le ponemos
er letrero, Juan?

PILIN

En er triqui-triqui,
triqui-triqui-tra.

CORO

A trabajá con faitigas
ar mundo habemos venío!
etc,. etc.
Ya sale la luna,
ya ze pone er zó,
deja ya er trabajo
pol'amor de Dió.
Ya la lu se juye,
ya er día acabó,
ya zale la luna,
ya ze pone er zó.

HABLADO

SALU.—¡Chano!
CHAN.—¡Zalú!
SALU.—Ascucha.
CHAN.—¿Qué quieres?
SALU.—¿Mo vamo a morí de jambre?
CHAN.—¿Hay pa engañarla?
SALU.—Hay.
CHAN.—Po... ¡ay, ay, ay!... venga lo que haiga.
PAST.—¡Zalea!
ZALEA.—¡Pastora!
PAST.—¿Tú has escuchao?
ZALEA.—Yo no, pero el estógamo sí, que me da ca tronío... que m'atonta.
PAST.—Po arsa ya a jañipeá.
GRAB.—Mare, ¿hoy hay conejo?
SALU.—Hoy hay papas en su propia zangre, y un tiro meyiso pa ca uno.
GRAB.—Pos er tiro pa un pobre. Vengan las papas.
PILÍN.—¿Y hay vino?
PAST.—¡Vino er diluvio y no te ajogaste, mardesío!
ZALEA.—¡Ea, Juan! Ya está mi niño ma fresco que un rábano. Míalo que bien pelao.
JUAN.—No ze distingue po er pelo zi esto e una criatura o e una rana.
ZALEA.—Pero bonito zí que ha queao.
JUAN.—Ezo zí, ¡está pa chillalo!

MIG.—¡Dios guarde a la gente güena!
SALU.—¡Migué!
CHAN.—¡Hola, Lobito!
ZALEA Y PAST.—¡Güenas tardes!
CHAN.—¿Qué trae un hombre?
MIG.—¿Pero es que habéis ustedes tomao el trabajo por melesina?
CHAN.—Ya acabamo...
MIG.—¡María!
MARIA.—(Acercándose.) ¿Qué queréis?
MIG.—Zentrañita mía, ¿qué te dije ayé?
MARIA.—La ma de coza.
MIG.—Zí; pero la primera y más prencipal, que hoy va a ze día e fiesta; que va a habé aquí una garata que van a bailá jasta lo gayo; que tú va a se mía y yo no me meresco ma; y tú no te mereces menos; sino que nos mueramos tos de gusto y alegría; que quisiea jasé pa ti der monte un palasio; de mi persona un rey; de toas las mujeres tus esclavas... y de toos los hombres puchinelas pa jacete rei y yevate la cola.
MARIA.—¡Grasias!
CHAN.—¡Hombre. Migué!... Arrepara que yo zoy zu pare...
MIG.—Osté zería er menistro pa corré con tó; y zonzi *la caracaba*, y a llamá a toa la gente y a armá aquí un terrimoto de grasia y alegría. ¿No e eze también tu gusto, Tempranica de mis ojos?
MARIA.—Zí.
MIG.—¿Qué tienes?
MARIA.—¡Na!
SALU.—Po amo a comé.
CHAN.—Vamo p'ayá. (Vanse todos.)
MIG.—Dirse ustedes, que yo voy a praticá con esta do palabrica.
MARIA.—Aluego iré yo.
GRAB.—Yo cuantico coma ví a mis pájaros... ¡Migué! ¿quiés tú una coza güena?
MIG.—Amo a vela.
GRAB.—Miá qué jirguero cogí er domingo. (Enseñando una jaulita.)
MIG.—Sí que está bonito. ¿Cuánto quié po é?
GRAB.—¿Va a comprármelo?
MIG.—Según me pías.
GRAB.—Po... po do perrica na ma...
MIG.—Chiquiyo, po ese dinero merco yo un potro.
GRAB.—¿Pintao en un papé?
MIG.—¡Viva la grasia! Ea, ven acá. Guárdate er bicho y toma un duro.
GRAB.—¡Puñales!... ¡Otro!
MIG.—¿Otro?
GRAB.—Este y el de don... (Tempranica le hace señas que calle.)

Don... Don, guilindín, guilindón;
repiquen a gloria que la doce son;
guilindín, guilindón.
Y los churumbele ze bailen ar zon.
(¡Mardita zea er gayo¡ que zoy un guazón!
Guilin dín
guilin dón;
guilin dín.
guilin dón.

MIG.—¡Cuidado que tiene ange este chorré!... (Váse Grabié cantando y tratando de disimular su yerro.)

Maria la Tempranica y Miguel

MIG.—¿Qué tienes tú?
MARIA.—Ya te he dicho que na.
MIG.—Tú estás mu pará y ma seria que un jué,
MARIA.—Po no me paza naíta malo.
MIG.—¿Quizá que no t'alegra que ví a zé tuyo de por vía?

MARIA.—¡Migué, qué coza tiene!

MIG.—¿No te he entregao las yaves de este garlochi tan puro? ¿No e tuyo todo mi queré y toíto mi cuerpo? ¿No son tuyos los tres cabayos que tengo y los sinco mi rale que yevo ahorraos en dos años? ¿qué más quieres? Queré no pueo date má, que má no tengo. ¿Quiés mi vida? Dime que m'ajorque y verás que pronto estoy guindando de un arbo pa date gusto. Pie tu po esa boca, que manque zea un imposible lo que me pías, er resueyo ha de fartarle a tu Migué zi no lo conzigue.

MARIA.—Mo me hables azín, chiquiyo, que no zoy fantezioza ni derzigente. Yo te quiero y estoy contenta con mi zuerte. Eres güeno y no te mereces un mal pago...Zi argún penzamiento malo me tomara er zentio, haría milagro po arrancalo.

MIG.—Pero... ¿lo has tenío?

MARIA.—No, Migué; ni lo tendré; ezo... ¡te lo juro! (Aparte.) Es mu güeno; yo debo quererlo.)

MIG.—Po entonse, serrana mía, alevanta esos sacáis. Mírame con fatiga y ayega con tu vista al corasón, verá qué contento está. Pienza en la gloria que mo aguarda y arza ya a ponete jecha un zó con tos los adornos que tenga, pa que ze mueran de envidia los ángeles der sielo. ¡Arsa que aquí t'aspera tu Migué jecho un armiba.

MARIA.—Voy, Migué, voy... Hasta luego. (Yéndose.) (¡Yo debo quererlo, sí; es muy bueno!)

Miguel; a poco don Luis, don Mariano, James y don Ramón

MIG.—(Con alegría.) ¡Jozú... Jozú... y Jozú!... No me cambio yo ahora... ¿por quién?... Ni por er mesmo Padre Zanto de Roma... Eza flo tempranica va a ze mía. Eza mocita juncá va a está siempre a mi vera... ¿Y tú te mereces tanto Migueliyo?... Feo... feo der tó no erez. ¡Pero cuidao que eya «e merece un rey!... ¡Ea! ¿qué quieo yo má? ¡A ve zi hay en er mundo un hombre má feli!

LUIS.—Buenas tardes.

MIG.—¡Hola! unos forasteros...

LUIS.—Usted dispense, amigo; nos han dicho que aquí había una fragua y esos señores y yo, que somos muy curiosos, queríamos verla funcionar.

MIG.—Zí zeñó, fragua hay, místela aquí; pero está apagá: de mó y manera que eza función z'ha concluío.

MAR.—¡Qué lástima!

MIG.—Pero va a habé otra función más mejó entoavía y yo les convío zi quien ve canela fina.

MAR.—¡Hombre, hombre, sí que queremos!

LUIS.—¿Y qué función es esa?

MIG.—Po na má que una juerga divina, con cante, baile y el disloque.

RAM.—¡Caramba, qué suerte!

JAMES.—Buena fortuna tenemos.

LUIS.—¿Y con qué motivo se da esa tiesta?

MIG.—Osté carcule, zeñó. Tengo una novia má fresca que las rosas y más ourse que el caramelo, y zu pare me ha dao er permizo antié pa que zea mía. Yo quieo dar envidia a tó er mundo y he dispuesto un jaleo pa hoy. Ayé no pudo zé porque eztuve tó er día en Graná mercando unos cabayo. Dentro e ná vendrá aquí toa la gente y ostés, que han llegao a tan güena hora, me van a jacé er favó de tomá una caña a la salú de la novia.

LUIS.—Con mucho gusto.

MAR.—Y a la del novio, que es un hombre rumboso y simpático por la muestra.

RAM.—¿Eh, señor James? Esto es mejor aún de lo que buscábamos.

JAMES.—Yo muy contento.

LUIS.—¿Y es joven?

MIG.—Veinte años tiene.

MAR.—¡Vaya un reconstituyente para un enfermo!

RAM.—Y bonita... por supuesto.

MIG.—¿Bonita?... ¿Osté ha visto la Vinge de la Angustia?... Po, cazi, cazi ayega a eya.

LUIS.—¿Y cómo se llama?

MIG.—María, pero acá la llamos tóos la Tempranica. (Pausa. Todos se miran maliciosamente. Don Luis queda inmóvil y serio.) ¿Qué fué? ¿No les ha gustao er nombre?

MAR.—Sí... sí... la Tempranica... ¡Muy bonito!
RAM.—¡Graciosísimo! ¡Ya lo creo!
MIG.—Ya no debe de tardar. (Se aparta un poco a ver si vienen.)
LUIS.—(Aparte a los otros.) Vámonos, señores...
RAM.—¡Nada de eso!
MAR.—¡Ahora menos que nunca!... ¡Pues si este va a ser el capítulo más interesante de la novela!
LUIS.—Señores... que la cosa puede acabar mal.
MAR.—¡Bah! ¿Quién piensa en eso?
LUIS.—Por favor... yo ruego a ustedes...
MIG.—Aquí viene la gente.
LUIS.—(¡Maldito contratiempo! ¿Cómo no lo calculé?)

Dichos, Chano, Salú, Pastora, Zalea, Pilín, Juan, gitanos y gitanas, coro general con guitarras, panderas y palillos. Un gitano trae una cesta con botellas de vino blanco y vasos. Durante los primeros compases van saliendo a escena todos. El Coro saca unos bancos que coloca formando un cuadro, que ocupa el centro de la escena. Cerca del proscenio, a la derecha, tres sillas de anea, que ocupan Miguel, Salú y Chano. Proscenio izquierda otra, que ocupa don Luis. Este, antes de sentarse, saluda a Chano, Salú y besa a Pilín.

MÚSICA

CORO

¡Ea! ¡Ea!...
Vayan peniya afuera
que hoy es er día
de matá las penas.
Se romandiña
una niña morena
con un mosito
d'asúca y canela.
Hoy va a sé día
de buya y de fiesta.
¡Ea, ea!
¡Vayan peniya afuera!
Salí, chiquiya, salí,
salí, chiquiya, a cantá,
que ya viene
esa mosita juncá.
¡Ole ya!
Salí, chiquiya, salí,
que ya viene
esa rosita de Abril.
¡Ea, ea!

MARÍA

(Sale por la segunda izquierda y se dirige a donde está Miguel.)

Sierras de Granada,
llanos de la vega:
hoy me parese
que hay más alegría
en llanos y sierra;
porque un moso güeno,
flamenco y honrao
su corasonsito
a mí me ha entregao.
¡Ay!
¡No creía que tan pronto
este día hubiea yegao!
(Al volverse hacia la izquierda ve de pronto a don Luis y canta aparte.)
¡Várgame la Vinge!
¿Qué es lo que yo he visto?
¡Ese hombre me quiere!
¡Por verme ha venío!
¡Ay, amante, amantito,
amante, amante!
¡Las pestañas me estorban
para mirarte!
Al compás de tus ojos
yevo los míos;
si los abres, los abro;
si miras, miro. (Vanse los cazadores.)
A la mar, por ser honda,
se van los ríos,
y detrás de tus ojos
se van los míos.
(María se sienta en la silla que ocupó don Luis y queda pensativa.)

CORO

Venga un tanguito nuevo
venga, chiquiyas;
vengan parmas y vino,
venga alegría.

—

Que me gustan las mosas
le re le
que mueven con grasia
sintura y pinreles.
¡Ay, le rele!
Yo traigo jazmines,
mosqueta y claveles.
Vale mi niña má,
ta-ra rán,
por ser del Albaicín,
ti-ri-rín,
que toas las señoritas
que se pasean
por el Zacatín.

—

Zacatín, Zacatín, Zacatín,

Zacatín embustero,
que aunque yevan la coba en la cara,
van las cursilonas
yenitas de viento.
¡Arsa y toma!
¡Toma y dale!

que están en la sierra
las güenas buñales.
¡Arsa y dale!
¡Dale y toma
que tienes la cara
yenita de aroma.

HABLADO

(Sale Grabié por el foro y se acerca a la Tempranica, y mientras el Coro bebe en el fondo hablan lo siguiente.)

GRAB.—¡María!

MARÍA.—¿Qué?

GRAB.—¿Tú zabe una coza?

MARÍA.—¿Cual?

GRAB.—Que he visto a don Luí.

MARÍA.—¡Zí! Ha estao aquí... ha venío a verme... ¡me quiere! (Alegre.)

GRAB.—No, chiquiya... a revé... Yo estaba agachao en una piera y lo escuché tó. Ze réian de tí... y don Luí é un marqué... ¡y eztá cazao!

MARÍA.—(Con ira.) ¿Qué?... ¿qué has dicho?...

GRAB.—¡Que eztá cazao! ¡Es un mal ange! Y mañana se van a Graná,

MARÍA.—¿De otra?... ¿él de otra?... ¡No, ezo no! ¡Otra mujé, no!.,. Grabié... mañana a la noche vienes conmigo.

GRAB.—¿Aonde?...

MARÍA.—A Graná. (Miguel se acerca a la Tempracica con una caña.)

MIG.—¡María!...

MARÍA.—(A Grabié.) (Cáyate.)

MIG.—Toma una caña, mujé... (Continúa el baile y la música. María y Grabié se retiran al fondo.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

El carmen de don Luis en Granada. Fachada de la casa al fondo izquierda. La escena es un jardín elegante y bien cuidado. Del fondo derecha hasta el proscenio del mismo lado una calle de arbustos (rosales, etc.,) que termina en primera caja en un cenador bien cubierto de yedras y plantas de modo que oculten bien el interior. Por las ventanas abiertas del edificio se ven las habitaciones iluminadas. En el jardín hay algunos faroles de papel grandes y bonitos, colgados de los árboles. La verja de salida se supone al fondo derecha. Es de noche.

Don Luis, la Condesa, Mister James, don Mariano, don Ramón, señoritas y caballeros. Al levantarse el telón, varias parejas bailan dentro la casa. Luego salen a escena. La Condesa, conduciendo un elegante cochecito con capota, dentro del cual se supone que duerme su hijo, niño de un año. Conduce el cochecito hasta dejarlo junto al cenador.

MAR.—¡Ea, jóvenes! Basta de juerga, que son las nueve.

COND.—Déjelos usted.

MAR.—No, Lolita, no; la fiesta ha sido larga y ustedes tendrán ganas de descansar.

COND.—Nada de eso, don Mariano, su compañía no cansa nunca.

JAMES.—Muy espiritual, preciosa y amable condesa, pero don Luis conviene dormir, que a la mañana debemos ir tempranito a la fábrica.

LUIS.—¡Oh! Hay tiempo.

MAR.—Nada, nada, quédense tranquilos en su casita, que ya echaremos otro ratiyo de alegría más adelante. ¿No es verdad, señores?

UNOS.—Sí, sí.

OTROS.—Ciertamente.

MARÍA.—Ea, pues hasta mañana.

RAM.—A los pies de usted, Lolita.

COND.—Adiós, señores.

MAR.—Déjeme usté dar un beso al heredero.

RAM.—Que lo va usted a despertar...

COND.—No importa.

MAR.—(Acercándose al coche.) Adiós, señor conde. No yore uzía mucho, que ze

lo yevará er bú... ¡Qué retepresioso es!... (Besándole.) La carita de su mamá, que es un encanto.

LUIS.—¡Miren el fiscal! ¡Cómo requiere a mi mujer en mis barbas!

MAR.—No hay cuidado, amigo don Luis. Yo ya me voy dezojando... como me dijo la Moronda. (Todos ríen y forman un grupo algo hacia el fondo izquierda en actitud de despedirse. Los Condes atienden a todos.)

Dichos, María la Tempranica y Grabié. Estos dos vienen por la calle de arbustos cautelosamente y llegan al cenador.

GRAB.—¿Ande vamo, María?

MARÍA.—¡Déjame!

GRAB.—¡Chiquiya! ¿Pa qué mo habemo colao aquí?

MARIA.—¿Pa qué?... No lo sé... ¡Pa jasé argo malo!

GRAB.—¡Criatura, no me pierda!

MARIA.—No; de otra mujé, no!

GRAB.—Ayí viene.

MARIA.—Ahora verá. (Queriendo lanzarse al encuentro de don Luis, que llega hasta el cochecillo.)

GRAB.—(Sujetándola.) ¡María!

LUIS.—Sí; está dormido mi hijo. Saldremos a despedirlos hasta la verja.

MARÍA.—¡Zu hijo!...

GRAB.—Ahí está metío; en eze carrito.

LUIS.—Mira, Lola, mira tu nene, qué bonito está dormido.

COND.—¿A ver? (Acercándose.)

MARÍA.—¡Eya! ¡Jezú, qué preciosa é! (Contemplándola con respeto y admiración. Vacila y se lleva las manos a la frente.)

GRAB.—¡Chiquiya!... ¡Zi é una Vinge der Carme...

MARIA.—¡Qué blanquita é!... ¡Y yo... que negra zoy a la vera zuya!

COND.—Ya vamos, señores; perdonen ustedes.

MARIA.—¡Ah, madrecita buena! Eso no es pecado. (Vanse todos hacia el foro y desaparecen por la derecha.)

María la Tempranica y Grabié; a poco la Condesa y don Luis.

MARÍA.—¡Grabié!...

GRAB.—¿Qué?

MARÍA.—¡Yo m'ajogo! ¡Ya z'acabó tó!

GRAB.—María... vámonos de aquí...

MARÍA.—Aspera... (Sale rápida del cenador, y luego se acerca al cochecillo.)

GRAB.—¿Qué va a jacé?

MARÍA.—Toma, niño. (Besándole.) Tú me has quitao de zé vengativa.

GRAB.—Ven pa cá, que vienen...

MARÍA.—¡Ay, Grabié; qué mizeria semo nozotro junto a tó esto!

GRAB.—¡Chiquiya! Vamo pa caza. Zi Miguél... z'entera... ¿qué va jacé er pro becito que tanto te quiere?...

MARÍA.—Zí, niño, zí... Vamos junto a Miguél... eze e de mi iguá... pa eze e nacío... Ezte e ya pa mí un muerto... ¡Ay!... Pero déjame zuzpirá por é... ¡la última vé!... (Desaparecen por donde entraron en escena.)

LUIS.—Lolilla... a descansar. Coge el cochecito y vamos a acostar al nene, y a decir a Antonio que cierre la verja.

COND.—¡Luis mío, qué feliz soy! (Echan a andar hacia la casa.)

MARÍA.—(Cantando dentro.)

Tempranica me yaman·
quizá lo sea,
no pa las alegrías.
sí pa las penas.

LUIS.—(¡Dios mío! La Tempranica.)

COND.—Oye, Luis, qué bien canta esa chiquilla! Parece que llora... ¡Pobre muchacha!

LUIS.—¡Sí! ¡Pobre muchacha! (Entran. A poco sale Grabié con una piedra en la mano. Desde el cenador la tira con fuerza a uno de los balcones y echa a correr. Antes del fuerte en la orquesta mucho ruido de cristales rotos. Cuídese bien este efecto.)

TELON

EL SEÑOR JOAQUÍN

COMEDIA LÍRICA EN UN ACTO Y TRES CUADROS

ORIGINAL DE

JULIAN ROMEA

PERSONAJES

VICENTA. - TRINI. - UNA FLORERA. - VECINA 1.ª. - IDEM 2.ª. - UNA VENDEDORA. - UNA CHICA. - SEÑOR JOAQUÍN. - MANUEL. - CHISCO. - UN GUARDIA MUNICIPAL. - CIEGO 1.º. - IDEM 2.º. - IDEM 3.º. - IDEM 4.º. - IDEM 1.º. - IDEM 5.º. - MURGUISTA. - VENDEDOR 1.º. - IDEM 2.º. - IDEM 3.º. - IDEM 4.º. - UN DEPENDIENTE. - Transeuntes, guardias y vecinos. - Coro general y banda. - La acción en Madrid. - Agosto, víspera de San Joaquín.

ACTO ÚNCO

CUADRO PRIMERO

Habitación contigua a la tienda del señor Joaquín. Al foro, ventana con persiana y un clavo para colgar la jaula. Delante de la ventana mesa escritorio con libros, papeles, etcétera. Puerta en segundo término derecha, que comunica con la tienda. Otra ídem en primer término izquierda, que da paso al interior de la casa. Al lado de esta puerta, en segundo término, una cómoda. Sobre esta un jarro con flores frescas y un tocador con espejo y varios retratos con marcos de pie. En primer término derecha una mesa de comedor, como para cuatro personas, con su hule blanco, y encima una jaula bonita con un canario. Sobre una silla un cesto, con cinco o seis pañuelos, fundas de almohadas, servilletas y algunas otras prendas, todas sin planchar. En el proscenio izquierda máquina de coser con prendas blancas y cesta con sus avíos. En la pared varios cuadros de litografía y cuadros de anuncios de licores y de chocolate y algún cestillo con flores artificiales. En el testero de la pared del fondo derecha, dos cajones, y encima dos sacos grandes blancos rellenos. En el centro de la escena una trampa, que se levanta para bajar al sótano. Son las cinco de la tarde.

Vicenta, Trini y Manuel. Trini cose a máquina. Vicenta está limpiando la jaula con un cuchillo y un paño y Manuel escribe sentado a la mesa.

TRI.—(Tarareando.) Tararí, tralalá.

VIC.—Sigue. Mira cómo te escucha. (Haciendo con los labios el ruido característico que se hace a los pájaros.) Chiquito, ¿te gusta a tí la música? Anda, canta tú. ¡Canta! Sí. Está lo mismo que cuando no quiere. Los niños y los pájaros..,

TRI.—Tralalá.

MAN.—Pues, señor, entre el pájaro, la máquina y ustedes, me voy a hacer un lío, y no será difícil que arme yo un zafarrancho en los libros del señor Joaquín.

TRI.—¡Qué mal genio va usted echando, Manolito! ¿Le salen a usted mal las cuentas?

MAN.—Si ustedes me distraen, de seguro.

TRI.—No, si no hablo de esas.

MAN.—Pues, ¿de cuáles?

TRI.—De... de las otras.

MAN.—¿Las otras?

TRI.—Sí.

MAN.—¿Y cuáles son las otras? (Pausa.)

TRI.—¿Cuántas novias tiene usted?

MAN.—¡Ave María Purísima!

VIC.—Niña, esas cosas no se preguntan.

TRI.—Vamos, conteste usted.

MAN.—Pues, ninguna.

TRI.—A que sí.

VIC.—¿Pero a tí qué te importa, muchacha?

TRI.—Nada, a mí, nada; pero como le veo tan triste, tan serio y tan distraído...

MAN.—Es que... es que trabajo mucho: ¿sabe usted? Tengo la cabeza llena de números: Yo llevo las cuentas de esta casa. Las del almacén de alfombras de Prast. Las de la casa Labarte Hermanos y Compañía... Y luego... mi carrera... ya sabe usted que este año concluyo la de perito mercantil, y hay que apretar, hija mía, que el mes que viene son los exámenes. De modo que, por ahora, no tengo tiempo para pensar en noviajos ni tonterías.

TRI.—¡Válgame Dios! (Burlona.)

VIC.—(Levantándose a colgar la jaula.) Sí, sí; estudie usted, Manuel; estudie usted, a ver si dentro de poco le vemos establecido y hecho todo un hombre.

MAN.—No me quejo de mi suerte. Usted sabe, Vicenta, cómo llegué yo a Madrid. Solo, sin padres, ni protectores, ni amigos. Y gracias al señor Joaquín, que me conoció en casa de usted hace cuatro años, cuando él la pretendía, he hallado colocación en esta casa y en la de varios clientes suyos. Y en cuanto al porvenir, tampoco me apura. Concluya o no mi carrera, tengo ofrecida una casa con buen sueldo y viaje pagado en casa de Banca de Robles, en Filipinas, de modo que otros habrá más desgraciados que yo.

VIC.—Eso, eso; usted debe marcharse por ahí a correr el mundo y a que le dé el aire.

MAN.—Tiene usted razón. (Pausa.)

TRI.—¿Y piensa usted marcharse allí, Manolito?

MAN.—¡Ojalá!

TRI.—¿Y está muy lejos?

MAN.—¿Filipinas? Ya lo creo. Muchos miles de leguas. Cuarenta días navegando.

TRI.—¿Por el mar? ¡Ay, qué miedo!

VIC.—¡Y cuánta agua!

TRI.—Se va usted a marear.

MAN.—¡Bah! ¡Qué importa!

VIC.—Justo. ¿Quién sabe dónde está la suerte? Allá se hará rico; se casará con una india de aquellas y se formará una familia que le llenará de felicidades.

TRI.—¡Uf! Una india. ¿De esas color de membrillo cocido?

VIC.—El color es lo de menos.

TRI.—Parecerá la familia una compota.

VIC.—Créame usted, Manuel. El verdadero amor está en la familia. Y si no, vea usted ésta. Y eso que yo soy madastra... aunque no lo parezco, ¿verdad, Trini?

TRI.—Ya lo creo. Tú eres mi segunda madre. Mejor dicho: mi hermana, porque no me llevas más de ocho años y yo tengo diecinueve. Pero la verdad es que somos muy felices.

MAN.—Y muy ricos.

VIC.—¡Hombre, tanto como ricos!...

MAN.—¡Digo! Con un almacén de ultramarinos de lujo y acreditado como éste, en el centro; otros dos en los barrios y una casita en Pinto, ¿qué más puede usted desear?

VIC.—Nada: esa es la verdad. Que se case esta chica y que tenga mucha suerte y pocos hijos.

TRI.—¡Casarme yo! Sí, sí... ¡No te compongas!...

MAN.—Y ahora pregunto yo. ¿Cuántos novios tiene usted?

TRI.—¿Y a usted qué le importa?

MAN.—¿A mí?...

TRI.—Ninguno,
MAN.—A que nó.
TRI.—Yo voy a ser monja.
MAN.—¡Ay, qué lástima!
TRI.—(Haciéndole burla.) ¡Ay, qué lástima! Y usted ¡qué tonto!

Dichos y el señor Joaquín por la segunda derecha

JOA.—¡Eh! ¿Qué es eso, qué es eso? ¿Así se falta al respeto á los mayores ¡Poncho!
MAN.—¡Já, já!
TRI.—Es que Manuel...
JOA.—Manuel es el menistro de Hacienda de esta casa, y hay que tratarlé co urbanidaz y compostura, ¿eh? Conque ustez, señorita, a su máquina. Y usted, señor menistro, deme ustez la faztura del almidón de ayer, que viene el comisionis ta, diciendo que hay un error y que si fué que si vino.
MAN.—¿La de López e hijo?
JOA.—¡Otra pues! ¿Cuál había de ser?
MAN.—(Busca en la mesa.) Aquí está.
JOA.—Venga. (Se pone los anteojos y lee.) ¡Hum!... «¡A ella; soneto!» ¡Canijo ¿Qué es esto?

Tus labios son dos rosas.
Tus ojos son dos luceros.
Y contemplando estático
las mieles de tus labios
y la luz de tus ojos,
yo me muero,
y lo que siento es que
tú, ¡ay!
Ignoras, mi vida,
lo que te quiero.

VIC.—¡María Santísima!
TRI.—Eso es de una zarzuela.
JOA.—Pero, Manuel, ¿qué significa esto?
MAN.—¿Y yo qué sé?
JOA.—¿No tienes otro sitio donde escribir tus tonterías más que en las factu ras o en las cuentas? ¡Poncho!
MAN.—¿Yo?...
JOA.—Tú, tú. ¿Pues quién va a ser si no? Aunque haces la letra como de im prenta, ya se conoce, por lo afinado, que eso es de persona estruída.
MAN.—Señor Joaquín, si yo en mi vida he sabido hacer unas aleluyas.
JOA.—¿Y quién, ¡poncho! escribió estos otros que me encontré ayer en l cuenta del Colegio del Sagrado Corazón?
TRI.—¿A ver?
JOA.—(Sacando un papel y leyendo.) «A tus ojos. Soneto.»
VIC.—Oiga usted, ¿y qué es eso de soneto?
TRI.—Cosa de comedias.
JOA.—(Leyendo.)

El volcán del Ezna no
tiene tanto fuego como
tus ojos que son
cromo
en donde me miro yo.
Amame por favor. ¡Oh!
¡O de pena muero yo!

VIC.—¡Santa Virgen de la O!
MAN.—¡Cuánto disparate!
JOA.—¿Qué te parece?
MAN.—Pues nada; que no son míos.
JOA.—A otro con esas. ¿Si sabré yo con quién juego?

MAN.—Bien; lo que usted quiera.

JOA.—Pues a Chisco, ¡otro que tal! a ese le voy a poner al fresco el mejor día, ¡poncho! Con las novelas de *El Imparcial* se le han venido pujos de sabihondo y todo lo habla con lindezas y arrodeos que el diaño que lo entienda. Diz que quiere ser hombre estruído y no encont.ó mejor gramática que los romances y lecturas que para nada sirven.

VIC.—Joaquín; que te espera ese hombre.

JOA.—¡Poncho con la juventud de ahora! Yo no pasé del *Cristus A* y las cuatro reglas, y me bastó para hacerme hombre y tener dineros bien ganados. El mejor maestro es la honradez y el trabajo; y el que nació para envolver garbanzos o para hacer números, no debe alimentarse con otros libros que los de la doctrina y la aritmética y los del papel de estraza, ¡poncho! Porque si el celebro...

TRI.—Papá, ¿qué sermón es ese? ¿El de San Joaquín, tendero y mártir?

JOA.—¡Niña!

TRI.—Pues es muy bonito. Lástima que no nos haga llorar.

JOA.—También tú has de sentir como no te corrijas de tus *burletas* y mojigangas... ¡Poncho! Aún no me conoces bien: *¡Malos demos!* pues mira que yo soy capaz... (Pausa.)

TRI.—(Yendo a él y echándole los brazos al cuello.) ¡Ah!... ya lo creo... Mi papaíto es una fiera! ¡A mí me da un miedo! ¡Hum! ¡Mira; mira qué ojazos pone y cómo se le hinchan las narices! Pero yo le amansaré a usted, señor furioso. Ríase usted. ¿No? Pues allá va ese cachete... y este abrazo... y este beso... Y a ver si nos estamos callanditos. ¡Poncho!

VIC.—¡Toma castaña!

JOA.—¡Bah, bah, bah! *Veste, veste,* de ahí, enredadora, que me harás perder la *formalidaz*.

Dichos y Chisco.

CHIS.—(Con un gran cucurucho lleno de terrones de azúcar de pilón.) Señor Joaquín, ese hombre os reclama: en sus ojos brillan relámpagos de impaciencia, y la punta de su pie hiere la tierra a repetidos golpes.

MAN.—¡Ja, ja, ja!...

JOA.—¿Qué dices, hombre?

VIC.—Cualquiera lo sabe.

JOA.—Habla claro.

CHIS.—Que salga usted allá fuera: que el del almidón le espera.

MAN.—¡Ah, ya sé de quién son los sonetos!

JOA.—Allá voy. (Vase. Trini vuelve a la máquina. Chisco queda contemplándola con pasión.)

VIC.—(Se pone a contar unos pañuelos que tiene en una cestita de labor.) Tiene razón el amo, Chisco; a ti te falta un cuartito de hora todo lo más para ir a Leganés.

CHIS.—¿A mí, doña Vicenta?

VIC.—A ti; uno, dos, tres, cuatro... pues no es nada que digamos la ropa que hay que repasar esta semana. Y toallas no sé cuántas, y servilletas... ¡Uf! (Pausa.).

CHIS—¡Ay! ¡Qué hermosa está!
Tu cuello es de cisne,
tu talle palmeta,
tus labios de trigo,
tu pelo coral...

digo, tu trigo de pelo... digo... ¡Ay! no sé lo que digo. (Pausa larga. Chisco extasiado detrás de Trini, va dejando volver el cartucho y todos los terrones caen con estrépito al suelo. Todos vuelven la cabeza.)

TRI.) ¡Ah!
VIC.)

MAN.—¿Qué es eso?

CHIS.—¡Nada! ¡Azúcar!

VIC.—Pero, estás tonto. ¿Qué hacías ahí?

TRI.—Papando moscas.

CHIS.—No; moscas no. Es que a veces mi mente vaga y pierdo la noción de la vida. (Recoge los terrones.)

VIC.—¡Vaya! Pues si has perdido eso... que no sé lo que es, vete a buscarlo a la tienda. ¡Ea, *ahueca!*

CHIS.—¡Voy, voy! ¡Cómo arde aquí dentro la llama del amor.) (Vase por la segunda derecha.)

Dichos menos Chisco.

MAN.—Parece un palomino atontado.

VIC.—Lo que es.

TRI.—Pero es muy bueno y muy listo. Papá le quiere mucho. Le ha visto nacer, como quien dice, y cuando quedó huérfano lo recogió y hará de él un hombrecito. De seguro.

VIC.—Mira, Trini.

TRI.—¿Qué?

VIC.—Vamos allá dentro a recoger la ropa, y se la llevaremos ahí enfrente a la Antonia para que nos ayude a repasar. Que esta semana hay una carga.

TRI.—Vamos. (A Manuel.) Hasta luego, señor don Manuel, y escriba usted otro soneto. (Vase primera izquierda. Vicenta le sigue, y al llegar a la puerta, Manuel la detiene.)

MAN.—(En voz muy baja.) ¡Vicenta!

VIC.—¿Qué es eso?

MAN.—Escucha.

VIC.—No.

MAN.—¡Escucha!

VIC.—¡Manuel, por Dios!

MÚSICA

Sordina siempre.

MAN. ¡Vicenta! ¡Yo me muero!
¡Vivir no puedo así!
No aumentes mis pesares
y ten piedad de mí.
Amor sin esperanza
es muerte, no es amor!
¡Ve, pues, si es hondo y grande
mi dolor!

—

VIC. Manuel, es usté un loco;
hablar no debe así,
Usted se ha equivocado.
¿Qué piensa usted de mí?
¡Yo soy honrada y buena!
Guárdese usted su amor
y déjeme tranquila...
¡por favor!

MAN. Poco quiero,
poco exijo,
un suspiro,
una mirada,
un favor...
una esperanza,
una..

VIC. ¡Nada!

MAN. ¿Nada?

VIC. ¡Nada!

MAN. Dispuesto está en el pecho
mi pobre corazón
a recibir heridas,
pero consuelos no.

VIC. Impresos en mi cara
tal vez ostente yo
trabajos y dolores,
pero vergüenzas no.

MAN. Baja la voz, Vicenta,
que nos pueden oir.

VIC. Pues no olvide usté nunca
lo que voy a decir:
Si Joaquín se entera
de esa chifladura
y de tal gusto
tiene usté la culpa,
yo soy vengativa,
no le digo más,
y por éstas, juro
que le ha de pesar.

MAN. En tu amor cifrada
tengo mi ventura;
si el placer no logro
de alcanzarla nunca,
acabar mi vida
me consuela más;
y por éstas, juro
que se ha de acabar.

VIC. Manolo, ya basta... ¡Silencio, por Dios.

MAN. ¡Vicenta, me muero! ¡Vicenta... por Dios!

HABLADO

VIC.—¡Vaya! Esto se va a concluir, Manolo.

MAN.—¿Por qué?

VIC.—Porque me va usted resultando un latero con muy poca... aprensión.

MAN.—¡Vicenta!

VIC.—Usted no tiene ya ley al pan que come, y eso nó es de hombres...

MAN.—Es que estoy loco. Es que...

VIC.—Es que aquí va a haber un dos de Mayo si Joaquín se entera de su conducta, y yo no quiero que se entere. Porque le quiero, y mucho, ¿lo sabe usted? Porque es bueno; por que yo soy feliz con él, muy feliz, y soy decente y honrada, y como meta usted la pata... se va usted a acordar de mí.

MAN.—No hablabas así cuando éramos novios.

VIC.—¡Novios! ¡Miá que novios a los quince años! Aquellas fueron cosas de chicos, y nada más. Ni me acuerdo, ni ganas.

MAN.—¡Qué placer el de mortificar al prójimo! ¿Verdad?

VIC.—No es esa mi intención.

MAN.—No será; pero tus palabras hacen daño.

VIC.—Bueno, basta; váyase usté y no vuelva más a esta casa. Este asunto no tiene más arreglo que ese. Creí que era usted un hombre y es usted un... loco.

MAN.—Sí, me marcharé; pero será después de haber perdido la razón, si antes no pierdo la vida.

VIC.—¡Esas son novelas!

MAN.—¡Vicenta! (El señor Joaquín aparece en la segunda derecha, escucha y avanza algunos pasos.)

VIC.—Se va usted pareciendo a Chisco.

MAN.—Me voy pareciendo al hombre que no puede dominar al corazón. Me voy pareciendo al hombre que está enamorado y no puede hablar, y tiene que sufrir... (El señor Joaquín avanza hasta colocarse al lado de Manuel.)

JOA.—Y tiene que explicarse conmigo clarito, y ahora mismo.

VIC.—¡Joaquín!

MAN.—Señor Joaquín (Pausa.)

JOA.—Salte, Vicenta.

VIC.—Joaquín, yo te explicaré...

JOA.—No me hace falta; salte.

MAN.—(¡Me he perdido!)

VIC.—Esto ya me lo temía yo. (Vase segunda derecha.)

Joaquín y Manuel

JOA.—(Tomando una silla y sentándose en el proscenio.) Bien.., bien... bien... bien. ¡Pues señor, bien! Sucedió lo que tenía que suceder.

MAN.—(Permanece de pie.) (¿Qué le digo yo a este hombre?)

JOA.—Señor don Manuel, vamos por partes... y oigame ustez bien, que la cosa es seria, y estos asuntos se han de tratar de hombre a hombre y con mucho pulso. ¿Estamos?

MAN.—Diga usted lo que quiera. (Entienda el artista la situación y estudie bien el modo de replicar.)

JOA.—Siéntese ustez

MAN.—Pero...

JOA.—Siéntese ustez y esteme atento.

MAN.—(Sentándose.) Dios me dé valor. (Pausa.)

JOA.—Tú te habrás creído que porque yo soy un hombre sencillo y a la pata la llana, no tengo mis ratos de pensar a discurrir sobre las miserias de la vida...

MAN.—Yo...

JOA.—Tú te habrás figurado que porque soy un gallegote sin libros ni sabi-

durías, que no ha podido nunca salir de su corteza dura y amarga, como la de los castaños de sus montañas, no soy sutil de pensamiento ni fino de sentir. Tú te pensaste lo menos que yo nunca fuí joven como tú; que no anduve enamorado y no dejé asomar a la cara todos los síntomas que los hombres retratan cuando les punza el aquél de una moza garrida y completa. Tú me tomastes por tonto y creistes que nunca estuve al tanto de lo que en este terreno sucedía en mi casa. Pues te engañaste, amiguito; te engañaste de medio a medio.

MAN.—Señor Joaquín... No sé lo que quiere usted decir...

JOA.—Silencio. Ahora hablo yo. (Pausa.) Pues sí, señor: yo fuí joven. Yo tuve amores de esos hay mucho tiempo; y muy tiernos y muy hondos... Y yo perdí la color y el apetito, y la razón, y andaba triste y silencioso cuando más quería ser chancero y decidor para cautivar al bien querido. Que esto del amor sale fácil a los ojos, pero a los labios no. Creíame yo que aquellas morriñas mías nadie me las notaba, y mira qué cosas, ¡poncho!, todos me las leían en la cara, mejor que en un cartel de la escuela. ¿Entendiste? ¿Comprendes ahora, como yo, bastote y lerdo, te leí de pe a pa todo cuanto llevas escondido en el pecho sin dejarlo sonar en la boca? ¡Tonto! ¿No ves que las letras son muy grandes? Mira, mira lo que leí en tus ojos: «Estoy enamorado y tengo miedo». Pero no contastes conmigo, y yo soy el que lo va a remediar todo, así Dios me salve. Y cuenta que en esta conduzta mía no me lleva más que mi honrado sentir y el cariño y la estima que a tí te tengo. Yo sé cuanto vales y cuanto puedes valer. Yo sé, en punto a honradez, lo que tu puedes dar de sí. Yo sé a donde llegas y a donde puedes llegar. No tengo inconveniente en ser el hombre que te ayude. ¡Animo, Manuel! Tú te casarás con mi hija.

MAN.—(Poniéndose de pie rápidamente.) ¡Ah!

JOA.—¡Eh! Chist... Chist... Chist... Despacito, despacito, amigo. No me vengas ahora con alegrías ni músicas, ni tontunas de ¡mozo, que estas cosas no se arreglan tan de súpito como tú piensas. Tú estás enamorado de Trinidaz y no te atrevistes a decírselo; ¿no es eso?

MAN.—¡Ay! (Gran suspiro.) Sí, señor Joaquín. Eso es. (Se ha de decir con cuidado la frase.)

JOA.—¿Tú no tuviste nunca más cariño que éste?

MAN.—Nunca.

JOA.—Y calculando que ella tiene un buen pasar y tú nada más que ilusiones por ahora, tuviste miedo de que yo me enterase, pensando que soy un tirano y que me como los niños crudos.

MAN.—Justo.

JOA.—Pues vé tú ahí cómo vino Dios a verte y a sacarte del ahogo. ¿Y por qué? Porque eres bueno; porque tus pasiones son decentes, y tu corazón noble y hermoso. Que si tuvieras malos pensamientos, y tus amores fueran enderezados a parte mala o poco honesta, te hubieras consumido a solas con tus deseos, y no hubieras encontrado nunca una mano amiga como la que aprietas, ni los brazos de un padre como estos míos...

MAN.—(Soy un miserable.)

JOA.—Conque, ya estamos del otro lado. Ahora a estudiar y a concluir de hacerte hombre de provecho, y dentro de un par de añitos... Dios dirá. Tan y mientras, yo permito que le des la noticia a Trini y que entres en casa de hoy alante en calidaz de novio, que será pronto marido. Obséquiala y quiérela mucho, que es buena y lo merece. Y... aquí para entre los dos, te diré que ella tenía sus miajas de querer... y, vamos, que estaba rabiando porque la declarases el tuyo. ¿Comprendes por qué he dado este paso? ¿Lo comprendes?

MAN.—¡Oh, señor Joaquín! Usted es muy bueno; usted no merece...

JOA.—¿Qué no merezco?

MAN.—Usted no merece más que mi respeto y mi cariño; yo procuraré corresponder a tanta nobleza.

JOA.—Bueno. Pues ahora vamos a llamar a la muchacha y a darle la buena nueva. ¿eh?

MAN.—¿Tan pronto?

JOA.—¿Cómo pronto? ¡Si está que no vive desde quién sabe el tiempo!

MAN.—Bien, sí; pero...

JOA.—Déjame, déjame a mí. ¡Trinidaz! ¡Trini!

TRI.—Voy. (Dentro.)

JOA.—Ven acá.

MAN.—(¡Dios mío! ¿Y qué hago yo ahora? ¿Qué le digo a esa niña?)

Dichos y Trini.

TRI.—Aquí estoy. ¿Quién me llama?

JOA.—Yo llamo, señorita. Acérquese ustez.

TRI.—¡Hola, hola! De usté y todo. Algo grave ocurre.

JOA.—Y tanto. No lo sabes tú bien.

TRI.—Vaya, pues empiece usted, señor don Joaquín.

JOA.—Vamos a ver, ¿se acuerda ustez, joven, de una niña que hay pocas noches, y abrazada a su papá le decía: «Papaíto, hay un hombre que me gusta, y creo que yo le guste a él; pero es tan tonto y tan memo, que no se atreve a decirme nada, aunque está rabiando por hablar.» ¿Eh? ¿Te acuerdas?

TRI.—Yo... no, papá... yo no.

JOA.—Pues yo sí, ¡poncho! yo sí. Y esa niña eres tú. Y el memo, el tonto, es ese que está ahí.

TRI.—No, si yo no dije que fuera!.. eso.

JOA.—Ese que está ahí, que por fin echó fuera todo lo que guardaba, gracias a unos ganchos que yo le metí para obligarle.

TRI.—¡Ah! ¿Sí?

JOA.—Ni más ni menos. Conque ahí le tienes, muertecito de amores por ti y deseando que tú le digas algo bueno. ¿No es así, señor don Manolito?

MAN.—Sí... ciertamente... yo... deseaba...

TRI.—¿Qué? ¿Qué?

MAN.—Eso; que... usted me... me...

TRI.—Me... me... (Aparte a Joaquín.) Memo, papá; memo de remate.

JOA.—A todos nos pasó lo mismo. (Pausa.)

TRI.—Pero, vamos a ver, Manolo, ¿de veras pensaba usted en mí?

MAN.—¿Pues en quién, si no?

TRI.—Como nunca me dijo usted nada (y eso que yo le daba pie a todas horas.)

MAN.—Mi carácter, Trini... Ya sabe usted que yo soy muy corto de genio.

TRI.—Ya, ya... Y los estudios... los exámenes, que están cerca... los números... y las... ¡claro! ¿Cómo va uno a pensar en noviajos ni en tonterías, ¿verdad?

MAN.—Eso es. (Pausa.)

TRI.—¡Vaya, vaya! ¡Qué noticia! ¡Bueno, bueno! Pues yo... no sé... como esto ha sido tan... tan... ¿qué quiere usted que diga? Por ahora, señor mío... haga usted méritos; y si es usted dócil y juicioso y constante, y un poquito más alegre... porque, hijo mío, parece usted un Viernes Santo... entonces... veremos... ¿Eh? ¿Qué dice usted? Diga usted algo, criatura.

MAN.—Pues digo que lo prometo.

TRI.—Bien; pues cuidadito conmigo, porque tengo muy mal genio.

JOA.—Miren; miren qué pronto subióse a las barbas.

TRI.—¡Ah! Es que la mujer no debe dejarse dominar. ¡Usted no sabe lo que son los hombres, señor Joaquín!

JOA.—¡Ja, ja! ¿Y ustez sí?

TRI.—Ya lo creo.

JOA.—No, lo que es ratos de bulla y risa no te han de faltar con ella, Manolito. Siempre está de broma. No vi en la vida carázter más alegre.

Dichos. Chisco con una caja de galletas abierta y llena.

CHIS.—Señor Joaquín, un caballero noble, al parecer, pregunta por vos.

JOA.—Pues diie que Bosch no vive aquí, ni le he conocido nunca.

CHIS.—No; si es un amigo de usted que le llama.

JOA.—Pues como me hables así otra vez, te meto en el sótano para quince días.

CHIS.—Usted dispense, pero...

JOA.—Basta; voy allá. (Chisco se queda contemplando a Trini.)

MAN.—Yo también me voy, que tengo clase a las seis.

TRI.—Espera, papá. ¿Tú sabes qué santo es mañana?

JOA.—¿Yo? ¿Yo que he de saber?

TRI.—Piénsalo un poco, hombre.

JOA.—San... San... (Se le caen las galletas a Chisco con estrepito.) ¡Santa Bárbara bendita!

TRI.—¡Ay!

MAN.—¿Otra vez?

JOA.—(Yendo a pegar a Chisco.) ¡Pero grandísimo alcornoque! ¿Que estás haciendo? ¡Así Dios me valga, que te he de cortar una oreja! Recoja usted eso, y largo... a la tienda.

TRI.—Déjale, papá; si está lelo.

MAN.—No, es sonámbulo. Se duerme de pie.

CHIS. (Pobre de mí. No soy comprendido.) (Vase segunda derecha.)

Dichos menos Chisco.

JOA.—Vamos, ¿qué santo es mañana?

TRI.—Pues mañana es San Joaquín.

JOA.—Angela María.

TRI.—Y esta noche, como todos los años, habrá en la tienda su poquito de jaleo, ¿eh?

JOA.—Naturalmente.

TRI.—Y vendrán los vecinos, se bailará, se cantará, y usted, don Manuel, tendrá el honor de bailar conmigo el primer baile. ¿Estamos conformes?

MAN.—Lo que usted quiera, Trini.

JOA.—Ya lo dispuso ella.

TRI.—Y cuando yo mando, cartuchera en el cañón, como dices tú cuando haces como que te enfadas.

JOA.—Bueno, bueno, loca; pues ahí te quedas. Anda, Manuel. (Sale por la derecha.)

MÁN.—Hasta luego.

TRI.—Adiós, Manolito, adiós... que piense usted en mí.

MAN.—Sí, pensaré... mucho... (Y no sabré resolver este problema.) (Vase segunda derecha.)

Trini, luego Chisco

TRI.—(Toma una silla y se sienta en el proscenio derecha.) ¡Ay, gracias a Dios! ¡Creí que no se iba a atrever nunca! No, y la verdad es que él no se ha atrevido. Ha sido mi padre el que se ha atrevido a hacer que él se atreva. ¡Qué bueno es tener un padre que la quiera a una y que la adivine los pensamientos! Y cuidado que es corto de genio... Yo no creía que los hombres eran así. Nunca me decía nada. Todo era suspirar... y suspirar... ¡Toma, como que si tarda un poco más se lo digo yo a él! ¡Ay, no! ¡Jesús! ¡Qué cosas digo yo también! (Pausa.) Y es guapo... digo, a mí me lo parece. (Pausa.) ¿Cómo le pareceré yo a él? (Va al espejo.) Tengo unas ganas de que me lo diga. Y mi carilla es simpática, ¿eh?... Y con esta florecita aquí debo estar muy mona. ¿A ver? ¿Cómo estoy mejor, con flor o sin ella? La verdad. (Coqueteando al espejo.) Dígame usted la verdad, señorita Trini. Yo creo que cuando más sencilla está mejor una muchacha. (Chisco sale despacio y se va acercando a ella después de abrir la trampa del sótano.) Sin embargo, bien arregladita y bien compuesta, debo yo tener un tipo muy fino. A mí me sentaría bien un sombrero... con su velito por la cara, y... tengo que probar un día. Porque me parece que...

CHIS.—¡Que de cualquier modo eres una visión!...

TRI.—¡Ay, Chisco, qué bruto eres! Me has asustado.

CHIS.—Es que...

TRI.—Y me has llamado visión.

CHIS.—Visión... visión celestial que aparece en el nublado cielo de mi existencia.

TRI.—Pero Chisco, ¿tú estás tonto o qué te pasa?

CHIS.—¡Tonto! ¡Es verdad! Tonto; eso es lo que yo estoy. ¿Y quién tiene la culpa?

TRI.—Tú dirás.

CHIS.—¡Tú!

TRI.—¿Yo?

CHIS.—¡Tú! Tú, que me haces sufrir a todas horas con tu desvío y tu ignorancia.

TRI.—¡Anda, salero! ¡Antes visión... ahora ignorante!... Hijo, ¿sabes que me estás poniendo como un trapo?

CHIS.—Pero, mujer, si no me entiendes; si es la ignorancia en que estás de que yo te quiero. (Pausa.)

TRI.—¡Ah! ¿Pero es eso lo que tienes? (Con gran admiración.)

CHIS.—Eso.

TRI.—¡Ja, ja, ja... Qué gracioso es esto!

CHIS.—Sí, ríete, ríete. Dios te castigará.

TRI.—Pero, ¿tú me quieres, Chisco?

CHIS.—Con pasión volcánica. Con ímpetu avasallador. Como quiere el conde de la Rochepin a Grabielle en *El hijo maldito*; como ama Rebeca a Duperrín en *Vientre rojo;* como Charandier a la duquesa Olga en *El cuerno de oro.* Como Rocambole a...

TRI.—Basta, hijo, basta. Mañana hablaré con papá y te buscaremos una recomendación para Leganés.

CHIS.—Eso es llamarme loco.

TRI.—Como que lo estás.

CHIS.—Ya lo creo. Ahora lo vas a ver. (Metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un papel.)

TRI.—¿Qué vas a hacer, hombre?

CHIS.—Mira. (Leyendo.) «Mi tumba. Soneto.

TRI.—¡Ah! ¿El de los sonetos eres tú?

CHIS.—Yo.

TRI.—¿Y todos son dedicados a mí?

CHIS.—A tí.

TRI.—Bueno, pues guárdate ese. Ya conozco los demás.

CHIS.—No; si este es muy cortito. Oye. (Leyendo.)

«Una arroba de aceite.»

TRI.—¡A... ceite!

CHIS.—No, no; es a la espalda, aquí. «Mi tumba. Soneto.»

«Yo moriré cantando.»

TRI.—Vaya, menos mal.

CHIS.—No me interrumpas.

Yo moriré cantando
endecha triste,
nacida del solo pecho
donde viviste.»

TRI.—¿Allí he vivido yo? ¿En el solo pecho? Vaya un barrio.

CHIS. «¡Ay! que allí *muriste*.»

TRI.—Ya me mataste.

CHIS.— «Y contigo, bajo losa
mi cadáver reposa
y allí los dos juntitos...»

etcétera. He puesto esta etcétera porque me falta todavía un verso.

TRI.—Ya está, verás. Y así los dos juntitos pareceremos dos pajaritos fritos. Ves, ves como yo también hago sonetos?

CHIS.—Sí; pero eso no pega.

TRI.—Mira, lo que pega aquí es que te cures pronto de esas manías o vas a concluir mal.

CHIS.—Yo ya sé con qué me pondría bueno.

TRI.—¿Con qué?

CHIS.—Conque tú me quisieras un poquito. (Pausa.)

TRI.—¿De veras?

CHIS.—Como esa luz.

TRI.—Pues te quiero.

CHIS.—(Dudando.) ¡Anda! No me lo dices de veras.

TRI.—¡Te lo juro!

CHIS.—¡Ay! ¿No me engañas?

TRI.—No, pero prométeme que no harás más versos ni leerás más novelas.

CHIS.—No, no. Mira lo que hago con «Mi tumba.» (Va a romper el papel.)

TRI.—(Deteniéndole.) ¡Hombre, que tiene el aceite detrás!

CHIS.—¡Ay, es verdad! Pero no temas. No escribiré más versos.

TRI.—Y cuando estés curado... entonces veremos.

CHIS.—¡Ay Trini... qué alegría!...

TRI.—(¡Pobrecillo! ¡Si le desengaño le da un patatús!)

CHIS.—Cayó por fin de tus ojos la venda que los cubría y lanzando rayos de amor iluminaron...

TRI.—¡Chisco! Que no hay nada de lo dicho!

CHIS.—No; perdona. Es el último chispazo.

MÚSICA

¡Ay, si tú supieras,
Trini de mi alma,
por tus lindos ojos
cuanto noche y día
Chisco suspiraba!
Mira hasta qué punto
se trastornaría
toda mi razón,
que con gran asombro
de los parroquianos
si pedían queso
les daba jamón.

RI: Deja que te diga,
joven desdichado,
que eso no es cariño
no es amor ni es nada,
que es estar chiflado;
si haces esas cosas
lo que tú muy pronto
vas a conseguir,
es que si persistes
en meter la pata,
te suelte dos tortas
el señor Joaquín.

HIS. ¡Qué feliz, Trinidad,
con tu amor voy a ser!
Ay, mi bien, ya veras
cuando nos casemos
cómo nos queremos
una atrocidad.

RI Qué pasión tan fuerte
es la de este chico.
Loco estás
no hay más que verte;
solo así me explico
tu fogosidad.

CHIS Yo no como, yo no duermo
yo no puedo sosegar,
y en la cama ni un minuto
puedo el sueño conciliar.
Y si caigo al fin rendido
amanezco como ayer,
abrazado con la almohada
entre el catre y la pared.

TRI Es lo más prudente
ser disimulada
y llevar la corriente,
pues al contrariarle
ha de ser peor.
¡Qué inocente es,
qué sentimental!

CHIS. ¡Ay, mi corazón
qué brinquitos da!

TRI. Eres un pillín:
eres un truhán.

CHIS. Con la mano aquí
lo verás saltar.
Al mirar tus oj
y al mirar tu s
el corazoncito
hace tipitán.

TRI. Es su amor

un volcán.
¡Ay, que risa me da!
¡Ja, ja, ja, ja!
Ya me has conmovido
con tu descripción,
síntomas son esos
de una gran pasión;
que el hombre que duerme
con tranquilidad,
prueba claramente
que no sabe amar.
(Este chico es tonto
ja, ja, ja, ja.)

CHIS. No te rías, Trini,
no me hagas rabiar.

TRI. Si quieres, Chisco,
que yo te quiera,
has de portarte
de otra manera;
pues a mi lado
no quiero yo
novio que sea
triste y llorón.

CHIS. ¿Cómo para tu gusto
debo de ser?

TRI. Escucha muy atento
y te lo diré,
Quien mi cariño pretenda
preciso es que entienda
si está por mí,
la alegría que Dios me ha dado
que demuestro mirando así;
y a la vez, cuando esté a mi lado,
todo el fuego que siento aquí.
Ha de ser el que yo prefiera
alegre, gracioso,
y no tiene que ser celoso
si he de darle mi corazón.
Ha de ser su valor probado
a mi eterna satisfacción,
y cantar cuando yo lo quiera
y bailar cuando quiera yo.

CHIS. Como quieras tú
por tu amor seré
y tendré valor
y hasta bailaré.

TRI. ¡Jesús, qué cosas
dirá cuando así le mire;
dirá que aquello es sentir;
dirá que aquello es vivir!
En él pensando
no sé lo que siento ya.
¡Ay, Jesús, qué sofocación!
¡Cómo el corazón siento palpitar
Con tu gracia me tienes lela.

CHIS. Azúcar. Canela. (Bailando.)

TRI. Con tu baile me vuelves loca.

CHIS. Fideos. Tapioca.

TRI. Vaya un mozo con gracia y tal.
Qué mono. (Qué memo.)
No tiene rival.

CHIS. Mira, Trini,
qué flamenco estoy ya.

TRI. Calla, tonto,
no te quiero mirar.

CHIS. Rica, mona.
Esto sí que es amar.

TRI. Olé, olé,
qué gracioso que está.

CHIS. Pide, Trini,
si pedir quieres mas.

TRI. Para, Chisco...
Ay, qué risa me da.

CHIS. Arsa, arsa,
esto sí que es bailar.

TRI. Basta, Chisco,
que te vas a matar.
Basta ya. Ay por Dios,
no bailes más,
Si es una verdad
que hace un loco cien,
de seguir así
me contagiaré.
Chisco, por Dios,
déjalo ya
que de reir
voy a enfermar.
(Está loco por mí
y se va a marear.)

CHIS. Rica, graciosa,
monona, juncal.
¡Esto es amar!

TRI. Ay, basta ya.

HABLADO

TRI.—Bueno, pues cuidadito con lo que haces.

CHIS.—No, no; ya verás como me enmiendo y te obedezco. Tú has de hacer d
mí lo que quieras. Tú...

Dichos y el señor Joaquín por la segunda derecha

JOA.—Pero Chisco, ¿tú quieres que yo te rompa un alón? ¿A qué te he ma
dado yo al sótano?

CHIS.—Si es que...

JOA.—¿No te he dicho que subas las conservas que están esperando?

CHIS.—¿De qué clase?

JOA.—De todas, porque no hay ninguna arriba. Pimientos, frutas, pescado
CHIS.—Bueno, bueno. Voy en seguida. (Vase por la trampa.)
Trini, el señor Joaquín. Luego Vicenta por la segunda derecha. Luego Chisco por la trampa
JOA.—Ese arlequín anda hace tiempo hecho un Gedeón. No hace nada a derechas, todo se le olvida. ¿Qué hacía aquí ahora?
TRI.—Nada; fué que yo le entretuve preguntándole si había avisado a los músicos para esta noche.
JOA.—Pues como no ande derecho, pronto le envío a escardar cebollinos.
VIC.—(Saliendo con mucho recelo.) Pero Trini... ¿y esa ropa?
TRI.—Ahora voy.
JOA.—¡Ah, Vicenta, me alegro que vengas!
VIC.—(¿Qué habrá pasado aquí?)
JOA.—Tengo que darte una gran noticia.
VIC.—¡Hola! ¿Y cuál es?
JOA.—Dentro de poco se aumentará la familia. (En este momento sube Chisco de la cueva llevando una porción de latas de conservas de diferentes clases y tamaños, y se queda parado escuchando.)
VIC.—¿Esta?
JOA.—Esta.
VIC.—¿Y cómo?
JOA.—Pues con una boda.
VIC.—¿Una boda? ¿Cuál?
JOA.—La de Trini con Manuel.
VIC.—¡Qué! (Con gran asombro. Chisco cae al suelo envuelto entre las latas. Trini y el señor Joaquín acuden en su auxilio. Música en la orquesta. Telón rápido. Cuadro.)
JOA.—¡Cuerno!
CHIS.—¡Ah!
TRI.—¡Pobre Chisco! (Los tres a un tiempo.)

CUADRO SEGUNDO

Calle corta. Al frente la tienda de ultramarinos del señor Joaquín. Escaparate y puerta practicable hacia la izquierda. En la muestra se lee: 12, J. Landeira, 12. Es el obscurecer. A poco se enciende la luz eléctrica en el escaparate y en el interior de la tienda.
Transeuntes que cruzan la escena. Un vendedor de papel y sobre. Una Florera. Uno que vende botones. Un repostero ambulante, con merengues y dulces. Una vendedora de horquillas. Todos instalados delante de la acera. A poco una orquesta de cinco ciegos

MÚSICA

(Durante los primeros compases del número, los vendedores pregonan su mercancía.)
VEND. 1.º—Papel y sobres barato. Veinte pliegos de papel y veinte sobres por una perra chica nada más. Por cinco céntimos papel para veinte cartas.
FLOR.—Tres perras la *vara e nardos*. Señorito, lleve usted una vara *pa* la novia.
REP.—¡La sucursal de Lhardy! *Sinco santimos* dos merengues de café. (Acento francés.) ¡A la *pate... pate... pate... pate... pa... de chocolat!*
VEND. 2.º—Pasadores de *niclen* y *güeso* para la pechera, a perra grande la media docena. ¡Ande un barato; que me liquido, caballeros! ¡Ay, qué ruina! ¡A perra grande!
CHICA.—¡Horquillas invisibles y de las otras; a perra chica el paquete! (Salen los ciegos. Traen guitarra, bandurria, flauta, triángulo y violín. Una chica de doce a trece

años pide con un platillo, a su tiempo. El ciego primero canta. Los vendedores y transeuntes forman corro.)

CIEGOS. Pobrecitos
desgraciados
y privados
de la luz,
nos agarramos
a un instrumento
de cuerda o viento,
flauta o laud.
Aunque somos
pocos puntos,
con perfecta afinación
componemos
una orquesta
con unas gotitas
de orfeón.
Calles y plazuelas
vamos recorriendo,
y por todas partes
cantos repitiendo
del pueblo español,
y también tocamos
música holandesa,
turca, americana,
búlgara y francesa,
rusa y del mogol.

CORO. ¿Del Mogol?

CIEGOS. Del Mogol.

CORO. Esas músicas que dicen
y que aquí se traen ustés,
se me figura que no ha de dar-
[les
ni un perro chico para comer.

CIEGO 1.º Y si ahora ustedes quieren
coplas nuevas escuchar,
echen algo en el platillo
que la chica va a pasar.

UNOS. Sí, sí. ¡Ahí va!

OTROS. Yo no puedo darles *na*.

CIEGO 1.º Den ustedes lo que puedan,
lo que tengan voluntad.

UNOS. Sí, sí. ¡Ahí va!

OTROS. Yo no puedo darles *na*.

CIEGO 1.º Oigan las coplas
del *Cachirulipón*.
Don Juan Chirivitas
las inventó.
¡Atención!

—

Años ha que en la parroquia
del moderno Salvador,
se casaron de mañana
Rosa Gil y Luis León,
y acabado de enlazars.
ya en el propio Antón Martín,
al tranvía se subieron
para ir a Chamberí.
Un paso tan lento
llevaba el tranvía
y tales paradas
tuvieron que hacer,
que al ir a bajarse
aquel matrimonio,
bajaron con hijos
y nietos también.

—

CIEGOS. Cachirulipón
en las coplas que canta
Cachirulipón,
no hay segunda intención.

CORO. Cachirulipón, etc., etc.

—

CIEGO 1.º Con más hambre que un maestro
y vestida de algodón,
a servir vino a la corte
una joven de Chinchón.
A los tres o cuatro meses
ya vestía de fular,
y compraba cajetillas
a un sargento muy barbián.
Y ayer en la plaza
le dijo una amiga:
«¿De quién aprendiste
tan pronto a sisar?»
y al punto repuso:
«Del amo a quien sirvo
que pa buen ejemplo,
pues es concejal.»

CIEGOS. Cachirulipón, etc.

CORO. Cachirulipón, etc.
Eso está muy bien,
pero bien *cantao*,
la coplita me ha
entusiasmao.

CIEGOS. Y *pa* lo que han *dao*
bien hemos *cantao*,
conque abur, señores,
que esto se ha *acabao*.

(Vanse los ciegos por la izquierda y los espectadores por diferentes sitios, quedando solo los vendedores ambulantes.)

Dichos. Un Guardia municipal; el señor Joaquín y Chisco a la puerta de la tienda.

HABLADO

GUAR.—(Por la izquierda, a los vendedores, que después de terminar el número vuelven a pregonar sus mercancías.) ¡Ea! Se acabó el tinglao. O *se disolvèis* todos de *por sí*, u sus disuelvo yo, y se acaba esta república y *tal*. ¿Qué es esto? ¿Qué

manigua es esta? ¿Qué respeto ni qué *tál* es éste? ¿Quién sois vosotros? ¿Quién soy yo?...

VEND. 1.º—¿Quién quiere veinte pliegos pa treinta cartas? (Vase derecha.)

VEND.—(De libretos.) ¡Agua, azucarillos y aguardiente! (Por la izquierda.)

GUAR.—Echa un vaso, hombre, que estoy que ardo.

VEND.—(Pasando por delante del Guardia.) Con el argumento de *toos* los cantables que tiene la obra... a diez céntimos.

GUAR.—¡Nos ha *fastidiao* éste!

JOA.—¡Saca agua, Chisco!

VEND.—Las zapatillas de Janson, el tambor del Chapí, las mujeres de Burgos todas completas con sus *coupletes*, a diez céntimos. (Vase por la derecha.)

REP.—¡A la *pate... pate... pá* de *chocolat!* (Vase derecha.)

NIÑA.—Horquillas invisibles y de las otras, a perra chica el paquete. (Vase derecha.)

VEND. 2.º—¡Hay con *güeso* y sin *güeso* y de *güeso* pasadores! (Vase derecha.)

FLOR.—¡La vara e nardos! (Pasando por delante del Guardia y dirigiéndose a la izquierda.) ¡Vaya una cara, digo, una vara!

GUAR.—(Encarándose con ella y cogiéndola de un brazo.) A ver tù, golfa, si te arreglo yo a ti, provocativa. Y que no te tengo ganas... y tal.

FLOR.—Lo creo; pero están verdes.

GUAR.—¿Qué?

FLOR.—Que tié usté que lavarse, que chorrea pringue.

GUAR.—¿A ver, a ver qué dices?

FLOR.—Y que me suelte usted. Y que no toque usted tanto, que con achaque de autoridá soba usté más que un pianista.

GUAR.—¿Cómo?

FLOR.—Que toca usté mucho y estoy desafiná.

GUAR.—(Soltándola.) A callar, y tal.

FLOR.—Eso es; estos del Ayuntamiento paece que se caen y se agarran. Ellos serán cojos, pero mancos no.

GUAR.-En cuanto hables más, vas conducida y tal. A correr por ahí. ¡Hala, hala!

FLOR.—Ande usté, que tié usté la cara e un cardo.

GUAR.—¿Qué?

FLOR.—La vara e nardos, hombre, la vara e nardos. Quién quié nardos. (Voceando y dirigiéndose a la izquierda.)

GUAR.—Como yo me atufe...

FLOR.—¡Qué barbaridad! Como usté s'atufe... cae el Gobierno. (Vase izquierda.

GUAR.—Y pincha. Y dale.

JOA.—Déjala, Gómez, déjala, que es chicuela y no sabe lo que se dice.

GUAR.—Pero si es que Dios no puede con ellos, señor Joaquín. Ni tienen alcances, ni responsalidá, ni costumbres, ni tal. Se les prohibe pararse, pues paraus. Se les prohibe estalarse en la acera, pues estalaus. Se les prohibe montarse en nuestras narices, pues montaus. Así que falta la paciencia, y hay que ponerlas cara de perro... y tal... (Chisco saca un vaso de agua y el guardia bebe.) Y si no lo hace usté así, resulta usté un alguacil muy lleno de autoridad, pero estril y onipotente.

CHIS.—Y tal

GUAR.—Eso es.

JOA.—¿Y qué le va usté a hacer? Ellos, por despachar el artículo... (Chisco compra una vara de nardos, y la florista se va por la izquierda.)

GUAR.—Sí, pero entonces que no nos manden disolverlos.

JOA.—Paciencia, Gómez, paciencia.

GUAR.—Por eso me cargan estos destritos del centro. Prefiero los otros, donde no hay tanta influencia de gente, ni tantos golfos, ni tantos transeuntes. Mire usted, mire usted, ya se me amontonaron en aquella esquina. (Mirando hacia la derecha.) No, pues lo que es ahora, me caso con Judas, van a llevar pa bollos... y tal... Abur. (Se dirige a la derecha.)

JOA.—Adiós, Gómez.

CHIS.—Adiós, Lucas.

GUAR.—No, Lucio... y tal. ¡Ah señor Joaquín, luego volveré a tomar esa copita, como todos los años.

JOA.—Como quiera. (Entra en la tienda.)

GUAR.—Me caso con once. No me va a quedar títere con cabeza... ni tal. (Vase derecha.)

Chisco, luego Trini por la tienda.

CHIS.—(En la puerta.) Estos nardos para ella. Vaya un susto el de esta tarde. Al oir lo de la boda de Trini... vamos, que me entró un... así... una... yo no sé lo que me entró, pero sentí que se me escapaban las latas y que me arrimaban un puntapié. Esto me volvió en sí. Es claro, y a cualquiera. Pues así que no pesar las peanas del señor Joaquín.

TRI.—(Con una silla baja.) Hola, Chisco. Vengo a tomar el fresco un ratito ¡Qué florido estás! (Se sienta al lado derecho de la puerta, sin salir del dintel.)

CHIS.—¿Y a que no sabes para quién son estos nardos?

TRI.—Toma. Para mí.

CHIS.—Ya lo creo. Y mi alma, y mi vida, y mí corazón, y... Toma. (Le da la vara de nardos.)

TRI.—Toma tu. (Le da un cachete.) Para que te calles, que te va a oir mi padre y vas a llevar una puntera.

CHIS.—No, está por allá dentro.

TRI.—Pues ¡chito!

CHIS.—Pero dí, ¿es verdad que no es verdad eso?

TRI.—¿Qué?

CHIS.—Lo de la boda.

TRI.—Calla, tonto; ¿no te lo he dicho ya? Bromas de mi padre.

CHIS.—No; pues él bien serio lo dijo.

TRI.—Pero memo, ¿tú crees que esas cosas vienen así, tan de sopetón?

CHIS.—Sopetón o sopetín, lo cierto es que yo no las tengo todas consigo.

TRI.—No seas tarugo.

JOA.—(Dentro.) ¡Chisco!

CHIS.—¡Voy en seguida! ¡Adiós, rica! (Entra Chisco.)

TRI.—¡Pobre Chisco! No voy a tener más remedio que desengañarle. Porque si esto se formaliza... Y yo creo que sí. Manuel es un hombre serio, muy serio.. demasiado serio y muy corto. ¿Vendrá esta noche? ¡Vaya una ocurrencia! ¿No ha de venir? Tenemos que bailar mucho. En cuanto venga le pongo este nardo en el ojal. Y lo tiene que conservar siempre. Todos los días me lo ha de enseñar. Como se le perdiera le iba a armar una...

Trini, Vicenta y Manuel por la derecha

MAN.—(Saliendo detrás de Vicenta y llamándola.) ¡Chist... Chist! Vicenta.

VIC.—(Volviéndose.) Manuel, váyase usted.

TRI.—Ah. Ahí viene. Le voy a dar un susto.

MAN.—Vicenta, el señor Joaquín cree que estoy enamorado de su hija.

VIC.—Ya lo sé. Lo se todo.

MAN.—Y me ha prometido su mano. (Esta escena se ha de hablar en voz baja, con rapidez, con gran emoción y cerca de la puerta.)

TRI.—¿Qué dice?

VIC.—Y usted, ¿qué ha hecho?

MAN.—Yo... callar, Vicenta. Cuando creí que había descubiarto mi amor por tí, tuve miedo. Y al ver que su error era mi salvación... callé. Llamó a la muchacha, la enteró de todo... ella se puso muy contenta... (Trini expresa en su cara gran angustia e intenso dolor. Solloza con dificultad. Es situación que ha de estudiar la actriz.)

VIC.—Pobre criatura. ¿Y con qué paga usted este daño?

MAN.—Con la vida, Vicenta, con la vida. Mañana me marcho lejos, muy lejos. No sé si esto es nobleza o cobardía, pero me marcho.

VIC.—Para no volver más: usted no puede volver a esta casa.

MAN.—Esta noche será la última.
VIC.—No; no vuelva usted.
MAN.—Esta noche, Vicenta, esta noche, para que no sospechen el señor Joaquín ni Trinidad; saldré para siempre... Pero... deme usted su perdón.
VIC.—¡Sí: le perdono... y que le perdone Dios!
TRI.—¡Ay!
VIC.—Váyase usted.
MAN.—Hasta luego.
VIC.—No.
MAN.—Hasta luego. (Vase derecha.)
VIC.—(Viendo a Trini al entrar en la tienda.) ¡Trini!
TRI.—¡Ay, Dios mío! (Echándose en sus brazos.)
VIC.—¿Qué hacías aquí?
TRI.—Oirlo todo.
VIC.—¿Todo?
TRI.—¡Todo! ¡Tú eres muy buena! ¡El un infame! ¡Me ahogo!... ¡Quiero llorar!
VIC.—Ven, ven adentro, hija mía. Que no se entere tu padre.
TRI.—¡Oh!... ¡Nunca!... ¡Virgen de mi alma!
VIC.—¡Pobre niña! ¡Por aquí, por el portal! Yo tengo el llavín. (Vase por la izquierda.)

Una murga llega por la derecha; en seguida gente del pueblo que baila a compás de aquella.
MURG. 1.º—¿Dónde es?
IDEM. 2.º—Ahí, en el doce.
IDEM. 3.º—Pues venga. ¡A una! (Tocan una polka. La gente empieza a bailar. Telón rápido. Continúa la polka en la orquesta, hasta que empiece el cuadro tercero. Entonces cesa la orquesta y sigue la murga, que figura estar fuera de la tienda.)

CUADRO TERCERO

Interior de la tienda del señor Joaquín. Puerta en primer término derecha, que da a la calle. Escaparate en segundo idem. Puerta en primer término izquierda, que conduce al interior. Sillas de rejilla. Es un almacén de lujo. Luz eléctrica. Mostrador de derecha a izquierda. Al levantarse el telón bailan varias parejas de vecinos. Los demás bromean con el señor Joaquín. Chisco y el otro dependiente. Manuel en el extremo izquierda del mostrador está pensativo mirando de vez en cuando a Vicenta, Trinidad, sentada en primer término derecha, habla con aquélla. Chisco va y viene, dirigiendo miradas a hurtadillas a Manuel. Breves momentos de animación. Cesa la música. En el mostrador del frente, dulces, pasteles, licores, etc., etc.

El señor Joaquín, Trini, Vicenta, Manuel, Chisco, Vecinos y Vecinas y el Guarda Municipal.

JOA.—Bueno, bueno, bueno. Un poquito de descanso, que levantan mucho polvo. Ahora vamos a tomar una copita.
VEC. 1.º—Eso, eso. ¡Viva el señor Joaquín!
TODOS.—¡Viva!...
JOA.—Silencio, silencio, señores. Muchas gracias. ¿De que quieren la copa?
VEC. 1.º—Yo de coñac.
VEC. 2.º—Yo mono.
VEC. 1.ª—Y yo.
VEC. 2.º—Entonces será mona.
VEC. 1.ª—¡Y usted mico!
GUARDIA.—Yo de embuchao.
JOA.—De todo hay ahí en el mostrador. Sirve, Chisco, y tú, Bautista.

VIC.—(A Trini.) (Valor, Trini, valor.)

TRI.—Valor, ¿eh? Ya verás tú si lo tengo. Ya no me inspira nada ese hombr Yo me había hecho ilusiones... y... pero más vale que haya sido ahora.

VIC.—Tienes razón.

TRI.-Luego hubiera sido más duro... porque me gustaba... Vicenta, me gustab

VIC.—¡Válgame Dios!

TRI.—¡Infame! ¡Hacerte el amor a tí! ¡Y mi pobre padre!...

VIC.—Por él, Trini, por él, ten calma.

TRI.—¡Oh, sí, por él! Ahora verás. Voy a bailar con Chisco. Voy a cantar voy a volverme loca de alegría.

VIC.—Tu padre, calla.

JOA.—(Acercándose a ellas.) Pero chicas, ¿qué es esto? ¿Qué andais ahí murmu rando? ¡Poncho! Tanto voy a hacer y voy a acontecer y luego, nada. En la me distraídas y... ¿Qué sucede?

TRI.—(Levantándose y yendo muy resuelta a su padre. Vicenta se reune a los convid dos.) Es que estoy enfadada contigo, papá.

JOA.—¿Conmigo? ¡Ave María Purísima!

TRI.—Contigo.

JOA.—¿Y qué fué ello?

TRI.—Esta tarde... cuando me llamaste delante de Manolo... ¿sabes?... ¿Te enteras?...

JOA.—Dale; ya sé. Sigue.

TRI.—Pues me pusiste en un compromiso gordo.

JOA.—¿Yo?

TRI.—Como no podía hablar delante de él, no te pude decir... Del que yo te hablé la otra noche... De aquel memo... De aquel tonto que me gustaba... ¿Te acuerdas?...

JOA.—Sí.

TRI.—No era de Manuel.

JOA.—¿No?

TRI.—¡Era de Chisco!...

JOA.—De Chis... En el nombre del Padre y...

TRI.—No hagas aspavientos, que miran.

JOA.—Pero, muchacha, ¿estás sana de juicio? ¿De Chisco? ¿Enamorarte tú de Chisco? ¿De ese aguachirle con ribetes de tonto?

TRI.—Pues ahí verás tú. ¿Y cómo salgo yo ahora de este compromiso? Por es estoy de mal humor y...

JOA.—Pues no es hora de apurarse esta. Yo pensaré... yo le hablaré y...

TRI.—No; déjalo. Ya veremos si a mí se me ocurre algo.

JOA.—Pero, ¿qué diaño encontraste en Chisco que te llevó a mirarle con bu nos ojos?

TRI.—Basta, basta, papá. Mañana hablaremos de eso. ¡Ea! ¡A cantar! ¡A bai lar! (Se reune con los vecinos.)

JOA.—¡Bendito sea el poder del!... Por supuesto que eso no es verdad. Aquí hay algo.

GUAR.—Diga usté, señor Joaquín, ¿tiene usted *Chatró?*

JOA.—Allá arriba creo que hay. (Señalando al escaparate.)

GUAR.—Porque es bueno *pa* encima de cenar.

JOA.—Mira, Chisco. Baja el *Chatré* y sírvele una copa a Gómez.

CHIS.—(Cogiendo una escalera y alcanzando una botella sin dejar de mirar a Manuel.) ¡Maldita sea!... ¡Cómo la mira! No, pues si yo me amosco... le digo algo: vaya si se lo digo. (Baja. Abre la botella con un tirabuzón y sirve a su tiempo una copa a Gómez.)

MAN.—(Acercándose al señor Joaquín.) Señor Joaquín. ¿Me hace usted el favor?

JOA.—¿Qué te ocurre?

MAN.—Señor Joaquín... yo... un asunto... grave para mí... me va a obligar a ausentarme unos días... yo desearía que usted busque quien haga mi trabajo esta semana y la que viene... porque..

JOA.—¿Qué dices, Manuel?

MAN.—Perdone usted, señor Joaquín, por ahora no puedo decirle más... Es un secreto que...

JOA.—¡Secretos!... ¿Tú? ¿Para mí?

MAN.—Cuestión de intereses. Tengo que ir unos días a un viaje corto; pero...

JOA.—¿Marcharte tú? ¿Y lo sabe la Trini?

MAN.—No; no le diga usted nada. (May rápido.)

JOA.—¡Ay, ay, ay!... ¿Pero tú la quieres?

MAN.—Yo... sí... pero... es decir... Usted se equivocó esta tarde cuando... en fin... ya usted sabrá... perdóneme usted... perdóneme usted... (Se retira.)

JOA.—(Pausa.) ¿Qué es esto?... ¿Qué pasa aquí?... La chica diz que no le quiere... El dice que me equivoqué, y, sin, embargo, no salía de esta casa. Que está enamorado lo demostró bien claro... pero... entonces... ¿de quién? (Pausa larga. En sus gestos y miradas, que buscan algo en derredor hasta que se fijan en Vicenta, se ha de adivinar la sospecha que le asalta un momento. De pronto y con convicción.) ¡No! ¡Ella no! ¡Vicenta! (Llamándola.)

VIC.—¡Joaquín! (Se acerca.)

JOA.—(Pausa. La mira fijamente.) Trini no quiere a Manuel.

VIC.—¡Bah! ¿Y qué? (Pausa.)

JOA.—Manuel tampoco la quiere a ella y se marcha. (Vicenta soporta con entereza las miradas del señor Joaquín y responde con nobleza y tranquilidad.)

VIC.—Déjalo. Hace bien.

JOA.—¿Por qué hace bien?

VIC.—Porque aquí... no hacía carrera. Perdía el tiempo.

JOA.—Pausa. Da un largo suspiro de satisfacción.) ¿De verdaz?

VIC.—(Mirándole con mucha fijeza.) Joaquín... ¿lo dudas?

JOA.—No; neñina, no. Otros ojos pudieran engañarme; esos tuyos, claros como el día, dulces y tranquilos como tu concencia que a ellos se asoma, esos no engañan. (Con gran pasión.) ¡Vicenta!... ¡Pombiña querida! *repousa ei qui, u'o peito d'o teu maridiño... e deixa que che fale gallego; que é a la lengua en que millor podo esplicarche o cariño que gardo pra ti, aquí dentro, n'o fondo d'o meu corazón.* (Muy emocionado.)

VIC.—Joaquín de mi vida. Qué bueno eres. Oye; y supongo que no guardarás rencor...

JOA.—¿Rencor?... Y ¿qué es eso?

VIC.—Eso... eso es que ya quisieran algunos hombres de gran cabeza tener tus sentimientos.

JOA.—Y mi cabeza.

VEC. 1.º—(Fijándose en ellos.) Bueno, bueno; cómo se arrullan esos palomos.

JOA.—Porque se puede.

VEC. 1.º—Vivan los novios.

TODOS.—Vivan.

JOA.—Otra copita.

GUAR.—(Después de beber la copa que le ha servido Chisco.) ¡Ay! ¿qué es esto? ¡Ay qué *nausías!* ¿Qué porquería es esta?

CHIS.—Si es el *Chatré.*

JOA.—¿Qué pasa?

CHIS.—Será que estará avinagrado. Huela usted.

JOA.—¿A ver? (Tomando la botella.) Pero si este es el aceite refinado.

TODOS.—Ja, ja, ja.

JOA.—Maldito sea este avestruz y toda su casta. Te voy a reventar. condenado. (Queriendo pegarle; los demás le detienen.)

GUAR.—Dadme aguardiente... y tal.

JOA.—Venga... Yo se lo serviré. No le vayan a dar petróleo

VEC. 1.º—Sí, que se podría inflamar.

VEC 1.ª—Señor Marcos, no nos tome usted el pelo.

JOA.—Vaya, vaya, haya paz y siga la broma. A ver, a cantar. Un poquito de cante. ¿Quién va a cantar? (Vase Manuel por la izquierda.)

VEC. 1.º—Que cante la vidriera.

VEC. 1.ª—Que cante el guarnicionero si tiene gracia, que no la tendrá.

VEC. 2.º—Que cante el señor Joaquín.

TODOS.—Sí, sí; que cante.

JOA.—Señores... señores... que nunca pude entonar una muñeira.

VEC. 1.ª—Algún cantar gallego, que dicen que son muy bonitos.

JOA.—¿Que si son? Haylos lindos de verdad y vais a verlo. ¡Poncho! Trini canta la *Alborada* que aprendiste en Orense el año pasado.

TRI.—Papá... ahora no.

TODOS.—Que la cante.

UNO.—Anda, Trini.

JOA.—Anda, mujer. Por San Joaquín y... por el señor Joaquín.

TRI.—Tienes razón, papá. Por el señor Joaquín. Todo por él. Voy a cantar.

CHIS.—Olé por las mozas buenas.

TODOS.—Ja, ja, ja.

JOA.—Calla, avichucho, y escucha, que esto es canela.

MÚSICA

TRI. Noche pura y serena,
noche de amor,
otro tiempo testigo
de mi pasión.
¡Oh, qué triste y qué sola
me hallas aquí!
¡Ay, que dias de ventura
para siempre perdí!
Ya el ingrato
me abandona,
ya no hay dicha
para mí.
Los alegres pajarillos
con su tierno gorjear
ya no cantan mis amores
¡ay, mi amor!
¡ay, mi bien!
que aprendiendo van conmigo
a gemir y a suspirar.
Vuelve, mi bien.
Ven, por piedad.
Del sol la luz
ya va a llegar,
y a la alborada
quiero trocar
mis esperanzas
en realidad,
¡Ven, mi bien,
mi luz, mi amor!
Esperándote aquí
cuánto tiempo pasó.

(Sale Manuel de la primera izquierda.)

Ya sin tí los dulces sones
de la gaita del lugar
tristes suenan en mi oído.
¡Ay mi amor! ¡Ay mi bien!
Ni me alegra la alborada
con su dulce despertar.

CONVIDADOS. Linda es la canción.
¡Canta bien! ¡Qué primor!

(Trini principia a cantar la «Alborada» sentada en una silla y rodeada de todos, que la escuchan con gran atención. Hacia el último tercio del número, sale Manuel de la primera izquierda con el sombrero en la mano. Se va a marchar sin ser visto, aprovechando la distracción de todos. Solo Trini le ve y poco a poco se levanta de la silla como impulsada por fuerza superior. Va siguiéndole con la vista. Manuel mirando siempre a Vicenta, que está con los ojos cerrados y muy seria, da la vuelta por detrás del mostrador hasta llegar a la puerta de la calle. Allí se detiene un momento y luego sale. A medida que va Manuel aproximándose a la puerta, Trini va perdiendo fuerzas e interrumpiendo el canto con sollozos, que los demás suponen ser propios de la canción. Cuando sale Manuel, Trini cae desmayada en brazos de Vicenta, que ha permanecido junto a ella desde el principio de la canción y le ha dicho: ¡Valor, Trini! ¡Por Dios! Al desmayarse acuden todos y dicen simultáneamente lo que sigue:)

JOA.—¡Hija! ¿Qué es eso?

UNOS.—El calor..,

OTROS.—Los nervios...

(La conducen entre todos hacia la primera izquierda; la música sigue hasta el final. Cae telón lentamente.)

FIN

El padrino de "El Nene"

o

¡TODO POR EL ARTE!

SAINETE LÍRICO EN TRES CUADROS,

ORIGINAL DE

Julián Romea

PERSONAJES

PILAR. - MICAELA. - SANTOS. - PERICO (a) «El Nene.» - EL SEÑOR JOAQUIN. - EL MANQUITO. - DIMAS. - CHAVITO. - EL GOLONDRO. - EL CHURRO. - PEDRÍN (8 años.). - PEPE. - EL MEDICO. - UN MONAGUILLO. - UN INSPECTOR. - UN MONO SABIO. - EL AGUADOR. - EL NARANJERO. - EL BOLLERO. - UN BORRACHO. - SU MUJER. - UN ASISTENTE. - UNA CRIADA. - UN PADRE. - UNA MADRE. - CHULA 1.ª. - IDEM 2.ª. - SEÑORITO 1.º. - IDEM 2.º. - Cuatro chicos de cuatro a ocho años.

Guardias, alguaciles, toreros, picadores, mozos de estoques, monos sabios, areneros, mulilleros, vecinos, espectadores, chicos, etc., etc. Coro general y de niños.

ACTO ÚNICO

El teatro representa una barbería en piso bajo muy modesta, en la calle de Toledo. Puerta de entrada al foro. Otra lateral segundo término izquierda que conduce al interior. Una tabla de mármol, que sirve de mesa tocador, corre a lo largo de la pared derecha desde el foro al proscenio. Tres espejos y tres sillones en sus sitios correspondientes para el servicio de barbería. Sobre la mesa tocador los utensilios propios del oficio. A la derecha, en la puerta del foro, una percha con toallas y paños. A la izquierda de la misma un tocador o lavabo con grifo y sobre aquél bacias, etc., etc. Encima un reloj parado. Al lado de la puerta segunda izquierda un armario bajo, de un solo cuerpo y dos hojas, que encierra paños limpios y otros útiles propios del establecimiento. Encima una cesta para la compra. Sigue a este armario, adosado a la pared izquierda, una larga banqueta de guitapercha o paño. Sobre ésta, otra percha para los sombreros de los parroquianos. En el centro un velador con recado de escribir muy modesto y varios números de «El Enano», «El Toreo» «La Lidia» «El Heraldo». Un cepillo. Delante del velador un brasero en su caja y a la lumbre una cafetera con agua caliente para afeitar. En las paredes láminas de «La Lidia». Carteles de toros, banderillas, alguna moña, etc., y detalles que indiquen la estupenda afición de Santos al toreo. Lámpara de petróleo colgada en el centro y quinqués de pared entre los espejos. Retratos de toreros célebres. Sillas de Vitoria.

Santos escribiendo en el velador. Pepe sentado en el brazo del tercer sillón, leyendo un periódico. Pilar sentada en una silla baja al lado del extremo de la banqueta, donde está sentado el Manquito dándole lección de guitarra. Pausa larga. Pilar toca y Manquito lleva el compás

MANQ.—Ahora la prima... ¡la prima!

PIL.—¿Así?

MANQ.—Eso es. ¡Mucho!... ¡Olé!...

PIL.—¡Qué difícil es esto!

MANQ.—Ese deito gordo.... ese deito...

PIL.—Pero maestro, si no puedo.

MANQ.—¿Cómo que no? Si toca usted ya más que Paco er de Lusena.

PIL.—No sea usted exagerado.

MANQ.—Oiga usté, señó Santos. Quiero que ascuchusté tocá er zapateao a su niña.

SAN.—Vamos a ver. (Dejando de escribir.)

PIL.—Pero, padre, si me salen muy mal.

SAN.—Anda, mujer, que ya hace mucho tiempo que no te oigo.

MANQ.—Po ya usté verá qué dirsípula he sacao. Y las va a cantá tamié. Va usté a ver grasia fina.

PIL.—Sí, miá que gracia yo...

SAN.—Pues me alegro mucho. Esos adornos son muy convenientes para ser dizna esposa del marido que va a tener.

MANQ.—¡Hola! ¿Conque al fin?...

SAN.—Sí, señor; el año que viene tomará Perico la alternativa y quitará los moños a tóos esos... desgraciaos que se le están poniendo por delante... y con la satisfacción que yo tengo con impresarios, ganaderos, el Guerra, el Reverte y un porción de pronombres de la torería, el chico hará carrera, y esta tonta tendrá un marido como para sí misma quisieran muchas títulos, u séase alistócratas.

PIL.—Pero, padre... si Perico no sirve para torero.

SAN.—¿Qué dices, niña?

PIL.—Lo que digo. Perico era un buen oficial de papelista, y desde que dejó el oficio por meterle usted en la afisión al toreo, ni tiene hora segura ni pucheros a la lumbre.

SAN.—¡Pero, niña!...

PIL.—¡Y na más! Mire usted, maestro. Perico era un muchacho honrao; mantenía a su madre viuda ganaba de tres a cuatro pesetas todos los días, nunca jugaba ni bebía, ni tenía amigos, ni más cariño que su madre y yo; su maestro le quería más que a sus hijos, en fin, era un hombre. Pero mi padre le entonteció con eso del toreo; el muchacho dejó el oficio, se echó a torear por los pueblos, y de todas las corridas sale desnudo, y cuando no está en el hosoital anda por la calle cojeando; y tan y mientras en su casa no hay unas malas sopas, y su madre llora y yo sufro y rabio... y por fin, que esto no tiene más remedio que o morirnos todos o que se acabe el mundo.

MANQ.—¡Olé, olé y olé y vivan los corazones de azúcar cande!

SAN.—¡Pero niña! ¿Pero qué estás hablando? ¿Pero qué entiendes tú de las cosas del mundo? ¿Pero qué sabes tú de la práctica de la vida ni del destino de las criaturas ni de... mira, mira, mira... cántame esas coplitas y no te metas en poblemas que no están al alcance de tu inteligencia. Conque venga de ahí.

PIL.—Bueno, padre, no se ponga usted así. Ni tengo ganas de cantar, ni sé; pero allá va, salga lo que salga.

MANQ.—¡Eso es! ¡Viva la autoridá paterna y vivan las caritas humildes y la voluntá de las niñas bonitas!

MÚSICA

PIL. ¡Ay, ay, ay, ay, ay, ay!
que le leie leando.
¡Ay, ay, ay, ay, ay, ay!
que me voy mareando.
Gitanito, gitanito,
no vayas a torear
porque a mí me dan fatigas
y ganitas de llorar.
No te fíes nunca
de bichos con cuernos
que aunque paezcan mansos
son muy traicioneros.
Yo solo al pensarlo
ya siento temblores
y ya ni me fío
de los caracoles,
que aunque sus pitones
no sirven pa na
alguno quisiera
tal vez cornear.

MANQ. ¡Qué gracia que tiene!
¡ay, qué resalá!

PIL. Caracolitos, que vente conmigo
caracolitos, que yo soy mejor
¡ay, gitanico! que un toro del du-
[que
y yo doy más juego sin exposi-
[ción;

¡ay, caracolitos! soy más voluntaria
¡ay, caracolitos! sin mala intención;
me cuadro en la suerte
con mucha nobleza
y mansa me entrego
a mi matador.
¡Ay! Vente conmigo al baile
y no vayas a la plaza
que aquí te daré mis brazos
y allí el toro una cornada;
la cara deja del bicho
y ven cerca de mi cara
y da un pase de ida y vuelta
por la calle de la Pasa.

MANQ. Me sacan de quicio
su gracia y su aquél,
sin darme yo cuenta
me bailan los pies.

PIL. Muleteando me estás hace días
muleteando con arte y primor
y al darme un pase te alcanzo
[una tarde
y con mis ojos te mato de amor.
¡Viva quien tiene alegría
y sabe querer
y quien olvida los toros
por una mujer!
¡Ay, que prontito, cariño,
seré tu gachí
y en los bailes, cafés y teatros
la envidia seremos de todo Ma-
[drí!
¡Arsa, mi niño,
que toma, que dale,
que está de alegría
moviendo los pies!
¡Vivan los hombres,
que vaya, que venga,
que tienen salero
y saben querer.

MANQ. ¡Que viva tu pare,
tu mare, tu abuela,
tu tatarabuela! ¡olé!

Los DOS ¡Ay, olé!

HABLADO

SANQ.—¡Bien, Pilar, bien! Eres una artista.

MAN.—¿No se lo desía yo a usté?

SAN.—Y eso que el maestro es manco.

MANQ.—Cabales; que si no me faltara er deo lindise de la mano erecha, ya la hubiea yo enseñao la mar de falsetas con abalorios. Pero, ¡qué le vamos a hasé! De chequetillo se me esgrasió ese deo; pero así y tóo, el Manquito es hoy un güen tocaor de tablao, sin que esto sea presumir. Más mérito, ¿no es verdad?

SAN.—Pues ya lo creo.

MANQ.—¡Ea, güeno! Pues hasta el lunes. (Toma su sombrero de la percha de la derecha.)

PIL.—¡Vaya usté con Dios, maestro!

SAN.—¡Adiós, señor Tomás! Que no falte usté mañana a la corrída.

MANQ.—Primero faltará el sol.

SAN.—Pásese usté por aquí, y nos iremos juntos.

MANQ.—Y a vé si pa el lunes me puede usted dar aunque no sea más que un mes de los cuatro que usted me debe de las lersiones.

PIL.—(¡Dios mío, ¡qué vergüenza!)

MANQ.—Y usted dispense, señor Santos; pero semos en casa seis bocas, y los tiempos están muy malos.

SAN.—Sí, hombre, sí; yo haré lo posible.

MANQ.—Ya usté vé. El cante está en decadencia. La afisión por los suelos, las lersiones son muy escasas; así es que toa la familia estamos a dieta y vestíos de verano, y me he tenio que mudar a un piso quinto, tan arto, tan arto, que otavía no he podio ver un gorrión por la pechuga. ¡Ea, con Dios! (Vase por el foro.)

SAN.—¡Abur!

Santos, Pilar, Pepe. Luego Micaela y Pedrín

PIL.—Mire usted, padre; lo que debe usted hacer es despedir al maestro.

SAN.—¿Por qué?

PIL.—Porque no quiero más música.

SAN.—¿Y a qué viene eso ahora?

PIL.—¿Pero usted cree que estamos para solfas cuando no hay en casa un real? ¿Cuando está usted debiendo a todo el mundo? ¿Y cuando estamos en las últimas?

SAN.—Mira, niña, vete a fregar los platos y déjame en paz.

PIL.—¿Los platos?... ¿Qué platos he de fregar, si hoy no nos hemos desayunado todavía?

SAN.—¡Pero, chica!...

PIL.—Pues si es la verdad.

SAN.—Bueno, no te apures; ya arreglaremos eso. Tu madre ha salido por dinero y no debe tardar. (Se oye llorar a Pedrín descompasadamente. Entra con él Micaela, que lo trae arrastrando del brazo. Pedrín trae puesta una montera de papel y una capa de percalina azul con esclavina encarnada.)

PIL.—Ahí viene con el niño.

MIC.—¡Anda, anda, sinvergüenza! ¡Aquí está tu padre, que te compondrá!

PED.—¡Ay, ay, ay! (Llorando.)

SAN.—¿Qué es eso?

MIC.—¿Qué? Que el muy granuja, en lugar de ir a la escuela se me escapado a jugar al toro con los chicos a Puerta Cerrada.

PED.—¡Ay, ay, ay!

SAN.—Pues, mira: ya sabes tú que no me paece mal esa afición. Si al muchacho le tira el arte, ¿por qué le vas a torcer su idea?

MIC.—¡Jesús, qué hombre! Pero, ¿a tí te parece esto decente? ¿No ves cómo trae el pantalón que ayer mismo se lo compuse?

PED.—Es que me ha cogido el toro por detrás.

SAN.—¡Ay, qué salero! Por ahí no tienen cornás más que los toreros que juyen. Haber salido por pies.

PED.—¡Si era Quico, el de la tahona, que es más grande que yo!

SAN.—Pues con los toros grandes se ganan las palmas y el nombre.

PED.—Ya le di yo un recorte, que se dió de narices contra un carro que había en la esquina de la Cava Baja.

SAN.—¡Olé los hombres! ¡Vengan esos cinco!

MIC.—Pero, Santos. ¿Qué dices?

SAN.—Fomento el arte, mujer.

MIC.—¡Tú estás chiflao, por fuerza! ¿Y la boina, maldito?

PED.—Me la ha escondío un chico.

MIC.—¿Y los libros?

PED.—Están en la frutería.

MIC.—¡Uy! ¡Cómo trae la camisa, limpia de hoy! ¡Vamos, entre todos me vais a quitar la vida! ¡Maldita sea la hora en que!...

SAN.—¡Eh! ¡Micaela! ¡Que vas a decir un disparate! Sosiégate, y dime si te ha dado dinero la Ugenia.

MIC.—(Echando un duro sobre el velador.) Toma; me ha dado un duro y dice que no me da más. Que con este ya van ocho.

SAN.—Ya verás tú como todo se arregla.

MIC.—Sí, como Dios no lo remedie, de ésta vamos todos al Hospicio.

SAN.—¡Ave María!

MIC.—Pero, ¿no tenías tú ayer diez y siete pesetas en el cajón?

SAN.—Sí, pero...

MIC.—¿Pero qué? ¿Qué has hecho de ellas?

SAN.—Pues verás... yo...

PIL.—Se las ha dado a Perico para que alquile el vestido que va a sacar mañana en la corrida.

MIC.—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué condenación de hombre! Pero, ¿tú te has vuelto loco? ¿A dónde vas a parar con esa manía, Santos.

SAN.—¿A dónde? Ten calma y escúchame.

MIC.—¡Dios me perdone! Ya escucho.

SAN.—Tú conoces bien mi natural. Tú conoces bien mis teorías sobre pundonor y demás: tú conoces bien mis principios...

MIC.—No; hace ya tiempo que no conozco ni tus principios ni tus postres; tus patatas y gracias.

SAN.—Vaya; si lo vamos a echar a chirigota, avisa.

MIC.—Sigue.

SAN.—El hacer hoy los sacrificios que hago por Perico, no creas tú que es otra cosa sino cuestión de pespicacia y de vista. Perico, que hoy es ya una esperanza del toreo, será mañana maestro en el arte, y ganará los miles a espuertas, y será solicitao y querido en todas partes y llevará consigo la bendición de Dios, que caerá sobre su mujer, nuestra hija, aquí presente, y sobre toda esta familia, que por su honradez y demás, está llamada a gozar de toda clase de prosperidades.

MIC.—¡Amén! Pues debajo de todos esos desatinos pones de que a mí no me da la gana de que eso suceda. Que tu hija no se casará con Perico y sí con el señor Joaquín, que la quiere y es honrado, y tiene su tienda de ultramarinos en la Colegiata y una fortuna de siete u ocho mil duros. Y, por último, que desde mañana me pongo yo los calzones y os meto en cintura a tí, a ella y a todo el que me lleve la contraria. ¡Ea!

SAN.—¡Pues señor, bueno! Pues no lo tomas tu con calor ni ná, que digamos.

MIC.—Porque ya estoy harta. Y me voy, porque esto va a acabar muy mal. (A Santos.) Tú, a afeitar a... a afeitarte tu, porque aquí no viene nadie. Tu, a lavar y a mudar a tu hermano. Y yo a la compra, ¡que Dios sabe si será la última! (Poniéndose el mantón nerviosamente y cogiendo una cesta que habrá sobre el armario.) y que os lleve a todos el demonio... y que... ¡abúr!... porque si no me marcho, voy a reventar como un triquitraque. (Vase por el foro.)

Dichos menos Micaela

SAN.—¡Shssss... pum!... ¿A dónde irá a soltar la caña ese cohete? No; y como buena, es buena; ya lo creo; no tiene más sinó que... ya se ve, la pobre... ¡Canario! Y a todo esto no me acordaba del suelto para el *Heraldo*. Y son las doce y media.

PIL.—¿Qué suelto?

SAN.—Espera: Pepe, ponte el sombrero y llegate a Barrionuevo, a la imprenta del *Heraldo*. Preguntas (Pepe toma su capa y su sombrero de la percha de la izquierda.) por el señor de Barquero, el que hace las reseñas taurinas, y le dices que de parte del maestro Santos, ahí va el suelto de que le hablé ayer. Mira. (Leyendo.) «En la corrida de novillos que se lidiará mañana domingo, alternará, por primera vez en nuestro circo, el notable diestro madrileño Pedro Cueto (a) *El Nene*, del que tenemos las mejores noticias por nuestros corresponsales de Algete, Tetuán, Torrejón y otras. Damos la enhorabuena a la empresa y al público en general, por la aparición de tan brillante esperanza en el debilitado arte de «Costillares.» ¿Eh? ¿Qué te parece?

PIL.—Que mañana me quedo sin novio.

SAN.—¡Calla, inocente, calla! ¡Que no sabes tu la fortuna que te espera:

PIL.—(Con gran suspiro.) ¡Ay, Dios mío!

SAN.—Toma, Pepe. Y si no está ese señor, que se lo pongan en su mesa.

PEPE.—Está bien. (Vase por el foro.)

Santos, Pilar y el Monaguillo

SAN.—Y tu, vé a lavar al niño, que si no tu madre nos va a armar el gran tiberio cuando vuelva. (Pilar entra al niño por la izquierda.)

MON—Señor Santos.

SAN.—¿Qué pasa?

MON—Que se llegue usted a casa del capellán pa afeitarlo; que tiene una boda a la una.

SAN.—¿De cuál de los dos?

MON—De *Frascuelo*.

SAN.—¡Ah! ¡Bueno!

MON—Adiós.

SAN.—¡Mira qué condenaos de chicos; le llaman así porque se parece al señor Salvador. (Cogiendo los avíos necesarios.) Ten cuidado de la casa. Y si viene Perico que me aguarde. (Toma su sombrero de la percha izquierda.)

PIL.—Bueno padre. No tarde usted, que estoy sola.

SAN.—Ahora vuelvo. (Vase por el foro.)

PIL.—¡Válgame Dios y qué desgraciada soy! ¡Si yo pudiera convencer a ese muchacho! Pero quiá, si mi padre le tiene sorbido el seso. Dándole achares con el señor Joaquín, quizá se viniera a buenas. ¡Pero si yo no sé hacer eso! ¡Si yo le quiero a él solo!... ¡Ay, Virgen de la Paloma! ¡Si me lo vuelves papelista te ofrezco para cuando nos casemos, un torero de cera de tamano natural! (Vase segunda izquierda.)

Perico, el Churro, el Golondro y Chavito. Salen por el fondo el Nene y el Golondro, con capas. Chavito y Churro sin ellas. Vestidos de corto, humildes, pero no rotos ni sucios. Churro lleva gorra. Chavito boina. Todos llevan la coleta recogida. Entran y se sientan en derredor del brasero, y se van levantando cada uno a su frase, cuando Perico dice: «Yo me abro de capa, etc.»

MÚSICA

PER. ¡Valiente tarde!
GOL. Está que pela.
CHU. ¡Me he quedao tieso!
CHAV. Pa mí, que nieva.
PER. Venga un cigarro.
CHU. Lo debo, chico.
PER. Golondro.
GOL. Paso.
PER. Chavito.
CHAV. Piso.
PER. ¡Ay, qué cuadrilla de más salero
ni tié tabaco, ni tié dinero!
CHU. Está lo mismo que el matador,
que ni los cuartos tié de un reló.
PER. En estas manos
tengo un tesoro;
un cambio mío
vale un millón.
GOL. ¡Valiente cambio!
PER. Lo dicho, dicho.
CHAV. Adiós, tú, Lonja del Almidón.
PER. Yo me abro de capa
delante del bicho,
y con dos verónicas
lo dejo aturdío;
luego una naverra
y otra de farol,
y salgo de la suerte
más limpio que el sol.
GOL. Yo entro por derecho
gritando: ¡Jun, toro!
y humillar le hago
y morder el polvo.
CHU. Yo pa dar el quiebro
no tengo rival.
CHAV. Yo sobaquilleo
de un modo especial.
TODOS Pues mi fama de torero
asenté como el primero
en Chinchón,
Navalcarnero,
Hortaleza
y Fuencarral.
Dominamos la escuela rondeña,
la llamá sevillana también,
y además el toreo de brazos.
CHAV. Y además el toreo de pies.
TODOS Toreamos Saltillos, Veraguas,
Miuras, Laftites, Muruves y tó,
aunque tenga más años que un toro
y el cólera morbo en cada pitón.
Somos los toreros del porvenir,
y los que hasta ahora tuvieron cartel
por debajo de nosotros los hemos de ver,
porque unos maletas todos ellos son
y ninguno vale lo que valgo yo.
Para alegría los toros;
para toreros, España,
y para barbianas, toas las españolas
cuando van de fiesta con mantilla blanca,
Para los bichos, el trapo;
para las hembras constancia
y para estos cuatro mozos de chipén
todos los aplausos y todo el parné,
Cuando hacemos el paseo
avanzando así,
lo que dicen de nosotros
es lo que hay que oir;
porque son nuestras hechuras
de lo más barbián:
mire usté, mire usté
qué facha tan salá.
¡Ay olé! ¡ay olé!
quien se fije lo verá.
No se vió en la plaza
tipo más flamenco,
esto es dar el golpe,

esto es ser torero.

PER. Que ni Costillares.
GOL. Que ni el Chiclanero.
CHU. Que ni Pepehillo.
CHAV. Que ni el Regatero.
PER. Que ni Cayetano.
GOL. Que ni el Espartero.
CHU. Que ni Mazzantini.
CHAV. Que ni el Algabeño,
PER. Que ni Cara-ancha.
GOL. Que ni el Torerito.
CHU. Que ni Villaverde.
CHAV. Ni Lagartijillo.
PER. Ni Gonzalo Mora.
GOL. Tato y el Villita.
CHU. Faico y el Minuto.
CHAV. Lavi y el Padilla.

PER. Y GOL.

Bebe y Bocanegra.
ni el Salamanquino.

CHU. Y CHAV.

Fuentes y el Chicorro,
Bomba y Bonarillo.

PER. Y GOL.

Cúchares, Pepete.
Litri y el Gavira.

CHU. Y CHAV.

Ni Manuel Domínguez,
Curro y Lagartija.
TODOS. Ni Francisco Montes,
ni Pedro Romero,
ni Manuel Carmona,
Gallo y Juan León,
ni el mismo Reverte,
ni el mismo Guerrita,
ni el gran Lagartijo,
ni el gran Salvador,
torearon lo que yo.
¡Vaya por usté,
y el de más allá,
que esto es en Madrí
la verdá!

—

Ahora sabemos que en Francia
hay afición al toreo
y que tienen plazas para dar co-
[rridas
Cauterets y Nimes, Lourdes y
[Burdeos
Hay ya toreros franceses
con casaquín y chapeo
y como en España se quieran co-
[lar,
¡cuántos naranjazos se van a lle-
[var!
El piquero allí se llama
don musiú Piqué;
el que pone banderillas
don Banderillé;
el que mata, cuando puede,
don Maté toró.
y al guasón que hay de frac
para abrir la puerta a los burós,
se le llama en francés Buñoleró.
Es una vergüenza
que esto toleremos
y a parar el golpe
los llamados semos.
PER. Que ni Costillares,
etc., etc.

HABLADO

GOL.—Pues señor, bueno. Está concurrida la casa ésta. Y en mitá de la calle e Toledo.

CHAV.—¡Miá que si uno quisiera afeitarse ahora!...

NENE.—¿Y qué te ibas a afeitar tú? (Sentándose.)

CHAV.—Es un digamos.

CHU.—Y eso que hoy es sábado.

GOL.—Día de barbas.

CHAV.—Pa mí que aquí siempre es lunes.

CHU.—La barbería de José María, poco jabón y mucha bacía.

NENE.—¿Sabéis lo que os digo?

CHAV.—¿Qué?

NENE.—Que no me gustan las chirigotas tocante a mi padrino.

CHU.—Si este Chavito es muy chirigotero.

CHAV.—Pues miá... que el Churro...

GOL.—Pero hombre, ¿no ves?

NENE.—¡Que se ha concluído, ea! (Se levanta.) Y que desde hoy vais a respetar que yo diga como matador vuestro que soy. Y que se ha acabao el tutearme. qué el que no lo quiera así ha dejao de pertenecer desde hoy a mi cuadrilla. (Pausa. Se sienta.)

CHU.—Pues ahora si que nos ha achicao este.

Chav.—Eso es cuartearnos las facultades. (Se sienta en la silla baja donde estuvo Pilar, y toma la guitarra, con la que se entretiene sin tocar ni distraer la escena.)

Gol.—Y tiene razón. ¿No semos nosotros los llamaos a dinificar el arte del toreo, tan atropellao hoy por cuatro o seis *Tabardillos* sin miaja de decoro personal? Pues prencipiemos por colocarnos nuestras propias personas en el terredo que a cá una le pertenece, y vamos a la regeneración del arte con toos sus prencipios antiguos y toas sus ventajas modernas.

Nene.—¡Ole! Eso que ha dicho éste.

Chav.—Pues chico; yo que tú, en lugar de picador de toros me hacía diputado provincial o ispetor de la higiene. ¡Gacholí, cómo hablas!...

Chu.—¿Pero no ves que ha sido cajista? (Se sienta al velador y toma un periódico.)

Nene.—Bueno, ahora vamos al asunto. El señor Santos no está, y yo no sé qué hacer. El vestido no lo alquilan menos de veinticinco pesetas. El no me ha podido reunir más que diez y siete, y yo vengo a devolverle su dinero, que buena falta le hace en su casa, y a decirle que sacaré el viejo.

Chu.—Pero si te lo dejó... si se lo dejó a usted aquel toro en Arganda el día de la Virgen hechos unos zorros.

Nene.—Ya me lo cosió mi madre.

Gol.—Y además, la taleguilla le está muy corta.

Chu.—Como que ha crecido mucho en dos años.

Chav.—Bueno, pero como ha sido papelista, le puede echar un zócalo.

Gol.—¿Por qué no has escogido aquel rosa y plata que sacaron el primero?

Nene.—Miá éste; ¿pero aquello era plata ni rosa? ¡Vamos, hombre, ni pa las [illegible]gas del Medrano!

Gol.—Tié razón. Mañana tié que salir al ruedo con mucha decencia.

Nene.—Bueno; la cuestión del vestido ya sé yo que quedará bien. Pero... ¿y la [illegible]ón de aquí? (Señalando al corazón.)

Nene.—(Después de una ligera pausa.) Pues bien. Como siempre. Ya sabes tú que yo me meto en el terreno como el primero y que en eso no me dejan atrás los más guapos. Ahora, que las condiciones de los toros varían, que las facultades de uno no están siempre completas, y por eso algunas veces los bichos llegan y se toma un palo o una corná. Ya se vé; torea uno muy de tarde en tarde, y la falta de ejercicio debilita mucho.

Chav.—Y el abuso de las legumbres.

Nene.—¡Chavito, que te la vas a ganar! ¡Que estamos hablando formal!

Gol.—Pues yo te digo... y dispensa, es que si mañana no quedas bien por unas o por otras, más vales que te vuelvas al oficio y te dejes de toros.

Nene.—¿Y eso a qué viene ahora?

Gol.—Ya te he dicho que dispenses, pero yo tengo esperencia y te he oservao en dos años que toreamos juntos, y me parece a mí que voluntá te sobra pero... vamos... que... yo no sé lo que és, pero te falta algo.

Nene.—¿Qué me falta? ¡Maldita sea!... (Se levanta.) ¿Qué me falta? ¡Golondró! ¡Eso no se le dice a un hombre cara a cara! ¿No me has dicho tú mismo mil veces ¡olé! cuando he abierto el capote? ¿En quites no te saco los toros por las afueras? ¿Con los palos no sé cambiarme, cuartear en mi terreno, sesgar y tóos los recursos? ¿Con la muleta en la mano no doy a cada toro lo que es suyo, y sé desplegarlos y sé recogerlos parando y con adorno? Y cuando llega la hora de echarse la escopeta a la cara, ¿no me ves siempre... o las más de las veces... que... bueno... ahí, ¿ves tú?... ahí quizás que tengas que criticarme algo; ya ves si soy franco; pero si estoy endebie alguna vez, ¿sabes tú lo que es? ¿Lo sabes tú? Pues te lo voy a decir para que sepas too lo que pasa en mi interior. Es que en ese momento me acuerdo de la pobre vieja que se ha quedao en mi casa, y el corazón se achica: las fuerzas flaquean, la cabeza se va y resulta que pincha uno donde Dios quiere y nunca quiere que sea en lo alto. Pero yo te juro que desde ahora pa adelante, al ponerme el vestío me he de arrancar toos esos pen-

samientos, y nó va a haber en la plaza hombre más sereno ni que pinche más alto, aunque le echen por la puerta del toril toros de cien arrobas o catedrales en vez de toros.

Gol.—Bueno, pues esto se ha acabao. Basta de consejos, y echa una copla, Chavito. (Al Chavito, que se ha puesto a tocar la guitarra.)

Chav.—Estoy ronco.

Chu.—Anda, hombre, que el señor Santos te lo agradecerá.

Chav.—¿Por qué?

Chu.—Porque le echarás los ratones de casa.

Chav.—¡Qué agúdo eres tú también!

Gol.—Aquí viene quien la echará mejor que este Roque.

Dichos y Pilar segunda izquierda.

Pil.—¿Qué hacéis aquí?

Nene.—Hemos venido a buscar a tu padre.

Pil.—No está.

Nene.—Pues volveremos.

Pil.—Estoy yo sola con el niño y quisiera, aprovechando la ocasión, hablar contigo de un asunto serio.

Nene.—Cuando quieras, Pilar.

Gol.—Si estorbamos...

Chav.—Pa mí que sí.

Nene.—Hombre, yo no digo...

Chu.—Pues yo digo que tienes razón. Conque si sus paece podemos ir a esperar a este al café de San Millán.

Gol.—Vamos allá. Hasta luego, Perico. ¡Adiós, Pilar!

Chu.—Quedarse con Dios.

Nene.—Hasta luego.

Chav.—¡Vaya una pareja! ¡Viva el rey del toreo... y la reina de España! (En medio de los dos.)

Pil.—Abur. (Vanse Churro y Golondro.)

Chav.—Espera. (Coge a Pilar por los brazos, la hace dar una vuelta en redondo y la trae frente a frente a Pedro.) ¡Ya la tiés cuadrá!... Corto... y derecho. (Vanse por el foro.)

Pilar y Perico.

Pil.—(Acompaña a los tres hasta la puerta, cierra, y después de mirar a Perico fijamente. Pausa.) ¡Perico!

Per.—¿Qué?

Pil.—¿Me quieres?

Per.—Miá esta. ¿Y era este el asunto serio?

Pil.—Contesta.

Per.—Más que a mis ojos.

Pil.—¿Y por mí serías tu capaz?..,

Per.—De todo, ya lo sabes.

Pil.—¿Y si yo te pidiera un sacrificio?

Per.—Me dejaba matar por tí.

Pil.—No pido tanto.

Per.—Habla; ¿qué quieres?

Pil.—Casi... casi... un imposible.

Per.—¿Un imposible? ¿Hay nada imposible pa mí cuando se trata de darte gusto?

Pil.—Puede.

Per.—¡Vamos, Pilar! ¡Tú no me conoces! ¡Tú no sabes todavía lo que te quiero! ¡Pídeme la luna... pídeme el trono de Pelsia, pídeme...

Pil.—Voy a pedir.

Per.—Venga.

Pil.—Vuélvete al oficio. Deja el toreo.

PER.—Mujer... (Estúdiese la entonación, el efecto y la expresión.) ¡No te has quedao corta!

PIL.—¡Contesta! (Pausa.)

PER. — Pilar: ¿tú crees que yo quiero ser algo en el mundo por mí? ¿Por vanidad? ¿Por orgullo? ¡Tontina mía: si tóo es por tu bien! Si yo tengo tu fortuna en mis manos con los toros! ¡Digo... eso dice tu padre!

PIL.—¡Perico, tú no me quieres!

PER.—¡Chiquilla!

PIL.—¡Perico... que tú no sirves para torero!

PER.—Mujer... deja que pruebe, y... veremos.

PIL.—¡Periquillo; si tú lo conoces lo mismo que yo! ¡Si lo estoy leyendo en tus ojos!

PER.—No me mires así, Pilar, porque pierdo los sentidos.

PIL.—Pues quiero mirarte... ¡Ea!

PER.—¿Y qué consigues con atontarme?

PIL.—¿Qué consigo? Que me digas esas cosas que tanto me gusta oír.

PER.—Pues no te las digo. ¡Rabia!

PIL.—Pues ties muy mala sangre.

PER.—Pues mejor.

MÚSICA

PIL. ¡Qué novio tengo
tan complaciente!

PER. Lo que deseas
no puede ser.

PIL. (Yo hago pucheros
si no consiente,
y de seguro
le hago ceder.)

PER. (¡Vaya una coba
que me está dando!)

PIL. Deja los toros,
que ello ha de ser.
Mira que causas
tu perdición.

PER. Tié que ser esa
mi profesión.

—

PIL. Por tí no soy dichosa,
na mas que por tí.

PER. No digas esas cosas,
no me hagas sufrir.

—

Desde aquella tarde
que en la Fuentecilla
tú sin más prosodias
me diste aquel sí,
ni un solo disgusto
te he proporcionao,
porque mi cariño
tan solo es pa tí.

—

PIL. (Llorando.)
No me sigas recordando
otros días más felices
pues no creo, aunque lo jures,
lo que dices.
¡Cómo cambian las personas!
quien lo dude lo verá
dando a un hombre su cariñ.
sin reflesionar.

—

PER. Por lo mucho que te quiero
me he metido yo a torero
pa juntarte mil millones,
mil millones para tí,
para tí na más, criatura,
pa que luzcas tu hermosura
en un coche de oro y raso
paseando por Madrí.

—

PIL. Pues ya ves tú;
pobre te quiero nada más,
que tu ambición
la desazón
tan solo a mí me da.
¡Ay, quién me dijera
a mí, que inocente
en la propia fuente
te dije que sí!
¡Ay, quién me dijera
que un día, por fin,
ser mal novillero
tú preferirías
a un corazoncito
que late por tí!

—

PER. No me digas esas cosas
eso ya es desagerar
pues conoces mi carázter
y me quiés acorralar.
(La puntilla me está dando
con su modo de mirar.)

PIL. ¡Deja ya la torería,
no me des la desazón,

que te quiero papelista
pero nunca matador!
PER. (Resistir es imposible,
¡qué muleta, santo Dios!)
Yo te quiero, y pues te quiero
te lo digo y se acabó.

—

PIL. ¡Ay, qué feliz,
si me haces caso, tú serás,
porque solo junto a mí
y en mi querer
la dicha encontrarás!
PER. (Ya no sé qué hacer,
ahora dudo yo,
si decir que sí,
o decir que no.)
PIL. (Creo que, por fin,
ya se convenció.
Ya tengo achicao
a este matador.)

—

PER. Yo loquito estoy por tí,
mi Pilar,
y me abrasa el corazón
tu mirar.

—

PIL. Junto a tí,
ser feliz
quiero yo,
y reir
y vivir
sin temor.
Y nuestra pobreza
juntos luciremos,
porque nos queremos
cada día más,
LOS DOS. Si es pecado amar así,
¡ay, ay!
yo me quiero condenar.

HABLADO

PER.—¿Ves tú? Ya me tienes entregao y manso como un cordero.
PIL.—¿De modo que de esta hecha te quitas de los toros?
PER.—Pilarcilla... eso...
PIL.—¡Mira que si no, no te quiero!
PER.—Yo estoy obligado a mirar por el arte.
PIL.—¡Qué arte, ni qué narices! ¿Sí o no?
PER.—¡Vaya un conflito!
PIL.—¡Mira, Perico,. que yo tengo quien me quiera más que tú!
PER.—¡Mentira!
PIL.—¡Mira, Pedro, que el señor Joaquin, que es rico, me aprecia, y que tú ya lo sabes!
PER.—Pero tú no te llevas del interés...
PIL.—¡Mira, Pedro, que en mi casa hay mucha miseria, y que yo la puedo espantar con una palabra!
PER.—Aprieta, mujer, aprieta; pero no ahogues. Yo lo pensaré... espérate al lunes; si quedo mal, te prometo...
PIL.—Ea, pues no. ¡Ahora o nunca!
PER.—Pero, ¿y tu padre?
PIL.—Mi padre es muy bueno y hará lo que yo quiera.
PER.—Pues no me resuelvo... Yo quiero probar... yo quiero...
PIL.—Tú quieres que yo te plante en la calle, y de esta hecha lo consigues.
PER.—Mujer, no te pongas así.
PIL.—O los toros o yo: hemos concluído.
PER.—¡Pilar!...
PIL.—Mi madre, calla.

Dichos; Micaela, Pedrín

PED.—¡Maldita sea! Que me hace usté daño.
MIC.—(Que trae otra vez arrastrando a Pedrín.) Más valiera que en vez de pasarte el tiempo en conversación con ese... maleta, cuidaras mejor de tu hermano.
PIL.—¡Madre!
PER.—Señá Micaela, me está usté faltando.
MIC.—Tú me estás sobrando hace un año; conque, a la calle, y no vuelvas a poner los pies en esta casa.
PER.—Es que yo...
MIC.—¡Ea, que agarro la escoba!
PIL.—Vete, Pedro.

PER.—Bueno; ahora me voy, pero luego...

MIC.—Luego, ¿qué? (Mirándole fijamente.)

PER.—(Esta mujer me inoticia.) (Aparte.)

MIC.—¿Qué?

PER.—Que yo hablaré con el señor Santos y veremos.

MIC.—Como vuelvas, te has caído. (Vase Perico por el foro.) Ea, vamos adentro (Al niño.) que te voy a atar a la pata de la cama. Y a ti (A Pilar.) no te digo nada. Como vuelva a ver en casa a ese pelambre, te faturo en pequeña pa que no llegues nunca. (Vase con Pedrín por la segunda izquierda.)

Pilar y luego Dimas

PIL.—Y tiene razón; sí señor, que tiene razón. Por este camino no vamos a ninguna parte. Y yo estoy tan repudría y tan soliviantá, que soy capaz de...

DIM.—(Algo ebrio, por el foro.) Buenas tardes.

PIL.—¿Quién?

DIM.—¡Yo!

PIL.—¿Y quién es usted?

DIM.—¿Que quién soy yo? ¡Ay, qué gracia! ¿Quién soy yo? Na. Pues hágase usted el cargo de que no soy nadie. La parte más minúscula y terogénea del juzgado de la Latina. El señor Dimas Rebollo, alguacil decano del Supra, o si se quiere el hermano mayor del cólera morbo antártico.

PIL.—Bueno; ¿qué es lo que usted quiere?

DIM.—Casi na. Entregar al señor Santos Varela, o a sus derecho-habientes o a sus colindantes o a sus percificantes, (Pronunciación borrosa.) etcetera u ecetera, que de ambas maneras se dice, esta papeletita, por la que le notificamos que el lunes, o séase pasado mañana, a las diez en punto, los señores del Juzgado a que tengo la (Idem.) tribulización de representar, llegamos, le embargamos y nos vamos... ¿Estamos?

PIL.—¡Dios mío! ¿Qué dice usted?

DIM.—Na más. No digo na más. Y con lo dicho basta, y no me mire usted con esa carita mística y trrrasparente, que aunque soy quien soy, también me traigo lo que me traigo y...

PIL.—Lo que se trae usted es una borrachera más que mayor.

DIM.—¡Pchs! ¡Oiga usted, joven! Esa declaración es apo... frica... apórfica... aplo... bueno; eso. Yo estoy funcionando, y como tal íntregro, improbro, o lo que sea. Aquí se embarga, porque se embarga.

PIL.—¡Pero, Dios mío! ¡Esto es ya lo último, esto es la ruína, la miseria!

DIM.—Eso suele resultar siempre. Nosotros lo comprendemos, lo lamentamos, porque la justicia es sensible... y, sin embargo, embarga.

PIL.—¡Ay, Virgen mía!

DIM.—Conque ahí queda eso, y consérvese usted tan requetebonita, que no faltará un torero que la consuele.

PIL.—¡Malditos sean todos!

DIM.—Pues entonces un ex ministro o un ex terero; por mix, équis. Expresiones, y hasta que venga a hacer esa diligencia. (Vase por el foro.)

Pilar. Luego don Joaquín

PIL.—Pues, señor, bien: ya escampa. La casa, sin parroquia, la cocina sin lumbre; mi madre, sin paciencia; mi padre, sin vergüenza, y yo, sin novio o poco menos. ¿Y esto se va a quedar así? Pues, no, señor; no, señor, y no, señor. ¿No está en mi mano el remedio? ¡Pues, ea! Ahora van a ver si yo tengo coraje y me traigo mis cositas. El señor Joaquín me quiere; no necesito más que abrir la boca y está todo arreglado. Pues, la abro; vaya si la abro... En cuanto le vea.

JOAQ.—Aquí estamos todos. (Por el foro.)

PIL.—(¡Dios mío, él!)

JOAQ.—¡Hola, Pilarcita! ¡Je, je!

PIL.—Buenas tardes, señor Joaquín.

JOAQ.—Miren qué ocasión para decirle a una ingrata cuatro verdades amarguillas, es verdaz, pero verdades.

PIL.—Vaya, siempre está usted de broma.

JOAQ.—¿Bromas? ¡Dios me libre! Serio y muy serio es el caso, y yo, que en amás arrugo el ceño por nada, cuando se trata de este asunto, me pongo grave omo un juez.

PIL.—Bueno, bueno. Pues vamos a ver, señor juez, ¿de qué se trata?

JOAQ.—Ya lo sabes, de lo de siempre.

PIL.—¿Y qué es lo de siempre?

JOAQ.—Bien lo sabes, pero te lo repetiré. Que te quiero de veras. Que daría por ser tu marido, mi casita del Vierzo, todo el género que tengo en casa. Que por tí haría yo, no locuras de chico, porque mi edaz no lo pide, pero sí sacrificios a capazos, con tal de tenerte satisfecha y feliz, a mas de entregarte un corazón, grande como un pilón de azucar y sano como un jamón de la sierra; y perdona la comparación. Pero esto no creas que te lo ibas a llevar de gratis, no, ¿qué te habías creído? Tu trabajillo te había de costar el conseguirlo. ¿Cuál? ¿Lo quieres tú saber, curiosona?... Pues el trabajo de quererme un poquito; no más que un poquito; que con mi cuido y mis arrullos, había de ser un mucho antes y con antes, o había yo de perder mi nombre, que es el del padre de la Santísima Virgen, que a tí te guarde y a mí me consuele.

PIL.—¡Amén! Muy bonita oración, señor Joaquín, para rezársela a quien valga más que yo.

JOAQ.—¿Ves? ¿Ves si erès ingratona? De todo te burlas y nunca me dices nada en sustancia.

PIL.—¿Y qué quiere usted que le diga?

JOAQ.—Pues sí u no, como Cristo nos enseña.

PIL.—Pero, hombre...

JOAQ.—Anda, mi niña, que me tienes en vilo hace muy bien de tiempo. (Pausa.)

PIL.—(¡Dios mío! ¡Si tuviera valor!)

JOAQ.—De hoy no pasa, Pil...

PIL.—(Se acababan las penas... Es decir... las mías, no.)

JOAQ.—¿Lo estás pensando?

PIL.—(¡Pero qué me importan las mías, si todo se remedia!)

JOAQ.—¡Ea, no me hagas sufrir más, tontilla!

PIL.—Señor Joaquín...

JOAQ.—¿Qué?

PIL.—Yo...

JOAQ.—Acaba, que me perezco de dudas.

PIL.—Voy a pensarlo.

JOAQ.—Pensar... pensar... ya lo pensaste de sobras. ¿Tú no sientes por mí algo?

PIL.—Yo sí... ciertamente...

Dichos y Perico por el foro. Al verlos juntos se para a escuchar sin que le vean.

JOAQ.—¿Tú me quieres?

PIL.—Sí... yo... sí...

PER.—(¿Qué dice?) (Entra en la puerta izquierda.)

JOAQ.—Pues luego entonces...

PIL.—Mire usted, señor Joaquín. Esta noche a las nueve, me pasaré por la tienda y le contestaré a usted.

JOAQ.—¿Cierto?

PIL.—Como la luz.

JOAQ.—Entonces me voy; venía a hablar con tu padre, pero ya no le digo nada. No faltes, corazón; no faltes y Dios te lo pagará. Me voy: adiós, adiós; y bendita sea esa boca que me ha de dar con un sí tanta felicidad. (Vase foro.)

PIL.—(Al ir a la puerta se encuentra con Perico, que sale de la segunda izquierda.) ¡Perico!

PER.—Sí; ya lo he oído todo.

PIL.—¿Todo? (Con mucha zozobra.)

PER.—¡Todo!

PIL.—Pues me alegro. (Transición y aparte.) (Ahora le venzo.)
PER.—¡Pilar!...
PIL.—No me has hecho caso...
PER.—¿De modo que le quieres?
PIL.—¡Le quiero!
PER.—¡Mentira!
PIL.—¡Verdad!
PER.—¡Verdad, ¿eh? verdad! Pues mañana me mata el primer toro de la corrida.
PIL.—¡Mataban! No te dará tan fuerte.
PER.—Como que le espero a la puerta del toril y me tiro a los cuernos.
PIL.—No, si en los cuernos te verás sin que te tires.
PER.—¡Por mi madre!
PIL.—¡Deja en paz a tu madre!
PER.—¿No me quieres?
PIL.—No. (Con esfuerzo, aparte.) ¡Qué duro está!
PER.—¿No?
PIL.—Si no te quitas del toreo, no.
PER.—Pues no me quito.
PIL.—Pues hemos concluído.
PER.—Pues lo dicho está dicho.

Dichos, señor Santos, Coro general de Vecinas y Vecinos, Niños, el Manquito; vienen a ver el vestido que el señor Santos trae liado en un pañuelo.

MÚSICA

CORO. ¿Qué quiere, señor Santos?
¿Por qué nos llama?
¿Por qué alborota el barrio?
¿Qué es lo que pasa?
SRAS. Será que le ha caído
la lotería.
NIÑOS O que tié parroquianos
la barbería.
CORO. Hable usté ya,
y sáquenos de dudas
por caridad.
SAN. Tengan calma, vecinos,
y estén atentos,
que les voy a dar cuenta
de un gran suceso.
Oíganme ya
que el caso tiene mucha
solenidá.

—

CORO. ¡Caramba, carambita!
¿Qué será?
SAN. Prendas escogías
traigo en este lío
que quizá tan buenas
muchos matadores
nunca habrán tenío;
son las que mañana
va a sacar mi ahijado
para torear
tres novillos toros,
uno de Veraguas,
dos del colmenar.
CORO. Bien está, bien está;
pero saque usté el vestío
para ver si es muy lucío,
que esperamos todos ya.
SAN. Son de casa del Mochales,
que es un buen alquilador
y que tiene trajes güenos
y de gusto y de valor;
este me ha gustado mucho
por su corte y su color,
y ahora mismo vais a verlo
y daréis vuestra opinión.
CORO. ¡Ay, qué bonito
debe de ser!
NIÑOS. Déjeme usted sitio.
Yo lo quiero ver.

—

SAN. Aquí está la casaquilla
con bordados de oro fino
de gran primor;
no está mas que un poco usada
pero no la ha traspasado
ningún pitón.
MANQ. Pues que sea enhorabuena,
que esta prenda es una prenda
[de valor
y esto es lo que a Perico
le hace falta, pero mucho, sí,
[señor.
SAN. ¡Vaya un capotillo;
algo viejo está,
pero desde lejos
no se notará!
CORO. Esa es la verdá.

MANQ. Eso, de seguro,
y por demás,
con el frío que hace
¿quién se va a fijar?
SAN. La montera, que está intazta,
me ha dicho Ramón?...
CORO. ¿Qué Ramón...
SAN. Que, según calcula él mismo,
fué del Salvador.
MANQ. Eso, amigo, me parece
desageración.
La montera en aquel tiempo
nadie la llevó.
SAN. Aquí está la taleguilla,
muy sencilla,
que no tiene un desgarrón.
aunque ahora le estoy viendo
un remiendo en la parte poste-
[rior.
MANQ. Pues si usté la ve mañana
notará cómo ha cambiado de co-
[lor.
SAN. Aquí están las zapatillas.
MANQ. De Bargosi, de seguro, son las
[dos.
SAN. Muletas y estoques no le falta-
[rán,
que mi amigo el Villa me las
[prestará.
MAN. La espá de Bernardo debe de sa-
[car.
SAN. ¿Qué Bernardo es ese?
MAN. Un municipal
SAN. Lo demás lo tiene todo
de su propiedad.
CORO Ya no hay mas que ver.
¡Vaya, amigo, unas cositas
que se trae usté!
MAN. Pues ahora no le falta
para ser un Cid,
nada más que la peluca
del señor don Luis.
CORO ¡Ay, que bien va a estar
con el traje que va a llevar!

SAN. Pero, chiquillo, ¿qué estás pen-
[sando?
Di si te gusta lo que te traigo.
PER. Mucho, padrino; todo está bien
y es de mi gusto si lo es de usté.
SAN. Veréis como mañana
le aplauden a rabiar.
y en triunfo de la plaza
le tienen que sacar.
CORO Tiene razón
no hay que dudar.
¡Olé, que viva la gracia
del nuevo matador!
Ya tiene el barrio un torero
pa darse más lustre que da el
[charol.
¡Viva Madrid, donde nacen
toreros de verdá,
que pa llevarse las palmas
no han tenido nunca igual!
Vaya una figura ¡bé!
Es una pintura ¡bé!
Esto es un torero por alante y
[por detrás
sin desagerar.
¡Olé sus hechuras, sí!
de lo más flamenco es,
como él no existen tres,
créame usté a mí.
¡Olé la chipén, olé la chipén.
que lo digo yo,
de la calle de Toledo
es la gloria este gachó!
NIÑOS No quiero ser barbero ni carpin-
[tero,
que quiero yo, que quiero yo ser
[torero,
poder llevar un traje como el de
[usté,
banderillear y muletear,
y llevarme los aplausos y ganar
[el parné.
Por más que aun nosotros somos
[chiquillos
jamás, jamás, faltamos a los no-
[villos.
Por eso allí mañana yo le he de
[ver
y a la conclusión yo su mano así
como amigo estrecharé.
CORO ¡Olé, que viva la gracia
del nuevo matador!
Ya tiene el barrio un torero
pa darse más lustre que da el
[charol.
¡Viva Madrid, donde nacen
toreros como él!
Al que sin dudar
to lo que hay que echar
echarán al redondel.
TODOS Mañana así,
en hombros le llevaremos:
en triunfo irá
en medio de una ovación.
¡Viva el matador
que a este barrio
tié que dar honor!

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Inmediaciones de la Plaza de Toros de Madrid. Un ventorrillo a la izquierda; la plaza al fondo, derecha. Día espléndido del mes de Enero; pero después de una gran nevada; frío. Sale Golondro a caballo, con vestido de torear. Lleva a ancas un mono sabio. Llegan al ventorrillo, se apea el mono, entra y saca una copa de aguardiente, que bebe el Golondro. Continúa la música, y van saliendo los personajes como indica la partitura.

MUSICA

(Empiezan a salir el picador y las demás figuras, según está indicado en la parte de apuntar.)

GOL.—Dí que la apunten.

MONO.—(Gritando hacia dentro y escuchando la contestación.) ¡Débe! (Pausa.) ¿Qué? Que con esta son cuarenta y tres, y que ¿qué va a ser esto?

GOL.—Sube. (El mono monta.) ¡Mira, Ratón, pa el domingo que viene pones un chuspesquis bien encendío a la puerta, y nos calentaremos el exterior sin hacer gasto. (Esto lo dice dirigiéndose hacia la puerta,) ¡Arre! (Vase por la derecha.)

ÁGUA. ¡Eh, los del agua!
Como el tiempo está frío,
la doy templada;
y además, alimenta.
¡Eh, los del agua!
Porque a causa e las lluvias
de esta semana,
ca vaso es un cocido.
¡Eh, los del agua!

NAR. ¡Eh, naranjas, quién las quiere,
por dos perras grandes tres!
Una a la barrera;
otra a la andanada;
otra al tabloncillo,
y esta al palco diez
pa el ojo derecho
de mi caserito,
que me ha desahució
tras de antes de ayer.

BOLL. ¡Bollos de harina, quién quiere
De salir acaban.
¡Bollos, que están como leche.
istirilizada!

—

CAP. La alegría de la plaza,
caballeros, llega ya.
Aquí está lo más flamante
de la buena sociedaz.

—

Tié la mar de gracia
ver ca novillá,
cómo nos colamos
sin pagar la entrá.
Da la mar de gusto
dejarse coger,
para ver desde lo alto
la Cibeles y el Neturno
y la estauta el Espartero
y el tranvía e Leganés

—

Sin presumir de guapo,
con los moruchos yo,
me traigo más toreo
que el que lo inventó.
No crea usté que es bulo,
y fíjese usté en mí,
a ver si aquí hay cositas
para el porvenir.

—

Los moruchos que echan en Madrí,
a cualquiera dan la desazón,
aunque no lo digo yo por mí,
que en jamás
me han dao un revolcón.
Cuando bravo el bicho
sale del chiquero,
quieren hacer sufertes
tós los novilleros;
y el que le hace un quiebro
con exposición,
lleva el gran achuchón.

Unos con jindama
saltan la barrera,
otros le dan palos
y otros le capean,
y si el bicho entonces
da un derrote o dos,
ruedan por el suelo
tos en pelotón.
¡Eh, eh, eh!
Unos le persiguen.
¡Eh, eh, eh!
Otros le colean.
¡Eh, eh, eh!
Y hay quien la chaqueta,
si no anda muy listo,
deja en un pitón.

Crece el entusiasmo;
crece la alegría;
todo es algazara;
todo es confusión;
vienen monos sabios;
vienen los del orden;
a uno lo conducen
a la prevención;
otro, roto un brazo,
va a la enfermería
y otro va a su casa
sin el pantalón.
VOZ (Dentro.) ¡Los toreros!...
CAP. ¡Los toreros! ¡Olé!
¡Vamos sin tardar
que se va empezar!

Santos y El Manquito

HABLADO

SAN.—Vamos, hombre, que ya han llegao las cuadrillas y tengo mucho que hablar con Perico.

MANQ.—¡Pero, criatura, déjeme usté ensendé este sigarro. (Saca fósforos y enciende,)

SAN.—Es que me temo que el muchacho está asustao y hace falta que yo le anime y aconseje.

MANQ.—Misté, señó Santos. Lo que es como el chiquillo no lo lleve consigo, manque gaste usté más saliva que carbón el tren, no va usté a jasé que toree mejó er chaval.

SAN.—¿Qué sabe usté de eso?

MANQ.—Que se quea usté fónico y salen los mansos.

SAN.—El presidente es amigo y tendrá consideración. Ya se lo han recomendao muchos y muy buenos personajes.

MANQ.—Pues no sabe ese presidente ande se mete. ¡Y poquitas ganas que le tenemos tó el público a los del Ayuntamiento!

SAN.—Bueno, pero este de hoy es muy simpático. Es de los que no han hecho nada. Es don Pepito.

MANQ.—Pó peor. Si no ha jecho ná, ¿pa qué sirve don Pepito?

SAN.—Pues pa presidir las corridas. ¿Le parece a usted poco? Además, que Perico no necesita de nadie. Perico vale, y yo lo digo, y basta. Perico sale hoy de la plaza en hombros.

MANQ.—De los camilleros.

SAN.—Y con una oreja.

MANQ.—Sí, porque la otra se la deja en un cuerno ensartá como un buñuelo.

SAN.—Y en fin, no me maree usté más y venga usté conmigo a ver lo que se lice un torero.

MANQ.—Ea, pó vamo pá ayá, y no se enrite usté.

SAN.—Esta tarde va usté a decir: ¡Olé!

MANQ.—Me da el corazón que voy a desí otra cosa.

SAN.—¿El qué?

MANQ.—¡Hule!

SAN.—¡Vamos, hombre... si no mirara!...

MANQ.—Andosté, que esto es una groma. (Vánse.)

Pilar, Micaela y el señor Joaquín

MIC.—Ha hecho usted mal, señor Joaquín, muy mal, empeñándose en que vengamos a la corrida.

JOAQ.—Señora, es gusto de ella y no he querido contrariarla.

MIC.—Si eso no es verdad; si a ella no le gustan los toros. Si no ha venido más que por ver a ese... endeble.

JOAQ.—Eso no lo creo; ella me ha dicho a mí anoche que le era indiferenta. ¿Verdad, Pilar?

PIL.—Y na más. Y usté lo va a ver, madre. ¡Si ya estoy desengañada! Pero como al señor Joaquín y a usted puede quedarles algún recelo, vengo a probarles la verdad. ¿Qué teme usté? ¿Que me desmaye cuando lo coja el toro? Porque eso es seguro. Pues ya verá usté si soy yo la última en llamarle cobarde y sin vergüenza, y... mil cosas más.

JOAQ.—No, no necesitas llamarle nada. Tú quietecita a mi lado y suceda lo que Dios quiera. Y, sobre todo, no pasará nada. Se acabará la función y nos volveremos a mi casa a cenar en familia... o casi, casi, ¿eh? Y luego hablaremos con el señor Santos sobre el asunto en cuestión. Conque vamos a ver esos torillos que me han dicho que son bravos y nos han de divertir.

MIC.—A mí... mucho. Y con pensar qué hará el condenado de Pedrín en casa de mi hermana... más. (Suena la banda en la plaza.)

JOAQ.—Ya toca la música.

PIL.—(Con ironía.) ¡Y que dan ganas de bailar!

JOAQ.—Ya bailaremos, Pilar, ya bailaremos. Ea, andando.

MIC.—Vamos a los toros.

PIL.—(¡Ay, no me creía yo tan valiente!) (Vanse por la derecha.)

CUADRO TERCERO

El patio de caballos de la plaza de toros de Madrid

Santos, Perico, Golondrino a caballo, Chavito, Churro, Monos, Municipales, etc.

INS.—¿Tenéis hechas las tandas?

GOL.—Sí, señor. A mí me toca y al Clavero.

SAN.—¡Que no quiero verte así! ¡Recontra! ¿Qué te pasa?

PER.—¡Ná!

CHAV.—¡Señor Santos, que son muy grandes.

CHU.—Sí, pero toos mogones y espitonaos.

SAN.—¿Y qué?

PER.—Ná. Yo no digo ná.

SAN.—¿Tienes miedo?

PER.—¿Miedo?

CHAV.—¿Nosotros miedo? Sí... digo... sí... digo... no.

SAN.—Caya, tú, gorrión. Tú sí que estás achicao.

CHAV.—¿Yo? Bueno. Voy a una cosa. Ahora vuelvo. (Vase corriendo por la izquierda.)

SAN.—A tí te pasa algo.

PER.—Le digo a usted que no. Es que el torear en Madrid pone respeto... y... en fin, que es cosa seria.

SAN.—Pues mira, hijo, que como quedes malamente hoy vas a pasar fatigas.

PER.—Ya las estoy pasando.

SAN.—¿Tú?

PER.—Y grandes.

CHAV.—(Saliendo.) Muy grandes, sí, señor, y con unos cuernos de a metro.

SAN.—¿Te quiés callar, latero? (Chavito habla con Manquito.) Explícame eso.

PER.—Después de la corrida; ahora esté usté descuidao, que no es por ná de los toros.

SAN.—¡Ah! Bueno. Creía... porque tú esta tarde... (Sigue hablando.)

MANQ.—Pues no se te orvíe. Me guardas una banderilla de esas que te vas a llevar pa tu casa.

CHAV.—Eso es una novela. ¿Usté se ha pensao que nosotros semos unos ignorantes?

CHU.—Nosotros hemos toreao toda clase de animales, y de tóos tamaños.

CHAV.—Lo que no hacen los de alternativa. Mire usted, una vez, en Colmenar... Espere usté un minuto; ahora vengo. (Vase izquierda.)

MANQ.—¿Ande va ese?

CHU.—A cosas del arte.

MANQ.—¡Ya! (Suenan los clarines para el despejo. Mucho movimiento. Las cuadrillas se forman para el paseo. Se abren las puertas que dan acceso a la plaza.)

SAN.—¡Perico! ¡Mucho corazón, hijo, mucha calma, y a por la gloria!

PER.—¡Adiós, padrino!

SAN.—¡Olé los toreros! ¡Vamos a ver eso. (Vuelve Chavito.)

MANQ.—¡Buena suerte!

PER.—¡Churro, Chavito, vamos!

CHAV.—Espera. (Dirigiendose a la izquierda.)

PER.—¿Dónde vas?

CHAV.—Voy a...

PER.—Quieto aquí.

CHAV.—¡Maldita sea! ¿Por qué los habrán echao tan grandes?

SAN.—Y nosotros vamos al burladero, que allí me tiene guardado un sitio don Eduardo, el impresario. (Salen las cuadrillas y se cierran las puertas.)

MANQ.—¡Vamos allá! (Se oye la banda. Se oye la animación de la plaza, y a poco el clarín para la salida del primer toro. En el instante en que se supone que éste sale a la plaza, suena un tremendo grito en el público, y a los pocos momentos entra por la puerta del toro Perico, en brazos de dos o tres monos sabios seguidos del Churro, un Alguacil, un Inspector, el Médico, dos Municipales, cuatro espectadores y luego Santos y el Manquito. Perico trae todo el vestido hecho jirones y la cara ensangrentada. No está herido, pero sí maltrecho por la paliza que le ha dado el toro.)

Los dichos anteriormente

MED.—¿A dónde van ustedes con ese hombre? ¡A la enfermería! ¡A la enfermería!

CHU.—¡Si no está herido, ¡Lo he visto yo! ¡No está herido!

SAN.—¡Re... Cristo! ¡Perico! ¿Qué es eso? ¿Dónde te ha dao?

MED.—(Reconociéndole ligeramente.) No; creo que no es nada. Una paliza. Pero hoy no puede seguir toreando.

MANQ.—No; ni mañana tampoco.

SAN.—¿Pero tú, qué has querido hacer? ¿Quebrarlo a puerta gayola? ¿Saltarlo de cabeza a rabo o qué? ¿Qué suerte es esa?

CHU.—¡La del suicidia!

PER.—¡Vaya un torito, padrino!

SAN.—Un jabonero algo cobardón; pero na más.

PER.—Y se llama Sastre.

SAN.—¿Sastre?

PER.—Y lo es... Mire usted.

SAN.—¿Pero cómo ha sido eso?

PER.—Si ni yo mismo sé lo que ha pasao.

Dichos, Pilar, Micaela y el señor Joaquín

PIL.—(Por la izquierda apresuradamente.) ¡Perico! ¡Perico de mi vida! (Abrazándose a él con ansia.)

PER.—¡Pilar! (Llorando cómicamente.)

PIL.—¿Te has tirado de veras?

PER.—No; me ha cogido por su gusto. (Los artistas encargados de estos dos personajes, deben cuidar mucho de que la frase sea siempre cómica y nunca dramática, aunque la situación es apuradilla. Sus penas y sus pasiones deben expresarse de modo que exciten la hilaridad del público sin chocarrería. Es difícil, pero no imposible.)

SAN.—¡Pero, maldito sea!... ¿Qué vértigo ha sido ese? ¿Dónde está ese arte de que presumías? ¿Dónde?...

MIC.—Mira, Santos, no te desesperes. Esto ha sido un desengaño y una lección que tienes bien merecida.

SAN.—¿Yo?

MIC.—Este no sirve más que pa pegar papel, ni tu más que pa rapar barbas. (Toque de banderillas.)

PER.—Pa mí que tié usté razón. (Llorando.)

JOAQ.—Y tanta como tiene. Y como lo que importa es remediarlo todo cuanto antes, yo lo voy a hacer, y es como sigue:

SAN.—¿Usted? (Golondro sale y se acerca a Pedro.)

JOAQ.—Perico se vuelve al oficio. A usted le evitaré yo el embargo y le pondré en condiciones de levantar su casa, si usted me promete trabajar y tener juicio. Pilar, que se sacrificaba por usted y nunca hubiera sido feliz conmigo, se casará con Perico y yo seré el padrino de su boda... Y a mí al postre me quedará una conciencia tranquila y el consuelo de haber hecho una buena obra. ¿Eh? ¿Estamos conformes?

MIC.—(Dándole un cachete.) ¡Dí que sí, tarugo!

SAN.—Si no vuelvo en sí de todo esto. Si estoy antónito.

MANQ.—¡Choque usted! ¡Vivan los hombres nobles y los fideos finos!

PIL. Y PER.—¡Gracias, señor Joaquín!

Dichos y Chavito con un par de banderillas. Viene espantado y como loco, sin saber dónde va. Lleva suelta la faja, los cordones de la taleguilla sueltos, una sola zapatilla, los pelos de punta, etc.

CHAV.—¡Que viene! ¡Que viene el jabonero! ¡Que me coge! (Momentos de confusión.)

CHU.—Pero chico, ¿ande vas?

CHAV.—Que me ha cortao el terreno.

MANQ.—Asosiégate, hombre, que no viene naide

CHAV.—¡El jabonero!

MANQ.—Si ya estamos tóos lavaos.

SAN.—Suelta esas banderillas, cobarde; no servís pa ná. Pues si soy yo capaz...

CHAV.—¡Que son de fuego! (Tirándolas.)

SAN.—¡Cuerno! (Las mujeres gritan y todos se apartan.)

JOAQ.—(Levantando las banderillas del suelo y dirigiéndose al público.)

Calma, que están apagadas;
y aquí no habrá ya otro ruido
que el que ese juez tan temido
produzca con sus palmadas

LA TIZONA

DRAMA ROMÁNTICO EN CUARRO JORNADAS, ESCRITO EN VERSO POR

Ramón de Godoy y Enrique López Alarcón

PERSONAJES

OÑA SOL DE CASTILLA	DON GONZALO DE SILVA	AGUADILLO (Ventero.)
OÑA JUANA (Dueña.)	(Alférez del Virrey.)	TAJUÑA (Arriero 1.º)
ON LO E DE QUIROS	OTRO ALFÉREZ DE LA	ARRIERO 2.º
AYA (India.)	TROPA DEL VIRREY.	UN PAJE DE DOÑA SOL
ERNAL DIAZ (Capitán.)	OFICIALES 1.º, 2.º, 3.º y 4.º	UN MOZO DE LA VENTA
EDRO SECO (Capitán.)	DON LEANDRO DE BELBÍS	SOLDADOS DE DON LOPE

Arrieros, pajes, mozos, soldados del virrey, centinelas, indios, guerreros, abanderados, banda de atambores y trompetas, marineros, remeros y demás tripulantes y dotación de la galera.
a acción comienza al dia siguiente del asesinato de Escobedo en Madrid, reinando D. Felipe II

PRIMERA JORNADA

a escena en una venta en el camino de Madrid a Andalucía. — Al fondo, gran puerta de dos hojas, que da al exterior, y que estará cerrada al levantarse el telón. Por ella se verá, cuando se abra, el campo de Castilla. A un lado y otro de la puerta, y a todo lo largo del muro ancho poyo de piedra cubierto con poyales de paño listado. Colgados de la pared, albardas y aparejos de las caballerías. A la derecha y formando rinconada con la pared del fondo, hogar bajo de ancha campana. Colgando del centro de la campana, un candil de garabato y sobre ella, platos, jarros y tazas de loza. A un lado y otro espeteras con asadores y marmitas. En el centro de la chimenea una gran caldera pendiente de larga cadena. También a la derecha y en primer término, una mesa de roble con dos escabeles. Delante de ella un banco largo. A la izquierda, en segundo término, una escalera practicable, con barandal de madera, que comunica con el piso superior. En primer término, una puerta que comunica con el interior. Algunas mesas y escabeles de roble, convenientemente distribuidos. — Al levantarse el telón la escena estará sola y sonarán dos golpes dados a la puerta. — Alborea.

ESCENA PRIMERA

El Mozo de la Venta y arrieros 1.º y 2.º
poco de oirse los golpes aparece el Mozo de la Venta, que desciende por la escalera, restregándose los ojos, como adormilado.)

EL MOZO

luy de mañana escomienza
trajín... ¡Válame Judas!
i es ya el amo, lo que es hoy
uelve más presto que nunca...
ues, apenas cerré un ojo
es que se fué...
uenan otros golpes a la puerta.)
¡Con la nuca,
negao!...
légase a la puerta y la abre, después de descorrer barras y cerrojos y dar vuelta a la llave.)
¡Entre la gracia
Dios!...
iendo a los dos arrieros que entran.)
¡Hola!... ¡Bien madrugan los que tienen que guardar!
(Entran los dos Arrieros, que hablan mientras se van desembarazando de las alforjas y paquetes que traen.)

ARRIERO 1.º

¡Más que tú, gandul!...

ARRIERO 2.º

¿Con chuflas nos vas a dar la mañana?
Pues no está el tiempo de zumbas que anda el cónclave revuelto.

MOZO

¿Pues qué hay?

ARRIERO 1.º

¡Casi nada!... ¡Una zarabanda de los diablos, que nada bueno barrunta!

MOZO

¿De veras?

ARRIERO 1.º

¡Y tan de veras!

MOZO

¡Pues diga ya y no concluya
el hombre!

ARRIERO 1.º

¡Como no diga
más que yo!

ARRIERO 2.º

¡Basta de puyas
y basta de cotorreo,
porque aún estoy en ayunas
y se me seca el gaznate!

MOZO

¡Aquí de Dios! Por fortuna,
aún nos queda en casa un frasco
de ambrosía.

ARRIERO 1.º

Si es de uva,
trae dos vasos, pan y queso...

ARRIERO 2.º

Y añade unas aceitunas...

(Mientras el Mozo saca lo pedido, se acomodan los arrieros cerca del hogar.)

ARRIERO 1.º

(Sentándose en el suelo.)
¡Ajajá!...

ARRIERO 2.º

(Sentándose en un escabel y poniendo otro delante de sí.)

¡Qué bueno es
el descanso!..

MOZO

(Que viene trayendo lo pedido en una bandeja que coloca sobre el taburete que tiene ante sí el arriero. Al arriero 2.º)

¡Seor Tajuña!...
¿Qué vos traeis hoy de encargo?
¿Relicarios, confituras
de monja, mantos, manteos...?

ARRIERO 2.º

Pocas cosas y ninguna
para tí.

MOZO

¡Válgame Dios!
¡Venís hoy de malas pulgas!

ARRIERO 2.º

Puede ser...

(Los arrieros pónense a comer.)

MOZO (Encarándose con el Arriero 1.º)

¡Diantre!... ¡Y agora
que lo reparo!... Sin duda,
os tornasteis de la villa,
tan de ligero y a uña
de caballo, a causa de
los sucesos!...

ARRIERO 2.º

¿Por ventura,
te va o te viene a tí cosa
en el asunto?

MOZO

¡De punta
viene su mercé!

ARRIERO 2.º

¡Anda, anda,
amaña unas herraduras
y da una vuelta al ganado!..

ARRIERO 1.º

¡Y quítale la jamuga
a la yegua, que la trae
de vacío...

ARRIERO 2.º

Y a la mula
pardilla échale un buen pienso..

MOZO

¡Voy por el aire!...

(Vase, haciendo cabriolas, por el fondo.)

ARRIERO 1.º

(Alzando la voz para que le oiga el Mozo.)

¡Y procura
que no se esparrame el grano
hacia la alcancía!...

ARRIERO 2.º

¡Trucha
como él, no se vido!... Pero
echa un trago, y continúa
tu relación, que no es cosa
de que me dejes a escuras.
¿Qué ocurre en la Villa y Corte?
¡Vamos, hombre, desembucha!

ARRIERO 1.º

Pues, nada, lo que le dije...
Que, cuando anoche a la una
fuí a la posada, me hallé
alborotada la chusma.
«Han dado muerte a Escobedo»,
de público se asegura.
Que fué en duelo dice éste;
aquél dice que en disputa;
esotro, que por robarle,
y aqueste jura y perjura
que fuera alevosa mano
quien le abrió la sepultura...
Y, mientras tanto, la ronda
registra y anda a la husma
de los fugitivos..., yo
advierto tanta balumba
de corchetes y de alcaldes
de esbirros y de lechuzas
de la justicia, que, como
no fué de mi gusto nunca
el trato de tales gentes,
volví a aparejar mi mula
y me torné para acá,
que esta es playa más segura!

MOZO

(Que vuelve.)
Ya está todo trajinado.
Y aquí están las herraduras
de voacé...

(Dándoselas al Arriero 2.º)

ARRIERO 2.°

omándolas de mal aire y amenazándole con ellas.)

¡Las de tu padre,
uhán!... ¡Engendro de bruja!...

ARRIERO 1.°

No mientes a la familia,
o nos vaya a hacer alguna
atada!...

MOZO

esde la puerta de fondo mira al campo.)

¡Chits!... ¡Alguien llega!...
y que es de hábito y capucha!

ESCENA II

chos, Don Lope y Bernal Díaz, por el fondo. parece primero Bernal Díaz, que se asoma a la puerta y mira disimuladamente a un lado y otro, como reconociendo el terreno. Luego entra con decisión.

BERNAL

haciendo señas a su acompañante.)

ntrad, padre, sin temor,
ue aquí reposar podremos...

MOZO

ue sale a recibirlos haciendo muchas cortesías.)

Guarde Dios a vuesarcedes!
asen y tomen asiento,
is señores...

DON LOPE

n hábitos de fraile y con la capucha calada.)

¡Deo gracias!...

on Lope y Bernal se dirigen a la mesa de la derecha y se sientan junto a ella, el primero por la parte de dentro, al lado de la pared y el segundo por la parte de afuera.)

MOZO

Dios dadas... ¿En qué puedo
rvirles?

BERNAL

Viendo si hay algo
ue echar a perder, pues tengo
estómago sin lastre,
avegando a palo seco.

MOZO

erdonen sus señorías...
as, por agora, no puedo
recerlos otra cosa
ue aceitunas, pan y queso.
s todo lo que hay...

BERNAL

No es mucho,
fe mía.

MOZO

Pero presto
egará el amo y traerá
go de más alimento.

BERNAL

Habrá vino?

MOZO

¿Vino dijor
¡Dios nos asista! Tenemos
la bodega tan henchida
que revientan los pellejos!

BERNAL

Trae de lo que haya, y añade
media azumbre de lo añejo.

MOZO

Al instante.
(Vase para volver.)

BERNAL

¡Mala peste
en la venta y el ventero!
Hay que poner en conserva
el hambre, y buscar el viento
de bolina.

DON LOPE

Calma ten,
Bernal...

BERNAL

(Recalcando la frase.)

Ya, padre, la tengo,
que des que os vide con hábitos
me parece que yo mesmo
soy ya santo.

MOZO

(Sirviéndoles lo pedido.)

Aquí está todo.

BERNAL

(Sirviéndole a don Lope y disponiéndose a comer.)

¡Pues comience el bombardeo!
(Poniéndole a don Lope delante el jarro, después de servirse él.)
¡Duro al palo de mesana!
¡Largad todo el aparejo!

DON LOPE

(Devolviéndole con mesura el jarro, después de servirse un vaso.)

Más prudencia, Bernal Díaz,
ved que se os va la sin hueso...

BERNAL

(De pronto, como recordando algo,)

¡Vive Cristo!...

DON LOPE

(Con algún sobresalto.)

¿Qué sucede?

BERNAL

Nada... que agora recuerdo...
¿No os olvidásteis la espada?

DON LOPE

¡Olvidalla!... ¡Aquí la llevo!
(Saca con gran precaución una espada desnuda que trae bajo el hábito, y, a hurtadillas de los otros, la coloca sobre el banco que está en primer término.)
¡Primero me olvidaría
de mi nombre, que este acero
es para mí un talismán

que más que a mi nombre quiero!
(Quédase como arrobado contemplándola un momento y luego continúa dirigiéndose a ella con exaltación casi mística.)
¡Santa y gloriosa espada,
cuya virtud a mi valor abona!...
¡Hoja limpia y sagrada
de la fiera tizona,
para un Gonzalo Córdova forjada!
¡Acero digno de inmortal leyenda
y por manos heroicas troquelado,
que don Juan de Astria me ciñó al costado,
de su amistad y mi adhesión en prenda!
Cuando en mi mano brillas, el Oriente
se abre ante mí, y no hay peto ni coraza
que resista a mi brazo omnipotente,
pues hincha el corazón, como un torrente,
el poderoso aliento de mi raza!...

BERNAL

¡Ya está el león con calentura!
¡Deliráis, padre!... ¡Cuidado,
que no va lo recitado
bien con esa vestidura!
Y perdonad que os predique
a mi vez, por confiado,
no atraigamos un ñublado,
que nos pueda echar a pique!

DON LOPE

(Volviendo sobre sí.)
¡Tienes razón, Bernal!... Sí...
mas conmigo tan ligada
está, que al ver esa espada,
no sé qué pasa por mí;
pero surge en mi memoria
lo presente y lo pasado...
mi porvenir malogrado,
mi noble ambición de gloria,
el ansia de poseer,
el deseo de medrar,
la voluntad de ganar
y el mal sino de perder! (Pausa.)
Tres veces, Bernal, tres veces
vi a mi lado la fortuna...
Tres veces, ¡ay!, y ninguna
domeñé sus esquiveces.
Dándome de hidalgo el don,
al nacer la hube de ver...
Mas, ¿qué es lo que logra ser
en Castilla un segundón,
si trae, noble y sin dinero,
su destino aparejado?
O ser fraile o ser soldado...
Yo desdeñé lo primero.
Y así, dispuesto a luchar
contra mi aciago destino,
por ser más ancho camino,
busqué la suerte en el mar.
¡El mar!... ¡Qué terrible encanto
tiene, qué hechizo tan fiero
para el rudo aventurero
a quien arrulla su canto!
Por él diez años crucé
con suerte bien desigual
capeando el temporal,
y a las Indias arribé.
Allí, a fuerza de valor,
pues tercié en toda contienda,
me dieron una Encomienda,
y, ¡hasta fuí gobernador!
Y, cuando al fin allegué
caudales e hice un buen peto
con el arcón bien repleto,
para España me torné.
Pero, la suerte contraria
hizo cruzar por mi norte
dos bajeles de gran porte
de una escuadrilla corsaria,
que, al vernos en tal paraje
sin artillería gruesa,
juzgándonos fácil presa,
viniéronse al abordaje...
Yo, que perdido me ví,
¡qué hice!... les dejé llegar,
y entonces mandé incendiar
la santabárbara... ¡y
ardieron todos a una,
y, con cristianos e infieles,
se hundieron los tres bajeles..
y con ellos mi fortuna!
(Pausa.)
La tercera vez, ha sido
en la flota de don Juan
de Austria... ¡Mejor capitán
que él, Bernal, jamás lo ha habido!...
A sus órdenes luché
en Lepanto...

BERNAL

¡Brava empresa!

DON LOPE

Y ¡por Dios que hice gran presa
en ella...

BERNAL

¡Yo os ayudé!...

DON LOPE

Con tal príncipe, brilló
de nuevo la estrella mía...
Mas ¡ay! que en un mismo día
con la suya se nubló...
Bernal, la fortuna enreda
mi ambición en tanto azar,
que al fin de tanto ganar
¡sólo esta espada me queda!
Y así, a pesar de mi sino,
y de uno y otro revés,
cuanto más la miro, es
su brillo más peregrino!

BERNAL

(En tono entre afectuoso y zumbón.)

¡Hermano, tal hais hablado,
que cualquiera pensaría
que ese sayal encubría
no a un santo sino a un soldado!

DON LOPE

Tanto fué mi mal, Bernal,
que por muy seguro ten
que me voy hallando bien
bajo este oscuro sayal!...

ESCENA TERCERA

Dichos y el ventero que llega por el fondo

MOZO

(Viéndole llegar.)
¡Ya está aquí el amo de vuelta!

ARRIERO 1.º

¿De vuelta ya? ¡Qué me alegro!
(Entra el ventero por el fondo con unas alforjas al hombro.)

ARRIERO 2.º

¡Guárdeos Dios, seor Aguadillo!

ARRIERO 1.º

¡Buenos días, seor Ventero!

EL VENTERO

Buenos sean por acá.
que allá corren malos vientos.

ARRIERO 1.º

¿Traéis noticias?

VENTERO

Las traigo

ARRIERO 1.º

¿Pero ciertas?

VENTERO

¡Ya lo creo!

ARRIERO 1.º

¿Qué hay en Madrid?

VENTERO

¡El demonio!

ARRIERO 1.º

¿El demonio?

VENTERO

¡Que anda suelto!
Pero dejadme cumplir
con mi obligación, que tengo
más que hacer que darle al tábano.
(Dirigiéndose a don Lope y Bernal.)
¡Guarde Dios al Reverendo
y a su noble acompañante!

BERNAL

Ahorrad vanos cumplimientos
y decidnos si traeis
algo de mejor sustento
que pan y aceitunas.

VENTERO

Crea, señor hidalgo ¡y el cielo
me es testigo!, que tenía
apalabrado un buen cesto
de gallos y pavipollos,
además de medio ciento
de lampreas, seis perdices,
tres liebres y seis conejos,
pero llegué en ocasión
del desdichado suceso
que trae revuelta la Villa
y no atopé al mandadero.
Porque es tal el rebullicio,
que no hay en nada concierto,
y, en fin, con los comentarios,
las noticias y los cuentos,
no me dejaron llegar
hasta el mercado...

ARRIERO 1.º

(Riendo.)
¡Creémoslo,
sin que lo hayais de jurar!

ARRIERO 2.º

(Riendo.)
¡Siempre os ocurre lo mesmo,
porque se os van las memorias
en dándole a la sin hueso!

VENTERO

Pues a fuer de porfiado
y echar votos y reniegos,
solo he podido traer
este pernil de cordero.
(Saca un pernil de las alforjas.) (A Bernal.)
Si gustáis de él...

BERNAL

¿Que si gusto?
¡Quién lo duda!

VENTERO

¡Pues a ello!...
(Al Mozo.)
Toma y vete aderezándolo
como Dios manda, que, aluego,
ya dí encargo a mi trainel
de traer más bastimentos.
(El mozo coge el pernil y se va a preparlo al hogar.)

ARRIERO 1.º

Vaya, seor Aguadillo.
¡por las barbas de mi abuelo!
hable ya, porque aquí estamos
esperando, boquiabiertos,
a que diga su merced
qué es lo que ocurre.

VENTERO

(Con misterio.)
¡Sucesos
graves!... Dicen que esta noche,
han dado muerte a Escobedo...

MOZO

¿Al enviado de don Juan
de Austria?

VENTERO

¡Ni más, ni menos!

ARRIERO 2.º

¿Asesinado dijísteis?

VENTERO

No dije... pero es lo cierto.

MOZO

¿Acaso, para robarle?

VENTERO

Quizá algunos documentos
importantes le robaran...
quizá no dieran con ellos...
mas no iban los matadores
en busca de su dinero.
Estorbaba... y les echaron
para quitarle de en medio.

MOZO

¡Válame Dios! Qué desgracia.

VENTERO

Sin duda, asuntos muy serios
de política...

ARRIERO 1.°

Y familia ..

VENTERO

De familia y de gobierno.
Ello es cosa de muy alto
y que viene ya de lejos...

BERNAL (A don Lope, bajo.)

¡Háse visto lenguaraces
semejantes!...

DON LOPE

(Bajo, conteniéndole con el gesto.)

Escuchemos...

VENTERO

Diz que si hubo o no hubo
rivalidades y celos
entre algunos capitanes
de la flota, descontentos,
y don Juan de Rustria... que si éste,
que es mozo y de mucho arresto,
disgustado, envióle al Rey
no se qué cartas o pliegos
exponiéndole sus quejas...
aunque con tono algo seco...

(Bernal se revuelve en su asiento, impaciente. Don Lope le hace señas de que se contenga.)

Que si el Rey, ya por enojo,
quizá por malos consejos,
quitó el mando de la flota
al ya agraviado mancebo...
Porque también se susurra.
que si éste estaba dispuesto
a alzarse en Italia y Túnez...
y formar un nuevo reino...

(Ahora es don Lope el que se agita impaciente en su asiento.)

BERNAL (Bajo a don Lope.)

¿No oís? ¡Vive Dios! ¿Se puede
sufrir tanto atrevimiento?

(Dando un furioso puñetazo en la mesa.)

¡Esto ya es en demasía!
Voto a Dios!...

DON LOPE (Bajo y rápido a Bernal.)

¡Que nos perdemos
Bernal, prudencia!

VENTERO

(Acude, todo alarmado, a Bernal.)

¿Qué ocurre?
¿Qué os sucede, caballero?
¿Acaso el vino...?

BERNAL

(Que ha vuelto sobre sí por la indicación de don Lope.)

¡Qué vino!..
¡Idos al diablo! ¿No puedo
yo golpear esta mesa
y echar venablos si quiero?

VENTERO

(Asombrado.)

Sí que podéis...

BERNAL

¡Pues entonces,
idos ya con viento fresco
y dejadme vocear
hasta que me oiga el infierno!

VENTERO

(Tomándolo a broma.)

Pues gritad cuanto vos plazca
que no he de cobrar por ello...

(Vuélvese al lado de los otros.)

BERNAL

(Bajo a don Lope.)

Sólo por ser vos quien sois
y porque he de obedeceros,
he contenido mi enojo...

ARRIERO 1.°

(Al Ventero.)

Continúe el buen Ventero.
¿Decíais?

VENTERO

Pues, que el de Austria
dió poderes a Escobedo
para tratar con el rey,
porque tuvo el miramiento
de no venir en persona,
para hurtar mejor el cuerpo...

BERNAL

¡Otra vez! ¡Rayo de Dios!...

DON LOPE

(Bajo.)

Deja que hablen..

BERNAL

Ya los dejo...

VENTERO

Llegó Escobedo a la Corte
y trató de este concierto
con los ministros del rey,
mas dicen que no hubo acuerdo.

ARRIERO 1.°

Pero, a la postre, ¿se sabe
quién le hirió?

VENTERO

Nada de cierto
se ha podido averiguar.
Los matadores huyeron

como el humo, sin dejar
ni rastro...
(Bajando la voz con misterio.)
Aunque yo sospecho
que si buscara bien...
Que, aunque se dice que el muerto
iba sólo...
(Don Lope y Bernal ponen más atención.)
ARRIERO 1.°
¿No iba solo?
ARRIERO 2.°
¿Vos sabéis?...
BERNAL
(Bajo a don Lope.)
¿Sabrá este necio
más de lo que es menester?...
ARRIERO 2.°
(Al Ventero.)
¡Contad!
ARRIERO 2.° Y MOZO
¡Contad!...
VENTERO
(Haciendo gran misterio y mirando receloso en rededor.)
Nueve fueron
los rufianes que, a traición,
le dieron muerte... Uno de ellos,
¡lo sé de muy buena cepa!
quedó tendido en el suelo...
ARRIERO 1.°
¿Pero sin vida?
VENTERO
Y sin alma...
ARRIERO 2.°
Mas, ¿quedó en tierra?...
VENTERO
Más tieso
que un garrote...
BERNAL
(Bajo a don Lope.)
Este truhán,
¿por dónde sabrá?
DON LOPE
Escuchemos...
ARRIERO 1.°
Pues, ¿cómo es que la justicia
no le vido?...
VENTERO
Amigo, eso
ya es otro cantar... Quizá
le interesara no verlo...
Quizá fuese brujería
o cosa de encantamiento...
Ello es que uno entregó el alma
a Judas y seis salieron
heridos y mal parados,
con la piel hecha un arnero.
ARRIERO 1.°
¡Luego mi hombre defendióse

VENTERO
No hubo tiempo
de desenvainar la espada...
ARRIERO 2.°
¿Y cómo pudo ser eso?
VENTERO
Porque venía tras él
un mozo de pelo en pecho,
guardándole las espaldas,
y metió mano tan recio
que a no terciarse la ronda
diera buena cuenta de ellos...
MOZO
¡Válgame Dios!... ¿Y quién es
ese bravo?
VENTERO
Un buen sujeto.
Un hidalgo muy cabal
y capitán de los buenos.
ARRIERO 1.°
¿Y sabéis como se llama?
VENTERO
¡Don Lope de Quirós!...
DON LOPE (Aparte.)
¡Truenos
y rayos! ¡Ha pronunciado
mi nombre... mi nombre mismo!
(Deja caer la capucha descubriendo el rostro.)
Pues ¡ay de él! si me conoce
más que de nombre... Observemos.
BERNAL (A don Lope, bajo.)
¿No oísteis? ¡Ese villano
lo sabe todo!...
DON LOPE
(En igual tono.) ¡Silencio!...
(Desde algunos momentos antes de atacar el Ventero su último párrafo, se habrá comenzado a oir un ligero rumor como el de rodar de un carruaje por la carretera, acompañado de alegre cascabeleo y restallar de látigos que, poco a poco, se habrá ido haciendo más perceptible, hasta oirse claramente al terminar don Lope su última frase. En tanto que esto ocurre, el Mozo habrá terminado de preparar y aderezar el pernil y, cuando ya viene dispuesto a servírselo a los dos viajeros, se detiene de pronto a escuchar y queda un momento en medio de la escena, como pendiente del rumor de fuera.)
VENTERO
(Yendo hacia él.)
¿Qué es lo que ocurre, qué pasa,
que así te quedaste hecho
un pasmarote?...
MOZO
(Sin contestarle y haciendo señas con la cabeza para que no le distraiga.)

VENTERO

(Quitándole el servicio de la mano.)

¡Trae acá... camandulero!

MOZO

¡Demóncanos!...

(Vase dando saltos muy regocijado hasta la puerta y se queda observando.)

VENTERO

(Sirviendo la comida a don Lope y Bernal.)

Aquí tienen,
sus señorías, aquesto
para quitarse el mal gusto...
¡Y a fe que debe estar bueno!
¡Echa un tufillo que es gloria!

BERNAL

Venga ya, ¡voto al infierno!,
que se le harán los honores
como es razón...

(Pónense a comer don Lope y Bernal.)

MOZO

(Con grandes muestras de regocijo.)

Esto es hecho.
¡Vengá, seor Aguadillo!
¡Venga su merced corriendo!
¡Mire lo que se nos viene
como llovido del cielo!

VENTERO

(Después de llegar corriendo hasta donde está el Mozo y observar el camino.)

¡Dios de Dios!... ¡Una carroza!...

MOZO

¿Qué tal?

VENTERO

¡Lucido cortejo!
¡Trae cuatro potros de tiro
que ni pintados!

MOZO

¡Soberbios!

VENTERO

¡Y ocho jinetes de escolta!

MOZO

¡Y lacayos!... ¡Y correo!

VENTERO

¡Voto a tal!...

MOZO

¿Será algún Príncipe?

VENTERO

¡Salgámosles al encuentro!...

(Vanse ambos hacia fuera.)

DON LOPE

¿Quiénes podrán ser?

BERNAL

(Con regocijo, frotándose las manos.)

¡Caballos!
¡Vive Dios!... ¡Al fin tendremos
caballos!... ¡Dios nos los trujo!...

DON LOPE

Prudencia, Bernal...

(Don Lope vuelve a cubrirse el rostro con la capucha.)

BERNAL

¡Son nuestros!...

ESCENA IV

Dichos, el ventero y el Mozo, que vuelven con un Paje de Doña Sol.

Luego, varios criados cargados con almohadones cojines y canastas con servicio de mesa.

EL PAJE

(Entrando seguido de Ventero y Mozo.)

Véngase el ventero acá
y el criado del ventero,
que he de hablarles yo primero
y no me hacen falta allá.
Pues, menester es que agora
pongamos mano en todo esto,
para que esté bien dispuesto
cuando llegue mi señora;
que si entra en este mesón,
por circunstancia casual
tales sitios cuadran mal
con su noble condición.

(El Paje, mientras habla, examina la habitación y comienza a concertar bien los muebles ayudado del Ventero y Mozo.)

VENTERO

¿Es muy noble?...

PAJE

Más que el rey.
Que es doña Sol de Castilla,
e igual que su nombre brilla
por su casa. En buena ley,
ni el rey la puede igualar
en ascendiente ni en gloria
que arranca su ejecutoria
de los Díaz de Vivar.

VENTERO

¿Y hacia dónde se encamina,
si es que no soy indiscreto
en preguntar?...

PAJE

No hay secreto.
A Sevilla por Medina.
Pero, ved que el tiempo pasa...
¡Apañad este montón
de trastos!... ¿No habrá un sillón
de brazos, en vuestra casa?

MOZO

¡Sí, hay uno!

PAJE

(Al Mozo.)

Pues id por él!...

(Vase el mozo y vuelve trayendo un sillón.)

BERNAL

(Aparte a don Lope.)

¡Grandes señores tenemos
en campaña!... ¡Ya veremos!...

MOZO

(Que vuelve con el sillón.)

¡Aquí está!...

VENTERO

(Al Paje.)

Vea el doncel
si acomoda...

PAJE

(Examinando el sillón.)

¡Buen agrado!
Mucho debe haber servido,
pues tiene un brazo tullido
y renquea el condenado.

(Entran dos criados que traen cojines y almohadones que entregan al Paje. Este y el Ventero los colocan convenientemente. Los criados vanse.)

En fin, lo aderezaremos
con afeites y pomadas,
como hacen las mal dotadas
por Dios... ¡Está bien!... Pondremos
acá esta mesa...

(Mientras hablan, han colocado el sillón junto a una mesa, a la izquierda en primer término y varios escabeles en torno.)

VENTERO

¡A fe mía,
que os dais traza para todo!

PAJE

¡De no hacerlo de este modo
mi dueña se enojaría!...

VENTERO

¿Y es bella vuestra señora?

PAJE

¡Válgame el cielo, si es bella!...

VENTERO

¿Y casada?

PAJE

No; doncella.
Mas va a desposarse agora.

VENTERO

¿En Sevilla, por lo visto?...

PAJE

Más lejos piensa arribar...

VENTERO

¿Más lejos?...

PAJE

¡Allende el mar!...
¡A las Indias!...

VENTERO

¡Voto a Cristo!...
¡Pues, a fe, que es peligroso
y largo viaje!...

PAJE

Es verdad...
Mas va en gran seguridad.

VENTERO

¿Sí?...

PAJE

La espera un poderoso
galeón, bien pertrechado,
que el rey mandó preparar
para que pueda embarcar
en llegando. ¡No hay cuidado!...
Es el bajel más velero
y seguro de la Armada.
Mándalo don Luis de Rada.
que es un lobo de mar fiero,
al par que noble y prudente.
Poco o nada hay que temer,
que es nave de tal poder
que a otras diez hiciera frente!

VENTERO

Y a tan lejano país,
¿ninguno más la acompaña?

PAJE

Sí; don Leandro de Belbis
la escolta hasta Nueva España.

(Entran otros criados que traen canastas con todo lo necesario para poner una mesa. Luego que lo entregan, vanse. El Paje arregla y adorna la mesa ayudado del Ventero y el Mozo.)

Un pariente... un caballero,
mozo, rico y pretencioso..
más vano que generoso...
y alocado... y pendenciero...
Mas como le dan asiento
su rango, nobleza y porte
cerca del Rey, en la Corte
goza gran predicamento...
¡Y, punto en boca... que están
aquí ya!... Y vos, atención.
y poca conversación...
que las bolsas hablarán...

ESCENA QUINTA

Dichos, doña Sol, don Leandro, doña Juana y cuatro o cinco criados

(Entra don Leandro trayendo de la mano a doña Sol, a la que conduce galantemente hasta su asiento. Detrás de ellos vienen la dueña y los criados.)

DOÑA SOL

(A don Leandro.)

De hoy más, seré de buen grado
portavoz de vuestra fama,
que, en servicio de una dama.
sois, don Leandro, extremado.
Mucho os he de agradecer
que en esta venta al entrar,
os hayais de doblegar
a un capricho de mujer
curiosa, que por primera
vez respira libremente
el puro y sereno ambiente
de la dulce primavera...

(Al concluir esta frase, doña Sol, que habra llegado ya hasta el sillón, se sienta. Doña Juana se sienta también al otro extremo de la mesa. Los criados permanecen de pie.)

DON LEANDRO

(Después de hacerle una reverencia.)
Vuestro capricho es mi ley,
por deber y por agrado,
pues me puso a vuestro lado
para serviros, el Rey;
y así, en agradaros, fío
que está mi gloria mayor,
pues conseguir tal honor
es galardón para el mío...

DOÑA SOL

Y hacéis bien en confiaros,
porque tenéis bien ganada
mi voluntad... ¡Asombrada
estoy de no hallar reparos,
dudas ni prohibiciones
que coarten mi albedrío!

DOÑA JUANA

(Refunfuñando y haciéndose cruces.)
¡Señora!... ¡Jesús!... ¡Dios mío!...
¡qué conceptos!... ¡qué expresiones!...
¡Quién lo hubiera presumido!...

DON LEANDRO

(A doña Juana con tono burlón.)
¡No os asustéis, doña Juana!..

DOÑA JUANA

(En tono de reconvención a don Leandro.)
¡Vuestra influencia malsana!
¡Como sois un corrompido!...

DON LEANDRO

¡Pues por mí estáis bien segura,
aun siendo yo un Lucifer!...

DOÑA JUANA

(Regañona.)
¡Mas le valiera aprender
a usar de mayor mesura!...

DON LEANDRO

¡Aprended vos a callar,
doña Siglos, digo yo;
que en cien años que vivió,
no dejó un punto de hablar!

DOÑA SOL

(A don Leandro.)
¡Bah!... ¡Que hable cuanto quisiera
que no aprovecha el sermón!
Mas, ya que dais ocasión
dejadme que me apodere
de la dicha, sorprendida
cual impensada aventura
en aquesta venta oscura,
porque esto es ¡ay! en mi vida
un paréntesis abierto,
como un oásis frondoso,
entre un porvenir dudoso
y un pasado triste y yerto.
Quiero agora disfrutar
de este momento en sazón,
pues está mi corazón
codicioso de albergar
a la dulce mensajera
de los cielos: ¡la alegría!...
¡Flor de luz del claro día,
risa de la primavera,
encanto, gala y dulzor
que sazona cuanto toca,
pues diz que nació en la boca
de fresa del niño Amor...!

DON LEANDRO

¡Bienhaya al cielo que os diera
ingenio tan peregrino!
Decís bien, en el camino,
la dicha emboscada espera...
Mas, ¡por Dios! que me hais prendado
con vuestra charla donosa...
(Galante.)
¡A fe que sois peligrosa,
doña Sol... me háis deslumbrado!

DOÑA SOL

¡Tan presto os he reducido!...

DON LEANDRO

Y acabaré por rendirme...
que hoy tendréis que permitirme
que envidie a vuestro marido!...

DOÑA SOL

Como es día de indulgencia,
hoy os lo permito todo...

DON LEANDRO

(Malicioso.)
¿Todo?...

DOÑA SOL

¡Sí, todo!...

DON LEANDRO

De modo,
que me otorgáis licencia
para cortejaros?...

DOÑA SOL

¡Sí!...
¡Cortejadme si queréis!...

DON LEANDRO

¿De veras?... ¿Y no teméis...?

DOÑA SOL

¿Yo?... ¡Nada temo por mí!...

DON LEANDRO

(Algo picado.)
¡Hola!... ¡Hola!... Me lanzáis
un reto?...

DOÑA SOL

¡No hube intención!...

DON LEANDRO

Mirad que mi corazón
duerme..., y si le despertáis,
como es celoso y osado,
doña Sol, ¿quién asegura
que no haga alguna locura?...
Ved que a mí os ha confiado
el Rey y su confianza
me otorga real poder...
Ya veis que puedo tener
en mi mano la venganza,
pues, una vez en el mar

y dueño de un galeón,
si me da la tentación...
bien os puedo arrebatar...;
que Amor es niño y travieso
y usa de un filtro embrujado
cuyo gusto regalado
le hiciera perder el seso
al más cuerdo... ¡Oh, si!... y catad
que embriaga el licor divino...!

DOÑA SOL

¡Ay, don Leandro, más que el vino
embriaga la libertad!...
(Transición.)
Mas dejemos tan sutil
polémica y no olvidéis
que prometido me habéis
un banquete venteril.

DON LEANDRO

(Llamando.)
¡Al punto!... ¡Hola, seor ventero!...
(Encarándose con el ventero, que se habrá aproximado, haciendo cortesías.)
Prepárenos su mercé
algo de gusto con qué
le demos treguas al fiero
lebrel del hambre... Salmón...
unas truchas... un pastel
de liebre... tortas de miel...
un guisote a la serrana,
o algun suculento asado
de cordero, aderezado
a la usanza castellana!...

VENTERO

(Poniendo cara de circunstancias, y haciendo mil extremos.
Me tendrán que perdonar
por hoy Vuestras Excelencias,
pues, por varias diligencias,
no me pudo avituallar
mi trainel... y el mandadero
aun no llegó...

DON LEANDRO

(Muy contrariado.)
De manera...

VENTERO

Que aunque serviros quisiera,
por agora... Aunque yo espero
que, a la postre, ha de venir...
Y... si esperaros podéis,
complacidos quedaréis
de cómo os he de servir!...

DON LEANDRO

Pues y ese olor regalado
que hame dado en la nariz...
¿no es de pollo... o de perdiz...?

VENTERO

Es, señor, cordero asado...
Un pernil que casualmente
me trujera un trajinante
y que en este mismo instante
(Señalando el grupo de don Lope y Bernal.)
se lo serví a aquella gente.

DON LEANDRO

(A doña Sol.)
Pues a fé que es afrentoso
que aquí ayunemos, en tanto
que allí...
(Indicando también el grupo.)

DOÑA SOL

(En tono de irónica lamentación.)
¡Fiero desencanto!
¡Y el olorcillo es goloso!...

DON LEANDRO

(Con repentina y alegre resolución.)
¡Pues lo habremos de probar!
¡Ya veréis qué linda broma!...

DOÑA SOL

¿Y si alguno a mal lo toma?...

DON LEANDRO

¿Cuál de ellos se ha de enojar?...
¿El fraile?... ¡Fuera de ver!
Pues si es ese fantasmón
con trazas de bravucón...
¡poco me da que temer!
(Riendo y comentando la figura que hacen.)
¡Já... já!... ¡De que buena traza
acometen al guisado!...
¡no sospechan el nublado
que a entrambos les amenaza!...
(Doña Sol le hace señas de que los deje en paz y él se ríe dándole a entender que no hay nada que temer de ellos, mientras se dirige a donde están sentados don Lope y Bernal. Cuando llega junto a ellos, se dirige a Bernal y, para llamarle la atención, da un fuerte golpe sobre la mesa con el látigo que trae en la mano.)

DON LEANDRO

(A Bernal, con tono zumbón.)
Cese un punto de tragar
y atienda el seor bravucón
un instante, ¡si ha lugar!
no se le vaya a cortar
aluego la digestión.
Que aunque con tal maestría
lo hagáis, y aquesto os dé fama,
parece descortesía
comer... con tal bizarría,
mientras ayuna una dama.
Dejad, pues, quedo ese plato,
que tal modo de engullir
¡por Dios! que es un desacato;
y agora, os vengo a exigir
que me lo déis de barato.
Pues, como para arbitrar
alojamiento y ración
traigo fuero militar,
habéis de disimular
que os ponga contribución.
(Bernal, no cesa de comer cuanto puede mien-

tras habla don Leandro, de modo, que cuando éste termina su peroración, ya se ha engullido todo lo que tenía en el plato.)

BERNAL

(Con sorna.)

Tarde llegáis, caballero,
que el tiempo que habéis gastado
en hablar, yo lo he empleado
en comer, y ya he dejado,
cual véis, limpio el comedero.
(Le muestra el plato vacío.)
Y a menos que no traigáis
gato o perro, al que podáis
darle mi plato a lamer...
por más fueros que tengáis,
os quedaréis sin comer.

DON LEANDRO

¿Y esa fuente que aún humea?...
¿Es del padre, por ventura?

BERNAL

Sí; la carne está algo dura...
y a su merced le flaquea,
más que a mí, la dentadura...

DON LEANDRO

(Dirigiéndose en tono burlón a don Lope.)

Pues, perdone la licencia,
padre, ¡y bendígaos el cielo!...
pero hoy, vuesa reverencia,
tendrá que hacer penitencia...
(Al decir esto, don Leandro hace ademán de coger la fuente que está sobre la mesa, con intención de llevársela, pero don Lope le para las manos con ademán enérgico y decidido.)

DON LOPE

(Deteniéndole.)

¡Oh!... no extreméis vuestro celo!..
(Zumbón.)
Que mozo tan bien portado,
no es razón que venga a hacer
menesteres de criado...

DON LEANDRO

(Picado.)

¡Hola!... ¿No queréis ceder,
seor fraile?...

DON LOPE

De buen grado...
Si esa dama honrar quisiere
mi modesta refacción,
eso y cuanto yo tuviere
lo pongo a su devoción.
Mas, por si usarced creyere
que a otra exigencia cedía,
sepa que, por cortesía,
puedo cederle a una dama
la parte que me reclama,
mas no a vuesa señoría.
(Don Leandro, que ante el ademán de don Lope quedó algo desconcertado, a medida que éste habla va cambiando de actitud y gesto hasta mostrar una indignación que no puede reprimir.)

DON LEANDRO

(Colérico.)

¡Por Dios, que sois insolente,
y a verme en otro lugar,
seor fraile... impertinente,
os hiciera apalear,
como a un perro, por mi gente!

DON LOPE

(Con sorna.)

Hacedlo...

DON LEANDRO

(Cada vez más indignado.)

¡Burlas conmigo!
¡Y quién eres tú, mendigo,
para osar tal!...

DON LOPE

¡Vive Dios!
Pues eso es lo que yo digo:
¡Eh, mendigo!, ¿quién sois vos?

DON LEANDRO

(Fuera de sí.)

¡Rayo de Dios!... ¡Tal oí
y aún no castigó mi mano
tamaña afrenta!... ¿Y fué a mí?...
¿A mí te atreves?... ¡Villano!...
(Furioso, al pronunciar la última frase, le cruza la cara con el látigo. Don Lope, al sentir la injuria, se levanta y, con un movimiento rápido, saca un pistolete de debajo de los hábitos y hace fuego sobre don Leandro.

DON LOPE

(Disparando el pistolete sobre don Leandro.)

¡Rayos del infierno!... ¡Sí!...

DON LEANDRO

¡Cielos!... ¡Acorredme!...
(Cae muerto.)
(Al caer muerto don Leandro se produce una espantosa confusión. Doña Sol se desmaya y doña Juana corre a socorrer a su señora. Bernal, apenas le ve caer, de dos saltos, atraviesa la escena, llega a la puerta del fondo y la cierra, poniéndose ante ella, espada en mano, para evitar que nadie salga, como si obedeciera a un plan preconcebido. Los criados de doña Sol echan mano a las espadas, dispuestos a caer sobre don Lope, pero éste, arrojando los hábitos y esgrimiendo su tizona, se lanza sobre ellos y, ayudado luego de Bernal, a cintarazos los acorralan y empujan hasta hacerlos huir a todos (criados, Ventero, Mozo y Arrieros), por la puerta de la izquierda, que luego cierra don Lope. Don Lope, al despojarse del disfraz, queda en traje de capitán de Galeras.)

DOÑA SOL

¡Horror!...

LOS CRIADOS

(Unos). ¡A él!...
(Otros). ¡Matémosle!...
(Otros). ¡Muera!...

DOÑA JUANA

¡Mi señora!... ¡Aquí!... ¡Favor!...

LOS CRIADOS

¡Al asesino!... ¡Al traidor!...

(Todos avanzan contra don Lópe, pero éste y Bernal los rechazan a cintarazos y ellos huyen atropelladamente.)

¡Quita!... ¡Aparta!... ¡Fuera!... ¡Fuera!

(Los criados de doña Sol, el Ventero y el Mozo, todos huyen por la puerta de la izquierda; don Lope cierra la puerta por donde han huído todos. Bernal retrocede hasta donde yace tendido don Leandro, se arrodilla al lado del muerto y le registra hasta dar con las órdenes y papeles que lleva, los cuales examina rápidamente guardándolos con cuidado. Luego va hasta la puerta, la abre, examina lo que pasa en el exterior de la venta y vuelve al lado de don Lope.)

BERNAL

(Bajo y rápido a don Lope.)

Huyamos, que el enemigo
puede volver, capitán!...

DON LOPE

¿Traía el muerto consigo
las órdenes?...

BERNAL

(Mostrando los documentos con aire de triunfo.)

¡Aquí están!

(Con entusiasmo.)

¡Nuestro es el barco!...

DON LOPE

¡Sí!... Agora
la dama...

(Se dirige a donde está doña Sol y la toma delicadamente en sus brazos.)

DOÑA JUANA

(Tratando de impedir los propósitos de don Lope.)

¡Qué pretendéis!...
¡Apartad!... ¡no!... ¡mi señora!...
¡De ella no me alejaréis
aunque me arranquéis la vida!

BERNAL

(Apartando a la dueña a viva fuerza y con tono amenazador.)

¡Pues seguidnos, vieja loca,
y tenedla por perdida
apenas abráis la boca!...

DON LOPE

¡Presto!...

(Bernal deja a la dueña, que se queda en actitud suplicante contemplando a don Lope que tiene ya en brazos a doña Sol desmayada, va rápidamente a reconocer el camino y vuelve hacia don Lope.)

¿Hay novedad?...

BERNAL

¡Ninguna!...

DON LOPE

¡Buena jugada, pardiez!
¡Bernal, es la cuarta vez
que atopo con la fortuna!

(Don Lope, con doña Sol en brazos y la espada en la mano, se dirige hacia la puerta resueltamente; Bernal y doña Juana le siguen.)

TELON RAPIDO

SEGUNDA JORNADA

A bordo del galeón real donde navegan don Lope y doña Sol.—Es un fuerte galeón bien armado y muy marinero. En la escena debe haber trebejos de gente de mar y armas de soldados y de artilleros; balas, barriles de pólvora, velas, cordeles y cuanto pueda dar carácter al lugar de la acción. El escenario puede figurar cualquiera de los lugares del buque que están cercanos a la cámara del capitán y al aposento de doña Sol, ambos tendrán alguna comunicación directa con la escena. A pesar de esta discreta libertad que se deja al que disponga la decoración, se advierte que es preferible la escena a cielo abierto que deje ver el mar y que haga más visible y sencillo el crepúsculo vespertino con que termina el acto. Al levantarse el telón es medio día y en la última escena va atardeciendo. No se olvide que las tripulacioens y guarniciones de las galeras de entonces llevaban uniformes que se pueden copiar fácilmente. Las acotaciones del diálogo están hechas como si la escena fuese en el castillo de popa.

ESCENA PRIMERA

Bernal Díaz, un Soldado, un Marinero y un Remero.

Estos personajes estarán agrupados en segundo término, jugando a los dados sobre un tambor e irán cambiándose las fichas y el dinero según lo marque el diálogo.

MARINERO

(A Bernal.)

¡Voto a bríos, con tus manos
y el arte con que las mueves!

BERNAL

Miren al puente y no juren
que, si Quirós nos sorprende,
vais a acabar la partida
en las jarcias del trinquete.

SOLDADO

Bien fuiste tú quien los dados
sacó en el castillo...

REMERO

(Tirando los dados.)
¡Nueve!...

BERNAL

(Juntando los dados en el cubilete y tirando.)
¡Diez!... Dame, dame las piezas...
(Recoge las monedas que hay sobre el tambor.)

REMERO

¡Con mil diablos!...
(Dándole el dinero.)

BERNAL

(Con sorna.)
En un brete
me ponéis, pues ya no caben
en mi bolsa los asperges.
(Mientras habla Bernal, saca una bolsa y guarda en ella el dinero.)

SOLDADO

(Levantándose.)
¡Los dineros se acabaron!
Y no el perderlos me duele;
duéleme que se los lleva
quien de la tierra nos viene
(Señalando a Bernal.)
y a todos con su fortuna
en el envite nos vence.
(Se levantan todos.)

MARINERO

Sí que es afrenta que a bordo
venga a arruinar a las gentes
del mar, quien no vió más trapo
que vestidos de mujeres...

REMERO

Ni más viento que los aires
que las arboledas mecen...

SOLDADO

Ni más olas que los «¡holas!»
de los que se van o vienen...

BERNAL

(Con sorna, guardándose la bolsa.)
Con muchísimo respeto
les diré, cuando me dejen,
que, como buenos galeotes,
mienten hoy vuestras mercedes.
(Pausa.)
Yo soy del mar... En la cuna
de unos barcos ginoveses
se mecieron mis afanes
siguiendo a unos mercaderes
que iban a Grecia y al Turco,

MARINERO

¡Tú viste el mar!... Y, ¿hasta dónde
fueron a anclar sus bajeles,
seor capitán?

REMERO

¿A qué costas
arribásteis?...

SOLDADO

Que nos cuente
Bernal Díaz sus campañas
contra turcos y holandeses...

BERNAL

(Orgulloso.)
Contra turcos, fuí a Lepanto.

LOS TRES

¿Tú a Lepanto?

BERNAL

¡Si Dios quiere!...
Y antes, a Malta y a Túnez;
y luego, al Peñón de Vélez...
Y allí no vide, por cierto,
la faz de vuesas mercedes
ni en el remo, ni en la vela,
ni en el arpón, ni en el puente.
Más bien he visto esas caras
bajo turbantes infieles...
¡Yo en Lepanto, con don Lope,
con el de Austria y los marqueses
de Santa Cruz y de Esturia
y con toda aquella gente
que son prez de la Marina
y quitan y ponen reyes,
como ponen las montañas
el invierno blancas nieves,
como quitan los villanos
con sus guadañas, las mieses!...
¡En Lepanto, en Malta, en Túnez,
guerreando contra infieles
por ver al cielo propicio
di mi sangre muchas veces;
que al toparse con vosotros,
hay que ver, primeramente,
quién nos perdona el pecado
y la infamia nos absuelve!

SOLDADO

(Saludándole con zumba.)
¡Perdone el seor Almirante!..,

REMERO

(Haciéndole una grotesca reverencia.)
¡Tenga piedad de mi suerte!...

MARINERO

(El mismo juego.)
¡Háblele a don Juan de Austria
porque me nombre maestre!...

BERNAL

¡Yo soy del mar!... ¡En galeras
se hizo mi brazo tan fuerte,
que, yo solo y a puñadas,
os voy a arrojar del puente!

van retrocediendo en tanto que él avanza hacia el mutis.)

REMERO

¡No se enfurezca, que es poco
agravio el no conocerle!...
(Oyese un tambor dentro.)

BERNAL

¡Yo soy del mar!... ¡Y, ese toque
sé que os llama a menesteres
de servir al buque... ¡idos!...
y dejadme solo...

REMERO

(Zumbón.)

¿Quieres
jugar unos dados?... Tengo
aún en mi bolsa unos zeques...

SOLDADO

Señor general: ¿me dáis
órdenes para el maestre?...

BERNAL

¡Idos!... El tambor os llama...

REMERO

Ya nos vamos...

MARINERO

A traerte
más monedas, con que ganes
un peto de doblas, quienes
te guarezcan contra todos
los olvidos de la suerte.
(Hacen mutis los tres, haciéndole a Bernal cómicas zalemas.)

BERNAL

(Viéndoles marchar.)

¡Buenas están las galeras
del señor rey!... ¡Mala peste!...
(Se dirige hacia la mesa donde están las armas de don Lope y se sienta junto a ella como con intención de continuar la tarea de limpiarlas.)

ESCENA II

Bernal, Díaz y Pedro Seco. Luego don Lope
Pedro Seco, cómitre de remeros, que habrá aparecido por la segunda izquierda antes de hacer mutis los marineros, se acerca a Bernal cautelosamente.)

PEDRO SECO

Bernal, hablarte quería;
más siempre con compañía
te hallé y pensaba callar
hasta otra ocasión...

BERNAL

(Interrumpiéndole secamente.)

Demora
no hallen tus labios. Agora
solo estoy, puedes hablar.

PEDRO SECO

(Insinuante.)

Vengo a hablarte como amigo..

BERNAL

(Desdeñoso.)

Negocios graves contigo
no he de tener

PEDRO SECO

(Amenazador.)

¡Vive Dios!...
Si te vienes con canciones.
he de llevar mis razones
a don Lope de Quirós.

BERNAL

No; te escucho...

PEDRO SECO

Tu memoria
me es testigo, que esta historia,
tú la sabes como yo.
(Atajando un movimiento de impaciencia que hace Bernal.)

Y si te asombran mis fueros
piensa que hablan mis remeros
por mis labios, que yo no,
(Ademán de paciencia de Bernal.)

A fines de la invernada
llegó hasta don Luis de Rada,
capitán de este galeón,
orden de viaje a Sevilla.
y, dejando la flotilla,
puso a Sevilla el timón.
Remontóse el río y luego
víno de Madrid un pliego
con mandato de embarcar
armas, bastimentos, gente,
y todo lo conveniente
para hacernos a la mar,
con rumbo a San Salvador,
cuando el Rey nuestro señor
fuera en hacerlo servido,
y así que estuvo cumplido
se avisó al gobernador.
Y llegó un segundo pliego
mandándonos zarpar, luego
que se aviste con don Luis
una dama encopetada
que vendría acompañada,
de don Leandro de Belbis.
Todo el buque era alegría;
don Luis, que es galán, debía
el estandarte real
izar al mastil del tope...

BERNAL

(Interrumpiéndole.)

Y entonces llegó don Lope
con la Dama y con Bernal...
Nada es nuevo de tu historia.
¿A qué viene la memoria...?

PEDRO SECO

Ten paciencia, ¡voto a san!
porque mi cuento interesa,
si ha de rematar su empresa
con buen viento, el capitán.

Que anda reacia la gente
de a bordo y harto insolente,
demanda una explicación
del cómo y porqué es la leva
y objeto y rumbo que lleva
la nave y la expedición.
Pues, a la postre, barrunta
la verdad y se pregunta
¿que es lo que ha pasado aquí?
¿Por qué razón no embarcaron
sus jefes y se quedaron
en Sevilla, cuando así
fué de antemano dispuesto?.
¿Cómo es que no está en su puesto
don Luis de Rada, en cuestión?
¿Con qué derecho ha venido
don Lope, un desconocido,
a adueñarse del galeón?...
Y algo más grave murmuran...

BERNAL

¿Qué dicen?

PEDRO SECO

Pues aseguran
que esa dama principal,
al de Rada encomendada,
vino a bordo... secuestrada
por don Lope... y por Bernal...
que al llegar el de Quirós,
con la dama y más con vos,
y presentarse a don Luis,
mostró la cédula real
y el mandamiento especial
de don Leandro de Belbís...
Que engañando a todo el mundo,
al de Rada y su segundo
obligásteis a beber.
y que hubieron de aceptar...
y que los vieron marchar
y no los vieron volver...
Que la gente fué vendida
malamente, y sorprendida
a traición su buena fe...
y que torna al arsenal
don Lope o lo pasa mal
como razones no de...
Que por Rada está empeñada;
que Rada es su jefe, y Rada
nadie más, debe ostentar
el mando de esta galera...
¡Y que el que así no lo quiera
irá de cabeza al mar!...

(Don Lope, que habrá entrado momentos antes por el foro, llega hasta ellos sin ser notado y dice interrumpiendo al cómitre.)

DON LOPE

Desde el alto grimpolete
que ondea sobre el trinquete
con el blasón de Quirós
hasta el quillar de madera,
no hay más jefe en la galera
que don Lope... ¡Vive Dios!
Y en cuanto a ceder su puesto...
hombre es que ni el paso cede...
Solo a Dios cediera en esto,
porque con El nadie puede...
Ya lo reza el mote mío:
«Después de Dios va Quirós».
¡Así, que después de Dios,
dentro y fuera del navío,
nadie aventaja a Quirós!
¡Más, si alguno piensa aquí
que hay otro de más valer,
salga, que le quiero ver,
cómo gallea ante mí!...

PEDRO SECO

(Sumiso a don Lope.)

Perdonad si fuí imprudente...
Yo vine a ha hablar como amigo..
y lo que dijeron digo
sin añadidos... lealmente...
De mi noble proceder
fé puede dar...

DON LOPE

(Interrumpiéndole.)

¡Bien está;
seor Cómitre: idos allá
a lo que haya menester!

(Pedro Seco vase por el fondo después d hacerle a don Lope una profunda reverencia en aire de gran sumisión.)

ESCENA III

(Bernal al ver a don Lope habrá vuelto con gran ahinco a la tarea de bruñir las armas, mostrando la mayor indiferencia por lo que pasa en la escena. Don Lope después que se va el cómitre dá algunos paseos por la escena, sin dejar de consultar el horizonte, como buen marino, y luego, volviendo sobre sus pasos se aproxima a Bernal.)

DON LOPE

(Confidencialmente a Bernal.)

¿Qué decía ese bergante?

BERNAL

(Indiferente.)

Casi nada... Que la gente
anda sobrado impaciente
y piensa armar un levante.

DON LOPE

(Encogiéndose de hombros.)

Poco importa...

BERNAL

¡Bah!...

DON LOPE

A esos locos
los habré de escarmentar...
¿Qué hombres podemos contar
como nuestros?

BERNAL

¡Pch!... Muy pocos...
Los que jugando a los dados
conquisté: seis marineros...
el cómitre y sus remeros...
y cuatro o cinco soldados.

DON LOPE

Son bastantes.

BERNAL

(Mostrándole a Lope la espada con cierto orgullo.)

¡Más pulida
no la lleva el mismo Rey!

DON LOPE

(Cogiendo su espada de manos de Bernal.)

¡Dame acá, que esta es de ley!
¡Bien templada!...

BERNAL

(Aludiendo a su trabajo.)

¡Y bien bruñida!

(Don Lope se aleja algunos pasos hacia la izquierda contemplando con orgullo su espada y blandiéndola.)

DON LOPE

(Dirigiéndose a su espada.)

Caudal el más querido
de todo caballero bien portado,
que se mira servido
y se siente esforzado
si lleva su tizona en el costado...
Del Tajo en la ribera,
por un rayo de sol fuiste forjada:
garra de un alma fiera
en mil muertes cebadas
y de otros mil aceros cortejada!
Aliento de Castilla,
siempre, en la tierra y en el mar, triunfante,
por tí de nuevo brilla
mi estrella rutilante,
norte, guía y amor de navegante!
En medio de mis penas
fuiste mi único amor. Hechas pedazos
saltaron mis cadenas
siempre por ti, y mis brazos,
limpiáronte de orín a cintarazos!...
Recia espada sangrienta
por el aliento de mi fe bruñida,
que hoy me miras sedienta
de la sangre vertida,
rojo manjar que es fuente de la vida.
Esposa del guerrero,
fuerte y pura; jamás torpe mancilla
manchó tu límpio acero,
en cuyo espejo brilla
el alma inmaculada de Castilla.
Cuando pierda mi brazo
las fuerzas de titán con que me alientas,
tú abrirás mi regazo,
oleadas sangrientas
dará mi corazón sobre tu lazo
y las dos almas en estrecho abrazo
hacia otras luchas volarán sedientas!

(Al terminar su discurso don Lope se queda unos instantes abstraído contemplando su acero.)

ESCENA IV

Dichos y doña Juana.

Doña Juana, que habrá salido del pabellón de doña Sol, a tiempo de oir las últimas palabras de don Lope y se habrá detenido algo asombrada a contemplarle, se llega luego de puntillas a donde está Bernal.)

DOÑA JUANA

(A Bernal en voz baja y en son de broma.)

¡Guardeos Dios, seor trapacero!...

BERNAL

¡Hola!... ¿Qué trae doña dueña?...
¿Y tu señora?... ¿Se empeña
en seguir en su agujero
como un topo?

DOÑA JUANA

No; al contrario,
que albricias puedoos pedir.

BERNAL

Que, ¿se dispone a salir
de su encierro voluntario?

DOÑA JUANA

¡Si eso no la compromete!...
Traigo a don Lope un recado
de su parte...

BERNAL

(Señalando a don Lope.)

Allí plantado
le tenéis, como un trinquete

DOÑA JUANA

(Con sorna por don Lope.)

¿Ya está el león con calentura
como vos decís?

BERNAL (Desdeñoso.)

¿León?....
Desde que pisó el galeón
doña Sol, se me figura
que a este don Lope tan fiero,
algún hechizo le han dado
pues, de tal suerte ha cambiado
que más que león es cordero.

DOÑA JUANA

Y sin duda hechizo habría...

BERNAL

¿Vos creéis?

DOÑA JUANA

A fe que sí...
Pues qué, lo que ocurre aquí,
¿no es cosa de brujería?
Porque también mi señora,
trocó de don Lope al par
su papel...

BERNAL

¡Culpas de amar!

DOÑA JUANA

Y ella, que fuera hasta agora
de tan blando corazón
como una mansa cordera,
más bien parece una fiera
desde aquello del mesón.

DON LOPE

(Dándose cuenta de la presencia de la dueña.)

¿Ahí estábais, doña Juana?
¿Qué deseáis? ¿Por ventura
su inexplicable clausura
va a romper esa tirana
que se llama doña Sol,
a quien por sol Dios tomara
y al astro rey olvidara
contemplando su arrebol?...
¡Diez días ha que navego,
y aún no he visto a tu señora,
que es como no ver la aurora,
y sin su luz estoy ciego!
¿En qué la llegué a ofender
que así de mí se recata?
¿Soy un bárbaro pirata
al que se deba temer?...
¿No la hubisteis de anunciar
que ella es nuestra capitana
y reina cual soberana
en la tierra y en el mar?...
¿No le hais dicho que mi tropa,
mi brazo y mi corazón,
esclavos tan suyos son
como el airón de su toca?...
¿Que, por lo bella, es la estrella
a la que todos seguimos?
¿Que por ella combatimos
y muriéramos por ella?
Si de ello no os enojáis,
decidle, por vida mía,
que... (Transición.) ¡Mas, no!... ¡Vana porfía!
Que agora observo que estáis,
doña Juana, muy callada,
sin decirme a qué venís...

DOÑA JUANA

¡Si vos todo lo decís,
cómo he de decir yo nada!

DON LOPE

¡Pues decidme sin demora!

DOÑA JUANA

Mi señora...

DON LOPE

(Impaciente.

Sí...

DOÑA JUANA

Anunciaros
me ordenó que quiere hablaros.

DON LOPE

(Gozoso.)

¡Dios bendiga a tu señora!

DOÑA JUANA

Al fin perdió su temor,
pues supo vuestra hidalguía
y en el hidalgo confía
como guarda de su honor.

DON LOPE

Bien hace en fiar del mío
su honor que es prenda sagrada
y está aquí mejor guardada
que en su propio señorío.
Y basta; no retardéis
el llevarme a su presencia.
Id a demandarle audiencia
en mi nombre... Y le diréis
que a sus órdenes estoy...
que por esclavo me tiene...
¡Id!... ¡anunciadme!...

DOÑA JUANA

(Viendo salir a doña Sol.)

Ella viene...

DON LOPE

(Volviéndose rápidamente hacia Bernal y haciéndole una seña de inteligencia como recomendándole vigilancia.)

¡Bernal!...

BERNAL

(Comprendiendo.)

Ya entiendo... ¡Allá voy!

(Mutis por el fondo.)

ESCENA V

Don Lope, doña Sol y doña Juana.

Doña Juana, al ver entrar a doña Sol, le cede el paso y se retira a discreta distancia. Don Lope se dirige a doña Sol, la toma de la mano y la conduce hasta el sitial que hay junto a la mesa.

DON LOPE

(Galante.)

¿Cómo ha podido el sol
no salir en diez días
y dejar en umbrías
noches, sin su arrebol,
la altiva frente del audaz guerrero
que ante el sol, que sois vos, rinde su [acero?

DOÑA SOL

(Con enojo.)

¿Cómo pudo el villano
latir de corazón de bandolero,
henchir el pecho ufano
de un noble caballero,
y la traidora mano
hecha a esgrimir cuchillo de pechero,
tremolar el acero toledano
que pende del tahalí de un caballero!
¡Cómo pudo la heráldica bandera

de un blasón de alta rama
alzar su garra, aleve y traicionera,
y hurtar, faltando al rey, una galera,
y torcer el destino de una dama!

DON LOPE

Pudo, como la nube sonrosada
se ennegrece en la noche del invierno,
y en rayos y centellas desatada,
da suelta a los furores del averno...
Pudo, como la mar embravecida
con el empuje rudo de un gigante
trastorna la partida
y se traga el bajel del navegante...
Y ni a la nube ni a la mar, señora,
se la puede infamar como traidora.
(Transición.)
No me pidáis justicia al modo humano,
al uso leguleyo y cortesano,
porque diréis palabras que no entiendo
y un lenguaje hablaréis que no compren-
[do
aunque habléis en sonoro castellano.

DOÑA SOL

(Pausa.)
Mas, ¿y mi libertad?... ¿Y mi destino?
¿En nombre de qué ley
desacatáis las órdenes del rey
torciendo mi afición y mi camino?

DON LOPE

No le tuerzo, le afirmo, y le defiende
mi brazo de titán,
que si a los aires mi tizona tiende,
es capaz de vencer al huracán.
Lo que me motejáis, fueron del viaje
azares, porque es largo y peligroso.
Si yo en la venta vos privé de un paje
que os conduzca al altar con vuestro es-
[poso...
os doy un paladín. Por castellana
os tomé a mi cuidado
y sois del galeón la soberana;
lo que el rey os cedió, yo os he guarda-
[do.
El tesoro real de vuestra dote
cerrado está en mis arcas, defendido
por el raudo remar del galeote
y por el recio ardor de mi apellido.
Y si os defiendo amor, honor y dote,
¿que más queréis que hiciera?
¡Dejad al infelice galeote,
que arrebate en el mar esta galera
que arrulla a su vaivén como en la cuna,
la cuarta vez que engendra su fortuna!

DOÑA SOL

¿Nada osáis contra mí?

DON LOPE

Nada, señora.
No se ensañó jamás mi garra fiera
en carnes de mujer. Alma guerrera
se cobija en mi casco y mi armadura;
mi ardor aventurero,
celoso de la gloria del guerrero,
no teje un madrigal a tu hermosura
ni siente la ambición de tu dinero.
Cuando saltéis a tierra
y tranquila viváis, pedid al cielo
que al caballero andante de la guerra,
que homenaje os rindió, le otorgue el
[suelo
firme mano en la rienda y el cuchillo,
tino en el bombardeo,
una rica ciudad para el saqueo,
y muros de metal a su castillo.

DOÑA SOL

¿Sois de otro mundo que soy yo?

DON LOPE

Lo soy...
Vos tenéis una ley y yo otra ley;
vos veneráis al rey, yo sirvo al rey;
vos vais hacia el amor, y yo no voy.

DOÑA SOL

¡Nunca oí hablar así!...

DON LOPE

¡Qué habréis oído
en vuestra tierna juventud, perdida
en una corte necia y pervertida
que de puro poder se ha corrompido
Castilla fué un león; áurea melena
le diera tanta empresa coronada
de gloria, y su mirada
llena de ardor y fé, se alzó serena.
Garras de fuerte acero
clavó en la tierra y en el mar, y el mundo
se entregó a su talante prisionero...
Mas, se trocó el león en vagabundo,
pícaro alcabalero,
y corrió de la selva a las montañas
para arrancar el oro a las entrañas
de la tierra y al fondo de los mares,
y ponerlo en las manos
de los almibarados cortesanos,
que fabrican la ley
porque gobiernan cuando duerme el rey.
De este fiero león enflaquecido
sólo queda el espanto del rugido
y el embate sangriento de la garra
que el haz del mundo sin piedad desga-
[rra.
Yo nací de la zarpa prepotente;
vos nacísteis del pecho o la cabeza;
yo soy de hierro hiriente;
vos sois de oro, pues tenéis riqueza,
yo soy oscuro, vos resplandeciente;
vos tenéis vanidad, yo fortaleza;
no me habréis de entender aunque hable
[en llano,
el más limpio y sonoro castellano.
(Se oye dentro un gran ruido y tropel de gentes que corren. Voces y gritos. La rebelión ha estallado a bordo.)

VARIAS VOCES DENTRO

¡Muerte!...

(Otras voces.) ¡Por Rada!...

(Unas.) ¡La galera es nuestra!

¡Muerte para don Lope!

(Otras.) ¡Que arda el puente!

BERNAL

(Entrando precipitadamente con la espada desnuda y una pistola en la mano.)

¡Don Lope!...

DON LOPE

¡Al fin!... La rebelión siniestra
desencadena el odio de mi gente.

DOÑA SOL

(Temerosa.)

¡Don Lope!...

(Don Lope se dirige a la mesa donde están sus armas y coge la espada.)

DON LOPE

(A Sol.)

¡Perdonad!... Es mi destino.
Soy una garra del león. Mi vida
siempre fué así: a mis plantas hay tendida
una alfombra de sangre en el camino.

(Hace una reverencia a doña Sol y vase seguido de Bernal. Al salir ellos, se oyen algunos disparos dentro.

ESCENA VI

Doña Sol y doña Juana.

(Doña Sol, al ver alejarse a don Lope, queda un momento indecisa y, después, por un movimiento inconsciente, da algunos pasos en la misma dirección como para seguirle.)

DOÑA SOL

¡Ah, yo voy!...

DOÑA JUANA

(Deteniéndola.)

¿Dónde vais, noble señora?

DOÑA SOL

(Deteniéndose.)

¡No sé!... ¡No sé!...

DOÑA JUANA

Trabóse la batalla...

DOÑA SOL

¡Oh, fiera rebelión, cuán a deshora
tu grito ronco y sanguinario estalla!

DOÑA JUANA

Venid, por Dios, que arrecia la pelea
y puede atropellarnos esa gente!

DOÑA SOL

Y él está solo..., solo y frente a frente
de esa turba brutal que le rodea.

DOÑA JUANA

¡Van a llegar!... ¡Invadirán el puente!

DOÑA SOL

Deja que lleguen, Juana, que hace rato
se me entró el alma adentro
un deseo insensato...
¡Sí!... Dejarlos llegar, ya que el recato
me vedaba salirles al encuentro.
¡Oh, qué desdicha ser mujer, Dios mío!
Mientras él lucha con aliento y brío
yo estoy aquí, sin combatir, vencida,
presa en las mallas de mi honor y estado,
y espero en la inacción el resultado
de una batalla en que me va la vida!
¡Mujer... debilidad... funesto azote!
¡Quién pudiera estas galas femeniles
trocar por los harapos varoniles
del más vil e ignorado galeote!

(Se oyen algunos disparos y el tumulto de la lucha que parece aproximarse.)

DOÑA JUANA

¡Asús!... ¡Dejaisme sin aliento!...

DOÑA SOL

(Como poniendo su atención en lo que pasa fuera.)

¡Escucha!...

DOÑA JUANA

Parece que la lucha
se aleja de nosotras...

DOÑA SOL

¡Cesó el fuego!...

DOÑA JUANA

Y los gritos también...

DOÑA SOL

(Siempre inquieta.)

¡Qué habrá ocurrido!

DOÑA JUANA

Se oye un murmullo sordo y contenido,
mas no aquellos feroces
alaridos de enantes...

DOÑA SOL

(Escuchando con afán y gran emoción.)

¡Virgen santa!

(Con gozo.)

¡Esa es su voz!... Su voz que se levanta
sobre el agrio tumulto de las voces!...

DOÑA JUANA

(Mirándola de hito en hito y haciéndose cruces.)

¡Virgen de la Almudena!...

(Con intención.)

¿No es la voz de don Lope la que suena
allá lejos?..

DOÑA SOL

¡Triunfante!

DOÑA JUANA

¡Quién pensara
que un hombre de su facha y catadura
así os interesara!...

DOÑA SOL

¡Oh dulce y venturosa desventura!

DOÑA JUANA

¡Sin duda que anda el mundo trastornado!...

DOÑA SOL

¡Sí!...

DOÑA JUANA

¡Vivir para ver!... Pero, ¡es posible!

DOÑA SOL

Sí, lo es, Juana; tan cierto como horri-
[ble...

DOÑA JUANA

Pero, vos, doña Sol... ¿os hais pren-
[dado
de un hombre semejante?...

DOÑA SOL

Sí, ¿qué quieres?
Cuando el Amor sus dardos nos arroja
no repara en la sangre azul o roja
ni encuentra valladar entre los seres...

DOÑA JUANA

¡Que tal digáis!... ¡Asús, que inconve-
[niencia!
Vos no sabéis que fuera un gran peca-
[do,
si os saliérais del Rey y su obediencia
Dios os castigaría!... Y, de contado,
el mesmo Rey su enojo os demostrara
y, aun siendo vos quien sois, no os per-
[donara.

DOÑA SOL

¡Qué castigo mayor a mi torpeza,
que la garza real de mi pureza
venga a abatir el orgulloso vuelo
en la hoguera infernal de unos amores
que me deshonran y me harán, traido-
[res,
negar mi estirpe y ofender al cielo!
Y soy yo, doña Sol!... ¿Qué bebedizo
me dieron a probar, que con su hechizo
el curso de mi vida se ha cambiado?
Sí, yo soy, sí; yo, el águila orgullosa
que su vuelo ensayaba victoriosa
viendo al destino ante sus pies postra-
[do;
y me aparta también, ¡ay! mi flaqueza...
Esta pasión que hiere mi altiveza
en el limpio espejo de mi honor mancilla;
este embrujado hechizo y loco anhelo,
contra el cual lucho en vano y me re-
[belo
porque mi fiera independencia humilla.
Mas puedo, triste, resistir apenas,
porque hincha el fuego del amor mis ve-
[nas
y alza en mi pecho sus instintos bra-
[vos...
y siento que su influjo me arrebata...
me arroja a las plantas del pirata
como el más torpe y vil de sus escla-
[vos!

(Al terminar este parlamento, doña Sol, que
dominada por la emoción y vacilante ha-
brá venido a buscar apoyo en el sitión
que hay junto a la mesa, se deja caer en
él desfallecida y, como presa de una gran
desesperación, oculta la cara entre las
manos, sollozando.)

ESCENA VII

Dichos: don Lope, Bernal y luego Pedro Se-
co, oficiales, soldados, marineros y ga-
leotes.

(Don Lope y Bernal vuelven por donde sa-
lieron, seguidos de algunos soldados que
desfilan por el fondo.)

DON LOPE

(Saliendo, a Bernal que viene tras él.)
En la infame asechanza
no fué el deber quien los juntó, juntó-
[los
la vil traición... Pues bien, si esa es la
[usanza,
¡yo colgaré un racimo en cada tope!

BERNAL

No os atufeis, don Lope...
¡por Cristo! reparad que estamos so-
[los
y que aún no se cumplió nuestra espe-
[ranza

DON LOPE

(Interrumpiéndole.)
Aquél que sólo me creyó, está ciego,
que va el diablo conmigo de lacayo
y arde en las venas de mi sangre el fue-
[go
y en el tahalí de mi tizona el rayo.
Navío que cobija mi bandera,
cumple las leyes de la sangre mía:
quien tramó la traición por traidor mue-
[ra,
que no sufre traiciones mi hidalguía.
(Vuelve al medio mutis.)
¡Cómitre; castigar a esos villanos
ni un solo punto por piedad retardes,
o habré de atarles por mis propias ma-
[nos
las cien mordazas a los cien coba...!
(Avanzando pausadamente hacia doña Sol y
cambiando de entonación. Bernal se que-
da un momento contemplando a don Lo-
pe como dudando si replicarle o no. Lue-
go se encoge de hombros, da media vuel-
ta y se va pausadamente por donde vino.)

DON LOPE

(A doña Sol.)
Perdonad si parte he sido
en vuestro susto y cuidado,
pero ya pasó el ñublado
y albricias os puedo dar,
que al fin quedó sometido
ese levantisco bando...
(Reparando en el llanto de doña Sol.)
mas... ¡por Dios!... ¡si está llorando!...

(Volviéndose hacia doña Juana y apartándose algunos pasos con ella.)

¿Qué pudo desagradar,
doña Juana, a tu señora?
¡Dí!, ¿qué tiene? ¿porqué llora?
¿Quien osado la ofendió?
¿Fué por miedo a esa imprudente
chusma que monta el navío?
¿No es por eso?...

DOÑA JUANA

(Con malicia.)

¡Frío!... ¡Frío!...

DON LOPE

¿No acerté?...

DOÑA JUANA

¡No lo acertáis!

DON LOPE

Entonces, si no es su llanto
de temor ni abatimiento,
lo causará un sentimiento,
una pasión...

DOÑA JUANA

¡Que os quemáis!

DON LOPE

¡Ah, si, por desdicha mía,
llora, al verse prisionera,
porque un esposo le espera
que...

DOÑA JUANA

(Como burlándose de la torpeza de don Lope.)

¡Jesús!...

DOÑ LOPE

¡No digáis más!

DOÑA JUANA

¡Frío!... ¡Frío!...

DON LOPE

(Celoso.)

No lo niegues...
¡Sí, sí, por ese hombre llora!

DOÑA JUANA

¡Nunca más frío que agora!

DON LOPE

Pues por mí...

DOÑA JUANA (Maliciosa.)

¿Por vos?... ¡Quizás!

DON LOPE

¡Por mí!... ¿Y en qué la he ofendido
yo que por ella daría
la vida y arriesgaría
el alma y su salvación?

DOÑA JUANA

(Tomándole de una mano y llevándole aparte.)

¿Os dais por vencido?

DON LOPE

Hablad...

DOÑA JUANA

Pues si llora la cuitada
es... porque está enamorada...

DON LOPE

¡Enamorada!...

DOÑA JUANA

¡Por Dios!
¿Os inmutáis?...

DON LOPE

¡No!... ¿Decíais...
que...?

DOÑA JUANA

Sí, sí; entendedlo bien:
enamorada...
(Recalcando la palabra.)

DON LOPE (Ansioso.)

¿De quién?...

DOÑA JUANA

De un don Lope de Quirós...

DON LOPE

¡Te burlas!...

DOÑA JUANA

¡Dios me castigue
si no es verdad!

DON LOPE

¡Si es verdad...
bien vale tal novedad
de los Incas el tesoro!
Si no mientes, doña Juana,
¡juro por mi salvación,
que te he de dar el galeón
abarrotado de oro!
(Volviéndose hacia doña Sol y contemplándola arrobado.)
Por fin, en las borroscas de mi vida
luce una vez el sol... Una mañana
de rosicler y púrpura teñida,
bruñe la nieve en mi cabeza cana.
¡Ya no es dolor mi juventud perdida!
¡Ya no es mi empresa de aventura vana
¡Mi corazón, su sangre de leyenda
lleva al altar de amor como una ofren[da
(A doña Sol.)
¡Perdonad, doña Sol... Sol de mi auro[ra..
perdonadme si agora
vengo ante vos feliz y al par corrido
como el vil ladronzuelo, sorprendido
al hurtarle a una imagen su amuleto...
y, con la frente de rubor teñida,
confieso que indiscreto,
de vuestra vida sorprendí el secreto
que es para mí el secreto de la vida!
Perdonad, doña Sol; no hay en los sone
de mi rudo cantar de aventurero
el pulido rimar de las canciones
del bardo trovador y cancionero,
que va a plañir al pie de los balcones
del castillo roquero,
donde su amada, sin dormir, le espía
mirando desde la alta celosía...
Yo nunca tuve amor, fruto divino
seco en el eriazo de mi historia,
jamás llegué a toparle en mi camino

para hurtarle el laurel de una victoria...
Fué la guerra la luz de mi destino
y el solo anhelo de mi fe, la gloria;
y así, si canto del amor las pompas,
habló el recio lenguaje de las trompas!
Perdonad, doña Sol; mis toscas manos
no estaban hechas a cuidar rosales,
hechas estaban a azotar villanos,
correr bridones y esgrimir puñales...
(Pausa.)
Mas, dadme un hora; en pechos caste-
[llanos
brota en una hora un haz de madrigales:
Si eres tú sol y vives en el cielo,
yo bordaré de estrellas tu mantelo!
(Oyense dentro el clamoreo y los gritos de los condenados que sufren el tormento.)

VOCES DENTRO

Perdón!... ¡Por amor de Dios!

OTROS

Gracia!... ¡Compasión!... ¡Piedad!...

UNOS

Verdugos, por caridad!

OTROS

Venganza contra Quirós!

(Doña Sol que al terminar don Lope su parlamento se habrá levantado para contestarle, procurando ocultar sus sentimientos trae una rígida dignidad, al escuchar los gritos de los que sufren, se siente atraída hacia ellos y, conmovida, va cambiando de actitud hasta expresar su gran piedad.)

DOÑA SOL

(A don Lope, con acento de angustioso reproche.)

Y habláis de amor!... ¡Escuchad!
Esos dolientes gemidos
que llegan a mís oídos,
os acusan de crueldad...
Mal se concierta en verdad,
con el regalado acento
de tan dulce sentimiento,
el grito desesperado
a la víctima arrancado
por las ansias del tormento!...

BERNAL

(Que vuelve.)

Vitor, don Lope!... Hoy, sin duda
tenéis el santo propicio.
La Fortuna mudó el juicio
de esa gente testaruda
y, después de la lección
que les dió vuesa excelencia,
juraros quiere obediencia
toda la tripulación!
Que al medir por lo que hacéis
la empresa a que os arrojáis,
y, con lo mucho que osáis,
lo mucho que prometéis,
aquestos por avisados
y esotros por convencidos,
gracia os piden los vencidos...
y perdón los condenados!...

DON LOPE

Que vengan todos aquí
y se suspenda el castigo,
Bernal...

BERNAL

¿Todos?...

DON LOPE

¡Todos, dig...

BERNAL

¿También los galeotes?

DON LOPE

(Después de una pausa.)

¡Sí!...

(Vase Bernal y vuelve a poco seguido de toda la tripulación. Al fondo forman los soldados con sus oficiales. Los galeotes y los sublevados avanzan entre filas de marineros armados. Mientras vuelve Bernal don Lope se pasea agitado de un lado a otro.)

DON LOPE

(Encarándose con ellos.)

¡Hola!... Oficiales valientes,
soldados y marineros,
galeotes y remeros
y cuantos estén presentes;
sabed: que por peregrino
acuerdo de Dios y el rey,
por el fuero de la ley
y por la ley del destino,
doña Sol, aquí presente,
gobierna este galeón
y manda esta expedición;
y yo, su lugarteniente,
pues me lo manda y ordena,
cumpliendo su voluntad,
vengo en dar la libertad
a cuantos sufren condena.
Ni remos ni calabrotes
serán de hoy más manejados
por miserables forzados...
¡Ya sois libres, galeotes!
Y, ahora, es preciso saber,
los que me quieran seguir.

(Voces de entusiasmo de los tripulantes.)

UNOS

¡Todos!...

OTROS

¡Sí!... ¡Sí!...

UNOS

¡Hasta morir!

OTROS

¡Hasta morir o vencer!...

DON LOPE

¡A fe que yo no esperaba
menos de vuestro valor!...

Empeñado está el honor
de todos en esta brava
expedición, que ha dé ser,
por lo arriesgada y gigante,
pasmo del mundo... ¡Adelante!
Disponeos a acometer
la más alta y noble empresa
que jamás se haya soñado;
¡la conquista de Eldorado,
que es, por Dios, soberbia presa!
Allí os esperan honores
y tierras que conquistar,
y oro bastante a comprar
imperios y emperadores.

VOCES

¡Viva!... ¡Viva el almirante
don Lope de Quirós!
(Más voces.)
¡Viva!...
¡Sús!... ¡Sús!... ¡A Eldorado!
(Otras.)
¡Arriba!
¡Sús!... ¡A Eldorado!... ¡Adelante!

DON LOPE

También nos espera la gloria... La glo-
[ria
que fué patrimonio, que fué ejecutoria
de nuestros mayores, del viejo solar
en donde naciera la raza guerrera
más brava y altiva, más noble y más fie-
]ra,
de cuantas dominan la tierra y el mar!...
Que un tiempo Castilla, plantel de in-
[fanzones,
luchaba en sus campos; los rojos guio-
[nes
volaban al viento con vuelo de azor,
y el rey, justiciero, valiente y cristiano,
cruzaba la vida llevando en la mano
los dobles laureles de gloria y de amor.
¡Que grande es Castilla! Dios puso una
[raya
ciñendo su suelo, y enhiesta en la playa
lanzó con los ojos sus retos al mar:
—Sujeta a mis plantas se postra la tie-
[rra.
Se embota en el ocio mi espada de gue-
[rra
y aun quiero laureles, y aún quiero lu-
[char!—
Y un mundo de imperios repletos de
[oro
la voz de Castilla contestan a coro
con ecos guerreros que lleva Aquilón...
Y armó sus galeras la noble Castilla,
corsarias de guerra, y en cada flotilla
se embarca una cría del viejo león.
Cachorros que tornan dominio del rey
la tierra que pisan, e imponen la ley
pidiendo a la espada sus rayos de luz;
tizonas que alientan valor y justicia
y tornan al puño su ruda caricia
abriendo los brazos igual que una cruz...
(Se oyen las campanas de a bordo que tocan las oraciones.)
¡A mí los leones del rey castellano!...
Siguiendo mi recio blasón soberano,
el triunfo os promete la fe de Quirós!
(Resuenan dentro tambores y clarines y cajas.)
Y agora, surquemos las olas inquietas,
y lancen al cielo las agrias trompetas
la fe de unos hombres que esperan en
[Dios!
(Don Lope se descubre y todos le imitan, quedando en actitud de orar, mientras suena el ángelus en las campanas de a bordo y baten marcha los tambores y clarines.)

TELÓN RÁPIDO

TERCERA JORNADA

El campamento de don Lope de Quirós y sus soldados en una de las montañas sobre el camino de Eldoraldo. — Don Lope con las gentes del galeón ha conquistado el territorio, con todas sus ciudades y riquezas. El desdeñado novio de doña Sol, ahijado del virey del Perú, vino con un ejército y los batió y los ha cercado, para poner preso a don Lope, y arrebatarle la dama y el botín de la conquista. En la escena se ha de ver al fondo un parapeto con trinchera guarnecido y artillado y con centinelas. A la derecha y a la izquierda las tiendas de don Lope y de doña Sol. Y otra donde se aloja Pedro Seco que es, a la sazón, capitán de los soldados de don Lope. Al comeinzo del acto se celebra consejo de guerra; habrá en escena una mesa y sillas para doña Sol y don Lope y escaños para los oficiales. Además de esto debe cuidarse de presentar cañones, mosquetes, picas y cuanto dé la sensación del lugar que requiere lo que se describe en el diálogo. Procuren que en el centro del escenario haya espacio bastante para que desfilen y formen las guardias al recibir al emisario del enemigo. Oculta en el foro habrá una subida por escotillón por donde saldrán los asaltantes al final del acto, simulando que sorprenden y conquistan el campamento. A mediados del acto, cuando lo indica el diálogo, anochece.

ESCENA PRIMERA

...ernal Díaz (de capitán), el capitán Pedro Seco, oficiales 1.º y 2.º y varios centinelas que no hablan.

PEDRO SECO

(Con aire conciliador y como continuando una conversación.)

Escuchadme, Bernal Díaz...

BERNAL

(Como haciendo alarde de paciencia.)

Ya os escucho, Pedro Seco..

PEDRO SECO

Pero, escuchadme con calma.

BERNAL

(Interrumpiéndole impaciente.)

Y vuelta sobre lo mesmo!...
No habléis de negociaciones,
¡vive Cristo!...
Que antes pierdo
esta banda y la cabeza!
Decidme, ¡voto al infierno!
Para buscar Eldorado?
Y para qué tal empeño
si cuando está en nuestras garras,
cuando al cabo somos dueños
de él y del rico botín
de sus palacios y templos
no hemos de ceder a un
virrey cualquiera? ¿Para esto,
capitán?... ¿Tantos trabajos
para venir a perderlo
todo a la fin y a la postre?

PEDRO SECO

Precisamente por eso;
para no perderlo todo
imagino que debemos
ceder una parte...
Voto al infierno!,
caso en esta ocasión
erráis por sobra de celo...

BERNAL

Vos creéis?...

PEDRO SECO

¡Voy a probároslo!
Dejadme hablar!

BERNAL

Pues, ya os dejo.

PEDRO SECO

Hace cerca de dos meses
que sufrimos el asedio
de las tropas del virrey,
quien trae consigo un ejército
muy numeroso, aguerrido
y bien pertrechado. El nuestro
es diez veces inferior
en número...

BERNAL

(Interrumpiéndole.)

Con denuedo
suple esa falta.

PEDRO SECO

¡Si, a fé!
Pero carece de medios...
la posición que ocupamos
en estos desfiladeros...

BERNAL

(Interrumpiéndole.)

¡Es inexpugnable!

PEDRO SECO

Puede
que lo fuera si tuviésemos
municiones...

BERNAL

¡Qué!... ¿Nos faltan
municiones?...

PEDRO SECO

Al extremo
de que, si da el enemigo
sobre nosotros, tendremos
que luchar al arma blanca
porque los arcabuceros
derrocharon mucha pólvora
en los últimos encuentros

BERNAL

No importa...

OFICIAL 1.°

¡Voto al demonio!
¿De modo que, según eso,
no habrá pólvora?

OFICIAL 2.°

¿Ni balas?...

PEDRO SECO

Tan sólo un barril tenemos
y habrá que cargar con piedras
todas las bocas de fuego.

BERNAL

No importa.

PEDRO SECO

(Encarándose con Bernal.)

¡Por Cristo vivo!
¿Y cómo nos sostendremos
en situación tan difícil,
si asaltan el campamento?

BERNAL

¿Cómo?... ¿Cómo?... ¡Peleando!

PEDRO SECO

Pelear, sí, pelearemos
en proporción de uno a veinte.

BERNAL

¡No importa!

PEDRO SECO

(Impaciente.)

¡Y sucumbiremos!

BERNAL

¡Pues no importa!...

PEDRO SECO

(Irritado ya.)

¡Ira de Dios!
¿que no importa? ¡Por lo terco
parecéis aragonés!

BERNAL

Pues ahí veréis, soy manchego.
Mas nada al cabo me importa
si me salgo con mi empeño.

PEDRO SECO

¿Y cual empeño nos trujo
hasta aquí, sino el deseo
de mejorar de fortuna?
Y pues que ya lo tenemos
conseguido, pues logramos
a la vez honra y provecho,
debemos de ser prudentes.

BERNAL

¡Tened la lengua!

PEDRO SECO

(Con misterio, viendo aparecer a Maya.)
¡Hablad quedo!
(Maya aparece por la izquierda, atraviesa el escenario y vase por la derecha hacia el fondo.)

BERNAL

¿Qué sucede?

PEDRO SECO

¡La hechicera!

OFICIAL 1.°

¡La india!... ¡Maya!

BERNAL

(Encogiéndose de hombros.)
Ya la veo...

OFICIAL 1.°

Como ella es la confidente
de don Lope...

BERNAL

¿Y qué tenemos
con que sea o que no sea?...

OFICIAL 2.°

Que no es prudente...

OFICIAL 1.°

Yo tengo
para mí que esa mujer
no nos traerá nada bueno.

BERNAL

Ese ya es otro cantar.
Al fin estamos de acuerdo
en algo.

OFICIAL 2.°

¿Mentáis mujeres?
¡Pues mienta el demonio enredos!

PEDRO SECO

Y sin embargo, señores,
a fuer de hidalgo, confieso
que esa mujer hasta agora
ha sido fiel como un perro
al general...

OFICIAL 1.°

Y ha guiado
con tal arte a nuestro ejército
que, acaso más que a las armas,
la victoria le debemos.

OFICIAL 2.°

Y ha ganado a los caciques
más poderosos, abriéndonos

BERNAL

Eso es verdad.

PEDRO SECO

Sí, por cierto.

BERNAL

Mas... hay no se qué de extraño
en su conducta...

OFICIAL 1.°

Eso mesmo
creo yo...

BERNAL

Con sus artes
allegó diez mil guerreros
indios mayas, aguerridos,
bien armados y dispuestos
que nos prestaron su ayuda
poderosa en todo riesgo.
Pues yo pregunto: ¿y agora,
porqué no ocurre lo mesmo?
¿Qué hace, mano sobre mano,
sin remediar el aprieto
en que estamos?

PEDRO SECO

Sí, es extraña
tal conducta...
(Reparando en don Lope que llega por la izquierda.)
pero observo
que viene hacia acá don Lope
con doña Sol... Retirémosnos...
(Pedro Seco, Bernal y los dos oficiales se retiran hacia el fondo.)

ESCENA II

Dichos, doña Sol, don Lope, oficiales 3.° y 4.° y otros varios oficiales y soldados de don Lope.
(Doña Sol y don Lope aparecen, conversando, por la izquierda y al par de ellos oficiales y soldados llegan de todos los lados de la escena, formando animados grupos mientras ellos hablan.)

DON LOPE

(Volviendo al primer término con doña Sol.)
Cuadran a vuestra gracia seductora
los marciales arreos de tal suerte
que pasmado me habéis, noble señora,
al veros ante mí, gallarda y fuerte
y aun más bella que Diana cazadora.

DOÑA SOL

(Riendo complacida y en tono de cordial ironía.)
¡Cuánto, don Lope, el tiempo os ha mudado!...
¡No me llevéis a mal que así me ría,
yo que en la paz os conocí guerrero,
de continente altivo, rudo y fiero,
si ahora, en la guerra, os hallo tan le
[trad

DON LOPE

(De buen humor y exaltándose a medida que habla.)

¡Reid!... ¡reid!... ¡que en vuestra risa
[creo
escuchar el alegre tintineo
de campanillas de oro,
forjadas con tan raros privilegios
que parecen vibrar en sus arpegios
todas las arpas del celeste coro!
Y en cuanto a la mudanza... bien se ex-
[plica
son bromas del Amor... como él... ex-
[trañas...
Usa el bigardo tales artimañas
que, ya veis, a las fieras domestica.
Y no os asombre que el milagro hiciérais
vos, cuya gracia envidian los querubes,
y por llamaros Sol surcar debiérais
el cielo azul sobre un pavés de nubes!

DOÑA SOL

(Con maliciosa coquetería.)

Oh... ¡por favor! ¡No me pongáis tan
[alto
dejadme en humana criatura,
si me queréis lograr... que es mucho
[salto
el que hay que dar para tan grande al-
[tura!

(Después de una pausa en que don Lope se queda como pasmado mirándola y ella contemplándole con amable socarronería.)

¿Qué decís?...

DON LOPE

(Amoroso y galante.)

¡Me declaro en retirada!

DOÑA SOL

¿Me otorgáis la victoria?

DON LOPE

¡Sí, completa!

DOÑA SOL

Os ofrezco el desquite...

DON LOPE

La estocada
dé de maestro y tarda la parada
que hasta burla burlando sois discreta!
Mas, ya que me vencísteis, ¡sed piado-
[sa...
lo dejéis de este mísero soldado
cautiva a tal extremo vuestra suerte;
no desoigais la súplica ardorosa
de un corazón por vos acongojado
que por primera vez teme a la muerte!

DOÑA SOL

Grato me es inspiraros tal cuidado,
porque es Amor, Don Lope, quien lo
[inspira
ni la sangrienta ira
me podrán apartar de vuestro lado.
Quiso Dios al juntar nuestro destino
que una mi vida con la vuestra fuese...
¡El nos mostró a los dos igual camino
(Con dulce ironía.)
y os habré de seguir mal que vos pe-
[se!..

DON LOPE

Pues su fallo acabemos... y adelante!
¡que, a pesar de la suerte, harto incons-
[tante,
con la ayuda de Dios y esta tizona,
un reino os he de dar, bella amazona!
¡Mas, venid, presidamos el Consejo,
que ya esperan mis bravos capitanes.

(Le ofrece a doña Sol la mano galantemente y la conduce hasta la mesa junto a la que ella toma asiento. Los oficiales al verlos aproximarse se descubren, colocándose en semicírculo frente a la mesa. Los soldados detrás de ellos.)

DON LOPE

(Antes de sentarse a presidir. A los oficiales.)

Cubríos, señores y tomad asiento...
(Después de una pausa.)
La situación se agrava hasta tal punto
que antes de decidirme a lo que intento,
consultar he querido
vuestra franca opinión en el asunto...
porque el peligro arrecia... y yo ba-
[rrunto
un lance divertido...
Por la gloria de Dios y de Castilla
ganamos esta tierra de Eldorado,
¡de este imperio, de tantos codiciado,
cuya riqueza es rara maravilla!...
Para tan grande empresa
nadie nos prestó ayuda, ni nosotros
la pedimos a nadie, pero luego,
el virrey del Perú, sediento de oro,
cuando vió en nuestras manos el tesoro
se negó a declararlo buena presa.
Y envidiando mi triunfo y mi proeza
mandó echar un pregón por nueva Es-
[paña
poniendo a bajo precio mi cabeza...
juntó sus tropas y salió a campaña.
Mas hubo de sufrir rudo escarmiento
y retirar sus huestes destrozadas
una vez y otra vez... y en consecuen-
[cia
pactó una tregua, viéndose forzado
a esperar la sentencia
del Rey, en este pleito desdichado...
¡Mas temo que no cumpla lo pactado!
y si esto ocurre ¡vive Dios! que es gra-
[ve...

que es tal nuestra escasez de municio-
[nes,
que al cuarto de hora de romperse el
[fuego,
en nuestras posiciones
quedarán convertidos en juguetes
bombardas y cañones
y en escobas de caña los mosquetes...
En el trance en que estamos
dos caminos tenemos
a escoger. ¿Qué escogemos?
¿Rendirnos o morir?... ¡Hablad!... ¿Qué
[hacemos?

(Se hace un largo y embarazoso silencio. Los oficiales se miran unos a otros sin atreverse a contestar.)

PEDRO SECO

(Decidiéndose a hablar.)

Yo opino, general... si vuecelencia
me otorga su licencia,
y buscar con cautela algún pretexto
que nos procure el modo
de ceder parte y no perderlo todo.

(Al escuchar la palabra de Pedro Seco se levantan grandes murmullos entre los oficiales.)

BERNAL

(Levantándose airado.)

¡Yo opino lo contrario, voto a!...

(Avergonzado al reparar que está en presencia de doña Sol, corta el voto y prosigue, queriendo demostrar gran mesura y corrección que provoca a risa.)

Digo...
que si después de echarla de valientes
y enseñarle los dientes
nos vamos al virrey con la embajada...
obraremos cual necios imprudentes...
pues verá confirmada
nuestra ruina y quebranto
y, en lugar de la parte concertada,
hallará más sencillo
pasarnos a cuchillo...
¡y quedarse con todo, como un santo!

(Don Lope, risueño, asiente con la cabeza y los oficiales y soldados aprueban, entre aplausos y risas, lo dicho por Bernal.)

OFICIAL 1.°

¡Tiene razón!...

OFICIAL 2.°

¡Si a fe!...

OFICIAL 3.°

¡La cosa es clara!

OFICIAL 4.°

¡Estamos, pues, perdidos sin remedio!

BERNAL

¡Perdidos o ganados, quién repara!
¿Es que hay alguno aquí que retroceda?

PEDRO SECO

¿No quedará un recurso?...

DON LOPE

¡Uno nos queda!
No quiero verter sangre inútilmente...
pero si el caso llega
podremos inundar toda la vega
con desviar el curso del torrente...

(Esta declaración de don Lope da lugar a entusiasmo de todos, que aplauden.)

VARIAS VOCES

¡Gran idea!...
¡Soberbia!...
¡Vitor!...
¡Bravo!...

(Suena dentro un clarín y al oirle se restablece el silencio.)

DON LOPE

¡Hola!... ¡Sonó el clarín!... Id, Berna
[¡Día
y ved qué ocurre...

BERNAL

¡Al punto!

(Vase por el fondo para volver a poco.)

DON LOPE

(A los oficiales.)

Caballeros,
oídas vuestras varias opiniones
demos por terminado este consejo.
Yo obraré en consecuencia y como cum
[ple
a vuestro general. Estad dispuestos
que es fuerza resistir al enemigo
sin cederle ni un palmo de terreno.

VOCES DE LOS SOLDADOS

¡Viva don Lope!... ¡¡Viva!!...

DON LOPE

(A Bernal que vuelve.)

¿Qué sucede?

BERNAL

(Que vuelve.)

El enemigo envía un parlamento.

DON LOPE

(A Bernal.)

Pues hacedle llegar a mi presencia.
¡Al instante!

(Vase de nuevo Bernal por donde entró. Do Lope a los oficiales.)

¡Atención!... Recibiremo
con toda ceremonia la embajada.
Formad la tropa, desplegad al viento
las banderas y haced que los clarines
y atambores resuenen. ¡A su puesto
cada cual!

(A doña Sol.)

Doña Sol, ya vuestro sitio está a la
diestra mano de mi asiento.

(Los oficiales se dispersan por todos lados Forma la tropa en torno de la escena co las banderas desplegadas, mientras algu

ESCENA III

Dichos. Bernal, Maya, don Gonzalo y un Alférez del virrey; luego doña Sol y don Lope con sus oficiales y soldados.

Aparecen por el fondo, conducidos por Bernal y Maya y escoltados por algunos soldados, don Gonzalo de Silva y el alférez del virrey con los ojos vendados y trayendo el segundo una bandera blanca atada en la punta de una pica. Los clarines y atambores baten marcha. Al quedar unos y otros frente a frente, Bernal, obedeciendo a una señal de don Lope, arranca las vendas que cubrían los ojos de los emisarios del virrey. Estos y don Lope se saludan ceremoniosamente. Cesan de tocar los tambores y clarines.

DON LOPE

(Dirigiéndose a los emisarios.)

Bien venidos seáis a honrar mi campo,
mis ilustres señores; quiera el cielo
que con vuestra embajada
llegue la paz, de todos deseada,
y cesen sobresaltos y recelo...

DON GONZALO

De vos depende, general....

DON LOPE

Me holgara
que fuera así... Decidme, sin rodeos,
lo que quiere el virrey.

DON GONZALO

(Altanero.)

Quiere y orden...

DON LOPE

(Con ironía.)

Pardiez!

DON GONZALO

(Enérgico.)

¡Sí, y os intima
que depongáis las armas
sin condición alguna y bajo pena
de declararos reos
de alta traición!... ¡Don Lope, yo os arresto
en nombre del virrey!...

DON LOPE

(Con irónica calma.)

¿Y para esto
vinísteis hasta aquí?... ¡Linda embajada!

DON GONZALO

(Adelantándose con resolución hacia don Lope.)

General, entregadme vuestra espada!

DON LOPE

(Con asombro e indignación.)

Mi espada osáis decir!... ¿Que yo os la entregue?..!

(Conteniéndose.)

Preciso es que la cólera le ciegue
(Con ironía.)
o que sea el virrey muy poco duche
(Subrayando las palabras.)
en esto de las armas... pues tenerla
no es lo mismo ¡por Dios! que mantenerla
y esta tizona, alférez, ¡pesa mucho!...
(Desenvainando la espada con calma y mostrándola por la punta.)
Miradla, ¡vive Dios!, su limpio acero
tiene el temple del alma castellana,
¡que hasta del mismo sol el rayo fiero
quiebra al chocar con su hoja toledana!
Su aguda punta, triángulo sagrado,
señala, como el dedo del destino,
el ideal camino
por nuestra ardiente aspiración soñado...
La cruz que hay en su recia empuñadura
dice la fe, y el cáliz de su taza
¡copa insaciable abierta hacia la altura!
la condición ferviente, terca y dura
de la fecunda entraña de la raza.
Herencia de Rodrigos y Guzmanes,
joya sin par de ilustres capitanes,
este acero triunfal, mil veces santo
y mil veces temido,
premio fué por mi audacia merecido
que don Juan de Austria me ciñó en Lepanto.
Tan alta recompensa, considero
que otorga a mis acciones
tanta o mayor autoridad y fuero
que a un virrey su despacho y su estampilla...
pues doquiera que planto mis pendones,
¡tierra que piso es tierra de Castilla!
Y así tened en cuenta,
si acaso a vuestro ingenio se le escapa,
que en lucha está conmigo quien me afrenta
¡sea Virrey, Emperador o Papa!
Decidlo así al virrey en nombre mío,
y añadid que esta espada venerable
precisa un corazón de aliento y brío
y como ella indomable;
que quien quiera a esta mano arrebatarla
¡por el filo y la punta ha de tomarla!...
Y siendo él, por lo visto, harto pequeño
para tan grande empeño,
porque su limpio acero no mancille
¡jamás la he de rendir, en tanto brille
firme en mi diestra su desnuda hoja!
Y si un día mi mano, inerte y floja,
la dejara caer... ¡es tan pesada,
que yaciera por siempre abandonada
si no nace un titán que la recoja!

(Pausa.)
¿Tenéis más que decir?

DON GONZALO

(Indignado.)
Sí, se os reclama
una muy noble y desdichada dama
que, sorprendida por villana intriga,
retenéis prisionera
contra su voluntad, honor y fama!

DON LOPE

(Indignado.)
¡Miente el virrey y miente quien tal diga!
(Conteniéndose y después de una pausa.)
Mas he aquí que la dama está presente...
interrogadla vos si lo consiente,
que su palabra mi lealtad abona.
Y si sale una frase de sus labios
que me pueda culpar, ¡una tan sólo,
que demuestre desdén, odio o tibieza,
juro romper yo mismo esta tizona
y entregarle al verdugo mi cabeza!
(A sus oficiales.)
Bueno es, señores, que nos retiremos...
No es justo que su plática estorbemos...
(Don Lope y los oficiales hacen ademán de retirarse.)

DOÑA SOL

(Deteniéndolos.)
¡No, no; escuchadme todos sin reparo!
Yo aquí solemnemente lo declaro:
libre me halló don Lope y libre sigo...
En la conducta que observó conmigo
jamás hallé que reprocharle nada...
Si tras él voy doquiera es como esposa,
que a su vida azarosa
¡sólo el amor me tiene encadenada!

DON LOPE

(A don Gonzalo, con aire de triunfo.)
¡Ya lo oísteis!...

DON GONZALO

¡Sí, a fé!... ¡Pero es dudoso
y habré de protestar!...

DON LOPE

(Interrumpiéndole con altanera autoridad.)
¡Basta!...
(Dirigiéndose a Pedro Seco.)
Al momento,
capitán, ved de dar alojamiento
a estos señores, pues, la noche cierra
y los senderos son tan intrincados
que pudieran quedarse extraviados
entre las asperezas de la sierra.
Id. Que reposen cuanto tengan gana;
y si les place, al toque de diana
los escoltáis de nuevo al campamento.

PEDRO SECO

Así lo haré.
(Saluda a don Lope y vase por la derecha seguido de don Gonzalo y el oficial del virrey.)

DON LOPE (A los suyos.)
¡Soldados!
¡Cada cual a su puesto!
(Todos los soldados y oficiales desfilan y vanse. A doña Sol.)
Os doy gracias, señora,
por vuestro noble proceder conmigo...

DOÑA SOL

¡Yo las doy al Señor, que me hizo amar
[te!...

DON LOPE

¡Callad, por Dios, sirena encantadora!...
Pero venid y reposad agora
mientras que yo vigilo al enemigo...
(La conduce hasta su tienda y vuelve luego dirigiéndose hacia el fondo.)

MAYA

(Saliéndole al encuentro y deteniéndole.
¡Escucha, hijo del Sol!... ¡Tengo que
[hablarte!

ESCENA IV

Don Lope y Maya.

DON LOPE

(Deteniéndose.)
¿Qué tienes que decirme?

MAYA

Deseaba avisarte...

DON LOPE

¿De qué?

MAYA

De un gran peligro.

DON LOPE

¿Cuál? ¿A quién amenaza?

MAYA

¡A tí... y a mí... y a toda tu raza y a m
[raza
Hoy se fija tu suerte. La clave del ar
[cano
que rodea tu vida está en tu propia ma
[no.
No lo dudes, don Lope y sígueme. ¡Aban
[dona
a esa mujer! Yo, en cambio, te ofrezco
[una corona

DON LOPE

¡Qué dices!...

MAYA

Lo que dicen los astros de tu vida

DON LOPE

¿A qué mujer aludes?

MAYA

A la que tú prefieres...

DON LOPE

Luego ¿hay otra?...

MAYA

Sí, hay otra de ti desconocida.
Tu estrella está indecisa entre esas dos
[mujeres
A la una el Mal Espíritu te tiene enca
[denado

si no te apartas de ella serás aniquilado.
La otra es la casta esposa para tí desti-
[nada,
que ha de abrirte las puertas de una di-
cha ignorada.

DON LOPE
(Como conciibiendo cierta sospecha.)
Y esa mujer extraña, ¿dónde está?...

MAYA
Su existencia
de nadie es sospechada ni su nombre sa-
[bido.
Sólo Maya podría guiarte a su presen-
[cia.
Por eso aquí, don Lope, a buscarte ha
[venido.

DON LOPE
Y ¿para qué? ¿Qué diablos pretendes?

MAYA
Conducirte
lejos de los peligros que te cercan.
[Guiarte
hasta el lugar seguro donde has de aper-
[cibirte
a saber los misterios en que debo ini-
[ciarte.
El instante es propicio. Si la sombra
[aprovechas
podrás salir del campo sin despertar
[sospechas.

DON LOPE
Deliras.

MAYA
No deliro.

DON LOPE
¡Aparta!

MAYA
¡No te vayas....
Atiende mis consejos si no quieres per-
[derte,
pues si resuena el grito de guerra de
[los mayas,
caerá sobre tu campo como un rayo la
[muerte.
Ay de tí y de los tuyos si tu audacia
[provoca
la cólera del cielo!

DON LOPE (Apartándola desdeñosamente.)
¡Aparta, bruja loca!
El miedo de la muerte no llega al co-
[razón.
Yo no tengo temores, tengo solo ambi-
[ción.

MAYA
Si te ofrezco riquezas, amor y poderío...
cuanto tu amor procura, ¿por qué no te
[haces mío?

DON LOPE
Tengo un rosal de amores en mi pe-
[cho!...

MAYA
Abandona
a esa mujer; yo en cambio te ofrezco
[una corona,
oro para un imperio de cien emperado-
[res,
millares de guerreros que esclavizan la
[guerra
el amor de la virgen más bella de la tie-
[rra
que te dará el secreto de sus nuevos
[amores.

DON LOPE
Aparta de mi oído tan tenaz pesadilla.

MAYA
Piensa en la tierra parda de la yerma
[Castilla
y mira que te ofrezco oro, regalo, flo-
[res,
mando, tropas, belleza, descanso, sol y
[amor!...

DON LOPE
(Vacilante.)
Aparta de mis ojos tu necia pesadilla.
Mi amor es doña Sol, mi tesoro Casti-
[lla
y riqueza, y belleza y grandeza me
[abona
que pudieran ganarlos mi brazo y mi ti-
[zona.
(Don Lope dice estas últimas frases como pesaroso de rechazar las ofertas de la india. Maya se arrodilla y toma una mano de don Lope en actitud de súplica. (Pausa.)

ESCENA V
Dichos y doña Sol

DOÑA SOL
¡Tan presto se huyó el amor
de vuestra alma, que sufris
las quimeras
de veneno encantador
y sus palabras oís
hechiceras?
¿Qué se hizo de aquel amor
que todo el pecho encendía
sin sosiego?
¿Como muda mi señor
y apaga en un solo día
tanto fuego?...
La ambición mata el amor
porque el ansia de mandar
lo combate...
¡Solo pido a mi señor
que si me ha de abandonar
que me mate!...
(Se arrodilla ante don Lope.)

DON LOPE
Alzad del suelo, mi señora,
mi reina amada: el sol que dora
la tierra fria.

Aunque la noche le mueva guerra
nunca se abate bravía la tierra
a medio día!
(Le alza y le toma la mano amorosamente.)

MAYA

(A doña Sol.)
Liviana y placentera, confundes y en-
[trelazas
el amor de los seres y el dolor de las
[razas
dentro de un mismo corazón...
En tus brazos sensuales como un torbe-
[llino
perderá el derrotero de su rumbo el ma-
[rino
¡y no habrá tregua ni perdón!...

DOÑA SOL

¿Qué habrá perdido en mis brazos?...
Mi fé la tengo rendida,
hasta la muerte.
Por él desaté los lazos
que me ataban con la vida
y con la suerte.
Amor que todo lo ciega
brotó en mi pecho, al conjuro
de su voz...
¡Máteme si me reniega,
sea yo trigo maduro
y él la hoz!...

DON LOPE

(Bruscamente.)
¡Si tuviera en mi mano oro, regalo, flo-
[res,
mando, tropa, belleza, descanso, sol,
[amores.
cetro y corona, como Rey...
todo lo perdería por no causar enojos
a los dulces antojos, que me muestran
[sus ojos
¡fieros tiranos de mi ley!...
(Toma a doña Sol de la mano amorosamente y la conduce hasta uno de los asientos que hay cerca de la mesa.)

DOÑA SOL

Gracias don Lope, nunca pensé que se
[escucharan
tan finos madrigales que a mí me cauti-
[varan
bajo los grillos de tu amor...

DON LOPE

En vos amo señora, a todas las muje-
[res
y del recio poema de mis agrios deberes
vos sois la estrofa y el lector.

MAYA

Guerreros castellanos; ¡como el amor
[vos pierde
cuando el orgullo encubre la pasión que
[vos muerde
las fuentes vivas de piedad!...
¡Venis con vuestras hembras altivas y
[arrogantes
a esclavizar los pueblos de los bosques
[gigantes
de los montes ingentes y las noches
[brillantes
suma de toda inmensidad.
¡No podréis, no podréis! Hijos domina-
[dores
no engendraréis. Alzarse verán los
[opresores
las aguas de los ríos y del mar,
las fieras de los campos, mis feroces ar-
[queros
y embotará la punta y el filo a tus ace-
[ros
mi odio ardiente y secular.

DON LOPE

Podremos, venceremos, torpe raza de
[esclavos
¿qué opondréis a la marcha triunfal de
[nuestros bravos?

MAYA

¡Oro que pudre el corazón!

DON LOPE

¡Oro! Está en nuestras manos todo el
[oro del mundo
que el león de Castilla, guerrero y va-
[gabundo
le ha puesto al sol contribución.

MAYA

¡Alzaremos millares de guerreros!...

DON LOPE

Escucha:
El alma de Castilla, es altar de la lucha
y extiende un brazo en cada mar,
quiere prender el mundo, y el logro de
[sus planes
ha fundido una estirpe de férreos capi-
[tanes
que no aprendieron a cejar.
Al que alentó en Castilla madre tran-
[quila y clara,
en los campos, al miedo, no le ha visto
[la cara
limpio está siempre de pavor,
y así vamos forjando a golpe de tizona
cual mágicos orfebres, la esplendente
[corona
que ciñe el rey nuestro señor.

MAYA

Bajará el gran Espíritu para moveros
[guerra
y el que elige los reyes, clamará por su
[tierra
materna, próvida y feraz
de los gigantes árboles que amenazan
[al cielo
de las flores divinas, y cavará en su
[suelo

la tumba eterna de la paz.

DON LOPE

Qué me importa el espíritu de tus dio-
[ses, si tengo,
mi camino trazado por el destino, y vengo
del mar, y traigo gracia y luz!
En el pecho los ímpetus de amor aven-
[turero
la coraza ceñida, en la mano el acero
y en mis blasones una cruz.

MAYA

Cuando claven tus manos en esta tierra
[mía
los sangrientos emblemas de vuestra
[teología,
los leños de la cruz retoñarán;
cuando la savia nueva de la tierra las-
[civa
trueque las viejas cruces en nuevas
[plantas vivas
en las que todos se amarán...

DON LOPE

Sella el labio blasfemo; por nuestros
[crucifijos
mandarán en tu tierra los hijos de mis
[hijos
mientras alumbre el claro sol.
Si florecen las cruces, como necia pre-
[gonas,
le daremos a Cristo la cruz de las tizo-
[nas;
¡es cristo férreo español!
¡Parte, ve con los tuyos, alza toda tu
[tierra,
mueve contra mi esfuerzo los rayos de
[la guerra!
¡ya estoy ansioso de beber!
la sangre de los tuyos!... «¡Hola a mí
[centinela,
ten cuenta de los pasos de esta mujer,
[y cela
cuanto hiciera en el campo y a tu vista!»

MAYA

(Al mutis y seguida del centinela.)

Abandona
a doña Sol, yo en cambio te ofrezco una
[coraza.
¿No escuchas mis consejos? Ya quieres
[perderme
caerá sobre tu campo como un rayo la
[muerte,

(Mutis.)

ESCENA VI

Don Lope, doña Sol; luego Bernal Díaz, Pedro Seco y todos los oficiales y soldados de don Lope.

DON LOPE

Ven a mí, doña Sol; el encanto de amar
que ganó mi sufrir, me inflamó el cora-
[zón
con la luz de un querer, que me quiso
[alumbrar
y me dió el resistir la fatal ambición.

DOÑA SOL

Fué saber, fué pasión, fué el encanto
[de amar,
el dolor de sufrir y el placer de triun-
[far.

DON LOPE

De mi ardor y mi fe fuiste reina gentil,
ya mi pecho glacial, con tus brazos pren-
[dió
su azucena el querer, sus claveles Abril,
sus olivas la paz, su rosal Jericó,
junto a tí dí un adiós a mi vida falaz.

DOÑA SOL

¡Ay rosal, ay clavel, ay olivas de paz!...

DON LOPE

Yo no tuve jamás más que pena y dolor.
Conocí la ansiedad, conocí la inquietud,
tús has logrado encender mis hogueras
[de amor
y a mi pecho tornar la feliz juventud.

DOÑA SOL

¡Mocedad, inquietud, el dolor de espe-
[rar!

DON LOPE

Por amor combatir y el placer de triun-
[far
te arrullaba al compás del remar del ba-
[jel
en la noche feliz que tu pecho en hervor
y tus ojos sin luz, y el calor de tu piel
me supieron decir lo que vale el amor.
¡Ay amor, ay bajel, ay la noche de Abril!
¡Ay blasón de Quirós con su reina gen-
[til!

VOCES DENTRO

¡Tración!... ¡Traición!...

BERNAL

¡Rodea el campamento
el enemigo!

DON LOPE (Gritando.)

¡Alarma, capitanes!

VOCES DENTRO

¡Alarma!... ¡Alarma!...

OFICIAL 2.º

(Por la izquierda.)

¡Ceneral!...

DON LOPE

¿Qué es ello?

OFICIAL 2.º

¡Los indios!...

BERNAL

¡Vive Dios!...

OFICIAL 2.º

¡Han sorprendido
el reducto exterior del campamento!

(Don Lope y Bernal suben a observar desde encima del parapeto.)

BERNAL

(Observando.)

Nos atacan de frente...

DON LOPE

¡Y por los flancos!

BERNAL

(Descendiendo.)

¡Pronto, porque amenazan envolvernos!

DON LOPE

(Descendiendo a su vez.)

¡Aquí todos los míos!...

(A su voz acude toda su gente y se congrega en torno de él.)

¡Capitanes y soldados! ¡Valor!... Llegó el momento de mostrar quienes somos.

(Don Lope cogiendo la bandera que le da un oficial.)

¡Mi bandera!

OFICIAL 1.°

¡El enemigo llega!

VOCES

¡Presto!... ¡Presto!...

DON LOPE

(Mostrando en alto la bandera.)

¡Vedla: es la vieja enseña de Castilla! ¡de la madre Castilla!

DOÑA SOL

(Tremolando la bandera que le entrega don Lope.)

¡Compañeros! ¡quien quiera que la siga!...

(Suena un tiro cerca y cae don Lope redondo al suelo.)

¡Ay mi amor! Don Lope, ¿estais herido?

BERNAL

¡Quizá muerto!

(Mutis.)

DON LOPE

(Alzándose del suelo.)

Otra vez en la negra pesadilla el dios de Maya lucha con mi Dios al que ampara al intento de Castilla. ¡Después de Dios, don Lope de Quirós

VOCES DE LOS SOLDADOS

¡Cierra!... ¡Cierra!...

UNA VOZ DENTRO

¡Al asalto!... ¡Al asalto los piqueros!

DON LOPE

(Buscando en torno a doña Sol.)

¡Doña Sol!...

DOÑA SOL

(Poniéndose a su lado.)

¡Aquí estoy; a vuestro lado!

DON LOPE

¡Sí, conmigo!

VOCES DENTRO

¡Al asalto!... ¡Fuego!... ¡fuego!...

(Suena dentro una descarga.)

DON LOPE

¡Adelante, soldados!

LOS SOLDADOS

¡Adelante!

BERNAL

¡Castilla por don Lope!

TODOS

¡Sus!... ¡A ellos!...

(Doña Sol, Bernal y todos los oficiales y soldados se lanzan, llenos de entusiasmo, detrás de don Lope en el momento en que aparecen los primeros enemigos sobre el parapeto.)

DOÑA SOL

¡Ay amor, ay bajel, ay la noche de Abril!

DON LOPE

¡Ay blasón de Quirós con su reina gen[til

TELÓN

CUARTA JORNADA

Un lugar abrupto y desierto sobre un monte aislado en medio de la pampa. A la derecha se ven las ruinas de un viejo templo maya. A la izquierda, la escena estará cortada por un profundo precipicio en cuyo fondo se supone un gran lago. También a la izquierda, y en primer término, se verá una fuente que brota entre unas peñas. Al fondo, la empinada garganta o desfiladero que da acceso a la cumbre bordeando el precipicio y más, allá, a lo lejos, la pampa interminable dorada por el sol poniente.

ESCENA PRIMERA

Don Lope y Maya, al final, doña Sol, Bernal, don Gonzalo y algunos soldados.

(Al levantarse el telón aparecen don Lope y Maya subiendo trabajosamente por la empinada cuesta del fondo. Don Lope viene herido y maltrecho. Ha perdido el sombrero en la refriega y en su lugar una ancha venda le cubre la frente. Debilitado por la sangre que ha perdido, extenuado por la sed, rendido por la fatiga vacila al andar, pero rechaza obstinadamente el auxilio que Maya solícita le ofrece, apoyándose sólo en su propia espada que lleva envainada, en la mano, sirviéndole de báculo.)

MAYA (Solícita a don Lope, viéndole vacilar.) Déjame que te ayude...

DON LOPE (Rechazándola.) No he menester ayuda.

apóyate en tu esclava, orgulloso guerrero.

DON LOPE ¿Mi esclava? ¿Y no has oído, ¡vive Dios!, que no quiero
otro apoyo que el mío?...

MAYA (Viéndolo vacilar.) ¡Qué obstinación!... ¡Vacilas!...
La ansiedad y la fiebre que arden en tus pupilas
darán contigo en tierra.

DON LOPE ¡Oh, pues si así no fuera!
¿crees tú que la lucha mi voluntad rindiera?
A no ser por la fiebre que la energía agota,
la sangre de la herida que mana gota a gota,
y los nervios que ceden, y la sed extenuante
que trueca en un sér débil al más fiero gigante,
tal y como me viste pelear ha tres días,
luchando eternamente, sin cejar, me verías.

MAYA Resistir sus designios fuera retar al cielo.
Reposa, pues, y en calma este instante aprovecha,
que hasta el condor abate su poderoso vuelo
cuando hiere sus alas la punta de una flecha.

DON LOPE Descansaré ¡qué diablo! puesto que ello es forzoso
si he de seguir marchando. Mas juro por mi nombre,
lo hiciere quien lo hiciere, que fué poco ingenioso
encerrar de un espíritu el ardor codicioso,
en materia tan flaca como el cuerpo de un hombre.

MAYA (Sacando de una especie de zurrón que llevará consigo algunos vendajes y un pomo de barro.) Descansa y con mi bálsamo sanaré tus heridas...
(Conduciéndole hacia unas piedras de las que habrá esparcidas por el suelo.)
Ven... Aquí... En estas piedras...

DON LOPE Sentándose donde Maya le indica.) Que no están muy mullidas
por cierto, mi dotora...

MAYA (Mientras atiende y cura a don Lope.) ¡Tu orgullo no se abate!
Hasta los mismos dioses se asombrarán de verte
aún de pie tras el rudo y sangriento combate
en que por siete heridas te hizo presa la muerte.
Tres días y tres noches llevamos caminando,
la fiebre te consume y tú sigues andando...

DON LOPE Y sigo y sigo andando, ¡por Cristo!, y anduviera
hasta la fin del mundo si allí se me dijera
que había de encontraría, pues no hay mayor fatiga
que ignorar donde se halla ni sed más espantosa
que éste que, lejos de ella, como un lobo me acosa.
(Exaltado, tratando de incorporarse.)
¡Condenación!

MAYA (Conteniéndole con dulzura.) ¡Detente!

DON LOPE (Más calmado.) Dime, noble doncella,
dime ya, ¡por los cielos qué es lo que ha sido de ella.
(Hay una ligera pausa mientras Maya, que habrá terminado de hacerle la cura guarda de nuevo en su zurrón los vendajes, etc.)
¿Te callas? ¡Oh, recuerda lo que me has prometido!
Dime, ¡voto al infierno!, para qué me has traído
a este lugar...

MAYA (Tratando de eludir la respuesta llamándole la atención sobre otras ideas.)
¡Espera!... ¿No ves allí una fuente?
(Se dirige a la fuente, de la cual llena un vaso de metal que saca del zurrón, y después de verter en el líquido unas gotas de un elixir viene a ofrecérselo a don Lope.

DON LOPE No, mi sed no se apaga ni con todo un torrente. (Bebe.)
Beber, sí; reposar
ya no, porque no puede reposar el deseo...
¡Escucha!... ¡Tú me engañas!... Lo presiento, lo veo
en tu actitud cobarde... ¡Por tu vida, responde!
¿Dónde está doña Sol, vil hechicera?

Mi funesto arrebato nos separó... El averno
no desató más furias y espantos, ni el infierno
abortó más horrores que aquéllos que sentí
cuando al tornar mis ojos la busqué... ¡y no la ví!...
«Sígueme si deseas hallar lo que has perdido.»
Y te seguí... sumiso, como manso cordero,
hora es ya de que cumplas lo que me has prometido
¡Basta ya, vive el cielo! Dime lo que pretendes,
ocultando a mi afán lo que mi afán procura.
¿Dónde está doña Sol?, ¿lo sabes por ventura?
Medita tu respuesta ¡y ay de tí si me vendes!

MAYA — Maya no te ha vendido. Si perdiste su huella
no culpes a tu esclava, culpa sólo a tu estrella
La mujer que persigues, ¡oye bien lo que digo!
cautiva está en el campo del virrey, tu enemigo.

DON LOPE — (Con súbito arrebato, tirando de la espada como para matar a la india.)
¡Ah, maldita!
(Conteniéndose.) ¡Huye!... ¡vete, condenada! ¡No quiero
manchar mi noble espada con tu sangre de arpía!...
¡Matarte fuera poco... y me deshonraría!
(Conteniéndose a duras penas.)
¡Huye de mi presencia, perra bruja!...

MAYA — ¡Primero
me has de matar! ¡Escúchame, orgulloso extranjero.
¡Perdido estás, y sólo puede ya protegerte
el que es dueño de todo, de la vida y la muerte!
y escúchame, pues quiero conmover tu memoria
con el maravilloso relato de tu historia.

DON LOPE — ¡Eh, basta ya!...

MAYA — (Con arranque, poniéndose ante él con ademán enérgico.)
No; espera. ¿Te negarás a oirme?

DON LOPE — (Con acento sombrío en el que vibra la amenaza.)
¡Sea por la vez última! ¿Que tienes que decirme?

MAYA — (Como recogiéndose en sí misma y después de una pausa.)
Hace ya mucho tiempo... Cuando esta tierra mía,
aun virgen, se extendía más allá de los mares,
cuando la raza maya aun quizá no existía
y una tribu gigante poblaba estos lugares...
entonces, descendiendo de su trono celeste,
pisó la tierra el hombre divino, el gran Arjuna,
¡el señor poderoso de la espléndida hueste!
hijo del Sol brillante y de la virgen Luna.
¡Pues oye bien!... Su nieto Axacumán, guerrero
de incontrastable brazo y gigantesca talla,
cuyo augusto linaje será imperecedero,
¡ese fué el primer Inca que tuvo el pueblo Maya!
y tanto creció el pueblo que su mano regía,
que, rebosando el cauce de la gran monarquía,
vino a hallar en sus límites estrecho cautiverio,
entonces soñó el Inca engarzar a su imperio
las tierras misteriosas en donde nace el día...
Y ordenó a sus caciques construir cien piraguas
grandes como las vuestras, para surcar las aguas
en busca del imperio de la aurora naciente.
Y embarcando consigo a la hueste guerrera,
mandó enfilar las proras a la tierra extranjera
y con los ojos fijos en el astro fulgente,
partió con sus guerreros hacia el sol, ¡hacia Oriente!...
¡Y ha de volver!... pues antes de lanzarse a su empresa
hizo ante el Gran Espíritu la solemne promesa

de velar por su pueblo, al que nunca abandona,
y retornar un día de las lejanas playas
encarnando su espíritu en la augusta persona
del postrer descendiente del trono de los mayas.
¡Y ha vuelto!... ¡ha vuelto el hijo del Inca poderoso
a pisar nuestras playas!... ¡Está aquí!... ¡Lo se yo!
Porque ese descendiente de Axacumán glorioso,
el único, el postrero... ¡eres tú, hijo del Sol!... ,

DON LOPE ¡Deliras!

MAYA ¡No deliro!

DON LOPE Tus locas tradiciones
son cuentos infantiles.

MAYA ¡No!

DON LOPE Vana fantasía.

MAYA ¡Escúchame!... Yo tengo poderosas razones
que tu no alcanzas...

DON LOPE ¡Calla! Tu mente se extravía.

MAYA ¿Dudas? Pues dime entonces ¿porqué eres invencible?
¿a qué poder oculto se deben tus hazañas?

DON LOPE No lo sé...

MAYA ¡No lo sabes!... Al poder invisible
(Indicando la espada de don Lope.)
que contiene ese acero.

DON LOPE (Convencido.)
¡En eso no te engáñas!

MAYA Aún no lo sabes todo, pero ya lo presientes.
Esa espada contiene un talismán sagrado...
Su virtud desconoces, más sin duda la sientes
cuando obra en tí ¿no es cierto? Dime ¿no has reparado
nunca en ese soberbio zafiro que perdura,
al través de los siglos, sobre su empuñadura?...
¡Esa es la piedra mágica, la joya prodigiosa
que uno de los Señores de la Faz Tenebrosa
arrancó a la corona del Inca Axacumán!
¡No vaciles y sígueme! ¡deja a los extranjeros!...
¡Ven, tu palabra esperan millares de guerreros
que de nuevo la Tierra por tí conquistarán!
(Insinuante y misteriosa.)
Una esposa te aguarda... en el Valle Escondido...
y posee la clave del tesoro perdido...

DON LOPE ¡Bah!... ¡déjame, por Cristo, embaucadora bruja!
que no es la sed de oro lo único que me empuja.
¿A mí qué se me importa de tí ni de tu casta?
¡Para morir con gloria con ser quien soy me basta.

MAYA ¡Guerrero, álzate y tiembla porque la hora ha sonado!
¡Si un instante vacilas te habrás de arrepentir!...

DON LOPE (Luchando en vano con la fatiga y el sueño que le rinden.)
¡No puedo más!... ¡apártate!... ¡me siento fatigado!...
Mis ideas se pierden... ¡Bah, déjame dormir!...
(Con la mayor indiferencia hacia Maya se reclina en la piedra donde estaba sentado y se queda dormido después de colocar la espada desnuda al alcance de su mano.

MAYA (Vacila un momento. Luego se acerca a él sigilosamente y se apodera de su espada.) ¡Mía es al fin!...
(Contemplándola con cierto temor supersticioso.)
¡Prodigio!... ¡su acero centellea!
¡Fulge como una estrella, misterioso, el zafiro!
¡Y al alzarla mi mano, como encendida tea,
me parece que alumbra el desierto retiro!...
¡Agua limpia y sagrada, abre tu seno

y acoge en él mi ofrenda!...
(En el momento en que Maya va a arrojar la espada al precipicio, doña Sol, que habrá aparecido en el fondo oportunamente, corre hacia ella y la detiene.)

DOÑA SOL (Deteniendo a Maya con una mano y tratando de quitarle con la otra la espada.)
¡Miserable!
¿Qué ibas a hacer?

MAYA (Sorprendida.) ¡Ah!... ¡Tú!...

DOÑA SOL (Arrancándole la espada.) ¡Suelta ese acero!..

MAYA (Desconcertada y con acento de odio.)
¡Siempre tú entre él y yo!... ¡Maldita seas!
(Huye desesperada por la izquierda.)

ESCENA II

(Don Lope, doña Sol, Bernal, don Gonzalo y algunos soldados del virrey.)
(Detrás de doña Sol habrán aparecido Bernal, don Gonzalo y los soldados.)

DOÑA SOL (A los soldados.) ¡Prended a esa mujer!
(Varios soldados se destacan del pelotón y corren en persecución de la india.)

DON LOPE (Que despierta al ruido, pero que aún permanece bajo el influjo del delirio y el sueño.) ¡Delirios, sueños, atrás!
(Buscando en torno a sí.)
¿Dónde?... ¡mi espada! ¡Me la roban!
¡Maya!... ¿tú?... ¡Ira de Dios!... ¡Rayos y truenos!
(Encarándose con el grupo que forman los personajes.)
¡Por muchos que seais he de arrancárosla
y la vida con ella!...
(Reconociendo a doña Sol.)
Más... ¡qué veo!...
¡Doña Sol!... ¡Vos!...
(Viendo su espada en manos de doña Sol.)
¡Mi espada!...

DOÑA SOL (Dándole la espada.) Os la robaron;
mas yo, por dicha mía, os la devuelvo.

DON LOPE ¡Ah, bendita esta mano!
(Besando la mano que doña Sol le tiende con la espada.)
De rodillas
la quiero recibir... Mas ¿cómo es esto?
¿Cómo dísteis conmigo?

DOÑA SOL Vuestras huellas
seguimos sin cesar.

BERNAL (Adelantándose.) ¡A este sabueso
no se le pierde un rastro!

DON LOPE (Viendo a Bernal.) ¡Bernal Díaz!

BERNAL Yo soy, mi general, ¡voto al infierno!
(Mostrando un brazo que trae en cabestrillo.)
Aunque me halléis un tanto estropeado...

DON LOPE (Reparando en don Gonzalo y los soldados.)
Pero explicaos mejor; porque ahora observo
que no vinísteis solos...

DOÑA SOL (Mostrando a don Gonzalo.) Don Gonzalo,
que es un noble y cumplido caballero,
nos vino dando escolta y a su arrojo
y pericia, don Lope, les debemos
el haberos hallado.

DON GONZ. Mejor fuera
dejar a nuestros potros todo el mérito
de esta jornada, ya que muestra han dado
de tener buena sangre...

DON LOPE (Como pidiendo una explicación.)
No comprendo...

DOÑA SOL Vos ya recordaréis que en la batalla
nos separamos...

DON LOPE Sí, bien lo recuerdo.

DOÑA SOL Pues cuando, ya diezmado y en desorden
luchaba aún nuestro valiente ejército,
Maya me dió un caballo, asegurándome
que me esperabais vos, libre de riesgos.
en un lugar que me indicó. Aturdida
monté y partí como una flecha, pero
desorientada o engañada acaso,
fuí a dar del enemigo al campamento.
El virrey, sabedor de mi llegada,
solícito y cortés salió a mi encuentro,
me acogió como un padre y por él supe
que a su campo llegará al mismo tiempo
un correo con pliegos de Castilla.

DON LOPE (Con marcado interés.)
¿Pliegos del rey?

DOÑA SOL Del rey.

DON LOPE ¡Me valga el cielo!
¿Qué dicen?

DOÑA SOL (Con dulce ironía.)
El Monarca nos perdona..

DON LOPE (Con cierto asombro al notar el acento de doña Sol.)
¿Nos perdona?

BERNAL (Sin poder contenerse.)
Mas no sin imponeros
un injusto castigo. ¡Por mi vida
que esto enciende la sangre!

DON LOPE (Siempre sereno.)
Y bien, ¿qué es ello?

DON GONZ. Yo os lo diré, pues traigo en este punto
órdenes que cumplir. El virrey me manda haceros
presente. En su poder están las órdenes
que el rey, nuestro señor, que guarde el cielo
le ha ordenado cumplir; en ellas manda
que se os trate con todo miramiento
a doña Sol y a vos, y que a Castilla
retornéis dignamente y lo más presto
porque allí os enlacéis solemnemente
cual cumple a vuestra honra; y para esto
el rey, como a rebeldes, os condena
a perder vuestro rango y vuestro fuero,
todos los territorios conquistados
con todas sus franquicias y derechos
a vos. Y a doña Sol todos sus títulos,
propiedades, grandeza y privilegios...
Sólo, y por gran merced, viene a otorgaros
de un rincón de Castilla, triste y yermo,
el preclaro solar en donde yacen
de Díaz de Vivar los nobles restos.
Bien triste honor, don Lope, me ha cabido
en traeros la nueva; mas prefiero
ser yo quien os la dé, pues tal despojo
pesa en mi corazón como en el vuestro

BERNAL (Con dulce ironía.)
¡Ah, don Lope!

DON LOPE (En el mismo tono aunque con mayor ironía.)
¡Bernal!

BERNAL ¡La perra suerte

nos deja a entrambos otra vez burlados
por contera y remate y más pelados
que la bruñida calva de la Muerte!
¡Mil bombas... y una más! Si esto es justicia
si la gloria se alcanza a tanto precio
¡reniego yo del mundo y su milicia
que hace a tanta virtud tal menosprecio!

DON LOPE (Con amarga ironía.)
¡Nada vale el ejemplo que hemos dado!
¡Nada vale, sin duda, por Castilla
batir el mar de la una a la otra orilla,
cruzar el mundo de uno al otro lado;
de los llanos de Flandes
a las nevadas cumbres de los Andes,
sembrar la ruta de épicas hazañas
y arrancarle a la tierra
el botín de los pueblos con la guerra
con el pico, el que guarda en sus entrañas!
Y de todo este inmenso poderío
como debe el monarca a vuestro brío,
cuando estáis harto de batir el cobre
¿qué os vienen a dejar?

BERNAL ¡Vuestra persona
cómo la de un mendigo!...

DON LOPE (Con viril arranque.)
No tan pobre
Bernal, porque aún me queda mi tizona.
Y si con ella no pudo mi osadía
conquistar el imperio de Eldorado.
mientras penda este acero a mi costado
tiempo será de recobrarlo un día.
(A doña Sol.)
Castiga el rey nuestros supuestos yerros
y a un rincón de Castilla nos destierra...
El es, señora, el único que yerra,
que, aunque la tierra es pobre, en nuestra tierra
a falta de oro encontraremos hierro.
Cuando la fe con la ambición se enlaza
labrando en las entrañas de una raza,
no hay poder que a su empuje se resista.
Y si el amor le sirve de acicate,
para forjar las armas del combate
hierro es preciso. ¡El oro se conquista!

D. FRANCISCO DE QUEVEDO

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

Eulogio Florentino Sanz

PERSONAJES

MARGARITA (Infanta). - REINA. - DOÑA INÉS. - DON FRANCISCO DE QUEVEDO. - CONDE-DUQUE DE OLIVARES.--MEDINA.--MENDAÑA.--CASTILLA.-GRANA.--CAPITAN

Un alcalde, un ujier, damas, caballeros, alguaciles, guardias

ACTO PRIMERO

Noche.—Una plazuela que se supone ser la de San Martín, conforme estaba en la época de drama. A la izquierda, en primer término, la fachada y gradería del templo: en segundo, una calle, y otra en el fondo, que parte casi en la misma dirección. A la derecha en segundo término, otra calle que cae frente de la de la izquierda: en el primero una casa con puerta y balcón practicables, y delante de la casa una imagen en su nicho sobre la pared, alumbrada por un farolillo, única luz que hay en la escena.

Mendaña, Castilla, Grana, que al levantarse el telón aparecen mirando con curiosidad a varias damas, que a su espalda se dirigen hacia el templo, todas con el velo levantado. Con las damas se verán también algunos caballeros.

CAS. ¡Todas sin manto!
MEN. Mejor.
CAS. No digais eso, Mendaña;
siempre el manto fué en España...
MEN. Tapa-enredijos de amor.
GRA. Si antes fueron permitidos
los velos...
CAS. Sigan como antes
para bien de los amantes...
MEN. Para mal de los maridos...
GRA. Vos, por lo visto, don Pablo,
dado sois al matrimonio.
MEN. No diré que no.
CAS. ¡Demonio!
MEN. No diré que sí.
CAS ¡Pues diablo!..
Diréis... ¡qué se yo!
MEN. Quien forme
otros juicios mucho yerra;
que al fin y al cabo, en la tierra
todo es... según y conforme.
GRA. ¡Ah! ya...
CAS. No os entiendo aún.
MEN. Todo en el mundo es mejor.
GRA. ¿Todo, decís?
MEN. Sí, señor;
todo, conforme y según.
GRA. De lo que decís infiero...
MEN. Que es mejor vivir casado.
CAS. Mas yo en limpio habré sacado...
MEN. Que es mejor vivir soltero.
GRA. ¡Gran sentencia!
CAS. ¡Gran sandez!
GRA. Tal razón me deja mudo.
Siendo viudo...

MEN. ¡Ah! para el viudo
lo mejor es la viudez.
GRA. (Riéndose.) ¡Profunda filosofía!...
MEN. Por profunda y verdadera
es mejor... que otra cualquiera.
CAS. Si la cede en mejoría.
MEN. ¡Es verdad!
CAS. Tenéis razón.
¡Voto a veinticinco santos!...
Pero volviendo a los mantos,
que es aquí nuestra cuestión...
GRA. Nadie a comprenderlo acierta.
Cual si fuesen a sus bodas
andan hoy las damas todas
con la cara descubierta.
MEN. Es que el Rey lo manda así.
CAS. Mas ¿por qué lo manda el Rey?
MEN. Yo no interpreto su ley.
CAS. Corren voces por ahí...
Lo diré pronto y clarito:
esa injusta ley...
MEN. ¡Prudencia!
Su Majestad...
CAS. Su Excelencia...
MEN. Dióla el Rey...
CAS. No; el favorito.
MEN. Es lo propio, según creo.
CAS. Sí... Olivares...
MEN. ¡Gran señor!
CAS. Pues; os proteje...
MEN. Mejor.
CAS. Ese sí que es mejoreo.
Pero, volviendo a Olivares,
el, que al soberano engaña,
le arrancó ley tan extraña
por fines particulares.
MEN. Es un falso testimonio.
CAS. No; tan ridícula ley...
MEN. Dióla en servicio del rey.
CAS. O en servicio del demonio.
No conspiran las tapadas,
y es esa ley singular.
MEN. (Con calor.) La mejor... para evitar
enredos y cuchilladas.
CAS. ¡Vive Dios!... (Colérico.)

Dichos y Quevedo

QUE. (Entrando por la derecha.)
Paz, caballeros.
No haya duelo ni quebranto,
ni en noche de Jueves Santo
se ensangrienten los aceros.
GRA. ¡Noble cisne de Madrid!
QUE. ¡Cisne pues!... El de Guzmán
dice que soy alcotán.
GRA. ¡Oh! Venid acá, venid.
¿Qué hay de nuevo por la Corte?
QUE. ¿Por Madrid?
GRA. No; por Palacio
QUE. No se nada.
GRA. ¡Qué rehacio!
QUE. Nada que a nadie le importe;
pero cuando aquí llegué
percibí en frases cortadas
no se qué de cuchilladas...
CAS. ¿Conque oísteis?...
QUE. No sé qué.
GRA. Eran Castilla y Mendaña
disputando con calor
que esa ley...
MEN. Es la mejor.
CAS. La peor que hubo en España.
QUE. ¡Cómo! ¿Habláis sobre los ma
[to
Eso es andar por las ramas.
CAS. Tal rigor contra las damas...
QUE. Nos descubren sus encantos.
No os pareis en frioleras.
Tal negocio no es del Rey
ni de ministro... Esa ley,
es cuestión de costureras.
GRA. ¡Bien dicho, bien!... Pero ya
ruido en el templo se siente.
Las tinieblas...
MEN. Ciertamente.
Vamos, señores, allá.
QUE. Vamos, pues.
CAS. (Aparte.) Quevedo, oid.
Quevedo y Castilla, que le detiene cuando
dirigía al templo
QUE. ¿Qué es lo que tanto os agita?
CAS. ¡Oh! La infanta Margarita
vino ayer tarde a Madrid.
QUE. Pero entonces, ¿dónde está?
En Palacio, no.
CAS. Lo sé.
Donde Olivares esté
nunca la infanta cabrá.
QUE. Mas ¿quién vino en su compañ
CAS. Sola de Ocaña se huyó:
¿Y sabéis por qué?... Por no
morirse de hambre en Ocaña
QUE. Es imposible.
CAS. ¡Por Cristo!
Yo os juro que vino ayer,
y que entró al anochecer,
y que mis ojos lo han visto.
QUE. Equivocación, don Juan.
CAS. Yo sé bien que se halla aqu
pero tengo para mí
que otros también lo sabrán.
Olivares vive alerta;
teme que aborten sus tramas...
Tal vez... ¿Quién sabe?... Ho
(Con intención.) [las dam

van con la faz descubierta.
(Entra en el templo.)

Quevedo

Ella es, sin duda... Castilla
dice que se huyó de Ocaña...
Cierto; ayer entró en la corte,
y hoy me dirige esta carta.
Diómela con tal misterio
aquel hombre de la capa...
ni se descubrió el embozo
ni me dijo una palabra.
De ella es sin duda... Imposible.
No; la duquesa de Mantua,
del gran Felipe Segundo
nieta. Del Rey prima-hermana:
la que en Portugal virreina
fué también: la ilustra infanta
Margarita de Saboya...
no, no puede ser la dama
que me escribe... Sin embargo
ella es hoy bien desgraciada...
Y aun así yo... ¿qué podría
para endulzar su desgracia?
el pensarlo fué quimera...
Mas ¿de quién es esta carta?
¿De quién?... Cuanto más la leo
menos mi mente lo alcanza.
(Leyendo a la luz del farol.)
«Una dama ilustre a quien vos conocéis y que os estima en mucho, ha menester hablaros esta misma noche. Estad en San Martín y la veréis al fin de las Tinieblas. A pesar de la prohibición de los velos, irá rebozada y encubierta, porque le importa no ser de nadie conocida y para que vos la conozcáis. Su nombre os dirá ella misma. Adiós.»
(Durante la lectura de la carta, Medina se asoma al balcón, y después de observar a Quevedo, desaparece.)
Su nombre... su nombre... Cier-
[to...
Margarita... Sí, la infanta...
¡Ella en Madrid! ¡Oh! Castilla
dice que se huyó de Ocaña...
Sí... ya sabrá el Conde-duque
su venida... y para hallarla
quiere que desde hoy sin velo
anden por Madrid las damas.
¡Cuánto la aborrece ese hombre!
(Mira la carta.)
evedo y Mendaña que sale del templo
Quevedo... Mas ¡calla, calla!
¿Componéis versos?... ¡Por vida!
Vamos, ya entiendo... ¡Una sá-
[tira!
¡Ah! Mejor, mejor.

Qev. (¡Imbécil!)
Men. Llenos estarán de gracia
picante... Vamos, leedme...
Qev. ¿No me buscábais, Mendaña?
Men. Ciertamente; las Tinieblas
dieron principio, y La Grana,
Castilla y demás amigos,
notando nuestra tardanza...
Qev. Vamos, pues...
Men. Sí, mas primero
leedme.
Que. Ved que me aguardan.
Men. Bien; pero después...
Que. Después...
(Dirigiéndose al templo con convicción y aparte.)
Es la duquesa de Mantua.
Olivares, que ha estado en la esquina de la derecha y con el embozo a la cara durante la escena anterior; después Medina
Oli. Gracias a Dios que me dejan
libre un momento la plaza.
(Llamando a la casa de la derecha.)
Medina.
Med. (Saliendo.) Señor.
Oli. La hora
llega.
Med. La espero con ansia.
Oli. ¿Los has conocido?
Med. A todos.
Oli. ¿Qué hablaron?
Med. Con la distancia
no he conseguido cazarles
ni siquiera una palabra.
Oli. Bien, poco importa. Quevedo...
Med. Leyendo estuvo la carta.
Oli. ¿Será la misma?
Med. Sin duda:
no habrá conocido nada.
Luego que vos la leísteis
volví de nuevo a cerrarla
y al punto se la entregaron
como si estuviese intacta.
¡Oh! Con tan buenos espías...
no hay que interceptar las cartas
cuando el mismo que las lleva
se encarga de interceptarlas.
Oli. Está bien. Cuando del templo
la dama del manto salga...
Ya lo sabes.
Med. Ciertamente.
Mas si alguno la acompaña.
Oli. La sigues y...
Med Ya, ya entiendo:

en cualquier calle escusada...
OLI. Discreción y mano firme.
MED. Podéis rezar por su alma.
OLI. Golpe seguro.
MED. Seguro
lo llevó Villamediana.
OLI. Pero aún pudo en su agonía
escribir cuatro palabras
con su propia sangre y pudo
perdernos.
MED. Pero a Dios gracias,
el escrito a vuestras manos
fué derecho y...
OLI. No fué mala
suerte el que yo aquella noche
como un alcalde rondara
cuando se halló su cadáver
tendido junto a las tapias,
cerrando el papel sangriento
entre sus manos crispadas.
MED. Pero nunca me habéis dicho
lo que en él Villamediana
escribió al morir.
OLI. Medina,
eso ya no importa nada.
Lo que importa es que esta no-
[che
no escriba también la dama...
MED. No dirá Jesús.
OLI. Confío...
MED. Podéis tener confianza.
OLI. Pues a palacio en seguida;
mira que aguardo con ansia.
MED. Grande es sin duda el servicio.
OLI. No será menor la paga.
(Medina a una seña de Olivares, saluda y entra en la casa.)
Olivares
¡Dura pensión del poder!...
¡Oh! luchar... siempre luchar!
¡Enemigos por doquier!
Mas no es fácil sorprender
a quien se empeña en velar.
Tú, con tu ardid estás hoy
noble duquesa en Madrid:
pero yo también estoy
y han de luchar, por quien soy
el ardid contra el ardid.
Quisiste, al dejar a Ocaña
decir al Rey, por mi mal:
«Miente Olivares. Te engaña.
Por su culpa el Rey de España
no es ya Rey de Portugal.»
¡Débil, incauta mujer!...
Vanos tus intentos son,
y muy pronto hemos de ver
si me arrancas el poder
o te arranco el corazón.
(Se dirige al fondo.)
Olivares y Margarita por el fondo co
velo echado
MAR. ¡Ah!
(Como con susto al encontrarse
Olivares.)
OLI. Señora, perdonad.
(Dejándola paso.)
(¿Con velo?... Es ella.)
MAR. Id con D
OLI. Yo me holgara de ir con vos
MAR. Pláceme la soledad.
OLI. Debeos ser muy halagüeña
esa soledad, señora,
cuando por aquí a tal hora
vais sin rodrigón ni dueña.
Mas ya entiendo, alguna cit
MAR. Adiós, que se me hace tarde
OLI. Un momento.
MAR. (Dirigiéndose al templo.)
Dios os guarde.
OLI. (Después de una pausa.)
(¡Oh! qué idea.) ¡Margarita!
(Margarita que empieza a subir
gradas, vuelve al punto la cabe
Bien; acerté vuestro nombre
MAR. (¡Gran Dios!)
OLI. ¿Vais a San Ma
Ya dan las tinieblas fin.
No vayáis.
MAR. (Dando algunos pasos hacia C
res.)
¿Quién es este hombre?
OLI. (Adelantándose.)
¿Os habéis quedado muda?
MAR. ¿Quién sois vos?
OLI. Nada os imp
Soy... un cualquiera en la c
MAR. ¿Conocéis?...
OLI. Sí, a cierta viud
Conocida en toda España,
que en secreto...
MAR. (Con turbación.) Proseguid.
OLI. Vino ayer tarde a Madrid.
MAR. ¿Desde dónde?
OLI. Desde Ocañ
MAR. (¡Gran Dios! ¡Soy perdida!)
OLI. (¡Oh! ¡Cu
cuánto con su angustia goz
MAR. Echad abajo el embozo.
(Con imperio.)
OLI. Cuando echéis atrás el man
MAR. ¿Y os atrevéis?
OLI. Damas mi
van hoy sin velo; es de ley:
ved que lo ha mandado el R

R. ¿Sois por ventura alguacil?
(Con ironía.)
Soy, señora, un poco más:
un hombre que ve y observa,
que siente crecer la yerba;
soy...
R. ¡El mismo Satanás!
Bien decís. (Riéndose.)
R. (El es... ¡Ay Dios!
¡Quién otro pudiera... quién.)
Hidalgo, os conozco bien.
Bien os conozco yo a vos.
R. Causa sois de mis pesares.
Mi nombre...
R. ¡Nombre maldito!
Os llamáis... el favorito...
(Con desprecio.)
Conde-duque de Olivares.
(Descubriéndose.)
R. (¡No me engañé!... ¡Siempre ese [hombre!)
Algo suspensa os dejó
mi nombre.
R. (Me insulta. ¡Oh!...)
Yo desprecio vuestro nombre.
Nadie le humilló en el mundo;
nombre es que España respeta...
¿Quién no teme?...
R. (Descubriéndose con arrogancia.)
Yo... la nieta
del gran Felipe segundo.
Dama de la sangre real
(Saludándola con ironía.)
que altas prendas atesora;
por el Rey gobernadora
del reino de Portugal.
R. Algún día... Ya hace meses
(Con amargura.)
que el Rey, mi primo y señor,
no tiene gobernador
en dominios portugueses.
Allí fuimos soberanos;
mas, gracias a vos, después
ese reino portugués
se nos fué de entre las manos.
¡Y por eso Margarita
sufre tantas penas hoy!...
(Como esquivando la conversación.)
¿Vais al templo?
R. Al templo voy...
Tengo en el templo una cita.
¿En el mismo templo?... A fe...
R. Fuera de casa o del templo,
mal segura me contemplo,
(Con gran intención.)
y adivinad vos por qué.
(Si yo pudiera obligarla
a volverse desde aquí
a Ocaña otra vez... Sí, sí...!
¿Qué interés tengo en matarla?)
MAR. (¿Qué estará tramando ahora?)
OLI. (Así triunfo y no asesino.)
Habéis hecho un desatino:
volved a Ocaña, señora.
MAR. Conde-duque, deliráis.
OLI. Yo por vuestro bien lo anhelo.
MAR. ¡Por mi bien! ¿No hay en el cielo
rayos de Dios?
OLI. ¿Qué intentáis?
MAR. Ver al Rey de cualquier modo.
OLI. No lo lograréis. Acaso...
(Con altivez.)
MAR. ¿Quién ha de cerrarme el paso?
OLI. (Con frialdad.)
Yo, que aquí lo puedo todo.
MAR. ¡Todo!... (Con amargura.) Por eso [por eso.
Tanto en Ocaña he sufrido,
que soportar no he podido
de mi desventura el peso.
Ved estos párpados rojos
de llorar... ¿Os dan espanto?
Es que han vertido por llanto
gotas de sangre mis ojos.
Sóla en Ocaña, ¡ay de mí!,
faltóme en tan negro afán
hasta un pedazo de pan!...
¡Oh! Tuve hambre.
OLI. ¡Vos!...
MAR. Yo, sí. (Pausa.)
OLI. Pues que nadie os acompaña,
mi mano aceptad ahora.
MAR. Sois... muy galán.
OLI. Soy, señora,
español.
MAR. Judas de España. (Subiendo.)
OLI. Si no lo habéis, por enojo,
(Queriendo asirla de la mano.)
mi mano hasta arriba...
MAR. (Desviando la mano con altivez y desprecio.) ¡Ah! ¡no!
OLI. ¿Quién ha de serviros?
(Insistiendo.)
Margarita, Olivares, Quevedo.
QUE. (Apareciendo a la entrada y dando la mano a Margarita.)
Yo.
MAR. Gracias. (A Quevedo con dulzura.)
OLI. (Embozándose.)
El es... ¡Qué sonrojo!
Con gusto la mano os dan,
don Francisco de Quevedo.
(Margarita sube las gradas. El Conde-duque permanece abajo.)

QUE. Decir lo propio no puedo
a don Gaspar de Guzmán.
OLI. Jamás competí con vos:
vuestro ingenio y vuestra fama.
QUE. Ved que me espera esta dama.
OLI. No os detengo.
QUE. Adiós.
OLI. (Se dirige al centro de la plaza.)
Adiós.
QUE. (En el atrio.)
¿Qué anheláis en tanto apuro?
MAR. Ver al Rey.
QUE. No encuentro modo.
MAR. ¡Oh! (Con desesperación.)
QUE. Mas le veréis, con todo:
¡Por mi salvación lo juro!
(Condúcela al interior del templo.)
OLI. Quien no convence, asesina.
No quiso a Ocaña volver...
Hice cuanto pude hacer...
Lo demás lo hará Medina.
Olivares y Medina, que aparece en la puerta de la casa al tiempo que aquél se dirige a paso largo a la calle del fondo.
MED. (En voz baja.) ¿Conde-duque?
OLI. (Volviéndose.) ¡Y bien!
MED. Lo siento,
mas no la mato, señor.
OLI. ¿Pues no dijiste, traidor?
MED. De lo dicho me arrepiento.
OLI. ¿Y qué causa?...
MED. No os asombre.
Cuanto hablásteis escuché,
de la dama el nombre sé,
y está muy alto su nombre.
OLI. ¿Qué te importa?
MED. ¡Friolera!
Su nombre, pardiez, me espanta;
no se asesina a una infanta
como a una mujer cualquiera.
OLI. Ya... comprendo. Cosa clara:
si es que ha de ser bien vendida,
cuanto más valga una vida
debe venderse más cara...
Golpes das a mi tesoro
que han de agotarlo quizás;
pero, en fin... pues quieres más
oro... te daré más oro.
MED. No, no es oro lo que quiero.
OLI. De escucharte me confundo.
MED. Es que no todo en el mundo
se paga con el dinero.
OLI. También te colmé de honores.
En palacio, como iguales,
te hablan damas principales
y principales señores.
Mira bien si bien te pago:
del polvo te alcé a la altura,
y hoy tu condición obscura
tapa esa cruz de Santiago.
(Señalando la capa de Medina.)
MED. No niego vuestra largueza.
OLI. Pues a servirme... Es tu oficio
MED. Es que exigís un servicio
en que arriesgo la cabeza.
OLI. ¡Por mi vida!... Esa traición...
MED. Os equivocais a fe,
yo a la infanta mataré...
mas con una condición.
OLI. ¿Condición?... Nunca recibo...
MED. Sin ella... ¡por Lucifer,
que no mato a esa mujer
aunque me desuellen vivo!
OLI. (¡El infierno se desata
contra mi esta noche!)
MED. En fin.
OLI. (¡Alma cobarde y ruín!)
Di tu condición... y mata.
MED. Para mi seguridad
he escrito arriba un papel:
falta vuestra firma en él;
este es el papel, firmad.
OLI. ¿Qué dice?
MED. (Acercándose al farol.) Oid.
OLI. (¡Negra suerte
Ya la tardanza me irrita.
MED. (Leyendo.)
A la infanta Margarita
darás hoy mismo la muerte.
OLI. (Colérico.) ¡Vive Dios!
MED. (Con frialdad.) Firmad y mato.
OLI. (¡Maldito seas amén!)
¡Nunca!... A ese precio...
MED. (Embozándose y en actitud de marchar.) Está bien
otro lo hará más barato.
OLI. Traidor... ¿Te vas...
MED. Ya mi hazaña
es inútil y me voy.
OLI. (¡Oh! ¡si ella no muere hoy
todo lo pierdo mañana!...)
MED. Resolved.
OLI. (Preocupado.) Oye Medina
(Yo voy a perder el juicio.)
aunque es duro el sacrificio...
(¡Fuerza es conjurar mi ruina!)
MED. Pues firmad.
OLI. Dame el papel. (Dáse Medina.)
(¡Oh! su contacto me abrasa.)
MED. Entrad, pues en esa casa.
OLI. (No hay medio... ¡Trance cruel
(Dirigiéndose a la casa.)
MED. Luz os tengo en el portal

y recado de escribir:
con que...
I. (Entra.) (¡Tal mengua sufrir!)
ED. (Después de una pausa.)
No va el asunto muy mal.
Conde-duque, ello por ello
ya somos quién para quién.
livares sale y alarga el papel a Medina
señales de repugnancia y sin mirarle si-
era. Medina acercándose al farol y le-
ndo.)
—Olivares—Está bien.
(Tiene su firma y su sello.)
(Echa el aliento al papel.)
I. (Con amarga sonrisa.)
Cuida bien que no se borre.
ED. Pues, ya que os hice firmar...
I. (Con ferocidad.) Falta solo...
ED. (Interrumpiéndole.) Pues, matar;
y eso de mi cuenta corre.
I. ¡En parte segura!
ED. ¡Oh! Sí.
I. ¡Todo el puñal!
ED. Eso es.
I. ¡Líbrame de ella! (Después (Marchándose y con mirada terrible.)
yo me libraré de tí.)
(Vase por la calle del fondo.)
Medina; después Quevedo
ED. Ya te tengo bien seguro.
Partes el crimen conmigo...
Partiré el poder contigo,
por mi puñal te lo juro.
Nuestra horrible comunión,
hoy con sangre he de sellar...
¡Quiero mi ambición saciar,
y alas diste a mi ambición!...
Pues bien...—Allí se ve un bulto.
(Mirando al templo.)
Ya sin duda en San Martín
dieron las tinieblas fin.
Debo mantenerme oculto.
(Se oculta en la izquierda.)
UE (Baja las gradas con preocupación.)
En palacio a la duquesa
por mi fé de caballero
prometí poner... Bien; pero
¿cómo cumplir la promesa?
Con audacia... ¡Desatino!
Por ardid... Ese Guzmán
es tan cauteloso y tan...
—Dios me enseñará el camino.
—Con fuertes contrarios lucho...
Pueden y... ¡También yo puedo!
¿Quién me auxilia? ¿Quién? —
¡Quevedo!
(Tocándose la frente y el pecho.)
Sí... sí. ¡Los dos podéis mucho!
Grande el pensamiento aquí,
y aquí grande el corazón,
armas de victoria son,
venzo de seguro... sí!
Tal vez no... ¡Sí!... No... Comienzo
a dudar... ¡No! ¡venceré!
¿Cómo?... Cómo... No lo sé;
pero... de seguro venzo!
(Pausa.)
La duquesa en su posada
me citó para las diez...
Ya encontraremos tal vez
puertas que la den entrada.
¡Sí, por Dios!... De cualquier modo,
la ha de ver Su Majestad...
Pero antes debo... Es verdad;
debe calcularse todo.
(Vase por la derecha después de dirigir una mirada a las puertas del templo.)
MED. (Observándole.) El es, y se aleja: bien:
Gente sale. (Vuelve a esconderse.)
Medina (oculto), Mendaña; Castilla y Grana saliendo del templo
MEN. Pues señor,
si a palacio vais, mejor:
yo a palacio voy también.
GRA. ¿Y Quevedo?... En algún lance...
MEN. Como está también abierta,
sin duda por la otra puerta
fuése, detrás de un romance.
GRA. Por allí las damas van.
MEN. Mejor, si se fué tras ellas.
GRA. Húbolas, a fé, muy bellas.
MEN. Mejor sin el manto están.
GRA. (A Castilla.) Triste andais vos.
CAS. Sí, un acceso.
MEN. Nunca os encontré tan lacio.
CAS. (De mal humor.) En fin, ¿vamos a palacio?
MEN. Lo mejor, sin duda, es eso.
(Vanse los tres por la calle del fondo.)
MED. ¿Qué escuché?... Por la otra puerta
salen las damas... Quizás
ella también... ¡Satanás
túvola esta noche abierta!
(Con furor.)
Marcharse por ella... ¡Oh! ¡Sí!
Todo se ha perdido... (Margarita aparece a las puertas del templo.)
(Con feroz alegría.) ¡Ah!... ¡No!
(Medina se oculta, Margarita baja lentamente las gradas y después se dirige como ha-

blando consigo misma a la calle de la derecha.)

MAR. Sólo én él confío... Yo
nada puedo hacer por mí.

MED. (Llegó su vez al puñal.)

MAR. No debo tener recelos...
¡Hoy velan por mí los cielos
y Dios me libra del mal!
Ni se ve ni se oye nada.
¡Qué soledad!... Tengo miedo...

(Al volver Margarita la espalda, Medina se lanza detrás cautelosamente.)

Es tarde... Tal vez Quevedo
se impacienta en mi posada.
Voy al punto... ¡Qué rumor!...

(Viendo a Medina, que estará a dos pasos.)

¡Un hombre!... ¡Atrás! ¿Qué que-
[réis?

MED. (Haciendo un movimiento bajo la capa.) Vengo de paz...

MAR. No lleguéis...

MED. (Lanzándose sobre ella puñal en mano.) A mataros.

MAR. (Con terror.) ¡Ah!

Dichos y Quevedo que saliendo de la calle de la derecha, sujeta por detrás el brazo de Medina que va a herir

QUE. ¡Traidor!

MED. (Soltando el puñal.) ¡Jesucristo!

QUE. Por allí...

(Señalando a la duquesa la calle de la izquierda y sacando a Medina la espada.)

Al punto os sigo... Alejaos.

(Volviéndose a Medina que va a escapar y sujetándole por la capa.)

¡Vos no os alejéis... quedaos!

(Quevedo dirige otra vez los ojos a la calle por donde ha desaparecido Margarita, y en tanto Medina suelta la capa en sus manos.)

MED. ¡Oh! Me salvé. (Huyendo.)

QUE. (Con voz de trueno y levantando la espada de Medina, que se queda inmóvil.)

¡Quieto ahí!

(Después de tirar al suelo la capa de Medina y arrojándole su espada a los pies.

Ahora hierro contra hierro,
nueva lid.

MED. (Con acento trémulo.)

Mas vuestro nombre...

QUE. (Desenvainando.)

Si no lidiais como un hombre,
vais a morir como un perro.

MED. (Mirando alrededor como para buscar la fuga.)

Ved... qué... el cielo... no
[igua

QUE. La espada tenéis desnuda.

MED. Cierto...

QUE. Yo también.

MED. Sin duda.

QUE. No hay ventaja pues.

MED. Si tal.
(¿Qué diré?...) Por de contado
Yo... estoy sin capa...

QUE. Es muy cierto.

MED. Conoceisme descubierto,
(Señal afirmativa de Quevedo.)
yo... no os conozco embozado

QUE. Ya que tanto alambicáis,
pronto una capa se quita.

(Quevedo se desembaraza de la capa y arrojarla, Medina saca una pistola y dispa sobre él.)

MED. ¡Ay de vos!... (Arrojándola con bia después del fogonazo.)
¡Suerte maldita!

QUE. (Con frescura poniéndose en guardi
Mala pólvora gastáis.
(Medina recobra su acero y se defie de en retirada.)

MED. ¡Que el cielo os maldiga a vos

QUE. ¡Tiemblas!...

MED. ¡De rabia!

QUE. ¡De miedo!

MED. (Con espanto y retrocediendo.)
¡Oh! perdonadme.

QUE. ¡No puedo.

MED. (Con voz ahogada y cayendo dent de la calle de la derecha.)
¡Ay!

QUE. Que te perdone Dios. (Paus
He matado a un hombre. Fué
con razón... Sí... pero pesa
el crimen... ¡Ah! la duquesa...
por aquí la alcanzaré.

(Toma la capa de Medina que está a sus p y vase por el fondo. La escena queda un m mento sola. Después aparece Margarita p la misma calle que tomó al marcharse.)

Margarita, luego Olivares y ronda

MAR. Nada se oye... Tras de mí
dijo que iría... un momento
le aguardé junto al convento...
¡Muerta vengo!
(Apoyándose en la pared.)

VOZ. (Dentro.) Por aquí...

MAR. ¡Oh, la ronda!...
(Quiere huir y vacila.)

ALG. (Dentro.) Ved si acaso...
Mas un hombre en esta esqui

yace tendido.
(La calle se ilumina por la luz de la linterna.)

OLI. (Dentro y con rabia.) ¡Es Medina!

MAR. (Apoyándose con abatimiento en la esquina de la izquierda al tiempo que los demás salen por la derecha.)
¡Oh! no puedo dar un paso.

OLI. (Saliendo.)
¡Por Jesucristo en la cruz!

ALC. (A Olivares.) Muerto...
(A los corchetes.) Registradle.

OLI. (Deteniéndolos.) No;
debo registrarle yo.
(Tropieza en la capa de Quevedo.)
Mas ¿qué es esto? ¡Aquí una luz!
(Recoge la capa.)
Pronto, la luz necesito.

ALC. (A los Alguaciles y acercándose a Olivares.)
Ved que el matador se escapa.
(Los corchetes desaparecen por la derecha.)

OLI. (Con voz de trueno después de mirar la capa con la linterna.)
De Quevedo es esta capa.

MAR. (Con terror.)
¡Muerto!... ¡Gran Dios!...
(Vacila y cae dentro.)

OLI. ¡Ese grito!...
(El Alcalde se dirige a la izquierda y Olivares le sigue.)

ALC. (Dentro.)
Una dama hay en el suelo.

OLI. (Asomándose a la esquina.)
¿Muerta?

ALC. Desmayada...

OLI. A ver...
(¡Oh, la infanta!) A esa mujer
(Al Alcalde que sale.)
nadie la levante el velo.

ALC. Bien, señor.

OLI. Una litera.

ALC. (A los corchetes que vuelven por la derecha.)
Id por ella, y no tardéis. (Vanse.)

OLI. Dentro a la dama pondréis...
mas sin mirarla siquiera.

ALC. ¿Después?

OLI. (Mi triunfo es completo.)
Conducidla en breve espacio...

ALC. ¿Dónde?

OLI. A Palacio.

ALC. (Con asombro.) ¿A Palacio?

OLI. Por el caracol secreto.

ALC. ¿Quién la escolta?

OLI. Sólo vos.

ALC. Mas vuecencia...

OLI. Iré detrás.
(Vase el Alcalde por la izquierda.)
Duquesa, a Palacio vas...
Desde allí... ¡sábelo Dios!
(Dirígese con precipitación hacia la calle donde cayó Medina.)

CAE EL TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salón en el palacio del Buen Retiro. Puerta en el fondo que, por la derecha, conduce a las habitaciones de Olivares, y por la izquierda a la capilla. A la derecha, en primer término, puerta que conduce a la escalera y corredores de Palacio; a la izquierda, en primer término, la cámara de la Reina; en segundo, la del Rey.—Es de noche: la escena está iluminada por un candelabro de cinco brazos colocado sobre un mueble de la época.

La Reina, doña Inés.

REI. Doña Inés, todo es inútil:
no hay en el mundo consuelo
para mí; padezco mucho,
porque inocente padezco.
¡Infeliz! Otras que sufren,
en su desventura, al menos,
viven ¡ay! con esperanzas...
Yo sin esperanzas muero.

INES. Mas...

REI. Con esperanzas locas,
es verdad, soñé algún tiempo:
se han desvanecido todas
por mi mal, y ya no sueño.
El dolor vela... ¡Mis horas
son tan largas!... Yo las cuento
por los ahogados latidos
de este corazón enfermo.

INÉS. No os aflijáis!...

REI. ¡Tantos días,
tantas noches de tormento,
siempre lo mismo!...

INÉS. Señora...

REI. Ni un instante de sosiego.
Viene el día y no reposo,
viene la noche, y no duermo...
Si he de descansar... ¡Dios mío,
dame tu descanso eterno!

INÉS. ¡Cómo! ¿Lloráis?

REI. No, no lloro...

INÉS. No me lo neguéis... no... Veo
húmedos ya vuestros ojos...

REI. (Con amargura.)
Pronto los verás bien secos

INÉS. ¡Oh, qué horror!

REI. Padezco mucho,
¡porque inocente padezco!
(Llorando.)

INÉS. Inocente... Y ¿quién lo duda?...

REI. Felipe... mi esposo... Miento:
ya no es esposo... el Rey...
¡Rey para mí bien severo!

INÉS. Si él vuestro amor comprendie-
[ra...

REI. Nunca podrá comprenderlo.
Negras sospechas le turban,
y aunque es generoso y bueno,
para mí tan sólo tiene
rencor y amargo desprecio.
Y es que ve sobre mi frente
ese imaginario sello
del crimen...

INÉS. ¿No ve ese llanto?

REI. Sus dudas le tienen ciego.

INÉS. Pues bien, habladle.

REI. Es inútil:
sordo le tienen sus celos.

INÉS. Tal vez sus negras sospechas
se disipen con el tiempo.

REI. Imposible: cada día
toman, doña Inés, más cuerpo;
y es natural: Olivares,
por odios que no comprendo,
le habla siempre de ese crimen...

INÉS. Pura invención del infierno.
Vos sois la virtud, señora.

REI. Mi virtud... es un misterio:
tú solamente lo sabes.

INÉS. No, también lo sabe el cielo
Esperad en él...

REI. Es tarde:
para mi mal no hay remedio.
INES. Si al Rey llegara ese escrito...
REI. ¿Cuál?
INES. El del Conde.
REI. ¡Silencio!...
¡No pronuncies ese nombre!...
¡Villamediana!... Su espectro
me persigue noche y día
cual tenaz remordimiento.
INES. Sois inocente.
REI. Inocente...
mas di causa, sin saberlo,
a que el buen Villamediana
fuese a puñaladas muerto.
INES. Celos del Rey le mataron.
REI. ¿Quién dió pábulo a esos celos?
INES. Dicen que el Conde os amaba...
REI. Pues calló prudente y cuerdo.
Y si ese amor desdichado
fué, como suponen, cierto,
jamás la Reina lo supo
y en la tumba está el secreto.
INES. No, que el Conde moribundo
se arrancó el puñal del pecho...
REI. ¡Calla!
INES. Y con su propia sangre
pudo escribir...
REI. ¡Tal recuerdo!...
INES. Puede salvaros... El Conde
dicen que escribió un momento
con su sangre... y ese escrito
se encontró sobre su cuerpo.
REI. ¡Desdichado!
INÉS. Vos, señora,
sois pura y lo sabe el cielo.
REI. ¿Cómo hacer que el Rey lo se-
[pa?
INÉS. Con ese escrito sangriento.
REI. ¡Ay! En manos de Olivares
cayó, según dicen... Cierto...
Este escrito ya no existe...
le habrá consumido el fuego.
INES. ¿Eso teméis?
REI. Olivares
goza en mis padecimientos...
¿Por qué me aborrece ese hom-
[bre?
INES. (Mirando hacia el fondo.)
Viene hacia aquí.
REI. Retirémonos.
Dichas y Olivares, que entra por el fondo derecha.
OLI. Si mi presencia importuna...
REI. No, Conde-duque...
(Violentándose.)
OLI. Sospecho
que Su Majestad se aleja
sólo porque yo me acerco.
REI. Yo...
INES. La Reina está indispuesta.
OLI. Sabe Dios cuanto lo siento.
REI. Gracias.
OLI. (¿Sabrá la venida
de la Duquesa? Indaguemos.)
REI. ¿Cómo está el Rey?
OLI. Siempre triste.
REI. ¡No le he visto en tanto tiempo!...
OLI. (Mirando fijamente a la Reina.)
La duquesa Margarita...
REI. ¡Aún sola en Ocaña!...
(Con acento de dolor.)
OLI. Cierto.
REI. Haced que vuelva a la corte:
dadme ese dulce consuelo:
que vuelva... ¡Me quiere tanto!
¡Tanto como yo le quiero!
Prima del alma... ¡Es tan buena!
Sí, sí, que vuelva al momento.
¡Oh! ¿Lo haréis?
OLI. Si no os enoja
de conversación mudemos.
(Pausa.)
REI. Yo de otra os hablara...
¿Me comprendeis?
OLI. Os comprendo.
REI. Pues ese sangriento escrito...
OLI. Sangriento, es verdad, san-
[griento.
REI. ¿Conque existe, pues?
OLI. Existe.
REI. ¿Lo tenéis vos?
OLI. Yo lo tengo.
Ya os lo repetí mil veces.
REI. Entregádmele.
OLI. No puedo.
REI. Prueba la inocencia mía.
OLI. No del todo, según pienso.
REI. (Con altivez.) ¡Conde-duque!
OLI. Para
sois de virtudes modelo,
mas el Rey...
REI. Dadle ese escrito.
OLI. Ya se lo daré a su tiempo.
Para darle la triaca,
dejad que apure el veneno.
Hoy las sospechas le acosan...
Ya se irán desvaneciendo...
Y entonces verá ese escrito
ya sin prevención, y espero...
REI. Es que van ya muchos años
desde que vivo muriendo
despreciada de mi esposo
(Con intención.)

que escucha vuestros consejos
Y en palacio, viuda y sola
sufro su amargo desprecio,
porque aduladores viles
(Exaltada.)
¡Le han trastornado el cerebro.

OLI. ¡Qué exaltación!... Ved; señora,
que está débil en extremo
vuestra salud.

REI. ¡Conde-duque,
no insultéis mi sufrimiento.

OLI. Vamos a otra cosa.—El Príncipe
niño, sucesor del reino,
por su edad...

REI. ¡Hijo del alma!

OLI. Ya del regazo materno
debe separarse.

REI. ¡Oh, nunca!

OLI. Es el Príncipe heredero,
y ha resuelto el Rey, su padre,
—¿Lo oís? El Rey lo ha resuel-
[to—
darle servidumbre propia,
libros, armas y maestros.
Y por fin, cámara digna
de su carácter excelso.

REI. (Con desesperación.)
¡Me arrancáis el hijo mío!

OLI. (Con frialdad.)
Elegid el aposento
que más le cuadre en palacio.

REI. (Ocultando la cabeza entre las manos.) ¡Gran Dios!

OLI. Yo os iré diciendo:
En el jardín... el de Osorio...
el de Ripalda... el de Lemus...
el de Borja... el de la Infanta...
Elegid...

REI. (Con arrogancia.)
Elijo... ¡el vuestro!

OLI. ¡Cómo!

REI. Ocupáis en palacio
el más ostentoso y regio...
Y entre Príncipe y vasallo
lo primero es lo primero.
(La Reina se retira por la puerta de su cámara. Olivares la contempla con ademán terrible. Doña Inés la sigue después.)

INES. (Suplicante.) ¡Oh, respetadla!

OLI. (Con furor.) Me arroja
de aquí! ¡Por Dios la prometo!...

INES. ¡Oh!... ¿Qué intentáis?

OLI. (Reprimiéndose y con una sonrisa.)
Nada, nada...
buscar otro alojamiento.

QUEV. «Entre Príncipe y vasallo
lo primero es lo primero»,
me dijo y callé... Sí; pero
yo para obrar, siempre callo.
¡Vasallo quien da la ley!
Reina, me hiciste un ultraje,
que no rinde vasallaje
quien hizo vasallo al Rey.
¿Qué genio malo te acosa?
¿Cómo no te dice el alma
que quien destruyó tu calma
aun puede hacerte dichosa?
Débil, incauta mujer...
En tu desamparo triste
nunca tan altiva fuiste...
ni lo volverás a ser.
Yo tu dicha tengo aquí;
sí, se encierra en esta carta
(Señalándose al pecho.)
sangrienta, que no se aparta
un solo instante de mí.
(Pausa.)
El Rey te abrirá sus brazos
si a ver llega tal escrito;
mas primero el favorito
se lo comerá en pedazos.
Te amaba el Rey con pasión;
mas roto el lazo nupcial
por mi astucia, sin rival
reino yo en su corazón.
Nadie mi secreto sabe,
muerto Medina, segura
guardará la sepultura
de este secreto la llave.
¡Medina!... ¡Fatal recuerdo!...
El papel que me arrancó
¿dónde ese hombre lo guardó?
Si alguien da con él, me pierdo.
La incertidumbre me abrasa...
No: lo que pensé es verdad:
para más seguridad
lo guardó en aquella casa.
Sí; mi presunción es cierta;
el papel oculto está
dentro de la casa... y ya
sellé yo mismo la puerta.
Y no sé por qué me apuro...
Mañana busco el papel
en la casa, y doy con él...
Sí, doy con él, de seguro.
Todo va bien. La duquesa
se halla, pues, a buen recaudo,
y yo por el fin me aplaudo
de tan arriesgada empresa
(Mirando hacia la derecha.)
Por allí viene Mendaña
con el Marqués y don Juan
de Castilla; siempre van

juntos en buena compaña.
Y por Dios que el tal Castilla
tiene lengua de escorpión,
y hacia mí poca afición,
según cuentos de la villa.

Olivares, Mendaña y Castilla, por la derecha. Al entrar, Mendaña se dirige a Olivares con actitud exagerada; Grana le saluda afectuoso, y Castilla hace una leve inclinación y se queda algo separado del grupo.

OLI. Buenas noches, caballeros.
MEN. Que el cielo os guarde, señor.
OLI. Solo me encontráis.
MEN. Mejor.
OLI. Mucho me contenta el veros.
GRA. Gracias.
MEN. Honor singular.
OLI. Triste anduve todo el día.
MEN. Mejor...
GRA. (Interrumpiéndole.)
¿Qué?
MEN. Mejor sería
que os fuéseis a descansar.
OLI. No, son tristezas...
CAS. (¡Historia!)
OLI. Y de divertirlas trato.
Conque... hablemos, pues, un
[rato.
MEN. Rato mejor... ni en la gloria.
CAS. (Tanta humillación ya es men-
[gua.)
OLI. Contadme algo de la villa
los tres.. los dos, pues Castilla
(Con intención.)
se ha venido sin la lengua.
(Castilla se encoge de hombros desdeñosamente.)
¿Nada respondéis?
(Al mismo.)
MEN. (Idem.) ¡Don Juan!...
OLI. ¿No me habláis?... Ved que yo
[os hablo.
CAS. (Lleve tu palabra al diablo.)
GRA. (Aparte a Mendaña.)
(Mucho me temo un desmán.)
MEN. Al ministro.
CAS. (Fuera mengua...)
OLI. Responded.
GRA. (Mal humor gasta.)
CAS. Vos lo dijísteis y basta;
(Desentonado.)
me he venido sin la lengua.
OLI. (Reprimiéndose a duras penas.)
Ligero anduve en decir,
y mi error he conocido
Con lengua os habéis venido.
(Con cólera.)
¡Sin lengua os debiérais ir!
(Olivares se retira por el fondo derecha con aire sombrío seguido de Grana y Mendaña.)
Castilla; después Quevedo
CAS. ¡Vive Dios! Me la arrancara
yo mismo, juro a mi nombre
porque no ha lanzado a ese hom-
[bre
cien insultos a la cara.
(Quevedo entra por la derecha en el mayor desorden junto a Castilla sin reparar en él, yendo a quedarse en medio de la escena como abismado en sus pensamientos.)
¡Por Cristo en la Cruz! ¡Que-
[vedo!
A ocasión dichosa viene.
Quiero hablarle... Mas ¿qué tie-
[ne?
Su rostro me infunde miedo.
(Observándole.)
Desde aquí te he de observar.
¡Qué temblor!
QUE. (Con acento contrariado.)
¡Pesquisa vana!
(Después de una pausa y con extravío.)
¡Ruin inteligencia humana!
no sabes adivinar! (Pausa.)
CAS. (¿Qué hablará consigo mismo?)
QUE. Ni en la calle ni en su casa
dar he podido con ella...
¡Sí... nació con mala estrella!...
Tal vez... Mi frente se abrasa.
La libré de un asesino
y otro quizás tan cruel
la mató... ¡Mísero de él
si le encuentro en mi camino!
¡Muerta!... No... Presa, quizás...
Olivares... El la esconde...
Sí, sí... Pero ¿en dónde? ¿en dón-
[de?
(Como fuera de sí.) Más, razón...
[¡discurre más!
Tú, de tan altas ideas
creadora... ¡Oh, mente mía!
Si hallas luz, alumbra y guía...
y si no... ¡maldita seas!
(Quédase como abismado en sus reflexiones.)
Dichos, Mendaña y Grana, que salen por el fondo derecha. Castilla, al verlos, les hace señas para que guarden silencio
GRA. Calla... Quevedo...

MEN. Mejor...
nos dirá alguna letrilla.
GRA. Señas nos hace Castilla.
MEN. Chist... Al buen entendedor...
(Mendaña y Grana, durante esta escena, habian como si quisieran no ser oídos por Quevedo.)
GRA. Entendido.
MEN. Claro está.
Don Francisco en este instante
busca un feroz consonante.
Mejor.
GRA. Pues le encontrará.
No le interrumpamos, pues.
MEN. Eso es lo mejor.
CAS. (Como si quisiera clavarlos con la vista.) Ahí, quietos,
MEN. Lo menos quince sonetos
nos guarda para después.
QUE. Nada: o salvarla o morir.
CAS. (Es ya mucho meditar.)
QUE. ¡Oh, sí, sí!
CAS. (Me hace temblar.)
MEN. Mucho nos hará reir.
QUE. ¡Gran Dios, un rayo de luz
entre tanta obscuridad!
MEN. Pero ¿qué miro?... Es verdad...
Brilla en su capa una cruz.
GRA. Y es la de Santiago... Pero
¿cuándo el hábito alcanzó?
QUE. Mis sienes estallan... ¡Oh!...
MEN. Hoy, sin duda, caballero
le hizo Olivares y... Ved:
ya con su cruz de Santiago,
versos le dedica, en pago
de tan cumplida merced.
QUE. ¡Terrible será la lucha!
Bien... ¡me sobra corazón!
(Quevedo, al decir esto, se vuelve y se encuentra entre Mendaña, Grana y Castilla, que han ido acercándose lentamente, aquellos por la izquierda y éste por la derecha.)
¿Quién es? (Sorprendido.)
MEN. (Con grito de júbilo.) Letrilla...
[¡Atención!
¿Tendrá gracia? (A Quevedo.)
QUE. (Temblando y con risa sardónica.)
¡Mucha, mucha!
Tiene tanta... que yo mismo
crujo de risa. (Risa convulsiva.)
MEN. Al instante
recitádnosla. ¿Picante
será?...
QUE. Más que un sinapismo.
MEN. ¿La acabásteis?
QUE. Falta poco.
MEN. ¿Sátira?
QUE. (Con rabia.) Contra los necios.
(Reprimiéndose y echándose a reir)
¡Qué golpes les doy tan recios
MEN. ¡Siempre alegre!
CAS. (Ó siempre loco.)
QUE. (¡Cuánto sufro!)
MEN. Nadie triste
puede estar donde estéis vos.
Hacednos reir...
QUE. (Estremeciéndose.) (¡Ay, Dios!)
MEN. Con un chiste.
QUE. Con un chiste
quisiera haceros reir,
y reir hasta rabiar,
y de risa reventar,
y a risotadas morir.
GRA. ¡Qué ocurrencia! (Con extraneza
MEN. Me enamora;
nadie las tiene mejores.
QUE. (¡Necios!)
INES. (Saliendo.) La Reina, señores.
Dichos, la Reina y doña Inés, que salen de cámara; después Olivares
GRA. ¿Dónde irá la Reina ahora?
QUE. (¡Pobre mártir!) (Mirándola con dolor.)
REI. (A Inés.) Pon mi silla.
(Doña Inés se dirige a la capilla. Los cuatro hacen una reverencia a la Reina.)
Adiós. Orando un momento
voy a ver el monumento.
que hoy adorna mi capilla. (Dirigese a ella.)
CAS. (A Quevedo.) Siempre triste.
QUE. A Dios le plugo.
(¡Pobre víctima!) (Reparando Olivares, que sale por el fondo derecha y se dirige a la Reina.)
(¿Esto más?)
OLI. Señora. (Saludando.)
QUE. (Siempre detrás
de la víctima el verdugo.)
OLI. ¿Vais a orar?
REI. ¿Es cosa extraña?
La oración presta consuelo.
OLI. ¿Iréis a pedir al cielo...?
REI. (Interrumpiendo.) La felicidad
[Espaf
OLI. Que eso lo pidáis es llano,
y eso le pedimos todos.
REI. Sí, de diferentes modos.
QUE. (Téngame Dios de su mano.)
(La reina se halla en el fondo. Olivares a izquierda y los demás a su derecha, siendo Mendaña el más próximo.)
OLI. Si oye Dios vuestra plegaria
cuando oráis en la capilla,

¡Lástima es que vuestra silla
(Con intención.) está allí tan soli-
[taria!
(Con exaltación y dolor.) Otra tuvo
[de igual porte
en esa mansión bendita...
¿Quién?...
(Mirando a su alrededor, como sintiendo haber dicho demasiado.)
La infanta,.. Margarita...
(Aparte a la Reina y por detrás de Mendaña, volviendo a quedarse en su puesto inmediatamente.)
(Dicen que se halla en la corte.)
(La Reina, al oír a Quevedo, vuelve la cabeza y se fija en Mendaña.)
Cómo me mira... ¡Mejor!
(Agitada.)(¿Será cierto lo que oí.)
(A todos y fuera de sí.)
¿Es cierto? ¿Es cierto?...
(Con énfasis de intención.) ¡Sí! Sí...
Silla tuvo...
Es un error.
(Mirando a Quevedo, el cual se ha quedado inmóvil, aparentando la mayor frialdad.) Comprendo... Que-
[vedo ha sido
quien en voz baja...
La tuvo
el Rey...
(A mi lado estuvo...
el fué quien me habló al oído.)
Reina se dirige a la capilla con los ojos en Quevedo. Olivares hace un movimiento para detenerla.)
Yo una súplica he de haceros.
Decid. (¿Cómo hablar a ese hom-
[bre?)
Os la dirijo en mi nombre
y en el de estos caballeros.
Pues sola vais a marcharos
hacia la capilla ahora,
¿nos concederéis, señora,
el honor de acompañaros?
Pláceme la cortesía,
y acepto. (Hablaré con él.)
Pues todos hasta el cancel
os haremos compañía.
ndaña, Castilla y Grana se inclinan en señal de asentimiento. Quevedo se va apartando poco a poco, hasta quedarse junto a la ta de la derecha.)
Gracias...
Es nuestro el honor.
(Me colocaré a su lado.)
Para hacer más señalado
tan eminente favor
un caballero escogeo...
su mano hasta allí aceptad.

REI. Sí, sí... (Con visibles muestras de alegría.)

OLI. Dichoso en verdad
el que obtenga tal merced.
(Todos se inclinan menos Quevedo.)

QUE. (Ya están de orgullo beodos.)

OLI. (Mirando a la Reina con aire de triunfo.) (Hoy mi mano has de tocar.)
(A la Reina.) A esa distinción sin
[par
todos aspiramos... todos. (Recalcando.)

REI. (Mirando alrededor.) Todos... ¿Me-
[nos vos, Quevedo?

QUE. Yo, incapaz de merecerla, (Con intención, mirando a Olivares.)
nunca osara pretenderla.

REI. (Con expresión y dulzura.) Pues a
[vos... os la concedo.
(Quevedo se adelanta hacia la Reina y todos le abren paso... Al llegar a ella, que le alarga la mano, dobla una rodilla y la besa.)

QUE. (Con emoción.) Pues tal honra me-
[recí,
(Levantándose y mudando de tono repentinamente.)
¡Oh!...
¡Brava idea os ocurrió!
Mas otra me ocurre a mí.
Sin pajes la Reina está,
sola viene... Y es costumbre
que su camino se alumbre
cuando a la capilla va...

OLI. Esa observación...
(Con disgusto.)

CAS. (Con viveza.) Es cierta.
(La Reina mira a Quevedo con curiosidad.)

QUE. Pues, cual buenos servidores,
justo es que todos, señores,
(Recargando el «todos».)
la alumbréis hasta la puerta.
Gracias Olivares.
(Movimiento de éste.)
Luces... (Señalando el candelabro.)

MEN. (Tomando una luz de las cinco que habrá en el candelabro, acción que imitan los demás, menos Olivares, que mira a Quevedo con asombro.)
Ocurrencia sabia.

QUE. (Con frialdad, a Olivares.)
Otra queda para vos.
Y os place, aún quedan dos.

OLI. (Tomando furioso y con mano trémula una de las dos luces que quedan.

como dominado por la mirada de Quevedo.)
Bien contáis.

QUE. (Tiembla de rabia.)

REI. (A Olivares, Mendaña, Castilla y Grana que le rodean con las luces pero sin dejar de mirar a Quevedo.)
Gracias, gracias.

QUE. ¡Bien, por Dios!
Alumbrad... Sois caballeros excelentes...
(Inclínanse Mendaña, Grana y Castilla.)
(Con tono incisivo.) ¡Candeleros!...
(A Olivares señalándole con el dedo.)
Y el más excelente... vos.
(Olivares se inclina también con despecho. Quevedo, que ha dado la mano a la Reina, se dirige a la capilla entre los cuatro alumbradores, que se colocan en la puerta para darles paso, entrando también después. Al desaparecer la comitiva, se presenta el capitán por la derecha haciéndose cruces.)

Capitán; luego los mismos menos la Reina.

CAP. (Después de seguirlos con la vista.)
¿Qué es esto? ¡Vaya un retablo!
Todos van en procesión...
Cosas de Quevedo son...
Si es el mismísimo diablo.
Cuando empieza. Qué pedrisco.
Cada letra es una pulla.
Y Olivares... Pues... de bulla:
Le divierte don Francisco.
(Viendo volver a Olivares; después aparecen Grana, Mendaña y Castilla, que traen en medio a Quevedo.)
Hola, bien; me haré presente.

OLI. (Con apresuramiento.)
Capitán, estad alerta.
A mi voz, junto a esa puerta.
(Señalando la derecha.)

CAP. ¿Solo?

OLI. No, con vuestra gente.
(Vase el Capitán.) (Mirando a Quevedo con ferocidad.)
Caro pagará el desmán.

GRA. (A Quevedo.) Recibid mi parabien

MEN. (Id.) De Santiago... Bien, muy [bien.

QUE. (Preocupado.)
¿Qué habrá dicho al Capitán?

OLI. (A Quevedo.)
Bien tocáis vuestros registros.

QUE. Nunca me voy por las ramas.

OLI. Muy bien os va con las damas.

QUE. Y mejor con los ministros.

MEN. (Yendo a señalar la cruz que lleva Quevedo en la capa.)
Dígalo, si no...

GRA. Contento estaréis... Os da valía.

QUE. (Mira alternativamente a los dos.)
No los comprendo, a fe mía.

MEN. Os la columbré al momento.

GRA. La merecéis.

MEN. ¿Quién lo ignora

QUE. (Maldito si entiendo nada.)

MEN. Y os está ¡que ni pintada!

QUE. (Menos los entiendo ahora.)

GRA. El talento es una mina.

MEN. (A Olivares.)
Mirad... Ya puesta la tiene.

OLI. ¡Cómo! (Esa cruz... ¡Oh, se vie
(Con gozo.) [n
con la capa de Medina!)

QUE. (Adelantándose del grupo con ma
cado fastidio.)
(¡Me ahogo!)

OLI. (Aparte a Grana, que se dirige a ha
blar a Quevedo.)
Callad.
(Iden a Mendaña.) ¡Silencio!

QUE. (Pues a nacer hallas prontos
con tal perfección los tontos,
yo, gran Dios, ¡te reverencio!)

MEN. (A Olivares.)
Ya; le tendréis que pedir
versos por tan gran favor...

OLI. Tengo que hablarle.

MEN. Mejor.
mejor... Os hará reir.

OLI. Pronto acabamos a fe.

QUE. (Esperanzas... y temores.)

OLI. A mi habitación, señores.
Yo mismo os conduciré.
(Dirígense, mirando a Quevedo marchar.)
(No saldrás bien de este apuro

QUE. (Con tono brusco.)
A solas tengo que hablaros.

OLI. Ya pensaba yo buscaros.

QUE. (¡Yo saldré a puerto seguro!
si no muero entre las olas...
(A Olivares que aún permanece observando desde la puerta.)
Os aguardo aquí.

OLI. Está bien;
vuelvo al punto; yo también
tengo que hablaros a solas.
(Entra en su cámara.)
Quevedo.
Dios nos clava frente a frente

para leer en lo escondido
de ese corazón podrido,
Dios alumbrará mi mente.
Valedor de la duquesa,
debo salvarla o morir...
Lo primero es inquirir
en donde la tiene presa.
¡Presa! ¿Quién sabe?... Es ver-
[dad;
en su vengativa saña
tal vez la condujo a Ocaña...
¡o la hundió en la eternidad!
No, no... Tan negro delito
deja helado el corazón...
Cabe en la ruin ambición
de ese torpe favorito.
La dió muerte... ¡Ah, de los dos
uno también morirá.
El... y muy pronto será,
mísero de él! (Con desvarío.)
¡Sí, gran Dios!
¡Si he de morir a las penas
de tu infierno condenado,
muera rojo y remojado
con las sangre de sus venas!
(Apóyase convulsivamente en el mueble donde se halla el candelabro, en el cual habrá una luz solamente y aparece Olivares.)

Quevedo, Olivares.

OLI. (Hoy me le entrega esa cruz.)
(Se acerca lentamente.)
QUE. ¡Oh! (Con angustia y furor.)
OLI. (Pero le siento hablar.)
QUE. (Fuera de sí.)
¡Es necesario matar!
OLI. ¡Matar!
(A Quevedo con extrañeza.)
QUE. (Soplando inmediatamente la luz y con acento de indiferencia.)
Sí, matar la luz.
(La escena se queda a obscuras.)
OLI. Luces.
(Acercándose a la puerta de la derecha.)
QUE. (Bien, me importa poco.)
(Pasándose la mano por la frente.)
Ya mi rostro está sereno...
Oiste y no viste... Bueno.
(Entran luces.)
OLI. (O es muy hábil o muy loco.)
Ya con luces... (A Quevedo.)
QUE. Sí... se ve;
(Pero no mi turbación.)
OLI. Ocurrencias vuestras son
matar la luz... ¿Para qué?
QUE. Según las reglas seguras
de un autor que de eso trata,
siempre que la luz se mata
es... para quedarse a obscuras.
OLI. Esta noche estáis de humor.
QUE. Sí, porque volcó mi coche
OLI. Noto además que esta noche,
Quevedo, estáis matador.
QUE. (Sí; lo dice por Medina.)
¿Ya sabéis?
OLI. ¿Qué duda cabe?
Todo en el mundo se sabe.
QUE. Pues... y si no, se adivina
OLI. Vos, según llego a saber,
sois de un hombre el asesino.
QUE. Y, por lo que yo adivino,
vos lo sois de una mujer.
OLI. Vuestras pruebas, ¿dónde están?
QUE. ¿Y las vuestras?
OLI. Quedo, quedo;
deme las suyas, Quevedo.
QUE. Deme las suyas, Guzmán.
OLI. ¿Y Medina?
QUE. ¿Y la duquesa?
OLI. No nos entendemos pues.
QUE. Lástima, lástima es.
OLI. Mucho por cierto me pesa.
QUE. Tengo pruebas y no en vano.
OLI. Pues las tendremos los dos.
QUE. ¿Y dónde tenéislas vos?
OLI. (Poniéndola sobre la cruz de Quevedo.)
¿Yo? Las tengo ya en la mano.
QUE. La conserváis tan cerrada...
OLI. Vaya, al seguir una pista,
como sois corto de vista,
nunca reparáis en nada.
QUE. ¿Qué queréis decir?
OLI. Os digo
que un hombre por vos fué muer-
[to.
QUE. ¿Me dais pruebas?
OLI. Os lo advierto;
pruebas os daré y castigo.
(Quevedo se encoge de hombros.)
Escuchad con atención:
Siempre que es muerto un cris-
[tiano
(Con lentitud.)
al golpe de ajena mano
sin hacer su confesión,
los vivos que en la infinita
bondad esperan con fe,
donde el hombre muerto fué
clavan una cruz bendita.
QUE. (Interrumpiéndole.)
Si no halláis mejores modos
de probar...

OLI. Y esa cruz santa,
lúgubre allí se levanta
para repetir a todos,
por tragedia tan cruel
del cielo invocando un nombre:
«¡Aquí mataron a un hombre...
Rogad al cielo por él!»

QUE. (Con extrañeza.)
A mi comprensión se escapa
vuestra idea y... dadme luz,
porque esa cruz...

OLI. Esa cruz...
(Pónesela delante de los ojos.)
la lleváis en vuestra capa.

QUE. (Asiendo la capa con ambas manos.)
¿Que miro? ¡Gran Dios!

OLI. (Con solemnidad hipócrita.)
El dedo
de Dios sigue al que asesina!

QUE. (Con desesperación.)
Es la capa de Medina.

OLI. Hoy le asesinó Quevedo.
(Pausa.)
Pues ya mis pruebas os dí,
a dar mis órdenes voy.
Capitán. (Con voz de trueno.)

QUE. Perdido estoy.

Dichos y Castilla, Mendaña; Grana por el fondo; después Capitán con guardias por la derecha

CAS. (Entrando.)
¿Qué diablos sucede aquí?

OLI. Llegáis a tiempo, señores.
(Se dirige a la puerta de la derecha con impaciencia. Los otros tres se miran con extrañeza y encogiéndose de hombros.)

QUE. (¡Su capa!... ¡Cambio funesto!
(La estruja entre las manos.)
Me ha perdido... Mas ¿qué es [esto?
En sus pliegues interiores ..
(Palpándola con afán.)
Tiene un bolsillo... un papel.
Veamos...
(Le saca y lee.)

OLI. (A los otros tres, viendo entrar al capitán con los soldados.)
Mucha atención.
Capitán; sin dilación
prended a Quevedo.

QUE. (Volviéndose de improviso y señalando a Olivares con la mano derecha, mientras lee en voz alta el papel que tiene en la izquierda.)
¡A él!...
(Lee.) A la infanta Margarita
darás hoy mismo...

OLI. (Lanzándose a él con voz ronca.)
¡Oh, callad!

QUE. (A Olivares con acento reconcentrado y completando la oración.)
La muerte.

OLI. (Al capitán.)
Vos, apartad.

QUE. Y firmais. (Señalando el papel.)

OLI. (Con desaliento.)
¡Carta maldita!
(Quevedo mira con arrogancia a Olivares, que se queda inmóvil y aterrado.)

GRA. (Cosas se ven singulares.),

CAS. (Abalanzándose a Quevedo.)
¡Quevedo!...

MEN. (Id. a Olivares.) ¡Señor!

QUE. (Deteniéndole.) ¡Templanza.
¿Suponéis?... Todo fué chanza
Chanza del buen Olivares.
(Dirigiéndose a este que hace una señal afirmativa.)
Vos... (A los demás.)
ya lo veis... Tiene días...
(Llegándose a Olivares y aparte como lastimándose.)
Casualidades siniestras.
Por buscar las pruebas vuestras
fuisteis a dar con las mías.
(Mendaña, Castilla y Grana, en el fondo, hablan acaloradamente.)

OLI. ¿Qué intentais?

QUE. Soy temerario
¿Y la Infanta?
(Con acento terrible.)

OLI. Vive.

QUE. (Con gozo.) ¡Oh!
¿Vive? (Dudándolo.)
(Señal afirmativa de Olivares.)
A tiempo maté yo,
a vuestro infernal sicario;
más otro tal vez...

OLI. Lo juro
vive en palacio y está
presa y oculta... No ya
según mandé... De seguro
se la habrán llevado...

QUE. (Con furor.) ¿A dónde

OLI. A Ocaña... No, no... De cierto
sabrá el capitán...

QUE. Si ha muerto
de ella este papel responde.
Mañana... ¡ahora!
(Volviéndose a los demás.)
¡Escuchad!
(Todos se acercan.)

OLI. (Deteniendo a Quevedo.) (¡Vive, sí!)
CAS. (¿Qué podrá ser?)
OLI. (¡Vive!)
MEN. Nos vais a leer...
OLI. (Con prontitud.)
Nada... un soneto...
QUE. (Sonriéndose.) Es verdad.
(Quédase Quevedo muy pensativo.)
MEN. Mejor me place la idea.
CAS. (Aparte a Grana.)
(Yo me pierdo en conjeturas.
¿Qué es esto?)
GRA. (Idem.) (Yo estoy a oscuras,)
MEN. Que se lea, que se lea.
QUE. Lo que me pedís negué
a Olivares, y por eso
trató de ponerme preso...
OLI. (Con risa forzada.)
Chanza.
QUE. Muy pesada a fé.
Y yo por tomar venganza
mi soneto he de guardar.
MEN. No nos deis ese pesar.
QUE. (Después de mirar atentamente a la guardia.)
Es que me asustó la chanza.
OLI. (Con violencia.)
Por ella... os pido perdón.
MEN. Pues dad principio, Quevedo,
vamos, conceded...
QUE. Concedo...
(Después de un momento de reflexión.)
Mas con una condición.
(Todos escuchan con curiosidad.)
Pues que a prenderme ha venido
aunque en chanza el capitán
con los que a su mando van
—chanza también: muy erguido
marchará luego ante mí
dándome guardia de honor.
MEN. Brava ocurrencia.
CAP. (A Olivares.) Señor...
OLI. Capitán, hacedlo así.
QUE. (Al Capitán.)
¿Lo entendéis?... y con buen modo que me obedezcáis espero
en todo y por todo.
OLI. (Interrumpiéndole.) Pero...
QUE. (Desdoblando el papel y con aire amenazante.)
¡Conde-duque!...
OLI. (Al capitán.)
En todo, en todo.
CAP. (A Quevedo.)
Fiel obediencia os prometo
QUE. (A todos con aire risueño.)
Puesoid.
(Olivares sigue sus movimientos con inquietud.)
MEN. Al punto, al punto.
QUE. (Leyendo.) A... una... nariz.»
MEN. (Frotándose las manos.)
Bravo asunto.
QUE (Aparte a Olivares.) Y escuchadme bien.
(A todos, leyendo.) «Soneto.»
(Quevedo se aproxima a la luz, cerca de Olivares, pero quedando la mesa entre los dos; los demás permanecen a cierta distancia. Quevedo leerá con lentitud y voz sonora los ocho versos del conocido soneto «A una nariz», diciendo a Olivares aparte y con el tono conveniente, lo intercalado en los dos cuartetos. Los otros, y en particular Mendaña, escucharán la lectura con contentamiento.)
«Erase un hombre a una nariz pegado;»
(Como al Rey el privado que aquí priva.)
«Erase una nariz superlativa»
(Como la audacia loca del privado.)
«Erase una nariz sayón y escriba;
(Estáis verde... amarillo... jaspeado)
«Erase un peje espada muy barbado;»
(Os veis como un ratón en una criba.)
«Era un reló de sol, mal encarado»
(Como vos, al tragar tanta saliva.)
«Erase una alquitara pensativa;»
(De ver a un favorito... alquitarado.)
«Erase un elefante boca arriba;»
(Como están hoy las cosas del Estado)
«Era Ovidio Nansón más narizado.»
(En tono amenazador.)
¡Rogad al cielo que la infanta viva!

OLI. (¡Vive!...)
QUE. (Si ha muerto, ay de vos.)
MEN. Proseguid... (Riéndose.)
QUE. (Volviéndose a los demás de improviso.)
Torpe y confusa
mi cabeza... Estoy sin musa.
(En actitud y tono militar.)
¡Capitán!... ¡En marcha!
(A los demás, con majestad grotesca al retirarse.)
¡Adiós!
(Vase por la derecha con la guardia.)

—

Olivares, Mendaña, Castilla y Grana

MEN. Siempre alegre don Francisco.
OLI. (¡Maldito de Dios su nombre!)
MEN. Y al fin no acabó el soneto...
voto a Polimnia y Calíope...
GRA. (Mirando a la derecha.) Ya atraviesa con su guardia
los últimos corredores.
MEN. ¡Dejarnos así... por vida!...
Si es un torbellino ese hombre.
OLI. (¡No me burlará mañana
como me burló esta noche!)
GRA. Solo ocho versos nos dijo.
MEN. Y un soneto... da catorce.
GRA. (A Castilla.) Vos... ¿nada habláis?
CAS. (Aparte a Grana.) Nada, nada.
(Señalando la lengua.) No quiero que me la corten.
GRA. Callad... prudencia.
MEN. (Llamando la atención sobre Olivares, que aparece ensimismado.)
A Olivares
quizás la musa le sople
también, y... mejor. Miradle,
por su actitud se conoce...
quiere dar fin al soneto
y discurre el estrambote.
OLI (Agitando la cabeza y volviendo en sí.) (¡Mañana será otro día!)
MEN. (A Granada y a Castilla, al notar el movimiento de Olivares.) Silencio: atención señores.
GRA. Hacia aquí la Reina sale.
OLI. (Largas son sus oraciones.)

Dichos y la Reina, que sale de la capilla apoyándose en doña Inés

REI. Es verdad, me siento débil;
débil, cual nunca, esta noche.
(Reparando en ellos.) ¿Aún estáis aquí?
OLI. Señora,
nuestro deber nos lo impone.
Antes, con luces, servimos
a la Reina, y como entonces,
bien que sin luces, estamos
prontos a cumplir sus órdenes.
(Todos se inclinan. La Reina escucha con distracción.)
Como véis, sólo, señora,
(Con tono ligero.)
de entre tantos servidores
falta vuestro caballero...
¡Y, por Dios, que anduvo torpe!...
Que el honor de dar la mano
a una Reina hermosa y joven,
ni un galán lo cede nunca
ni jamás lo olvida un noble.
REI. Basta ya... Basta, Olivares.
INES. Es hora de que repose
Vuestra Majestad.
OLI. Pues distéis
fin a vuestras devociones
debéis descansar...
REI. Es cierto.
OLI. (Con intención.)
¡Tristes serán vuestras noches!
REI. (Sin oirle.)
La infanta Margarita.
(Dirigiéndose a su cámara.)
dicen que vino a la corte...
OLI. Permitidnos...
REI. No, quedaos.
(Todos se inclinan. Mendaña, Castilla y Grana hablan para sí; Olivares contempla con una sonrisa a la Reina, que se encamina lentamente a la cámara.)
(¿Quién la detiene y en dónde?)
¡Cuánto consuelo hallarían
juntos nuestros corazones!...
Margarita... ¡Alma sublime!...
¡Cual mis acerbos dolores
calmaría! El nos separa...
(Llorando.)
(¡Dios su maldad le perdone!)

Dichos, Quevedo; después Margarita y Guardia

QUE. (Entrando por la derecha.)
Hoy de Vuestra Majestad
una audiencia solicita...
REI. (Desde la puerta de su cámara y sin volver la cabeza.) ¿Quién?
QUE. (Introduciéndola de la mano seguida de la guardia.)
La infanta Margarita.
REI. ¡Gran Dios! (Con acento de júbilo precipitándose en sus brazos.)
MAR. (Id.) ¡Qué felicidad!
OLI. (Fuera de sí.)
(¡Elia!... ¡Aún estaba en palacio!)

(Quevedo contempla con los brazos cruzados a Olivares, que da muestras de desesperación.)

REI. ¡Soy feliz!

MAR. ¡Te he vuelto a ver!...

REI. Pero ¿cómo, cómo?...

MAR. Ayer...
(Reparando en Olivares.)
Todo lo sabrás despacio.
(La Reina, conducida por Margarita, se dirige a su cámara por entre los guardias, que les abren paso, seguidas de Mendaña, Castilla y Grana, que las acompañan hasta la puerta.)

QUE. (A Olivares con sarcasmo.)
Prevenidle con afán
flores, festejos y galas...

OLI. (Furioso.) (¡Yo te cortaré las alas!)
¡Oh, su prisión!... Capitán.
(Llamándole.)

QUE. (A Olivares.)
Pajes prevenidla y coches.

OLI. (Al capitán, que a su vez se acercó por el lado opuesto.)
¡Llevad!... (Señalando a Quevedo con aire feroz.)

QUE. (Desdoblando el papel y con aire más natural.) Soneto.
(Al oir esto se acercan todos con curiosidad.)

OLI. (Aterrado por el ademán de Quevedo.)
¡Oh, me espanta!

QUE. (Al capitán, y como concluyendo la frase de Olivares.)
Guardia de honor a la infanta.
(A Olivares y saludándole irónicamente con el papel.)
Conde-duque, buenas noches.
(Vase por la derecha.)

CAE EL TELÓN

ACTO TERCERO

La decoración del anterior

MAR. ¡Un mes ya!... Tan largo plazo
para jornada tan corta...
La tardanza de Quevedo
me desconcierta y me asombra.
¿Qué podrá ser? El camino
desde Madrid a Lisboa
no es muy seguro, y si acaso...
Vagas sospechas me acosan.
Vengativo el Conde-duque
nunca olvida ni perdona,
y si a su fin le conducen
poco los medios le importan.
En el mundo hay asesinos
que con el oro se compran...
Olivares es malvado...
tal vez Quevedo a estas horas...
¡Oh, Dios mío!... Dios lo sabe:
nunca fuí supersticiosa;
pero esta idea terrible
es un dogal que me ahoga.
Varonil y fuerte, nunca
temblé de terror... y ahora,

al pensar en él ¡ay! tiemblo
como en el árbol la hoja...
¿Qué pasa por mí?... ¡Quevedo...
siempre fijo en mi memoria!
¡Oh! la gratitud... sin duda..
no puede ser otra cosa...
¡Cierto! La altiva duquesa
Margarita de Saboya,
que no conoció en su vida
más voluntad que la propia;
la que nunca dominada,
siempre fué dominadora,
con su voluntad de hierro
y su corazón de roca;
esa mujer... soberana,
con su altivez por corona,
siempre es la misma, la misma...
no... delante de él es otra...
otra sí... nadie en el mundo
logró lo que ese hombre logra...
Quevedo, ¡ay, Dios! me fascina...
jamás... ¿Qué digo? ¡Estoy loca!
No; delante de Quevedo
mis mejillas se coloran
y mis ojos se humedecen
y mi mente se trastorna...
¡Sí... siempre al sentir sus pasos
temblé... como tiemblo ahora
sin sentirlos... sin sentirlos!...
no... ¡los siento en mi memoria!

Margarita. La Reina que sale de su cámara

REI. Margarita...
MAR. (Volviendo sobre sí.)
¡Oh! ¿Me buscabas?...
REI. Sí, y al hallarte tan sola
me sorprende... ¡Tú, llorando!
MAR. ¡Cómo!
REI. ¡Tú, que nunca lloras!
MAR. ¡Qué ilusión!... Tú lo dijistes:
nunca de llanto las gotas
por mi mejilla corrieron.
REI. ¡Plegue a Dios que nunca corran!
MAR. Yo así lo espero... las lágrimas
siempre son infructuosas.
REI. El llanto calma las penas.
MAR. El valor triunfa de todas.
En eso mismo pensaba
cuando llegaste. La hora
de vencer, o la desgracia,
se acerca para nosotras.
REI. Loca esperanza.
MAR. ¿Qué dices?
Si hoy mismo Quevedo torna,
para triunfar de Olivares,
armas traerá de Lisboa.
REI. Esas armas.
MAR. Son seguras,
y han de darnos la victoria,
descubriendo del ministro
las maquinaciones sordas.
Bien lo sabes: Portugal,
antes provincia española,
se hizo reino independiente
siendo yo gobernadora...
Que no fué por culpa mía
bien en mi despacho consta;
con tiempo avisé el peligro
y pedí dinero y tropas...
Pero sordo el Conde-duque
a mis peticiones todas,
juzgó sueños mis temores,
me creyó débil o loca.
Pues bien; ya que la experiencia,
aunque por mi mal, me abona,
por las cartas de Olivares,
llenas para el Rey de mofa,
sabrá el Rey que ese ministro,
con escándalo de Europa,
necio o traidor, ha vendido
un joyel de su corona.
(La Reina va a hablar.)
Quevedo hallará esas cartas
que ocultas dejé en Lisboa...
¡Una sola puede darnos
venganza terrible y pronta!
REI. Me haces temblar.
MAR. El malvado,
por dar fin a sus zozobras,
quiso asesinarme...
REI. ¡Cielos!
No recuerdes esa historia,
MAR. Sí, y a no ser por Quevedo,
que brotó de entre las sombras,
el sicario de Olivares ..
REI. ¿Y a qué recordarlo ahora?
Vives y estás a mi lado...
Ya Olivares no lo estorba...
¡Oh! Tal vez arrepentido
ya de su acción se sonroja...
MAR. Le conoces mal.
REI. Con todo;
de ello responden sus obras.
El es el Rey... y en palacio
desde aquella noche moras,
y hace un mes que el de Olivares
te consagra sus lisonjas,
te distingue...
MAR. Y, sin embargo,
en su corazón me odia.
REI. ¿Y cómo explicar?
MAR. Quevedo,
al partir para Lisboa,

enseñándole un papel
le dijo con risa irónica:
«Pues con vos queda la Infanta
Margarita de Saboya,
conmigo va este soneto
para que de ella responda.»

REI. No comprendo...

MAR. De mi vida
él responde con la propia,
tiene las manos atadas,
y si al fin Quevedo torna
la ruina del favorito
será inevitable y pronta.

REI. ¿Qué intentas?

MAR. Salvar a España
de un yugo que la deshonra;
comprar también el castigo
del tirano...

REI. Si es a costa
de mi eterna desventura,
caro su castigo compras.

MAR. ¡Oh! ¿Qué dices?

REI. La esperanza
jamás al triste abandona,
y yo en mi delirio, a veces,
aún espero ser dichosa.
Sólo hay un medio: Olivares,
con intención cautelosa,
guarda ese escrito sangriento
en que mi inocencia consta...
Y en mi tomará venganza
si tú su rencor provocas,
aniquilando ese escrito,
que es ¡ay! mi esperanza sola.

MAR. ¡Calla, calla!

REI. Margarita,
tú, tan buena y generosa,
no harás uso de tus armas
si han de volverse en mi contra.

MAR. ¿Qué dices? España sufre...
Dios en mis manos coloca
su remedio... ¡Antes que todo
es esta nación heroica!

REI. ¿Y tu amor?

MAR. El mismo siempre.

REI. ¡Salva mi vida y honra!

MAR. Después...

REI. (Con desaliento y amargura.)
¡Ay! ¡Será muy tarde!

MAR. (¡Gran Dios, mis fuerzas se ago-
[tan!
¡No puedo más!)

REI. Margarita,
tú serás mi salvadora.
El castigo de Olivares
puede aplazarse y...

MAR. (Con exaltación.)
¿Qué importa?
si en tanto ese hombre?... ¡Impo-
[sible!
La corte y España toda
sufren su tirano yugo
y sus desafueros lloran.

REI. ¡Hombre fatal!

MAR. Por su causa
la España, terror de Europa
y del mundo en otro tiempo,
duerme en el olvido ahora.
Por él lloramos perdidas
tantas conquistas gloriosas,
unas al hierro entregadas
y al oro vendidas otras.
Más de trescientos navíos
tragaron del mar las olas
por él, y por él perdimos
a Esthin, a Wiranza y Dola,
y a más las islas Terceras,
y el ducado de Borgoña,
y el Brasil y el Rosellón,
y Ormuz, Pernambuco y Hoa,
y no ha mucho Portugal.
(Con énfasis.)
Siendo yo gobernadora,
por su Rey, al de Braganza
coronó en Villaviciosa.

REI. ¡Calla! (Mirando hacia la derecha.)
Dichos, Olivares, Mendaña, Grana y Castilla, que entran muy engolfados en su conversación por la derecha. Al entrar y verlos, la Reina se va retirando hasta su cámara acompañada de Margarita.)

OLI. Sabré quién ha sido.

MEN. ¡Mejor! Morirá en la horca.

REI. (Piénsalo bien.)

MAR. Hasta luego.
(La Reina entra en su cámara; Margarita la contempla con expresión de ternura.)

OLI. Fué solo un susto.

GRA. No importa.

MEN. Mejor, mejor.

OLI. Mas la infanta...

MEN. ¿La infanta?... Mejor.
(Todos saludan a Margarita, que va acercándose hacia ellos.)

OLI. Señora...

MAR. Pálido estáis, Conde-duque.

MEN. No es para menos la cosa.

MAR. Pues, ¿que ha sido?

OLI. Nada... nada...

MEN. ¡Un disparo a quemarropa!

OLI. Bien, no me ha herido.

MEN. Mejor.

MAR. Conde-duque, estoy absorta.
OLI. No nos ocupemos de ello.
(A los tres.)
Sobre asuntos de más monta
tengo que hablar a su alteza;
conque... dejadnos a solas...
Hasta después. (Saludándoles.)
(Los tres se inclinan y vanse por la derecha.)
MEN. (Marchándose.) Despacito
voy a examinar ahora
el estrago que las balas
hicieron en su carroza.
Margarita, Olivares.
MAR. Conde-duque, mal os quieren.
OLI. Vos interpretáis las cosas
de una manera... Ese tiro
fué casualidad, señora.
MAR. ¿Eso pensáis?
OLI. ¿Quién lo duda?
En honor a mi persona,
como siempre, en las Salinas
hizo una salva la tropa...
MAR. Si hay plomo en los arcabuces,
las salvas son peligrosas.
OLI. Nada temáis.
MAR. No os conviene
gastar en salvas la pólvora.
OLI. La torpeza de un bisoño
no os debe causar zozobra.
MAR. No, mas tened vos en cuenta
que hay mucha gente bisoña.
OLI. Vivid tranquila: las balas
no han de quemarme la ropa...
Para tiros más seguros
pienso prevenir mi cota.
MAR. ¿Otros teméis, Conde-duque?
OLI. Certeros y de arma sorda:
son los tiros de la infanta
Margarita de Saboya...
MAR. ¡Oh! Pues diz que ella dispara
siempre al corazón.
OLI. Hay otras
opiniones... Diz que apunta
y al tirar... tiembla o perdona.
MAR. Mal la conocéis.
OLI. Con todo;
un mes hace por ahora
que a mi privanza la guerra
declaró en debida forma,
y hasta el presente no he visto
las hostilidades rotas...
Y es que en ausencia de Marte
duerme sin duda Belona.
MAR. Los plazos al fin se cumplen;
las deudas al fin se cobran.
OLI. Yo, a la verdad, no comprendo
cómo os estáis tan ociosa
MAR. Vos lo habéis dicho: le aguardo
OLI. Ya... no os atrevéis vos sola...
MAR. ¡A todo!
OLI. ¿Pues qué os detiene?
MAR. ¡Tenéis preguntas muy hondas!
OLI. ¿Conque le aguardáis?
MAR. Le aguardo
como el labrador la aurora.
OLI. ¿Y si acaso no volviese?
MAR. (¡Gran Dios!)
OLI. La fortuna es loca
y a veces, por sus caprichos,
el plan más hábil aborta,
Y se pierden como el humo
las más diestras maniobras.
MAR. ¡La justicia triunfa siempre!
OLI. Cuando el ardid no lo estorba:
bien lo sabéis.
MAR. Conde-duque,
sé que hay puñales.
OLI. (¡Oh, llora!)
MAR. Pero sé también, y acaso
lo debo a vuestra persona,
que una espada de buen temple
para cien puñales sobra.
OLI. (Acercándose a ella en voz baja y acento siniestro.)
Pues no aguardáis a Quevedo!
MAR. (Aterrada y con vehemencia, levantando las manos al cielo.)
(¡Oh, Virgen... misericordia!)
Dichos y Quevedo por la derecha y en traje de camino
QUE. Aquí estoy porque he venido.
OLI. (¡Oh, furor!)
MAR. (Mirando al cielo y con las manos juntas.)
¡Gracias, señora!
OLI. Vos, don Francisco...
(En tono ligero.)
QUE. Acabad;
Quevedo y Villegas...
OLI. Pues,
caballero santiagués...
gracias...
QUE. Al diablo.
OLI. Es verdad.
QUE. Y a la cruz. Y a todos pago:
que si de Santiago soy
caballero, gracias doy...
OLI. Sí, a Medina.
QUE. No: a Santiago.
Al tornar de mi viaje,
por veniros pronto a ver,
no me quise detener
ni aun para cambiar de traje.

OLI. Mucho estimo tal fineza.
QUE Señora...
(Reparando en Margarita.)
¡Pálida está!...
(A Olivares.)
Si un ultraje...
(Amenazante.)
OLI. Ella os dirá.
MAR. Adiós. (Saludando para retirarse
QUE. Serviré a su alteza.
(La acompaña hasta la puerta.)
MAR. ¿Y bien?
(Aparte a Quevedo.)
QUE. Nuestra es la jornada.
MAR. ¿Vienen los papeles?
QUE. Sí.
mas no vienen sobre mí
por temor de una embosca
MAR. Bien... la Reina está mortal...
teme...
QUE. Con razón a fe.
MAR. ¡Salvadla!
QUE. La salvaré.
MAR. (Después de despedirse.)
(Tiene un alma celestial.)
(Entra en la cámara de la Reina.)
Quevedo, Olivares
QUE. (Contemplándola al partir.)
(¿Es mujer o es ilusión?)
¡Oh! Por ella, con fe pía,
gota a gota vertería
la sangre del corazón.
(Quevedo se queda inmóvil; Olivares que ha contemplado a los dos fijamente, se acerca a él.)
OLI. (Vive Dios, que está despacio.)
(Pónele la mano sobre el hombro.)
QUE. (Volviéndose rápidamente.)
¿Quién?...
OLI. Tan ceñudo y suspenso
¿qué es lo que pensáis?
QUE. No pienso,
nunca sé piensa... en palacio
OLI. Pues ¿qué hacíais de ese modo?
QUE. Repasaba mi memoria
cierta peregrina historia.
OLI. ¿De amores?
QUE. Tiene de todo.
OLI. ¿Será entretenida?
QUE. ¡Oh, mucho!
(Después de un momento.)
¿Queréis la historia saber?
OLI. Me será de gran placer.
QUE. Pues escuchadme.
OLI. Os escucho.
QUE. Erase un rey muy celoso
y una reina muy hermosa,
la Reina del Rey esposa
y el Rey... de la Reina esposo.
Y así unidos ante Dios,
como a un árbol dos raíces,
eran los dos muy felices
porque se amaban los dos.
Pero un hombre, un favorito
que en la dicha y el poder
sólo ambicionaba ser...
(Movimiento de Olivares.)
Oid: ese hombre maldito
por influir sin rival
del Rey en el corazón,
alzó de infamia un padrón
entre la pareja real.
Con habilidad cruel,
le hizo muy hábil su estrella,
mintiendo culpas en ella
encendió celos en él.
Y el Rey maldijo en sus celos
a la Reina por impura
y la Reina... era tan pura
como un ángel de los cielos.
Y desde entonces los dos
no se han vuelto a unir jamás,
y al vivir... triste quizás,
y ella... dudando de Dios.
OLI. Permitidme que os ataje
porque, o miente mi memoria
o vos, al contar la historia,
olvidáis un personaje,
(Quevedo quiere interrumpirle.)
Ya esa historia me contó
no sé quién, cómo, ni dónde
y anda en ella cierto conde
El amante.
QUE. No.
OLI. Sí.
QUE. ¡No!
OLI. (Con frialdad.)
De ese buen conde afirmaron
que con la Reina le vieron
amante feliz...
QUE. Mintieron.
OLI. Pues así me lo contaron.
QUE. Yo os lo contaré mejor.
OLI. El conde a la Reina amaba.
QUE. Pero la Reina ignoraba
su desatinado amor.
OLI. ¿Y quién lo podrá probar?
QUE. Hay una prueba sangrienta...
OLI. Como nadie la presenta...
QUE. No la quieren presentar.
Escuchadme: el favorito
que a la Reina calumnió,
tal delito coronó
con otro nuevo delito.

Sabedor de la verdad,
el conde solo podría
poner en claro algún día
tan cobarde iniquidad.
Era un testigo harto fiel...
pero ya resuelto a todo,
halló el favorito modo
para deshacerse de él.
Y al pié del alcázar real,
diz que una noche, a traición
pasó al conde el corazón.

OLI. (Con disgusto interrumpiéndole.)
Sí; una espada.

QUE. ¡No; un puñal!
¿Lo oís? Para hazañas tales
no presta el valor espadas..

OLI. Mas...

QUE. Para muertes compradas,
la traición vende puñales.

OLI. Basta.

QUE. Oid. Al expirar
el conde escribió un papel
con sangre... Vengo por él.

OLI. ¡Cómo!

QUE. Y me le vais a dar.

OLI. ¡Nunca!

QUE. Sí, sí, por quien soy...
(Saca un papel.)
De ello esta firma responde.

OLI. Pero...

QUE. (Con imperio.)
¡El escrito del conde!

OLI. (Después de un momento y señalando con timidez el papel de Quevedo.)
Dadme ese en cambio.

QUE. (Después de un movimiento de extrañeza y con tono despreciativo.)
Os le doy.

OLI. (Con asombro.) ¿Me le dais?

QUE. Lo dije ya.

OLI. (Dirigiéndose a la cámara del Rey.)
Vuelvo...

QUE. Sin esto, lo sé,
sin armas me quederé.
mas, ¿qué importa?

OLI. Bien está.
(Vase.)

QUE. Entre hacer el bien del bueno
y el mal del malo, dudara
sólo un hombre que abrigara
este corazón de cieno.

Quevedo; después Mendaña, Castilla y Grana; que entran por la derecha y vuelven a salir por el fondo izquierda

QUE. ¡Bravo, corazón, muy bien!
Estoy contento de ti.
(Mirando a la derecha,)
Mas... ¡que a punto siempre es
[té
los necios... Si ahora me ven
no podré echarlos de mí.
(Se oculta.)

MEN. (Entrando con los otros dos.)
Conde-duque... Pues no está.

GRA. Sin duda en aquellas salas...

MEN. Vamos a buscarle allá.

CAS. Pues con eso nos dirá
cómo le suenan las balas.
(Vase.)

QUE. No me han visto. Es fuerte apu
[r
que me hayan de perseguir,
necios siempre, y de seguro
con este infame conjuro:
«Quevedo, hacednos reir.»
Y es, por Dios, contraste no
[rrend
y aun viceversa nefando,
y hasta sarcasmo estupendo
que ellos escuchen riendo
lo que yo digo rabiando.
Tal vez, porque se desvíen,
suelto un chiste insulso y frío..
mas de gusto se deslíen,
Y tanto a veces se ríen
que al fin yo también me río.
Risas hay de Lucifer...
Risas preñadas de horror...
¡Que en nuestro mezquino ser,
como su llanto el placer
tiene su risa el dolor!
Necios, los que abrís las bocas
abrid los ojos... Quizás
veréis que mis risas locas
son de lástima no pocas
y de tedio las demás...
¡No! Con su chata razón
no comprenden, cosa es clara,
que mis chistes gotas son
de la hiel del corazón
que les escupo a la cara.
Y jamás librarme puedo
de ese infernal retintín
que ya me produce miedo:
«Divertidnos vos, Quevedo.»
Y hablo y los divierto al fin.
¿Qué tal? «Me divierto mucho.»
dice, al divertirse, un bicho
ya en diversiones muy ducho...
Y con qué temblor lo escucho...
Yo, que en mi vida lo he dicho..
Sí... los necios de mil modos

que se divierten discurro
hasta por cogote y codos...
Y yo, al divertirse todos,
siempre me canso y me aburro.
(Pausa.)
Cansado estoy de cansarme
y aburrido de aburrirme...
¡Necios! Venid a enseñarme
cómo tengo que arreglarme
para saber divertirme.
Y si en torno, hasta el morir,
sólo necios he de hallar
y con necios sonreir
y entre necios divertir
viendo a los necios bailar.
¡Padre Adán! Tu parentela
mire yo en corro infinito,
a la luz de una pajuela,
bailando la tarantela...
Pues... ¡y el baile de San Vito!...

Quevedo, Olivares.

OLI. (Dándole un papel.)
Carta póstuma, Quevedo.
QUE. (Después de mirar por todos lados y entregando a Olivares el otro.)
Carta inédita, Olivares.
OLI. Pláceme, por Dios, el trueque.
QUE. Por Dios, que también me place.
OLI. (Leyendo.)
«A la infanta Margarita...»
QUE. La orden era terminante.
OLI. «Darás al punto la muerte.»
QUE. Sentencia que vos firmásteis,
OLI. Es verdad. Y este soneto,
como dimos en llamarle,
sí... me ha puesto algunas veces
descolorido el semblante.
QUE. Pues este escrito sangriento,
ved lo que son los contrastes,
ha de volver los colores
al puro rostro de un ángel.
OLI. (Con gran complacencia.)
Soneto impío, Quevedo,
permitidme que le rasgue
sin demora... No; imagino
que es más seguro quemarle.
QUE. ¡Carta feliz! Conde-duque,
permitidme que repase
sus renglones... De la Reina
quiero en la dicha gozarme.
OLI. ¿Y esperáis?...
QUE. (Con tono solemne.)
En este escrito
hoy habla al Rey un cadáver...
(Leyendo.)
«Al Rey.» Oid cómo escribeu
los moribundos con sangre:
«Muero, es justo; la beldad
»amé, que en el trono vi...
»pero siempre, es la verdad,
»ignoró su majestad
»este ciego frenesí.
»Jamás hablamos los dos...
»¡Lo jura un alma cristiana
»ya en la presencia de Dios!
»Muero, perdonadme vos!...
»Con sangre... Villamediana.»
De la fe de un moribundo
ni el Rey dudará, ni nadie.
OLI. Pero vos, al recibirla,
me parece que dudásteis...
QUE. ¡De su origen, Conde-duque!
Porque, como sois tan hábil,
me asaltó al punto un recelo.
OLI. Pues me hicísteis un ultraje.
¡No falsifica papeles
la raza de los Guzmanes!
QUE. Pero si un Guzmán se nombra
Conde-duque de Olivares...
OLI. (Con arrogancia.)
¡Nunca falsifica!...
QUE. (Con frialdad y sarcasmo.)
Cierto...
Cartas... escritas con sangre,
y es que tal vez le repugna...
OLI. ¡Sí... envilecerse!
QUE. O sangrarse.
OLI. Nunca, y lo sabréis muy pronto,
nunca pequé de cobarde.
QUE. Sois audaz... y aún está en pie-
[to
el valor de los audaces.
(Pausa.)
OLI. (Afectando tono natural.)
Quevedo, un mes hace ahora,
no quisiera equivocarme,
que en esta cámara misma,
cierto, en esta fué...
QUE. Adelante.
OLI. Yo entonces para prenderos...
QUE. Pues, a la guardia llamásteis;
que, por venir a prenderme,
tuvo después que escoltarme.
OLI. Un soneto os salvó entonces.
QUE. Sonetos de vos me salven.
OLI. (Mostrándole el papel al marchar.)
Hoy os falta ya el soneto.
QUE. (Con naturalidad.)
Pues... me salvará un romance.
(Olivares vase sonriendo por la derecha.)

Quevedo; después Margarita. Al desaparecer Olivares, Quevedo se dirige con rapidez a la puerta de la cámara de la Reina.

QUE. (Llamando.)
Duquesa... Duquesa... Quiero
darla estas letras de sangre
sin demora... ¡Mas... Duquesa!
¡Salid! ¡Oh, dicha! Ya sale.

MAR. ¿Erais vos?

QUE. Perdonad si anduve osado.

MAR. ¿Que eso digais?

QUE. Como ofrecí, señora,
sin grande desazón para el privado
esta carta sangrienta he rescatado
y os la presento ahora.

MAR. (Toma la carta y pasa por ella una mirada.)
¡Sois el genio del bien!

QUE. Dadme otro nombre.
Mezquino entre los hombres me confundo,
y hombre frágil también...

MAR Si sois un hombre,
habéis nacido para honrar el mundo!

QUE. ¡Callad, por compasión.

MAR. ¡Cuánto os admiro!
Alma tenéis de celestial esencia.
¡Oh! bendita de Dios vuestra existencia
consagrada...

QUE. Al estudio y al retiro,
señora y nada más.

MAR. Y a los que gimen
consagrada también... ¡Oh, sí, bendita
un alma cual la vuestra, que se agita
en pro de la virtud y contra el crimen!
(Movimiento de Quevedo.)
¡Y no me lo neguéis! De la ventura
nuncio mortal, por bien de los mortales,
desterráis de las almas la amargura,
y, olvidado tal vez de vuestros males,
vivís por dar alivio a los ajenos,
y amparo a la virtud, y al crimen guerra...
¡Oh, seréis muy feliz!

QUE. (Con amargura.)
¡Nunca! En la tierra
nadie es feliz, señora.

MAR. ¿Ni aun los buenos?

QUE. «De una madre nacimos
los que esta común aurora respiramos,
todos muriendo en lágrimas vivimos
desde que en el nacer todos lloramos.»

MAR. ¡Tenéis harta razón! Mas yo creía
que a vos el cielo con largueza os daba
ventura y alegría;
que a vos eterno el bien os sonreía...

QUE. ¡Oh! ¡Tarde empieza el bien y pronto acaba!...

MAR. Yo pensé que el placer, libre de enojos,
era en Quevedo condición precisa...

QUE. ¡Nunca busquéis la flor en los rastrojos!...

MAR. Yo vi siempre el contento en vuestros ojos,

y en vuestros labios contemplé la risa!...
QUE. ¡Risa fatal de la tristeza loca!
MAR. (¡Oh, qué aspecto y qué voz! Me ha enternecido.)
QUE. (Acercándose con vivo interés.)
MAR. Estáis descolorido...
QUE. Tal vez... (Turbado.)
MAR. (Como dejándose arrastar por una fuerza irresistible de sentimiento.)
¡Quevedo!
QUE. (Fuera de sí, precipitándose hacia ella.)
¡Comprenderme os toca!
MAR. (Rechazándole con expresión que a la actriz sola es dado determinar, y retrocediendo.)
Mas siempre una sonrisa en esa boca...
QUE. (Con desfallecimiento y amargura.)
Y en este corazón siempre un gemido.
MAR. (Resonaba en su voz el sentimiento...)
QUE. (Yo he de perder al cabo la cabeza.)
Vuestra alteza... tal... vez...
MAR. (Fáltame aliento.)
QUE. De mi loca tristeza
no haga caso ninguna Vuesa Alteza...
MAR. Dejad la Alteza ahora...
escusad nombres vanos...
amiga, y no señora...
QUE. (Interrumpiéndola.)
La carta salvadora
que puse en vuestras manos
a la Reina entregad... Con razón harta
será alivio a sus penas esa carta.
MAR. Es verdad.
QUE. Ante todo,
como amigo os lo ruego.
Haced al punto y de cualquiera modo,
a las manos del Rey pase este pliego.
(Da un pliego grande y sellado.)
MAR. Bien, bien.
QUE. (Me reconcilia
con la ruín sociedad alma tan pura.)
MAR. ¿Será de Portugal?
QUE. Es de Sicilia.
Llegado a Portugal, en derechura
me encaminó a Palermo mi ventura,
y ese pliego es de allí.
MAR. Vuestra tardanza
comprendo bien ahora.
¿Qué contiene este pliego?
QUE. Una esperanza.
MAR. Voy a entregarle al Rey.
(Con afán.)
QUE. Gracias, señora.
Y luego, estad alerta
de la cámara real junto a la puerta.
(Entra Margarita en la cámara del Rey.)
Quevedo; después Olivares
QUE. Y ella también, cual todos, se ha engañado,
y muy feliz, cual todos, me ha creído...

¿Cómo insultan mi ser desventurado
«los que ciego me ven de haber llorado
y las lágrimas saben que he vertido!» (1)
¡Ellos!... ¡Prole raquítica y liviana!...
Si ojos hoy para verme no ha tenido,
(Marcada ironía.)
¡claros su prole los tendrá mañana!
(Con amargura.)
¡Es verdad!... Yo lo espero,
vive Dios... En el tiempo venidero
al nombrarme las gentes,
se reirán a mandíbulas batientes...
¡De pensarlo no más me inunda el gozo...
Sí, Quevedo, los hombres, ¡oh ventura!
Allá, en la edad futura,
te honrarán, con chacota y alborozo...
y al ver tu calavera, alegre risa
(Sarcasmo sangriento.)
llamarán a su gesto, y, por laureles,
al son de un tamboril, después de misa,
ceñirán a su frente, blanca y lisa,
¡corona... de juglar... con cascabeles!

OLI. (Entrando por la derecha.)
Ya me tenéis aquí.

QUE. Tal compañía
no era inútil a mi fe.

OLI. Por vida mía
que de vos me ocupaba hace un instante.

QUE. Gracias.

OLI. Caprichos. Me divierte veros
en regia majestad y aire triunfante,
con escolta imperial de alabarderos...
Un mes hace que hicisteis esta escena
y hoy la haréis otra vez... porque es muy buena.
Ya mis órdenes dí...

QUE. Sí, hablemos claro,
para prenderme.

OLI. Pues... para escoltaros.

QUE. (Con convicción.)
También me escoltarán.

OLI De otra manera.
Hoy, para honraros, os saldrá al encuentro
la guardia, en la escalera...
y hoy, no con vos la guardia se irá fuera,
porque vos con la guardia os vendréis dentro.

QUE. Muy bien trazado a fé.

OLI. Para este lance
no tenéis un soneto...

QUE. ¿Y quién se aflige?
Al fin, y ya os lo dije,
yo, en cualquiera ocasión, tendré un romance.

OLI. Estáis loco, sin duda.
¿De mí pensáis libraros? Algún día
un ilustre señor os protegía...

---

(1) Quevedo, Musa IV

mas ya en esta ocasión no os dará ayuda.
Ese altivo Girón, a quien se nombra
el gran duque de Osuna ya no existe...
El, que grande y feliz, os prestó sombra,
ya murió pobre y olvidado y triste.

QUE. (Indignado.)
¡Respetad a los muertos!

OLI. Sus pesares
de su gloria nacieron...

QUE. ¡Olivares!
«Faltar pudo su patria al grande Osuna;
»pero no a su defensa a sus hazañas
»diéronle tumba en carcel las Españas.
»De quién él hizo esclava la fortuna.
»Lloraron sus envidias una a una,
»con las propias naciones las extrañas...
»Su tumba son de Flandes las campañas
»y su epitafio la sangrienta luna.» (1)

OLI. (Interrumpiéndole.)
Muy bien contáis su gloria.

QUE. ¿Y quién la vuestra contará?

OLI. La historia,
reparad, buen Quevedo, y pues en Flandes
a los Girones encontráis tan grandes
buscad a los Guzmanes en Tarifa,
y enseñad a la gente
Guzmanes y Girones frente a frente.

QUE. ¡Guzmanes!... Si tan inclitos varones
crecido hubieran con bastardos planes
como vos, que heredásteis sus blasones...
Frente a frente Guzmanes y Girones,
no diera yo un Girón por cien Guzmanes.

OLI. ¡Vive Dios!...

QUE. Un Guzmán con su heroismo
nombre de Bueno conquistó en Tarifa!..
¿Hiciérais vos lo mismo?
Ese ilustre Guzmán de pecho fuerte
más fuerte que su malla,
su cuchilla arrojó por la muralla
y a un hijo dió la muerte...
—¡Padre noble y leal!—¡Mísero padre!
Si él en el hondo porvenir leyera,
la muerte a todos con sus manos diera
y, ahogando en pos a la inocente madre,
su lanzón por un báculo trocara
y en un claustro muriera
y, extinguida su raza, nunca hubiera
un Guzmán, como vos, que le afrentara!

OLI. ¡Basta, basta!... ¿Partís?

QUE. Sí... por no veros.

OLI. (Con bárbara complacencia.)
¡Al fin logro perderos!...
¡Entrásteis... no saldréis... no, por mi vida!

QUE. Yo por la entrada buscaré salida.

OLI. ¡No! Y aun halláis salida por la entrada
después os prenderán por asesino!...
QUE. Libre la puerta.
OLI. La hallaréis cerrada.
QUE. Yo me abriré camino con mi espada.
(Al partir.)
OLI. Después...
QUE. (Volviéndose desde la puerta.)
El cielo me abrirá camino.
(Vase por la derecha.)

Olivares, luego Mendaña, Castilla y Grana

OLI. (Furioso y con desvarío.)
¡Qué placer!—Sin dilación
preso lo traerán aquí...
Yo quiero testigos, sí,
que vean su humillación.
(Llamándoles.)
¡Mendaña, Grana!—Si a fe—
Os llamo, señores... ¡Oh!
El ante ellos me burló,
yo ante ellos le humillaré.
Ya se ocercan—. Mi venganza
será solemne.
MEN. (Entrando por el foro con Grana y Castilla.)
Señor...
OLI. Os hice venir...
MEN. Mejor.
OLI. Para una famosa chanza.
MEN. ¿Una chanza?
OLI. Sí... Hará un mes
que aquí con discretos modos
nos burló Quevedo a todos...
y yo por buscarle...
MEN. ¡Pues!
OLI. Voy... a prenderle.
MEN. Es razón
Pendiente dejó un soneto...
Si hoy no lo dice, y completo
diez minutos de prisión.
Y eso conforme y según.
OLI. Oid...
(Ruido dentro a la derecha.)
CAP. (Dentro.)
La espada.
QUE. (Idem.)
¡Oh, jamás!
CAP. ¡Soldados, matadle!
QUE. (Entrando espada en mano acosado por el capitán y la guardia.)
¡Atrás!
MEN. (Sujetándole por detrás y riéndose.)
Faltan seis versos aún.
(Los soldados rodean a Quevedo. El capitán le quita la espada y Olivares le contempla con aire de triunfo. Quevedo permanece impasible mirando a todos lados. Rapidez.)

Dichos, Margarita, que aparece en el dintel de la cámara del Rey a tiempo de prender a Quevedo

OLI. (Viéndola.)
(¡Ella!... hoy todo lo concilia
para mi triunfo el destino.)

MAR. (Que al ver a Quevedo entre los guardias ha hecho un movimiento de terror.)
Al embajador que hoy vino
de la corte de Cicilia
quiere ver su Majestad.

OLI. (Con extrañeza a Margarita.)
¿Donde está ese embajador?

QUE. Aquí, con guardia de honor.

OLI. ¡Cómo! (Aterrado.)

MAR. (Entra en la cámara.)
¡Es verdad!
(Los soldados dan en tierra con el cuento de sus alabardas puestas antes en alto. Quevedo atraviesa por entre ellos, que le dejan paso, y el capitán le entrega la espada rodilla en tierra. Este movimiento y las muestras de asombro de Mendaña, Castilla y Grana, han de ser instantáneas.)

QUE. (A Olivares, en sorna, envainando su espada.)
Es verdad.
(Los cortesanos hablan entre sí y con el capitán.)

OLI. (Con desesperación.)
(¡Mísero de mí!)

QUE. (A Olivares, aparte.)
Del lance
salí con dicha completa.

OLI. Sois...

QUE. (Interrumpiéndole.)
Embajador-poeta
con mi credencial romance.
(A todos.)
Paso a la cámara real
(Saludando.)
Señores... pero es de ley
que hoy el ministro del Rey
me acompañe
(Aparte a Olivares que se acerca para hacerlo así.)
(Hasta el umbral.)
(Dirígense los dos a la cámara del Rey.)

MEN. (A los demás.) ¡Qué Quevedo
[qué Olivares!
(Hablan todos con calor.)

OLI. Ved lo que hacéis.

QUE. ¿Tenéis miedo?

OLI. ¿Eso imagináis, Quevedo?

QUE. Mucho se encrespan los mares.

OLI. Soy piloto.

QUE. Conde-duque...
dije mal... Señor piloto,
sopla furibundo noto
y hace agua ya vuestro buque.

OLI. (¡Oh, me hace temblar!)

QUE. ¡Qué manos
tan frías!... ¡Cosa más rara!...
Reid... Ponéis una cara...
¿Qué dirán los cortesanos?
Vedlos ya mustios y tristes...
Tal vez harán ya un misterio
de que os mantengáis tan serio,
mientras yo os abrumo a chistes
Reid, reid...
(A los demás.)
¡Oh! señores,
su Excelencia honra mi numen...
dice que de este cacumen
nunca oyó chistes mejores.
(Como lastimándose.)
Y os habéis quedado a oscuras.
Pues ved... de risa Olivares
aun se aprieta los hijares
y va a echar las asaduras.
Gracias le dije a montones...
Si os las cuenta bien contadas.
(Riéndose.)
Ya veréis... qué carcajadas.
(Aparte a Olivares al entrar y en el tono que mejor le parezca al actor.)
(¡Ya vereis... qué convulsiones!)
(Saluda y entra en la cámara del Rey.)

MEN. ¡Va que se le lleva el aire!

OLI. (Con terror.)
(¡Hombre infernal!... ¡Tengo
[miedo!...

MEN. (Acercándose a Olivares con todos los demás con aire jovial.)
¡Qué donaire el de Quevedo!

OLI. (Estremeciéndose.) Quevedo...
(Haciendo un esfuerzo para reirse, pero con amargura.)
Sí... ¡qué donaire!

CAE EL TELÓN

ACTO CUARTO

alón del Palacio del Buen Retiro. En el fondo una galería de poca altura, a la cual conduce una ancha gradería con dos ramales a derecha e izquierda. Sobre la meseta, de donde parten estas tres escaleras, se abre en el fondo una puerta de dos hojas que conduce a la antecámara y habitaciones del Rey, de modo que abiertas las hojas dejan ver un rompimiento de salones al nivel de la meseta. A la derecha en primer término puerta que guía a la parte exterior del palacio; en segundo la antecámara de la Reina; a la izquierda, en primer término las habitaciones de Olivares; en segundo una puerta secreta.

uevedo, Margarita, Olivares. Al levantarse el telón aparecen Quevedo y Margarita biendo a la meseta por los ramales de derecha e izquierda con papeles en la mano. Al gar ellos arriba se abren las dos hojas y sale Olivares, que los detiene al tiempo ya de entrar

LI. ¡Cómo!... ¿Adentro? Pues afue-
[ra.
—Ambos subís a la par
volved ambos a bajar...
—Son percances de escalera.
(Movimiento de Quevedo y Margarita.)
Tres pasos hay expeditos,
conque...
(Comenzando a bajar por la de enmedio.)

UE. (A Margarita con resignación afectada,)
Acatemos sus leyes...
(Bajan los tres, cada cual por su lado.)

AR. (A Olivares señalando el centro y como reprochándole.)
Por allí bajan los reyes.

LI. Y también los favoritos.
(Después de mirarlos alternativamente.)
A las puertas principales
prefiriendo estos canceles,
¿bais al Rey con papeles...
¿Son, por dicha, memoriales?

QUE. Sí; y el que tengo en la mano
dice al Rey—: «Señor, piedad
para España... Del tirano
sálvenos su Majestad.»

OLI. ¿Y el vuestro?

QUE. Con sangre escrito
dice al esposo—: «¡Señor,
en la virtud no hay delito!...
Castigad al impostor.»

OLI. ¿Y esperáis?
(Señal afirmativa de Quevedo. Margarita permanece pensativa.)
Mucho me alegro.
¿Lo pintáis de azul? Distintas
son de las vuestras mis tintas
y os lo pintaré de negro.

MAR. (Con inquietud.) (¡Qué designios!)

OLI. Desde ayer
os observo sin cesar,
y es difícil engañar
a la astucia y al poder.

QUE. Contra el poder hay poderes...

OLI. No los teme mi privanza.

MAR. Aún nos queda la esperanza...

OLI. (Riéndose.)
Prendida con alfileres.

Ni la audacia, ni el ardid
os salvan... Por vuestro mal
el Rey parte al Escorial
y yo... me quedo en Madrid.

MAR. ¡Oh!

OLI. Tarde dais la batalla.
C ando ayer al Rey hablasteis
¿dónde ese escrito dejásteis?

QUE. Es buen cañón de metralla.

OLI. Pero inútil ya.

MAR. (¡Gran Dios!)

OLI. Hoy para mí sólo abiertas
ciérranse del Rey las puertas
para vos... y para vos...
Como encontrásteis cerrada
ya la puerta principal,
para la cámara real
elegisteis la excusada.
(Señalando al fondo.)
Pues todas, todas lo están.
No entraréis, no.

MAR. ¡Dios eterno!

QUE. Aunque se oponga el infierno
estas cartas entrarán.

OLI. Mucho confiáis... La infanta
confía menos... Sin duda
al ver la verdad desnuda,
vuestra situación la espanta.
Reparad en su aflicción...
(Movimiento de Margarita.)
Mirad... Ella es el espejo
donde se ve, por reflejo,
vuestra pobre situación.
Vedla... temblando quizás...

MAR. ¡No!... La infanta Margarita
noble, ante el crimen se irrita;
pero no tiembla jamás.

QUE. (¡Bien, muy bien!)

MAR. ¡Valor, Quevedo!

QUE. Nunca me asustan azares.

MAR (Con dignidad y retirándose hacia la derecha.)
Yo nunca tiemblo, Olivares.
(A Quevedo que la acompaña.)
¡Estoy temblando de miedo!
Guardadme esta carta. ¡Ay, Dios!

QUE. (Confiad en vos.)

MAR. (¡Oh, sí!
Yo confío mucho en mí;
pero más confío en vos.)
(Dobla el papel y entra en la cámara de la Reina.)

Olivares, Quevedo.

QUE. De la Corte de Sicilia
soy a esta corte enviado...

OLI. (Interrumpiéndole.)
A tratar cosas de Estado
y no asuntos de familia.

QUE. Pues al Rey quiero hablar hoy;
conque introducidme al punto.

OLI. Yo, si es de Estado el asunto,
Ministro de Estado soy.
(Quevedo dirige una mirada. Olivares se sonríe.)

QUE. Queréis jugar un albur...

OLI. Sí, somos quién para quién.

QUE. Nos conocemos muy bien.

OLI. Va de tahur a tahur.
—Así, pues, hablemos claros.

QUE. Es verdad; seamos sinceros.

OLI. Yo hice voto de perderos.

QUE. Voto hice yo de arruinaros.
—¡Oh! Siempre os quise infinito

OLI. Hoy lo veo... Y lo vi antes
por cien sátiras picantes
que contra mí habéis escrito.
—Yo siempre os tuve afición.

QUE. Sí, sí... Me responde de eso
los años que estuve preso
en San Marcos de León.
(Con amargura.)
Mucho frío, hambre no poca
y con grillos en los pies,
sólo me faltaba...

OLI. Pues;
una mordaza en la boca.

QUE. ¡Vive Dios!

OLI. Si hoy, u otro día
volvéis allá por fortuna,
mandaré poneros una...
y enmudecerá Talía.

QUE. Es que no pienso volver
a San Marcos de León.
—Pienso, y yo sé la razó
derrocar vuestro poder.

OLI. Ya... lo pensais...

QUE. Este escrito
prueba de un modo fatal
que el Rey perdió a Portugal
por culpa del favorito.
Y aunque según las razones
de éste, España en aquel día
por un cetro que perdía
ganaba muchos millones;
sabido de todos es
que el buen monarca lloró
cuando Braganza se alzó
con el cetro portugués.
—Pues bien, tenedlo presente
cuando el Rey lea este escrito...

OLI. Bien, se pierde el favorito;
lo confieso llanamente.
—Pero el Rey no lo leerá.

QUE. ¿Lo adivinais?

OLI. Lo adivino.
QUE. Ya buscaremos camino.
OLI. No os queda ninguno ya,
—El Rey saldrá por la puerta
principal... En este espacio
para cruzar el palacio
no hallaréis ninguna abierta.
—Los que entren hasta las salas
que por este lado están,
ya al otro lado no irán
—A no ser que tengan alas—.
Saldrá el Rey... Y ni allá fuera
podréis hablarle al partir;
pues no os dejará salir
ni a los zaguanes siquiera.
QUE. Es decir...
OLI. Que en mi opinión
no derrocais mi poder;
y que al fin vais a volver
a San Marcos de León.
QUE. No.—Mi esperanza...
OLI. Está ya,
como dije antes...
QUE. ¿Perdida?
OLI. Con alfileres prendida.
(Saluda y vase por el fondo.)
Ja, ja.
Quevedo; luego Grana; Mendaña y Castilla.
QUE. (Después de un momento de reflexión.)
¡Ja, ja, ja, ja, ja!
(Carcajada natural.)
Con alfileres... A ver...
(Discurriendo.)
—Sí, Conde-duque... Sin duda.
vuestra ocurrencia... es aguda...
Como... punta de alfiler.
GRA. (Por la derecha.)
Don Francisco de Quevedo...
(Saludando.)
QUE. Señor Marqués de la Grana...
GRA. ¡Cómo! ¿Os vais?
QUE. De mala gana
si os quedáis vos.
FRA. Sí, me quedo.
QUE. Y hacéis bien.—Yo, aunque me
[voy
volveré aquí... Lo deseo
porque mucho, según creo,
nos divertiremos hoy.
MEN. (Entrando con Castilla.)
Hoy, en palacio, es gran día.
QUE. Juntos os dejo a los tres.
—Contad, Mendaña al marqués
eso de Fuenterrabía.—
Conque hasta luego, señores...
MEN. ¿Qué lleváis en el magín?
QUE. Nada.
MEN. Nequaquam.—En fin.
¿Qué trazáis?
QUE. Varias labores...
Sí, labores de mujeres...
MEN. ¡Mejor! Siempre estáis de chan
[za
QUE. Quiero prender la esperanza,
y ando... en busca de alfileres.
(Vase por la derecha.)
Dichos, menos Quevedo.
MEN. Siempre zumbón y chancero.
CAS. Siempre venático y loco.
Vive Dios que hemos de verle...
MEN. ¿Dónde?
CAS. En Toledo y muy pronto
Sí, pardiez, esa cabeza
tiene ya seco el meollo.
GRA. Sí, don Francisco...
CAS. Por menos
están enjaulados otros.
GRA. Y ahora recuerdo: me dijo
que hoy aquí debemos todos
ver...
MEN. Una gran ceremonia:
sí, la copa de oro.
GRA. ¿Qué copa es esa?
MEN. ¿Ignorais?
Yo os enteraré de todo.
Es una gran ceremonia
que ha de llenaros de asombro.
—El Consejo de Castilla
en el año treinta y ocho
consultó... Mejor que nadie
sé lo que hubo en el negocio.
—Es el caso que Olivares,
mandando socorro pronto,
nos salvó a Fuenterrabía.
Que a no ser por él. ¡Demonio!
Pues bien; en premio debido
a su proceder heroico...
CAS. (Que se ha vuelto a otro lado desde
la narración de Mendaña.)
Pues qué, ¿socorrióla él mismo?
MEN. No; pero envió el socorro.
—Y en recompensa, y por juro
de heredad, alcaide propio
y perpetuo le nombraron
de la ciudad... Pero ¿cómo?...
Con el item de que el Rey,
de su amor en testimonio,
siempre al ministro en tal día,
por recuerdo tan glorioso
le ha de enviar un presente
digno de su real decoro,
para honrar la tal jornada
los aniversarios todos.

—Y hoy, lo mismo que otros [años
como es público y notorio
el Rey envía a Olivares
una sin par copa de oro...
Y además, en un billete
—¡billete de puño propio!—
colocado en tres dobleces
de la gran copa en el fondo...
CAS. (Con impaciencia.)
Pues: el Rey Felipe Cuarto,
con exquisitos piropos,
da las gracias a Olivares
de lo que sudaron otros.
MEN. Mejor es callar.—El caso
es que el Rey de puño propio,
escribiendo al de Olivares
le dice con mil encomios:
«Que al aceptar en tal día
de su Rey la copa de oro,
brinde con ella tres veces
por la patria y por el trono.»
CAS. ¡Por el trono y por la patria!...
El los ha hundido en el polvo...
¡Vive Dios!...
MEN. El Rey, Castilla,
sabrá mejor que nosotros...
GRA. ¿Conque hoy es la ceremonia?...
MEN. Ciertamente. Si es famoso
este gran aniversario.
GRA. Yo, como extranjero, ignoro.
MEN. Pues ya veréis... A las cinco,
por allí... (Señalando al fondo.)
¡Si es un asombro!
¡Oh! ¡qué pompa, qué aparato!...
¡Ni la procesión del Corpus!...
chos y Olivares por el fondo y cerrando las puertas tras de sí
LI. Señores, pláceme veros
hoy en palacio tan pronto.
MEN. Como es la gran ceremonia...
LI. Sois muy puntuales.
MEN. El gozo...
LI. Desde aquí a las cinco hay tiem- [po.
Hoy me ocupan mil negocios...
¡Ah! Su Majestad hoy mismo
parte al Escorial.
RA. Supongo
que iréis con él.
LI. No, por cierto.
EN. Ya... ¿conque el Rey parte só- [lo..
LI. Yo con vosotros me quedo.
EN. ¡Pues mejor para nosotros!
LI. Pero el Rey a su partida
sabio dispondrá que, como
siempre, al sonar hoy las cinco
se me dé la copa de oro.
MEN. Mejor que mejor.
GRA. ¿Y cuándo
parte el Rey?
OLI. Dentro de pocos
momentos.—Si su salida
queréis presenciar vosotros
a las puertas de palacio
acudid, y acudid pronto.
MEN. Es verdad.
OLI. Para su marcha
ya está prevenido todo;
conque...
GRA. Vamos, pues.
MEN. Al punto.
OLI. (Abriendo la puerta secreta con una llave pequeña.)
Venid, por aquí es más corto.
MEN. ¡Vos mismo!... ¡Gracias!... Sois el
hombre mejor que conozco.
(Pasan los tres.)
Olivares, Margarita, la Reina. Esta, conducida por aquella de la mano, sale de su cámara al tiempo que Olivares está cerrando la puerta secreta
MAR. (¡Pero eres la Reina!...)
(A Olivares con acento imperioso.)
—Oid,
que os habla Su Majestad.
(Olivares se vuelve inmediatamente y hace una reverencia irónica.)
¡Valor! (Aparte a la Reina.)
REI. (Yo tiemblo...) ¿Es verdad
que hoy... parte el Rey... de Ma- [drid?
OLI. Verdad, señora.
REI. Pues... yo...
quisiera... verle un momento,
conque así...
OLI. Mucho lo siento,
es imposible.
REI. ¡Ay!
MAR. ¡No, no!
REI. Concededme esa demanda..
OLI. El Rey a todos la niega.
REI. Sí... sí... la Reina os lo ruega..
MAR. ¡No... no... la Reina os lo manda
OLI. (Sonriéndose.) La obediencia...
MAR. En vos es ley.
OLI. (Dirigiéndose al fondo.)
Si el Rey lo manda, señora,
entraréis luego...
MAR. ¡No, ahora!
OLI. (Con acento seguro.)
Luego que lo mande el Rey
(Sale y entra.)

REI. ¿Lo ves? Tan inútil paso...
MAR. Veo, con gran aflicción,
que no tienes corazón
de Reina...
REI. ¿Y lo soy acaso?
MAR. No sabes serlo. Has pedido,
y él con razón ha negado...
mas si tú hubieras mandado
el hubiera obedecido!
REI. Ese hombre me infunde miedo.
MAR. ¡Qué pálida estás!...
REI. ¡Ay, Dios!
MAR. (Mirando a la derecha.)
Alguien se acerca.—¿Sois vos?...
¡Ah! venid, venid, Quevedo.
QUE. (Entrando.) Vuesa Majestad...
MAR. Un modo
discurrid vos...
QUE. Ni una puerta
hay por ese lado abierta.
MAR. ¡Todo se ha perdido, todo!
QUE. El Rey partirá al momento
si es que no ha partido ya...
¿Y Olivares dónde está?
MAR. Vedle.
(Señalando al fondo por donde aparece Olivares.)

Dichos y Olivares

OLI. (A la Reina, bajando.)
Señora, lo siento.
REI. ¿Qué traéis?
OLI. La despedida
del Rey traigo, y no os asom-
[bre:
dice el Rey que yo en su nombre
de la Reina me despida.
MAR. ¡Sois!...
OLI. Un súbdito obediente
que de el Rey cumple el mandato.
REI. Mas el Rey...
OLI. Dentro de un rato
partirá.
QUE. (Perfectamente...
no ha partido el Rey aún...)
REI. Me retiro.
OLI. Guárdeos Dios.
MAR. (A la Reina que se dirige con ella a la cámara.)
¿Lloras?
REI. (Con angustia.) ¡Ay! (Entra.)
OLI. (A Quevedo.) ¡Pobre de vos!...
QUE. Eso... conforme y según,
como se suele decir.
OLI. El Rey parte.
QUE. Bien, que parta.
Pienso... escribirle una carta.
OLI. Si os la dejan escribir.
QUE. Pienso... que la tengo escrita.
OLI. ¿Quién va a llevarla además?
QUE. ¿Quién? El demonio quizás.
OLI. Bien, la infanta Margarita,
(Dirigiendo una mirada a Margarita, que después de acompañar a la Reina hasta el umbral, se ha quedado inmóvil a la espalda con dominada por la situación.)
que ya al desengaño toca,
ved... no acude como vos
al demonio... acude a Dios,
ya con el Credo en la boca.
MAR. (Me insulta.) (Con indignación.)
OLI. ¿Rezais?
MAR. No rezo...
Nó... Pues al ver que en su ab
[
Dios no os confunde... ahora
[
a dudar de Dios empiezo.
—No, no, Dios mío, perdón!
OLI. Deliráis... y no lo extraño:
víctima de un desengaño...
MAR. ¿Os lo dice el corazón?
—Víctima será la infanta
Margarita de Saboya;
pero en su valor se apoya
como una víctima santa.
OLI. Víctima.
MAR. Firme y enhiesta,
capaz, porque a Dios le plugo,
de humillar a su verdugo
con una risa... ¡Oh, como esta
(Risa violenta.)
OLI. ¡Vive Dios... El Soberano
va a partir... y yo me quedo...
Ay de vos y de Quevedo!...
QUE. Puede que el Rey parta en var
OLI. Aún esperáis que el demonio
Lleve al Rey aquel escrito.
QUE. Sí.
OLI. Pues me alegro infinito,
dadme después testimonio.
QUE. Puede que lo tenga ya.
OLI. Pues aunque al demonio encue
[t
temo que el papel no entre.
QUE. Lo ofrecí yo, y entrará,
OLI. ¿Lo ofrecísteis?
QUE. Lo ofrecí.
OLI. Cumplidlo.
QUE. Lo cumpliré.
OLI. No a fé, Quevedo.
QUE. Sí a fé.
OLI. No por Dios.
QUE. ¡Por Dios que sí!

LI. La esperanza es en los seres...
UE. Todo.—Y cuando decís en chan-
[za,
yo por tener esperanza
la prendí con alfileres,
LI. Pues la esperanza guardad
y el papel también... los dos...
(Sonriéndose. Hace movimiento para retirarse.)
AR. (Aparte a Quevedo con ansiedad.)
¿Quién lleva el papel?...
LI. Y adiós.
(Olivares se retira haciendo una cortesía irónica.)
AR. (Con afán a Quevedo.) ¿Quién?...
UE. ¡El demonio... mirad!
(Señalando a Olivares que al volverse y subir la gradería enseña el papel que Quevedo le ha prendido en la espalda.)
Quevedo y Margarita
AR. ¡Gran Dios...!
UE. A muerte o a vida
ya no quedaba otro remedio.
AR. Nuestra suerte...
UE. Sin remedio,
ya está ganada o perdida.
AR. Si viese el papel...
JE. Propicios
serán los cielos...
AR. Mas él...
JE. Lleva a la espalda el papel
como el saco de sus vicios.
Desechad, señora, el miedo.
AR. ¡Ay! Esto a nadie lo digo...
sino a vos... que sois mi amigo;
¡Yo estoy temblando, Quevedo!
(Pausa.)
Y vos ¿no tembláis?
(Asiéndole de una mano como para cerciorarse.)
(Agitado.) Señora...
(Con asombro.) ¡Sereno! (Pausa.)
¡Ahora no!...
(¡Ay de mí!)
Tembláis como yo...
Sí, sí...
¡Comienzo a temblar ahora!
R. También.
E. También... ya lo veis...
Tiemblo... mas no de terror.
De...
R. No lo digáis. (Alejándose.)
E. (De amor.)
R. No me habléis... Ni me miréis!...
E. Tiene razón.
(Quevedo queda a la izquierda: Margarita se ha apartado bastante hacia la derecha.)
MAR. (Estoy loca.)
(¿Qué hice yo?... Su mano ardía.
Tal vez la abrasó la mía...)
QUE. (Al fin me estrellé en la roca.)
MAR. (No le quiero hablar, ni aun ver.)
Pediré fuerzas al cielo.
(Queda como si orase.)
QUE. Corazón, si eres de hielo,
¿Cómo es que hoy te siento ar-
[der?
El amor. Cierto; así empieza.
—Y este afán; esta zozobra
¡Ay! El corazón me sobra
y me falta la cabeza.
(Margarita, desde este verso, sigue afanosa todos los movimientos de Quevedo.)
Amor... tú dices que sí...
Tú has dicho siempre que no.
Cierto, yo tengo otro yo
que combate contra mí.
—El corazón y la mente...
—El sentimiento y la idea...
¡El espíritu que crea
y el espíritu que siente.
Si entrambos contrarios son
¿Quién? Según lo que aquí sien-
[to,
mal sujeta el pensamiento
las alas del corazón.)
(Volviéndose de improviso a Margarita.)
Vos... (La tendiera mis brazos.)
MAR. Vos...
(Entrambos se miran fijamente sin dar un paso.)
OLI. (Apareciendo en el fondo.)
Mientras yo, como es ley,
voy a despedir al Rey...
Id uniendo estos pedazos.
(Arroja al pasar varios pedazos de papel y desaparece por la puerta secreta. Margarita da un grito de terror.)
MAR. (Aproximándose a Quevedo.)
¡Todo perdido! Mirad...
QUE. Sí; (Desviándose.) por mi culpa...
Y ahora
¿No me aborrecéis, señora?
MAR. ¡Callad, Quevedo, callad!
QUE. Yo, que soñé en mi delirio
la palma del triunfo daros...
Y al fin logro coronaros
con la palma del martirio.
MAR. Común nos será esa palma.

QUE. Yo soy quien os pierde a vos.
Yo, sí... Confúndame Dios...
MAR. ¡Me estais desgarrando el alma!
QUE. Maldecidme y de ese modo...
MAR. ¡Nunca!
QUE. Mi tormento veis...
pero no; no comprendéis...
MAR. Todo lo comprendo, todo.
QUE. ¡Ved mi dolor!
MAR. ¡Ved mi llanto!
(Ya fuera un crimen callar.)
QUE. Causa tenéis para odiar
al hombre... que os ama tanto.
MAR. ¡Odiaros!... Tenéis razón;
y para saberlo bien,
preguntadlo...
QUE. ¿A quién, a quién?
MAR. A mi pobre corazón.
QUE. Yo...
MAR. Yo también, ¡ay de mí!
Yo... que no tengo suspiros,
yo... no sé cómo deciros...
Cómo expresaros... ¡Oh, así!
(Tendiendo una mano a Quevedo que se la besa apasionadamente.)
¡No... no me habléis... no, por [piedad!
Ya perdidos, un deber
santo nos resta. Poner
en salvo a su Majestad.
Id; que esa prueba sangrienta
guarde ella misma.
QUE. (Encaminándose hacia la derecha.)
Sí, sí.
Pero ella viene hacia aquí.

Quevedo, Margarita y la Reina que sale de su cámara. Después Olivares, Mendaña, Castilla y Grana, por la puerta secreta

REI. Ya partió el Rey.
MAR. La tormenta
sobre nosotros avanza.
Perdidos Quevedo y yo...
REI. Todo se ha perdido...
MAR. ¡No!
Todo... menos tu esperanza.
QUE. Y pués sólo en vuestra mano
estará sin riesgo ahora,
vos... guardadlo vos, señora.
(Dándole la carta del conde.)
REI. ¡Sangre! No... vos...
QUE. ¿Y el tirano?
Ved que estoy bajo su ley.
REI. Guárdala tú.
(A Margarita.)
MAR. ¿Cómo, en dónde?
QUE. (Arrodillándose.)
Tomad la carta del Conde.
OLI. (Apareciendo por la puerta secreta con Mendaña, Castilla y Grana.)
Esta primero. Es del Rey.
(La Reina que iba ya a tomar la carta de Quevedo, toma la que le ofrece Olivares. Quevedo se levanta guarda la suya con despecho.)
Al entrar en la carroza,
«Para la Reina» me dijo.
REI. (Después de leer un momento.)
No estuvo el Rey muy prolijo.
(Cuánto en mi dolor se goza.)
Ordenes son que en su ausenci
el Rey me encomienda a mí.
OLI. Señora, todos aquí
os debemos obediencia.
Con la puerta principal
hice abrir hará un momento
la que une vuestro aposento
a la cámara real.
REI. Cuando al dejar su morada
mandó el Rey...
OLI En cierto modo
fué para la Reina todo.
REI. (Y para la esposa nada.)
OLI. Hoy humildes servidores
al Rey miramos en vos.
REI. Basta, Olivares, adios:
(Despidiéndose.)
OLI. Saludo a mi Rey—. Señores,
id.... muy contentos y ufanos
hoy con un Rey de este porte
pienso que le haréis la corte
como buenos cortesanos.
(La Reina entra en su cámara acompañada de Margarita y seguida de Mendaña, Castilla y Grana.)

Quevedo, Olivares

OLI. Vos no vais...
QUE. Porque me qued
OLI. (Señalando los pedazos de papel.)
Ved... trocitos de esperanza.
¿No los unisteis, Quevedo?
(Quevedo se sienta en un sillón.)
¡Cómo! ¿os sentáis? Yo no pu
[
permitir...
QUE. Parece chan
y así estoy más descansado.
OLI. Venzo al fin y estáis perdido
QUE. Pues me quedaré sentado.
mas si venzo, estoy ganado.
OLI. (Interrumpiéndole.)
¿Cómo os ganaréis?
QUE. Tendido.
OLI. Al respeto me faltáis.

QUE. Nada temo si perdéis;
nada espero, si ganáis;
y en mí, ganéis ó perdáis,
ya no quitáis ni ponéis.
OLI. Parece que estáis de humor.
QUE. Mucho.
OLI. Os le quiero seguir.
QUE. ¡Bravo! Mejor que mejor,
como en placer y en dolor
suele Mendaña decir.
OLI. La esperanza que os rasgué
y ahí en trocitos está...
La de la espalda...
QUE. Ya sé..
OLI. Cayó en mis manos... A fé
que él como gracia os hará.
El buen Rey se paseaba
y yo en su mesa escribía;
pero él, que a mi espalda estaba
muy curioso me miraba.
Y al fin, con sorpresa mía,
«¿Quién a mi buen favorito
pone mazas sin respeto?»
dijo, y me dió el papelito.
QUE. ¡Cómo!... ¿El Rey os dió el escrito?
OLI. Sí. (Riéndose.)
QUE. (Levantándose.)
Pues... anduvo discreto.
OLI. ¿Suponéis?...
QUE. Que lo leyó.
OLI. Eso, al pronto, me temí...
mas conmigo se rió
de la gracia y... vi que no
QUE. Pues luego veréis que sí.
OLI. No. Al partir, muy lisonjero
me habló el Rey... Besé su mano..!
QUE Pues así besa el cordero
la mano del carnicero,
OLI. Deliráis... El soberano,
con su real mano después,
puso una carta en las mías
para la Reina...
QUE. Eso es...
¿Y no os ha ocurrido, pues,
que era la carta de Urías?
OLI. Eso pensáis.
QUE Sí, por Dios.
Todo el Rey lo sabe ya;
¡Ya no sois uno los dos!...
Ya el Rey os execra a vos,
y en su carta...
OL Claro está,
prevendrá el Rey (Dios le guarde)
a la Reina, con decoro,
que ella misma en regio alarde,
a las cinco de esta tarde
me ofrezca la copa de oro.

QUE. Yo soy quien os pierde a vos.
Yo, sí... Confúndame Dios...
MAR. ¡Me estais desgarrando el alma!
QUE. Maldecidme y de ese modo...
MAR. ¡Nunca!
QUE. Mi tormento veis...
pero no; no comprendéis...
MAR. Todo lo comprendo, todo.
QUE. ¡Ved mi dolor!
MAR. ¡Ved mi llanto!
(Ya fuera un crimen callar.)
QUE. Causa tenéis para odiar
al hombre... que os ama tanto.
MAR. ¡Odiaros!... Tenéis razón;
y para saberlo bien,
preguntadlo...
QUE. ¿A quién, a quién?
MAR. A mi pobre corazón.
QUE. Yo...
MAR. Yo también, ¡ay de mí!
Yo... que no tengo suspiros,
yo... no sé cómo deciros...
Cómo expresaros... ¡Oh, así!
(Tendiendo una mano a Quevedo que se la besa apasionadamente.)
¡No... no me habléis... no, por [piedad!
Ya perdidos, un deber
santo nos resta. Poner
en salvo a su Majestad.
Id; que esa prueba sangrienta
guarde ella misma.
QUE. (Encaminándose hacia la derecha.)
Sí, sí.
Pero ella viene hacia aquí.

Quevedo, Margarita y la Reina que sale de su cámara. Después Olivares, Mendaña, Castilla y Grana, por la puerta secreta

REI. Ya partió el Rey.
MAR. La tormenta
sobre nosotros avanza.
Perdidos Quevedo y yo...
REI. Todo se ha perdido...
MAR. ¡No!
Todo... menos tu esperanza.
QUE. Y pués sólo en vuestra mano
estará sin riesgo ahora,
vos... guardadlo vos, señora.
(Dándole la carta del conde.)
REI. ¡Sangre! No... vos...
QUE. ¿Y el tirano?
Ved que estoy bajo su ley.
REI. Guárdala tú.
(A Margarita.)
MAR. ¿Cómo, en dónde?
QUE. (Arrodillándose.)
Tomad la carta del Conde.
OLI. (Apareciendo por la puerta secreta con Mendaña, Castilla y Grana.)
Esta primero. Es del Rey.
(La Reina que iba ya a tomar la carta de Quevedo, toma la que le ofrece Olivares. Quevedo se levanta guarda la suya con despecho.)
Al entrar en la carroza,
«Para la Reina» me dijo.
REI. (Después de leer un momento.)
No estuvo el Rey muy prolijo.
(Cuánto en mi dolor se goza.)
Ordenes son que en su ausenci
el Rey me encomienda a mí.
OLI. Señora, todos aquí
os debemos obediencia.
Con la puerta principal
hice abrir hará un momento
la que une vuestro aposento
a la cámara real.
REI. Cuando al dejar su morada
mandó el Rey...
OLI En cierto modo
fué para la Reina todo.
REI. (Y para la esposa nada.)
OLI. Hoy humildes servidores
al Rey miramos en vos.
REI. Basta, Olivares, adios.
(Despidiéndose.)
OLI. Saludo a mi Rey—. Señores,
id.... muy contentos y ufanos
hoy con un Rey de este porte
pienso que le haréis la corte
como buenos cortesanos.
(La Reina entra en su cámara acompañada de Margarita y seguida de Mendaña, Castilla y Grana.)

Quevedo, Olivares

OLI. Vos no vais...
QUE. Porque me queda
OLI. (Señalando los pedazos de papel.)
Ved... trocitos de esperanza.
¿No los unisteis, Quevedo?
(Quevedo se sienta en un sillón.)
¡Cómo! ¿os sentáis? Yo no pu
[
permitir...
QUE. Parece chanz
y así estoy más descansado.
OLI. Venzo al fin y estáis perdido
QUE. Pues me quedaré sentado.
mas si venzo, estoy ganado.
OLI. (Interrumpiéndole.)
¿Cómo os ganaréis?
QUE. Tendido
OLI. Al respeto me faltáis.

QUE. Nada temo si perdéis;
nada espero, si ganáis;
y en mí, ganéis o perdáis,
ya no quitáis ni ponéis.
OLI. Parece que estáis de humor.
QUE. Mucho.
OLI. Os le quiero seguir.
QUE. ¡Bravo! Mejor que mejor,
como en placer y en dolor
suele Mendaña decir.
OLI. La esperanza que os rasgué
y ahí en trocitos está...
La de la espalda...
QUE. Ya sé..
OLI. Cayó en mis manos... A fé
que él como gracia os hará.
El buen Rey se paseaba
y yo en su mesa escribía;
pero él, que a mi espalda estaba
muy curioso me miraba.
Y al fin, con sorpresa mía,
«¿Quién a mi buen favorito
pone mazas sin respeto?»
dijo, y me dió el papelito.
QUE. ¡Cómo!... ¿El Rey os dió el escrito?
OLI. Sí. (Riéndose.)
QUE. (Levantándose.)
Pues... anduvo discreto.
OLI. ¿Suponéis?...
QUE. Que lo leyó.
OLI. Eso, al pronto, me temí...
mas conmigo se rió
de la gracia y... vi que no
QUE. Pues luego veréis que sí.
OLI. No. Al partir, muy lisonjero
me habló el Rey... Besé su mano..!
QUE Pues así besa el cordero
la mano del carnicero,
OLI. Deliráis... El soberano,
con su real mano después,
puso una carta en las mías
para la Reina...
QUE. Eso es...
¿Y no os ha ocurrido, pues,
que era la carta de Urías?
OLI. Eso pensáis.
QUE Sí, por Dios.
Todo el Rey lo sabe ya;
¡Ya no sois uno los dos!...
Ya el Rey os execra a vos,
y en su carta...
OLI Claro está,
prevendrá el Rey (Dios le guarde)
a la Reina, con decoro,
que ella misma en regio alarde,
a las cinco de esta tarde
me ofrezca la copa de oro.

QUE. No.
OLI. Las cinco van a dar.
El Rey a la Reina ha escrito,
y hoy la Reina, a su pesar,
debe al favorito honrar...
QUE. O perder al favorito.
Ya no hay copa de oro... no.
(Da la primera campanada de las cinco
OLI. Escuchad... Llegó el momento.
QUE. (Me asesina ese reló.) (Pausa.)
Cinco... campanadas,..
OLI. (Miranda a la puerta del fondo con terror.)
¡Oh!
QUE. ¡No hay copa!
(Después de un momento.)
OLI. (¡Estoy sin aliento!)
QUE. Dió la postrer campanada,..
Mas no se abre aquella puerta.
(Sonrisa de Quevedo y espanto de Olivares.
No... no se abre... nada... nada.
Mirad... cerrada... cerrada...
(La puerta se abre.)
¡Oh! (Con rábia.)
QUE. (Con sonrisa de triunfo.)
¡Mirad... abierta... abierta!...

Dichos, y al abrirse las puertas del foro aparece Mendaña, trayendo en una bandeja una copa de oro con un billete cerrado en el fondo. Al lado de Mendaña salen Grana y Castilla. Durante los versos que siguen, el primero baja la gradería del centro seguido de un ujier, y los otros dos por los ramales de derecha a izquierda, abriendo la marcha a dos filas de caballeros, pajes, damas y meninas, que se colocan luego en semicírculo, dejando en el centro a Mendaña con el ujier a la espalda. Al bajar la comitiva, la Reina aparece en la galeria entre Margarita y doña Inés.

QUE. Siempre la loca fortuna
mala fué para los buenos...
El cielo... Allí está la luna,
y esa no da luz ninguna
cuando la noche es de truenos.
OLI. Mato al fin vuestra esperanza.
En San Marcos de León
será horrible mi venganza...
QUE. Tenéis...
OLI. Poder y privanza..
Mirad.
UJIER Silencio, ¡atención!
REI. Conde-duque, sentaos y cubríos.
(Hácelo así.)
(Me querrá ver el Rey más humillada.)
Gozáis de tan cumplida preeminencia
desde que el Rey os concedió esta gracia.
(La Reina debe decir esto lentamente y como haciendo un esfuerzo para ello.)
Hoy, al partir el Rey a San Lorenzo,
para la Reina os entregó una carta;
me la disteis: en ella me previene
el Rey bajo su firma soberana,
que en honor... vuestro y en servicio suyo,

yo, que la Reina soy de las Españas,
solemnice también la ceremonia
que él dejó a su partida preparada.
Y así, con mi presencia enalteciendo
una regia merced, que es ya tan alta,
yo, la Reina, a ofreceros he venido
porque el Rey, mi señor, así lo manda,
ese presente real, que sobre el trono,
bajo el rico dosel, en la Real Cámara
dejó para este fin el soberano.
Que os acuerda merced tan señalada
como todos los años, en la copa
un pliego para vos puso el monarca.
Recibid esa copa y ese pliego
y... Dios... os dé... (Pausa.)

(Olivares mira a la Reina, que se echa llorando en los brazos de Margarita.)

(Concluyendo la frase de la Reina y con solemnidad.)

¡Lo que de Dios os falta!
Como súbdito fiel cumplir me toca
la voluntad del Rey, siempre sagrada.
Hoy me prescribe que su copa acepte,
yo la acepto a mi vez. Debo aceptarla.

(Toma la copa que Mendaña le presenta con una rodilla en tierra. El ujier toma también la bandeja y se retira, seguido de la servidumbre, subiendo las escaleras laterales y entrando por detrás de la Reina. Entre tanto, Mendaña y los demás van pasando delante de Olivares para hacerle un saludo de parabién; Quevedo pasa el último, al llegar a su lado se vuelve a la meseta y saluda a la Reina. Todo esto durante el tiempo que se tarden en decir los versos que siguen.)

(Aparte a la Reina.)

¡Lloras... Reina, valor!... Ojos enjutos
y frente real, desprecio y arrogancia!
¡Angustia, humillación!
Orgullo, Reina,
que el orgullo engrandece la desgracia.
Como siempre, en la copa viene un pliego
todo de puño real, con regias armas,
en que recuerda lo servicios míos,
bien escasos a fe, nuestro monarca.
En este pliego, como siempre, ahora
el gran Felipe Cuarto, honor de España,
frases de amor sincero me dirige
que yo, sábelo el Rey, grabo en el alma.
Según uso y costumbre, un caballero,
el más ilustre y distinguido que haya
presente a la sazón, debe a su turno
abrir el pliego real, y en voz bien alta
delante de la Corte repetirme
su contesto palabra por palabra...
Si Quevedo se digna...

(Con rabia.) ¡Yo! (Reprimiéndose.)
Me digno.

(Aparte a Olivares.)

(Por respeto a esa Reina desgraciada.)

OLI. Pues tomad el papel.
(Aparte a Quevedo.)
(Bravo soneto.)
QUE. (Sonetos hay, pardiez...)
OLI. (Sin consonancia.)
(Tales los hay a veces, y ese es uno,
que al lector más robusto le atragantan.)
Señores, atención. Leed, Quevedo,
en voz sonora y halagüeña y clara...
QUE. Sonora y halagüeña y clara, como
el órgano y el céfiro y el agua.
(Mirando al pliego.)
MAR. (Su amor consagra el Rey a su enemigo.)
REI. Y a su esposa infeliz, ¿qué la consagra?
MAR. (¡No llores, por piedad!)
QUE. (Cariño imbécil
el de ese imbécil Rey.) Dice la carta:
(Leyendo.)
«A nuestro muy querido...
(Deteniéndose.)
el Conde-duque.»
OLI. Proseguid, proseguid.
QUE. (Leyendo.)
«Salud:» (¡Tercianas!)
(Aparte. Olivares se inclina.)
OLI. Sobrescrito feliz... Rompe la nema
pues lo más principal es lo que falta.
Las lisonjas del Rey; esos elogios
que al nivel de su trono me levantan.
Hoy el Rey, mi señor, me hace dichoso.
QUE. (Desgarrando a la Reina las entrañas.)
(Rompe el sello con cólera.)
OLI. Repetidme sus frases cariñosas.
REI. (El corazón del pecho se me arranca.)
OLI. Señores, atención... Leed, Quevedo,
en voz sonora y halagüeña y clara.
QUE. (Conde-duque.)
(Aparte a Olivares.)
OLI. Leed. (Mirad mis ojos
radiantes de rencor y de venganza!
QUE. (Os desprecio.) (A todos.)
Escuchad. ¡No, no hay justicia!
MAR. (A la Reina que manifiesta terrible angustia.)
¡Valor, valor!
REI. (Se echa en brazos de Margarita.)
(Mi espíritu desmaya.)
OLI. Ya veréis cuánto honor... Al punto...
QUE. (Preparándose a leer.)
¡Al punto!
REI. (Ciegan mis ojos...)
QUE. (A todos.) Escuchad. (¡Oh, rabia!)
(Leyendo.)
«Mi buen Olivares: No es menester encarecerte mi gran cariño, que es superior, y tú lo sabes, a todo encarecimiento. Aunque públicas son en estos reinos las pruebas de amor con que te distingo, hoy he de darte una mayor que todas, y dártela quiero como amigo, que no como monarca

Muy luego daré a Madrid la vuelta, y como cumple a mis designios que tú conozcas antes esa prueba de mi buena amistad, no debo diferirla. Es un aviso cariñoso de mi corazón; ten en cuenta el aviso porque te importa mucho. ¡Olivares!... Si estuvieses en mi alcázar a mi regreso, el amigo te dará sus brazos... el Rey... su verdugo.»

(Movimiento general de asombro.)

OLI. (Soltando la capa y con un grito de angustia.) ¡Ah!

REI. ¡Gran Dios! (Con emoción y júbilo.)

MAR. (Conteniendo a la Reina y como si quisiera escuchar aun el eco de las últimas palabras de la carta.)
¡Silencio!

QUE. (Poniendo el papel a Olivares delante de los ojos.) Ved.

OLI. (Dejándose caer en un sillón.)
¡Misero de mí!
(Quevedo se dirige hacia la Reina; Mendaña y Grana, separándose de Olivares, le salen al encuentro. Castilla permanece cruzado de brazos cerca de Olivares.)

MEN. (A Quevedo.) ¡Qué asombro!

QUE. ¿Y así le dejáis? ¡Volved!...
Si os dió arrimo una pared
y se hunde... arrimadla un hom-
[bro.
(Movimiento de los dos.)
Sombra y nido a vuestro gusto
os dió un árbol... ¡Cayó allí!
mas, si al dejarle con susto,
buscáis otro más robusto...
¡no le encontraréis en mí!
nunca, no. Sobre cascajos
tronco soy de rudas quiebras
que, creciendo entre espantajos,
ni ofrece nido a los grajos
ni da sombra a las culebras.
Ya en la cortesana grey
no hay reyezuelos... hay dos
reyes... la Reina y el Rey.
(Volviéndose a la Reina.)
Señora, cambió la ley.

REI. ¡Quevedo, que os oiga Dios!

QUE. Hoy que Dios en su bondad
la luz del bien nos envía
tras de tanta obscuridad,
para Vuesa Majestad
¡grande, señora es el día!
Hoy ante el solio español
se dilata el horizonte,
y entre nubes de arrebol
más claro amanece el sol
porque se derrumba el monte.
(A todos.)
¡El Rey... la Reina después!

CAS. Si hoy, por fin de sus pesares,
ya la Reina Reina es,
sirva de alfombra a sus pies
el sombrero de Olivares.
(Se lo arranca de la cabeza y lo arroja a los pies de la Reina, que baja las gradas con Margarita y doña Inés.)

PAJ. (Entrando.) Para la Reina este
[pliego
del Rey, que en Atocha está.
(Quevedo lo presenta a la Reina.)

REI. Yo en vuestras manos lo entre-
[go.
(Quevedo lo abre y lee.)

MAR. (Acercándose a Olivares después de tomar el sombrero del suelo.)
Conde-duque, a vos me llego,
pero sin rencores ya.
Contrarios fuimos los dos;
pero aquí cesa mi encono.
Matarme quisisteis vos...
Pues bien... ¡que os perdone Dios
lo mismo que yo os perdono!
Y pensad en vuestra cuita
que si, audaz un caballero
hoy... hasta el sombrero os quita,
hoy... la infanta Margarita,
hoy... os devuelve el sombrero.
(Da el sombrero a Olivares que lo toma confuso.)

REI. (A Quevedo que acaba de leer el pliego.)
¿Ordenes del Rey serán?

QUE. Que se cumplan sin demora
quiere el Rey.

REI. Se cumplirán.
(Quevedo la ofrece el pliego.)
Bien en vuestra mano están.
Vos...

QUE. Obedezco, señora.
(A Olivares.)
Y vos no os hagáis rehacio;
por orden del Rey salid,
sin más término ni espacio,
ahora mismo de palacio,
y mañana de Madrid.
(Olivares se dirige a la puerta como maquinalmente.)

MEN. Bien, mejor. (A Quevedo.)

QUE. Vos, a su lado,

como un perro y más puntual
seguisteis siempre al privado...
¡pues seguid al desterrado
y seréis perro leal!

MEN. ¡Para mí tanta dureza!

QUE. Comprended, si no sois perro,
que uno acaba y otro empieza:
os dió sombra en su grandeza...
¡Dadle sombra en su destierro!...

MEN. Pero... hacerme desterrar...

QUE. Ese según vuestro humor,
es mejor.

MEN. (Con asombro.) ¡Mejor!

QUE. ¡Mejor
que si os hiciesen ahorcar!

MEN. ¡Mejor, mejor por mi vida!

OLI. (Con desvarío.)
¡Todo convertido en nada!

MEN. (Dando el brazo a Olivares.)
Conde-duque, de partida.

OLI. (Preocupado.) ¿Dónde?

MEN. A buscar la salida,
porque se cerró la entrada.
(Los dos se dirigen a la puerta de la derecha.)
Si el verdugo ha de apretaros...

OLI. ¡Ay Mendaña!
(Con profunda angustia.)

MEN. Ea, valor.

OLI. ¡Desterrarme!

MEN. ¡Desterrarnos!

OLI. ¡Nos destierra!

MEN. ¡Pudo ahorcarnos!
Conque... mejor que mejor.
(Vanse.)

QUE. El Rey anuncia además
que no ha de haber favoritos
ya en su palacio jamás...
(Rumor lejano.)
Pero ese rumor... quizás
llega ya el Rey.

REI. Esos gritos...

QUE. De gozo, señora, son;
el pueblo con sus clamores
celebra su redención!...

GRA. Pues que el Rey llega...
(A la Reina.)

REI. Es razón;
id a su encuentro, señores,

QUE (A Castilla.)
Decid a Mendaña vos
que si el destierro le es duro
vuelva a entrar del Rey en pos.
(Vanse Castilla y Grana por la derecha.)

MAR. ¿Dejará sólo gran Dios
A Olivares?

QUE. De seguro.

MAR. ¡Qué barbarie!

QUE. (Con ironía.)
No, es piedad.
El dolor, por el contrario,
diz que ama la soledad.
(Con sarcasmo sangriento.)
Por eso la humanidad
deja al dolor solitario.
Quevedo, Margarita, la Reina

QUE. (A Margarita, sacando la carta del conde.)
Vos señora...

MAR. (Tomándola.)
Dadme luego.

QUE. Al paso, en cualquiera parte.

MAR. Sepa el rey que estuvo ciego.
(Dirígese a las gradas rápidamente.)

REI. ¿Dónde vas?

MAR. (Agitando el papel desde la meseta.)
Voy a salvarte. (Entra.)

QUE. Esa carta salvadora
de vuestra virtud responde:
la escribió con sangre el conde
y el Rey va a leerla ahora.

REI. Será inútil. Tantos días
de olvido y separación...
Ya del Rey el corazón
entre torpes mancebías...

QUE. Ya su ángel malo en el cieno
no podrá hundirle en el vicio.

REI. ¡Lo dejo en el precipicio!...

QUE. Que le salve su ángel bueno.
Sedlo vos...

REI. ¿Y su desdén?
Del bien le alejaron ya.

QUE. Vuestra mano bastará
para conducirle al bien.
—Ya no hay quien siembre cizaña.
amadle y que os ame a vos;
¡y haced unidos los dos
la felicidad de España!

REI. Fuera en ello tan dichosa...

MAR. El Rey...
(Apareciendo por el fondo.)

REI. ¿Quiere ver quizás
a la Reina?

MAR. ¡Mucho más!
Quiere abrazar a la esposa.
(La Reina y Quevedo suben las gradas.)

REI. El Rey... (Azorado.)

MAR. (Señalando al fondo por entre las hojas entreabiertas.)
Miradle... hacia aquí

con toda su corte avanza...
Rei. El temor y la esperanza...
(Siéntese en el fondo pasos y ruido que se aproxima.)
Mar. ¡Ven a su encuentro!...
Que. ¡Sí, sí!
Y a la clara luz del sol
al Rey amando leal,
dadle tan sólo un rival...
(Gritos del pueblo.)
ese buen pueblo español.
(La Reina, conducida por Margarita, entra y se dirige a la izquierda. Al abrirse las hojas, en el fondo aparecen caballeros y en primera Mendaña, Castilla y Grana, pajes y guardias que van desfilando hacia la izquierda.)
Mar. Ven.
Rei. (Dentro, con un grito de júbilo.)
Mi esposo... ¡Dicha entera!
¡Que mis brazos te reciban!
Men. ¡Vivan nuestros Reyes!...
Tod. ¡Vivan!
Men. (Dirigiéndose a la izquierda.)
¡Todos adentro!
(Todos marchan a la izquierda, de modo que se note el movimiento al cerrar Quevedo las puertas.)
Que. (Saliendo y cerrando tras de sí las hojas.)
Y yo fuera.
Quevedo, luego Margarita.
Que. ¡Todos se van! Yo me quedo.
Bien; importe por importe,
si se restan con el dedo,
debe a la Corte Quevedo
lo que Quevedo a la Corte.
Todos, en tan fausto día
van a donde el viento va
en revuelta algarabía...
Quevedo, en tanta alegría,
¿quién de ti se acordará?
(Margarita aparece y al ver que Quevedo comienza a bajar por la izquierda, baja por la derecha, mirándole con afán.)
¡Con su ayer y sus historias
un recuerdo... está perdido
siempre en el hoy de las glorias!
Que al fin siempre las memorias
son merienda del olvido.
Tu presencia en tal morada
fuera un recuerdo importuno,
y hoy, al fin de la jornada,
al pensar todos en nada
ya no piensa en ti ninguno.
En ti; ni aun después de todo
—Si a buena luz lo escudriñas
pensarán... como el beodo
piensa, al empinar el codo
en el que plantó las viñas.
¿Quién se acuerda ya? Lo sé...
(Baja el último escalón y se vuelve hacia la derecha. Margarita, a su vez sigue el movimiento contrario.)
Ninguno, ninguno... (Viéndola.)
¡Ah! Sí..
(Se acercan.)
En este momento a fe
Pensaba...
Mar. Comprendo en qué...
y errásteis pensando así.
Que. Perdonadme... en tal momento..
Mar. Que así me ofendieseis vos.
Que. Yo siento. (Con emoción.)
Mar. También yo siento.
Que. ¡Dulce y común sentimiento
que es el alma de los dos!
Mar. (Señalando el corazón.)
¡Siempre aquí!
Que. (Id.) ¡También aquí!
Inmenso, ideal, profundo...
Mar. Digno de vos y de mí.
Que. (Asiendo las manos de Margarita.)
¡Y eterno, eterno!
Mar. ¡Sí, sí!...
Pero que lo ignore el mundo.
Que. A ser nacimos quizás
siempre amantes...
Mar. ¡Siempre buenos!..
¡Ay! venturosos... ¡jamás!
(Separándose con dolor.)
Que. ¿Por qué yo no nací más?
Mar. ¿Por qué yo no nací menos?
Lo hizo Dios... Y El nos lo advierte
Un loco amor dió por fruto,
no siendo común su suerte,
a Villamediana muerte
y a la Reina llanto y luto...
Tales son sus condiciones...
mi sosiego y vuestra vida
por fugaces ilusiones...
Dense nuestros corazones
su postrera despedida.
Que. ¡Qué desventurado soy!
Mar. (Con acento persuasivo.)
Muerto fué Villamediana
y la Reina...
Que. (Interrumpiéndola.)
Basta. Hoy
mismo a mi villa me voy.
Mar. Bien. ¡Yo a un convento mañana!
Que. Y allí con honda querella

diré a mi suerte cruel,
¿por qué me separas de ella?
Y vos...

MAR. Yo diré a mi estrella,
¿por qué me separas de él?

QUE. (Con amargura.) ¡Adiós!

MAR. ¡Adiós!

QUE (Aparte alejándose lentamente por la derecha.)
(En la orilla
morir ahogado... ¡Oh, tormento!)

MAR. (Idem idem por la izquierda.)
(Arde el llanto en mi mejilla.)

QUE (Con profundo dolor volviéndose desde la puerta.)
¡No os olvidéis de la villa!

MAR. (Llorando y volviéndose también desde el lado opuesto.)
¡Pensad vos en el convento!

Dichos y Mendaña, Castilla, Grana, con varios caballeros, que en este momento aparecen abriendo las hojas del fondo y bajan a la escena. Al verlos Quevedo, que ya iba a salir, se detiene notando un movimiento de terror en Margarita, que se esfuerza para ocultar su turbación

MEN. Su Alteza...

QUE. (Sonriéndose.) Mirad... la infanta
¡llora... de risa!

MAR. (Con violencia.) Eso es...
Chistes de Quevedo...

QUE. ¡Pues!

MEN. Mejor, ¡cuánta gracia, cuánta!

QUE. Pues hoy con gracioso porte
yo, que mil gracias ensarto
al fin de mis gracias harto,
dejo por gracia la corte.

MEN. Y aún muy gracioso al marchar...

QUE. Un chiste acerté a decir...

MEN. Que hizo a su Alteza reir...

QUE. Pues, y de risa...llorar.
Que unidos en un engaste,
por lo alegre y por lo triste,
una lágrima y un chiste
son... un chistoso contraste,

GRA. Es verdad.

QUE. Si bien lo mira
la excelente humanidad.
Todo en el mundo es verdad...

CAS. Todo...

QUE. Cuando no es mentira.

MEN. Ya que sin vuestra persona
en la corte nos quedamos,
¡qué de chistes aguardamos
de esa musa juguetona!
Desde allá vos... ya lo sé:
sois en el chiste muy ducho.

QUE. (A Mendaña.) ¡Mucho! ¡Mucho!
(A Margarita.) Mucho...
(A todos.) Mucho

MEN. ¡Escribid!

QUE. Escribiré;
que al surcar simples y mansos
las cortesanas espumas,
me han provisto ya de plumas
muchos, muchísimos gansos.
Y van dispuestos y prontos
en mi alquitara mental...
mil sonetos.

MEN. ¡Mil! ¿Qué tal?
¿Sobre qué?

QUE. Sobre los tontos.
Os tendré presente a vos...
(A todos.)
¡La amistad... entre los dientes
Yo os tendré a todos presentes

MAR. (Con angustia.) (¡Ay!)
(Quevedo se detiene al movimien
de desesperación que hace Margarit
la cual saluda a todos con una inc
nación de cabeza y se dirige a
gradería profundamente afectad
Quevedo se dirige también a darla
mano para subir, después de hacer
los cortesanos una seña como si qu
siera decirles: «Concluiré al punto
Margarita despidiéndose en la mese
y con profundo dolor a Quevedo.)
¡Adiós!

QUE. (Besándola la mano.) ¡Adiós!
(Margarita entra por el fondo. Qu
vedo, después de seguirla con la vi
ta, baja lentamente las gradas. L
cortesanos se acercan a él, que l
detiene con un ademán imperios
Todos callan y Mendaña se frota l
manos maliciosamente, como qui
aguarda muchos chistes. Quevedo
dirige a todos con una risa violen
de amargo desprecio.) ¡Adiós!.
(Quevedo atraviesa la escena, c
lase el sombrero, se emboza y vá
por la derecha; los cortesanos se m
ran unos a otros y cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

BLASCO JIMENO

LEYENDA DRAMÁTICA EN TRES JORNADAS, ORIGINAL DE

Fernando López Martín

PERSONAJES

ASCO JIMENO.—LEONORA.—MARTA.—UNA DUEÑA.—UNA BALLESTA.—RODRIGO. ÑO.—ROLANDO.—EL PRINCIPE ALFONSO.—RUIZ DIAZ.—TELLO.—EL REY.—SAN- O.—FLAVIO.—EL REY ALFONSO DE ARAGÓN.—PEDRO.—BLAS.—UN SOLDADO. VIEJO.—EMBAJADOR 1.º—IDEM 2.º—CABALLERO 1.º—IDEM 2.º—IDEM 3.º—IDEM 4.º

es, lanzas, ballesteros, labriegos, mujeres, niños, capitanes, soldados, damas, villanos, y gue rreros aragoneses

acción se desarrolla por tierras de Castilla en el primer tercio del siglo XII.—La acción de la mera y segunda jornada en el recinto amurallado de la ciudad de Avila; la de la tercera jorna- cuadro primero, en el zaguán de una venta de Castilla, y la del segundo en un campamento militar, bajo una selva, hosca y profunda, en tierras de Castilla.

JORNADA PRIMERA

un salón amplio, decorado con severo mueblaje, obscuros sillones tallados en viejo roble; panoplias con ferradas armas, y una mesa cuadrangular, cuyo bloque macizo se oculta bajo un rojo tapiz. Largos cortinajes, también de rojos matices, cubren las puertas, amortiguando con sus espesos pliegues todo rumor que, viniendo de afuera, quisiera despertar el eco de la dormida estancia. En el fondo, un balcón, con las pintadas vidrieras abiertas de par en par, deja penetrar la luz de un crepúsculo vespertino, luz triste y difusa que llena la estancia de semiobscuras y azuladas penumbras. Por el balcón divísase un cielo de negros nubarrones, raudo tropel de nieblas que, a intervalos, sepulta en sombras el plateado fulgor de la luna. El aire, en ráfagas, golpea fugazmente en las abiertas vidrieras: leve ruido que no importuna el sueño a que se entrega un guerrero, cuyas manos, dobladas en cruz sobre la de la espada, que desciñó del cinto y apoyó sobre el suelo para mayor descanso de su alto cuerpo pegado contra el muro, le dan una apariencia de esas viejas estatuas que vigilan solemnes en los atrios de las sombrías catedrales. Hay una pausa larga y silenciosa.

RODRIGO

tra en la sala recatadamente, y, luego, paso rápido se dirige hacia el que duer- También Rodrigo viste los arreos de rra. Al oido del durmiente.)

uermes?

cudiéndole por el hombro con impacien-)

¡Tello!

TELLO

n sobresalto y en actitud de repeler una enaza.)

¿Quién me llama?

RODRIGO

drigo... ¡Chist!...

TELLO

¡Dios me tenga!

luna ya!

RODRIGO

Y entre brumas
que harán la noche más negra.
(Con rápida palabra.)
Sacude el sopor y, breve,
la espada en el cinto cuelga,
y en un caballo que el viento
su paso alcanzar no pueda,
siguiendo del claro Adaja
por la contraria ribera,
bajo los olmos que ofrecen
sombra y ornato a la vega,
te verás con Pedro Arias
que allí tu visita espera
¿La carta?

TELLO

(Ciñéndose la espada.)
Firme la llevo

bajo la malla sujeta.

RODRIGO

(Guiándole hacia el umbral más cercano.)

Si en la jornada un peligro
presientes, Tello, de cerca,
antes que el peligro arrecie,
la carta en tus manos quema.
Porque los dos nos jugamos
a cara o cruz en la empresa,
si ganamos, la venganza,
si perdemos, la cabeza.

(Tello, tras de un gesto en el que promete cumplir severamente la orden, parte, y Rodrigo, viéndole partir, tiene un ademán de enérgica resolución como el del que dudó mucho tiempo de acometer una grave empresa y al fin se decide a llevarla a término.)

No es la ambición la que mis pasos guía;
sólo mis pasos la venganza mueve;
por ver llegar el esperado día,
a ser traidor mi corazón se atreve.

(Dispónese a salir y cuando ya su mano levanta la pesada cortina, Leonora, la divina Leonora, rubia como el sol, entra en la estancia; y en tanto que con voz dulce y argentina habla a su dueña, que la sigue respetuosamente, se encamina al balcón. Rodrigo, casi fundido en la sombra del muro, dejando caer desmayada la mano que alzaba la cortina, queda preso en éxtasis de amor.)

LEONORA

Ved, dueña, como entre pardas
y espesas nubes cautiva,
la luna, en los altos cielos,
sin un resplandor camina.

(Asomados a la recia balaustrada de piedra, contemplan la sombría extensión del firmamento.)

LA DUEÑA

No hay un fulgor en la altura,
ni hay una llama en la tierra,
que todo yace velado
por insondables tinieblas.

LEONORA

¿Habrá, Señor caminante
por esas sendas perdido
sin que una estrella le libre
de los profundos abismos?

(La luna rasgando las hondas tinieblas de los cielos, envía un temblloroso rayo de plata al balcón, blanca luz que hace más muerta la soledad penumbrica de la sala. Bajo el beso de la luna es Leonora más cándidamente bella.)

RODRIGO (Desde la sombra.)

Hay muchos, dulce señora,
que en mar de sombras navegan
sin que una luz los alumbre
la hospitalaria ribera.
Yo soy ¡ay de mí! uno de ellos,
y aunque de temple esforzado,
de tanto buscar la senda
sin encontrarla, me canso.
Me ví, por mi mal, herido
de un mal que llaman amores,
y amor, tajando mi escudo
partió mi cimera a golpes.
Y así, tullido y maltrecho,
de verme tan malparado,
me voy sintiendo cobarde
y entre las sombras me guardo.

LEONORA

(Con voz que encierra un dejo de dulce convención.)

Sueño de amor venturoso
que, por contrario destino
cambió su alegre camino
por un triste despertar.
Te compadezco, Rodrigo,
pero en el mar de la vida,
contra la suerte perdida
es imposible luchar.
Tú me amaste con locura,
y yo, una feliz mañana,
hacia otra playa lejana
tras de otro amor me alejé,
y tú, en tu tenaz porfía,
aun quieto en la playa, a solas,
sueñas mirando las olas
si al puerto regresaré.
Nunca, Rodrigo, la suerte
me dió una velera nave
que, al soplo un viento suave
su puerto fijo encontró,
puerto de amor, donde el ancla
mi mano clavó tan fuerte,
que, acaso, sólo la muerte
rompiera con su furor.

RODRIGO

¿Luego la suerte está echada?

LEONORA

Así lo quiere el destino.

RODRIGO

¿Luego mi triste camino
no tiene esperanza yá?

LEONORA

¡Olvida!

RODRIGO

Me es imposible.
Prefiero morir.

LEONORA

Implora
con fe a tu Dios.

RODRIGO

¡Ay, Leonora,
¡ Dios es la adversidad.
:n un ronco gemido.)
diós, mujer. Ya mi vida
) tiene un fin, ni la mueve
ento sutil que la lleve
una ribera de paz.
a en un peñón solitario
ento silbar en mi oido
penetrante alarido
ie anuncia la tempestad.
l tiempo que el resplandor de la luna se
aga tras de un cendal vaporoso de atro-
lladas nubes, y que una fría lluvia comien-
a gotear, y que un viento ululante galo-
por lo abierta amplitud de los campos,
s pajes, llevando en sus levantadas dies-
is decorativas lámparas encendidas, entran
el salón, y en pos de ellos con sosegado
so, Blasco Jimeno y su sobrino Nuño. A
luz roja de las lámparas, que los pajes de-
sobre la mesa, se ve que Blasco Jimeno
un viejo de erguida cerviz, y que Nuño,
il y membrudo como un ciervo montaraz,
un mancebo de faz noble y sosegada. A
entrada insólita de aquellos que llegan a
errumpir su desventurada queja, Rodrigo,
es de que su presencia sea advertida, se
, ensombrecida la frente por una bruma de
tezas y de rencores.)

BLASCO (A los pajes.)

:rrad que la lluvia arrecia
el golpe airado del viento;
Nuño.)
iquí, sin ruidos de fuera,
nuestras cosas hablemos.
onora y su dueña abandonan la desolada
iteza del balcón y los pajes, con las obs-
as melenas azotadas por el vendaval cie-
n las policromas vidrieras. A la inespera-
aparición de su hija y de la dueña, Blas-
Jimeno toma una actitud de extrañeza.)
ás, ¡hola! nunca creyese
e en noche de obscuro cielo
:ra el balcón a unas damas
;ar de grato recreo.

LEONORA

'anzando hacia su padre y poniéndo en
acento todo un poema de amor filial.)
idre!

BLASCO

trechándola entre sus brazos.)
¡Hija mía!
parando en la palidez de su frente y en
rémulo temblor de su cuerpo.)
¿Qué tienes,
que tiembla todo tu cuerpo,
y están tus venas sin sangre,
y entrecortado tu aliento?
(Imperativamente.)
Decidme, dueña: ¿qué pasa?

LA DUEÑA (Vacilante.)

Nada, señor: el suceso
tanto me asombra, que, torpe,
a daros razón no acierto.

NUÑO

Será que, en noche tan cruda,
las alas del frío cierzo
paralizaron su vida
y atenazaron sus huesos.

BLASCO

(A la dueña y en ademán de severo reproche.)
Os dí, señora, mi hija,
pensando que en vuestro afecto
tendría seguro amparo
contra amenazas y acechos.
Y a mi confianza, señora,
pagáis muy mal, según veo,
que en ese balcón, a todas
las inclemencias abierto,
dejásteis que la acecharan
la noche, el agua y el viento,
como a una paloma herida
sobre la tierra de un yermo.
(A los pajes, que, humildes, se fueron, tras de cerrar los cristales, junto a un umbral, y a la dueña, que escuchó acongojada la dura palabra de su señor.)
¡Dejadnos!
(Dueña y pajes salen de la estancia con silenciosos pasos.)

LEONORA

(Desasiéndose del amoroso abrazo en que aun su padre la tiene prendida y siguiendo el camino que llevó su dueña.)
Y yo con ella.

BLASCO

Tú, no, que hablarte deseo
antes que vuelva Rolando.

LEONORA (Sumisa.)

Entonces, padre, me quedo.

BLASCO

Sobrino, de lo que diga
y ella responda, a tí apelo.
(Poniendo un matiz de emoción en las palabras que serán reciamente sonoras.)
Nací de padres villanos;
no me avergüenza decirlo;
mentirlo fuera peor;
pero sirviendo a mis reyes
y haciendo acatar sus leyes,
pude, al fin de la jornada,
con mi hidalguía y mi espada,

ganarme un timbre de honor.
Esta es la herencia que dejo
a mi raza cuando muera:
con mi sangre de villano,
una espada limpia y fiera
comprada con mi tesón.
Honrada herencia que el viento con re-
[cias voces pregona
que en esta hidalga Castilla,
por la amplitud de su fuero,
puede hacerse un caballero
del hijo de un labrador.
Siempre tendidas mis manos
tengo a los rudos villanos
no porque son mis hermanos,
sino también porque creo que en los rei-
[nos los villanos
son precisos por demás.
¡No todo ha de ser blasones!
que sin labranzas no habría
zumo de viña en las cuevas, ahorros en
y trigos en la heredad. [la alcancía
(A Leonora.)
Y ya que al cielo le plugo
que tú y Rolando os quisierais unión-
[dos en santo yugo,
acataréis, obedientes, la voz de mi vo-
¡Bendita unión a fe mía! [luntad.
porque él además de noble,
tiene los bríos del viento con las pujan-
[zas del roble,
y tú, además de ser bella,
como cumple a una doncella,
eres luz de castidad.
Y si después, generosos, por un man-
[dato del cielo,
tenéis un hijo, su abuelo
sabrá enseñarle: primero
a cumplir cual caballero
con las leyes del honor;
y después, tras del arado
sobre la tierra humillado,
a saber labrar la tierra,
para que honrando a mi raza,
bajo su limpia coraza [en la guerra
sea, esforzado y sencillo, buen capitán
y en la paz buen labrador.
¿Acatas mi ley?

LEONORA

Señor;
la acepto por ser ley tuya,
y, además, porque en la ley
que manda en mi corazón.
(En algarabía de trémolos sostenidos, rasga la noche una trompa de caza. Es una voz metálica que dice un canto de vida y fuerza. Y, aunque más apagados, también llegan, de las espesas sombras, un piafar resonant de corceles y los locos ladridos de impacien te jauría.)

NUÑO

Clara y alegre trompetería
sube en el viento; de los corceles
suenan los cascos, y los lebreles
ladran un eco de montería.

LEONORA

(En un desbordante río de alegría.)
¡Rolando vuelve de la jornada!

BLASCO

Bajad a verle, porque su trompa
lanzó a los aires sonora pompa
para advertiros de su llegada.
(Leonora y Nuño con una jocunda luz de fe licidad en los ojos, van en busca de aquel qu les dió la señal de su llegada, y, al salir, s cruzan con Flavio, el rubio paje que entra co ligero paso.)

FLAVIO

Un mensajero, señor,
afuera impaciente aguarda.

BLASCO

¿Qué quiere?

FLAVIO

Dice que daros
en propia mano una carta.

BLASCO

Hazle pasar.
(Vase Flavio.)
Mas no sé
quién, en noche tan cerrada
puede llamar a mi puerta
con impaciente demanda.
(Precedido de Flavio, que cumplida su mi sión vuelve a desaparecer, entra Ruiz Diaz El barro, el viento y la fatiga de una larg jornada pusieron en su cara una sombra d angustioso cansancio. Bajo la cota muéves el pecho con anhelante respiración y en la espuelas puso manchas de púrpura la sangr de su corcel.)

RUIZ DIAZ

¿Blasco Jimeno?

BLASCO

Yo soy.

RUIZ DIAZ

(Sacando de la escarcela un pliego cerrad con rojo sello y entregándoselo.)
Tomad.

BLASCO (Examinando las armas del sello.)

De Pedro de Trava,
por lo que el sello pregona,
parece, hidalgo, esta carta.

RUIZ DIAZ

El me la dió, y desde ayer,

apenas fué la del alba,
crucé, atajando por riscos,
el camino que separa
las torres de vuestra villa
de la ciudad de Simancas.

BLASCO

¿Luego en Simancas reside?

RUIZ DIAZ

Preso de fiebre en la cama,
que allí le tiene rendido
flojo el cuerpo y triste el alma.

BLASCO (Abriendo el pergamino.)

Veamos, pues, lo que dice
el conde Pedro de Trava.
(Leyendo.)
«Blasco Jimeno; mis letras
van con mano desmayada
porque la fiebre me acosa
y el corazón se me salta.
Blasco Jimeno: En Castilla
una traición se prepara,
y es necesario, Jimeno,
que esa traición no se haga.
Yo sé que Alfonso primero
de Aragón y Pedro Arias
con misterioso recato
se han puesto en Tormes al habla.
Y sé también para oprobio
de los dos, que, tras de larga
discusión, por ambas partes
quedó la traición firmada.
Obscura traición, que en ella
se compromete el de Arias,
a cambio de un lugarejo
y un blasón de no muy clara
historia, por ser ganado
en un muy limpia jornada,
a entregar al rey Alfonso,
el hijo de doña Urraca,
que así, no pudiendo ser
por la fuerza de las armas
el de Aragón a Castilla
vendrá sin lucha ganada.
Sabed, además, Jimeno,
que por Castilla cabalga
huyendo de gavilanes
el hijo de doña Urraca,
que unos pastores le han visto
sobre su yegua alazana,
la frente llena de sombras
las mejillas de lágrimas,
sobres los hombros de arneses
el cinto libre de espada.
Y hemos de ver, fementidos;
el hijo de doña Urraca
que es nuestro rey en Castilla,
porque la ley nos lo manda.
por esos caminos, triste,
solo, tan niño y sin armas?
Lo que tengáis que decirme,
decídselo de palabra
al que lleva de mis manos
a vuestra mano esta carta,
que, ademas de caballero,
es castellano de raza,
pues llamándose Ruiz Díaz,
bien su apellido lo canta.
Salud y Dios os proteja.
Vuestro fiel Pedro de Trava.»
(En su diestra izquierda queda temblando el papel, y en su ceño, una onda arruga delata su indignación brava y sincera.)

RUIZ DIAZ (Acercándose)

¿Lloráis?

BLASCO

(Limpiándose dos lágrimas que pugnan por caer, y como el que se ve sorprendido en un acto culpable.)

¡Oh, no!

RUIZ DIAZ

En vuestros ojos
creí mirar una lágrima
con rojos iris de sangre,
como el que llora de rabia.

BLASCO

De rabia lloro, Ruiz Díaz;
que lo que dice esta carta
venganza pide, y mi brazo
no puede al punto tomarla.

RUIZ DIAZ

¿Y osais levantar airado,
contra ese rey vuestras armas,
sin ver que de vos a él
la ley no admite demanda?

BLASCO

(En un grito de indomable orgullo.)

¡Y qué me importan a mí
blasones de estirpe clara
si el que los lleva, con obra
de mal nacido los mancha!
Un rey es rey por sus hechos
y no por timbres de raza.
Los blasones no se heredan,
por uno mismo se ganan,
que yo nací de un villano
y hoy tengo escudo en mi casa.
Decídle, hidalgo, decidle
al conde Pedro de Trava,
que hizo bien en acordarse
de mi hidalguía y mi espada.
A mis cien lanzas mejores
haré que en su busca salgan,
por sendas y por barrancos,
alcores y encrucijadas;

y si a mis brazos le traen
y en ellos, al fin, se guarda,
veremos si el de Aragón
de entre mis brazos le arranca.
¡Mal padastro le dió Dios
al triste, que así le trata,
como a un pechero sin honra,
como a un villano sin casa.
Esto diréis, fiel hidalgo,
al noble Pedro de Trava;
y al decírselo, poned
el fuego que en mis palabras
puse yo, que el corazón
tuve en la boca al hablarlas.

RUIZ DIAZ

(Pretendiendo arrodillarse, en noble prueba de agradecimiento y pleitesía.)
Dejadme, señor, que bese
la mano que tiende hidalga
su ofrenda a un niño que llora,
y en sus tristezas le ampara.
(Blasco Jimeno, sin dejarle tocar la rodilla en tierra, con leve y caballeroso abrazo le hace poner enhiesta la figura.)
Dios os premie.

BLASCO

Y El con vos
por esos caminos vaya.
(Con un rumor resonante de arneses sale Ruiz Díaz de la estancia y Blasco Jimeno, mirando el pergamino, que aún engarfia con su crispada mano, pone en su boca la vibradora resonancia de un reto.)
Si el rey de Aragón se ofende
y en son de rey a Castilla
viene buscando rencilla
y hacerme a menos pretende,
por mí, ¡vive Dios! que venga
que yo tranquilo le espero;
pero al rigor de mi fuero
que el rey de Aragón se atenga
Porque en Castilla aplicada
será con rigor la ley,
desde el pechero hasta el rey,
si tengo razón sobrada.
(Al conjuro de aquella voz que parece un clarín de guerra llamando a los leales en torno de una bandera, Nuño y Rolando acuden solícitos. Rolando lleva aun el traje rudo de montería.)

ROLANDO

Por esas graves palabras
que a nuestro oído llegaron,
y por esa limpia frente
que muestra su gesto huraño,
creo que un hierro tenéis
en el corazón clavado.
que hace más roja la herida
según con él vais ahondando.
Y por si acaso queréis
ayuda de nuestros brazos,
aquí nos hemos venido
como un lebrel tras el amo.

NUÑO

Tal somos, señor; lebreles
a vuestra sombra pegados,
Mas si, por sobra de celo,
de inoportunos pecamos
podéis hacer una seña
que haremos atrás lo andado.

BLASCO

Hicísteis bien en venir,
porque me son necesarios
para dar en el camino
mayor tesón a mis pasos,
escudo de nobles pechos
y ayuda de fuertes brazos.

ROLANDO

¿Tal vez ese mensajero?...

BLASCO

Malas noticias me trajo,
que una traición en Castilla
se está en las sombras fraguando,
y yo, que no soy amigo
de traidores, he pensado.
valido de todas armas,
cortar la traición, Rolando.
Apenas anuncie el alba
la voz aguda del gallo,
los dos, ceñida la espuela
y el fuerte escudo embrazado,
delante de cien jinetes
con peto y adarga al brazo
sin que la villa se entere,
saldréis, sin ruidos, al campo.
Y libres ya, dividiendo la gente
en iguales bandos
pondréis el uno a Occidente
y el otro al Oriente el paso.
Pues quiero que por alcores,
breñales, sendas y tajos
busquéis sin sosiego a un niño
que guía alazán caballo,
que lleva el pecho sin malla,
libres las sienes, sin casco;
la cara llana de sombras
y las mejillas de llanto.
Buscadle, que pase entero
todo mi honor en hallarlo;
y si le halláis, obedientes,
cumplid a ley mis mandatos;
obedecedle si ordena;
si tiembla, curad su espanto;
y si la mano os tendiese.

esad. humildes, su mano,
Buscadle, que puse entero
odo mi honor en hallarlo;
orque después, ya veremos
i los traidores, a tanto
omo ellos dicen, se atreven
ontra el tesón de mis brazos.
Transición.)
con deciros que pienso
iego a mi mesa sentaros;
onde, al par que nuestras bocas
anten un rico venado
e rojo añejo servido,
Poniendo una mano sobre el hombro de Ro-
ndo y con voz que encierra una dulce pro-
esa.)
jaremos cierto pacto
e boda entre cierta dama
un galán enamorado,
s doy el último extremo
e mi discurso.
Cruza lentamente el salón y luego, ya en el
mbral, se vuelve hacia ellos recomendándo-
s, con un gesto que más que orden es súpli-
a inquebrantable silencio.)
Alabaros
i discreción fuera necio,
ues sois discretos hidalgos. (Vase.)

NUÑO

a lo escuchaste; luego, en la cena,
anta y jocunda para vosótros, como
[una fiesta de Nochebuena,
nte la ofrenda de los manjares y los ru-
rá pactada [bíes del rojo vino,
deseada
cha que surge como una estrella so-
[bre la noche de tu camino.

ROLANDO

Estrechando con tremante emoción las ma-
os de Nuño.)
h, fiel amigo,
aun más que amigo, mi fiel hermano;
ajo la férrea malla del guante,
ca de gozo tiembla mi mano,
en mi anhelante
echo encendido
ento un latido
tal si la llama de mis amores
tera mi pecho, como los huertos ple-
[nos de savias, a abrirse en flores.
Poniéndose, como en un sagrado juramento,
s manos en cruz sobre el corazón.)
orazón mío:
é un ancho río
ródigo en bienes para Leonora;
o sereno, donde al mirarse, pueda su
[frente
como una estrella deslumbradora,
quedar, temblando, sobre las aguas
(mansas y puras de tu corriente,
(Mientras Rolando da al aire la última estro-
fa de su apasionada ofrenda, entra Rodrigo,
que, al oir la canción triunfadora de su rival
pone en su rostro un celaje de torva deses-
peración.)

NUÑO

(Reparando en Rodrigo y a la par que éste,
dando a su semblante una máscara de amis-
tad, avanza hacia ellos.)
Muy mal has hecho, Rodrigo,
según mi modo de ver,
en venir a sorprender
los secretos de un amigo.
Debiste llegar; aleve,
como una sombra callada
que va dejando grabada
su huella sobre la nieve.
Siempre con ojos turbados,
y en sombras siempre perdido,
pareces un hombre herido
por pavorosos pecados.

ROLANDO

Hay algo en tí de sombrío
que, sin quererlo me espanta:
un algo que a mi garganta
pone una argolla de frío.
(Con marcada repulsión.)
Por eso, cuando hacia mí
vienes, tendida la mano,
siento un poder sobrehumano
que me separa de tí.

RODRIGO

(Con ultrajada ironía.)
Fué la ocasión bien hallada
para buscarme rencilla:
los bravos, aquí, en Castilla,
van por lo visto, en manada.
Y lo digo, ¡vive Dios!,
porque, si mal no he mirado,
uno es aquí el ultrajado,
y los que ultrajan son dos.
Que así es más fácil zaherir
al enemigo y hollarle,
para después obligarle
con desventaja reñir.

ROLANDO

(Reteniendo con sobrehumano esfuerzo su fie-
ra indignación.)
Refrena tu lengua loca,
y piensa que por respeto
a este lugar no te meto
mi guantelete en la boca.
(En una brusca transición retorna a la calma.
Mas... necio soy. Tus rencores

no tomo, Rodrigo, en cuenta,
porque jamás me hizo afrenta
la envidia de los traidores.

RODRIGO

Tan bien tu lengua se alaba,
que si alguien hablar te oyese,
puede que al punto creyese
que la razón te sobraba.
Pero viniendo a razones,
después que le hablase yo,
es muy posible que no
valiesen tus opiniones.
(Hay un silencio breve, un amargo silencio, en el que Rodrigo, reconcentrándose en un abismo de dolorosos recuerdos, enciende en sus pupilas, siempre hurañas, una luz mansa y triste de lacerante martirio.)
Yo vine aquí tan pequeño,
que apenas, de aquellos días,
vislumbro las lejanías
como en las brumas de un sueño.
Recuerdo, sí, que vivía
bajo una agreste cabaña
que al pie de altiva montaña
su huerto ameno tendía.
Y, entre las brumas, acierto
ver a mis padres dolidos
de verse siempre rendidos
por las labranzas del huerto.
Y sé, también, que una aurora
dos hombres, en sus corceles
se entraron por mis vergeles
con fiera faz retadora.
Tan fiera, que la rodilla
vi de mis padres doblada,
y la cabeza truncada
por una infame cuchilla.
Y, sin dejarme llorar,
vi luego que en sus bridones,
cruzándome en los arzones
tornaban a este lugar.
Y aquí llegué, tan caído
de verme tan sin ventura,
que a poco en la sepultura
doy con mi cuerpo, rendido.
Nadie a mi lecho venía
en son de prestarme amparo,
y si alguien llegó, reparo
me daba más que alegría
Sólo una niña, dorada
como una tarde de estío,
vino a mi lecho sombrío
con indulgente mirada.
Que, fiel, si yo la decía,
como el que amores implora,
¿Dime tu nombre?; ¡Leonora!,
llena de amor respondía.
Y así, tan solo y tan niño,
vi que se abría en mi pecho,
en llamas de amor deshecho,
para ella un nuevo cariño.
Jugué de niño con ella;
mas luego, al amarla loco,
sentí, ¡ay de mí!, poco a poco,
que iba cambiando mi estrella.
Porque si, audaz, en mis sueños,
de amor la hablaba, turbado,
poned—decía—cuidado
que ya no somos pequeños.
Y así crecimos; mi mente,
cegada por su hermosura,
y ella sin ver la locura
que atormentaba mi frente.
Por ella estreché la mano
de los que, torpes, me hirieron,
y, en sus altares, me vieron,
por ella, hacerme cristiano.
(Con sordas y reconcentradas palabras.)
Y en vano todo, pues loca,
y entre tus brazos, rendida;
la vi una tarde, sin vida,
puesta en tus labios su boca.
Y entre las sombras hundido,
para llorar mis dolores,
volví a mis viejos rencores
al ver mi sueño perdido.
Sin galas quedó mi vida,
Rolando, por culpa tuya,
y nadie habrá que me arguya
que no perdí la partida.
(Con orgullosa altivez.)
Pero me queda el honor
de hacerte ver, altanero,
que yo fuí aquí el caballero
y tú, Rolando, el traidor.

ROLANDO

(Encrespada la melena y en un alarido au-
ciado de bárbara tragedia.)
Por no sufrir tanta mengua,
voy a cortarle el resuello
con un dogal que a tu cuello
pondré con tu misma lengua.

RODRIGO

(Sin retroceder un paso.)
No encuentro bien el medir
las fuerzas como pecheros,
teniendo en el cinto aceros
y afuera donde reñir.

NUÑO

(Interponiéndose.) Tiene razón.

ROLANDO

(Sacando con brava decisión la brillante
pada.)

Pues afue

arcándoles la senda.)
guidme el paso; yo os guío,
RODRIGO
adónde vamos?
NUÑO
Del río
ho a la agreste ribera.
ROLANDO
lgamos, Nuño.
eteniéndose.) Tu vida
ala por dada, Rodrigo.
RODRIGO
ando al aire su tizona.)
lando, lo mismo digo:
tuya ten por perdida.
l rumor levantado de aquellas voces, un
ipo de cándidos pajes penetra en tropel;
o al mirar los fieros semblantes, prego-
os de muertes, y las fuertes armas que
mean al viento, se agrupan como el ma-
como manada de gacelas sorprendidas,
tiempo mi senda para huir. Luego, por
o umbral, con el ceño interrogante, llega,
mado también por las ásperas voces, Mar-
Jimeno.)
BLASCO
ueda contemplando la escena; y, a su ago-
ión, las iras desatadas de Rolando y Ro-
go se tornan en humilde crisma. Doblando
frentes y desmayados los brazos que an-
eran rayos de vengadora furia, aguardan
fallo justiciero.)
or qué esos ceños sombríos
ú son de guerra esas armas
o nunca salir debieron
donde quietas estaban?
drigo y Rolando envainan los hierros, pe-
osos de no haberlos dado a la lid.)
ol, otra vez, agraviado
lo la paz de mi casa
siente un hombre, y pretende
juez de aquel que le ultraja,
o acuda a mí, que yo mismo
oré sentenciar su causa;
á razones le sobran,
zón llevará sobrada,
o soy buen juez y no tengo
s ley que mi ley honrada.
RODRIGO
ómome traidor, y ciego
qué la tizona...
BLASCO
¡Basta!
lo que aquí ha sucedido
adie dije que hablara,
sobra el ver que, a mi ruego,
disteis al punto olvidadas
rencillas que, como el aire,
fueron al aire livianas.
RODRIGO
(Desasosegado y como aquel que quiere abandonar un lugar donde la hostilidad de todos se le muestra con más o menos franqueza.)
Si nada de mí os precisa,
dejadme, señor, que vaya
a vigilar los portillos,
que está la noche avanzada,
y temo que, con mi ausencia,
no estén en ellos las guardias.
BLASCO
Puedes, Rodrigo, dejarnos,
si los deberes te llaman.
(Sale Rodrigo, que al pasar por delante de Rolando, le dirige una mirada oblicua de fiera castigada, pero no vencida. A los pajes.)
Y tú Flavio, mientras éstos,
breves, la mesa preparan,
que ya de cenar la hora
fué por de largo llegada,
corre a decirle a mi hija
que aquí su padre la aguarda.
(Mientras Flavio va en busca de Leonora, los demás pajes, con rumoroso silencio, como gnomos de un cuento de hadas, van poniendo en la mesa platos de metal repujado, donde líricos artífices grabaron guirnaldas triunfales; ánforas de transparentes cristales, en las que el agua fresca y pura y el rojo zumo de las viñas dan sus gemas de brillantes diamantes y ensangrentados rubíes; el pan dorado, venturoso fruto de los pródigos campos de Castilla; y, en cestillos de verdes urdimbres, las olorosas pomas de los huertos fecundos. Es una escena tan callada la de estos solícitos pajes, que ni distrae la vista ni despierta el oído de aquellos que a su lado platican.)
ROLANDO
Si airado me fuí a Rodrigo
como una fiera acosada,
fué porque Rodrigo habló
de cosas que sólo el alma
debe guardar y no darse
como un pregón a la fama.
BLASCO
¿De qué habló?
ROLANDO
De mis amores,
con lengua tan destemplada,
que si alguien oyó sus gritos,
puede que, al pronto, pensara
que de una mujer dos hombres

...ti, sin freno trataban.

NUÑO

Los celos le sacudían
como un venablo a la caza,
que eran de fuego sus ojos
y eran sus gritos de rabia.

BLASCO

Pues si los celos le herían
merece piedad su causa,
que un hombre herido de celos
es loco que no repara,
perdido en noche de sombras,
por donde sus pasos andan.
Y detengamos la lengua,
que no es la razón muy franca
de que juzguemos al mismo
que yo detuve con trabas
cuando quiso darme excusas
con diligentes palabras.

(Pausa. Oyese, monótona, la lluvia en los cristales, y, en intermitentes ráfagas, la voz ronca y lejana del viento.)

¡Negra es la noche!

NUÑO

(Acercándose al balcón y mirando la oquedad trágica de las tinieblas.)

Sombría
noche de viento y de agua,
que en ella el cielo y la tierra
su negro furor desatan.

BLASCO

(Como respondiendo a una obsesionante idea que le agobia.)

¡Ay del que en noche tan triste
por esos campos cabalga,
sin nadie que le proteja
de miedos y de acechanzas,
como un pechero sin honra,
como un villano sin casa!

ROLANDO

¿Queréis, señor, que partamos
sin aguardar la del alba?

BLASCO

Si el limpio albor de la luna
hiciese las sendas claras,
yo mismo os hubiera dicho
que fuérais de cabalgada;
pero siendo, como es,
la noche en sombras cerrada,
salirse al campo sería
empresa en extremo vana,
que nunca perdida prenda
fué entre tinieblas hallada.

(El paje Flavio retorna y, levantando gentilmente el tapiz, deja libre la entrada a Leonora, y a su dulce aparición hay un fulgor de bienaventuranza en todos los rostros.)

Mas he aquí que, en el cielo
de nuestra alegre esperanza,
surge la luna, vestida
con sus cendales de plata.

LEONORA

Estáis, señor, generoso.

ROLANDO

Tal sois, Leonora, de blanca.

LEONORA

(En un aparte rápido y apasionado.)

¿Sois feliz?

ROLANDO

Cómo no serlo,
si pronto esta flor galana
dará en mi florido huerto
el arrebol de su llama.

LEONORA

¿Sabéis?...

ROLANDO

¡Todo! Me lo dijo,
y, al decírmelo, en el alma
sentí tan alegre dardo,
que a poco el dolor me mata.

BLASCO

Tomemos sitio en la mesa,
y, en tanto que Flavio escancia
el rojo vino en las copas,
demos, humildes, las gracias
a Aquel que colmó de fruto
las trojes de nuestra casa.

(Se sientan en torno de la bíblica mesa, y signándose con fervor, ruegan, recónditamente, al dueño y creador de todas las cosas.)

Y en el nombre de Dios, a quien debe
este pan que comemos, [mos
sostén de nuestra vida; y este sagrado
[vino
que aparta nuestras penas del camino
y este agua, que en los claros manantiales
fecunda las campiñas estivales: [les
os bendigo, hijos míos, y os conjuro
para que siempre puro
conservéis vuestro espíritu, y las manos
tengáis siempre tendidas
en ofrendas de amor reverdecidas,
como cumple a leales castellanos.

(Un rumor ronco y profundo, como el batir de lejana marea, viniendo de la espantosa noche, comienza a percibirse, sordo rumor que, según va desgranando Blasco Jimeno sus estrofas con sentida y pausada cadencia, se hace más cercano, amenazador y agudo tanto que, en la última estrofa, la voz de una muchedumbre, implacablemente airada, suena en los mismos umbrales de la estancia.)

loble, sencilla y pura,
e la entrego, Rolando, conmovido;
or la ley que me tuvo y su hermosura,
s el bien más preciado que he tenido.
ara Pascua florida
uestras bodas, al fin, he concertado,
orque en Mayo las horas de la vida
an en giro de amor arrebatado.
e la doy, pues me dijo, enamorada,
ue en ti ha puesto el amor de sus amo-
[res:
levándose las manos al dolorido corazón.)
ero al dártela, aquí, clava una espada,
e dos filos agudos, sus rigores.
n consuelo me queda; y es que, al
n leal y esforzado caballero, [verte
ando cierre mis párpados la muerte,
lará por mi hogar tu limpio acero.
uiérela como quieren los pastores
mejor recental de sus ganados,
dila el madrigal de tus amores
empre en versos de luz apasionados.
mbrad vuestra semilla
n mano generosa,
ra que, con el tiempo, aquí, en Cas-
a raza de amor surja frondosa.[tilla,
al entrar de la muerte en los linderos,
era Dios que dejéis feliz memoria,
n la voz de sus graves romanceros
ite entera Castilla vuestra gloria.
omo las desbordadas aguas de un torrente
por angosta abertura se precipita sobre
valle, así, revuelto torbellino de gente
adora hace irrupción en la sala. Son gue-
os de hoscas pupilas y fulgurantes ar-
; rudos labriegos que blanden hoces de
años reflejos; viejos con patriarcales ca-
os, que mueven sus blancas barbas en un
blor de ira; y pálidas mujeres que, arras-
do de sus manos asustados rapaces, dan
iento las brumas de sus greñas. Oculto
e ellos, como frágil barca en las olas de
ar embravecido, viene un mancebo, casi
niño, desgarradas las ropas, las implo-
es manos en una cruz tendidas, y la fren-
pierta por una roja herida, que mana go-
gota su sangre. Y ante la visión de
l vendaval preñado de amenazas, Leo-
, en un grito de temor, busca el amparo
u padre; Rolando cubre con su cuerpo
e su amada; y Nuño, con gallarda bravu-
e interpone entre el grupo de los suyos
peligro que llega. Sólo Blasco Jimeno,
y sereno, permanece sentado, con la no-
abeza erguida, y las manos, en una cris-
ra de reprimida [illegible], sobre la
.)

MUCHEDUMBRE (En un clamor.)
¡Justicia!

EL CAUTIVO
(En un apagado lamento.) ¡Piedad!

UNA VOZ
(Como la nota aguda de un clarín.)
¡Colgadle
de una horca!

SEGUNDA VOZ
(En un ronco y grave alarido.)
¡Sobre un pico
su cabeza, en una almena
sea un harapo al ventisco!

TERCERA VOZ
(Con ululante rabia.)
¡Que en sus cuencas, vaciadas
por los cuervos, hagan nido
los gusanos!

NUÑO
(Amenazador.) ¡Atrás!

LA MUCHEDUMBRE
(En un clamor.) ¡Muera!

UN VIEJO
(Destacándose de la muchedumbre y agitando, al hablar, en un temblor de hiedra estremecida por el viento, las luengas barbas.)
¡Justicia, Blasco, pedimos!

BLASCO
(A la muchedumbre, con voz que encierra amenazadora tormenta próxima a desencadenarse.)
¿Justicia? Y decidme: ¿en contra
de quién la sentencia firmo?
Porque, a ser justo, debiera
dictar sentencia ahora mismo
contra vosotros, que osásteis,
en son de iracundos gritos,
pisar sin pedirme venia
lugares donde yo piso.
(Como el león que siente en sus pupilas un hierro abrasador, igual, al eco de aquellas palabras acusadoras, la muchedumbre retrocede turbada.)

UN SOLDADO
(Avanzando unos pasos hacia Blasco Jimeno.)
Oid: la traición fué clara.
Estaba yo en un portillo,
el que de todos más cerca
domina el cauce del río,
cuando, a través de la noche,
ligera sombra percibo;
y al ver que, con muertos pasos,
falaz se acerca a mi sitio;
pensando que así no vienen
aquellos que son amigos,
templo la cuerda del arco,
apunto a la sombra y tiro,

y, apenas vibra la flecha,
se oye en los aires un grito.
Por ver a aquel que acechaba
como un ladrón el portillo,
me salgo al campo, y, ya cerca
de la corriente del río,
doy con un cuerpo que yace
sobre la orilla tendido.
Me acerco por si la vida
aún le mantiene; me inclino;
y apenas me ve, temiendo
verse por mí conocido,
se lleva al rostro las manos
y da, sin fuerza, un gemido.
Le cojo, leve, en mis brazos,
y así doy pie en el recinto;
pero al mirar que se encuentra
bajo los muros, de un brinco
de entre mis brazos se arranca
y huye veloz; yo le sigo;
doy voces: salen las gentes,
y al ver lo que yo les digo,
¡traición!, exclaman, y corren
tras de él, que, al fin del camino
de cara contra las piedras
cae de cansancio rendido.
¡Justicia!, claman; justicia
la hará quien siempre la hizo,
respondo; y aquí le traje
para que vos, con buen tino,
si está la traición bien clara
le deis ejemplar castigo.

LA MUCHEDUMBRE

(En un clamor.) ¡Justicia!

EL CAUTIVO

(En un triste lamento.)
¡Piedad!

LA MUCHEDUMBRE

(Como el que responde a una imploración con un mandato de implacable castigo.)
¡Justicia!

BLASCO

(Levantándose y yendo con reposado andar hacia la muchedumbre.)
¿Y en dónde está quien tal hizo?

EL PRÍNCIPE

(Desasiéndose de las rudas trenzas en que le tienen preso y abrazando, en un mísero gemido, las rodillas de Blasco Jimeno.)
¡Miradle, aquí, a vuestras plantas,
más que humillado, vencido!

BLASCO

(Tras de un momento de asombro y poniéndole la mano en la frente, abierta mano que queda manchada por la sangre, que mana gota a gota.)
Levanta, niño, la frente.
para que, fijos, te vean
mis ojos, porque presumo
que eres aquel cuyas penas
al conde Pedro de Traya
me dijo que socorriera.

EL PRÍNCIPE

(Irguiéndose, y como el náufrago que, t
de larga noche de mortales angustias,
despertar una aurora que le alumbra sal
dora playa.)
¿Sois aquel Blasco Jimeno
de quien dice la leyenda
que nadie como él, de recio,
pisó en Castilla la tierra?
¿Y esta es Avila, la noble
que vuestras manos gobiernan,
la que tiene sus murallas
de par en par siempre abiertas
para los tristes que llaman,
buscando abrigo, en sus puertas?
Si llego ¡ay de mí! a saberlo,
sobre estos muros hubiera
llamado con fuertes golpes
para que todos me oyérais.
Que si al cerrado portillo
llegué entre sombras inciertas,
con pasos del que en la noche
de algún peligro receia,
fué porque, habiendo perdido
de mi jornada la senda,
temí que, tras de los hierros
de aquella sombría puerta,
velasen, el arma al brazo,
los que cobardes me acechan,
y no los que me aguardaban
para aliviar mis flaquezas.
(Con desesperada súplica.)
Hijo soy de doña Urraca,
me llamo Alfonso, y mi tierra,
si hoy me ve como un proscrito
justo es que salvarme deba.
Mi padrastro Alfonso «el Fuerte»,
el que en tierra aragonesa
es de su nombre el primero,
me acosa con saña fiera,
y yo, por salvar mi vida,
me amparo en vuestra leyenda.

BLASCO

Príncipe Alfonso: mi casa
desde este momento es vuestra,
y son vuestros mis vasallos,
y mi espada y mis banderas.
(Al pueblo, que callando sus alborotadas
contempla la escena con anhelante emoci
Ya lo sabéis, castellanos,
Blasco Jimeno os lo ordena:
Vida y honor habéis de darle

así le pide su lengua.

NUÑO

n ademán de arenga.) ¡Viva el rey!

MUCHEDUMBRE

(En un grito de unánime entusiasmo.)

¡Viva!

LASCO. (Solemne y bronco, le habla al rey, como si su gesto y su palabra compendiasen todos los fuertes sentimientos de la raza.) Es castilla,
siempre hidalga y siempre firme, que te ampara en sus pendones,
que así fué siempre esta tierra, donde arraiga la semilla
de las más recias pariendo.
Mis valientes castellanos fueron siempre dadivosos;
les bastó ver que llorabas y oir la queja de tus labios,
para, al punto, dar al viento del olvido, generosos,
el furor de sus agravios.
Por la sangre de esa herida que cayó sobre mis manos;
por las sombras de esa frente, triste y blanca como un lirio,
te prometo que mi espada, con alientos sobrehumanos,
tomará severa cuenta del dolor de tu martirio.

ÑO. ¡Viva el rey!

UCHEDUMB. (Tremolando los hierros fulgurantes.) ¡Viva!

, VIEJO. (Blandiendo, contra un soñado enemigo, su pastoral cayado, como en pretéritos tiempos debió blandir la espada en los combates.) ¡Venganza!

LASCO. (Al rey.) Si hacia aquí, los desleales
ahora vienen con la espada que ha de herirte en los arzones,
nada temas, triste niño, que a esa turba de chacales
pondrá un muro con sus pechos mi manada de leones. (Dos lágrimas de agradecimiento, lentas y puras, resbalan por las mejillas del rey.)

ASÍ TERMINA LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

s una azul mañana del encendido Mayo. El zafiro del cielo brilla luminosamente tranquilo, pues sólo alguna nube perdida, como blanco navío bogante en la llanura de un sosegado mar, mancha la serena limpitud del firmamento. Leve brisa refresca los ya cálidos ardores del sol, y un silencio egloguico se tiende por los dormidos horizontes. En la plataforma de una ciudadela de piedras ocres que la pátina del tiempo cubrió de un matiz obscuro y resbaladizo, y por cuyo fondo de almenado lienzo divisase una dilatada vega, el niño Alfonso, rey de Castilla por la sagrada voluntad de sus vasallos leales, se entrega con Nuño al duro ejercicio de las armas. El muro de una alta torre que por estrecho portillo abre su escalera sobre la plataforma, presta un cuchillo de sombra, y adosado a este muro hay una silla de roble y cuero, en la que el rey dejó su capa y su yelmo. Además del portillo que da subida a la torre se abren sobre la plataforma otros varios, todos dejando el acceso franco, menos uno, que cierra, tenebrosamente hosco, el paso con sus pesados cerrojos corridos. En el silencio de la feliz mañana suena, pausado y sonoro, el ruido metálico de las espadas.

EL REY

partando de su frente la melena, que moja
udor, y con voz quebrada por la fatiga.)
rla el sudor mi frente,
ño, y mi débil brazo
o esta cruz de hierro
siente fatigado.
ntregando a Nuño su espada.)
ejemos estas armas,
rigiéndose hacia la consoladora sombra
e proyecta el muro.)
ibres, al amparo
l muro que nos guarde
del sol, hablemos largo
de cosas de la vida,
que para mí es más grato.

NUÑO

(Después de dejar en la silla la espada del rey y ciñéndose al cinto la suya.)
Comprendo que, tan niño,
no os dé por el cansado
gobierno de las armas;
pero pensar que, amando
cual vos amáis la honra,
teniendo fuerte el brazo,
podéis andar altivo,

sin miedo a los agravios.

EL REY

¡Oh, anhelos de tu alma!
¡Oh, lírico entusiasmo
por petos resonantes
y aceros bién templados!
Jamás te oí que un día
te vieras acosado
por el amor que encienden
dos dulces ojos claros.

NUÑO

(Llevándose la mano al puño de la espada.)
En este amor, rey mío,
no hay graves desengaños,
que en esta limpia hoja
que ciño a mi costado,
mis ojos, cuantas veces
en ella se miraron,
se vieron como eran,
sin sombras retratados.
Y a más que es fiel amiga,
señor, que si la saco
del cinto, nunca tiembla
cobarde entre mis manos.
Es fuerte como un roble
y pura como un rayo
de sol.

EL REY

No cedo, Nuño,
a tus razones.

NUÑO

Francos
han sido mis ejemplos
y justo es meditarlo.
Mas si os negáis, es cosa
de ver si un dulce lazo
tendieron a esos ojos
dos dulces ojos claros.

EL REY

¿Amores? No he tenido
ni tengo; mi contrario
luchar no supo darme
para el amor espacio.
(Sacudiendo la melena y elevando al azul del cielo la frente blanca y pura.)
Mas... lejos tales sombras,
y bajo el sol dorado
de esta feliz mañana
del encendido Mayo,
desde esta vieja torre,
pidal de castellanos
leales, escuchemos
el trino de los pájaros.
(Retrocediendo como en un susto repentino.)
¿Oiste?

NUÑO

Sí.

EL REY

(Señalando con el brazo tendido a un punto imaginario del cielo.)
Una alondra
cruzó con vuelo rápido,
y en mi cabello el ala,
ingrávida, ha rozado
como un temblor. ¿Es cierto
que en sus alegres cánticos
anuncian las alondras
un alba de presagios
felices?

NUÑO

Los romances
que a mi niñez cantaron
mis padres, eso dicen.

EL REY

Pues si sus trinos tanto
poder alcanzan, Nuño,
podrán, por de contado,
cambiar mi adverso sino
por otro más humano.

NUÑO

Podrán, y si no pueden,
para vencer presagios
fatales, contra todo,
tenéis, señor, mi brazo

BLASCO

(Que oyó desde el umbral las últimas palabras de Nuño.)
Y el mío, si es que, ciego
para mi amor o ingrato,
no veis que a vuestra sombra
tenaz sigue mi paso.

EL REY

(Avanzando hacia Blasco.)
Para mí, buen castellano,
sois un leal escudero:
por eso, Blasco, yo os quiero
como una mano a otra mano.
Sin vos no puedo pasar,
pues para poder vivir
tengo, Blasco, que sentir
pegado el vuestro a mi andar.
Que en esos ojos yo leo,
si me miráis, un callado
cariño reconcentrado,
como un paternal deseo.
Y al ver tal amor por mí,
puesto que padre no tengo,
para vos, Blasco, mantengo
(Llevándose la mano al corazón.)
un fuego filial aquí.

BLASCO

No os extrañe si mi ley
os muestro, señor, rendido,
porque en mí siempre ha tenido

n fiel vasallo mi rey.
/ más si mi rey es niño;
orque entonces, en un punto,
ernura y respeto junto
ara mostrar mi cariño.
)e mí, bien podéis pensar
ue os guardo un amor sincero.

EL REY

.o sé, y por lo mismo quiero
mor con amor pagar.

BLASCO

(Con interés paternal.) ¿La noche?...

EL REY

Pasé en un sueño.

BLASCO

Y el día?...

EL REY

Si está encendido
or un sol enardecido,
no habrá por vivir empeño?

BLASCO

(Señalándole a la frente.) ¿La frente?...

EL REY

Llena de auroras.

BLASCO

(Señalándole al corazón.)
Y el corazón?...

EL REY

Bien templado.
Teniéndoos siempre a mi lado
ne son propicias las horas.

(Blasco, al avanzar hacia el fondo, se fija en a espada del rey, que yace sobre la silla.)

BLASCO

Y el brazo?

NUÑO

Firme al acero.

EL REY

Jo tanto como él quisiera.

BLASCO

Si es firme, por dondequiera
ue vaya será certero.

(Breve pausa, en la que Blasco contempla la ormida extensión de los campos. Luego tór-ase al rey.)

Jn rey que ante sus villanos
uiera mostrarse perfecto,
ebe juntar, al efecto,
mpia ley con firmes manos.
Su ley, desde el corazón
lebe brotarle; piadoso
on el justo, y orgulloso
on el ciego a la razón.
Valiente sin demasía,
ue el excesivo valiente,
lejando de ser prudente,
aya mucho en la osadía.
Y de un rey que sea osado,
dirán de él, y dicen bien,
que muestra fiero desdén
porque va bien escudado.
La bolsa de par en par
tendrá para el pobre abierta,
como el umbral de su puerta
para el que venga a implorar.
Al cobarde pondrá un yugo
de cadenas, y al traidor,
como ejemplo valedor,
bajo el hacha del verdugo.
Y si así, con soberanos
alientos, junta piedades
y tesón, las voluntades
ganará de sus villanos.

EL REY

(Tendiendo la diestra con el signo de la cruz.)
Eso haré cuando yo mande.
(Besando el signo de la cruz.)
y esta cruz a ello me obliga.

BLASCO

Si eso hacéis, Dios os bendiga,
y si no, que os lo demande.

(Entra Rolando seguido de su escudero, que trae en la mano las espuelas del rey.)

ROLANDO (Al rey.)

Vuestro negro corcel abajo espera,
señor, de tal manera
presintiendo el furor de la carrera,
que en su belfó un temblor de blanca [espuma
pone en cuajo de luz, y en chispas de [oro
el golpe se deshace, contra el suelo,
de su piafar sonoro.

EL REY

¿Será día de caza?

ROLANDO

¡Un bravo día!
Que al resonante alerta
que el haladí despierta
con bárbara armonía;
al jabalí rabioso
batiremos, señor bajo las breñas
del encinar umbroso.

EL REY

¡Es la caza mi sueño!

ROLANDO

Por la caza
que en Castilla es pasión, para la gue-[rra
se hace fuerte la raza.

BLASCO

Es la caza ejercicio soberano
que al par del corazón templa la mano.

ROLANDO

(Cogiendo las espuelas del rey de manos de

su escudero.) Las espuelas...
(Hace ademán de arrodillarse ante el rey.)

EL REY

(Deteniendo a Rolando en su ademán de humilde vasallaje) ¡Oh, no! De un caballero, tal favor en tal día no lo quiero. Para más noble lid no haré reparo, pero para la lid que me preparo me pondrá las espuelas tu escudero.
(Rolando se las entrega a su escudero y, en tanto que éste se arrodilla para ceñírselas al rey, se acerca a Nuño.)

ROLANDO

(Aparte a Nuño.) ¿De Rodrigo qué sabes?

NUÑO

Nada cierto.

ROLANDO

Su palidez de muerto
y de su rostro huraño
un no sé qué de extraño,
me tienen sobre aviso.

NUÑO

De los celos
se acucian, implacables, los desvelos.

ROLANDO

¡Oh, no! Los celos, no. El algo espera,
y esperando, en su afán, se desespera.
Que al caer de las tardes, con incierto
mirar del que algo teme,
vigila la llanura,
y, ya traspuesto el sol, de su figura
se ve la sombra, pensativa y grave,
como el que guarda salvadora nave
que nunca llega de arribar al puerto.

NUÑO

¿Qué acechará?

ROLANDO

No sé. Pero sigamos
persiguiendo sus pasos, que algún día,
con tan tenaz porfía,
qué es lo que espera con afán sepamos.

BLASCO

(Entregándole la espada al rey.)
La espada.

EL REY

(Ciñéndosela, ayudado por Blasco. A Rolando, en actitud de partir.) Ya.

ROLANDO

(Indicándole respetuosamente que marque la senda.) Señor.

EL REY

Vamos ligeros,
que el enemigo aspira, y el hacer esperar al enemigo
no es cosa que va bien a caballeros.
(Parte el rey, y detrás Rolando con su escudero.)

BLASCO

La ropa militar no le fatiga.

NUÑO

Le es una fiel amiga
que le presta vigor. Bajo su cota
mueve más ágil la gentil figura,
y de su frente pura,
bajo el casco de hierro,
más encendida claridad le brota.
Será esforzado en pelear.

BLASCO

Su raza,
al rumor de redobles y clarines,
fué una raza de heroicos paladines.
(Sobre la calma rumorosa de la azul mañana abre sus alas, repentinamente, la voz desgarradora y trágica de una mujer que implora, y tras de la cerrada puerta que, tenebrosamente hosca, cierra el paso, dos manos, frenéticas, golpean, luchando inútilmente por abrirla.)

LEONORA

¡Ayuda! ¡Favor! ¡Amparo!
¡Abrid esta puerta airada,
que, por abrirla, mis uñas
contra ella, en vano, se clavan!
¡Abridme!

BLASCO

(En tanto que Nuño acude presuroso en socorro de la que tan desesperadamente clama.)
¿Quién a esa puerta
con roncos clamores llama?

LEONORA

(Entrando, desfigurada la pálida faz; el cabello como una nube al viento; desgarrado el corpiño; los ojos con un fulgor de ira y la voz silbante y ronca por la fiebre de la desesperación y el ahogo de la fatiga.)
Una mujer que en su rostro
trae la seña! de una infamia,
tan grave, que por no haberla
sufrido daría el alma,
(Llevándose las crispadas manos al rostro.)
que aquí pusieron su boca
y aquí rozaron sus barbas.

BLASCO

¿Quién te ultrajó?

LEONORA

¡Dos cobardes!

BLASCO

¿Quiénes fueron?

LEONORA

Gente extraña,
que aquí, en Castilla, los hombres
a las mujeres no ultrajan.

BLASCO

Cuéntame esa villanía.

si puedo, para vengarla.

LEONORA

Si podréis, que a esos villanos
veréis muy pronto la cara.

BLASCO

¿Pecho a pecho?

LEONORA

Frente a frente,
si es que, cobardes, no guardan
su valor para las hembras
y enmohecido su espada.

BLASCO

¿Qué gente es esa que viene
en faz de guerra a mi casa,
y, sin que yo los ofenda,
con torpe daño me ultrajan?

LEONORA

Gente de Aragón; que así
lo cantaron sus palabras,
que al ensalzar mi hermosura,
bajo el ardor de sus ansias,
dijéronme: en Aragón
valdrías tú, castellana,
todo el tesoro que encierran
las vegas del Cinca y Praga.

NUÑO

Son los azores, señor,
que vienen ya de jornada;
se oye el rumor de sus parches
y el crujir de sus pisadas:
daos prisa, que no os cojan
débil el pecho, sin malla,
sin ceñiros las espuelas
y desceñidas las armas.
(Dirígese con precipitado paso hacia el umbral de un portillo.)

BLASCO

¿Adónde vas?

NUÑO

(Deteniéndose.) A poner
las banderas en las astas,
a los caballos la silla,
en los arzones las lanzas,
los tiros en las ballestas
y en las almenas las guardias.

BLASCO

Aun no; detente. Aun es tiempo.
(A Leonora.)
Y tú de tus cuitas habla,
pues quiero que Nuño sepa
también esa acción villana,
para que Nuño, si quiero,
que en estas lides airadas
la muerte nos llega aprisa;
tome por mí la venganza.

LEONORA

Os las diré si mi lengua
puede hasta el fin relatarlas,
porque aun me aprieta el corazón
como un dogal la garganta.
(Breve pausa, como si su boca se negara a dar salida a tan grave desventura.)
Al ver los floridos huertos,
que, en esta limpia mañana
de Mayo con mil colores
y frutos mil se engalanan,
sentí un impaciente anhelo
de abrir al aire mis alas,
y, sin que dueña ni paje,
ni aun de mi amor, me estorbaran,
hacia la orilla del río
bajé. Movían las auras
con un rumor tan callado
el verde tul de las ramas,
y los pájaros en ellas
tan dulcemente cantaban,
y en las orillas del río
moría tan queda el agua,
que mi espíritu, al influjo
de aquellas músicas gratas,
voló en un sueño, dejando
que ciega fuese mi planta.
Y así, sin rumbo, de ardores
llevando encendida el alma,
porque mi espíritu, al eco
de vientos de aves y aguas,
por sendas de amor se hundía
y en cielos de amor pensaba,
me fuí internando en la selva
sin darme cuenta. Las ramas
tamiz espeso ponían
del sol a la lumbre clara.
Todo en paz. Nada en el eco.
Y al verme en la triste calma
de aquel silencio, cobarde,
dí al hondo bosque la espalda.
Y entonces... Dejad que llore;
dejad que vierta mis lágrimas
en un torrente que pueda
llevarse mi vida a rastra.
Dejad que tuerza mis manos
como una cruz, donde el alma
de hinojos pida a los cielos
perdón por tan grave falta.
Que entonces sentí en mi rostro
de sus alientos la llama,
y en mi corpiño sus dedos
que hasta mi carne se entraban.
Quise gritar, y no pude,
que, en el furor de sus ansias,
sobre mi boca pusieron
los dos sus bocas airadas.
Airadas, sí, porque un beso
que no lo recibe el alma

se queda a flor de los labios
como una espina clavada.
Luché; pero ¡ay! cuanto más
con ciego furor luchaba,
ellos, también, en su ahínco,
con fuertes lazos me ataban.
«Aprieta, que la cachorra
de entre mis brazos se escapa»,
decía el uno, y el otro,
revueltas las hoscas barbas,
sobre mi boca, con fiebre
de fiera en celo, besaba.
Y así, en la lucha, sin tregua
yo revolviéndome airada,
y ellos, sin tregua también,
queriendo volverme mansa,
tanto apreté con mis dedos
crispados en su garganta,
que aun tengo en sangre de hiena
mis uñas ensangrentadas.
Y cuando ya mi fatiga
era un sopor que me ahogaba,
y eran más largos sus besos
y eran más graves mis ansias,
sonó en la oquedad del bosque,
de una voz, limpia y cercana,
la sostenida cadencia
que un verso de amor cantaba.
Quedaron ellos suspensos,
y yo, al sentir que aflojaban,
huí como una gacela
que del peligro se espanta.
Y de la selva salí,
y al ver del tranquilo Adaja
la orilla otra vez, ligera
volví a estos muros la planta,
tan ciega, que, sin mirar
por donde mis pies pisaban,
crucé un estrecho postigo,
subí una inclinada rampa,
me hundí en obscura escalera,
y en esa puerta cerrada,
detrás de la cual oísteis
mi ronca voz que imploraba,
me hallé. Si sabéis mis cuitas,
y visteis correr mis lágrimas,
y de mis manos mirasteis
la cruz que hicieron crispadas,
no me neguéis lo que os pido;
dadme, por Dios, una daga
para arrancarme estos labios,
que en ellos arde aún la brasa
de sus alientos, y es fuerza
limpiarme así de esa mancha.
(Como si en su figura encarnase la viva representación de la tragedia.)
¡Dadme un puñal!

BLASCO

Ese grito
dice el tesón de tu raza,
que ni al ultraje se dobla
ni sufre leyes villanas.
No temas, hija; no temas
que te deshonre esa infamia,
que no es mujer pecadora
la que al pecado es llevado
por fuerza, y, después, con sangre
limpiar anhela su mancha.
(A Nuño.) Y ahora, sobrino; pues ya
vinieron tras de la caza
los gavilanes, debemos
con honra y tesón guardarla.
Aviva, Nuño, y ordena
que pongan firmes las astas,
a los caballos la silla,
en los arzones las lanzas,
los tiros en las ballestas
y en las almenas las guardias.
¡Pronto!

NUÑO

(Obedeciendo.) Voy.
(Repentinamente se detiene herido por una idea trágica. A Blasco.) ¿Y el Rey?

BLASCO

¡Los cielos
en este trance me valgan!
¡Ellos aquí, y él, ajeno,
metido en lides de caza,
y alborotando con trompas
el eco de las montañas!
¿Será, vive Dios, que, airados,
los cielos me desamparan?
(Levantando la frente con un gesto de suprema energía.)
Mas, loco soy. Vengan hechos
y aparte necias palabras.
(A Nuño.)
Tú, a lo tuyo. Y yo, al instante,
diré a un jinete que vaya,
sin dar sosiego a la espuela,
por una senda apartada
tras de él, para que, sin trompas
ni voces que den alarma,
por esa senda escondida,
veloz, aquí me le traiga.
¡Vamos! (Nuño se va.)

LEONORA

Y en ese peligro
¿quiénes al rey acompañan?

BLASCO

(Abismado en su idea y sin fijarse en el valor de sus palabras) Rolando.
(Al golpe, queda la mísera Leonora muerta y abatida como una flor azotada por turbulento

rendaval.) ¡Maldita lengua
que habló sin tino, turbada!
(Con un acento de honda conmiseración.)
¡Otro dolor?

LEONORA

(Desfallecidamente.) Y aún más grave;
porque éste en mitad del alma,
como un puñal, se me ha hundido,
dejando mi sangre helada.

BLASCO

Los dos, por segura senda,
vendrán; y, entretanto, aparta
de ti esa aflicción, y altiva
tus ojos de luz levanta;
pues no olvides que al dolor
debes de hacerte esforzada,
que, a más de ser hija mía,
eres mujer castellana.
(Cobijándola en sus brazos sale Blasco Jimeno, y Leonora, bajo la mirada de su padre, quiere fingir un valor que no siente.
Ya alejados, queda en prolongado silencio este lugar, donde el sol deja caer su luz espléndidamente luminosa y la brisa vuela sin rumores, trayendo en sus alas el campesino aroma de las fecundas vegas castellanas.)

RODRIGO

(Entrando, con el rostro pleno de satánica alegría.)
¡Vencí, vencí. De mi venganza el filo
caerá sobre ellos con encono airado,
que ya, por fin, de su existencia el hilo
cortaré, si quiero, a mi capricho atado.
Por fin, Rolando, la victoria es mía;
si bien reíste cuando yo clamaba,
con ronco llanto, en mi tremendo duelo;
pero ¡ay! ahora, cuando yo me ria,
también llorando, clamarás al cielo.
(Oteando el confín de la llanura.) [ron.
Ya están aquí, aunque en llegar tarda-
Todas las tardes, donde el sol moría,
fijos mis ojos la señal buscaron
por ver si Arias la señal hacía.
Mas ayer, ya tarde, en elevada cumbre,
vieron mis ojos fogarada incierta,
igual de una estrella la lejana lumbre
que da su luz sobre el Poniente, muer- [ta.
Ya están aquí. Si el triunfador destino
pone su vaso en mi sedienta boca,
hasta embriagarme beberé su vino,
ebrio, sin miedo a perdonar agravios,
haré que sea mi venganza loca.

TELLO

(Entrando recelosamente por el postigo que dejó abierto Nuño después de haber dado paso a Leonora.) ¡Rodrigo!

RODRIGO

¡Tello!
(Acercándosele con ansiedad.)
¿Le hablaste?

TELLO

Le hablé.

RODRIGO

¿Y te dijo?...

TELLO

Que fueras
esta noche, entre las sombras,
a verle.

RODRIGO

Loca imprudencia.

TELLO

Precisa es, porque Arias
dice que hablándote queda
más pronto cerrado el pacto
y más segura la empresa.

RODRIGO

¿Y el de Aragón?

TELLO

Cede en mucho;
si tú la ciudad le entregas,
Leonora es tuya, y Rolando
tendrá un dogal de cadenas.

RODRIGO

(Con rabia.) ¡No cede en todo!

TELLO

No cede,
que es, dice, mucha vileza,
y él con vilezas no mancha
por un traidor su leyenda.

RODRIGO

¡Traidor me llama! ¿No sabe
lo que en mi pecho se encierra
de odios sin freno, que así
de vil me tacha su lengua?
Más vil es él, que, en la sombra,
se vale de mis flaquezas
para ganar lo que, acaso,
bajo la luz no pudiera.

TELLO

Arias me ha dicho que el rey,
para jugar con más ciencia
la partida, embajadores
enviará, que entretengan
a Blasco con voz de paces,
para que Blasco se crea
que el de Aragón es su amigo
y no recele una ofensa.

RODRIGO

Bien pensado. ¿Y cuánto suman
los nuestros?

TELLO

Breve es la cuenta,
Rodrigo, porque en Castilla

los hombres no se doblegan,
ni por dádivas ni miedo,
a dar en obscura senda.

RODRIGO

¿Pero cuántos?

TELLO

Yo calculo,
y alargo mucho, unos treinta.

RODRIGO

Bastantes son, pues con ellos
podemos formar entera
una guardia, y, en la noche
propicia, junto a la puerta
que da al robledal, haremos
que quede esa guardia puesta,
y, siendo nuestra la guardia,
ya poco que hacer nos queda:
abrir el portón; que pasen;
y luego... lo que Dios quiera.
¿Son de confianza?

TELLO

Rodrigo,
me hiciste pregunta necia;
nunca el que a dádivas cede
segura confianza presta.

RODRIGO

Yo en ti confío.

TELLO

Tu puedes
fiarte en mí; porque en estas
lides me mueven los odios
y no bastardas vilezas.
Yo, como tú, la venganza
persigo, que de una almena
vi, un triste día, a mi hermano
sujeto por larga cuerda,
sus turbios ojos sin vida,
y ennegrecida la lengua.
Y todo, porque, en mal hora,
topó con tal mala hembra,
que, ciego, por no sufrirla,
dejóla sin vida en tierra.
Mas ya que estamos de acuerdo
demos, Rodrigo, la vuelta,
que aquí nos miren hablando,
no es cosa que nos convenga.

RODRIGO

Tello: valor y constancia.

TELLO

Rodrigo: mucha prudencia.

RODRIGO

La tendré; pero es preciso
que yo al de Aragón le vea
y que me dé de Rolando,
no la prisión, la cabeza;
que el tiempo quebranta hierros
y el mundo da muchas vueltas.
y mientras Rolando viva,
no está su esperanza muerta.
(Se van fugitivamente por distintas aberturas al tiempo que entra Nuño seguido de lanzas y ballestas.)

NUÑO

(Señalando a dos ballesteros el lugar de la guardia, que será los dos extremos del muro almenado.)
Ahí, los dos os pondréis,
el arco de la ballesta
siempre tirante, y los ojos
atalayando la vega.
(Ambos toman sitio en el lugar indicado.)
Y tú, Sancho, en esa torre,
(Señala la torre frontera.)
con estos otros que quedan,
vigilarás los contornos,
que allí más largo se otea,
y si alguien viene a estos muros
en son de paz o de guerra,
tu trompa dará tres toques,
que así he dispuesto la seña.
(Sancho, seguido de su gente, desaparece por la puerta que da subida a la torre.)
Y ahora a esperar, que en los pisos,
en adarves y escaleras,
puse las guardias, y libres
están de toda sorpresa.
(Entra Blasco, revelando en su rostro un fuerte abatimiento.)

BLASCO

Nada se ve; nada, Nuño;
ni una leve polvareda
que, alzando al aire su bruma,
anuncie del rey la vuelta.

NUÑO

Ya vendrá.

BLASCO

¿Y hay si no viene?

NUÑO

Seguro estoy de que vuelva,
que el cielo, por ser más justa,
ha de ayudar nuestra empresa.

BLASCO

¡En Dios fío!

NUÑO

Y hacéis bien
en fiar.
(De la alta torre, bajan con breves intervalos tres toques sonoros y pausados de trompa.)
Alguien que llega.

SANCHO

(Con voz que finge venir de la lejana altura)
¡Hola, Nuño!

NUÑO

¿Eres tú, Sancho?

SANCHO

ancho soy.

NUÑO

Di.

SANCHO

Por la vega,
opel de gente a caballo
al viento la roja enseña
e Aragón, de Avila busca,
no me engaño, las puertas.

BLASCO

Con ronca desesperación.)
No es él! ¡No es él!

NUÑO

Y esa gente
rae, Sancho, faz de pelea?

SANCHO

o; que, además de ser pocos,
on ellos de gente nuestra
iene un buen golpe de lanzas
n son de amistad estrecha.

NUÑO

A Blasco.) El rey de Aragón os manda
misarios.

BLASCO

Pues que vengan,
ue serán bien recibidos,
omo cumple a mi nobleza,
vienen a que mi rey
s perdone las ofensas
ue le hicieron. Mas si alcanzan
pensar que yo les tenga
iramiento, si a Castilla
aen palabras de braveza,
equivocan; pues según
modo de hablarme sea,
oniendo mi hablar a tono,
sí ha de ser la respuesta.
Sancho.) ¡Ah, de Sancho!

SANCHO

Escucho.

BLASCO

¡Bajá!
reve pausa, que es el tiempo que tarda en
scender Sancho.)

SANCHO

pareciendo en el umbral.)
Mandáis, señor?

BLASCO

Con voz recia,
ra que todos te oigan,
rás a la villa entera
e suba aquí, porque Blasco
n dilaciones lo ordena. (Sancho se va.)

NUÑO

ntonces yo...

BLASCO

Irás por ellos
y aquí les traerás.

NUÑO

(Aparte.) Dios quiera
que den en soltar sus iras
y no a razones se avengan.
(Se va Nuño.)

BLASCO

(Asomándose a la llanura.) ¡Y él sin venir!
(A una de las ballestas que hace la guardia.)
¿Nada ves?

UNA BALLESTA

(Después de otear la vega.) Nada, señor.

BLASCO

¿Ni ligera
nube de polvo en el viento
que anuncie un jinete, al verla?

UNA BALLESTA

Todo está en calma.

BLASCO

(Dejando el fondo y en un amargo soliloquio.)
Sí, todo;
menos mi vida, a quien quema
una llama, que mis males
van convirtiendo en hoguera.
(Comienza a llegar en grupos, que se van repartiendo por el fondo, una abigarrada muchedumbre de damas, guerreros, pajes y villanos. Buscándose los unos a los otros para indagar la causa de aquella insólita llamada, tienen una apariencia de animada multitud. Entre esta muchedumbre, distinguiéndose por su porte bravo y gentil y sus luengas capas, discurren los nobles capitanes de Castilla. Roja como una sangrienta llama la capa de Rodrigo destácase entre todas. A un grupo de caballeros que se le acerca.)
Bienvenidos.

CABALLERO 1.º

Bien halla

CABALLERO 2.º

¿Y el rey?

BLASCO

De caza en la selva.
(Al observar un gesto de asombro en los nobles.) Mas no temblar por el rey,
que no ha de tardar su vuelta.
Miradme, hidalgos, la cara;
y si observáis que no encierra
serena paz, por menguado
cortadme, hidalgos, la diestra.
(Aparte.) ¡Mintiendo, mintiendo, aleve,
como un villano cualquiera!
(A la muchedumbre.)
Dadme una silla, que es justo
que al que le piden audiencia

esté sentado, y de pie
el que a pedirla se acerca.
(Dos villanos le traen la silla que yace junto al muro de la torre.)

NUÑO

(Entrando y después de avanzar unos pasos hacia Blasco.)
En el umbral de esa estancia,
los emisarios esperan
que yo, por mandato vuestro,
les marque hasta vos la senda.

BLASCO

(Se sienta, dando la espalda a la multitud. A los embajadores, que en el umbral vacilan, recelosos, ante la silenciosa y hurraña muchedumbre.) Nada temáis; en Castilla
son tan nobles los villanos,
que, a veces, tienden las manos
al mismo que les mancilla.
Aquí no existen rencores;
por eso, en este lugar
podéis, sin reparo, estar
como entre amigos, señores.
(Avanzan los dos embajadores.)

EMBAJADOR 1.°

Agradecemos los dos
el favor que nos prestáis;
pero mirad que no habláis
con pecheros, ¡vive Dios!
Que es tan alta la valía
de entrambos, que, en Aragón,
al del rey nuestro pendón
casi iguala en hidalguía.
Y, si tan alto nacimos,
pensad, señor, que un ultraje
no ha de sufrirlo el coraje
de aquel rey a quien servimos.

BLASCO

¡Y qué me importan a mí
corajes de un rey extraño!
Temed vosotros su daño,
que yo en Castilla nací.

EMBAJADOR 2.°

Replicáis con mucho fuero.

BLASCO

¿Queréis que humilde responda
y que, cobarde, me esconda
porque me decís que es fiero?
Mas dejemos olvidadas
estas rencillas, y vamos
al asunto, porque estamos
perdiendo el tiempo. ¿Firmadas
traeréis vuestras credenciales?

EMBAJADOR 1.°

(Entregándoselas.) Aquí están.

BLASCO

(Leyéndolas.) Bien claro dicen
quiénes sois.

EMBAJADOR 2.°

No contradicen
nuestras palabras.

BLASCO

(Volviéndose a sus capitanes.) Son tales
las cifras de estos varones
que aparte al rey, que haya, dudo,
en Aragón otro escudo
de más plecaros blasones.
(A los embajadores.)
Y ya que tuve el honor
de veros en esta casa,
decidme: ¿qué es lo que pasa
que, así, me hacéis tal favor?

EMBAJADOR 1.°

Cosas graves.

BLASCO

¿Cuáles son?

EMBAJADOR 1.°

Que vos, en contra del rey
de Aragón pusisteis ley.

BLASCO

¡Me la dictó el corazón!
(Observando una actitud de duda en los embajadores.)
¡Sí, el corazón! Que este niño,
que huía sin nadie al lado,
mereció ser amparado
por mi espada y mi cariño.

EMBAJADOR 1.°

¿Y no sabéis que un vasallo,
cuando éste es de limpia idea,
en todo aquello que vea
dirá: el rey manda y yo callo?
Y además...

BLASCO

(Aparte. Refrenando su coraje.)
¡Voto a Luzbel!

EMBAJADOR 1.°

... que por afuera se dice
que vuestro rey os maldice
porque sois duro con él.
Que sólo por ultrajar
al de Aragón le acogisteis,
y que después le escondisteis
en un sombrío lugar.
Triste mazmorra sin luz,
donde, con graves cadenas,
el niño llora sus penas
puestas sus manos en cruz.

BLASCO

(Levantándose.) ¡Villano!

EMBAJADOR 1.°

(Retrocediendo.) Me lo dijeron.

BLASCO (Con airada indignación.)

Y vos me lo repetís.

Mentís, os digo; mentís!

EMBAJADOR 1.°

(Ademán de llevarse la mano al cinto.)
Jamás así me ofendieron!

BLASCO

Si aquí mi rey estuviera,
pronto os diría a los dos
por qué mentís ¡vive Dios!
de tan cobarde manera.

EMBAJADOR 2.°

Cobarde; pero es lo cierto
que está en pie la acusación.
y vos, por toda razón,
nos le ocultáis.

BLASCO

(Aparte.) Por incierto
mar de angustias va mi vida.
(A los embajadores.)
Señores: violento he sido;
dan sólo un momento os pido
para ganar la partida.
(A Nuño, que está fiel a su espalda.)
Corre, Nuño, a ver si ya,
sabiendo que hay en Castilla
traidores, tornó a la villa,
y hazle que suba si está.
¡El rey, Nuño!
(Sale Nuño, y Blasco, en su febril impaciencia, sigue sus pasos, y ya en el umbral, se detiene para escuchar los rumores que vienen de afuera.)

EMBAJADOR 1.°

(Aparte al Embajador 2.°)
La jugada
me salió. No le veía,
y pensé que le escondía
por algo a nuestra mirada.
Y como el rey nos ha dicho
que antes de pactar miremos
si está aquí, ahora veremos.
(Señalando a Blasco, que retorna a su silla.)
Su honor puse en entredicho,
y como es hombre de honor,
por satisfacerme, vino...

NUÑO

(Entrando.) ¡El rey!

BLASCO

(En un grito de victoria.)
¡Se cambió el destino.

CABALLERO 1.°

¡Viva el rey!

LA MUCHEDUMBRE

(Entra el rey seguido de Rolando.) ¡Viva!

LOS EMBAJADORES

(Con un ademán de pleitesía.) ¡Señor!

EL REY

Aquí está el rey, caballeros.

BLASCO

(Aparte al rey.) ¿Llegásteis, señor?

EL REY

(Aparte a Blasco.) Sin ruido,
por entre breñas metido,
sin lebreles ni escuderos
(A los embajadores.)
El que buscábais yo soy
y si ambos venís aquí
para llevarme, por mí
dispuesto a partir estoy,
si el de Aragón me promete
que ni viene a poner ley
ni con orgullo de rey
por estas tierras se mete.

EMBAJADOR 1.°

A pactar, señor, venimos.

EL REY

¿Qué pacto vais a ofrecerme?
Muy fácil os es tenerme
si son nobles los caminos.

EMBAJADOR 2.°

Nobles son.

EL REY

Pues vos diréis,

BLASCO

(Aparte en tono de amenaza.)
Veremos cómo se explica
y si en altivo repica...

EMBAJADOR 1.°

(A todos.) Os ruego que me escuchéis.
(A Blasco.) Con las limpias credenciales
que vísteis, el de Aragón
nos envía, y su razón
esta es: (Al rey.)
Por paternales
prendas de amor, él quisiera
teneros bajo su amparo;
mas vos le ponéis reparo,
y esto, en verdad, le exaspera.
Y para evitar peores
males, mi rey os demanda
a que cumplais lo que os manda
la voz de vuestros mayores.

EL REY

¿Quiere ampararme?

EMBAJADOR 1.°

En sus lazos.

EL REY

Pues la respuesta es sencilla.
decidle al rey que en Castilla
me sobran seguros brazos.
Fieles brazos que en mi senda
jamás sembraron dolores.
(Coge la diestra de Blasco y pone en ella un beso de ardiente gratitud, irguiéndose.)
Decídselo al rey, señores.

EMBAJADOR 2.º

Se otenderá.

BLASCO

¡Qué se ofenda!

EMBAJADOR 1.º

(Al rey.) Se lo diré.
(A Blasco.) Y entretanto,
a vos, Blasco, me dirijo,
pues siendo quien sois, colijo
que estáis de la ley al tanto.
(Con voz pausada y solemne.)
¿Sabéis, Blasco, que si uno
de dos contrarios mantiene
preso al rey, al otro tiene
que dar, sin pretexto alguno,
rehenes de igual valía
durante la tregua?

BLASCO

Sé
lo que queréis, y yo haré
que no haya en esto porfía.
(A los dos embajadores.)
Señores: he aquí mis planes;
accediendo a vuestro ruego,
del rey a cambio os entrego
mis valientes capitanes.

EL REY

(Sublevándose ante aquel sacrificio.)
¡Oh, no!

BLASCO

(Dominándole con un gesto de inapelable decisión.) Señor: caballero
soy que no admite lecciones;
siempre fuí largo de acciones
si traté de honra y dinero.
(Al embajador 1.º)
Que en el cambio no hay afrenta
para vos, veréis.

EMBAJADOR 1.º

Favor
me hacéis que raya en honor;
¡va bien servida la cuenta!
(Acercándosele.)
Y olvidad que, en un mal rato
de ofuscación, yo creyera
que el noble Blasco pudiera
dar a su rey un vil trato.

BLASCO

Fué una mentira tan loca,
que, a poco de haber mentido,
de fijo lo habréis sentido
viendo en mi mano su boca.
(Se oye, de la clara lejanía, un lírico rumor de trompas, que se apaga lentamente en el ámbito azul de los cielos.)

EMBAJADOR 1.º

Mis sufridos caballeros
muestran así su impaciencia,
que fué pesada la audiencia
y son largos los senderos.
(A Blasco.) Si algo tenéis que mandar,
mandadlo pronto, a fe mía,
porque antes que acabe el día
de aquí pensamos llegar.
Levantaremos las tiendas,
y hacia tierras de León
llevaremos el pendón
a reñir nuevas contiendas.
¿Quedamos?...

BLASCO

En que el asunto
está en pie. ¿Si ellos se avienen?...

EMBAJADOR 1.º

Vuestros capitanes tienen
libre el paso en aquel punto.

EL REY

(Con resolución.) ¡Jamás!

BLASCO

(Aparte al rey, en tanto que los capitanes, con una especie de sombra de amargura en el rostro, van desciñéndose cintos y guanteletes, que entregarán a deudos, a pajes y escuderos.) ¡Callad! Que en esto
en honra y tiempo ganamos,
que mientras con él pactamos
haré gente de repuesto.
Que en Galicia y en León
tenemos gente probada
que con su aliento y su espada
vendrá a darnos la razón.

ROLANDO

(A Blasco, al tiempo que le entrega su espada y guanteletes.) ¡Tomad!

BLASCO

(Tomándole los arreos de guerra.)
¡Hijo mío!

ROLANDO

¿Y ella?

BLASCO

Quedó en un sopor rendida.
Mejor; que así a tu partida
no asiste su mala estrella.

NUÑO

¡Rolando!

ROLANDO

¡Nuño! (Se abrazan.)

NUÑO

(Desasiéndose del abrazo. A Blasco.)
Yo quiero,
tras de ellos, ir donde van.

BLASCO

(A Nuño, y al tiempo que le entrega los guanteletes y la espada de Rolando.)
¿Eres, dime, capitán?

Calle y sufra mi escudero.

EMBAJADOR 1.º

(Con impaciencia.) ¡Señores!...

LEONORA

(Apareciendo rauda, y en un rugido de pasión.) ¡Rolando! ¿En dónde
está el amor por quien vivo?
(Dirigiéndose rápida hacia Rolando con los brazos tendidos en una súplica de amor.)
¿Quién, airado, me le aparta
sin piedad de mi destino?
(Estrechándole en un frenético abrazo.)
¡Por fin, Rolando, te aprieto
con ansia en los brazos míos!

ROLANDO

(Con desolada amargura.) ¡Aparta!

LEONORA

(Con indomable energía.) ¡No!
(Rolando, para poner término a su inmenso dolor, la rechaza de nuevo, y entonces ella, por la entreabierta capa, ve que su amado no lleva espada ni guanteletes.)
¡Santo cielo!
¡Sin guanteletes ni cinto!
¿Adónde vas de tal guisa
como un esclavo vendido
por su señor? ¿Dime? ¿Lloras?
¿Aun te avergüenza tu sino?
¡Aún eres hombre!
(A la muchedumbre.) ¡Castilla:
aún tienen sangre tus hijos!

BLASCO

(Al embajador 1.º)
¡Marchaos, señor; marchaos!

LEONORA

(Cubriendo el cuerpo de Rolando con los brazos en cruz.) ¡Sin él, sí!

BLASCO

¡Pues es preciso!
(Se va hacia Leonora y la prende entre sus brazos, donde ella lucha con loca resolución por desasirse.)

LEONORA

¡Detente!... ¡Escucha!... ¡Rolando!...
(Viendo a Rodrigo, que, envuelto en su roja capa, sigue torvo e implacable los pasos de Rolando.) ¡Vuelve a mi lado, amor mío;
mira que veo la muerte
tras de tus pasos! ¿No has visto
cómo te acecha? ¡Ven!

BLASCO

¡Calla,
porque me espantan tus gritos.
(Enamorándose nuevamente de Nuño, que la recibe en un fraternal y protector abrazo.)
Sosténla, Nuño, en tu pecho,
porque mi pecho, rendido,
bastante hará, si es que puede,
con sostenerse a sí mismo.
(A sus capitanes, con voz que tiene el eco de una elegía.) Mis valientes capitanes,
los de recios gavilanes
en el puño de su espada,
que jamás se vió vencida
ni manchada en torpe lid;
desceñidos los arreos,
y sin trompas ni pendones
ni caballos ni troteos,
como esclavos a quien venden,
disponeos a partir.
¿Dónde irá vuestro destino?
¿Volveréis?... ¡Cuando Dios quiera!
Sólo Dios sabe el camino
de los hombres, sólo Dios;
pero Dios será clemente,
y al mirar vuestros dolores,
Dios hará que en vuestra frente
otra vez brille serena
la alegría de este sol.
Os marcháis y yo me quedo.
De este niño triste y solo, velaré las lar-
y en las plácidas auroras [gas horas,
y en las lúmbres sonolientas que hace [el rojo atardecer,
él y yo, baja la frente y en el suelo la [rodilla,
rezaremos por aquellos que, muy lejos [de Castilla,
lloran patria y lloran honra por la fama [de su rey.
(Lenta, y con un rumor de lágrimas, comienza a desfilar la dolorida muchedumbre, y con ella, doblada la frente, para mejor ocultar el rubor de su vergüenza, los tristes capitanes.)

ASÍ TERMINA LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

CUADRO PRIMERO

Es el zaguán, sobrio y humilde, de una venta castellana. En el hogar, una llama, roja y vacilante, alumbra breve espacio de la estancia, dejando en triste penumbra el alto techo de ennegrecidas vigas y los blancos muros, de los que penden jarras, hoces, bieldos y demás utensilios propios del lugar. En el lienzo del fondo, un portón de dos hojas permanece cerrado; no así la madera de un postigo, a través de cuyos cristales se ve la luz fría y pálida de un amanecer. En los

lienzos laterales varias puertas comunican con el interior de la ventana, y en uno de ellos, que será el de enfrente al del hogar, una empinada escalera de crujientes peldaños da subida al piso superior. Diseminadas por la estancia hay varias mesas y taburetes de pino, y apoyados contra los muros, entre sacos de mies, se ven aperos de labranza.

BLAS

(Mirando por el postigo las lejanías del cielo.) Aviva, Marta: aviva
la perezosa llama,
que las obscuras cumbres,
al resplandor del alba,
sobre el dormido cielo
se van tornando grana.

MARTA

(De rodillas ante el hogar, azuzando la noguera.) Ya avivo, Blas, ya avivo
¡oh! qué impaciencia.

BLAS

(Acercándose al hogar.) Marta,
a tu trabajo atiende
y a mis consejos calla,
que siempre fué el marido
quien gobernó una casa.

MARTA

Pues buen gobierno haría,
si yo no vigilara,
marido a quien gobierna
el vino que desata
las lenguas como locas
y enturbia las miradas.

BLAS

(Poniendo en su ademán y en su voz un barniz cómico, que seguirá sosteniendo en los momentos oportunos.)
¡Borracho me llamaste!
(Amenazador.) Si me valiera...

MARTA

(Irguiéndose en actitud decidida.)
Calla,
te digo yo ahora, y firme
en tu quehacer trabaja;
desdobla los manteles;
calienta las hogazas,
y el mosto de la cueva
escáncialo en las jarras.
¿Oíste?

BLAS

Sí que he oído.

(Marta le obliga con rudeza a moverse.)
Pero mujer...

MARTA

Repara
que pronto los arrieros
que a diario la jornada
hacen de Navalosa
al alto de Peñalba,
no tardarán en verse
junto a esta roja llama,
pidiendo a toda prisa
su buen yantar.

(Observando que Blas permanece extático, como el que oye un ruido lejano que le preocupa.) ¿Qué aguardas?

BLAS

(Señalando al portón.)
Me pareció que alguien
tras de esa puerta andaba.

MARTA

¡Cobarde!

BLAS

(Queriendo inútilmente presumir de un valor que no siente.) No; si miedo
no tengo, pero...

(Suenan sobre el portón dos golpes secos y sonoros, como dados con el puño de una espada. Blas retrocede en un salto con desmedido pavor.) ¡Llaman!

(En un breve espacio de silencio a que se entregan, Blas, medroso, y Marta vacilante, tornan a llamar.) ¡Ya van! ¡Ya van!

MARTA

¡Paciencia!

BLAS

¡Ya van! Abre tú, Marta.

MARTA

Pues yo abriré, que el miedo
jamás se entró en mi ánima.

(Abre una hoja del portón, y en el vano, sobre las lívidas luces del amanecer, se dibuja la figura de un embozado.)

RODRIGO

(Entrando y sin desembozarse de su roja capa.) Mucho tardaste en abrir.

MARTA

(Volviendo a cerrar el portón.)
Si tardé, fué porque estaba...

RODRIGO

La explicación no es precisa
si al fin me dejaste franca
la puerta.

MARTA

¿Queréis?

RODRIGO

Un cuarto
y en ese cuarto una cama.

MARTA

¿De comer?

RODRIGO

No quiero.

A Blas.) Afuera
ay un caballo, al que agua
larás y después un pienso
l abrigo de una cuadra.

BLAS
Excesivamente ceremonioso.)
e hará lo que vos mandéis.

MARTA
Se os llamará?...

RODRIGO
Ya avanzada
a luz del día en los cielos,
ue fué la senda muy larga
necesito descanso
ara acabar mi jornada.

BLAS
Encendiendo un candil en la llama del ho-
ar.) Seguidme, pues.
Blas comienza a subir la escalera que con-
uce al piso superior.)

RODRIGO
Deteniéndose en el primer peldaño.)
¿Cuánto debo?

BLAS
Aquí todo el mundo paga
uando se va.

RODRIGO
Con marcada impaciencia.)
¿Cuánto debo?

BLAS
Muy poco, que la posada
s humilde.

RODRIGO
Dando a Blas una bolsa repleta.)
Toma y oye.

BLAS
Guardándose la bolsa.) Tomo y oigo.

RODRIGO
Si alguien alza
a voz aquí mientras duermo
me despierta, contadas
endrá sus horas, que sólo
a el sueño paz a mi alma.
o nadie aguanto que el sueño
e robe con sus palabras.

BLAS
n tanto que vos durmáis
erá una tumba esta casa,
ues es justo que aquí sea
en servido el que bien paga.

RODRIGO
iuíadme! (Suben con lento paso, haciendo
ui: la vieja escalera.)

MARTA
Si algo queréis,
odeis llamar...
Blas y Rodrigo desaparecen. Signándose.)
¡Dios me valga!
¡Qué ojos los suyos! Parece,
con esa encendida capa
y esa voz, un alma en pena
del mismo infierno arrancada.
(Al par que trajina.)
Pero, demonio o persona,
para nosotros es clara
su ley, que pidiendo poco
mostróse largo en la dádiva.

BLAS
(Bajando la escalera.)
Aún tengo, Marta, en mis venas
de miedo la sangre helada.

MARTA
(Acercándose a Blas con ardiente curiosi-
dad.) ¿Qué viste?

BLAS
Cuando el embozo
se quitó... ¡le vi la cara!

MARTA
¡Y era horrenda!

BLAS
No, es hermosa;
pero tiene dibujada
tal arruga entre ambas cejas
y en los ojos tales ansias,
que parece, más que de hombre,
de una fiera acorralada.

MARTA
¿Dormirá?

BLAS
No sé. En el lecho
dió de un golpe las espaldas,
sin parar en desceñirse
del mantelo y de la espada.

MARTA
¿Quién será?

BLAS
Quien sea. ¿Acaso
nos importa el que aquí llama
si no come, duerme mucho,
y el dinero se le escapa
al pagar de entre las manos
como río entre espadañas?

MARTA
Razón tienes.

BLAS
Pues callemos.
(Va hacia el portón, y ya puesta la mano en
él, vuélvese hacia Marta.)
Si en mi ausencia esos llegaran,
les dirás que aten la lengua
y refrenen sus pisadas;
y si al caso no se avienen
media vuelta... y mala cara. (Saca la
bolsa que le dió Rodrigo y, tirándola al aire,

se la vuelve a guardar rápidamente, y que en teniendo buena bolsa, los arrieros no hacen falta.

(Antes de que llegue a abrir, la puerta cede empujada desde fuera, y dos embozados penetran, cortando el paso a Blas, que retrocede atónito a medida que ellos avanzan.)

BLASCO

¿Quién gobierna en esta casa?

BLAS

(Reponiéndose de la emoción sufrida.) Vos diréis.

BLASCO

Los dos buscamos un lugar donde podamos descansar.

BLAS

(Aparte.) Les pondré tasa si se muestran exigentes. (A Blasco.) Para nobles caballeros no hay lugar.

BLASCO

(Echándole una bolsa, que Blas coge al vuelo.) ¿Ni aun con dineros?

BLAS

(Con un marcado gesto de vasallaje.) Si es así... (Aparte.) Con tales gentes nunca hay puerta bien cerrada. (A Blasco.) ¿Y estará su señoría?...

BLASCO

Hasta muy entrado el día que de nuevo haré jornada.

BLAS

¿De comida?

BLASCO

Nada quiero.

BLAS

¿De beber?

BLASCO

Tampoco. Acaso, si yo no, puede que un vaso te lo acepte mi escudero.

BLAS

(A Nuño.) ¿Moscatel? ¿Pardo?

NUÑO

Deseo agua pura.

BLAS

(Con un ademán indica a Marta que sirva el agua.) Cristalina la tendréis. (Aparte.) Se me avecina un gran día a lo que veo.

(Blasco y Nuño, desembozándose y librando a sus sienes del agobio del pesado yelmo, toman asiento ante una mesa, en la que Marta deja un rezumante jarro con agua fresca y cristalina y un hondo vaso. Desaparece después por una de las puertas laterales que dan acceso al interior de la venta.)

(A Blasco.) ¿Y es la senda a pie?

NUÑO

Jinetes sobre dos bravos overos como cumple a caballeros caminamos.

BLASCO

¿De pobretes es, villano, nuestro aspecto?

BLAS

Perdonad...

BLASCO

Junto al camino dos caballos hay, con tino los daréis trato.

BLAS

Perfecto será el trato. (Aparte.) ¡Vive Cristo que si aquél se mostró huraño, también éste de mal año muestra el gesto, por lo visto!

BLASCO

(A Nuño, que apura el hondo vaso con ansia febril.) ¿Tienes sed?

NUÑO

Me arden los labios.

BLASCO

La fatiga.

NUÑO

No; el deseo que cumplido nunca veo de vengar fieros agravios

BLASCO

(Viendo a Marta que, entrando por una puerta próxima, se le acerca. A Nuño.) ¡Chist!... (A Marta.) ¿Queríais?

MARTA

Os aguarda blando lecho.

BLASCO

¿Dónde?

MARTA

(Señalando la cercana puerta por donde entró.) Al lado.

BLASCO

A él iremos si, pesado, viene el sueño que ahora tarda.

BLAS

¿Os quedáis?

BLASCO

(Levantándose y yendo hacia la hoguera,

junto a cuya llama toma asiento. Detrás de él, Nuño le imita.) Junto a esta hoguera.

BLAS

(Reparando en la pálida faz de Blasco.)
¡Estáis blanco!

BLASCO

(Como el que quiere evitar una conversación inoportuna.) Sí; aterido
por la escarcha que ha caído.

BLAS

Fué la noche traicionera.
En Carpia hasta no verse
las espigas ya maduras,
suelen ser las noches duras
y hay contra ellas que proverse.
Esta lumbre os dará vida,
y, entretanto, a mis quehaceres,
si dais venia...

BLASCO

Ve, si quieres.
que por mí está concedida.

BLAS

Vamos, Marta.
(A Marta, con voz y ademán de misterio.)
Si hablan fuerte
y el de arriba da en la idea
de hacer ruido de peleas,
allá ellos. Pero advierte
que también estos varones,
por su porte de guerreros,
mejor aire a los aceros
deben dar que a las razones.
(Apenas desaparecen, Blas, por el portón, que cierra al salir, y Marta por una de las puertas laterales, se oye, en la oquedad silenciosa de la estancia, la voz de Blasco lenta y dolorida.)

BLASCO

Debes quedarte, Nuño, que de tu edad [floridá
aún puede coger fruto la castellana tie- [rra;
atiende mi consejo
y déjame que, solo, cansado, triste y [viejo,
llamándoles traidores, acabe, al fin, mi [vida.

NUÑO

Jamás, señor; mis pasos [bra fija.
irán tras de los vuestros como una som-
y aquello que el destino,
contrario o no, os ella, [camino.
será también la llama que alumbre mi
(Amenazando, tendido el iracundo brazo, a un ser imaginario.) ¡Traidor!

BLASCO

¡Sí que lo ha sido!

NUÑO

(Repitiendo el ademán amenazador.)
¡Cruel!

BLASCO

¡También!; que el golpe,
por su implacable mano, llegó bien di- [rigido.
El golpe fué de muerte,
que su traición cobarde me abrió tan [honda herida.
que gota a gota, lentas, por más que [aprieto fuerte,
por ella se me escapan las ansias de la [vida.
¡Traidor!: rey fementido
que así empañaste ciego la luz de tus [mayores;
a Dios sólo le pido
que me conceda aliento
para saldar la cuenta contigo, cara a [cara
de todos mis dolores.
¡Y mira que la cuenta
es mucha, porque en alto también raya [la afrenta!

NUÑO

Villana muerte dieron,
señor, a los que fueron
preciosos capitanes,
y fué villana muerte, porque en infame [yugo
y a manos de un verdugo,
como tropel de espigas,
rodaron sus cabezas,
y no al embate noble de espadas ene- [migas.

BLASCO

Cabezas soñadoras,
donde, como un espejo,
del Sol se veía, puro, el lírico reflejo;
cabezas triunfadoras;
orgullo de Castilla;
hoy, ya sois podredumbre [alumbre
debajo de la tierra, sin fuego que os
la luz de las pupilas; [traidores
aquella luz que hizo, temblando, a los
hincar ante vosotros, cobardes, la ro- [dilla.
Rolando el valeroso,
el noble ante el más noble
y el fuerte como un roble; [retaba
el generoso Zúñiga; y Mendo, el que
a un toro, y con su pica, indómito, hu- [millaba,
como un héroe de gesta,
el ímpetu del toro:
y Alonso, el de la testa
soberbia, franca y rubia, bajo el ferra- [do yelmo,
como un airón de oro;
y aquel Rodrigo, huraño y Lara el de [las trovas,
y Pero y Lope y Núñez, y toda una flo- [resta
de lanzas que tuvieron
a raya a los traidores,
¡ay!, todos, por mi culpa, sin gloria su- [cumbieron.
Desde la infausta hora
que aquel pastor, turbado con voz re- [veladora,

me relató la muerte [capitanes,
de aquellos mis preclaros y heroicos
soy un rendido náufrago que, de una
[angustia en otra
me empujan inclementes, contrarios hu-
Porque él lo vió. El estaba [racanes.
de un soto en la espesura,
guardando sus ovejas,
cuando en la voz del viento
llegó hasta sus oidos
de unas cercanas trompas resonantes
los cálidos sonidos.
Y por saber la causa
de aquella algarabía
que ronca despertaba con sus voces
la paz del claro día,
se encaramó en un tronco,
y, en las ramas abriendo con su mano
breve luz a sus ojos, vió en un llano
y en torno de un espacio, circulares,
de un rudo campamento abigarrado
las tiendas militares.
Y en el espacio aquel, bajo la llama
del encendido Sol, fila doliente
de encadenada gente,
que, al doblar con orgullo la cabeza
bajo el golpe fatal de una cuchilla,
con ronca voz clamaba, [raba'
como un reto al traidor, que les mi-
sin piedad sucumbir: ¡así es Castilla!
Murieron, sí, murieron.
me lo dijo el pastor, y al ver su suerte
al borde de la muerte,
tal vez, triste de mí, me maldijeron.
Nada me queda ya: ¡ni una esperanza!

NUÑO

(Poniéndose en pie con heróica resolución.)
Una os queda, señor.

BLASCO

¿Cual?

NUÑO

La venganza.

BLASCO

(Irguiéndose también al conjuro de esta mágica palabra.)
Tras de ella voy. Por ella,
de dos días seguidos los destellos
nos han visto correr, siempre tras de
[ellos,
sin dar paz a la espuela; y tal corri-
[mos,
que hoy, antes de que el sol hunda su
de fuego en Occidente, [frente
podremos dar tú y yo por acabada
contra ellos mano a mano la jornada.

NUÑO

¿Le retaréis?

BLASCO

¡Oh, sí! Mas si en alarde
de rey se me negase a mi porfía,
le llamaré cobarde,
como cumple a un mal rey sin hidal
Por la cruz de mi espada, [guía
juré, Nuño, a mi pueblo que tendría
satisfacción sobrada
a cambio de la afrenta, y no vería
hasta el fin satisfechos mis afanes
si volviese al abrigo de mis muros
sin llevar, hasta el pomo, enrojecidos
con la sangre del rey mis gavilanes.
(Un ahogo feroz le aprieta de repente el co
razón; vacila y llevándose ambas manos, e
angustioso ademán, al pecho, caería a no se
por los brazos de Nuño, que acude rápido e
su ayuda.) ¡Ay!

NUÑO

¿Otra vez?

BLASCO

Sí...
(Señalando el corazón.)
aquí... por la honda herid
que me abrió su traición se va mi vida
una mano de hierro me sujeta
el corazón y bárbara me aprieta
sin piedad el aliento.

NUÑO

Id al lecho, señor, y allí, en el lecho
desceñíos del pecho
la malla que os oprime.

BLASCO

Tienes razón; iré.
(Apartando a Nuño que intenta sostenerl
en su lento y vacilante andar.)
¡Déjame!
(Levantando lo cerviz como en un reto h
roico al mal que le aflige.)
Solo.
(Según va caminando hacia el umbral po
donde María le señaló que buscase el le
cho.) ¡Y no es tremendo, dime,
ver a mi vida, sin aliento, rota,
no pudiendo llevar sobre los hombros
el peso de la cota!
(Nuño acércase a la puerta por donde s
fué Blasco y la cierra quedamente. Después
retorna al hogar y se sienta de nuevo ant
la llama.)

NUÑO [vidas

Duérmete en paz y en tanto que te ol
breves momentos del dolor que ll
[ras
yo, entre las manos la angustiada fren
[te
veré pasar mis turbulentas horas.

' al sangriento luminar de la hoguera,
poyando en la rodilla ambos codos; hun-
e su rostro en las abiertas manos. Hay
n momento de paz, en el que se oye el cre-
tar de la retama y, viniendo de fuera, un
jano sonar de esquilas, que, en la quietud
e la alborada, es como un rumor plácidamen-
bucólico.)

RODRIGO

Apareciendo, sin capa, en lo alto de la esca-
ra.) [gre
o puedo más; me emponzoñó la san-
e mi negra traición todo el veneno;
ie ya, ¡ay! ni aun entre las quietas
[brumas
e un tranquilo dormir hallo consuelo.
escendiendo.)
us truncadas cabezas me atosigan [to;
or doquiera que voy, si voy despier-
as si busco olvidar tales fantasmas
ajo el letargo embriagador de un sue-
[ño,
mbién a poco entre las quietas bru-
[mas,
rgir, truncadas, sus cabezas veo.
a dando pie en el zaguán.)
o puedo más, para vivir en calma
nico afán que en mi desgracia anhelo,
n esta espada que manché, cobarde,
ndré los ojos que arrancarme fiero,
eparando en Nuño, que yace, abstraído en
recóndito pensamiento,) [finge,
Quien de ese hogar como callada es-
esta a la llama su aterido cuerpo?
o sé: en su porte, en su actitud y tra-
[je,
e alguien que fué de mi amistad re-
udas afuera. ¡Responded! [cuerdo.
uño sigue en su abstracción.)
No oye.
Acercándosele, le pone una mano sobre el
mbro.) ¿Soñáis?

NUÑO

in moverse.) Dejadme.

RODRIGO

Contestad.

NUÑO

irado.) No quiero

RODRIGO

etrocediendo súbitamente.)
Cielo, esa voz!

NUÑO

evantándose como el que ve ante sus ojos
a aparición inesperada que le lleva de
ombro.) ¡Rodrigo!

RODRIGO

¡Nuño!

NUÑO

¿Vives?
¿Esta es tu carne o tu fatal espectro?
(Se le acerca y con sus febriles manos se
cerciora de la realidad.) [ven
¡Vives!, ¡Alientas!; luego entonces, vi-
también, ¡oh, Dios! los que lloré por
[muertos!
Háblame; pronto; por piedad, y dame
esa esperanza que en mi afán deseo.
¿Murieron?

RODRIGO

¡Todos!

NUÑO

Menos tú, cobarde,
que no supiste sucumbir con ellos.
¿Ríes? Tu risa me enardece y rompe
la obscura noche en que vivía ciego.
¡Oh, qué fantasma aterrador se acerca
de tu traición a desgarrarme el velo!
¡Verdugo!

RODRIGO

Fuílo; y para serlo, Nuño,
mil veces más me sobraría aliento;
tal es el odio que en mis venas late
contra tu raza, con sombrío fuego.

NUÑO

¿Y cómo, dime, corazón de fiera,
pudiste dar a tu venganza término?

RODRIGO

¿Cómo? En la sombra, como acecha el
mudo y tenaz el fugitivo ciervo. [tigre,
¿Recuerdas Nuño, la infeliz mañana
en la que fuímos por tu rey, sujetos
a una humillante esclavitud, sin ar-
[mas,
para llorar, bajo apartados cielos?
¿Recuerdas, Nuño, que al partir, yo
[iba
tras de Rolando, y, en mi capa envuel-
[to,
eran mis ojos, al fulgir, dos llamas
y mi actitud la del que va en acecho?
¿Recuerdas, Nuño? Pues entonces era
cuando empezó bajo mi sien, acerbo
a germinar de mi venganza el fruto[no.
como la ortiga en la aridez de un yer-
Ya le tenía entre mis manos; ya era
fácil cosecha a mi segur; y a Tello
por Arias mismo le avisé aquel día
y Tello vino y escuchóme, y esto
quedó en hacer sin dilación: Apenas
alzase el campo el de Aragón, ligero,
como el que trae desolador aviso,
de su corcel enrojecido el belfo,
vendría Tello en nuestra busca, dando
con roncos gritos a la voz del viento

pregón sonoro del ultraje aleve [cieron
que el niño y Blasco al de Aragón le hi-
Mentido ultraje que forjó mi mente,
y que contado, sin rubor, por Tello,
hizo que Alfonso de Aragón pusiera
torvo, al oirlo, el encrespado ceño.

NUÑO

[giste,
¿Qué historia fué la que, traidor, fin-
que el de Aragón al escucharla, ciego,
hizo a su corvo yatagán sacjarse
con el festín de sus viriles cuellos?

RODRIGO

[sombras
Que el niño y Blasco, entre las muertas
de obscura noche hacia Occidente, hu-
[yendo,
iba buscando, con veloz carrera,
tras de un abrigo, el lusitano suelo.

NUÑO

¡Mentira infame!

RODRIGO

Que azuzó las iras
de aquel que ya consideraba cierto
tener cogido con mi ayuda, al niño,
y al par, con él, al castellano reino.

NUÑO

¿Y adonde vas, que en mi camino te
cuando yo voy tras de su huella? [hallo

RODRIGO

Vuelvo,
pór fin vengado, a los antiguos lares
donde Leonora vivirá muriendo.
Por ella voy.

NUÑO

No la hallarás.

RODRIGO

¿Qué dices?

NUÑO

Verdad, Rodrigo.

RODRIGO

¡Maldición! ¿Ha muerto?

NUÑO

Si para ti: que su desgracia hoy, llora
de oculta celda en el feliz misterio.

RODRIGO

¡Vive!

NUÑO

No alientes tu esperanza en vano,
que antes de ver el anhelado puerto,
tendrás, verdugo, que reñir conmigo.
dando, en la lid, a mi venganza el pe-
RODRIGO [cho.

¡Sea!

NUÑO

No aquí.

RODRIGO

Pues donde elijas.

NUÑO

(Tirando de sus hombros la capa.) [Pues
que aquí, si él se despertase luego,
al ver a dos contra ti solo, puedes
creer, si vives, que te tuve miedo.

RODRIGO

¡¡Vamos!!

(Dando al aire fieramente los fulgidos ac
ros, se encaminan hacia el portón, que ab
Nuño al tiemho que Blas entra.)

BLAS

(En un grito de espanto.)
¡Favor!

NUÑO

(Cerrándole la boca con la mano y empujá
dola violentamente contra la hoja abierta
portón.) ¡No le despiertes! ¡Cal
(Nuño y Roúrigo desaparecen en alas de s
furias, y Blas, sujeto por una invencible fu
za, sigue con sus ojos desde el umbral la t
gica escena.)

BLAS

(Con voz que la misma fiebre del horror ha
ronca y apagada,) [huer
¡Oid!... ¡Favor!... ¡Junto al tapial
riñen... se acosan, que en el aire fi
[g
rayos de luz sus incansables hierros!
¡Vacila!... ¡Cede!... ¡Contra el fuer
[mur
débil, apoya, acorralado, el cuerpo!
¡Dobla, sin fuerza la rodilla!... ¡A
[ucha!
(Tendiendo las manos en ademán de súplic
¡Piedad!
(Llevando a su rostro las temblorosas man
como si un rayo fatal le hubiese cegado l
pupilas.)
¡¡Oh, Dios!! ¡¡¡Misericordia!!!
(Sin separar del rostro las manos, entra en
zaguán, y apoyando ambos codos sobre u
mesa, queda en dolorido silencio.)

NUÑO

(Que aparece lívido; huraña la negra melen
y en la diestra la refulgente espada, tinta
sangre.) Necio,
que en tu pavor, sin meditar, pudiste
con roncas voces despertar su sueño

BLAS

(Apartándose de él con horror.)
¡Oh, le matásteis!

NUÑO

Porque estaba escrit

BLAS

¿Y ahora qué haré?

NUÑO

Pues enterrar al muert

BLAS

ónde?

NUÑO

igual, que en donde yazga, siem-
rá ante Dios imperdonable reo. [pre
éjame!
on lentitud vuelve a cubrir sus hom-
s con la capa y se sienta de nuevo ante
hoguera, entre cuyas llamas, teniéndola
eta por el pomo, pone horizontalmente la
a de su espada, que deja caer con un
gico chisporroteo, gota a gota, la sangre
la tiñe.)

BLAS

actitud de no comprender la acción a que
se entrega Nuño, y con una azada al hombro
que habrá cogido de un rincón del zaguán.)
Es cosa que, en verdad, me extraña.
(Acercándose a Nuño bajo el influjo de su
curiosidad.) ¿Qué hacéis, señor?

NUÑO

(Siguiendo con sus ojos el caer lento de la
sangre sobre lo llama.)
Purificar mi acero.
(Y hacia el portón, por cuyo vano se ve, ya
sin brumas, una dilatada campiña, dirige
Blas sus pasos en busca de aquel que yace,
muertos los ojos, bajo la luz del Sol que co
mienza a subir por el radiante zafiro de los
cielos.)

ASÍ TERMINA EL CUADRO PRIMERO DE LA JORNADA TERCERA

CUADRO SEGUNDO

una selva profunda, de milenarias encinas. Entre los viejos troncos, y en pri
mer término, la del rey, se ven diseminadas varias tiendas de campaña. De
lante de cada una de ellas un grupo de guerreros hace vida de vivac. En pri-
mer término, el rey Alfonso de Aragón, sentado en una piedra que labró tos-
camente el cincel de los siglos, habla con honda pesadumbre, a un guerrero,
que, de pie ante él, le escucha respetuosa y atentamente. Un moribundo sol,
enviando a la selva sus sangrientos y oblicuos rayos, cubre troncos y fronda
con un matiz de fuego.

EL REY

tos graves poniente[s] de Castilla[dos,
traen a la memoria, ensangrenta-
recuerdo fatal que me atormenta
tosiga la senda de mis pasos.
recuerdo fatal de aquella hora
que mandé, inclemente, por mi daño,
lo el hacha implacable del verdugo,
rcenar sus cabezas sobre un tajo,
ro, Pedro: contempla cómo sube
luz de este poniente por los ásperos
najes de la selva, adormecida
no un río de sangre desbordado.
ngre, sangre no más por donde miro;
a tu frente y tu pretal ferrado;
lo mi peto y mi fulgente espada,
asta roja la palma de mis manos.

PEDRO

onto vendrá la noche, y con sus som-
llegarán los plácidos [bras
eños en donde el hombre olvida siem-
s turbulentos pasos. [pre
onto vendrá la noche, y con la noche,
recóndito lecho, sosegado.
ñaréis con los lauros que os anuncia
a tarde de sol, como un presagio.
o es sangre, señor; pero esa sangre
un fuego de gloria arrebatado
e pone en vuestro yelmo un airón pu-
respiandores áureos. [ro

EL REY (Poniéndose en pie.)

Mientras pise esta tierra de Castilla,
de la cual voy buscando
los últimos linderos, sus fantasmas
alzarán ante mí su rostro pálido.
Aquel rostro sereno bajo el yugo,
que sólo al recordarlo [te
la vergüenza en mis sienes pone un tin-
de rubor y en mis ojos brota el llanto.
¡Oh, no! Pedro: esa llama
es un fatal presagio
que en la frente me graba el rojo sello
de un estigma.

PEDRO

Señor; por olvidarlo
poned un grave ahínco.

EL REY

Ya lo intento
con porfía tenaz, mas siempre en vano.
Es mi destino, Pedro, la soberbia,
y la ciega ambición me han sujetado
con cadena de hierro inquebrantable
al yugo de su carro.
Es mi destino, Pedro, es mi destino.
¡La ambición! ¡La soberbia! Soy su es-
[clavo;
tanto que, a veces, sin mirar mi estirpe,
me porto, siendo rey, como un villano.

PEDRO

¿Qué importan villanías

en el blasón de un rey?

EL REY

¡Mientes, vasallo!
Que un hombre ha de mirarse
en más limpio cristal cuanto más alto.
(Un guerrero, viniendo de las profundidades de la selva, avanza rápidamente hacia el rey.)
(Al guerrero.) ¿Qué quieres?

UN GUERRERO

Señor: deciros
que ahí aguarda un caballero
que por hablaros parece
tener decidido empeño.

EL REY

¿Qué porte trae?

UN GUERRERO

Duro rostro;
ceñido a la frente el yelmo;
larga tizona en el cinto,
y por caballo un overo
llena la boca de espuma
y los ijares sangrientos.

EL REY

¿Viene solo?

UN GUERRERO

No, que lleva
detrás de sí un escudero,
también con el rostro huraño
y armado de todos hierros.

EL REY

Pues dile que pase al punto,
que ya, sobre ascuas, me quemo
por ver aquél que en mi senda
se cruza con tanto empeño.
(Se va el guerrero, y en tanto que vuelve, aquellos que hacen vida de vivac y que oyeron las palabras del rey, dejando sus lugares van agrupándose a la espalda de su señor.)

BLASCO

(Que llega precedido del guerrero que le sirve de guía y seguido a dos pasos de Nuño.)
¿Cuál de vosotros es?

EL REY

(Que a la aparición de Blasco pone, primero, en su rostro un gesto de asombro, y luego en su voz y en sus actitudes una sincera y triste humildad, como aquel que reconoce la razón del ultrajado.)
¿Por quién preguntas?

BLASCO

¡Por aquel mal nacido [sones
que, más que de rey, tiene en sus bla-
la leyenda esforzada de un bandido!

EL REY

¡Detén, Blasco, tu lengua!

BLASCO

Fuera vano
pretender un momento sejetarla.
Bandido te llamé;
(Llevándose la diestra al cinto en son de reto.)
¿dónde la mano
que quiere, pecho a pecho, refrenarla?

EL REY

Oye, Blasco, la voz de mis razones.
(Volviéndose a sus leales, que intentan avanzar sobre Blasco en son de airada pelea.)
¡Deteneos! (Al mandato de su rey refrenan pesarosos, su ira.)

BLASCO

¡Oh, no; deja que viles
vengan todos a mí, que a los leones
nunca espanto pusieron los reptiles!

EL REY

Si en mal hora, cegado,
mi corazón airado [res
se entró, a sangre y a fuego, por tus la
hoy, en pago del daño que has sufrido
mi corazón dolido
te ofrece una amistad grave y sincera,
y con ella, también, para los tuyos
el amparo te doy de mi bandera

BLASCO

No quiero corazones
ni empañados pendones
que sólo para el crimen tienen bríos;
quiero que me devuelvas, ya lo sabes
la sangre de los míos.

EL REY

¿Y cómo devolvértela?

BLASCO

Lidiando
cara a cara, a la luz, conmigo, y dando
libre el pecho de miedos y de sombras
al filo de mi acero,
como riñe en Castilla un caballero.

UN GUERRERO

(Al rey.) ¡Dejádnosle!

EL REY

¡No!

GUERRERO 2.°

¡A él!

GUERRERO 3.°

¡Muera!

GUERRERO 4.°

¡A su ultraje
debemos oponer nuestro coraje!

BLASCO

No me amedrenta el corazón, cobardes,
de vuestros gritos la tremenda ira;
tanto os desprecio, que, aun estando [solo,
sin miedo, aquí, mi corazón respira.
Cobardes, sí: vuestra menguada histo- [ria

pregonándolo está con roncas voces;
más que espadas sujetas en el cinto,
deberíais llevar sangrientas hoces.
Son como tú, traidor; la misma afrenta
mancha de sangre vuestras torpes ma-
[nos;
son como tú, pues para mí sois todos
sin honra y sin valor, unos villanos.
(Volviéndose a Nuño.)
Oye, Nuño, contempla esos lebreles
como se encrespan fieles
en defensa del amo, porque han visto
que sólo somos dos y ellos traílla
de canes ladradores,
como van tras la pieza los alanos por
[tierra de Castilla.

EL REY

No soy cobarde, no; tú bien la sabes;
mi leyenda me abona;
la leyenda dorada
que escribió contra todos esta espada
que no cede en valor a tu tizona.
Por culpa del destino,
y también para oprobio de mi nombre,
en medio del camino,
lleno de hiel el corazón, un hombre
me salió. Fué Rodrigo,
el que con voz de amigo
me empujó por la rápida pendiente
del crimen que hoy lamento.
Yo fuí la hoja del árbol y él el viento
que la arrastra veloz; ciego le oía.
y él, viendo mi ambición, en mis oídos
con más fuerza apretaba en su porfía.
Y ante Dios te lo juro,
que a no ser por la trama de su engaño,
mi corazón hoy puro,
se vería ante tí. Sí, me engañaron;
luego, ¡ay triste de mí!, me lo contaron.
Un tal Tello, traidor a quien Dios quie-
[ra
dar el castigo eterno de una hoguera
que alimente Luzbel, al campamento
vino dando a la voz del ronco viento
una historia fingida;
una historia tan grave que, a ser cierta,
de un soplo arrebataba
la esperanza más loca de mi vida.
Y a su engaño cedí,
y ahora me veo
abrasada la vida en un deseo
de angustias implacables. Sé piadoso,
muéstrate a mi suplicio generoso,
(Arrodillándose en un gesto de tremante súplica.) y medita, Jimeno, que si tanto
se te humilla un monarca ante su gente
es que tiene en sus venas limpia sangre
y un lucero de llamas en la frente.

BLASCO

Los hombres no se han hecho
para implorar, doblada la rodilla;
levántate ya, pues, y, dando el pecho,
lava, si sabes, fiero, tu mancilla.

EL REY

(Tendiéndole las manos en un ademán de imploración suprema.)
No más sangre, no más; préstame oído;
¡Por el nombre de Dios, yo te lo pido!
Yo seré para tí como un hermano,
de mi tendida mano
sobre la abierta palma
verás mí corazón dándote pruebas
de un fraternal amor, y si en un ruego
mi corazón te entrego,
tú ya, ahora, tendrás, que a ello te obli-
que olvidar mi baldón y ser amigo. [go,

BLASCO

¡Nunca!

EL REY

(Arrastrando sus rodillas hacia Blasco por los abrojos de la selva.)
¡Detente! ¡Escucha! ¿No has pensado
que de vengar ultrajes ya no es tiempo,
porque aquel que te hirió yace a tus
[plantas
con un gesto de amor, arrodillado?

BLASCO (Implacable.)

Para vengar agravios nunca es tarde

EL REY

¡Por el nombre de Dios!

BLASCO

(Desciñéndose el guantelete de la mano izquierda.) Yo, el ultrajado,
te reto ante su faz.
(Arrojándoselo al rey, que siente en el rostro la iracundia del golpe.) ¡Toma! ¡Cobarde!
(El rey yérguese en un grito de rabia y sus leales, antes de que él, ciego en su ira, dé al aire la brilladora espada, se arrojan con los hierros airados sobre Blasco y Nuño, que sin cejar, reciben el empuje del tremendo huracán.)

LOS GUERREROS

(Al crujir fragoso de las espadas.) ¡Muera!

EL REY

(Arrastrado hacia el fondo de la selva por un grupo de leales.)
¡Paso! ¡Dejadme! Que mi espada
sola debe acabar esta jornada.

BLASCO

(Apoyando su espáda contra una encina umbrosa y corpulenta, y viendo como Nuño retrocede, aunque bravo, ante el número de hierros que le agobian.) [ño,
¡Mantente siempre firme; siempre, Nu-

¡sereno el corazón y fuerte el puño!

LOS GUERREROS

¡Muera!

EL REY

¡Paso!

NUÑO

(Ya hundido en el fondo de la selva y en un grito desgarrador de agonía.) ¡Ay de mí!

BLASCO

¡Nuño!

UN GUERRERO DE LOS QUE LUCHABAN CON NUÑO

(Retornando por entre los toscos árboles seguido de otros guerreros, todos con los hierros desnudos.)

Caído
uno en la tierra está.

UN GUERRERO DE LOS QUE LUCHABAN CON BLASCO

¡Por fin!

PEDRO

(Dirigiéndose en busca del rey.) Vencido también el otro fué.

UN GUERRERO DE LOS QUE SE LLEVARON AL REY

(Avanzando hacia Pedro por entre los tristes árboles y con una entonación de espanto en sus palabras.)

¿Qué hicisteis?

PEDRO

Nada; [pada.
lidiar por nuestro rey con nuestra es-
(Los guerreros se agrupan en el fondo lejano de la selva, cuya luz penúmbrica envuelve en un halo de bruma la sombra de sus cuerpos.)

BLASCO

(Arrodillado y queriendo, con sus engarfiadas manos puestas sobre el corazón, cerrar una honda herida de donde manan hilos carmeseíes de generosa sangre.) [rida,
¡Ahora sí que se van por la honda he-
gota a gota, las ansias de mi vida!
(Levantándose con jadeos ahogadores y avanzando con lastimoso paso hacia la piedra que los cinceles del tiempo labraron toscamente.)
¡Animo, corazón!... Solo un momento
te pido de valor ante la muerte.
Amigo siempre fiel: ¡No me abandones
en el trance más duro de mi suerte!
(Cae de rodillas, desfallecidamente, ante la piedra milenaria.)
Aquí, sobre esta piedra, por almohada
reclinaré mi frente fatigada
tras de un largo luchar, y aquí, en la [piedra,
con los brazos abiertos, cual la hiedra
que al lugar se entrelaza en que ha na-
te daré, madre mía, [cido,
tierra hidalga y feraz de mis amores,
de mi fiel corazón la última savia
y el postrimer latido.
(Hay un breve silencio en el que se escucha el estertor ronco de aquel pecho un día tan altivo; ronco estertor que al latir en el rumor callado de la selva, tiene lejos de reconvención para aquellos que miran espantados su obra irreparable.
Castilla: mi señora;
tierra plena de sol, y en donde el alma
de los hombres, bajo esa luz de oro
las más altas virtudes atesora.
Castilla: noble tierra,
de todo hidalgo afán amparadora,
recógeme en tu seno
y, al abrirme la paz de tu regazo,
piensa que en ese abrazo,
por haber defendido
tu gloria con tesón y haber perdido
lidiando por tu ley cuanto he tenido,
vida, amistad y amor, caeré cansado,
pero a la faz de Dios purificado.
(Ya el sol, huyendo de la copa de los árboles, deja en tristes penumbras la ensombrecida selva, y, en la trágica luz de aquellas horas, la voz de Blasco se quiebra, en un lamento, como la última estrofa de un poema que, debiendo acabar pleno de lumbres triunfadoras, por culpa del destino, termina con el iris temblante de una lágrima) ¡Ay de mí!
(Abrazando, ya sin vida en los ojos, aquella piedra que es un pedazo amado de Castilla.)
¿Dónde estás? Si Dios pudiera
darme otra nueva vida, por tu nombre,
madre inmortal, luchando contra todos
otra vez, sin reparo, la perdiera;
y si crees que mi acento, por ser poca
la vida que le alienta, es menos puro,
para dar más valor a mi promesa,
(Moja en la herida los dedos de su diestra y con ellos traza, vacilante, una cruz de púrpura en la piedra.)
puesto el último aliento de mi boca
sobre esta cruz de sangre, te lo juro.
(Y tras de un beso largo y profundo, su ruda testa, resbalando, en un desmayo postrero, cae sobre la tierra para dormir el sueño perdurable de la muerte.)

La novela TEATRAL

Precio: 20 cts.

GERINELDO

POEMA DE AMOR Y CABALLERÍA, REPRESENTABLE, EN CUATRO JORNADAS, COMPUESTO, EN PARTE, CON PASAJES DEL ROMANCERO

Cristóbal de Castro y Enrique López Alarcón

PERSONAJES

A JUGLARESA. - LA REINA. - LA INFANTINA. - LA ABADESA. - MAGALONA. - ROSIA, - UNA DAMA. - GERINELDO. - EL REY. - DUQUE DE ARJONA. - EL CONDESTABLE. EL OBISPO. - EL EMBAJADOR. - EL JUDÍO. - UN LETRADO, - EL ALFÉREZ DE CASILLA. - UN MENSAJERO. - EL TESORERO. - JUSEPE. - NOBLE 1.º - UN HERALDO. - BONREIR. - MICER JACOBO. - FERNAN. - UN BALLESTERO.

amas, nobles, moriscos, pajes, mesnaderos, monjas, reyes de armas, villanos, pastores, heraldos, músicos y pueblo.

a acción entre los siglos XIV y XV, pero sin precisar, vaga y poética, como el romance que inspiró esta obra.

JORNADA PRIMERA

alón de Corte de los Reyes de Castilla. Celébrase el solemne acto de despedir a embajada del Rey granadino. El Rey, la Reina y la Infantina, ocupan un trono n estrados, a la derecha. A la izquierda, en sillones, el embajador y nobles moros. Codeándolos, como en guardia de honor, están, de pie, el Condestable, el Alférez varios caballeros. Junto a los Reyes, y en segundo término, el Obispo, en sillón orado, y cerca del Obispo, damas en sillones. El Duque de Arjona y otros nobles stán en frente y en escaños. En el centro y al foro hay escabeles, donde los pajes, Gerineldo entre ellos, preparan sus laúdes y guzlas. Al levantarse el telón, y anes de que comience el diálogo, se oye una leve música de laúd. Todo el cuadro ha e ser solemne y noble, y los actores cuidarán de que tanto el habla como los modales, se acomoden al acto palatino.

a Reina, la Infantina, el Rey, el Embajador moro, Gerineldo, el Condestable, el uque de Arjona, el Obispo, el Alférez, damas, nobles, moriscos y pajes. (Se oye una música de laúd.)

MB.—Así Alá, Rey poderoso,
reino siembre de dichas,
í el amor siempre arda
e tu Reina en las mejillas
vele el sueño tus noches
guarde la paz tus días
brillen, soles eternos,
s ojos de tu Infantina,
mo este moro que el Rey
usuf de Granada envía,
vuelve el cuerpo a Granada
deja el alma en Castilla.

REY.—Galán, cortés y poeta,
espejo de la morisma
que si en los campos es brava
es en las Cortes invicta,
yo trueco flores y plácemes
entre marlota y loriga
y mis potros castellanos
por tus yeguas granadinas.
Lleva a tu rey mis presentes,
y cuando el Darro consigas,
con oro de sus arenas
se grabe mi amistad fina.

EMB.—(*Se levanta.*)
Adiós la Reina y el Rey,
adiós, también la Infantina,
adiós las damas hermosas,
adiós la noble Castilla.
Dadme todos vuestra venia,
que parto al rayar el día,
y habré por esos caminos
de ver en mis fantasías,
en cada flor, una dama,
en cada fuente, una risa,
en cada pájaro errante
una promesa perdida...

REY.—Mi venia, moro, te doy,
mas antes de conseguirla
habrás de oir de mi paje
la nueva trova pulida.
Hola, galán, Gerineldo,
trovador de ciencia fina,
bien amado de tus reyes,
flor de pajes de Castilla,
ante la real embajada
de la Corte granadina
vuele la águila, señora
que en tu corazón anida.

(Hay un momento de expectación. La Reina y la Infantina, conforme Gerine do avanza en su relato, dan señales de agitación y de inquietud. Entre las dam y los nobles se notan cuchicheos de maledicencia. Gerineldo dirá la trova gent mente, con audacia y altanería en el ademán, pero poniendo en la dicción u melancolía noble y poética. Todo el juego de escena que viene después, aun cuand pasional y rápido, se habrá de contener en los disimulados límites de una cortes nía forzosa.

GER.—(*Hace una cortesía al tro^no, otra ^ante la embajada, y adelantando a m dia escena, dice:*)

Había un palacio y había una Reina
y había una Infanta, fermosas las dos;
la Infanta era Mayo, la Reina el Otoño;
la noche y el día, la luna y el sol.
El Rey caballero partióse a la guerra,
la Reina y la Infanta lloraban al par,
alzóse el rastrillo, sonó el cubre-fuego,
cantó la corneja sobre el almenar...
Como un peregrino mojado en la lluvia,
caladas las ropas, debajo el laúd,
guiándose a tientas por entre zarzales,
el paje divisa de lejos la luz.
La Reina y la Infanta que rezan y bordan
al son de la lluvia que gime al caer,
se alzaron suspensas a la serenata
que escala los muros hasta el aljimez.
—"Adiós Castilla; adiós, el Rey
a quién serví,
adiós la Reina a quien loey
y obesdecí"...
... La Reina da orden que al paje le suban,
la Infanta no puede rezar ni dormir,
los hombres de armas franquean el puente;
el paje se ha entrado por el camarín.
Birrete con plumas llevaba en la mano,
laúd a la espalda y al cinto puñal,
del agua de lluvias chorrea el cabello,
las manos, heridas de agudo zarzal.
La Reina ante el fuego le seca las ropas,
la Infanta le venda con mucho primor;
el paje a otra estancia se va con sus sueños
la Infanta y la Reina, la luna y el sol.
... A punto del día resuenan tambores,
de alzar los rastrillos se da la señal...
Detrás de la almena se ve al ballestero,
burlando la lluvia bajo el capellar.

Detrás de la almena leal atalaya
los campos, del uno al otro confín,
las torres, las puentes, las aguas del foso,
los fuertes adarves, el verde jardín.
De pronto sus manos restregan los ojos,
santíguase presa de espanto y horror;
la Reina y el paje se besan y abrazan
debajo las ramas del verde limón.
Requiere la trompa, con manos que tiemblan
la lleva a los labios que tiemblan aun más...
¡y ve a la Infantina que llora de celos
detrás de las ramas del verde rosal!...

—

A poco el palacio se viste de galas,
volvió de las guerras el Rey vencedor...
la Reina es más bella que cuando partióse,
la Infanta ha perdido salud y color.
El Rey a la Reina se lleva a una estancia,
la Infanta y el paje a solas se ven.
La Reina de celos estar no podía,
castigo del paje consigue del Rey.
... El paje, obediente se parte al destierro;
la Infanta le llora de amargo llorar.
Por todo el palacio la trova se escucha,
por todo el palacio se siente cantar:
"Adiós, Castilla; adiós el Rey
a quien serví,
adiós la Reina a quien loey
y obesdecí!"

(Al terminar la trova, Gerineldo hace sus reverencias y vuelve donde estaba. a Reina, agitadísima, habla con la Infanta animadamente. Damas y nobles arre-an en sus cuchicheos. El cuadro va adquiriendo intensidad.)

MB.—¡Linda fábula!
ON. ¡Donoso
lato!
AMA 1.ª ¡Cuento divino!
EI.—(Cuanto oyereis, Infantina,
anto oyereis, encubrillo.)
NF.—(Mal fuego te queme, madre,
e manto de oro fino.)
ON.—Tal lo hablaste, Gerineldo,
e es mirallo, sobre oillo.
AMA.—Tal que hay dudas si el relato
verdad, aunque fingido.
EI.—(*Suplicante.*)
uanto oyereis, Infantina,
anto oyereis, encubrillo.)
NF.—(*Irritada.*)
uanto oyere, sí, señora,
ro no lo que se ha visto.)
ON.—(*A Gerineldo.*)
n juglar te dió la trova?
AMA 1.ª-Mejor fuera un peregrino.
LF.—Mejor fuera un ballestero.
UQ.—Mejor fuera buen cautivo.
EI.—(Mejor fuera un gran villano.)
F.—(¡Mejor fuera un paje lindo!)
EI.—(¡Ved qué decís, Infantina;
mirad que ha tiempo que os miro!)
INF.—(¡Mirad vos el limonero
que en tal os sirvió de amigo!)
GER.—No fué juglar de las ferias,
ni penitente acogido,
ni soldado, ni halconero,
ni menestral ni mendigo.
Fuí yo mismo, que a las veces
al andar por los caminos
bajo el manto de la luna
por mis sueños guarnecido...
(*Hace como que sigue hablando con los nobles.*)
REI.—(¡Callad, callad, Infantina,
callad, que el Rey puede oiros!)
INF.—(¿Qué me importa que me escuchen,
si me roban lo que es mío?)
REI.—(¡Callad os mando por Reina
y como madre os lo digo!)
INF.—(De Reina aun tenéis corona,
de madre la habéis perdido!)
(*Se desmaya.*)
REI.—¡Acogedme a la Infantina!...
(*Acuden todos. La embajada, a distancia, es despedida entre cortesías por*

el Condestable. La Reina, sosteniendo a la Infantina, no hace sino mirar a Gerineldo.)
REY.—¡Avisad luego a los físicos!
(*Salen criados.*)
REI.—Conduzcámosla a su estancia
que el color tiene perdido.
DAMA 1.ª—(Pudo más el limonero.)
CON.—(El rosal a tierra vino.)
REI.—(*Sale conduciendo a la Infanta, con las damas y algunos nobles.*)
(¡Gerineldo, Gerineldo,
que me cuestas sacrificios!)
El Rey, el Condestable, el Obispo, el Alférez, el Duque, el Letrado, Gerineldo, nobles y pajes.
REY.—Ved la Infantina en desmayo...
¡Mirad si es dolor, amigos!
DUQ.—(*Con resolución.*)
Ved que también anda el reino
desmayado, y corregidlo.
REY.—No os pido consejos, Duque.
DUQ.—Yo los daré sin pedirlos.
OBIS.—Mirad, buen Duque de Arjona,
si os es el tiempo propicio.
DUQ.—Señor Obispo de Burgos:
con los respetos debidos,
negocios graves apremian
y ya es razón dirimillos.
De Portugal las noticias
nos vienen como castigos,
y las tropas del Maestre
arrasan nuestros dominios.
Si el rey noticias no sabe
(*Saca unos papeles y se los da al rey, que lee afanoso.*)
aquí en estos manuscritos
se prueba cómo el Maestre
de Badajoz poseído,
camina a marchas forzadas
con sus mejores caudillos
arrasando a sangre y fuego
cuanto encuentra en su camino.
Señor Obispo de Burgos,
mirad si tuve motivos
de dar al Rey mi consejo
aunque fuera sin pedirlo.
REY.—Consejo os demando agora,
consejo os demando, amigos,
que acaso llega el Maestre
entrando por mis dominios.
Hablad vos en este trance,
hablad vos, señor Obispo,
que por Castilla os lo ruego
y por León os lo pido.
OBIS.—Oidme, pues, Rey piadoso
y oid, nobles castellanos,
que para daros consejo
a buen tiempo soy llegado:
El conde Fernán-González
os sacó de tributarios,
el Papa os dió privilegios
que confirmó por mi mano
y del pendón de Castilla
bandera condal antaño
hizo corona real
emblema del Rey cristiano.
Si Portugal escarnece
razón será el rechazallo,
mas antes prudente sea
sabed si los castellanos,
más que guerra con los hombres,
quieren paces con los campos.
Dios manda evitar las guerras
entre príncipes cristianos;
sepamos si el reino quiere
guerra o paz, que es lo acertado.
ALF.—Alférez soy de estos reinos
de Castilla y el mayor
y al Rey le pido licencia
para tratar la cuestión;
tres mil hombres de milicias
por mi mando y su loor
prontos están a la guerra
antes de que apunte el sol.
Juramento tienen hecho
todos juntos a una voz
de no volver a Castilla
si no vuelven con honor;
convocar quieren lugares
y morir a compasión
los niños entre los pechos,
las madres en su rencor,
los hidalgos en la plaza,
las monjas en religión,
en su tienda el aprendiz
y en su campo el labrador.
Los arados sueltos quedan
y sin mano el azadón,
los ganados corren libres
porque no tienen pastor.
Ni en un lugar, ni en una behetría
de Castilla y de León
hallará una mano tarda
ni unos ojos sin rencor.
Juramento tienen hecho
todos juntos a una voz:
"o la vida sin afrentas
o la muerte con honor".
CON.—(*Irónico.*)
Bien prueba el estado llano,
con sus priesas de valor,
que las guerras para el pobre
no fatigas, glorias son.

rque no arriesga en los campos
is que el punto del baldón
otra cosa en las batallas
e su vida de dolor.
las noches de la guerra
gobierna la razón:
ien comenzó de villano
ibar puede en señor.
ro el reino tiene nobles
i dominios y blasón,
ne huertos y ganados
castillos de valor
será fuerza el oillos
tan grave situación
e no sólo el reino vive
villano labrador.
JQ.—(*Con mal reprimida cólera.*)
las y castilla tengo
los a mi mando son;
os me dejó mi padre
otros los ganara yo.
s que me dejó mi padre
ieron de población
algos y ricos-hombres
noble casa y de pró;
que yo me hube ganado
poblara el labrador
si casaba a una hija
le daba un rico don
i pedía dineros
ábién se los daba yo.
las y castillos tengo,
ndestable, como vos,
erreños y ganados
me valen un millón.
s, en caso tal de honra
que no los tengo yo;
los tienen las banderas
Castilla y de León.
la paz soy hijodalgo
n la guerra hombre de honor,
nirad si esto es motivo
aveniros a razón:
la vida de los reinos
mantiene en escalón
no hubiera un Condestable
no hubiera un labrador."
N.—Yo os doy plácemes, buen Du-
os los doy de corazón, [que,
añadís al blasón vuestro
villanos el blasón.
Q.—Y yo os digo, Condestable
aciego y roudador,
teméis ir a la guerra
cobarde y por felón.
Y.—Ved que estáis, Duque de Ar-
[jona,
ante el Rey, vuestro señor.
DUQ.—Ved vos mismo cuán sin tasa
se me ofende a mí ante vos
y pensad Rey de Castilla,
que la guarda de mi honor
ante Dios mismo la hiciera,
cuanto menos ante vos.
OBIS.—Yo os exhorto a la mesura
de la Santa Religión.
DUQ.—Yo os requiero al testimonio
de mis timbres y mi honor.
OBIS.—Yo os conjuro, Duque, agora
en el nombre de mi Dios
a que hagáis de penitencia
desagravios de fervor.
DUQ.—Fiel cristiano me confieso,
pero no de humillación
que he de mantener mi honra
ante el Rey como ante Dios.
OBIS.-Pues dió en blasfemar el Duque
descomulgado se vea.
Ni los altares acata.
CON.—Ni las coronas respeta...
DUQ.—Dejad de altares, Obispo;
dejad, Condestable, quietas
las coronas, y salgamos
como vasallos a habérnoslas.
Y sabed, señor Obispo,
que si excomunión viniera,
con las vuestras santas ropas
engalanara mis tiendas.
REY.—Salid de mi casa, Duque,
no quiero que estéis en ella.
DUQ.—Plácemé, Rey de Castilla,
porque dominan las tretas
de hijodalgos tan pulidos
que mejor parecen hembras,
y porque en vez de soldados
no hallo aquí sino doncellas.
Huyo de aquí y de cobardes
y me voy a armar mis tiendas
que las gané con mi brazo,
no entre plumas ni entre sedas;
que no las gané en la Corte
ni entre damas ni entre dueñas,
que las gané en las batallas
con mi lanza y mi bandera.
ALF.—Con vos, Duque, va el Alférez
a pelear en la guerra
que ante el honor de Castilla
ciego ha de estar quien no vea.
NOB. 1.º—Yo, con mis hombres de ar-
[mas
he de seguir vuestra senda.
NOB. 2.º—Yo también, Duque de Ar-
[jona,
que el quedarse fuera afrenta.

DUQ.—(*Rodeado de sus parciales, avanza al foro y desde allí con recia voz increpa.*)
Con que: sabed en Palacio
damas, condes, pajes, dueñas,
letrados, procuradores,
el Rey, la Infanta y la Reina,
que pues Portugal ofende,
para cobrarse la ofensa
se van las gentes de Arjona
a morir a la frontera. (*Salen.*)
El Rey, el Condestable, el Letrado, Gerineldo y pajes. (Hay una pausa de abatimiento y duda.)
REY.—Cuidados muchos tenía
y más vienen sobre más,
rebélanseme vasallos
con audacia sin igual
y la nobleza publica,
insolente y lenguaraz,
escarnios de mi corona,
de mi corona real.
CON.—Callad, buen Rey, las ofensas
que os juro de castigar,
que no es noble de Castilla
quien a su Rey va a agraviar.
REY.—Tratemos, pues, con juicio,
prudencia y serenidad
sobre amenazas de guerra
que nos mueve Portugal.
Hablen mis leales todos
y prometan la verdad,
que así Dios será servido
y el Rey servido será.
CON.—Las empresas del Maestre
son temidas por demás,
y el reino tal y tan pobre
que es locura el guerrear.
NOB. 1.°—El tesoro de Castilla
resistir no podrá más
tantas sangrías de guerra
que con él acabarán.
REY.—Hable, digo, el tesorero
de mi tesoro real.
TES.—No hay ya doblas, Rey, ni mar-
[cos
que nos puedan remediar,
ni otros pechos ni alcabalas
ni subsidios nos vendrán.
SAM.—No es tan pobre tu Castilla
que te la hayan de vejar,
ni sus hombres, ni sus campos
tan por muertos se han de dar.
Mira, Rey, las ricas tiendas
que engalanan el real,
y mira el adarve fuerte
que rodea la ciudad,
y mira los ricos huertos
que ciñen el arrabal,
y las torres, tan espesas,
que no se pueden contar.
Siete mil bravos infantes
de avanzada llegarán
y ochocientos de a caballo
para escaramucear,
y con calzas amarillas
a este Palacio vendrán
judíos de Villadiego
que se pongan a viajar,
revestida la cintura
con sus cofres de metal
llenos de oro para el Rey,
que a un llamamiento real
los judíos españoles
son de la tribu de Dán.
REY.—El juicio quede quieto
en espera de otros más,
que unos piden por la guerra
y otros piden por la paz.
CON.—De los pajes fuera bueno
los avisos escuchad,
que en su trato con las damas
por las damas hablarán,
y el calor de las mujeres
suele ser clara señal;
que vale mujer lo mismo
que vale sagacidad.
(*El Rey hace señal de que hablen.*)
PAJE 1.°—Yo, señor, más bien me in
[clin
del amor que del matar.
y mejor que algún mandoble
el laúd quiero empuñar.
PAJE 2.°—Yo, señor, mi parecer
contra la guerra es tan leal
que no quiero más batallas
que aquellas del suspirar.
REY.—¿Qué te callas, Gerineldo?
¿Que tan grave y mudo estás?
Háblanos, pues, tus razones
con entera libertad.
GER.—Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear,
mi honor es toda Castilla,
mi odio todo Portugal.
Si yo ciñera corona,
a galope y sin tardar
me fuera contra el Maestre
pecho a pecho y faz a faz,
el montante en esta mano,
en ésta el pendón real,
con mis espuelas de oro
sangrándole en el ijar;
el caballo, me entraría,

no se entra el huracán
las mieses, y arrasara
Castilla a Portugal.
Y.—Bien se advierte en lo que di-
[ces,
rineldo Montalbán,
tu sangre castellana
caliente mocedad.
s los Reyes no debemos
arrebato guiar,
prudencias y coronas
en ir en hermandad.
yme, pues, de la Infantina
cuidado a reparar
n la paz de mi aposento,
de a solas he de estar
el ánimo en reposo,
Señor me avisará
negocio de las guerras
Castilla y Portugal.
le con el Condestable, pajes y no-
. Quedan solos y taciturnos Geri-
lo y el Judío.)
Gerineldo y el Judío.
D.—Bien supiste, Gerineldo,
tus bríos y ademán
tus años juveniles
ambición viva pintar.
R.—(*Melancólico.*)
biciones prisioneras
la jaula del metal.
jaricos que se mueren
que no pueden volar!
D.—Porque nadie les dió alas.
R.—Porque ¡quién se las dará!
D.—Porque amaron sus prisiones.
R.—¡Porque quieren libertad!
D.—Gerineldo, Gerineldo,
eñor de Montalbán,
arero de la Reina,
el Rey paje sin par,
qué esperas, a qué aguardas
momento llegó ya
escalar tus ambiciones
s cielos remontar?
stas guerras ya vecinas
Castilla y Portugal
lir debes agora
o cumple a tu solar.
guerras son, Gerineldo,
vaivenes de la mar:
a el sol suben los unos
abismo van los más,
es el subir en las guerras
ria tan singular
el cayado del pastor
ca en un cetro real.

GER.—Cierto es, Samuel, cuanto dices;
mas ¿cómo ha de guerrear
quien por todo arreo luce
su jubón y su puñal?
JUD.—Te daré calzas de grana,
borceguís de cordobán,
un jubón de terciopelo
que en Castilla no haya par.
Sayo de oro de martillo
como al Rey te cubrirá
y el puño de tu montante
con oro se ha de labrar.
Luego una yegua andaluza
ataviada tendrás
con quince lanzas azules
más valientes que Roldán.
Ocho pajes de escuderos
tus pendones llevarán
y Condestables y Duques
tu séquito han de envidiar.
Pues la Reina te apadrina,
el Rey te quiere prohijar
y la Infantina no vive
si no la quieres mirar,
y es la ocasión tan llegada
que otra no has de ver igual,
¿a qué aguardas, a qué esperas,
Gerineldo Montalbán?
Quédate adiós, que me parto
tus arreos a buscar
y a punto de media noche
en el jardín estarás.
(Sale el Judío y queda solo Gerineldo. Hay una pausa solemne durante la cual el personaje ha de mostrar en su gesto la intensa lucha de su espíritu. Después, con noble y altanera melancolía, dirá la trova siguiente:)
Gerineldo (solo.)
Mañana de martes
por Agosto fué
el cometa negro
que me vió nacer.
Epidemias trujo,
arrasó la mies
y tronchó en sus tallos
toronja y clavel.
Entre los pastores
se lloró después
porque los ganados
remató cruel.
En los mares hubo
tempestades cien:
barcos que se vieron
no se han vuelto a ver.
Y un romero dijo,
viéndome nacer,

con el su rosario
puesto de través:
"Hijo Gerineldo,
carne de mujer,
hijo Gerineldo,
llegarás a Rey"...
... mañana de martes
por Agosto fué
el cometa negro
que me vió nacer...
(Quédase ensimismado en melancolías. De pronto, exaltada y bruscamente, con los vestidos y el cabello en desorden, poseída por arrebatos de su amor, sale la Reina de una puerta secreta, izquierda, primer término.)
REI.—Gerineldo, Gerineldo,
de villana condición,
¡así Dios te dé el castigo
como se lo pido yo!
Malhaya sea la trova
y malhaya el trovador
que de haber sido yo Rey
te partiera el corazón.
Sed tengas sin haber agua,
frío sin hallar calor,
vida sin un hora buena
y muerte sin confesión.
(*Enternécese.*)
¿Cómo hiciste de villano
cuando te tomé señor?
¿Cómo tras partir mi lecho
me has partido el corazón?
(*Enamorada.*)
Gerineldo, Gerineldo,
pajecico abrasador,
¿cómo hiciste lo que hiciste,
Gerineldo de mi amor?
GER.—Reina y la señora mía
cuyos bellos ojos son
como dos cielos muy tristes
donde ya se puso el sol.
¿Cómo así tus desvaríos
casan dulzura y rencor,
que eres leona en los ojos
y tortolica en la voz?
Tu majestad se repose
en mi mesmo corazón,
blanda almohada de plumas
de las aves del amor,
y prendan en tus cabellos
que la corona ciñó
la plata de mis suspiros
y el oro de mi dolor.
REI.—(*Rechazándole celosa.*)
¡No más engaños de ojos,
no más arrullos de voz,
no más palabras de mieles,
no más limosnas de amor!
A la Infantina mirabas
como a paloma el azor
y a mí me mientes agora
movido de compasión... (*Exaltada.*)
Si ella es Infanta, yo Reina;
si ella luna, yo soy sol;
si su corazón es rosa,
rosal es mi corazón.
Nadie te nombre por suyo,
nadie que no fuere yo.
¡Ningunos ojos se miren
donde se mira mi amor!
... Caiga el Trono en mil pedazos,
vuele en pavesas mi honor,
echen mi cuerpo en prisiones,
no me den la confesión,
huyan de mí los nacidos,
escóndase al verme el sol,
abra la tierra sus bocas,
ruja del cielo el león,
que así quedará por siempre
memoria de mi dolor (*Enternecida.*)
y así dirán, si me nombran:
"¡La Reina que tanto amó!"
GER.—(*Con irónica tristeza.*)
Celos me das a porfía,
y no te di celos yo:
¡de la Infantina me hablabas
y del Rey no alcé mi voz!...
Y el Rey te tiene por suya,
y eres suya y mía no...
¡Y es vuestro lecho real
calvario para mi amor!
¡Y mudo ante vuestros besos
se muere mi corazón!
¡Y soy yo mismo quien canta
arrullos a vuestro amor!...
¿Qué enamorado se viera
en tal suerte y tan feroz
que ha de ocultar lo que es suyo
como si fuera un ladrón?
No tengo un hora sosiego,
ni con luna, ni con sol,
ni en público ante la Corte
ni a solas con mi dolor.
Pajarico soy sin árbol,
arbolico soy sin flor,
ermitaño sin ermita
y poeta sin canción.
(Sombríamente, requiriendo su puñ
¡Oh, puñal, puñal hermano,
tú has de ser mi salvador!
¡O cerrándome a las cuitas
o abriéndome el corazón!
REI.—(*Con arrebato.*)

erineldo, Gerineldo,
yamos de aquí los dos.
ER.—(*Irónico.*)
¿ a dónde iremos, señora,
ie no acuda tu señor?
es Rey muy poderoso
mezquino trovador.
Quién pondría frente a frente
corona y la canción?
EI.—(*Exaltada.*)
alguna mala villana
hiciese ofertas de amor,
n ella te huirías presto
a otra meditación.
as fué la Reina quien dijo
huir, y ya se advirtió
ie de Reinas a villanos
caben dones de amor.
ER.—Los dardos de tus furores
dan en mi corazón,
ie eres leona en los ojos
tortolica en la voz.
EI.—¡Guárdete Dios de mis garras
ie amor me las afiló!
Guárdete Dios de mis celos
Reina loca de amor!
a la Infantina, si acaso
barme quiere a traición,
mbién Dios la dé su guarda
ambién que la guarde Dios!
Yendo a la puerta.)
Nadie te nombre por suyo!
Nadie que no fuere yo!
Ningunos ojos se miren
nde se mira mi amor!..
Entrase furiosa.)
Gerineldo (solo.)
Viendo ir a la Reina, mueve la cabe-
entre irónico y dolorido. Después,
mo si respondiera a sus extrañas me-
ncolías, recita lentamente:)
... Y un romero dijo,
viéndome nacer,
con el su rosario
puesto de través:
"Hijo Gerineldo,
carne de mujer,
hijo Gerineldo,
llegarás a Rey..." *(Entra el Judío.)*
Gerineldo y Judío.
JUD.—Grandes nuevas, Gerineldo,
te traigo. La Corte toda
anda revuelta en malicias
después que escuchó la trova.
Entre la Infanta y la Reina
hubo querellas muy hondas;
y hubo amenazas y gritos
que estremecían la alcoba.
Las damas andan inquietas,
el Condestable te odia
y alistan ya sus mesnadas
el Alférez y el de Arjona.
GER.—*(Maquinalmente.)*
¿Pues cómo así?
JUD. Traigo avisos
del Duque, que tengas prontas
todas tus gentes amigas
en cuanto apunte la aurora.
El Duque quiere que vayas
de capitán en su escolta
porque ganes en la guerra
nombre y honor, prez y honra.
GER.—*(Maquinalmente.)*
¿Pues cómo el Duque?
JUD. ¡Secretos
de la Corte, donde rondan
de una parte las intrigas
y los rencores de otra!
Vóyme, pues, sin más tardanza,
al equipo de tu escolta
y allá te aguardo en las tiendas
del señor Duque de Arjona. *(Sale.)*

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

En el jardín real. Al fondo hay un pretil o azotea que da a la plaza. A la izquier-
a, las habitaciones de la Infantina, uno de cuyos balcones es practicable y da a
na terraza o mirador, revestido de yedra. A la derecha y frente al mirador, las
abitaciones de la Reina, con un torreón feudal y puerta baja practicable. En el
entro del escenario y bajo los árboles se verán bancos rústicos, escabeles para los
ajes y un asiento más alto y decoroso para el Rey. Al alzarse el telón estará el
rdín solo, iluminado por la luna. Luego, despavorida, despeinada, mostrando en
ligero de su vestir que ha sido sorprendida en el lecho por una gran desgracia,
asomará la Infantina a su mirador.

Infantina; luego Gerineldo.

INF.*(Abriendo el balcón y escrutando el jardn con ansiedad.)*
¡Levántate, Gerineldo,
levántate, dueño mío,
que la espada de mi padre
entre los dos ha dormido!
(Va y viene desde la terraza al mirador, aterrada, llorosa, toda temblando.)
¡Ay, Dios! Vendrán presurosos,
lo llevarán a un castillo,
le cargarán de cadenas,
lo llenarán de suplicios...
Ven aprisa, Gerineldo,
ven, que por Dios te lo pido;
ven, que el jardín está solo,
ponte en salvo, dueño mío.
GER.—*(Aparece despavorido, ciñéndose el jubón.)*
No hayas temor, Infantina,
que tu paje está contigo.
INF.—Húyete por la enramada
de estos jardines umbríos
y toma luego un caballo
y escapa de este recinto.
GER.—¡No huye quien ama dejando
a su amante en los peligros!
¡No habrá de huir Gerineldo
si no te lleva consigo!
INF.—Déjame a mí, aunque me dejas
sin potencias ni sentidos,
que yo sabré de mi padre
aplacar los odios vivos,
y huye tú, contra quien todos
sus rigores encendidos
han de venir por instantes
a someterte a un suplicio.
Que más quiero verte ausente
lejos de los brazos míos
que echado en un calabozo
bajo guarda de un merino.
Huye pronto Gerineldo,
por nuestro amor te lo pido.
GER.—Por nuestro amor me separo,
que no rehuyendo el castigo...
Quédate adiós. *(Se abrazan.)*
INF. Que El te guarde
y te guíe en el camino,
galán de solo una hora,
mas esposo por los siglos.
(Gerineldo desciende y luego de enviarla un beso con la mano, resueltamente escapa.)
Vete adiós, luz de mis ojos,
piedra imán de mis suspiros,
Lucifer que en mis entrañas
el infierno has encendido...
Vuele mi honra en pavesas,
ruede el Trono si es preciso,
con tal que vuelva a mis brazos
mi camarero pulido.
(Con rabia.)
Padre y Rey que lo persigues
¡libre está por los caminos!
Madre y Reina que lo quieres,
de mi amor está cautivo.
(Melancólicamente.)
Noche clara, en nuestras bodas
él solo, mudo testigo;
ampáramelo en tus brazos
pues que le faltan los míos;
y tú, luna, entre las ramas
sereno arcángel dormido,
custódiame a Gerineldo
de acechanzas y peligros.
Mira mi viudez temprana,
duélate el quebranto mío,
vuélveme a mi Gerineldo,
vuélveme a mi paraíso. *(Se entra.)*

La Reina, un hidalgo.

(Salen con precaución de no ser v tos, por la derecha, primer término, hablando en voz baja.)
REI.—*(Vuelta hacia el sitio por d de escapó Gerineldo.)*
¡Maldito de Dios te veas,
Gerineldo desleal!
¡Satanás vaya contigo,
disfrazado satanás!
El frío siga tus pasos
el hambre tu mendigar,
el rayo tus cobertizos,
las fieras tu dormitar.
CAB.—*(Suplicando.)*
Prudencia, señora...
REI.—*(Exaltándose.)* Basta
de prudencias, ¡ya no más!
Afrentas de la corona
con sangre se han de lavar.
Ese paje mal nacido
que a la Infanta ha osado tal,
con la cabeza a cercén
sus infamias pagará.
Y a esa Infanta que, por loca,
le rindió su castidad,
la encerraré de por vida
en un claustro monacal.
Vamos a dar cuenta al Rey,
a la Corte, a la Ciudad,
a todo el reino, de aquesta
infamia sin ejemplar.
CAB.—Ved, señora, que la Corte
partida en bandos está,
ved que no disteis al reino

ıfante para heredar
advertid que si la nueva
corre por la ciudad
vos y al Rey más que a todos
quebranto llegará.
EI.—(*Pensativa.*)
vos alcanza la culpa
ıes que en la estancia al entrar
ıra colocar la espada
en los pudísteis matar.
Celosa.)
)h, malhaya el no haber sido
stigo en la hora fatal,
.ez de sus besos y abrazos,
rdugo de su ruindad!
)h, qué en silencio me hubiera
gado al lecho real
focando mis suspiros
ın la astucia de mi andar,
zando la rica colcha
el lecho donde están
Llorando.)
secándome las lágrimas
ıe me queman al rodar...
AB.—(*Emocionado.*)
eportáos, señora...
EI.—(*Sin oirlo y reconstruyendo la cena.*)
Y luego
ıtre aquella obscuridad
ılpando en las almohadas
ımo una ciega al andar,
bellos rubios del paje
e dieran la suavidad
los manojos de seda
ıe se ponen al telar.
)h, qué gloria acariciarlos
n fina perversidad
ejemplo de los verdugos
ıtes del ajusticiar!
La luna y las estrellas se van borran-
lentamente. Una suave claridad lle-
el jardín. Se oyen trinos de pája-
s, y de tarde en tarde las trompas y
mbores de la guardia de Palacio.)
a ella que duerme en el dulce
por del lecho nupcial,
s rubias carnes calientes
mblando por su galán,
on cuánto placer no hubiera
i firme mano real
ıretado su garganta
ır mi honor reivindicar!
Decid, buen Conde, decidme:
ıué escuchásteis al entrar?
Cuál de entrambos desleales
ıbló o dió suspiros, cuál?...
CAB.—Abrí primero la puerta
y halléme en la obscuridad
de un salón, cuyos sillones
dificultaban mi andar,
cuando sentí que mi sangre
se enfriaba al escuchar
el habla de Gerineldo...
REI.—(*Con ansia.*) ¿Qué decía?
(*Comprendiendo que el caballero se detiene por discreción se inflama en celos.*)
¡Oh, desleal!
¡villano! ¡Por Dios te juro
que venganza he de tomar
tan completa, que no quede
de tu cuerpo ni señal
de tanta hermosa mentira
en tanta ruín verdad!
(*Oyense los rumores de la Corte que sale del Palacio para el jardín.*)
CAB.—Señora, la Corte llega.
Démonos priesa a ocultar.
REI.—Volvámonos a mi estancia
buen Conde, que al acabar
de las músicas que tocan
a la Reina en día tal,
la infamia de Gerineldo
castigo cruel tendrá.
(*Entran en el torreón.*)
Salen el Rey, el Condestable, el Obispo, el Letrado, nobles, damas, pajes y músicos.
CON.—Mañanita de los Reyes
la primer fiesta del año,
albricias que con primores
llevan los negros esclavos
encima de sus camellos
y a lomos de sus caballos,
esas albricias reparte
nuestro Rey por aguinaldo.
REY.—(*A los músicos.*)
Músicas llenen los aires
para la Reina a quien amo,
a coro con las que cantan
árboles, fuentes y pájaros.
Cantemos con alegría
a la Reina en su aguinaldo
celebrando en mis jardines
la primer fiesta del año.
(*Dispónense los músicos a tocar. Se agrupan todos delante de la puerta del torreón, ocupando el Rey el centro de los grupos. En el instante en que los músicos tocan el preludio, el Condestable les hace señas y cesan.*)
CON.—Volvamos de nuestro olvido
señor, que hemos olvidado

la nueva canción de amores,
de Gerineldo, bizarro.
¡Hola, galán Gerineldo!
(Todos buscan al paje, y como no le ven, comienzan a cuchichear.)
¿Qué es del paje? ¿Cómo, osado?
¿No está aquí? ¿Dónde se encuentra?
¡Salgan al punto a buscarlo!
(Se abre mientras la puerta del torreón y aparecen la Reina y el caballero. Todos hacen gestos de asombro. La Reina, desde los dinteles, conteniendo mal su rencor, hace ademán de que ninguno se mueva.)
Nadie busque a Gerineldo,
señor, porque fuera en vano,
que Gerineldo traidor
anda huído por los campos.
(Prodúcese un momento de expectación. La Corte, ansiosamente, aguarda las revelaciones de la Reina. El Rey, estupefacto, hace ademán de hablar y la Reina le indica que espere.)
Mañanita de los Reyes
la primer fiesta del año,
la cabeza de ese paje
te pido como aguinaldo...
REY.—*(Aterrado.)*
¿Pues cuál pudo ser su falta?
REI.—*(Fuera de sí.)*
Falta no, crimen nefando,
que habrá de saber la Corte
mal que pese a mis cuidados.
Sabed, señor, que ese paje
a la Infantina hechizando,
en esta noche pasada
la honra le hubo quitado.
REY.—¡Jesús!
(Hay una pausa sensacional. El Rey, aterrado con la noticia, permanece tapándose la cara unos instantes. La Corte cuchichea en voz baja. La Reina, altivamente, permanece impasible y fría, como la venganza satisfecha.)
REI.—¡Venganza bendita
cómo aplacas el rencor!
(Como hablando consigo misma.)
(¡Guárdete Dios de mis garras
de Reina loca de amor!)
REY.—Grave, señora, es la culpa
de ese villano felón;
mas publicándola así
la vuestra es mucho peor.
Sabed que habéis deshonrado
a la Infanta, a mí y a vos,
a la Ciudad y a la Corte,
a Castilla y a León.
¿Quién, a no ser la locura,
vuestra lengua desató?
¿Cómo callar no supísteis
tal afrenta a nuestro honor?
¿Qué me resta hacer agora?
¿Cómo borrar el baldón?
¡Oh! Malhaya aquesa lengua
y el punto en que se soltó.
(Transición a la energía.)
¡Hola, Condestable! Al punto
tras ese paje traidor
salgan mis hombres de armas
como jauría feroz.
Salgan doscientos, dos mil,
cuantos en mi guardia son,
y cargado de cadenas
tráiganme al paje traidor,
(El Condestable y otros salen con premura.)
y vos, señora, id al punto
con la Infanta, mientras yo
busco el posible remedio
a tan infame baldón.
(Salen la Reina y damas por la izquierda.)
Dichos, menos la Reina y el Condestable.
REY.—*(Tras una corta pausa y con triste solemnidad.)*
Amigos y fijodalgos
a los que he de consultar:
ya sabéis que a Gerineldo,
que se huyó por criminal,
desde niño lo he criado
hasta ponerlo en edad
mirándole como a un hijo
conforme a su tierno afán.
Sabéis como entre mis pajes
le dí puesto singular,
y le he dado otras mercedes,
donándole a Montalbán;
y él, por tantos beneficios,
¡ved en dónde vino a dar,
que ha forzado a la Infantina
mi heredera natural!
Puestas así en la balanza
mi amor y su deslealtad
¿a hombre que así se comporta
qué sentencia se ha de dar?
LET.—*(Pomposamente.)*
Por la justicia y las armas
y por el "Fuero Real",
por ley de "Caballerías"
y por el sabio enjuiciar...
OBIS.—Mesura, tengan los juicios
prudencia y serenidad,
y más si el caso es tan grave

como el que a juzgarse va.
NOB. 1.°—Bien será que meditemos
por los descargos tomar,
que hasta al delito más vil
las leyes descargos dan.
LET.—Conde, en delitos como este
pocos descargos habrá.
OBIS.—Pensemos, señor Letrado,
si los podremos hallar,
que justicia no es venganza
ni es ley volver mal por mal,
ni son los "Fueros" tan sordos
que desoigan la piedad.
REY.—*(Mal conteniendo su rencor.)*
¡Mal me guardan en Castilla
los que me deben guardar,
y bien parece que el crimen
en nadie sino en mí da!
(Transición a la melancolía.)
¡Ay de mí y de mi corona,
de mi corona real,
tan corta en el recoger
como larga en el sembrar!
OBIS.—Que atendáis, señor, razones,
no es veros en soledad.
NOB. 1.°—Ser leal a la justicia
no es ser al Rey desleal.
LET.—Mas el caso aquí se ofrece
con entera claridad,
y no hay sino ver los "Fueros"
para luego sentenciar.
REY.—Como padre y como Rey
mi justicia se verá,
que si peso el corazón
la corona he de pesar.
Como padre, aquesa hija
tal vez diera en perdonar...
mas como Rey, es mi orden
que en prisiones la pondrán.
OBIS.—*(Intercediendo.)*
Ved, señor, que si la Infanta
muere en cárcel por su mal,
no tendrá vuestra corona
sucesor para heredar.
NOB. 1.°—Use el Rey del cetro de oro
de su longanimidad,
que el delito de la Infanta
fué delito por amar.
REY.—¡Mal me quieren en Castilla
los que me deben guardar,
y bien parece que el crimen
en nadie sino en mí da!
OBIS.—Bien es del Rey la justicia
sin el su reino olvidar
y más si el reino no tiene
sucesor para heredar.
REY.—Decís bien, señor Obispo,
que así es la fatalidad;
que a tener quien me heredase
sentenciado hubiera ya.
(Irritado.)
¡Mas aqueste, aqueste es
mi tormento y mi dogal,
aquesto esposa mis manos
por el mi cetro no usar!
¡Aquesto el cetro me pone
con la burla criminal
de la caña que le dieron
al Señor por crueldad!
¿Cómo remediar el trance?
¿Cómo el pleito sentenciar?
¡Ay de mí y de mi corona,
de mi corona real!
(Hay una larga pausa de tristeza. El Rey ocúltase la cara entre las manos. Los demás, pensativos, callan. En esto suenan voces y ruido de hombres y armas, y por la derecha, segundo término, rodeado del Condestable y de los guardias, asoma Gerineldo, con cadenas. Trae las manos esposadas y el continente altivo y sombrío.)
Dichos, Gerineldo. el Condestable y guardias.
GER.—*(Recitando como para sí.)*
mientras avanza.)
"Adiós Castilla, adiós el Rey
a quien serví.
¡Adiós la Reina, a quien loey
y obesdecí!"
(Llevan a Gerineldo ante el Rey. Todos callan; la pausa es sensacional.)
REY.—*(Tristemente.)*
Ved, amigos, al villano
que mi amor quiso pagar,
a cambio de mis mercedes,
trayéndome baldón tal.
Ved al que fué de mis pajes
espejo de lealtad,
cargado así de cadenas
como un reo criminal...
(Pausa. Luego, gran indignación.)
Dime, traidor Gerineldo,
¿qué agravio fué la bondad?
¿qué ofensa el dar señoríos?
¿qué injuria hacerte mi par?
¿Cómo disculpas tu crimen?
¿Qué razones se hallarán?
¿Cómo el hablarme retardas?
¿Cuándo responder sabrás?
GER.—Cuando me digáis, señor,
(Con creciente exaltación.)
porqué es delito el amar,
afrenta el beber del agua,

injuria el comer del pan.
Cuando sepamos los hombres
con entera claridad
si son culpas los amores
de las rosas del rosal,
de las palomas del campo,
de los peces de la mar,
de las estrellas del cielo,
¡de cuanto hay, de cuanto habrá!
(Con aire de profecía.)
Que vos me matéis, mi Rey,
muy bien me podéis matar;
que me matéis por amores
con la Infanta, os pesará.
De esta suerte yo os emplazo
(Celos°.)
ante el mesmo tribunal,
que vos también habéis sido
reo del crimen de amar,
y vos, como yo, cogísteis
la rosa de su rosal,
y vos tenéis vuestra rosa
(Con infinita tristeza.)
¡y yo no la tengo ya!
REY.—Mal viene el son altanero
(Irritado.)
con que enardeces tu hablar
con las cadenas que arrastras
como traidor criminal.
GER.—Con las cadenas que arrastro
mi cuerpo no puede ya,
mas aunque estoy bien cautivo
y aunque lo estuviera más,
me veo como si fuera
por el monte en libertad,
que cadenas para el alma
ni las hay ni las habrá.
REY.—Llevadlo de aquí, pues osa,
altivo, tras criminal,
y bajo fe de un merino
ídmelo en cárcel a echar
hasta que llegue la fiesta
de mi señor San Millán,
día en que habrá de cumplirse
sentencia tan ejemplar.
(La guardia rodea a Gerineldo y se lo lleva por el segundo término derecha. Durante su camino, con sombrío gesto, evoca los presagios, que no le dejan.)
GER.—"Mañana de martes
por Agosto fué
el cometa negro
que me vió nacer." *(Sale.)*
Dichos, luego la Reina y la Infantina.
REY.—*(Viendo alejarse a Gerineldo con l°s guardias.)*
Mucho me duele del paje
ponerlo en dura prisión.
... Mas duelen a mi corona
agravios que me infirió.
(Pensativo.)
¡Aquel su hablar altanero,
aquel decir pecador!
Dijérase que sus dichos
Satán mesmo los dictó...
OBIS.—Eso no, Rey de Castilla,
pues que con prudente voz
concilios y patriarcas
mantienen esta opinión.
Amor, más que ley de hombres,
es la mesma ley de Dios
y Dios ha creado el mundo
solamente por amor.
NOB. 1.°—¿Quién contra amor se revuelve?
¿quién de sus redes libró?
¿quién puso al corazón fierros,
ni quién cadenas al sol?
(Por la izquierda se oyen las voces alteradas de la Reina y de la Infantina. Todos se vuelven hacia ellas. El Rey, sereno y dolorido, permanece abismado en sus meditaciones.)
INF.—*(Dentro y a gritos.)*
¡Si a mi Gerineldo matan
con él me habrán de matar!
REI.—*(Dentro y a gritos.)*
¿Qué es aquesto, la Infantina?
¡A vuestro ser retornad!
INF.—*(Sale abriéndose paso entre empujones.)*
¡Apartad, gentes de armas!
¡Paso a la Infanta real!
Si no, por vida del Rey
que a todos mando matar.
(Al llegar frente al Rey va a arrodillarse. El monarca hace ademanes de ira, y la Infanta, sobrecogida de terror, queda inmóvil y pálida, con el cabello suelto.)
REY.—*(Con rencor.)*
Si no mandara la ley
mi agravio reivindicar
os repudiara por hija
y por Infanta real.
Que si por hija os mantuve
os mantuve en castidad,
y si os miré como a Infanta
os miré para mi honrar...
¿Cómo miraros agora
en tan mezquina ruindad
viendo en los suelos marchita
la rosa de mi rosal?

(Exaltado.)
¡Yo os juro que si tuviese
quien me hubiera de heredar
a vos también con el paje
viva os hiciera quemar!...
INF.—*(Llorosa.)*
Que vos mi padre y mi Rey
me matéis, bien ha de estar.
(Resuelta.) Mas matar a Gerineldo
contra justicia será.
REI.—*(Celosa.)*
¿Qué es aquesto, la Infantina?
¡a vuestro ser retornad!
REY.—*(Indignado.)*
¿La sentencia que yo he dado
la queréis vos revocar?
INF.—*(Entre lágrimas.)*
¡Bien parece que estoy sola
en las cuitas de mi mal!
¡No tengo padre ni madre,
pues no me dejan hablar!
REY.—*(Conmovido.)*
¡Hablad, hablad, Infantina!
REI.—*(Idem.)*
¡Hablad, Infantina, hablad!
INF.—*(Con gran ternura.)*
Yo me entrego al Rey
como criminal.
Mas de Gerineldo
¡tengan caridad!
El no me buscó
¡yo fuílo a buscar!
¿Quién que fuere justo
lo sentenciará?
(Evocando la escena.)
... Yo me estaba sola
en mi honestidad
como palomica
en su palomar
cuando entre las alas
de mi tierno afán
quiso Dios poner
ansias de volar.
Cuanto yo más temo
ellas crecen más.
¡Cuanto yo más muerta,
más vivas están!
Ruecas y rosarios
no me dan la paz;
libros y oraciones
ríen de mi afán.
Dios a mi sosiego
no deja lugar,
que si el sueño huye
vuelve la ansiedad.
(Con gesto y voz de profecía.)
A la media noche
y entre mi soñar
una voz sin labios
póneme mortal:
"¡Salta la Infantina
de tu lecho real!
¡Palomica vuela
de tu palomar!" *(Pausa corta.)*
Solo con la luna
el jardín está:
cantan surtidores
entre el arrayán
y mi Gerineldo
con su dulce halar
trovas a mis ojos
componiendo va.
... El no me buscó
yo fuílo a buscar.
¿Quién que fuere justo
lo sentenciará? *(Entre lágrimas.)*
¡No la rosa tronchen
de su mocedad!
¡No me lo encadenen!
¡No me lo hagan mal!
... Yo me entrego al Rey.
¡Mándenme matar!
Mas de Gerineldo
¡tengan caridad!
(La ternura que la Infantina ha de poner en esta confesión, produce en todos una emoción honda. La habrán de revelar los personajes en su actitud muda y reflexiva; el Rey, turbado por la indecisión; la Reina, martirizada por los celos y también indecisa por la suerte del paje amado; el Obispo, el Noble primero y las damas, a quienes Gerineldo mueve a compasión, prontos a suplicar que se le perdone. El Condestable y el Letrado, sintiendo conpasión por la Infantina, pero sin perdonar a Gerineldo, a quien odian. Tras una pausa corta y solemne habla el Rey, con dolorida majestad, querelloso, más que de Gerineldo y de la Infantina, de la fatalidad que así le acosa.)
REY.—¡Oh, quién remedios hallara
en tal punto y modo tal,
que entre justicia y perdón
se hubiesen de acomodar!
OBIS.—*(Con solemnidad de gesto y voz.)*
Esos remedios, buen Rey,
en vuestras manos están,
que si es santa la justicia
la miericordia es más.
Bien podéis, pues que la Infanta

debe su honor remediar
darla esposo que la vuelva
decoro y honestidad.
Bien podéis, puesto que el paje
es de linaje y solar,
mandar que vaya a las guerras
de Castilla y Portugal.
Y bien podéis, pues que el Papa
alto privilegio os da,
que celebren esponsales
de promesas de casar.
(Mientras los cortesanos y las damas cuchichean dando señales de aprobación y de contento, el Rey, pensativo, sigue incierto aún.)
INF.—*(Cae de rodillas sollozando ante el Rey.)*
Si me perdonáis la vida
mi honra, señor, afamad.
REI.—*(Lo mismo.)*
Una Infanta sin honor
nunca os podría heredar.
REY.—*(Con energía.)*
¡Alzad, Infanta! ¡alzad, Reina!
¡No más engaños! ¡Alzad!
(Ante la brusquedad del Rey, todos quedan estupefactos. El Rey, tras su arrebato repentino, da en un estado de hondo abatimiento.)
¡Ay de mí y de mi corona,
de mi corona real!
Sepan todos cuantos oyen
que, pues la fatalidad
junta al padre con el Rey
sin poderlos separar,
de padre y de Rey me salgo
por mi propia voluntad
que si la Infanta me pesa,
la corona pesa más.
(Altivamente.)
De mi sangre castellana
la más pura y más leal,
ni una gota de baldón
su pureza manchará.
Entrambas mejillas arden
de vergüenza al meditar
que hija a quien noble crié
deshonras así me da;
y la memoria del paje
tal me enciende en ira tal,
que soy como la centella
en noche de tempestad.
(Amargamente irónico.)
¡Aquestos somos los padres
sujetos al perdonar!
Aquestos somos los Reyes
cautivos de la piedad,
¡y aquestas son las coronas
que tal sumisión nos dan,
que procuremos en vida
quien nos haya de heredar!
Dichos. Un mensajero.
(En esto se oye hacia el pretil un lejano rumor del pueblo. Entre los gritos y el clamor suenan las voces de "¡Venganza, venganza!", y otras "¡Por Gerineldo!" "¡Por Castilla!" Los personajes, sorprendidos, vuelven hacia el pretil. El Condestable, rápido, habla animadamente al Rey en voz baja, y de pronto, con los vestidos desgarrados y el terror en la cara, un mensajero entra en escena, seguido del Judío y de hombres del pueblo.)
MEN.—Que Dios os mantenga Rey,
y a la corona real.
Una nueva aquí me envía
dolorosa y de pesar.
Que las tropas del Maestre
el reino arrasando van
y descargan en Castilla
tormentas de Portugal.
Penetran en los lugares
y todo lo han de quemar;
forzando van las mujeres,
los niños matando van.
A castillos y behetrías
ponen fuego en modo tal,
que llegan de monte a monte
sus llamas y luminar.
Iglesias y monasterios
allanan con impiedad
llevándose en sus corceles
monjas que en desmayo van,
y estandartes y banderas
tanto dan en avanzar
que a no remediarlo Dios,
sitiarán nuestra ciudad.
REY.—*(Amargamente.)*
¡Oh, qué nuevas me relatas,
mensajero de mi mal! *(Con rencor.)*
¡Oh, que es ver que a mi Castilla
me la arrasa Portugal!
(Mesándose los cabellos.)
¡Ay, la plata en mis cabellos
y en mi cuerpo el fiaquear!
¡Ay, el temblor en mis manos
de mi montante real!
(Voces del pueblo.)
"¡Guerra, guerra!"
(El Condestable, descompuesto y pálido, entra, yéndose al Rey.)
CON.—Señor, el pueblo irritado
llena las calles y plazas

ante las nuevas que vienen
e pidiendo venganza.
l Rey, conforme el Condestable avan-
en su relato, da señales de gran con-
to.)
deis júbilo, buen Rey
algunas gentes villanas
aman a Gerineldo
capitán de sus armas.
oces fuera: "¡Guerra! ¡Gerineldo!")
EY.—*(Con exaltación guerrera.)*
cójame el limpio honor
mi bandera morada
nte Castilla en peligro
temos todos las almas!
igan libre a Gerineldo
len por Gerineldo.)
frente de mis mesnadas
es que Castilla lo pide
e mi honor me descarga.
mire yo más cadenas
e hartas ligaron mi alma!
re escuadrones lucidos
e hartos Castilla demanda!
bliquen hoy mis heraldos
guerras que se preparan
avisen los esponsales
Gerineldo y la Infanta,
sí Dios vida me dé
a que mire mis armas
nfantes por el honor
mi bandera morada.
l cundir entre el pueblo la orden
Rey, se oyen más cerca los cla-
res y los vítores. Desde el pretil, y
go de sonar trompetas, dicen los he-
los el pregón.)
ER. 1.º—De orden del Rey de Cas-
[tilla
e lo manda publicar:
ER. 2.º—"Grandes guerras se publi-
[can
Castilla y Portugal
ndo al frente de las tropas
rineldo Montalbán
con la señora Infanta
es se desposará."
ER. 1.º—¡De orden del Rey de Cas-
[tilla
e lo manda publicar!...
enan las trompetas y aumentan los
mores del pueblo. El Rey, la Rei-
la Infantina, el Condestable y el
ispo se asoman al pretil.)
F.—¡Cuánto de la lanza en puño;
nto capellar de grana!
uánto de espuela de oro!
¡Cuanta estribera de plata!
REY.—Aquí llega Gerineldo
al frente de mis mesnadas
trayendo el pendón invicto
de mi bandera morada.
REI.—Las damas salen a verlo
poniéndose en las ventanas.
INF.—*(Triste.)*
(¡También lo mira la Reina!)
REI.—*(Tristemente.)*
(¡También lo mira la Infanta!)
(Descienden a recibir a Gerineldo que aparece armado con el pendón morado de Castilla y una brillante escolta.)
REY.—*(Solemnemente.)*
¡Dios te guarde, Gerineldo!
Dios ponga tino en tu espada.
Santiago y San Millán
vayan los dos en tu guarda
que ya el honor de Castilla
en el honor de tus armas,
y la sangre de mis gentes,
la más noble y la más alta,
se ha de derramar al duro
son de tu cuerna de plata...
¡Dios te guarde, Gerineldo!
San Millán vaya en tu guarda.
(Pasa revista a la escolta de Gerineldo.)
¡Cuál de vosotros, leales
irá en los campos mañana,
a sacar nuestra bandera
vencedora en la batalla?
GER.—"Aquesta empresa, señor,
para mí estaba guardada"
que mi esposa, la Infantina,
con sus ojos me lo manda.
(Vuelven a oírse voces: ¡Por Gerineldo! ¡Por Castilla! ¡Guerra!)
CON.—*(Con ironía.)*
Villanos y mesnaderos
¡cuán de la guerra se ufanan!
¡Bien lucharán los que gritan
en el campo de batalla!
GER.—*(Avanzando al pretil.)*
Dejad, señor Condestable,
que el pueblo diga sus ansias;
que pueblos de lenguas mudas
son pueblos de mudas almas.
(Al pretil.)
Ven tocar los añafiles,
ven banderas desplegadas;
oyen piafar de escuadrones
y sacudir de gualdrapas;
ven tanto hidalgo jinete
con tanta cota acerada
y tanto potro tordillo
y tanta yegua alazana.

Ven tanto lanzón agudo
con tantos palmos de asta
y tanto guión morado
y tanta cruz escarlata
y tanta adarga en el pecho
de gente tan bien armada,
que a las proclamas de guerra
Castilla entera se alza.
Arroyos se hacen torrentes
y vendavales las auras,
y las tórtolas sencillas
se sienten crecer las garras
y se vuelven gavilanes
nuestras palomicas mansas
cuando van pidiendo guerra
las ciudades castellanas.
Duerme tranquilo, buen Rey,
San Millán viene en mi guarda;
tornarán tus infanzones,
tus banderas y tus armas;
cuantos vienen bajo el duro
son de mi cuerna de plata
retornarán a Castilla
triunfantes de la batalla.
Lucirá el sol de otras glorias
en tu bandera morada,
"porque esta empresa, señor,
para mí estaba guardada".
(Pausa. A la Infantina.)
"Rosa fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor"
cuando te tuve en mis brazos
no te supe servir, no,
y cuando voy a servirte
no te tengo, en mi dolor.
INF.—Tuya fué toda la culpa,
paje de mi corazón,
que yo me puse en tus brazos
tan garrida y con amor.
REY.—Te la entrego, Gerineldo,
que ella me lo demandó;
te la entrego por esposa
tan garrida y con amor.

(Adelanta el Obispo con los Evan
lios para la ceremonia del espons
La Reina, melancólicamente, dice
ra sí:)
REI.—(Gerineldo, Gerineldo,
yo te bordaré un pendón
con la aguja de mis celos
y el dedal de mi dolor.)

OBIS.—"En el nombre del Padre que fizo toda cosa
y de don Jesucristo, fijo de la gloriosa
y de Espíritu Santo, que igual que ellos goza
a la señora Infanta hais de haber por esposa."
GER.—La tomo por esposa al mandarla mi adiós.
INF.—Lo tomo por esposo en el nombre de Dios.
OBIS.—Agora que esposados en Cristo os veis los dos *(A Gerineldo.)*
por la fe de las armas habéis de jurar vos.

GER.—*(Sobre los Evangelios.)*
Juro por Dios poderoso,
por la fe de San Millán,
por el Santo Sacramento
y la Santa Trinidad,
de no comer a manteles
ni en techado reposar
hasta volver por la Infanta
mi esposa noble y leal,
o de morir en las guerras
de Castilla y Portugal,
peleando como noble
por mantener la verdad.
(Se despide, conforme indica el diálogo.)
REY.—Dios te vuelva, Gerineldo,
con mi pendón y mi espada.
INF.—¡Dios, que de mi amor te lleva
hasta mis brazos te traiga!
REI.—(¡Dios, que consiente me mat
disponga cómo te matan!)
GER.—(Dios verá, Reina y señora
quién más muere y quién más calla!)
(Suenan trompetas y timbales. Vue
a oirse el clamor del pueblo. Gerine
y sus capitanes salen, con lentitud,
la derecha. El Rey, la Reina y la
fantina; éstas dos, con sus pañizue
enjugando el llanto; se agolpan con
damas y los nobles al pretil. El cuad
animadísimo, reflejará un intenso a
biente bélico.)
GER.—*(Pendón en mano, da su ad*
a la Corte, recitando con nobleza
melancolía el estribillo:)
"Adiós, Castilla; adiós el Rey
a quien serví.
Adiós la Reina, a quien loey
y obesdecí..."

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

escena representa un ángulo de la galería en el convento de San Millán de Arza. Por las ventanas se ve el campo donde se alzan las tiendas del Duque de ona. La decoración se dispondrá en dos forillos que arranquen de los segun- términos y que se encuentren en un ángulo hacia el centro de la escena. El do, con el campamento, a todo foro. En el forillo de la derecha habrá una rta que se abrirá hacia dentro y que pondrá en comunicación el claustro con la sia de San Millán. Al alzarse el telón, un ballestero, dando guardia, se pasea. a izquierda, junto a la columnata del claustro, habrá unos asientos para el Rey, Reina y la Infantina. La Juglaresa, de pie, frente al grupo, va desentrañando los sueños. Detrás de los sitiales, damas, monjas, el Condestable y nobles.

Rey, la Reina, el Condestable, el lalgo, la dama y acompañamiento.

Y.—Atiende bien, Juglaresa,
que vamos a contar,
inos si tus saberes
stros sueños soltarán.
G.—Decidme, buen Rey, que yo,
ún mi saber leal,
aré el augurio al sueño
hayáis podido ensoñar,
jalá que mis presagios
tengan signo de mal.
Y.—Decid vos primero, Reina,
stro ensueño a la Juglar.
dos escuchan atentísimos; la Reina í el sueño con voz muy triste, idea- ndolo, evocándolo.)
I.—Soñé que estaba en un monte
muy fiera tempestad
ajo las altas nubes
azor volando va.
s él un águila viene
ando y a hacerle mal,
ando con tanta fuerza
al fin alcance le da.
azor, con grandes cuitas,
me entraba en el brial
l águila, con gran priesa,
allí lo quiere sacar.
n sus garras lo despluma,
pico le hace sangrar,
si entre sollozos.)
a sangre me salpica
rojo todo el brial...
G.—*(Pausa.)*
este sueño, señora,
n claro se soltará.
azor es la Infantina
se supo enamorar.
águila es Gerineldo,
que fué un águila real,
y el monte aquel es la iglesia
donde debieron casar.
REI.—¿Y mi brial salpicado
por la sangre, que será?
JUG.—No sé bien, Reina y señora,
esta sangre interpretar;
mejor que gotas de sangre
hallara en vuestro brial
hojicas de limonero
con sus flores de azahar...
REY.—Vi en los sueños que he tenido
un gran águila volar;
siete alcones en pos de ella
malaquejándola van
y ella, por de ellos huirse,
retrújose a mi ciudad
y encima de una alta torre
allí se vino a posar.
El pico tiene de oro,
las alas son de metal,
por el pico echaba fuego,
por las alas alquitrán.
Las llamas que de ella salen
prendiendo van la ciudad,
a mí me quema en las manos
y a mi Reina en el brial...
JUG.—Este sueño de mi Rey
no sé cómo interpretar,
porque hay águilas y halcones
que no sé lo que dirán.
Mas para bien estudiarlos
no debemos de olvidar
que en los dos tiene la Reina
sangre o fuego en el brial.
REY.—Y de la Infanta los sueños,
¿no los profetizarás?
INF.—Yo no puedo relataros
sueños de bien ni de mal,
porque yo no duermo, padre,

ni he dejado de velar
desque partió Gerineldo
a la guerra en Portugal...
REY.—Contad, contad, Infantina,
que, en sabiendo la verdad,
vuestra pena y mis dolores
todo se remediará.
INF.—Menester será, mi padre,
mis dolencias remediar,
porque yo muero de penas
sobre mi lecho real;
y aunque lo demande el reino
pues nadie os ha de heredar,
no quiero tomar esposo
aunque me estoy en edad.
REY.—Culpa es vuestra si no tengo
varón que me heredará.
Vinieron tres embajadas
que no dísteis a escuchar.
INF.—Si casare, con mis cuitas
mi marido morirá
y no darían mis bodas
sucesión al trono real. (*Solemnemente.*)
Yo, viuda enamorada,
en religión quiero entrar...
REY.—¡Mirad, hija, lo que hacéis!
Vuestro intento meditad.
INF.—Padre, pensándolo sólo
di de lágrimas un mar
y he dicho más oraciones
que un hermano en soledad.
Aquí, en este Monasterio,
haré voto a San Millán
después de hacer romería
por penitencia de amar.
REI.—*(Con mal disimulada alegría.)*
Pensad que el voto que hiciérais
por siempre os obligará...
que a ser Infanta y esposa
renunciaréis por jamás.
INF.—Ya la Infantina se sale
de su linaje real
y va a reinar en los dulces
reinados del recordar.
La Juglaresa que os diga
sueños que pude soñar
y cómo esos sueños dicen
sosiego y felicidad.
REY.—Di, Juglaresa, los sueños
que ha ensoñado la Infantina.
REI.—Dilos pronto, Juglaresa,
tú que los sueños sabías.
JUG.—*(Tras una pausa como de evocación.)*
Oid, Rey del cetro de oro,
y oid, Reina de Castilla,
y monjas, sabias en rezos,
y nobles con bizarría...
Oid un sueño que dice
recias armas en desdicha,
paladines en derrota,
y noble sangre vertida...
Almas de canción de gesto
y cuerpos de juglería.
¡Oid cómo dan su augurio
los sueños de la Infantina!
(Todos escuchan en silencio y con siedad.)
Gerineldo va delante
jinete en su yegua pía,
y tras de él sus infanzones,
los mejores de Castilla.
Alzándose en los estribos
Gerineldo les decía:
—"Suenen ya mis añafiles,
trompetas de plata fina;
adelanten mis banderas,
mis pendones y mis guías".
Nubes de polvo se alzan;
potros calientes relinchan;
ruidoso estruendo de armas
va resonando en las filas.
A ambos lados del camino
huyen volando avecicas,
y delante de las chozas
lloran mujeres y niñas.
Pastores dejan ganados,
villanos dejan behetrías,
sin hombres quedan los cerros
y sin hombres las campiñas.
Como un río que desborda
así se ensanchan las filas ...
¡delante va Gerineldo
jinete en su yegua pía!
Al revolver de un camino
ven tanta tropa enemiga,
que por cada castellano
ocho el portugués traía.
Pregonan con sus trompetas
la furiosa acometida;
de ambos lados se arremeten
como leones en ira.
Montantes hienden las cotas,
lanzones saltan astillas,
sangre entinta los caballos,
sangre los hombres entinta;
jinetes van por el suelo
acribillados de heridas,
suenan fúnebres trompetas
como toques de agonía,
cuando en mitad del combate,
entre golpes y entre heridas,
echó menos Gerineldo
la cofia de la Infantina,

ofia que es bolsón de amores
en el capellar traía,
en busca del enemigo,
ue temeroso se iba,
eloz como la saeta
vuelve su yegua pía.
is hombres le dan alcance
on nuevas arremetidas
iando un tropel del Maestre
s cerca como jauría.
llí fueron las congojas
e las armas de Castilla;
lí rotas las banderas
las lanzas abatidas,
allí ven a Gerineldo
nete en su yegua pía
trándose por los montes
omo sombra maldecida.
eguirle intentan los suyos
él maldiciones les grita;
espada tiene hecha sierra
e los golpes que daría,
almete de abollado
la frente se le hundía,
en el brazo que mantiene
bandera de Castilla
eva prendida la cofia,
cofia de la Infantina.
los que intentan seguirle
erineldo les decía:
Mudos son mis añafiles,
ompetas de plata fina!
otas fueron mis banderas,
is pendones y mis guías.
Atrás; que yo no os infame,
fanzones de Castilla!
Atrás; que sólo mi nombre
diciendo cobardía!
ejadme solo en el mundo
solas con mi mancilla,
medio de aquestos montes
ue me sepulten en vida,
ído hasta de las fieras
ue huirán de mi compañía;
biendo de lo que llore,
miendo de mis ruinas,
brazos que me recojan
labios que me den vida,
in un puñado de tierra
ue pueda decir que es mía!"
sí se entró por los montes,
nete en su yegua pía,
njugándose los ojos
n el pendón de Castilla!...
EI.—(¡Gerineldo, Gerineldo,
tu llanto enjugaría!)
NF.—¡Oh, malhaya yo, que he sido
quien la cofia le ponía!
Para ser viuda y sola
muriera cuando nacía
y de una vez me muriera
y no tantas cada día.
Yo, padre y madre, renuncio
mis derechos a Castilla,
y al acabar por mi esposo
estas santas rogativas
tras de cederos mis joyas
para la Virgen María,
en busca de Gerineldo
me iré como peregrina.
REY.—Por él roguemos a Dios
que nos lo vuelva en su día.
INF.—Si preces no lo volvieran
mis llantos lo volverían.
(Se abre la puerta de la iglesia y aparecen monjas con cirios. Si se quiere saldrá también el palio, bajo el cual penetrarán en el templo el Rey, la Reina y acompañamiento. Todos menos la Infantina y Juglaresa. Vanse todos por la puerta de la iglesia.)

La Juglaresa y la Infantina.

INF.—*(Cuando los ve salir se dirige con ansiedad a la Juglaresa.)*
Juglaresa, Juglaresa,
¿me darán tus artes magos
noticias de Gerineldo
de quien no supe en seis años,
a quien esperan mis ojos
y a quien aguardan mis labios,
los unos secos de amores,
los otros, ríos de llanto?
(Con exaltación.)
¡Corazón de Gerineldo,
corazón que estás clavado
en este corazón mío
como Cristo en su calvario!
no es posible que hayas muerto
pues te toco con mis manos,
pues que das calor y sangre
a mis cuitas y a mi llanto.
Vuelve, vuelve, Gerineldo,
cumple lo juramentado,
aquel punto que pusiste
para volver de seis años!...
JUG.—*(Con misterio y voz de profecía.)*
Augurios vi en los planetas,
señales vi en los barrancos,
rastros miré en los caminos,
huellas seguí por los campos;
un pastor en las cañadas
tenía un cordero blanco;
un águila por las nubes

trazaba círculos sabios.
Tres días con sus tres noches
velé con un ermitaño;
tres días con sus tres noches
a Gerineldo he velado...
(En voz muy baja.)
El vendrá a vos, Infantina,
si vos salís a buscallo
con hábito de romera,
camino de Santiago.
INF.—¿Tú me juras, Juglaresa,
que tus grandes artes magos
harán que vuelva mi amor
si yo me doy a buscallo?
JUG.—*(Misteriosamente.)*
Piensa el peregrino ir solo,
mas luego va acompañado.
¡Piensa el sol morir de noche,
y al alba ha resucitado!
INF.—*(Loca de júbilo.)*
¡Oh, mi Dios, que me lo vuelves!
¡Oh, mi Dios, tres veces santo!
Si me vuelves a mi esposo
con la vida no te pago...
(Tiernamente.)
¡Juglaresa, Juglaresa,
¿tú le has visto, por acaso?
¿le han oído esos oídos?
¿esos ojos le miraron?
¿Cómo estaba?, ¿qué decía?
¿Dónde y cómo fué el hallarlo?
¡Juglaresa, Juglaresa,
que me digas lo ocultado!
JUG.—Mis augurios, Infantina,
bastarte deben al caso
con saber que Gerineldo
aguarda en país lejano.
Aquestos son los consejos
que te dan mis artes magos:
que abdiques de tus derechos
a los reinos castellanos
y en hábito de romera
te salgas por esos campos
en busca de Gerineldo
a quien por muerto has llorado.
INF.—Apenas en esta iglesia
se apaguen los tristes salmos,
vestida de peregrina
me he de salir por los campos
en busca de aquellos ojos
y en busca de aquellos labios
que una noche me tuvieron
y una vida se llevaron.
(Entran el Rey, la Reina, el Condestable, el Hidalgo, la dama y acompañamiento.)
Juglaresa sola. (Va hacia la puerta del templo y escudriña después al foro mira al campamento. Suenan acorde de preces y, acompañada de música d salmos, cantará la siguiente trova:)
Deben distanciarse con pausas la estrofas, como haciendo memoria, recitarlas todas con mucha lentitud La trova es una evocación sentimento de la derrota y requiere solemnidad exaltación líricas.
JUG. ¡Tierra portuguesa
por mi mal te vi,
que el bien que tenía
en ti lo perdí!
En ti los paganos
hallaron ventura,
tú de castellanos
fuiste sepultura.
Tinta tu verdura
de su sangre vi,
y el bien que tenía
en ti lo perdí!

—

Muchos caballeros
con él se quedaron,
de sus escuderos
pocos escaparon.
Todos acabaron
sus vidas en ti.
¡Tierra portuguesa
por mi mal te vi!

—

En ti los mataban
sin ser socorridos;
el cielo rasgaban
con sus alaridos.
De arneses lucidos
cubierta te vi...
¡Y el bien que tenía
en ti lo perdí!

—

En ti se arrastraron
mil caras lucidas,
los despedazaron
en fuerza de heridas.
Las vidas, perdidas
quedaron en ti;
¡tierra portuguesa...
por mi mal te vi!

—

¿Qué memoria ruda
podría olvidalla?
pelea tan cruda
sin haber batalla
es para lloralla
y decir así:
Tierra portuguesa

yo te maldecí,
que el bien que tenía
en ti lo perdí.

alen por la iglesia el Rey, el Condes-
able, el Hidalgo y otros nobles capi-
anes. Todos dan muestras de gran
batimiento. El Rey se sienta en su
illón, el Condestable en el escaño de
Reina; los demás, de pie. Un cen-
inela, con pica, puesto a espaldas del
illón real. Otro, con maza o ballesta,
las puertas del templo, que ya se han
errado. En la colocación de figuras
ay que tener presente el juego de per-
majes en las escenas subsiguientes.

EY.—Gerineldo, Gerineldo,
Dios ponga tino en tu espada!
nemigos te arrojaron
vivir en la montaña.
loren todos como yo
u suerte adversa en las armas.
lore el Rey, llore la Reina,
ore tu esposa la Infanta.
loren Castilla y León
n triste suerte contraria.
echado tengan los buenos
onde tomar nombre y fama
ue mantuviste la honra
e mi bandera morada.
erineldo, Gerineldo,
torna de tus montañas.
ios ponga tiento en tus pasos.
ios ponga tino en tu espada.

ichos. La abadesa y un capitán y un
paje que no hablan.

ENT.—*(Golpeando el suelo con la*
ica.)
a abadesa de Arlanza,
paje y su capitán.
Al entrar la abadesa el Condestable
levanta, va a besarla mano y la
ede el sitio.)
ÓN.—Sentaos y puesta en reposo
nte el monarca cuitad;
ue el Rey os hará justicia
l fuero de San Millán.
BA.—Me estaba en mi Monasterio
eñorío y heredad,
obernando mis doncellas
a la regla monacal,
por los campos de Arlanza
esnaderos vi asomar,
ue en las señas muestran ser
ás de guerra que de paz.
os guía el Duque de Arjona,
i enemigo desleal
ue años ha que sigue pleitos
al fuero de San Millán...
REY.—De aquese Duque de Arjona
grandes querellas me dan
que va forzando mujeres
casadas y por casar,
y arrasando mis lugares
y tomándolos el pan,
y los granos y los vinos
sin querérselos pagar.
ABA.—Aquese Duque villano
que así me llega a infamar,
luego de acampar sus tropas
en mis tierras y heredad
mensajeros me despacha
que me vienen a avisar
de que apresta sus mesnadas
que el convento asaltarán
y cebo habrán sus halcones
dentro de mi palomar.
Si de esto no me vengáreis,
yo sola me he de vengar,
y me saldré con mis hombres
contra el Duque a guerrear,
con mis vírgenes cantando
salmos por el erial,
en medio de mis mesnadas
con la cruz de San Millán...
REY.—Sosegad, señora mía,
que remedio se pondrá
al baldón de aquese Duque
pendenciero y lenguaraz,
y no perderán las monjas
su virtud y honestidad;
que yo traigo mis mesnadas
que bien las defenderán.
CENT.—El señor Duque de Arjona,
un Alférez y un hidalgo.
(Prodúcese un movimiento de ira y asombro y entra el Duque, en ademán hostil y seguido de los suyos.)
DUQ.—¡Manténgate Dios, el Rey!
REY.—Salid, Duque, de estos claus-
[tros.
CON.—Advertid, Duque de Arjona,
que sois bien desmesurado;
y a no ser porque pisáis
umbrales que son sagrados,
la cabeza de los hombros
os hubiera ya segado
y hubieran muerto mis gentes
del Arlanza por los campos,
contra las armas de Arjona
vuestros doscientos soldados.
ABA.—Cuatrocientos son los míos,
los que comen de mi pan;
en mi solar quedan ciento
para el castillo guardar

y ciento por los caminos
de centinelas están.
DUQ.—Doscientos traigo conmigo
para con el Rey hablar.
Si mala me la dijere
¡peor se la he de tomar!
REY.—Tened vuestra lengua, Duque,
que sois harto lenguaraz
y menos es mi paciencia
que vuestro loco desmán...
Sabed que de vos al Rey
grandes querellas le dan;
que vais forzando mujeres
casadas y por casar
y que arrasáis mis lugares
y que los tomáis el pan
y que les lleváis los granos
sin querérselos pagar.
DUQ.—Mentís vos, Rey de Castilla,
que no decís la verdad.
REY.—Prendedle, mis escuderos,
que atrevido se me ha...
(Van a prenderle: el Duque esgrime su montante y los escuderos se acobardan.)
CON.—¿Todos os le estáis mirando
y nadie le osa llegar?...
DUQ.—¿Qué azuzáis vos contra mí?
¡Venid vos y no azuzad!
CON.—*(Gritando frenético.)*
¡Hola la guardia del Rey,
aquí todos sin tardar!
DUQ.—*(Asomado a sus ventanas.)*
¡Hola, aquí todos los míos,
los que coméis de mi pan!
¡Por fin es llegado el día
en que honra habéis de ganar!
Al Rey le pondremos preso
porque el Rey es lenguaraz,
y llenaremos las arcas
del oro de San Millán.
REY.—¡Prendedle, mis escuderos,
que atrevido se me ha!
CON.—¿Todos os le estáis mirando
y nadie le osa llegar?
DUQ.—¿Qué azuzáis vos contra mí?
¡Venid vos y no azuzad!
(Acuden guardias y cercan al Duque.)
¡Traidores! *(Al Condestable.)* ¡Felón!
¡Cobardes!
¿Por ventura habéis creído
que vine solo?
(Aparecen hombres del Duque.)
¡Aquí, todos!
¡Aquí los doscientos míos!
(Se forman dos grupos con las armas en las manos. El Condestable, rodeado de los suyos, increpa al Duque y éste hace lo propio, en el centro de los leales.)
CON.—¡Mirad si aquesto es de nobles!
Por vos anda convertido
el claustro del Monasterio
en zambra de foragidos.
DUQ.—¡Mirad si aquesto es de hidalgos
de pendones y castillos!
Hoy el miedo de las tocas
a los cascos se ha subido
cambiando los Condestables
en pajes del mujerío,
y temen como novicias
los que deben ser caudillos.
Por eso rêto a la Corte
de cortesanos indignos,
al Rey de mala corona,
a la Reina, sin juicio,
a los Condes, a los Duques,
a los viejos y a los niños;
desde las hojas del árbol
hasta las piedras del río...
(Se abre la puerta de la iglesia y aparecen monjas con cirios, formando calle; del fondo avanza la Infantina, con hábito de romera, sayal, cordón y media loba. Los contendientes bajan sus mandobles. El Rey, en el centro de la escena, extiende sus manos entre los dos bandos. En la iglesia suenan los cantos del Te-Deum. La Juglaresa, entre las monjas, dice, en voz baja, el estribillo:)
Tierra portuguesa,
por mi mal te vi,
que el bien que tenía
¡en ti lo perdí!...
Dichos. La Juglaresa y la Infantina
INF.—Quédate adiós, agua clara,
quédate adiós, agua fría,
y quedad adiós mis flores,
mi gloria que ser solía.
Voyme a las tierras extrañas
pues ventura allá me guía;
si mi padre me buscare,
el que tanto me quería *(Sollozando.)*
digan que el amor me lleva,
que no fué la culpa mía.
REY.—No lloréis, hija del alma;
no lloréis más, Infantina,
que sabéis que en los castillos
de los reinos de Castilla,
para vos y vuestra alteza
más claras aguas había
y más hermosos jardines

uestros pasos florecían,
en las auras de las frondas
ue la prestan compañía
stán los vivos dolores
ue en vuestra alteza dolían.
NF.—Voyme a las tierras extrañas
ues ventura allá me guía.
igan que el amor me lleva,
ue no fué la culpa mía.
al tema tomó conmigo
que me venció su porfía.
¡Tal me hechizó en una noche,
que aquella noche fué día!
Sepan cuantos son nacidos
aquesta sentencia mía:
"¡Contra amor y contra muerte
ninguno tiene valía!"
(El telón baja lentamente desde los ocho últimos versos.)

FIN DE LA TERCERA JORNADA

JORNADA CUARTA

n tierras de Francia, contiguas a los montes Pirineos. La escena representa, al ondo, la garganta, en recodos de unos montes, formados por dos peñas gigantes. or la peña izquierda, desciende en curvas un sendero de pastores. La peña dere- ha se pierde entre los bastidores de este lado. El canal de dicha garganta es un rroyo, con bordes de juncos y espadañas que atraviesa la escena por su fondo, , tras correr paralelamente a los bastidores de la izquierda, se interna, hacia se- undo término. Es a la madrugada. Sobre el monte, en un cielo despejado, brillan uceros. Junto al primer bastidor, orillas del arroyo, está el hato de los pastores, l raso, porque es tiempo de estío. Entre zamarras, cantarillos y azaleas, el viejo Bonreir hace tomiza. Habrá al lado unas parihuelas, sobre las cuales un cordero enfermo da balidos quejosos.

El viejo Bonreir. (Se levanta al oir uejarse al cordero, se arrodilla ante l, le palpa, le acaricia como a un hijo.)
(Como rezando.)
Santa María,
luz del día,
sáname el corderico
que es la mi mejor cría.
(Como acariciándolo.)
Sana, sana,
santa Ana,
¡Corderico, no más quejas!
Cuando apunte la mañana
triscarás con las ovejas.
¡Sana, sana,
Santa Ana!
¿Tanto penas, pobrecico?
¡No más rato me esazones,
que mojado está tu hocico
y mojados tus vellones!
¡No más llanto, corderico!

—

¡Sana, sana,
santa Ana!
¡Corderico, no más quejas!
Cuando apunte la mañana
triscarás con las ovejas.
¡Sana, sana,
santa Ana!

Dicho, Rosica y Magalona, que descienden por la ladera trayendo a la cabeza sus herradas
ROS.—*(Descendiendo y a gritos.)*
¡Au del hato!
BON.—*(A voces.)* ¡Au de quien llega!
MAGA.—*(Idem.)* ¿Se hizo ordeña?
BON.—*(Idem.)* ¡No se hizo!
ROS.—*(Llegando.)*
¿no se ha alejado el hechizo?
BON.—Aun los ganados nos siega.
(A Magalona.)
¿Cómo állegáis creaturas,
bajo el peso de la herrada
con el frío de la helada
y las sendas tan escuras?
MAGA.—Dijeron por el lugar
que era el hechizo pasado,
y que de nuevo al ganado
se le podría ordeñar.
ROS.—Corrióse allá por de juro
que una Juglaresa maga,
acabó ya con la plaga
por las artes del conjuro...
BON.—*(Enseñándoles el cordero.)*
¿Qué es acabar?
Lo ensoñaron
Ved aqueste recental
revolcándose en la mal,

MAGA.—*(Arrodillándose ante el cordero.)*
¿Cómo lo maleficiaron?
¡Pobrecico!
ROS.—*(Idem.)* ¡Pobrecico!
¿Qué te harán que te consuele?
Dime, dime, ¿qué te duele?
MAGA.—*(Idem.)*
¿Qué te duele, corderico?
ROS.—¿Cómo puede ser verdad
que los hombres desalmados
maleficien los ganados
con tan poca caridad?
MAGA.—¿A quién dañan los corderos,
pobrecicos inocentes?
¿De únde salen esas gentes
de corazones tan fieros?
BON.—Aquesta es ruin semilla
de la gente que responde
a los mandatos del Conde
Gerineldo de Castilla.
MAGA.—*(Sorprendida y alzándose.)*
¿De don Gerineldo
tanta villanía?
ROS.—*(Id.)* ¡El Señor os sane
de vuestra folía!
MAGA.—¡Ay, Santa María!
De don Gerineldo
tanto y tanto mal...
ROS.—¿Quién la invención trujo?
¿Quién vos dijo tal?
BON.—*(Picado.)*
Bien que sois doncellas
y don Gerineldo
tan hermoso es.
Bien, que sois estrellas
y un sol es el conde
que os mira a sus pies
MAGA.—*(Picada.)*
Bien que Magalona
no ensueña corona
ni quiere señor.
Bien que su persona
guarda Magalona
para su pastor.
BON.—A dambas vos juro
que don Gerineldo
nos mandó el conjuro;
que por él no más
sobre los ganados
vino Satanás.
(Con aire de superstición.)
Una noche oscura
sábado y con truenos
vieron los pastores
a don Gerineldo.
Iba en un caballo
todo, todo negro;
síguenle sus pajes
tropa de esqueletos.
Da terribles gritos
como los protervos;
corre su caballo
más veloz que el viento.
Llega ante el aprisco,
pone el pie en el suelo,
cruza entrambas manos
sobre los corderos:
(Con voz extraña.)
"Te conjuro, Lucifer.
Te conjuro, Satanás,
que amanezcan los ganados
y que no anochezcan más.
Por la sangre de las horcas,
por los perros y su aullar,
te conjuro, Lucifer,
te conjuro, Satanás.
Por la risa de la Muerte,
por el cántico infernal,
que amanezcan los ganados
y que no anochezcan más.
Por la entraña de los niños
que escuartizas sin piedad,
¡te conjuro, Lucifer,
te conjuro, Satanás!"
(Durante el relato, ambas mozas, temblando de terror supersticioso, hacen el signo de la cruz. Cuando el pastor acaba queda también poseído de pavor, dirigiendo miradas recelosas en su torno. En esto asomarán por la derecha, lenta y suavemente, con su andar de romeros, Fernán y Micer Jacobo. Llegarán como departiendo sobre la ruta, señalando a los astros. Su inesperada aparición produce en el pastor y en las aldeanas el efecto de sombras o fantasmas. Comienza a clarear el día.)
Dichos, Fernán, Micer Jacobo.
FER.—*(Señalando a los astros.)*
Lucero hormiguero
custodio y hermano,
¡lucero temprano
guión del romero!...
BON.—*(Con terror, a la mozas.)*
¿Son fantasmas?
ROS.—*(Idem.)* (Magalona,
recemos.)
MAGA.—*(Idem.)* (¡Fantasmas son!...)
ROS.—*(Rezando.)* ¡Santa María!
MAGA.—*(Idem.)* ¡Madre de Dios!
JAC.—*(Señalando a los astros.)*
Estrella del día

luz plateada
e en esta jornada
e sirves de guía...
)N.—No son fantasmas. ¡Parecen
mbres de carne mortal!
AGA.—*(Rezando.)*
Ías líbrame, Señor...
)S.—*(Idem.)* ... de todo mal!"
.C.—*(Avanzando.)* ¡Ave María!
)N.—¡Sin mancha concebida!
.C.—¿Qué tierras pisamos
rmano pastor?
)N.—Tierras son de Francia
el Rosellón.
ER.—¡Tierras con fortuna
pan, vino y sol!
)N.—Aquesto fué ayer.
on tristeza.) ¡Ayer! mas hoy no.
gora penamos
la maldición!
ora el hechizo
malefició;
nados y mieses
e fueron la flor,
gora los deja
mano de Dios!
C.—¿Qué hechizos hablades,
rmano pastor?
)N.—De un conde extranjero
e acá nos llegó.
C.—*(A Fernán, rápidamente.)*
Ágora, Fernán,
gó la ocasión!)
ER.—*(Idem.)* (Echad a las mozas
y luego, señor.)
C.—*(Que habrá fingido cavilar.)*
l conde exranjero
malefició? *(Irónico.)*
gún eso, al conde
idréis gran amor ...
)N.—*(Exaltado.)*
)ed que su vida...
eparando en las mozas.)
as no es ocasión;
e aquestas que escuchan
fin hembras son.)
C.—(Dejadme que a entrambas
aleje yo.)
aciendo señas a Fernán.)
Así, el Padre Santo
iquias nos dió.
AGA.—¿Reliquias traedes?
ER.—¡Benditas que son!
)S.—¿Rosarios de Roma?
C.—De mucho valor.
AGA.—¿También medallicas?
C.—*(Sacando unas medallas.)*
¿Aquestas lo son?
MAGA.—¡Ay, cuánto relumbran!
FER.—Pedazos de sol...
ROS.—¡Ay, cuán rebonicas!
JAC.—Tomadlas las dos...
MAGA.—¿Sin daros dineros?
ROS.—¿De juro, señor?
MAGA.—Dejadme que os bese
el santo bordón! *(Lo hace.)*
ROS.—*(A Fernán.)*
Dejadme que el vuestro
os bese yo a vos...
MAGA.—¡Ay, madre, qué lindas!
ROS.—¡Qué rubias que son!
MAGA.—*(Recogiendo su herrada.)*
Rosica, me voy.
ROS.—*(Id.)* También me voy yo.
MAGA.—*(Andando.)*
¡Que ya es bien de día!
ROS.—*(Id.)* ¡Que ya salió el sol!
MAGA.—*(A los romeros.)*
¡Que Dios os lo pague!
ROS.—*(Id.)* ¡Que el premio os dé Dios!
MAGA.—*(Subiendo la cuesta.)*
¡Ay, madre, qué lindas!
ROS.—*(Id.)* ¡Qué rubias que son!...
(Salen. Cuando desaparecen las aldeanas, Bonreir se va a atizar el fuego, arrodillándose ante la caldera. Mientras está de espaldas, los romeros se echan atrás ambas capuchas, mostrando sus vestidos de cotas.)
Bonreir, Fernán y Micer Jacobo.
JAC.—*(Imperativo.)* ¡Eh, Bonreir!
BON.—*(Al mirarlos.)* ¡Jesucristo!
JAC.—Ahorrad asombros y vamos
apriesa, que la comarca
anduvimos disfrazados,
y están todos los pastores
revueltos, y mis soldados
prevenidos para el punto
en que el Conde acuda al paso.
BON.—Acá hubimos el consejo,
señor y hemos acordado
lo propio.
FER. ¿Todos a una?
BON.—¡Todos nos juramentamos!
JAC.—¿Y la señal?
BON. La bocina
de caza, tres toques dados,
acudirán presurosos
de las sierras y los llanos.
JAC.—¿Y cuándo cruzará el Conde
para justar en el paso?
BON.—A cosa del medio día
por el lugar en que estamos.
FER.—¿Con muchos?

BON. Con sus cincuenta
mesnaderos y fidalgos.
JAC.—¿Jinetes?
BON. Todos jinetes.
JAC.—¿Con armas?
BON. Todos armados.
FER.—¿No lo acompañan escoltas
del Duque?
BON. Rehusólas harto,
que bástanle sus orgullos
de Conde y de castellano.
FER.—Mejor así.
JAC. Conde necio,
aventurero y liviano
que de otras tierras llegaste
mis tierras así infamando.
Arrebatarme pretendes
la castellana a quien amo,
—no como tú, por castillos
y terrenos y ganados—,
sino por ella y sus ojos,
por su hermosura y sus labios.
Como cimbel de doncellas
a la justa me has retado,
bien firme de que en la justa
habrás de alcanzar su mano,
y con su mano castillos
y terrenos y ganados
con que saciar la codicia
de tus buitres castellanos.
(Con rencor.)
Conde Gerineldo, conde
aventurero y liviano;
cuando a caballo aparezcas
muy puesto de punto en blanco
para justar en la justa
a que me tienes retado,
caerán sobre ti y tus tropa
mis pastores y soldados,
y en las gargantas del monte
has de morir a mis manos
sin que oiga tus alaridos
la castellana a quien amo.
¡Hola, Bonreir!
BON. Señor.
JAC.—¡La bocina!
BON. ¡Aun es temprano!
JAC.—Para ti, mas no lo es
(Mal humorado.)
para mi sed de matarlo.
¡Daca la bocina, presto!
BON.—*(Entrega la bocina.)* Tres toques.
JAC. ¡Voy a sonarlos!
(Toca la bocina tres veces, y como por ensalmo surgen, de todos lados de la escena, pastores con pellicos y bastones, labriegos con picas, soldados con lanzas y con hoces. Todos llegan siniestros y conspiradores, el odio retratado en los semblantes, mal vestidos hambrientos, como una miserable erupción de la gleba feudal.)
Dichos, pastores, soldados y villanos.
VILL.—¡Muerte al extranjero!
PAS. ¡Muerte
al que hechiza los ganados!
SOL.—¡Muerte al conde Gerineldo!
VOCES.—¡Muerte!
OTRAS. ¡Muerte!
JAC.—*(Comprimiéndose.)*
¡Oid, soldados!
¡Oid, pastores! Oid,
labriegos de aquestos campos
(Todos callan agrupándose en derredor de Micer Jacobo, que les arenga de este modo.)
Voyme a partir a la justa
a que el conde me ha retado,
en busca de mis arreos,
de mis pendones y heraldos.
Nadie, hasta agora, sospecha
la conjura que intentamos,
y bien será que me hallen
presente los invitados.
Aquestos son mis consejos
y aquestos son mis mandatos
y oidlos bien, que os importa
para bien ejecutallos.
(Solemne y sombríamente.)
Pena tiene de la vida
quien saliere de estos campos;
las horcas de mi castillo
aguardan a los falsarios.
(Pausa. Los conspiradores sienten, silenciosos, el trágico dominio feudal. Con exaltación.)
Aprestad bien vuestras armas,
requerid vuestros venablos,
vuestros lanzones agudos
y vuestras hachas de mango;
tened al paso del Conde
maldiciones en los labios,
relámpagos en los ojos
y fortaleza en los brazos.
(A Bonreir.)
Traedme acá el corderico
del conde maleficiado,
(Bonreir trae en brazos el cordero enfermo.)
y ante el cordero inocente
¡jurad venganza!
(Todos, frenéticos, extienden sus manos sobre la res enferma.)

)OS.—¡Juramos!
!.—Así el Señor os demande
o cumplís lo jurado,
í mueran en mis horcas
cobardes y falsarios.
hadle en las veredas,
os cerros y en los llanos;
as trochas y gargantas,
as puentes y los vados,
os leguas en contorno
as tierras que pisamos
centinelas y escuchas
)en aquestos campos.
:n pasar el cortejo
se conde temerario
viene a quitarme en justas
condesa a quien amo,
tando pasen los suyos
ás seguidle los pasos,
la cautela de lobos
siguen a los ganados.
ialando las gargantas del monte.)
ndo estos desfiladeros
viesen confiados,
e la ronca bocina
tres toques de rebato,
é la carnicería
os buitres castellanos
a sangre a nuestras tierras
ita roba a los ganados.
elante, mis pastores,
labriegos y soldados!
elto a ellos.)
ierte al conde Gerineldo!
)ES.—¡Muerte!
RAS. ¡Muerte!
!. ¡Vamos!
)OS. ¡Vamos!
en entre el estruendo de aclama-
es rencorosas. Bonreir se dirige al
ero, lo toma en brazos y sale len-
ente, repitiendo la rústica jacula-
:)
N. ¡Sana, sana,
Santa Ana!
derico ¡gran ventura!
nediar de la mañana
irá quien te conjura.
¡Sana, sana,
Santa Ana!
eda la escena sola unos instantes.
go entra la Infantina, de romera,
vaquero Jusepe.)
La Infantina y Jusepe.
.—Registremos los contornos
ni aquí vino a parar
tra hermana la romera
que extraviada andará.
Y vos que tantas fatigas
os rinden del caminar,
aquí, entre el hato, señora,
veníos a reposar.
INF.—*(Con ansiedad.)*
Vaquerico, vaquerico,
por la Santa Trinidad,
que me niegues la mentira
y me digas la verdad.
¿De quién son aquellas tierras
que cruzamos poco ha?
JUS.—Son del conde Gerineldo
que las vino a conquistar.
INF.—¿De quién es aquel castillo
dos leguas de la ciudad?
JUS.—Del mesmo conde, señora,
que torres le quiso alzar
INF.—¿Y qué fiestas se preparan
que tantos hidalgos van
armados a la gineta
con tanto mote y señal?
JUS.—Prepáranse los torneos
donde por premio darán
la mano de doña Blanca,
condesa muy principal.
INF.—¿Y quién es aquella dama
que agora vimos pasar,
caminando hacia el castillo
con su cortejo real?
JUS.—Aquesa dama, señora,
que el torneo dispondrá,
es la condesa que busca
Gerineldo Montalbán.
INF.—Vaquerico, vaquerico
por la Santa Trinidad,
que la vida se me acaba
oyéndote la verdad;
pues yo soy de Gerineldo
la esposa noble y leal,
que en hábito de romera
me lo he salido a buscar...
Vaquero, si eres cristiano
¡conduélete de mi mal!
que llevo andado tres reinos
por Gerineldo buscar,
y mira cuando le hallo
en dónde le vine a hallar,
que está labrando sus bodas
y labra mi funeral. *(Transición a la ira.)*
Vaquero, si mi mal sientes,
ayúdamelo a vengar,
que si mi esposo no es mío
¡de otra mujer no será! *(Exaltada.)*
Allí donde lo encontrare,
allí lo habré de matar;
¡mejor entre aquellos brazos

que me lo quieren robar!
¡mejor en aquestas bodas
que labran mi funeral!...
¡que si mi esposo no es mío
de otra mujer no será!...
(Oyese gran rumor y voces de la "¡Juglaresa! ¡El conjuro! ¡El conjuro!" Rodeada de pastores y labriegos, con sus hábitos de romera, el pelo suelto y un manojo de hierbas en las manos, aparece la Juglaresa. Entre los grupos, Bonreir trae en brazos el cordero enfermo.)
Dichos, la Juglaresa, Bonreir, pastores y labriegos
VOCES.—¡El conjuro!
OTRAS. ¡Aquí el cordero!
OTRAS.—¡El conjuro, Juglaresa!
JUG.—*(Al ver a la Infantina le hace señas disimuladamente.)*
Por cuanto oigáis y veáis
yo os exhorto a la paciencia.
Cercanos son los peligros
que ya sabéis que os esperan,
mas os librarán de todos
las artes de la hechicera.
Dénme acá el blanco cordero
(Bonreir deposita el cordero a los pies de la Juglaresa.)
de altos misterios emblema,
dénme acá negros tizones
con que prender estas hierbas.
(Enciende ante el cordero el manojo de hierbas, y teniéndolas en la mano comienza a trazar círculos de magia. Los campesinos la contemplan atónitos, con mezcla de superstición y de ansiedad. La Infantina, pálida y muda, pretende descifrar los planes de la Juglaresa.)
"En el nombre de Jesús
y la Santa Trinidad
¡te conjuro, Lucifer,
te conjuro, Satanás!
Por las vírgenes con palma,
por el aire matinal,
por las alas de los ángeles,
por la espuma de la mar,
por los sueños de los niños,
por las rosas del rosal,
por el bien y la pureza
y el amor y la piedad.
(Arrojando y pisoteando las hierbas.)
¡Húndete, Luzbel,
húndete, Satán,
que Jesús me guarda
por la eternidad!
VOCES.—*(Repiten.)*
Húndete, Luzbel,
húndete, Satán.
OTRAS.—*(Idem.)*
¡Que Jesús me guarda
por la eternidad!
JUG.—*(Al cordero.)*
Conjurado es Satanás.
¡En el nombre de Jesús,
corderico, sanarás!...
(Todos se agolpan para ver al cordero. La Juglaresa aprovecha aquel instante y habla rápidamente a la Infantina.)
(Yo haré porque crean
sano su cordero.
Libre de la muerte
será Gerineldo.)
INF.—*(A la Juglaresa.)*
(Tarde es, Juglaresa,
para tus remedios. *(Sombría.)*
¡Sentenciado a muerte
ya fué Gerineldo!)
VOCES.—¡Dios sea bendito!
OTRAS.—¡Sano es el cordero!
OTRAS.—¡Milagro!
OTRAS. ¡Milagro!
OTRAS.—¡Milagro fué hecho!
JUG.—*(Solemnemente.)*
¿Qué daréis agora?
UNO.—¡Todo lo daremos!
OTRO.—¡Cuanto tú nos digas!
OTRO.—¡Cuanto ordenes luego!
JUG.—*(Imponiéndose con energía.)*
Ved lo que vos pido,
ved lo que vos ruego:
¡que dejéis que libre
pase Gerineldo!
(Los grupos cuchichean y disputan, inícianse los bandos, que se querellan con ardor. La Juglaresa y la Infantina, a su vez, también accionan con calor. De pronto, la Infantina, exaltada, echa atrás el ropón, deja ver la riqueza de sus vestidos y la cadena real que trae al cuello, y, en mitad de los grupos amotinados, dice:)
INF.—*(Fuera de sí por los celos.)*
¡Cumplid lo juramentado,
cobardes! ¡No dad asenso
a esta mujer, que está loca
cuando tal pide! No demos
paz a ese conde ambicioso,
liviano y aventurero;
Judas que vende a su Cristo
para enclavarlo en el leño.
Sabed que yo fuí la esposa

ese conde Gerineldo,
por amor a otra dama
lispone a los torneos;
renuncié a la corona
Castilla mis derechos,
e dejado padre y madre
e perdido patria y reino,
oy sola y peregrina
io plumica a los vientos,
io navío en las aguas,
io estrellica en los cielos...
ed que estuve seis años
ándole como muerto,
iego por los caminos
uve errante tres reinos,
ed tras tanta desdicha,
cuando al cabo lo encuentro,
otra labra sus bodas
mí me labra el entierro.
n intenso rencor.)
los hombres solamente,
fieras contra él lancemos!
o el rencor de la tierra,
as las iras del cielo.
grimiendo un puñal)
mplid lo juramentado
ardes! Salgamos presto
Dios a tomar justicia.
uerte al conde Gerineldo!
CES.—¡Muerte!
RAS. ¡Muerte!
N. La señal
la bocina sonemos.
ca tres veces la bocina y surgen más spiradores. La Infantina, arrebatada, , adelanta puñal en mano a la gar- ta. De pronto suenan las señales y mpetas del cortejo de Gerineldo. conspiradores no se mueven, re- riendo sus picas y ballestas. La Ju- resa, de rodillas, hace la oración. na el pregón de un Rey de ar- s.)
DE ARM.—*(Dentro.)*
aso al cortejo del conde
ineldo Montalbán,
en los torneos reales
diez nobles justará.
condesa doña Blanca
banda quiso bordar
ifra su mote lleva:
mpre amor y siempre más!"
so al cortejo del conde
ineldo Montalbán!
abado el pregón, desemboca por la ganta Gerineldo, a caballo, con tra- le torneo, rico y brillante. Los cons- piradores, hacen un ademán; la In- fantina, con otro rápido, los contiene; avanza sola y esgrimiendo el puñal y ase el caballo por las bridas. La dis- psición de la escena hace que Gerineldo no vea sino a la peregrina que se ade- lanta.)
INF.—*(Con la voz entrecortada de emoción.)*
Caballero, caballero,
por la Santa Trinidad,
¿es verdad lo que me dicen,
que pasáis para casar?
GER.—Romerica, romerica,
¿quién te trujo por acá?
¿qué demandas de mis bodas
tú que vistes de sayal?
INF.—Caballero, caballero,
(Echándose atrás el ropón.)
que me veas hora es ya:
Soy tu esposa la Infantina,
Gerineldo Montalbán.
GER.—*(Descendiendo rápidamente del caballo.)*
¡Oh, mi Dios, que me la vuelves,
nueva vida así me das!
INF.—*(Requiriendo el puñal.)*
(¡Oh, mi Dios, que me lo pones
al alcance del puñal!)
GER.—*(Notando el puñal de la Infantina.)*

Saca el puñal presto.
¡No lo escondas, no! *(Exaltado.)*
¡Clávalo en la entraña
de mi corazón!

(La Infantina queda turbada y suspensa. Con intensa melancolía.)
¿Que intentas matarme,
rosa de mi amor?
¿Quién matará a un muerto
como lo soy yo?
Clava tu puñal
en mi corazón;
¡tú serás la muerta,
rosa de mi amor!
(Los conjurados, que acecharán el instante en que la Infantina mate a Gerineldo, impacientes asoman a las peñas. Gerineldo, al mirarlos, requiere su montante y avanza.(
¡Ah, villanos, ah, cobardes!
(A la Infantina.)
¡Oh, quién se lo imaginara!
¡mi mesma esposa Infantina
tejiéndome una emboscada!
INF.—*(Acudiendo a la entrada del des-*

filadero y cubriendo con su cuerpo al conde.)

¡Atrás, todos! ¡Atrás, todos!
Quietas tener vuestras armas
que en aqueste punto el conde
abandona la comarca.
Libres seréis de él por siempre,
de sus tropas y sus armas,
de sus artes hechiceras
de cuanto enojo os causara.
Locuras fueron mis odios,
locura fué mi venganza,
¡locura el poner puñales
en manos enamoradas! *(A Gerineldo.)*
Dejemos aquestas tierras,
esposo y señor del alma.
¡Volvámonos a Castilla
que una corona nos guarda!

GER.—*(Con noble y altanera melancolía.)*

Tronos y coronas
no son para mí.
¡Menos de Castilla
que la envilecí!
... Tierras castellanas
nunca pisaré,
pues que sus banderas
no supe honrar bien...
... Tierras castellanas
donde abrí al amor:
¡todas cabéis dentro
de mi corazón!

(A los pastores y soldados.)

Hombres de estos campos:
¡no quererme mal !
Yo parto y os dejo
tierra y libertad.
Peregrino soy,
peregrino fuí...
¡Tronos y coronas
no son para mí!

(Abrazando a la Infantina.)

Para mí tus ojos,
rosa de mi amor;
por escoltas, aves;
por corona, el sol;
por vasallos, flores;
por cetro, el laúd;
por bandera, "Amor",
y por Reina, tú...

(Los hombres de armas del cortejo déanle, silenciosos y enternecidos. briegos y pastores, que han ido de niendo su odio, cercan también a rineldo y a la Infantina. Tras una ta pausa, Gerineldo se desprenderá los brazos de su esposa, y evocando la reina y a Castilla, dirá, mientras telón baja lentamente:)

"Adiós, Castilla; adiós, el Rey
a quien serví.
¡Adiós, la Reina, a quien loey
y obedecí."

FIN DEL POEMA

PRENSA POPULAR - Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Apartado 8.008

.° 416 LA NOVELA TEATRAL Madrid 9
ño IX DIRECTOR: JOSE DE URQUIA Nov. 1924
ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

PRECIO DEL EJEMPLAR: 30 CÉNTIMOS

EL ANZUELO DE FENISA

COMEDIA EN TRES ACTOS DE **Lope de Vega,**
REFUNDIDA EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS POR

Cristóbal de Castro

PERSONAJES

ENISA. — DINARDA. — CELIA. — LUCINDO. — OSORIO. — TRISTAN. — ALBANO. — CA-
LO. — DON FÉLIX. — FABIO. — BERNARDO. — MECER JACOBO. — CAMPUZANO. —
RIVIÑO. — OROZCO. — FABRICIO. — ESTACIO. — UN ESCUDERO. — OTRO ESCUDERO.
Damas, marineros, niños pajes, soldados y acompañamiento.
La acción en Sicilia.—Siglo XVII.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

...a playa de Palermo, en semicírculo, bordeando la bahía. A la derecha e izquier-
...da, y en el foro, naves fondeadas. Es por la tarde, y al alzarse el telón aparecen
Albano y Camilo, conversando. Cruzan la escena marineros, mujeres, niños, algu-
nas damas y galanes, que pasean.

Camilo, Albano

CAM. ¿En la arena del mar miras, Albano,
las estampas que deja tu Fenisa?
ALB. Por ellas sigo su desdén en vano,
por besar las arenas donde pisa.
CAM. ¿Es tan lejano ya el amor lejano
que de Sevilla te impulsó a Palermo?
ALB. ¡Campo es aquel amor tan duro y yermo
que da no más la flor del desvarío!
¡En otros ojos mi esperanza duermo!...
¡Hacia otros cielos mi oración envío!...
CAM. ¿Puede el amor sustituirse?
ALB. ¡Puede,
Camilo, que el amor lo puede todo!

CAM. Todo: si a todo cede.
ALB. ¿Y quién no cede?
CAM. No ceden, ni el discreto, ni el altivo,
ni el prudente...
ALB. Pues yo no me acomodo
si no es cediendo en todo por Fenisa,
de cuyas gentilezas voy cautivo.
CAM. ¡Aprisa vas en el amor!
ALB. (*Triste.*) ¡Aprisa,
cuando no en el amor, en los desvelos!
CAM. ¡Desvelos por la gran sacerdotisa
que Palermo sembró de liviandades!
ALB. ¡Ellas son los motivos de mis celos! (*Vergonzoso.*)
CAM. (*Grave.*) Las virtudes, Albano, y calidades
de una mujer son justo fundamento
de amor, si la mujer es fiel y honesta
y cumple del amor el mandamiento.
Mas donde sale una mujer como esta,
sintiendo del amor los escuadrones
en tal manera que, con menos gente
Alejandro ganó dos mil naciones;
donde hay un galán dentro y otro enfrente,
doce a pie, cuarenta a caballo,
tal en la posesión, tal pretendiente,
este de arnés, aquel de capisayo,
hoy de cuartel, mañana de trascoro...
¿Qué pides? ¿Que me calle? Pues me callo...
ALB. ¡Qué manso que parece siempre el toro
al que está en la ventana! Y al letrado,
¡qué cobarde el flamenco y tibio el moro!
El escribir un libro concertado
¡qué fácil le parece al ignorante!
¡Qué sencilla la cátedra al soldado!
¡Qué fácil se le antoja al estudiante
el conducir la nave al Occidente!
¡Y qué ligero el claustro al comerciante!
¡Qué sin valor un alto y elocuente
discurso, juzga el labrador grosero!...
¡Qué bien niega el amor quien no lo siente!
¡Amor no es calidad, gusto ni fuero!
Amor no es honra, ni es mercadería.
Amor no es regidor, ni caballero.
Amor es consonancia y armonía
luego de ser infierno de disgusto,
¡que por la noche es tan hermoso día!
CAM. Si eso es amor, seguid con vuestro gusto.
Yo solamente os digo que Fenisa
tal vez llegue en amor más de lo justo.

(*Asoman por la izquierda Fenisa y Celia, con mantos.*)

Dichos, Fenisa y Celia

CEL.—Admirada y con razón,
Fenisa, de tu salida,
estoy en gran confusión.
FEN.—Sospecho que se te olvida,
Celia...
CEL.—¿Qué?
FEN.—Mi condición.
CEL.—No sé qué tenga que ver
el venir a la Aduana
no siendo tú mercader.
Pues no eres tú muy liviana,
aunque eres libre mujer.
FEN.—Eso te ha de dar aviso

le que, sin causa, no vengo.
CEL.—¿Es amor?
FEN.—¡Tan de improviso!
Pero yo, ¿cuándo lo tengo,
aunque me adore Narciso?...
Desde el primero que amé
y que a olvidar me enseñó,
tan diestra en no amar quedé
que de uno que me burló
en los demás me vengué.
Notablemente se arroja
una mujer a querer
cuando un gusto se le antoja,
pero más a aborrecer
cuando se cansa y se enoja.
Según corre entre los hombres
esto de amar con engaño,
de mi desdén no te asombres,
basta al cuerdo un desengaño.
¿Amor? No. ¡No me lo nombres!
No porque yo no perciba
sus regalos y su bien:
pero no es razón que viva
quien nació libre también
de un hombre libre cautiva.
Yo he dado en esta flaqueza
de burlar cuantos engaña
esto que llaman belieza
CAM.—(*A Albano.*) (Celia la acompaña.)
ALB.—(*A Camilo.*) ¿Celia?
CAM.—No más...
ALB.—¡Linda pieza!
Extraña imaginación
es venir a la Aduana
las dos solas.
CAM.—Cosas son
de su condición liviana.
ALB.—¡Conozco su condición!
Palermo es famoso puerto
de extranjeros y de tratos...
Algún lance ha descubierto.
CAM.—Ella es de Circe un retrato...
De que te ha visto te advierto.
ALB.—Hablalla será mejor.
(*A Fenisa.*) ¿Dónde bueno?
FEN.—A ver el mar
que me agrada su furor.
ALB.—Todo te suele agradar
cuando carece de amor.
Este desdén de las ondas,
esta perpetua contienda
te agrada... Mas no respondas.
¡Por lo que tiene de hacienda
pienso que su margen rondas!
¿En qué rico forastero,
en qué mercader famoso,
en qué extraño marinero
echas el anzuelo hermoso
para buscar su dinero?...
¿Qué es lo que buscas aquí,
en el puerto de este mar?
FEN.—Seguro estarás de mí
que no te vengo a buscar.
ALB.—Yo, en cambio, te busco a ti.
FEN.—¿Qué me quieres?
ALB.—Sólo verte,
para alivio de una vida
que has condenado a la muerte.
FEN.—¿Me tomas por homicida?
ALB.—No es poco bien conocerte.
FEN.—Albano, si no has sabido
esta condicion que el cielo
me ha dado, que oigas te pido
porque cese tu desvelo
de competir con mi olvido.
Yo tuve en mi nacimiento
una estrella que me obliga
a que en este mar violento
peces busque, peces siga,
hasta que logre mi intento.
¿No has visto que un gran señor
va por los valles y cerros,
despeñado cazador,
ya con aves, ya con perros,
sin temer nieve o calor?
Pues eso mesmo hay en mí;
pero apliquéme a pescar
y a eso vengo por aquí:
tiendo la red en el mar,
que es la estrella en que nací.
Ojos y boca son cebo
del anzuelo de este amor;
si pica y es simple y nuevo
dóile cuerda, y del favor
asido un año le llevo.
Si es ladino y está diestro,
aunque caiga, vuelve al mar,
porque ofendida me muestro
de que al no me aprovechar
ocupe el anzuelo nuestro.
Si yo viere la hermosura
mayor que naturaleza
ha dado a mortal criatura;
si viere más gentileza,
más tierno amor, más blandura:
si viere por mí llorar;
si me viere eterniza-
más que Laur-
si viere
de

Píramo se pasa el pecho
y Leandro nada aprisa...
¡mientras no viese provecho
todo era cosa de risa!...
CAM.—(*A Albano.*) (¿Oístela?)
ALB.—(Ya lo oí.)
Escucha, Fenisa.
FEN.—Di.
ALB.—Si hubiese quien te llorase,
te amase... y te regalase,
¿diérasle amor?
FEN.—Eso sí.
ALB.—¿Con qué te contentarás
para prueba de este amor?
FEN.—Necio por extremo estás..
¿Quieres entender mejor?
ALB.—Sí.
FEN.—Pues declárome más.
Quien tiene un jardín ¿que hace?
Riega, regala, cultiva
la planta o árbol que nace,
para que después reciba
el fruto que satisface.
Quien tiene un caballo hermoso
asiste a verle comer
de su estancia cuidadoso;
¡hasta el herrar quiere ver
de sus estampas curioso!
Mira el freno y el bocado
que lengua y boca no ofenda,
tráele bien enjaezado
y por puntos le encomienda
al solícito criado.
Frontales le manda hacer
y rizar y componer
con bandas de bizarría,
¡y todo esto para un día
en que le quiere correr!...
¿Hazme entendido?
ALB.—Bien creo
que te entiendo.
FEN.—Pues ¿qué aguardas
a conocer mi deseo?...
(*Hablan bajo Albano y Fenisa. Por la izquierda, Lucindo, en traje de mercader rico y Tristán, su criado.*)

Dichos: Lucindo y Tristán

LUC.—¿Has contentado a los guardas
de la Aduana?
TRI.—Tal creo.
Toda la carga está fuera.
No queda cosa en la nave.
LUC.—Oh, Palermo!
TRI.—¿Qué te altera?
LUC.—¡Qué bien, tras navegar,
(sabe,
Tristán, la verde ribera!...
TRI.—¿Lo dices por las mujeres
que pasean por la playa?
LUC.—¿Yo?
TRI.—Como tanto las quieres,
recelo que tu amor vaya
por el mar de los placeres.
TRI.—Ya mil veces esto has dicho
y has vuelto siempre al engaño.
LUC.—Sastre que conoce el paño
está libre de entredicho.
TRI.—Dios te oiga y a mí también
pues que sobre faldas vuelas.
LUC.—Diérame el turco su harén
y escapara... ¿A qué recelas?
TRI.—Dios te oiga, repito, amén.
LUC.—Si mi padre aquí me envía
con esta mercadería;
si mis deudos que allá están,
con hacienda suya y mía,
y de lo que he de vender
tengo que cargar de trigo...
¿qué espacio para mujer
quedará, Tristán amigo?
TRI.—Ni el fiar ni el porfiar,
ni el alzarse ni el quebrar,
ni el no pagar los señores,
ni el morirse los deudores,
ni la inclemencia del mar,
igualan a que se arroje
un mercader a querer,
ni hay pirata que despoje
como una hermosa mujer
que entre los brazos le coje.
¡Plegue al cielo, que te dure
aqueste conocimiento!...
ALB. (*A Fenisa.*) ¿Me dices, pues,
(que procure
regalarte?
FEN.—Así lo intento,
porque el amor se asegure.
Que no puede amor durar
sin fundamento y estribo.
ALB.—¿Y qué es el estribo?
FEN.—El dar,
porque, no habiendo dativo,
todo es vano porfiar.
ALB.—Voy a tratar de tu gusto.
Dame esta noche licencia.
FEN.—Si me regalas, ¿no es gusto?
(*Vase retirando Albano y dice a Camilo.*)
ALB.—(Perdiendo voy la paciencia.)
CAM.—(¿No os desapasiona aquí
verla interesada?)
ALB.—(Es bella

más me enloquece así.
ste interés y desdén
e obliga a ver si la venzo.)
alen Albano y Camilo por la de-
cha.)
enisa, Celia, Lucindo, Tristán.
FEN.—(*A Celia.*) (El hombre
parece bien.)
FEN.—Comienzo.
Mirando a la derecha.) ¿Fuéronse?
CEL.—(*Mirando a la derecha.*)
a no se ven.
FEN.—(¿Parécete pez el hombre
ue me será de provecho?)
CLE.—(Llega y pregúntale el
(nombre.
FEN.—(Por mi vida, que es bien
(hecho.
A Lucindo.) Dios os guarde gentil
(hombre.
LUC.—Y a vos os dé un rico esposo
i sois libre, y si tenéis
narido, pues fué dichoso
n ser vuestro, lo gocéis
in pensamiento celoso.
Qué es lo que queréis de mí?
FEN.—¿Cuándo llegastéis aquí?
LUC.—Hoy ví la tierra y la aurora
untas, más el sol, señora.
asta veros no lo ví.
FEN.—Con poética licencia
ne habéis hecho vuestro sol.
FEN.—Diómela vuestra presencia.
FEN.—¿Qué nación?
LUC.—Soy español.
FEN.—¿De qué parte?
LUC.—De Valencia.
FEN.—Si fuérades de Toledo
enía que preguntaros...
LUC.—Sólo de Valencia puedo...
(*Hablan bajo Fenisa y Lucindo.*)
TRI.—(*A Celia.*) ¿Puedo yo también
(hablaros?
CEL.—Bien podéis estando quedo.
TRI.—Va de quedo y digo así.
¿Quién es aquesta su dama?
CEL.—Una dama.
TRI.—¿Dama?
CEL.—¿Sí?
TRI.—Y ¿de qué manera es dama?
CEL.—¿Eso me pregunta a mí?
TRI.—¿Pues está mal preguntado?
CEL.—El ¿cómo es hombre?
TRI.—Formado
de cuatro elementos soy;
tengo alma y cuerpo y estoy
de potencias adornado.
Diferénciome a mujer
en las barbas y el valor.
No me mandan proceder,
sino advierta que, en rigor.
dama es oficio y no es ser.
Doncellas suelen decir
a muchas, sin advertir
que se han de diferenciar:
que hay doncellas de casar
y doncellas de servir.
Así, dama, ha de tener
su diferencia forzosa.
CEL.—Por lo menos, es mujer
discreta, gallarda, hermosa
y de honrado proceder.
TRI.—¿Y qué busca por aquí?
CEL.—Nuevas de un perdido her-
(mano.
TRI.—Peligro corréis así.
CEL.—¿Peligro?
TRI.—Peligro. Es llano.
CEL.—¿No es tierra segura?
TRI.—Sí.
Pero el mar que estos altivos
peñascos quiere exceder
de sus límites nativos,
sin duda os quiere prender...
por pescados fugitivos.
CEL.—¡Lindo bellaco!
TRI.—¿Yo lindo?
CEL.—¡Tú conmigo españolizas!
FEN.—(*A Lucindo.*) Digo, mi bien,
(que me rindo.
LUC.—¡Renazco de mis cenizas!
FEN.—¿Cómo es tu nombre?
LUC.—Lucindo.
FEN.—Si nombre de luz tenías
¿qué mucho que me encendieses?
LUC.—Las desconfianzas mías
querría que conocieses...
FEN.—¿Español y desconfías?
LUC.—¿Pues no ha de desconfiar
un forastero?
FEN.—(*Fingiendo arrebato.*) No sé...
¡Nunca yo viniera al mar,
pues otro en su playa hallé
donde me pienso anegar!...
LUC.—(*Sorprendido.*) ¿Qué te ha
(parecido bien?
FEN.—Tanto bien me has parecido,
que en lo que mis ojos ven,
no hay más que tú. ¿Qué has traído
en tus ojos? ¡Ay no más!...
¡No más mires! ¿Qué es esto?
¡Jesús, qué hechizos me das!

LUC.—(*Pasmado.*) ¡Tan presto!
Fen.—¡Ay. Dios, vete presto!...
Mas espera... ¿Dónde vas?
Luc.—A la posada...
Fen.—¿Posada?
Si por mis deudos no fuera,
según me siento inclinada
en mi casa te la diera.
Pero... escúchame. Entrarás
diciendo que de mi hermano
sabes nuevas.
Luc.—(*Perplejo.*) ¿Nada más?
Fen.—Sígueme.
Luc.—(*Fogoso.*) Dame la mano
que te la quiero besar...
Fen.—(*Coqueta.*) Quedos... A Celia (le)hablaré
para que avisada esté.
Luc.—Y yo a este criado mío.
Fen.—Celia...
Cel.—Señora...
Fen.—(¡Un navío!)
(¡¡La fortuna que soñé!!)
Luc.—(¿No te lo digo, Tristán?)
Tri.—(Pero, señor, por Jesús...
¡A mí con ese tús tús,
que soy más viejo que Adán!)
Fen.—(*A Celia.*) (Tápate y vamos de (aquí,
que ya nos vendrán siguiendo.)
(*Sale con Celia, izquierda.*)
Lucindo y Tristán.
Tri.—¿Así te lo dijo?
Luc.—Así...
Tri.—(*Confuso.*) Pues juro que no (lo entiendo...
si no se burla de ti.
Luc.—¿De mí? Pero, ¿qué le he (dado?
Tri.—¿Qué piensas tú que es mirar
y hablar tierno y regalado?
¡escrituras de pagar
el amor hipotecado
Luc.—Yo, Tristán, iré tras de ella,
no sólo por ser tan bella
sino porque puede ser
una principal mujer
o alguna ilustre doncella.
Tri.—¿Ilustre doncella? No.
Que mujer que tiene lustre
con alguno se lo dió.
Luc.—Pues siendo una dama ilustre,
¿qué pierdo en servilla yo?
Tri.—¡Dama ilustre junto al mar!
Luc.—¿No pudo salir a ver?...
Tri.—A ver... si puede pescar.
Pescadora debe ser,
pues que te quiere enredar.
Luc.—¿Enredarme en mi dinero?
Tri.—Sí, tal.
Luc.—Mas si no he vendido,
puesto que vender espero
lo que a Sicilia he traído...
Tri.—¡Que sea yo tu escudero!
¿No se lo darás después?
Luc.—¡Bah!... Después que nos par- (tamos...
Pero, vamos... que los pies
no mueve, porque vayamos.
Tri.—(*Porfiando.*) Es que temo que (les des
el dinerillo que llevas.
Luc.—(*Dándole la bolsa.*) Guarda tú (la bolsa allá.
Tri.—Daca. Y temo que te atrevas
a dar la cadena.
Luc.—Está
segura, con guardas nuevas.
Tri.—Quítatela, por mi vida.
(*Quitándose y dándole la cadena.*)
Luc.—Toma, guárdala también.
Tri.—No te enfades que te pida
esas dos sortijas.
Luc.—(*Dándole las sortijas.*) Bien.
Sin sortijas, sin dinero
y sin cadena voy.
Tri.—Vamos.
que esta mujer es mar fiero
y en razón nos desnudamos
para pasarlo primero.
(*Salen tras Celia y Fenisa.*)
(*Dinarda, de camino, en traje de hombre, y Bernardo y Fabio, detrás.*)
Din.—Parece que escupe el mar
náufragos a la ribera.
Ber.—La tierra sé que me espera;
la tierra quiero besar.
Fab.—Madre es la tierra que alabo,
y como madre sustenta.
Din.—¡Oh, qué terrible tormenta!
Ber.—Por fin, doblamos el cabo
y tierra pudimos dar
sin ser pasto de un delfín.
Fab.—En tierra estamos, en fin...
camino de naufragar.
Din.—¿Qué habremos de hacer los (tres,
ya que a Sicilia llegamos,
sin dineros y sin amos?
Ber.—Servir.
Din.—¿Servir?
Fab.—Servir, pues.

Din.—Yo pienso hacerme soldado
y con el sueldo tirar.
Fab.—Yo no me pienso soldar,
porque jamás fuí quebrado;
pero si hay un capitán
le llevaré la jineta.
Din.—¿Una persona sujeta?
Fab.—Cuantas nacieron lo están.
Ber.—¿Cuantas nacieron?
Fab.—Sí.
Ber.—¿Cómo?
Fab.—El rey, sirve de ser rey,
de hacer justicia y dar ley;
el señor, de mayordomo,
de camarero, de ser
gentil hombre o de la boca,
o el oficio que le toca
a su pesar o placer.
El prelado, de acudir
a su iglesia reverente,
al gobierno el Presidente,
el oidor también a oir;
el alcalde, a castigar;
el que es letrado, a abogar,
a defender u ofender;
al proceso el escribano,
al enfermo el que es doctor.
el oficial al señor,
al hidalgo el que es villano.
La casada a su marido;
a su padre la doncella.
y el padre la sirva a ella
con la comida y vestido.
Mas, ¿de qué sirve alargarse?
¿Quién hay que no sirva aquí
en darse a comer a sí,
en vestirse y desnudarse?
Diógenes por su ventaja
solamente no sirvió..
porque la vida pasó
metido en una tinaja.
Ber.—Verdad es que a sí o alguno
todos sirven; mas quisiera
que entre los tres no sirviera
ninguno, Fabio, a ninguno.
Los tres somos españoles
que en saliendo de su tierra
o sea en paz o sea en guerra
se hacen príncipes o soles.
Hagamos lo mismo acá,
y pues de España venimos,
parezcamos lo que fuimos.
Din.—Bien dice.
Fab.—Bien dicho está.
Oid. Echemos los tres
suertes quién será el señor.
y al que saliere en rigor
sirvan los dos.
Din.—Justo es.
Ber.—Añadiremos un don.
Diremos que es caballero,
y aunque con poco dinero
tendrá mucha presunción.
Acudirá a los soldados,
Acompañará al Virrey,
darále encomienda el Rey
y lucirá los criados
con que alguna principal.
dama le avise y prevenga
de una aventura que tenga
ventura sin otra igual.
¿Qué os parece?
Din.—Que pareces
hombre despejado, en fin.
Ber.—¿No es mejor que un amo ruín?
Din.—Digo que sí treinta veces.
Porque es terrible servir
a un bellaco mentecato
que a tres gestos tire un plato.
Fab.—Sí, pero habéis de advertir
que en entrando en la posada
juntos hemos de comer,
porque señor no ha de haber
si está la puerta cerrada.
Din.—Bien dicho.
Ber.—Pues va de suerte.
Tres reales tengo aquí.
Fab.—¿Son de España todos?
Ber.—Sí.
Din.—Puees bien, ¿de qué nos advierte?
Ber.—Ponlos en este sombrero;
el uno es real castellano,
el segundo valenciano
y de Navarra el tercero.
Quien sacare el de Castilla
es señor.
Fab.—Meto la mano.
He sacado el valenciano.
Ber.—Perdiste.
Fab.—No es maravilla.
Ber.—Saca tú.
Din.—Saco.
Ber.—El que queda
me toca.
Din.—¡Y ser dueño a mí!
Fab.—¿Es el de Castilla?
Din.—Sí.
Fab.—El premio se te conceda.
Ber.—Por muchos años y buenos
seas dueño de los dos.
Din.—Para serviros y a Dios

puedo decir a lo menos.
Fab.—Con mil razones la suerte
cayó en tu gentil persona.
Din.—Quita el gentil y perdona.
Ber.—Va de nombre.
Din.—Venga.
Ber.—Advierte
que has de llamarte don Juan.
Din.—¿De qué?
Ber.—Escoge.
Din.—Escoger quiero,
que no seré yo el primero.
Fab.—Famoso nombre es Guzmán.
Din.—Usale ya cualesquiera.
Fab.—Coge el Mendoza.
Ber.—Peor,
que no hay morisco aguador
que no se enmendoce.
Din.—Espera.
El Lara escojo y no más.
Don Juan de Lara es mi nombre.
Ber.—Por Dios. que vas gentil-hom-
(bre.
Din.—¿Habéis de venir detrás?
Ber.—Pues, ¿eso dudas?
Din.—(*Pavoneándose.*) Aquí
se ve la industria española.
¡Hola, pajes!
Ber.—¡Señor!
Din.—¡Hola!
Fab.—¡Señor!
Din.—¡Venid por aquí!...
(*Salen los tres contoneándose cómicamente.*)

CUADRO SEGUNDO

Sala en casa de Fenisa. Estrado más vistoso que rico. Espejos, cuadros con asuntos de amantes célebres, tapices en las puertas, lámparas. Al alzarse el telón, Lucindo, en pie, examina los cuadros complacido. Fenisa está sentada indolentemente, cureándole con sus artes de coqueta. En un rincón, Tristán habla con Celia sin perder de vista a su amo.

Fenisa, Celia, Lucindo y Tristán.
Fen.—¿No te sientas, vida mía?
Luc.—No, que se va haciendo tarde.
Fen.—Ya que por amor no alarde,
alarde por cortesía...
Luc.—Alégrame tanto el ver
tu casa tan bien compuesta,
que he tenido una gran fiesta
mirándola.
Fen.—Hazme un placer.
Luc.—¿Cuál?
Fen.—Que aquello de tu gusto
lo lleves a tu posada.
Luc.—¿Cómo he de llevarme nada?
Fen.—¿No? ¡Pues me das un dis-
(gusto!... (*Pausa.*)
Luc.—(*Viendo un cuadro.*) ¡Qué bella
(Cleopatra!
Fen.—Bella
porque amando se mató... (*Fingiendo tristeza.*)
¡Quién me dijera que yo
¡a! vez acabe como ella!
Luc.—(*Suspira.*) ¿Con áspides en el
(seno?
Fen.—(*Arrebatado.*) Con tus ojos ten-
(tadores,
áspides que entre las flores
de tu mirar dan veneno.
Tri.—(Sabe Dios qué retahilas
de embustes le va ensartando!...)
Fen.—(*Acércase a Lucindo.*) Así voy-
(me envenenando
mirándome en tus pupilas...
Tri.—(*Dando en la mesa un puñetazo.*) ¡Fuego de Dios!
(*Fenisa y Lucindo, sobresaltados, se separan.*)
Fen.—¡Ay!
Luc.—(*Severo a Tristán.*) ¿Qué fué
el gritar ni cómo osaste?
Tri.—Fué que como me avisaste
que te avisara, avisé.
Que se hace tarde, señor,
y que la Aduana espera.
Luc.—Tuvieses otra manera
de aviso, que no el furor
de gritar, como en la calle,
en casa tan principal.
Tri.—(Agora es otro costal
tener que desenojalle.)
Fen.—Ven, Lucindo, que por mí
no has de dejar tu quehacer.
Luc.—Ni Aduana ni mercader
han de moverme de aquí.
Tri.—(¡Buena la hiciste, Tristán.)
Cel.—(¿Quién te mete a redentor?)
Tri.—(Yo, que voy a mi señor
con menos ropa que Adán.
¡Qué sois todas!...)

Cel.—(*Coqueteando.*) (¿Yo también,
ando apenas abro el pico?)
Tri.—(*Dándose cuenta del intento.*)
Así? Pues haré el borrico,
r ver quién engaña a quién.)
ije todas, por decir;
e si voy a la verdad,
uspira.) ¡Ay mocedad, mocedad!
Cel.—(*Fingiendo enfado.*) Esto me
(queda que oir:
á viejo! ¡tú!...
Tri.— (¿Habrá ladrona?)
ujer, viejo, carcamal,
l vez no; mas digo tal
tocante a tu persona...
Fen.—(*A Lucindo.*) Mas, ¿cómo se
(me olvidó
galarte? ¿En qué he pensado?
lia...
Cel.—Señora...
Fen.—(*A Celia.*) (¿El criado
resiste?)
Cel.—(Al fin, cayó.)
Fen.—(Qué piensas del amo?)
Cel.—(Que
te fíes, que no es tonto.)
Fen.—(¿Lo echaste de ver tan pron-
(to?)
Cel.—(La cadena ¡se nos fué!)
Fen.—(*Mirando a Lucindo disimulamente.*) (Verdad que no trae cadena
muy bellaco.)
Cel.—(¿Qué tal?
¡A ver si nos sale mal
paso!)
Fen.—(No te dé pena
amo, que es cuenta mía.
ás ruín y solapado
el criado...)
Cel.—(¡El criado está ya para san-
(gría!) (*Siguen hablando.*)
Tri.—(¡Señor, por todos los san-
(tos!...)
Luc.—(Tristán, que no y no te di-
(go...)
Tri.—(Señor, vendamos el trigo
huyamos de estos encantos.)
Luc.—(Vendamos el trigo, pero
vamos como centellas...)
Tri.—(¡Si hay dinero y están ellas
como si no hay dinero!)
Luc.—(Tranquilo aguarda, Tristán.)
Tri.—(Mis dudas tengo, señor.)
Fen.—De la hostería es mejor...
Cel.—De la hostería vendrán.

(*Celia, tras de cuchichear con Tristán, sale.*)

Fenisa, Lucindo, Tristán.

Fen.—Por la merienda envié.
Tri.—(¡Dios nos coja confesados!)
Fen.—¿Gustas de dulces y helados?
Luc.—Gusto de mi dulce bien.
Fen.—Hablemos, Lucindo, un poco,
que está en tu mano alegrarme.
Tri.—(*A Lucindo.*) (¿Qué vas a ha-
(cer?)
Luc.—(A sentarme.)
Tri.—(¡No te sientes!)
Luc.—(*Sentándose.*) (¿Estás loco?)
(*A Fenisa.*) ¿Qué te diré?
Fen.—Que me quieres
aunque mientas en tu aserto.
Luc.—Que te adoro ten por cierto.
Fen.—¿"Por cierto"? ¿Qué lindo
(eres!
¿Qué es "por cierto"? ¿No eres dí,
español?
Luc.—¿Pues no lo ves?
Fen.—El "por cierto" no lo es.
El talle y la lengua, sí.
Yo aseguro que en mil años
no ha pasado otro "por cierto"
a Italia.
Luc.—Que soy, te advierto,
nuevos por reinos extraños.
Fen.—¿Nunca dejaste Valencia?
Luc.—Siempre anduve por allá.
Fen.—El "por cierto" lo dirá.
Vale más en mi "conciencia"
o por "mi honor" o por "vida"
de "mi madre" a poder ser,
que de todo ha menester
quien como yo está afligida...
¿Vesme estar desatinada
de amor. y cuando te advierto,
me respondes un "por cierto"
envuelto en agua rosada?
No, español; yo no te agrado
o tú quieres bien allá.
¡Si ausencia penas te da
es que estás enamorado!
Por mis ojos, por los tuyos,
por los de amor, aunque ciegos,
que te muevas a mis ruegos
y me encarezcas los suyos.
¿Son negros, garzos o azules?
¿Qué pelo, qué humor, qué talle?
¿Pensaste agora en su talle?
¡Ea, no lo disimules!
En Valencia estás agora...
¿Y qué hay por Valencia, diga?

TRI.—(¡Qué socarrona!)
LUC.—Hay, amiga,
que en Valenci se os adora.
Esto hay de nuevo; y si allá
algún gusto me entretuvo,
hasta veros vida tuvo
y porque os ví, muerto está.
Una mujer me quería
entre blanca y pelinegra,
con dineros en la suegra
y el ingenio en la alquería.
Enviámonos las almas
en papeles, cuatro meses,
con requiebros portugueses
trayendo este amor en palmas.
Víla en una huerta un día,
más cerca y menos hermosa;
habléla y me supo a sosa;
tóquela y estaba fría.
Enfrióse el corazón
y ofreciéndose esta ausencia
no dejé cosa en Valencia
fuera de mi obligación.
FEN.—¡Ay de mí, qué adiviné!
¡Que hombre en quien yo puse tanto
a otra amase!... ¡Si me espanto
de mí!...
LUC.—Escucha.
FEN.—(*Sollozando.*) ¡Déjame!
LUC.—¿Lloras? el lienzo desvía...
TRI.—(¿Hay semejante bellaca?)
LUC.—El sol de entre nieblas saca,
regalada prenda mía.
FEN.—No celos, humillación...
(*Furiosa.*) ¡A fe que tienes aquí
pruebas que ella te dió allí!...
TRI.—(¿En qué parará el turbión?)
FEN.—¡A fe que fué la cadena!
¡Por eso no las has traído!...
LUC.—Que no llores más te pido.
¿La cadena te da pena?
TRI.—(Ya se ablanda! ¡Vive Dios!)
FEN.—Me apena, ofende y humilla.
LUC.—Caso es que habrá que deci-
(lla...
(*Incierto.*)
TRI.—(Cadena, volved por vos.)
LUC.—Como no traigo dinero,
hasta vender, la envié...
Tristán... La cadena.
TRI.—Fué
a casa del usurero.
FEN.—¿Y qué dinero te dió?
TRI.—No estaba y dejéla allí
quedando en volver.
FEN.—(Aquí
es donde me arriesgo yo.)
FEN.—¿El dinero te ha faltado?
(*Impetuosa.*) ¡Celia!
CEL.—(*Dentro.*) Señora...
FEN.—¿No vienes?
Dichos: Celia, Líseo, Estacio y dos e
cuderos.
CEL.—(*Seguida de criados, con p*
ño al hombro, tazas y confituras. q
disponen en una mesa.)
Aquí la merienda tienes.
FEN.—No probaré ni bocado.
(*A Celia áspera.*)
Ve, Celia, y tráeme aquí
el escritorio pequeño. (*Sale Celia.*)
(*A Lucindo, sonriente.*)
Aquí está el dulce y el dueño,
pues que ya lo eres de mí...
TRI.—(En esto de merendar
son ya palabras mayores.
¡Qué criados tan señores!)
LUC.—Se le debe amonestar.
(*A Fenisa por Tristán.*) ¡Tristán!
TRI.—Señor...
LUC.—(¿Y ahora? ¿es dama
o no es dama? ¡Estos criados!)
TRI.—(Muy bien puestos y adi
(trad
señor, pero a mí me escama...)
FEN.—(*A Lucindo.*) ¿No bebes?
LUC.—Dame a beber.
(*Sírvele un criado.*)
TRI.—(¡No bebas!)
FEN.—¿No bebes?
LUC.—Sí...
(*Viendo las señas de Tristán.*)
Estaba esperando, a ver
si me pasaba este dolor
de cabeza...
FEN.—(Es cosa hecha.
Este el engaño sospecha
y ha de engañarle mejor.)
CEL.—(*Malhumorada.*)
El escritorio pequeño...
FEN.—Acerca.
CEL.—Acerco.
FEN—Estos días
tiene cuatro fruslerías.
Ven, Lucindo, gentil dueño.
(*Registrando en el escritorio.*)
Estos son guantes. Bien puedes
tomar estos cuatro pares.
LUC.—¡Son de ámbar!...
FEN.—Sí. No repares.
LUC.—Fenisa, tantas mercedes
FEN.—Pastillas has menester;

o son limpias las posadas...
eis docenas perfumadas
ne envió una monja ayer.
oma, en este papel van.
Qué tendré aquí más que darte? *(Re-*
strando.)
TRI.—(O es gran necia, o es gran
(arte.)
LUC.—(Perdidos somos, Tristán.)
TRI.—(En extraña confusión
e coloca esta mujer.)
FEN.—(*Sospechando de Tristán.*)
Medias solía tener
e Nápoles... y ocasión...
Tristán
TRI.—Señora...
FEN.—Aquí van
os pares.
TRI.—(Nos libre Dios.)
FEN.—También los hay para vos;
omad...
LUC.—(¿Qué es esto, Tristán?
TRI.—(¿Qué ha de ser? Indias cifra-
das
n escritorios de amor.)
LUC.—Con tanto y tanto favor
as manos son ocupadas.
FEN.—Toma este bolsillo.
LUC.—Eso
no.
FEN.—Toma.
LUC.—No. Escucha.
FEN.—Dí
LUC.—Dineros suenan aquí
y lo mismo dice el peso.
FEN.—Cien escudos hallarás
mientras no tienes dinero,
y por lo que yo te quiero
te pido que pidas más;
que cuando muchos te sobren
ne los pagarás si quieres...
LUC.—¡Bendita entre las mujeres!
TRI.—(¡Verás cuando te los cobren
con réditos!)
LIS.—(*A Estacio.*) (¿Qué pez es
éste?)
EST.—(Un rico valenciano.)
LIS.—(Ganando va por la mano.)
EST.—(Atado va por los pies.
Cuando Fenisa le fía
hipotecado estará.)
LUC.—Fenisa, muy tarde es ya,
y también la hacienda mía
ha menester de cuidado.
FEN.—El cielo vaya contigo.
Con toda el alma te sigo,
pues el alma te has llevado.
LUC.—Cadenas de obligaciones
me ataron a la ventura,
pues sin la de tu hermosura
en las que llevo me pones.
El mercader español
no podrá nunca pagarte
aun cuando pudiera darte
mar y tierra, luna y sol.
FEN.—Guárdeteme Dios mil años.
¡Hola! Acompañadle todos...
LUC.—(*A Tristán.*) (¿Qué es esto?)
TRI.—(Notables modos...)
LUC.—(¿De qué?)
TRI.—(De amor o de engaños.)
(*Salen Lucindo, Tristán y los que acompañan, criados y escuderos.*)
Fenisa y Celia.
CEL.—A mucho te has atrevido...
FEN.—¡Esta es ganancia segura!
CEL.—Así Dios me dé ventura,
que pienso que lo han olido.
FEN.—¿Pues qué gusto puede haber
como avisar y enseñar?
OSO.—¿Puedo entrar?
Dichas, el Capitán Osorio, Dinarda (de hambre), Fabio y Bernardo.
FEN.—Puedes entrar.
OSO.—Un huésped traigo a comer
DIN.—Vuesa merced, mi señora,
me tenga por su criado.
FEN.—(*A Osorio.*) Seáis, señor, bien
(llegado.
¿Es de España?
OSO.—Y llega ahora.
FEN.—(*A Osorio.*) ¿Caballero?
OSO.—¿No lo ves?
FEN.—¿Qué nombre?
OSO.—Don Juan de Lara.
FEN.—Buena cara...
OSO.—¡Linda cara!
FEN.—(Cara, manos, talle y pies.)
DIN.—(*Empujada por Bernardo y Fabio hacia Fenisa.*)
Llegué a Sicilia en el día
de mi vida más dichoso,
pues ví el rostro más hermoso.
FEN.—Estimo la cortesía.
¿Y a qué venís?
DIN.—(*Mirando a sus pajes.*) ¡Psé!...
(A servir
al Rey, con los alimentos
de padre y madre avarientos
en España, hasta morir.
¡Pajes!
BER.—Señor...

DIN.—Ofreced
vuestros respetos ahora.
BER.—(*Saludando extremadamente.*)
Señora mía...
FAB.—Señora...
FEN.—Agradezco la merced.
DIN.—Llegué a un corro de soldados,
hallé al señor Capitán
que es de mi tierra, do están
deudos con deudas casados,
y ofrecióme su posada,
y para mayor favor
me trajo aquí.
FEN.—Es gran honor
y quedo muy obligada...
Persona tan principal...
(*A Celia.*) (¡Dos pajes y talle lindo!
Celia, Celia... yo me rindo.)
FAB.—(*A Dinarda.*) (No le has pa-
(recido de mal
y hay que seguir adelante.)
OSO.—(*A Celia.*)
¿Comemos, o es que no hay modo?
CEL.—Ya está prevenido todo.
Comemos en el instante.
BER.—(*A Fabio, por Fenisa y Dinarda.*)
(Parece que hemos caído
de pie, Fabio.)
FAB.—(La picaña
se inclina al amor de España.)
BER.—(Hablándose están de oído.)
En cuanto se entren, me llego.
FAB.—¿A quién?
BER.—Pues a la criada.
FAB.—Aquesa ya está tomada.
BER.—Aqueso niego y reniego,
que yo sé que está por mí
desde que el umbral pisé.
OSO.—(*A Fenisa.*) ¿Ya me dais celos?
FEN.—¿De qué?
¿No me enseñáis cortesía?
OSO.—Sí, tal, que yo gusto mucho
que honréis al señor don Juan.
DIN.—(*A Fabio y Bernardo.*)
(¡Tiernas las hembras están!)
FEN.—(Escucha, Celia.)
CEL.—(Ya escucho.)
FEN.—¿Viste qué gallardo?
CEL.—¡Sí!
FEN.—En mi vida tuve amor,
pero ya fuera mejor
no haber visto lo que ví.
De Sevilla dicen que es.
CEL.—(De Sevilla y con buen nom-
(bre
dónde diz que cada **hombre**
acomete lo que trese...)
FEN.—(¡Ay, Celia, que estoy que fino
de mirarle!)
CEL.—(Es guapo mozo!...)
DIN.—(*A sus pajes.*)
(¡En llegando el alborozo
habéis de andar con más tino!)
OSO.—Venid, don Juan, a la mesa.
DIN.—Pajes...
BER.—Señor...
FAB.—(¡Bueno va!)
DIN.—(*A los pajes.*) (¡Ya pica!)
OSO.—(*A Fenisa.*) ¿Qué, picó ya?
DIN.—(Ya me pesa.)
FEN.—(¡Ya me pesa!)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Habitación de Lucindo en la posada. Mesa, cama, sillas, equipaje, etc.

Lucindo, Tristán.

LUC.—No te congoje, Tristán,
que entre y salga quien quisiere.
Parientes suyos serán.
TRI.—Por mí, sea lo que fuere
ese señor capitán.
Bien sé que en un mes y más
que ninguna cosa das
y mil regalos recibes,
seguro de engaños vives,
pero de amor no lo estás.
Quien no da, no tiene acción
a pedir celos ni hacer
de agravios demostración;
sólo el dar en la mujer
alcanza jurisdicción.
Pero si al fin la desvía
de tu gusto, otro interés
que enriquecerla porfía,
¡lo que no has dado en un mes
vendrás a darlo en un día!...
LUC.—No pienso yo que Fenisa,
Tristán, por otro me deje.
que eso de interés es risa,

TRI.—Amor, obstinado hereje,
las mesmas verdades pisa.
El que en mujer se confía
lejos está de discreto.
LUC.—No ha sido culpa mía,
sino de que no pedía
ni pide...
TRI.—Así es, en efecto.
No te echo en cara el entrar
en su casa, pues no hay dar
al valor de un alfiler...
LUC.—Pues ¿qué entonces?
TRI.—El querer.
LUC.—No lo puedo remediar.
Yo la adoro porque sé
que es verdadero su amor,
que sólo yo lo alcancé,
que no hay más competidor
que yo, desde que la hablé.
Ese español capitán
y otros que entran en su casa,
ninguna pena me dan,
porque es cosa que no pasa
de conversación, Tristán.
Fuera de que yo he venido
y me iré cuando quisiere
gustoso y entretenido,
a donde verla no espere
y me la borre el olvido.
Contaré en Valencia el cuento
a los amigos y damas
con grande gusto y contento...
TRI.—Con que razón cuento le lla-
(mas. (*Llaman a la puerta.*)
LUC.—¿Llamaron?
TRI.—Sí, gente siento.
(*Entran Celia, con manto, y el Escudero con un taboque cubierto por el tafetán.*)
Dichos, Celia con Escudero.
CEL.—¡Qué descuidado estarás
de esta visita!
LUC.—Jamás,
Celia, lo estoy de mi dueño.
CEL.—Allá nos quitas el sueño.
y aquí sin memoria estás.
Mas, ¿agora te levantas?
LUC.—No duermen los mercaderes
tanto, y más con penas tantas.
CEL.—¿Penas, si adorado eres?
LUC.—¿De que las tenga te espantas?
CEL.—Quisiera, para un presente
que traigo, hallarte acostado;
y este viejo impertinente
tan tarde se ha levantado
—como ya ni ve ni siente—
que a mediodía ha venido.
ESC.—Siempre me culpas a mí...
CEL.—A no haber ese descuido...
LUC.—¿Qué te trae por aquí?
CEL.—Seis camisas he traído
¡Mira qué suave holanda!
Pues no pienses que esto es randa;
todo es fina cadeneta
de la aguja más perfecta
y de la mano más blanda.
Así, espera el enviado
que las tomes sin orgullo
de corazón regalado,
que más puntos que ha labrado
le quedan pasando el suyo.
Mandóme que te vistiese
la mejor, y te dijese
que ¡ojalá que ella pudiera
servirte de camarera!
y que un abrazo te diese.
LUC.—Venga ese abrazo en buen
(hora
TRI.—(No desaprovecha un clavo.)
LUC.—Bien, trás a tu señora
que soy su rendido esclavo
desde la noche a la aurora.
Dame, Tristán, esa pieza
de tela, que se la lleve
a la celestial belleza,
que es encarnada y su nieve
tendrá mayor gentileza.
TRI.—Voy por ella.
CEL.—No, Tristán,
que sé que me matarán
si la llevo... Que es mujer
que no admitirá en su afán
lo negro de un alfiler.
LUC.—Ya que ella es de condición
tan esquiva, tú bien puedes
tomar en esta ocasión
estos escudos.
CEL.—Merced
como de tu mano sea
mas no los puedo admitir.
LUC.—¿Quién vió tal obstinación?
CEL.—Aquesta es la condición
que me imponen al venir...
TRI.—Escribir en el mar quiero
y en la nieve quiero arder,
puesto que a fe de escudero,
¡hoy he visto una mujer
enemiga del dinero! (*Llaman a la puer-*
(*ta.*)
LUC.—¿Llaman, Tristán?
TRI.—(*Incierto.*) Sí... Llamaron.
CEL.—¿No escribaré?

LUC.—Aguarda aquí... (*Vuelven a llamar.*)
¿Será?...
TRI.—Sin duda avisaron
de la Aduana, y así
a verte lo encaminaron.
LUC.—Hazle pasar. (*Tristán abre la puerta.*)
(*Entra micer Jacob, mercader judío, avaro, receloso y adulador; trae una bolsa con escudos y un pliego de contrato.*)

Dichos, micer Jacob

JAC.—(*Con reverencia.*) Excelencia.
LUC.—Podéis tratar sin recelo
y dejad la reverencia,
que estas cosas de "conciencia"
han de tratarse en un vuelo.
CEL.—(*A Tristán.*) (Yo me voy.)
TRI.—(¡Qué te has de ir
si a esto has venido, a husmear!)
JAC.—¿Queréis tratar?
LUC.—A tratar
vamos.
JAC.—(*Por los demás.*) Os debo advertir
excelencia, a mi pesar...
LUC.—¿El documento está listo?
JAC.—Sí.
LUC.—¿Y el dinero también?
JAC.—También, excelencia.
LUC.—¿El "visto"
de la Aduana está bien?
¡Pues terminemos por Cristo!
JAC.—(*Sacando del jubón la bolsa, un pliego, tintero atornillado y pluma.*)
Ved el contrato legal.
los sellos... la tasa...
LUC.—(*Leyendo con asombro.*)
¿Qué?
TRI.—(Ya va sintiendo la dogal
que le aprieta.)
LUC.—¡No podré
con una humillación tal!
Sanas son mis mercancías
y en buen estado han llegado...
JAC.—¡Excelencia!...
LUC.—Y se han sellado
en la Aduana, y los guías
testimoniaron ayer
que telas y frutas son
de excelente condición.
JAC.—No hay, excelencia, poder
que no sufra alteración;
por medianas me las dan
y por medianas las tomo.
LUC.—¿Pero no escuchas, Tristán?
TRI.—Escucho y reniego.
LUC.—¿Cómo
los de la Aduana están?
JAC.—(*Levantándose y recogiendo el tintero y los documentos.*)
Yo imaginaba, excelencia,
que era asunto terminado,
y como tal, pedí audiencia;
que a habérmelo imaginado
dudoso...
TRI.—¿Y habrá paciencia
para no darle al rufián?
LUC.—(*A Tristán.*) ¡Tente!
JAC.—(*Irónico.*) ¡Excelencia!
LUC.—¡Tristán!
¿No ves que pierdes razón?
El vino por mí llamado...
Está en mi casa, ¡es sagrado!
JAC.—¡Excelencia!
LUC.—Es ocasión
de admitir o rechazar,
supuesto que es un anciano
que aquí viene a negociar,
¡pero no de alzar la mano
y tenerla que bajar!
TRI.—Señor...
JAC.—Excelencia...
LUC.—Agora
te digo que es falsía
darme por la mercancía
tres mil escudos...
CEL.—(¡Señora
de mi alma, qué alegría!)
JAC.—(*Acariciando la bolsa.*)
¡Tres mil escudos! ¡tres mil!
LUC.—(¡Una fortuna!)
TRI.—(¡Un tesoro!)
LUC.—(*A Tristán.*) (¡Y yo sin blanca!)
TRI.—(¡Y yo moro!)
JAC.—(*Ponderando.*)
¡Tres mil escudos en oro!
CEL.—(¡Agora el golpe gentil!)
LUC.—Celia.
CEL.—¡Señor!
CEL.—Perdonad;
mas yo debo retornar
con mi señora, que es tarde...
LUC.—Decidla que allá me aguarde
esta noche, y agregad,
Celia, que por sus amantes
regalos y sus constantes
desvelos, no me reproche
si yo la ofrezco a la noche
un cintillo de brillantes. (*A Jacobo.*)

Y vos, en quien el recelo
halló la triste figura,
traed que firme en un vuelo
y desataos el cielo
de escudos, la cintura.
(Va a la mesa, donde micer Jacob y Tristán disponen la firma. Agrúpanse los tres; el mercader, luego de ver la firma de Lucindo, comienza a recontar escudos; Celia, al verlos de espaldas, queda un instante en el umbral, escuchando la música del oro.)
CEL.—Sonad escudos, sonad
vuestra canción de oro y risa
que presto os vais a enredar
al anzuelo de Fenisa.

TELON

CUADRO SEGUNDO

Patio en casa de Fenisa. Al foro izquierda, escalera de balaustrada que sube al corredor, de arcos y columnas renacimiento. A la derecha, y en segundo término, arco de entrada. En primer término, puertas laterales que dan a las habitaciones de planta baja. Una mesa y algunos taburetes y sillones. Al alzarse el telón sale por el primer término izquierda Albano y Camilo.

Albano y Camilo

CAM.—¿De qué os hacéis tantas cruces?
ALB.—¿No me tengo que espantar?
¿A qué más pueden llegar
unos bríos andaluces?
CAM.—Luego, ¿dais en que es mujer?
ALB.—Tan cierto como hombre yo.
No más verla y se inmutó.
CAM.—Nada esto eché de ver.
Mas, ¿no veis que es desatino
ver un mancebo y decir
que es mujer?
ALB.—Falta saber
y averiguar su destino.
Oid, que os quiero contar
tocante al caso una historia,
que por ser mía y ser de ella
a entrambos nos mide y honra.
En la más bella ciudad
que mira el sol en Europa
pues todo el oro del mundo
es para hacella corona;
en Sevilla y en la calle
"Baños de la Reina mora"
nació Dinarda, y ya vísteis
por los ojos, si es hermosa.
Servíla, y después de un año
de paseos y de rondas,
papeles y diligencias
de terceras cautelosas,
rindióse sólo a escribirme,
que si dijera otra cosa,
a mi verdad y a su sangre
haría ofensa notoria.
Tiene el Duque de Medina
—ya entenderás que es de Sidonia—
a espaldas de su palacio
un corredor de pelota,
y tiene este corredor
empenachadas de hojas
las armas de los Guzmanes,
que en Tarifa se acrisolan,
y debajo de las armas
aquella fiera espantosa
que mató Guzmán el Bueno
en las africanas costas.
Entra por la boca el asta,
sale entre la crin cerdosa
el hierro bañado es sangre
que cíñele escudo y cola...
Estas armas, timbre y cerco,
que aquel corredor adornan,
un día estaba mirando
grande juventud ociosa,
porque acabado un partido
y desde una parte a otra
peloteándose andaban
por ser la tarde lluviosa.
Dió un caballero al león
un pelotazo en la boca
y dijo:—"En Africa había
una contienda dudosa
sobre quién mató al león;
pero sepan desde agora
que yo la maté, pues hay
testigos de la pelota..."
Respondí, aunque era de burlas,
por la afición que me toca
a la casa de Medina:
—"Necio es quien así se mofa
de la hazaña de un Guzmán."
—"Necio y vil es quien provoca
escondido entre la gente"—
me replicó.—Yo, la cólera
revuelta, asíle de un brazo;

él requirió la tizona,
alcé yo la pala entonces
y antes de él sacar la hoja
di con mi pala en su frente.
dejándola entre las losas
del corredor, moribundo,
a tiempo que la discordia
encendida entre los bandos
de las palas y tizonas,
desgarradas las gorgueras
y las plumas más airosas,
con sombreros y birretes
iban formando una alfombra.
Aquél grita por Guzmán,
el otro contra Sidonia;
el barrio entero se mueve,
se agita Sevilla toda.
Oidores y chancilleres
apréstanse con las rondas
y un veinticuatro que acude
seguido de gran escolta,
logra prender a los menos
y hace que los demás se escondan.
Yo, entre los más evadíme,
y al saber que la victoria
había determinado
mi vergüenza y mi derrota
—que el hermano de Dinarda
fué aquel que dejé en las losas
tan mal herido—, mis padres
el discreto acuerdo toman
que embarcase al otro día,
y con cartas me acomodan
para el de Osuna, virrey
que ha dos meses que me honra.
Dos meses aquí he llevado
que los recuerdos transforman,
mudándome de Dinarda
por Fenisa, cuando agora,
en la casa de Fenisa
vi este capitán, que es copia
de Dinarda tan pareja,
tan segura y asombrosa,
que ella es Dinarda y el traje
un disfraz que le acomoda.

CAM.—Pues, ¿cómo la que en Sevilla
doncella es de fama y nota,
ha de venir a Palermo
de capitán y a la ronda
de una Doña "Aquí me tienes"
según en lo que me compras?
¿Estáis en vuestro juicio?

ALB.—(*Pensativo.*)
Siento que ya se alborotan
recuerdos de mi Dinarda
contra Fenisa, y es cosa
de meditar y volver
esta noche.

CAM.—¿Luego ahora
dejáis a Fenisa cierta
por Dinarda, que es dudosa?
¿Tan mudable es vuestro amor?
¿Tan liviana vuestra gloria,
que cambia por el vestido
lo que otros por la personas?...
(*Salen derecha.*)
(*Por la izquierda, Fenisa y Dinarda, y detrás Bernardo y Fabio.*)
Fenisa, Dinarda, Fernando, Fabio.

FAB.—(Hagamos entre los dos
que se muestre más amante.)
(*Procuran hacer señas a Dinarda, avisándole de que acepte los rendidos amores de Fenisa.*)

FEN.—(*A Dinarda.*)
¿No quieres tú que me espante
de tu desdén?

DIN.—No, por Dios,
sino estar agradecida
a la lealtad que he mostrado
al capitán.

FEN.—¡Tú has vengado
muchos de quien fué homicida!
Mas piensa que pensaré
que es miedo y no lealtad.

DIN.—Amor sabe que es verdad.
Con Osorio aquí llegué;
él me trujo, él te ha servido,
¿no ves tú que no es razón
hacer tan vil traición
a un hombre tan bien nacido?
Si solo y por mi te viera,
¿sabes cómo me portara?
¡Qué de veces te abrazara!
¡Qué de amores te dijera!
Mi ventura sólo quiso
que en tan ingrato accidente
tus ojos sean la fuente
y yo tu loco Narciso.
Tántalo soy; no me toca
amor, sino enloquecer,
pues no te puedo beber
teniendo el agua en la boca...

BER.—(*A Fabio.*)
(¿Quédate ya alguna duda?)

FAB.—(*A Bernardo.*)
(Ninguna me queda ya.
Es tan hombre como acá
y más gentil por la muda.)

BER.—(La enredará y medraremos
los tres, que es rica sin tasa
esa Fenisa.)

FAB.—(¡Qué casa!)
BER.—(¡Mejor puesta la pondre-
(mos!)
FEN.—Bien podías, en secreto,
ser dueño de quien te adora.
DIN.—¿Qué más quiero?... Mas agora
la amistad me trae sujeto.
Osorio me trujo aquí.
Débole ya... hasta dinero.
FEN.—(*Con arrebato.*)
¡Pagarte las deudas quiero!
DIN.—(*Como ofendido.*)
¡Las deudas!
BER.—(*Con señas a Dinarda.*)
(¡Dile que sí!)
FAB.—(*Con señas a Dinarda.*)
(¡Dile que sí! ¡Voto va!)
BER.—(¡Agora calla el ladrón!)
FEN.—¿Cuando, dí, tu corazón
sus deudas me pagará?
BER.—(*Haciendo señas.*)
(¡Cuerpo de tal!)
FEN.—¿Tú resuelves
a no pagar este amor?
DIN.—Conociéndome en mi honor,
Fenisa, ¿a probarme vuelves?
Haz una cosa: da traza
de que el capitán se ausente
—pues tú podrás fácilmente
hacer que cambie de plaza—
y en su ausencia te prometo
dar rienda suelta a mi amor.
FEN.—En tu promesa y honor fío y la palabra acepto.
(*Sale Celia, azorada, por la izquierda del primer término.*)

Dichos, Celia

CEL.—(*Alarmada.*) ¡Que aquí está
(Lucindo!
FEN.—(*Inalterable.*) ¿Quién?
CEL.—El mercader de Valencia.
FEN.—¡Ah, sí! (*A Dinarda.*) ¿Me
(das tu licencia?
DIN.—Licencia tienes, mi bien.
(*Entranse Fenisa y Celia por la izquierda.*)
Dinarda, Bernardo y Fabio. Bernardo y Fabio acuden a Dinarda, cada cual cogiéndola de un brazo.
BER.—(*A Dinarda.*) ¿Cómo das en
(remolón
de amar tan gentil creatura?
FAB.—¿No sabes nuestra premura
de dineros?
BER.—¿Qué ocasión mejor aguardas?
FAB.—¿Qué mar
donde bogar más ligero?
BER.—¿Cómo no aceptas dinero?
FAB.—¿Cómo te haces rogar?
DIN.—Bien en vuestra condición
de villanos os mostrais,
cuando en la priesa buscáis
lo que es de la discreción.
¿Pues comp pedís, mostrencos,
sin diferenciar razones,
cazar fieras con halcones,
rendir garzas con podencos?
¿Pensáis que los menesteres
de amor no se han de estudiar,
y que se pueden juzgar
unas, todas las mujeres?
¿Merecerán trato igual
la altiva y delicada,
panes de la mesma hornada.
rosas del mesmo rosal?
¿No distinguís los antojos
del amor que reverencia?
Pues, qué, ¿es hermana la ciencia
de unos ojos y otros ojos?
No es este amor de posada
ni Fenisa tan corril.
sino dama a lo gentil
de condición avisada,
y mal puedo, en unos ratos
de dama con caballero.
portarme como arriero
con una atropella-platos...
BER.—(*Perplejo.*) ¡Por Dios, que si
(bien se advierte!
FAB.—(*Perplejo.*)
¡Por Dios, qué claro razona!
DIN.—(*Contoneándose.*)
¿Pensáis que aquesta persona
no sabe de amor la suerte?...
¡Pues cuántas damas de pro
no cayeron en mis lazos!
¡A cuántas en estos brazos
tan diestros. no dormí yo!
¡Ni quién como yo ha sabido
de todo cuanto a amor toca!
¡De confituras de boca
y de regalos de oído!
BER.—(¡Pensar que la sospechamos
de mujer!)
FAB.—(¡El más galán
no llega donde el Don Juan
que por suerte disfrutamos!)
(*Asoman Lucindo y Tristán por la derecha.*)

Dichos: Lucindo y Tristán.

LUC. (*A Tristán.*) ¿No le dió Celia mi recado?
TRI. Pienso
que tiene algunos huéspedes Fenisa...
LUC. ¿Es caballo de Troya aquesta casa,
que siempre está preñada de armas y hombres?
TRI. ¿Pues cuál audiencia pública, Lucindo,
iguala al patio de una mujer de éstas?
Aquí tiene sus horas y aquí juzga,
entre los pretendientes y abogados
que le envían presentes y procesos,
y el memorial de ayudas y el soborno.
LUC. (*Por Dinarda.*) ¿Quién es este español que tan solícito
frecuenta así esta casa?
TRI. ¿Este?... Imagino
que es el del alma.
LUC. Y yo ¿soy el del cuerpo?
Donaire tienes. Si Fenisa vive
en el cuidado que la ves conmigo
y le cuesto regalos y dineros,
¿cuál otro puede haber que sea del alma?
TRI. ¿No sabes tú que hay almas en que caben
como en costal, los tres y los trescientos?
Cuando ves escribir a una señora
treinta papeles para treinta amantes;
que a uno le pide el coche y a otros celos,
y a éste le habla en su alcoba y a otro en misa,
¿has de pensar que sólo quiere a uno?
LUC. (*Por Dinarda.*) Hablarle intento...
TRI. Sin cuidado puedes.
LUC. Hablaros, caballero, he deseado.
DIN. No menos yo, que os hablaré gustoso;
mas si es por celos de Fenisa, os pido
no los tengáis de mí, porque a su casa
me han traído cuidados diferentes...
¿Cuándo os volvéis a España?
LUC. Ya he resuelto
de que en todo este mes, porque a mi gusto
he despachado cuanto della truje;
mas tiéneme Fenisa cautivado... (*Hablan aparte.*)
BER. (*A Tristán, con reverencia.*)
Señor lacayo...
TRI. Señor Duque...
BER. ¡Oiga
la chanza! ¿Es español de tal alcurnia,
que el "lacayo" le enfada?
TRI. Sus altezas
perdonen, que mi facha, a lo que entiendo,
no es para contentar a dos virreyes...
BER. (Ladino es el bellaco.)
FAB. (Y pajarote.)
LUC. (*A Dinarda.*)
Pues tendré gran merced que nos hablemos.
DIN. A donde os dije estoy.
LUC. Yo iré a buscaros...
BER. Fabio, don Juan se va...

FAB. (*Con reverencia cómica.*) Señor lacayo...
TRI. (*Reverencia cómica.*)
¡Alteza!, perdonad... ¡Perdón, alteza!
DIN. ¡Pajes!
BER. Señor.
DIN. ¡Hacia palacio vamos! (*Sale con los pajes.*)

Lucindo. Tristán, Celia, por la izquierda

CEL.—Mi señora te suplica,
Lucindo, que la perdones,
ya que por ciertas razones
que aquí no te significa
no puede salir a verte.
LUC.—Cierta visita que vi
y ha poco salió de aquí
avisóme de esta suerte.
Es Fenisa flor de corte,
y lindo don Juan de Lara;
cuando ella no me avisara
él me avisará en su porte
vencedor...
CEL.—No digas tal,
Lucindo, de mi señora...
LUC.—¿Y el no recibirme agora
con pretexto desleal?
¿Es que hay adentro?...
CEL.—No sigas
ofendiéndola de ausente...
que enferma saldrá, y presente
ha de estar cuando digas...
(*Sale izquierda.*)

Lucindo, Tristán

LUC.—Escucha...
TRI.—Enojada fué
LUC.—¿Por lo que dije?
TRI.—Fué error
llamar fingido su amor.
(*Salen Celia y Fenisa, ésta enlutada y con una carta y llorando.*)

Dichos, Fenisa y Celia.

LUC.—(*Sorprendido al ver a Fenisa.*) (¿Qué es esto, Tristán?)
TRI.—(*Idem.*) (No sé.)
LUC.—(*A Fenisa.*) ¿Luto vos, señora mía?
¿Qué duelo es ese y qué llanto?
FEN.—Para no afligiros tanto
no veros, mi bien, quería.
Mas como allá dentro oí
ofender mi gran amor,
aun a trueque del dolor
a defenderlo salí.
Quiero ver si se asegura
en tu hidalguía española
herir a una mujer sola
(*Sollozando.*)
y en tan recia desventura...
TRI.—(¿Pucheritos al salir?)
(¡El Señor nos libre, amén!)
LUC.—Sosiégate ya, mi bien;
celos me hicieron decir...
FEN.—(*Con estupor.*)
¿Celos de mí, a quien tu amor
tiene como emparedada?...
¿Hay suerte tan desdichada?
TRI.—(¡Hay embustera mayor!)
LUC.—¿Qué puede haber sucedido,
alegría de mis ojos,
que en nubes de agua y enojos
este sol tiene escondido?
¿Qué es este luto que enluta
tus adornos y primores?
¿Qué dolor de los dolores
tu corazón ejecuta?
FEN.—¡Ay! mi español adorado,
si acaso el caso sabéis,
pienso que disculparéis
las lágrimas que he llorado,
porque, al fin, de sangre son.
LUC.—¿Cómo de sangre?
FEN.—Pues ya
desearlo sabéis todo.
esta carta dice el modo,
(*Dale la carta.*)
la pena y quién me la da.
LUC.—(*Lee.*) "Hermana mía, y la postrera vez que podré llamaros hermana: a mí me han sentenciado a muerte en vista y revista. La parte, por mediación del príncipe de Butera, perdona por tres mil ducados. No tengo, hermana, medio de pagar; si los tenéis, vuestra sangre soy y anduve en las entrañas mesmas donde anduvisteis. De Mesina, etc.—*Camilo Fénix.*"
¡Extraña carta! (*Fenisa se desmaya.*)
CEL.—¡Ay de mí,
que se cayó desmayada!
LUC.—(*Acudiendo.*) ¡Fenisa! ¡Fenisa amada!
CEL.—Respira.
LUC.—¿Respira?
CEL.—Sí.
LUC.—Volved en vos, que habrá medio
de remediar...
FEN.—(*Abriendo los ojos.*) ¡Ay, mi hermano!

LUC.—¿Habla?
CEL.—Sí.
LUC.—¡Amor soberano,
de tu mano fué el remedio!...
¿Qué puedo yo hacer por vos
y ese hermano sentenciado?
FEN.—¡No hay remedio en lo crea-
(do!
LUC.—Busquémoslo entre los dos.
FEN.—El solo que haber podría
es que pues habéis vendido
la hacienda que habéis traído,
según Celia me decía,
sobre mis joyas y hacienda
me prestéis dos mil ducados,
que estos rigores pasados...
yo os fío...
LUC.—No habléis de prenda,
que harta prenda es el amor
y obligación que yo os debo.
FEN.—¿Queréis honrarme de nuevo?
LUC.—Antes es gusto que honor.
Pero advertid, alma mía,
que un mercader sin dinero
es como amor sin tercero
o como sin luz el día...
Habéis de prometerme
pagar en breve, que ya
mi partida cerca está
y será echarme a perder...
FEN.—Apenas libre mi hermano,
unas casas vendemos
que cerca de aquí tenemos,
y os pagaré de mi mano...
Pero tomad, por mi vida,
mis joyas, yo gusto de esto.
LUC.—Tristán, parte casa presto
y en el arca guarnecida
un gato hallarás que encierra
en oro dos mil ducados.
Toma la llave.
TRI.—(Sitiados
nos vemos, como en la guerra.)
LUC.—¿No vas, Tristán?
TRI.—Sí, señor.
LUC.—Pues, ¿qué miras?
TRI.—(*Aparte a Lucindo.*) (¿Estás
(loco?)
LUC.—(Déjame ser noble un poco
y no ingrato a tanto amor;
yo conozco esta mujer
y sé que lo he de cobrar.)
TRI.—(Las joyas debes tomar
o todo lo has de perder.)
LUC.—(*Asperamente.*)
(Ve, digo, y ya estás aquí.)
TRI.—(Me estoy viendo como Adán.)
(*Sale por izquierda.*)
Fenisa, Lucindo, Celia
FEN.—¿Qué te decía Tristán?
LUC.—Es bueno y mira por mí...
Rústicamente quería
que vuestras joyas tomara...
Es mercader y repara
en prendas.
FEN.—(*Altivamente.*) ¡Por vida mía!
LUC.—Por vida vuestra, mi bien,
que basta un cabello en prenda
si es tuyo, y ninguno entienda
que más quiero que me den.
Las almas, ¿tienen valor?
FEN.—¿Qué mayor?
LUC.—Si se celebra
que de cada sutil hebra,
cuelga mil almas amor,
¿qué más prenda que un cabello
donde mil almas están?
Mas qué, ¿no viene Tristán
si va inquietándome en ello?
Está la posada junto
de vecindad tan amada..
Voy yo mesmo a la posada
y haré que los traiga al punto.
FEN.—Ven a comer hoy conmigo.
LUC.—Me das un bien soberano
CEL.—(*A Fenisa.*) (¡Vuestro her-
(mano!)
FEN.—Y de mi hermano
por mí y por él te bendigo,
que así han de ser a compás
tus acciones de benditas,
pues si a él la muerte le quitas
a mí la vida me das.
La premura te prevengo.
Ven, Lucindo, y encamina
ese dinero a Mesina.
LUC.—Espérame, que ya vengo.
(*Sale derecha.*)
Fenisa y Celia.
FEN.—¿Vendrá, Celia? ¿Qué ima-
(ginas?
CEL.—Que volverá a la querencia,
pues no hay cuasi diferencia
del hombre y las golondrinas.
FEN.—¡Mira que si no volviera!
¡Sólo el decillo me espanta!
CEL.—¡Calla, que se me atraganta
la saliva tragadera!
(*Pausa.*)
¡Después de lo que has gastado
en regalar a don Juan!
FEN.—Si se torciese este plan

que por don Juan he fraguado.
antes que a la vida errante
de mujer mercadería...
en los brazos me echaría
del mar, mi postrer amante.
(*Pausa.*)
Mas no sé cómo me rindo
a pensamientos livianos
cuando ya tengo en mis manos
todo el oro de Lucindo.
(*Arrebatada.*)
Ducados así, a puñados.

CEL.—Ducados así, a montones...

FEN.—Terciopelos.

CEL.—¡Y brocados!

FEN.—Y cintillos.

CEL.—¡Y doblones!

FEN.—Y un tocador de oro y plata

CEL.—Y un esclavo, siempre alerta.

FEN.—Y le coche siempre a la puer-
(ta.

CEL.—Y luego la caminata
por el puerto.

FEN.—¡Y el reir
tendida en el almohadón
abanicándose al son
de las olas... ¡y morir! (*Rie mucho.*)

CEL.—Nota que has muerto, sin que
don Juan, por quien vives loca,
se haya posado en tu boca...

FEN.—Dices bien, que lo olvidé...
(*Tornándose triste.*)
¿De qué ruin condición
somos hechas las mujeres,
atentas a los placeres
y ajenas al corazón?
¿Cómo, si teniendo en mí
tan mío a don Juan de Lara,
pudo ser que lo olvidara
si estaba conmigo, dí?

CEL.—Venturas de tu don Juan
que paseabas en coche
de la mañana a la noche...
mas aquí viene Tristán...,
¿Si maullará el gato aquel?
Dichas y Tristán con una bolsa de piel de gato con dinero.

TRI.—Aquí llega un mentecato
con dineros en un gato
y ninguno para él.

CEL.—Señora, aquí está el dinero.

FEN.—Muestra a ver. ¡Escudos son!
Tristán, toma ese doblón
y dí a tu señor que espero
que venga luego a comer,
que le aguardo agradecida,
y vuélvete, por mi vida,
que tengo mucho quehacer.

TRI.—(Ya sé el quehacer que tendrás,
ladrona de mi señor...
¡Un doblón por el favor!
¿Cuándo el cuello doblarás? (*Sale derecha.*)

Fenisa y Celia.

FEN.—¿Fuése ya?

CEL.—Va murmurando.

FEN.—También murmuran los ríos
y de oir y ver sus bríos
se están los peces holgando.
(*Mirando el bolso.*)
¿Será gran descompostura
besar este gato?

CEL.—No,
que es de algalia y pienso yo
que su perfume es ventura.

FEN.—Ves aquí, Celia, a Lucindo
besado en forma de gato.

CEL.—¿No hay mujer que sin re-
(cato
quiere y besa a un perro lindo?
¿Pues por qué nos has de besar
un gato lleno de oro?

FEN.—Yo lo diera a quien adoro

CEL.—No digas, loca de atar...

FEN.—Quiero a don Juan, que me
(muero.

CEL.—Llamá a tu gato "don Juan".

FEN.—(*Oyese gente.*) ¿Quién?

CEL.—Que llega el capitán...

FEN.—Esconde pronto el dinero...
(*Asoma el capitán Osorio, chafarote, galán y jugador, facundioso y perdonavidas. Celia, llevando el bolso, se entra aprisa por la izquierda.*)

Fenisa, el capitán Osorio.

Dichas y Tristán con una bolsa de piel de gato con dinero.

OSO. Después que vives ya tan recogida,
Fenisa, que a tu puerta y tu ventana
apenas hay un hombre que resida
una hora de la tarde o la mañana.
Después que has dado en reducir tu vida
al estilo y manera "valenciana",
no admites juego ni conversa quieres...

¡Qué bien medran con esto las mujeres!
Yo ser solía tu galán de esquina,
el bravo de tu puerta y el matante,
el que echaba los hombres en cecina
y de tu encantamiento era el gigante.
Ya duermes, como tímida gallina,
debajo de las alas de tu amante,
y antes que el sol acabe su carrera
no hay una mosca de tu puerta a fuera.
Estás enamorada, que parece
cosa imposible en condición tan loca...
¿Qué luto es este y qué desdén ofrece
tu vista y el perjeño de tu boca?
¿Es don Juan por ventura el que merece
volver en agua tu cristal de roca?
Dame parte de todo como amigo,
que bien sabes que siempre estoy contigo ..

FEN. Siempre al favor de u española espada
en Sicilia viví, gallardo Osorio;
siempre, con libertad o enamorada,
has presidido en este consistorio.

OSO. Mira que traigo aquí un camarada,
no para alfeñicarse en lo ilusiorio,
sino para provecho de tu casa...

FEN. Llegue todos, si nadie se propasa ..

OSO. Albricias, camaradas... ¡ya hay licencia!...
(Entran por la derecha Triviño, Campuzano y Orozco.)
Dichos, Triviño, Campuzano y Orozco

CAM. *(A Fenisa.)*
Beso a vuestra merced las manos.

TRI. Todos
nos remitimos hoy a su elocuencia.

FEN. (¿Españoles? ¡Haránse de los godos!)

ORO. ¿Hay sillas?

FEN. ¡Celia!...

CAM. Gente es de conciencia.
Dichos y Celia.

FEN. *(A Celia.)* ¿Guardaste aquello?

CEL. (Está cuarenta codos
debajo de la tierra.)

FEN. (Bien has hecho.)

CEL. (¿Qué chusma es esta? (¿Es gente de provecho?)

FEN. (Soldados españoles, plumas, galas,
palabras, remoquetes, bernardinas,
arrogancias, fachendas y obras malas.)

TRI. *(A Orozco, por Celia.)*
Siempre me agradan estas frascisquinas.

ORO. ¡Que siempre en agua de fregar resbalas!

TRI. Vos, sois poeta... ¡Allá cosas divinas!

ORO. No sé, a fe de soldado, de esta seta...
Verdad es que en España fuí poeta.

CAM. ¿Y érades vos de aquellos impecables
cuyos versos destila en alambique
la culta mesa?

ORO. Fuí de los palpables,
imitador de Lope y de Manrique,

OSO. Juguemos.
TRI. Vengan dados...
OSO. (*A Fenisa.*) Como entables
juego en tu casa y esta grey se pique,
habrá día que valga cien ducados
y aún doscientos es poco.
CAM. Traigan dados.
(Traen dos escuderos una mesa, meten los dados en un cubilete y pónense a jugar. Aparece Tristán por la derecha. Fenisa y Celia, al verlo, cuchichean.)

Dichos y Tristán.

TRI.—(*Al ver los soldados.*) (¿No lo
dije?) Ya se están
mpleando los ducados.
Tirando están a los dados
on tus escudos, Tristán!)
CEL.—(*A Tristán.*) ¿Qué nos traéis?
TRI.—Ya no queda
ue traer, pues cuanto había
e trujo; ¡y por vida mía
ue se reparte por rueda!
Fenisa habla aparte con Osorio, mostrándole a Tristán.)
CEL.—Amigos son de la casa
ue juegan honestamente
o suyo... Y a más es gente
ue al gasto no pone tasa.
¿Qué os trae por acá?
TRI.—El envite
le esta gente pendenciera
esperando su convite.
CEL.—¿Su convite decís? ¿Cuál?
TRI.—¿Que cuál? ¡El de tu señora
a mi señor!
CEL.—¿Pues ya es hora?
TRIV.—¿Si es hora? ¡Cuerpo de tal!
CAM.—(*Jugando.*)—Más a trece.
TRIV.—(*Jugando*) Más por mí...
CAM.—(*Gritando.*) ¿Aquesto es más?
TRIV.—(*Gritando.*)—¡Topo y tengo!
TRI.—(En mal hora y sazón vengo,
que estoy por demás aquí.)
OSO.—(*A Tristán.*) Señor hidalgo...
(¿Jugáis?
TRI.—No. que a otra cosa he ve-
(nido...
OSO.—¡Agora habéisme ofendido!...
Aquesto es que sospecháis
que son dados apañados...
TRI.—¡No sospecho!...
OSO.—(*Echando mano a la espada.*)
¡Vive Dios
que hemos de jugar los dos
la vida, si no los dados!...
CEL.—¿Cómo venís a mover
guerra al capitán?
FEN.—¿Qué ha sido?
OSO.—**Insultos me ha** dirigido...
¡Cuerpo de tal! ¡Lo he de hacer
tajadas! ¡Ira de Dios!
FEN.—(*A Osorio.*) Ved que os lo pi-
de Fenisa...
(*A Tristán.*) ¡Escápate más que aprisa!
(*Tristán escapa.*)
OSO.—(*Tras él.*) ¡Voto va!... (*Envaina la espada.*)
A no ser por vos,
Fenisa, tajadas es,
que ya conocéis mi brazo.
(Después que cayó en el lazo,
los otros.)
FEN.—Comamos, pues,
en albricias, capitán.
OSO.—A estos huéspedes honremos.
¡Alto en los dados!
TRI.—Dejemos
dados.
CAM.—Dejados están.
OSO.—¿Qué hay, pues, de comer?
CEL.—No falta.
OSO.—¡Escuderos!
CEL.—Aquí hay dos.
FEN.—Celia, disponedlo vos.
OSO.—Vayan Robledo y Peralta,
y traigan cuatro capones,
seis perdices, tres conejos...
TRI.—¿Y el vino?
OSO.—Cuatro pellejos.
CAM.—¿Y fruta?
OSO.—Uvas y melones.
FEN.—(*A Celia.*) Echa una pastilla
aquí.
OSO.—(*A los soldados.*)
¿No habéis visto la limpieza
de Fenisa?
ORO.—De esta pieza
ya lo demás presumí.
CAM.—Venid y veréis qué aseo
en suelos, estrado y cama.
TRI—No más miro, que es gran da-
(ma.
OROZ.—(*A Osorio.*)—Días ha que la

(deseo.
¡Habladla!
OSO.—(Tened paciencia
que de ello me encargo yo.)
(*Sale con los soldados por la izquierda.*)
CEL.—(*Riéndose.*) ¿Y Lucindo?
FEN.—(*Riéndose.*) ¡Se quedó
a la luna de Valencia!
Fenisa y Celia.
CEL.—¿Dará parte al tribunal?
FEN.—¿De qué, si no hay docu-
(mento?
CEL.—¡Hará a lo menos intento
de venir!
FEN.—Será en su mal
y daño, que, pues, no tiene
ni documento ni prenda,
no habrá quien favor le venda.
Cuando Fenisa previene
un golpe de estos, jamás
hay de qué sobresaltarse.
CEL.—Mas conviene prepararse
por si vuelve.
FEN.—Quedarás
aquí, alerta, mientras yo
recuento nuestro tesoro.
(*Sube por la escalera.*)
¡Tres mil ducados en oro!
CEL.—(*Burlona.*)
¡Don Juan, que se te borró
nuevamente!
FEN.—(*Saliendo a la galería.*)
En tal instante
dentro el corazón saltaba,
que cuando el oro mentaba
iba don Juan por delante.
¿Te prometió que vendría?
CEL.—Lo prometió con tal fuego
que tuve que escapar luego
por no ver cómo se ardía...
FEN.—(*Desde la baranda.*)
Al tocador voy un rato;
entretenme tú a esa tropa...
Que el gato es como la estopa,
y voy a esconder el "gato"...
Celia, Lucindo y Tristán.
LUC.—(*Furioso, dentro.*)
¡O entras, o te hundo la daga
en el pecho!
TRI.—(*Furioso, dentro.*) Mas señor,
¿qué culpa tengo en rigor?
¿Qué queréis que yo le haga?
Si está lleno de soldados
y matones...
LUC.—(*Dentro.*) ¡Entra o mueres!
TRI.—(*Asomándose resuelto.*)
Pues qué, ¿mi muerte prefieres?
(*Con los ojos cerrados.*)
¡No me matéis, desalmados!
(*Como ante un peligro de muerte.*)
¡No! (*Abriendo los ojos.*) ¡No está
(¡No está
(*Avisando.*) ¡No están!
LUC.—Vil eres, que me has mentic
TRI.—Cierto, señor, que se h
(ido
CEL.—¿Qué buscan y adónde va
LUC.—Celia o infierno, ¿qué es es
que conmigo hace tu ama?
CEL.—¿Y viene a ver una dama
gritando tan descompuesto?
¡Jesús! ¿Infierno soy yo?
LUC.—¡Llama, Celia, a tu señora
que el recelo siento agora
que otras veces me engañó!
CEL.—Está comiendo y será
mal el pasalle recado.
LUC.—(*Furioso.*)
¿Pues no era yo el convidado?
No más burlas, ¡voto va!
(*Sale Fenisa, en peinador, como*
quien se está haciendo el tocado, y as
mase a la galería.)
Dichos: Fenisa.
FEN.—(*A Celia, desde la baranda*
¿Con quién hablas? ¿Qué es aquesto
LUC.—(*Encantado al verla.*)
(¡Qué hermosa!) Soy yo.
FEN.—¿Quién es?
LUC.—Lucindo, ¿pues no me ves,
o me olvidaste tan presto?
¿No me reconoces ya,
o tienes vista tan corta?
FEN.—Cólera y gritos reporta
y ven esta noche acá.
Que agora ni es ocasión
ni discreto, ni prudente,
ya que está llena de gente
la casa, por la razón
que conoces. Te pedí
el dinero que ya sabes
para aquellas cosas graves,
y aunque dijiste que sí,
como lo estoy esperando
me valgo de lo que puedo.
(*Se entra y hace señas a Celia.*)
TRI.—(Agora sudo de miedo.)
LUC.—¿Qué dices, que estoy tem
(blando
Tristán, ¿pues no lo trajiste?
TRI.—¿Cómo no lo he de traer?
¡Si es que esta mala mujer!...

LUC.—¿Pero tú a quién se lo diste?
TRI.—A ella mesma y en sus manos,
¡que a poco no me desgarra
al ir a echarle la garra!
LUC.—Mas ¿qué es esto? ¿Qué vi- (llanos
procederes eslabona
esta hermosura de lobo?
TRI.—No más que el del robo...
LUC.—¡El robo!
TRI.—(*Gritando.*) ¡Ladrona!
LUC.—Sí, tal. ¡Ladrona!
(*Guiados de Celia, asoman por la izquierda, desnudas las espadas y amenazadores, Osorio, Triviño, Campuzano, Orozco y escuderos. Tristán, al verlos, queda mudo de terror. Lucindo, aunque con más entereza, se sobrecoge también.*)
Dichos: Celia, Osorio Triviño, Orozco y Campuzano por la izquierda. Luego Fenisa a la baranda.
OSO.—¿Quién abona al mal nacido
que estando aquí honrada gente
grita temerariamente?
TRI.—(*Aterrado.*) ¡Yo no he sido!
TRI.—(*Aterrado.*) ¡Yo no he sido!
OSO.—¿Pues quién de los dos?
LUC.—(*Tímidamente.*) ¡Yo fuí!
OSO.—¡Pues vais a otro mundo vos!

FEN.—(*Corre despavorida a la baranda.*)
¡Por Dios, capián! ¡Por Dios!
¡Por Dios os ruego y por mí!...
OSO.—(*A Fenisa.*)
Ya por dos veces, Fenisa,
a vuestra voz y mirada
quedó suspensa mi espada...
(*A Tristán y Lucindo.*)
¡Cuerpo de tal! ¡Más aprisa
despejad de aquí!
TRI.—(*A Lucindo.*) (¿Estáis viendo como es cierta la encerrona?)
LUC.—(¡Ya me pagarás, ladrona!)
(*Salen cabizbajos.*)
OSO.—A ti, Fenisa, encomiendo
que luego que estés dispuesta,
hermoseada y pulida,
que desciendas, por tu vida,
a presidir nuestra fiesta.
Tu guante en el cerco arroja
de reina aquí proclamada
para reñir la cruzada
el bravo que lo recoja.
FEN.—El guante os va del honor,
según es vuestro deseo...
Comience, pues, el torneo
y acójalo el vencedor.
(*Fenisa arroja el guante: los rufianes forman "cruzada" y riñen.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Hostería, hospedaje de Dinarda. Estancia donde comen, beben y juegan soldados y mujeres de la aventura. Puertas al fondo y laterales. Mesas y taburetes. Celia y Albano en una mesa de la izquirda

Celia y Albano, soldados y mujeres que no hablan.

CEL. Unos tras de otros, sogas y calderos,
al fin en la hostería habemos dado.
Fenisa por don Juan, que de acá es huésped;
vos por Fenisa, que aún os quita el sueño,
y yo por mis oficios de doncella.
ALB. Yo vine acá, según es mi costumbre,
ignorando encontrarte; y aún sospecho
que cuando de Fenisa me has contado
es chanza y buen humor.
CEL. Ha más de una hora
que por aquella puerta de allá enfrente,
de don Juan a la estancia se acogieron.
ALB. ¿Fenisa y don Juan dices? ¿Luego es claro?
¿Tú los has visto juntos?
CEL. Los he visto

y aún tú los puedes ver... Los celos deja
del capitán, que no es sino su cebo,
y atiende a que don Juan la trae loca.

ALB. ¿Y de él?

CEL. No te diría yo otro tanto.
Un galán tan galán y gentilhombre
que entre las bellas damas de Sevilla...

ALB. ¿De Sevilla es don Juan?

CEL. ¿Qué te sorprende?
Es de Sevilla, noble y generoso,
tiene gentil figura y veinte años...

ALB. ¿Y tú lo has visto con Dinarda?

CEL. Como estamos tú y yo... pero más tiernos.

ALB. (Es mi Dinarda ¡Agora ya no dudo!...
¡Dinarda es que me ha visto amar a otra!)

CEL. ¿Conoces a don Juan tú por ventura?
¿Te robó alguna dama? ¿Le aborreces?
¿Cómo a su nombre estás descolorido?

ALB. Jamás le vi ni aún escuché tal nombre... (*Pausa.*)

CEL. Duro oficio es aqueste de doncella
de una señora tal como Fenisa.
Cuando no el esperar en este modo,
es algo más peor... Somos abejas,
labramos el panal ¡y otros lo comen!...
(Entra Camilo y va dereho y con agitación a Albano. Celia se aparta y luego vase derecha.)

Camilo, Albano.

CAM.—En vuestra busca he venido
por la ciudad descompuesto
y a gran ventura he tenido
hallaros...

ALB.—Pues ¿cómo es esto
que venís despavorido?

CAM.—Un caballero portado,
español recién llegado,
solícito preguntaba
adónde Albano paraba,
de un soldado a otro soldado.
Llegué, díjeselo, y luego
le pregunté qué os quería,
mostró algún desasosiego
y dijo que volvería,
sin que bastase mi ruego.
Seguíle y en su posada
pregunté quién era...

ALB.—¿Quién?

CAM.—Ninguno me supo nada.
Fuíme al puerto, que también
fué indicación extremada,
y me dijeron allí
que un hombre como el que ví,
apenas desembarcado
de Sevilla, ha preguntado
con gran extremo por ti.

ALB.—Y ese hombre ¿quién es?

CAM.—Su nombre
un gran peligro te guarda:
don Félix es ese hombre...

ALB.—¡El hermano de Dinarda!
Vamos, Camilo, que sé
que es hombre de corazón,
y pues tan mal le agravié
hiriéndole en la ocasión
aquella que te conté,
y está por medio el amor
que por su hermana hay en mí,
prudencia será valor,
que agora en mí da el dolor
de la herida que le abrí... (*Salen izquierda.*)

Celia, por la derecha y los que no hablan.

Tienen que ver estas damas
que pasan de enero a enero,
más amores en sus tramas
que barcajes el barquero,
y cuando algún caballero
las trae a mal traer...
¡tienen que ver!
Tienen que ver en lo altivas
que son con los pretendientes,
blandas sólo a los presentes
y en lo demás pañas vivas,
y cuando caen cautivas
de un amor-anochecer...
¡tienen que ver!

(*Asoman por la izquierda Félix, Lucindo y Tristán. Celia, al verlos, da un grito, y se entra por donde salió.*)

CEL.—¡Amo y criado aquí están!
(*Se entra.*)
Don Félix, Lucindo y Tristán, con vestidos más ricos y lujosos.

LUC.—Por acá suelen caer
españoles a beber
en compañía de Tristán.

TRI.—Por acá suele acudir
la grandísima señora
que se llevó en una hora
un siglo de bien vivir.

LUC.—(*A don Félix.*)
Gracias que vos al llegar
nos disteis prendas mejores.

D. FEL.—En un cambio de favores
no hay favor, sino cambiar.
(*A Lucindo.*)
Vos de Fenisa agraviado,
yo de Albano con afrentas,
hemos reunido las cuentas
para cobrar al contado.
Ella y él amigos; vos
y yo, deudos y allegados.
en tierra extraña juntados
por la venganza los dos.
Dios hará que nos cobremos
debidamente y por junto.

LUC.—Tristán, aún nos queda el (punto
de la Aduana. ¿Qué haremos?

TRI.—No hay sino disimular
y hacerse nuevas, señor.

D. FEL.—Sospecho que lo mejor
con mujeres, es no dar.

LUC.—No dar, mas sí prometer
cuanto su afán nos indique;
que no hay mujer que no pique
en promesas, si es mujer.

TRI.—Mira bien si te has lucido
prometiendo...

LUC.—¡Ya soy diestro!

TRI.—¡A buen hora eres maestro,
después que te han esprimido!

LUC.—Pues, ¿cómo quieres que (aprenda
el hombre, sin el agravio?
¡De amor y hacienda el más sabio
es quien perdió amor y hacienda!
De ambas cosas sabio soy,
pues ambas cosas perdí,
y lo que sembrando fuí
ahora cosechando voy.

TRI.—(¡Señor, que pasa el umbral
Fenisa, prepárate)
(*Por la derecha, Fenisa y Celia con mantos; al ver a Lucindo y Tristán, fingen sorpresa.*)
Dichos, Fenisa y Celia

LUC.—(*Fingiendo gran dolor.*)
¡Fenisa!

FEN.—(*Idem.*) ¡Lucindo!

TRI.—(¡A fe
que valen tal para cual!)

FEN.—(*A Celia.*)
(¡Viene más engalanado!)
(*Con tenura.*) ¡Lucindo!

LUC.—¡Fenisa!

TRI.—(*A Lucindo, interponiéndose.*)
¡No!
¡No más, no más! Ya bastó
y sobró con lo pasado...

LUC.—(*A Tristán, suplicando.*)
Tristán...

FEN.—(*Irritada.*) ¡Tristán!...

TRI.—Agrio o miel
el demonio que os entienda,
que esta segunda contienda
será un segundo Montiel.
Una ley tiene el amor.
mas el negocio otra ley:
"ni quito ni pongo rey,
pero ayudo a mi señor."
(*A Lucindo.*)
Sigue en tu locura vana
de amar quien burló tu fe.
que ya a tiempo me cuidé
de avisar en la Aduana,
y de allí no has de sacar
aceite, frutas, sedas,
en tanto que no te quedas
libre de tan loco atar.

FEN.—(*A Celia, por Tristán.*)
(Ve y ofrécele y procura
contentalle.) (*A Lucindo.*) La opinión
de un criado socarrón
más en mi honor me asegura.

LUC.—(*Disculpando a Tristán.*)
Como viejo, es descortés...
mas no escuches sus enojos.

FEN.—(*Acercándose tiernamente a Lucindo.*)
¿Sabes algo de estos ojos?
¿Qué es lo que en sus niñas ves?

LUC.—Sé que estas niñas lo son
de tal forma en las mudanzas,
que dan nuevas esperanzas
después de la posesión...
(*Siguen hablando.*)

TRI.—(*Fingiéndose convencido.*)

(¿Aqueso habré de creer?
¿Piensas que me mamo el dedo?
Lo del vestido, concedo,
mas lo otro...)

CEL.—(Si lo has de ver
por tus ojos; allá están
los cuatrocientos ducados
en un bolsillo apartados,
con un rótulo: "A Tristán..."
Luego que cesó la broma
y dimos mano a la risa,
por encargo de Fenisa
fuí a la posada...

TRI.—¡Toma!
¡Agora me convenció!
Cierto, que fué una tapada
preguntando en la posada
por mi señor.

CEL.—¡Si era yo!
(¡Necio es!)

TRI.—(¡Tonto me ha creído!)

CEL.—Yo, que lleva apartados
los cuatrocientos ducados.
(*Siguen hablando.*)

LUC.—(*A Fenisa.*)
Sabe Dios que no he sentido
perder, Fenisa, el dinero,
sino el ver, como lo vi,
de ti burlado...

FEN.—¿De mí?

LUC.—Un amor tan verdadero.

FEN.—Yo sólo quise probarte;
aquella excusa tracé
del dinero, con la fe
de una ruina evitarte,
pues viéndote generoso,
galán, cortés y sencillo,
quise poner tu bolsillo
en seguro cauteloso.
A poco que te partiste
mandé con Celia a buscarte...
y acababas de mudarte...
(*Sollozando.*)
¡Qué buena noche me diste!
¡Qué caro me costó
haber querido y querer
probarte así.

LUC.—(¡Qué mujer!)
¿Luego aquella noche?

FEN.—¡Oh!
No sé cómo te refiero
aquel dolor sin igual
y aquel tanto y tanto mal
que me trujo tu dinero.
El bolso tuyo tomaba
en mis manos, y decía
cosas que, quien las oía,
enternecido quedaba.

LUC.—¿Es posible, mi señora,
que merezca con mi ausencia
lágrimas tuyas? ¡Oh, ciencia
del adivinar, traidora!
Bendito el llanto, mi bien.
Mas no es justo estar aquí.
Si tú me quieres así,
yo te quiero así también,
Con Tristán a la Aduana
iré a disponerlo todo
para vender en buen modo
mercancía valenciana,
porque al vendería te entregues
en la plata y en el oro,
pues me basta por tesoro
que tus ojos no me niegues.
¿Puédote agora abrazar?

FEN.—Agora y siempre, mi bien.

LUC.—Vete con Dios y preven
para esta noche cenar.
Que voy con aqueste hidalgo
en casa de un mercader
que merced me quiere hacer
por él, no por lo que valgo;
de que contra mercancías
trés mil ducados avance...

FEN.—¡Agora es bueno el percance!
Pues, ¿y yo?

LUC.—¿Qué tú hallarías
quien me lo diese?

FEN.—Tal vez.
¿Para qué son?

LUC.—Para trigo,
que hay falta en Valencia.

FEN.—Digo
que sí, por segunda vez...
Sé por cierto caballero
que una dama de opinión
anda buscando ocasión
de colocar un dinero.

LUC.—Con trigo habrá gran ganancia,
pues no hay allá.

FEN.—Dices bien,
y yo haré que te lo den.
Pero, ¿será de importancia
el resguardo de tu hacienda?

LUC.—Del almacén donde está
haré las llaves

FEN.—Será,
Lucindo, bastante prenda.
(*Pausa.*)
Advierte que han de querer
un treinta por ciento.

LUC.—Es cosa

cl...
ΓEN.—Pues será forzosa.
LUC.—No es razón.
ΓEN.—¡Pues lo ha de ser!
LUC.—(*Risueño.*)
gocia en veinte, si tratan,
r vida de aquesos ojos!
ΓEN.—Veré de no darte enojos
los tuyos, que me matan...
ana lo de Tristán
rete a la noche allí.
elia?
CEL.—Señora.
ΓEN.—(*A Lucindo.*) De mí
que te los darán.
Celia.) (¿Y el criado?)
CEL.—(Convencido.
el amo?)
N.—(Trae más caudal
s mío.)
le entre miradas tiernas a Lucindo,
la izquierda, con Celia.)
RI.—¡Cuerpo de tal,
e van que se lo han creído!...
Don Félix, Lucindo y Tristán
ΓEL.—Jamás supe de mujer
ágil, mañosa y diestra...
por los ojos maestra
más por el decir y hacer.
TRI.—Aun viniendo preparado
tan astuta es y liviana,
que sospecho que esta lana
nos cuesta el ir transquilados.
LUC.—De esta no se escapa, Tristán.
TRI.—No sé qué diga, señor.
LUC.—Agora ya no hay amor,
agora sólo es afán
de venganza, cada instante
más celerado y más fiero...
TRI.—¡Con recobrar el dinero
es ya venganza bastante!
LUC.—Perdonad. don Félix; vos
por la vuestra que olvidamos,
y tras Albano vayamos
hasta que disponga Dios
que le encontremos.
FEL.—Sí tal,
que no por mostrar templanza
está fría mi venganza
del agravio fraternal.
TRI.—Venguemos, Tristán, vengue-
(mos,
con Fenisa y con Albano,
y en viendo dinero a mano,
¡cobremos, Tristán, cobremos!
(*Salen por la izquierda.*)

Dinarda y Osorio.

OSO. No hay para qué satisfacerme en nada.
Ya sé que sois honrado caballero,
mas al venir Fenisa a la posada
sin darme aviso, agravio considero.
Jamás negóme cuando acongojada
solicitó el apoyo de mi acero
y harto reñí, por verla de señora,
para sufrir que así me pague agora.

DIN. Que estuviese Fenisa en mi aposento
no os niego, Osorio; más también os llano
que os vino a ver.

OSO. Yo sé su pensamiento
y sé también su proceder liviano;
encarcelar al sol, prender el viento,
y hasta coger la luna con la mano.
cosas son más posibles y seguras
que gratitud de ciertas creaturas.
Yo sé que ha conservado el artificio
de pescar las haciendas extranjeras,
porque amor en mujeres de ese oficio
es cimbel de ambiciones y quimeras;
mas como el más espléndido edificio
que inmortal a los tiempos consideras
está sujeto al rayo, tú lo fuiste,
que con Fenisa, al fin, en tierra diste.
Ella te adora, yo lo sé. ¿qué dudas?

DIN. ¿Y oféndote, por dicha, en que me adore?

OSO. Están las piedras, al milagro, mudas;
no dudes que tu ingenio se mejore;
pues al vencer astucia, mal y daño,
alcanzaste a engañar el mesmo engaño.
Mira: ninguna cosa estas mujeres
buscan ni intentan más que el casamiento.
Toca esta tecla si engañallas quieres;
haz con esta promesa un escarmiento.
A sus livianos gustos y placeres
debes con el casorio estar atento
y fiar en mi ciencia. ¿Hazme entendido?
DIN. ¿Tú quieres que me finja su marido?
OSO. Don Juan, estas mujeres se previenen
viendo que se les corre la hermosura
y que si arrugas o si canas tienen
no tienen casa ni pensión segura.
Si alcanzas tú que sus escudos suenen
músicas de oro por llamar al cura,
los mesmos que hoy tal vez estén desnudos
tal vez mañana estén llenos de escudos.

CUADRO SEGUNDO

El salón de Fenisa en el primer acto. Al alzarse el telón, Fenisa y Celia examinan dos cofrecillos, dos llaves y varios papeles que habrá sobre una mesa de estancia

Fenisa, Celia

FEN. ¿Qué me dices agora de sospechas?
¿Es negocio seguro? ¿Está en la mano?
Mira bien: documentos, testimonios,
sellos, tasa, licencia, las dos llaves
del almacén...
CEL. Seguro es todo agora.
Mas siendo tan enorme la ganancia...
hasta vella en tus manos no sosiego.
FEN. ¿Vendrá Tristán?
CEL. Vendrá; Lucindo queda
en la Aduana.
FEN. ¡Ay, Celia, de pensallo
me fino y muero! ¡Mi don Juan y el oro!
¡Mis dos venturas y mis dos amantes!
CEL. Mira si son los hombres rematados,
que una vez y otra y otra se les burla
y ciento y mil ¡y no abrirán los ojos!
FEN. Los abren, sí, mas se les burla. ¡Mira
que el tal Lucindo! ¿Cuándo ni por pienso
pude yo imaginar que tras el lance
de los soldados, por acá volviera?
CEL. ¡Y agora vuelve y me lo dejas limpio
segunda vez! ¡Asina son los hombres!
FEN. ¿Todo está pronto, por si Tristán llega?
CEL. Todo: los cofrecillos del dinero,
las llaves de la guarda, los papeles...
¿Iremos yo y Estacio en tu compaña?
CEL. Y Fabricio que carge con los cofres.

Don Juan y Osorio vienen. ¿Voyme?
FEN. Queda;
que el padre de este amor es el negocio.
OSO. *(Dentro.)* ¡Ja, ja! No os dé rubor, don Juan.
FEN. ¿Qué burlas?
(Entran por la izquierda Osorio y Dinarda.)
Dichos, Osorio y Dinarda
DIN. Salud, bella Fenisa...
OSO. ¡Dios te guarde!
FEN. ¿Qué risas eran?
OSO. ¡Chanzas inocentes!
FEN. *(Aparte a Osorio.)*
(Cierto dinero doy de avance a un rico
mercader, que me espera en la Aduana.
Di que el dinero es tuyo y lo administras
de una noble señora de Palermo.)
OSO. (¡Negocio hecho! ¿A qué interés lo damos?)
FEN. (¡Treinta por ciento!)
OSO. (¿Y qué resguardo en prenda?)
FEN. (Sedas y paños de Valencia ricos
y cien pipas de aceite registradas.
De esto tengo las llaves y el seguro
de las guardas del rey, que sin mi orden
ni su dueño ni nadie tocar puede.)
OSO. (Bien va.) *(Por don Juan.)* (Que no sospeche.)
(Durante esta escena el personaje se distraerá de manera que pueda hacer señas sin ser visto de ninguno de los otros dos.)
FEN. ¿Cómo callas,
don Juan?
OSO. *(Guiñando a don Juan.)*
Porque está agora vergonzoso
de cierta pretensión...
FEN. ¿Vuelven las chanzas?
OSO. ¡Cómo que chanzas! Vive Dios que quise
sabiendo que has estado en su aposento
pasarle el corazón de parte a parte,
(Guiñando a Fenisa.)
y vive Dios que me dejó sin cólera
cuando me habló de vuestro casamiento...
FEN. *(Con arrebato.)* ¿Conmigo casamiento?
OSO. *(Guiñando a don Juan.)* Sí, contigo.
Yo viendo la ocasión de tu fortuna
(Guiñando a don Juan.)
y que con él casada, si te lleva
a España, allí serás lo que quisieres,
quiero perder de mi derecho y gusto
(Guiñando a Fenisa.)
con tal que ganes tú. ¡Don Juan de Lara
te demanda de esposa y señoría!...
FEN. ¿Burlas?
OSO. Hablad, don Juan...
DIN. Es cierto.
FEN. ¡¡Cierto!!...
OSO. *(Guiñando alternativamente a una y a otra.)*
¿Ves lo que te decía? Cierto era.

FEN. (*A Osorio.*) Agora sé noblezas españolas.
Te daré el mesmo día de las bodas
una cadena de a dos mil ducados.
OSO. (Ya le he dicho a don Juan que tienes oro.)
FEN. Si él noblezas me da, yo aporto un dote
que no baja de treinta mil escudos.
(Entra por la izquierda Tristán.)
Dichos y Tristán.
TRI. Lucindo, mi señor, queda esperándote
con los de la Aduana.
FEN. (*Rápida.*) Osorio, vamos.
(*A don Juan.*)
Perdonadme... Un negocio a andar me fuerza,
mas es cosa de instantes...
OSO. Tornaremos
presto, don Juan. En tanto, no os mováis.
FEN. (*Acercándose enamorada.*)
Queda en tu casa, que tratar precisa
de este amor sin igual ¡Don Juan!
DIN. (*Acercándose enamorada.*) ¡Fenisa!
¿Presto vuelves?
FEN. Sí, presto...
OSO. (*Interponiéndose.*) ¡Vamos, vamos!
FEN. Tú, Celia, dile a Estacio y a Fabricio
carguen ese dinero y que nos sigan.
OSO. (*Cogiendo los cofres.*)
No hacen falta, que yo cargo los cofres.
FEN. Vamos, Tristán. Adiós... (*A Dinarda.*)
DIN. ¡Adiós, sol mío!
OSO. (*Desde el umbral, guiñando a Dinarda.*)
¡Por Dios, don Juan, que son diez mil ducados!
(*Salen todos menos Dinarda.*)
Dinarda.
DIN. (*Sonriendo.*)
Cuenten luego novelas y ocasiones
de la imaginación más divertida,
que allá saldrá el romance de la vida
alegando mezquinas invenciones.
Por el amor de Albano y sus pasiones
cruzo el mar, me disfrazo decidida
y a la mujer que es más aborrecida,
fingiéndome don Juan, canto ilusiones.
Romper traté esta farsa y burda treta
y cien veces de Albano el pensamiento
a sus grillos me amarra y me sujeta.
¡Cumple, Amor, tu decreto soberano,
que he de seguir en el primer intento
hasta que de Fenisa libre a Albano!
(*Sale Albano por la izquierda.*)

Dinarda, Albano

ALB.—Mucho me huelgo de hallaros,
don Juan, solo y en tal puesto.
DIN.—Y yo de veros y hablaros.
que también estoy dispuesto
a informarme y a informaros. (sea
don Juan, y que no es Dinarda!
¿Quién ha de haber que lo crea?)
ALB.—(¡Cuerpo de tal! ¡Que este
DIN.—(Mucho el temor me acobarda
pues conocerme desea.
Mas téngolo de negar
aunque supiese morir.)
Ya que me venís a hablar,

comenzar a decir
comenzar a escuchar.
ALB.—Cuando en esta casa entrastes,
bíades mi afición
r Fenisa; ¿a qué llegastes?
DIN.—Porque tengo corazón,
sa con que no contastes.
rando un hombre se aficiona
una mujer se le encara
o es el amor quien le abona?
ALB.—(¡La voz, el talle, la cara!
mi Dinarda en persona...)
on arrebato.) Di ..
DIN.—(*Fríamente.*) ¿Qué?
ALB.—(¡Loco he de parar
n esta duda!)
DIN.—¿Por qué
pregunta comenzar
ciendo: di?
ALB.—Preguntar
estra patria y nombre fué...
DIN.—¿Mi patria y mi nombre?
ALB.—Sí.
DIN.—¿Por qué?
ALB.—No porque me asombre
veros venir aquí
n gallardo y gentilhombre,
e de ello no soy celoso,
as para sólo saber
sois hombre generoso,
rque con esa mujer
ocedáis más cauteloso.
DIN.—(*Burlona.*)
ué gracia en eso tenéis!
De cautelas me advertís?
in duda lo sabéis!
ALB.—Vos, ¿para qué la servís?
DIN.—Vos, ¿para qué la queréis?
ALB.—Yo, por sólo entretener
ausencia de una mujer
quien desdichas me apartan,
esdichas que no se hartan
mi duro padecer!
DIN.—¿Sufrís por mujer ausente
estáis por Fenisa loco?
Dejad que pasmarse intente
caso tan sorprendente,
e el decir milagro es poco!
ALB.—Como imagen la tenía
el altar del respeto
nde el alma le ofrecía.
yo retrato perfecto,
nque extraño, en vos vería...
DIN.—Quisiera saber quién era
ra escribille el engaño
e vuestra fe vitupera,
porque viendo el desengaño,
ausente, os aborreciera.
Que a una piedra mueve a risa
que aquí finjáis adorar
de pronto y con tanta prisa
y me vengáis a retar
por los celos de Fenisa.
Pues Albano, estad atento
a lo que os voy a decir:
De ese antiguo pensamiento
ni tengo que dirimir
ni vuestros engaños siento.
De esto que agora teméis
os digo que no intentéis
entrar más en esta casa,
porque Fenisa se casa...
ALB.—¿Con quién?
DIN.—Con... ¡Ya lo sabréis!
¿De que os sirve preguntar
cuándo se casa esta dama?
¿No amáis otra... hasta matar?
¿No veis que en ello se infama
la ausente, sin protestar?
ALB.—(Agora que es ella creo.
sin más dudas. ¡Es Dinarda!)
(*De repente.*)
Pues que Fenisa se tarda,
¿venís a dar un paseo?
(*Sorprendida, mas reponiéndose.*)
¿Un paseo?
ALB.—¿Os acobarda
no ver a Fenisa agora?
DIN.—(*Naturalmente.*)
No, que más tarde la veo.
ALB.—¿Se casa pronto?
DIN.—Tal creo.
ALB.—¿Con quién me será traidora?
DIN.—Ya os lo diré en el paseo.
(*Salen Dinarda y Albano por la izquierda. Por la derecha entran Celia y Fenisa con mantos y algunas cajitas con regalos y joyas.*)
Celia. Fenisa.
CEL.—¿Estás contenta?
FEN.—No estuve
en mi vida más contenta,
pues que el amor me frecuenta
y la fortuna me sube.
Vuelvo acá con más dinero
camino de enriquecer,
y voy a ser la mujer
de mi don Juan, por quien muero...
¡Treinta por ciento he ganado
sin más que ir a la Aduana!
CEL.—¡Treinta por ciento! ¡Qué
(ufana

a las guardas has dejado!
¿Y cómo Lucindo queda
de agradecido al favor?
Pues. ¿y Tristán? ¡Qué furor
de bendiciones en rueda!
¡A ti, a mí, nos bendecía
con una unción de beato!
¿Hay hombre tan. mentecato?

FEN.—(*Dándole unas llaves.*)
De gran provecho es el día.
Las llaves del almacén
encierra en el escritorio.
¿A dónde fué Osorio?

CEL.—Osorio
fué por don Juan y tu bien.

FEN.—¡Ay, Celia, Celia!... Me mue-
(ro
de gusto en imaginar
que he de venir a casar
con un noble caballero.

CEL.—Don Juan, ¿es conde o mar-
(qués?

FEN.—No camines tan apriesa.

CEL.—Serás condesa o marquesa
de la cabeza a los pies...
(*Burlona.*)
Señora condesa, ¿da
vuestra excelencia licencia?
Un mercader de Valencia...

FEN.—¿Mercader? ¡Uf! ¡Quita allá!
Una dama no recibe
gentes de tan baja grey.

CEL.—(*A la puerta.*)
Señora... el señor virrey
que por vuestros ojos vive...

FEN.—(*Como si se preparase a recibir al virrey.*)
Pase su alteza al estrado.
Señor. tan alto favor...
tantas mercedes, señor...

CEL.—(*A gritos.*)
El señor conde es llegado...
(*Ríen las dos.*)

Dichos y Osorio

OSO.—(*Desde el umbral.*)
¡Cuerpo de tal! Bien gozamos
de nuestra famosa empresa.

CEL.—Mi señora la condesa...

OSO.—(*Suspira tristemente.*)
¿Cómo? ¿Ya condeseamos?
A decirte que lo esperes
me envía el señor don Juan...

FEN.—¡Oh, bravo Osorio galán.
qüe mi padre y dueño eres!
(*Saca una cadena.*)
Pues que me traes noticias
qüe son mi mayor tesoro,
esta cadena de oro
has de llevar en albricias.

OSO.—Dejad dádivas agora,
(*Con dignidad cómicamente triste.*)
Fenisa, que en tan solemne
día, la dádiva tiene
yo no sé qué de traidora...

FEN.—¿Qué decís?

OSO.—Digo, Fenisa,
que si entendéis que un hidalgo
como yo, os sirvió de algo
mientras subísteis aprisa...
¡cuerpo de tal! ¿Pues no dudo
en hablaros?

FEN.—(*Descoñcertada.*) No os
(tien
Osorio.

OSO.—¿Qué voy sintiendo,
que voz y semblante mudo?
¿Que no me entendéis? ¿Que no?
¿Y en un tan solemne día
con esta cadena fría
queréis maniatarme? ¡Oh,
vuestra cadena guardad,
Fenisa, que mi decoro
harto más vale que el oro!...

FEN.—¿Cuál decoro? Hablad,
(bl

OSO.—(*Enfático.*)
Fenisa, en aquestos ojos
terror de los extranjeros
que te daban sus dineros
¿nunca has visto más que enojos?
¿No ves, Fenisa, notorio
y tan claro como el sol
que mi desdén español
y que mi orgullo de Osorio
emprendieron peregrinos
los caminos soberanos
de tus ojos italianos
en los bellos y asesinos?

FEN.—Tened, Osorio, tened
que a don Juan soy prometida.

OSO.—Lo pagará con la vida
¡cuerpo de tal! ¡Tengo sed
de sangre y de muerte y...

FEN.—Vos me lo habéis presenta
hacia él me habéis inclinado.
¿Quién es el culpable aquí?
¿Supe yo de vuestro amor
jamás? ¿Fuísteis galán mío?
(*Osorio afirma o niega, secándose
llanto.*)
¿He dado yo mi albredío
por prenda a vuestro favor?

Vos mesmo me autorizáis
con don Juan, y en un momento,
in medir el pensamiento,
ie pensamiento mudáis...
Suplicante.)
Ved, bravo Osorio, si pesa
n vos detenerme el paso;
ed que, si con don Juan caso,
le Fenisa iré a condesa,
advertid que si mis rudos
Intencionado.)
onceptos amor no alcanzan,
nis manos sobre vos lanzan
al lluvia de oro en escudos
que, al librar vuestro decoro
paguen vuestro furor,
de ser ciego de amor
aséis a ser ciego de oro...
Dejad, Osorio, que os diga
ste bolso de doblones
on las buenas bendiciones
le vuestra mejor amiga...
OSO.—(*Finge llorar de rabia, toma el bolso.*)
Cuerpo de tal! A no ser
or ser vos ¡ira de Dios!
¿Serán buenos?) ¡Por ser vos,
Fenisa! ¡Podéis creer!
(*Dinarda por la derecha, con sus pajes, que traen flores.*)
Dichos, Dinarda, Bernardo y Fabio
DIN.—(*A Fenisa.*)
Perdona si me he tardado.
FEN.—Al fin, don Juan, has venido.
DIN.—Quien viene a ser tu marido
las flores le han retardado.
FEN.—¡Finezas de un fino amor!
DIN.—¡Pajes! Los ramos traed...
FEN.—(*Toma las flores.*)
Celia, dad por la merced
estos pajes.
(*A Dinarda, quitándose un anillo de brillantes.*)
Y al señor
doy este rico diamante,
prenda de amor fino y fuerte...
DIN.—Hasta el día de mi muerte
seré, Fenisa, constante...
(*Dale una joya.*)
Celia, toma, ¡que hay espacio
para todo en Fenisa!...
OSO.—(¡Por Dios, que reparte aprisa
lo que juntó tan despacio!)
(*Sale Albano por la derecha.*)
Dichos, Albano, con una carta y Camilo
ALB.—Después de que por mil años
goces, hermosa Fenisa,
al señor don Juan de Lara,
honra y valor de Sevilla,
sabe que, llegando al puerto
para saber si venía
a un cierto español, por quien
se me amenaza la vida,
vi una nave valenciana
que con su zalema y grita
izaba las blancas velas,
palomas que el viento henchía,
cuando un hombre en una barca
a grandes voces decía:
—"Albano, la carta esa
daréis mañana a Fenisa."
En esto otro hombre que al puerto
la carta ya me traía,
me la dió; volviendo el rostro
a la nave que se iba
dije— ¡Yo se la daré!—
Y entonces, con mucha risa,
él y otro que gateaban
por los cordajes arriba,
agitando los sombreros
saludaron a Fenisa.
La nave, izando el trinquete,
se alejó de las orillas
y yo vine, cuidadoso
de saber lo que sería.
FEN.—¿Y la carta?
ALB.—(*Dale una carta.*) Esta es la (carta.
FEN.—(La color tengo perdida.)
Abre, Osorio.
OSO.—(*Leyendo.*) Dice así:
"Pues con lágrimas fingidas
dos mil ducados sacaste"
FEN.—¡Ah, Lucindo!
DIN.—¿Qué suspiras?
FEN.—(¡Válgame Dios! ¿Qué me (pasa?
OSO.—(*Leyendo.*)
"con industria vengativa
los has devuelto y mil más...
porque la caja tenía
—para poder engañarte—
diez varas de paño encima.
Las pipas todas son agua,
aunque en la primera había
sólo diez libras de aceite
por engañarte."
FEN.—(*Reponiéndose.*) No sigas...
No sé a qué viene esa carta

ni quién habla de Fenisa
en tal pleito de villanos,
embaucadores... rapiñas.
El caso, don Juan, no importa,
que para la hacienda mía
tres mil ducados son humo...
DIN.—Tu amor es el que me obliga
que no tu hacienda.
ALB.—(*A Camilo.*) (En probarme
se delata y acaricia.)
(*A Fenisa.*)
Luego, ¿casas con don Juan?
FEN.—Albano, celos no pidas...
ALB.—¿Celos de ti? Heridas grandes
cierran pequeñas heridas.
ALB.—(*Mirando a Dinarda.*)
Donde hay sol, ya no hay estrellas,
que si él sale, ellas no brillan.
CEL.—(*A la puerta, gritando.*)
¡Fenisa! Dos embozados.
(*Salen cubiertos del embozo don Félix y su paje Donato.*)
Dichos, don Félix y Donato
FEL.—Vuesas mercedes prosigan,
que somos gente de paz.
ALB.—Antes parece enemiga.
Desembocen, o por Dios
que los eche con más prisa
que entraron.
FEL.—(*Desembozándose.*)
¡Con prisa vengo
en arrancaros la vida!
ALB.—¡Don Félix!
DIN.—(*Interponiéndose.*)
¡Tened! (¡Mi hermano!)
FEN.—(*A Osorio.*) ¿Osorio, no veis?
OSO.—Fenisa,
veo y callo.
DIN.—¿Por qué causa
esta reyerta? Decilla
y antes que hablen las espadas
hablen las lenguas justicia.
ALB.—Que en Sevilla hice a don (Félix
peleando cierta herida...
DIN.—No reclamo de esa ofensa,
sino de otra que es más mía.
ALB.—¿Qué me reclamáis?
FEL.—Mi hermana
me daréis, o vuestra vida.
ALB.—Yo no sé de vuestra hermana.
DIN.—Yo sí sé, por ser mi amiga,
Y si las manos os dais
y a Dinarda Albano estima
por esposa, en este punto
haré que venga ella misma
a confirmar vuestras paces.
ALB.—Esta es mi mano.
FEL.—Y la mía.
DIN.—Pues esta que habla es Di- (narda.
FEN.—¡Don Juan!
FEL.—¡Dinarda!
OSO.—(Fenisa,
veo y callo, como os dije,
que esto y más lo presentía.)
FEN.—¿Y he de quedar tras de pobre,
burlada y escarnecida?
FEL.—Pobre no, que yo os acojo...
OSO.—¡¡Volveremos a las mismas!
Mujeres de esta calaña
teniendo bolsas vecinas,
tenderán siempre a las bolsas
EL ANZUELO DE FENISA.

FIN DE LA COMEDIA

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:
República Argentina: ANTONIO MANZANERA.-Independencia, 856.-Buenos Aires
Precio del ejemplar en Buenos Aires: 25 centavos.
Guatemala: DE LA RIVA HERMANOS.—1.ª Avenida Sur. n.º 8.—Guatemala C. A.

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8.008

La novela TEATRAL

Precio: 20 cts.

A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

REFUNDIDA POR

TOMAS LUCENO

PERSONAJES

DONA LEONOR (dama). - SIRENA (criada). - DON LOPE DE ALMEIDA. - DON LUIS DE BENAVIDES. - DON JUAN DE LARA. - EL REY DON SEBASTIAN. - DON BERNARDINO (viejo).-EL DUQUE DE BERGANZA.-MANRIQUE (criado). CELIO (criado).-UN BARQUERO Marineros, gente del pueblo y soldados.– La escena, en distintos puntos de Portugal, que serán indicados al principio de los respectivos actos y cuadros.– Epoca: julio de 1578.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto. Vista exterior de una quinta del rey, cercana a Lisboa.

Don Lope de Almeida y Manrique, ambos en traje de camino.

LOPE.—*(Dirigiéndose al primer término izquierda.)*
Eterno dure ese laurel divino
que colocó en tus sienes el destino,
sea tu persona
firme sostén de tu real corona,
que Portugal, prendado
de tu saber inmenso, te ha otorgado;
que el amor de los pueblos, no las leyes
es el que hace los reyes;
aunque tú, por amor y por la ley,
fuiste de Portugal nombrado rey!
(Volviendo al proscenio.)
Ay, Manrique! no sabes qué dichoso,
nuestro monarca, amable y generoso,
cábame de hacer.
MAN. ¿Qué le has pedido
o, sin pedirlo tú, te ha concedido?
Hate acaso nombrado
de su real servidumbre? ¿Hate otor-
[gado
hábito o encomienda,
para que el mundo entienda
que provienes de nobles ascendientes,
que nunca tuviste en tus parientes,
azotado, ni ahorcado, ni ventero,
que impida que el rey te haga caballe-
[ro?
LOPE.—¡Una merced más alta me con-
[cede
un corazón magnánimo, que excede
a todo cuanto el labio pronunciara!
MAN.—Habla, por Dios: ¿no miras
[en mi cara
de la curiosidad el fiel trasunto?
Criado no curioso, está difunto,
y amo que no confía su secreto
al que le sirve bien, es indiscreto,
que en más de una ocasión, el buen
a su señor de apuros ha sacado. [criado
LOPE.—De la ventura con que el
[cielo quiso
convertir mi existencia en paraíso
sabedor he de hacerte, que el que
sus dichas, las aumenta, [cuenta
y tantas veces como son contadas
parece que las gozas duplicadas.
Llegando a mi noticia que el rey vino
a esta su quinta, le salí al camino,
a demandar de su real clemencia
una breve licencia
(puesto que hace muy poco estoy ca-
para dejar a un lado [sado)
el servicio de Marte valeroso
y consagrarme a ser atento esposo,
por el tiempo no más que sea prudente;
porque a mi honor no fuera conveniente
[te
el término extender de mi alegría,
no lo achacase el mundo a cobardía.
Y cuando yo temí que el rey me oyera
con desagrado, habló de esta manera:

"Estimo vuestro gusto y vuestro aumento
y me alegro de vuestro casamiento.
Y a no estar ocupado
en la guerra que en África he intentado,
fuera, don Lope, yo el primer testigo
de la dicha del noble y del amigo."
MAN.—¡El júbilo me explico cuerdamente!
LOPE.—¡Por eso he de pedir a Dios clemente
que eterno sea aquel laurel divino
que colocó en sus sienes el destino,
y sea su persona
firme sostén de la real corona!
Sale por la derecha don Juan, en traje de hidalgo pobre.
JUAN.—*(Para sí.)*
¡Cuán diferente pensé
volver a ti, patria mía,
aquel desgraciado día
que tus umbrales dejé!
¡Quién no te hubiera pisado!
Mil veces es preferido
adonde no es conocido
vivir el que es desdichado.
Gente hay aquí, no es razón
que me vean cual me veo.
(Trata de ocultarse.)
LOPE.—Aguárdate. No lo creo.
(A Manrique.)
¿Es verdad, o es ilusión?
¡Don Juan!
JUAN. ¡Don Lope!
LOPE. Dudoso
de tanta dicha, mis brazos
han suspendido sus lazos.
(Quiere abrazarle.)
JUAN.—*(Rechazándole suavemente.)*
Deteneos, que es forzoso
rechace, aunque con respeto,
a quien valor y honra tiene,
que hombre que tan pobre viene
no es digno de tal sujeto.
En vos se ve la riqueza
propia de vuestra hidalguía,
¡y nunca fué la alegría
amiga de la tristeza!
LOPE.—En cambio, si la fortuna
da humanos bienes del suelo,
el cielo un amigo da
como vos; ¡ved lo que va
desde la fortuna al cielo!
(Lo estrecha entre sus brazos. A esta manifestación de cariño responde don Juan con cierta tristeza respetuosa. Con tono alegre.)
Y ahora decid, vive Dios,
de dónde venís y a qué.
En las Indias os dejé
y no supe más de vos...
JUAN.—En uno de aquellos puertos
enterré mi corazón,
perdí la paz de mi alma
y mi ventura murió.
Conocí allí una señora,
ángel dijera mejor...
Era hermosa, era discreta;
y aunque enemigas las dos,
en ella hicieron las paces
hermosura y discreción.
Una mañana, este astro
de tan vivo resplandor,
fué a la playa a ver la nave
que en aquel día llegó,
cuando al pasar ante un corro
de gente de buen humor,
uno dijo: "Hermosa prenda";
a quien otro contestó:
"Hermosa, mas, como hermosa
ha escogido lo peor."
Yo, entonces, dije: "Ninguno
ha logrado su favor,
porque no hay quien lo merezca,
y si hay alguno, soy yo."
"Mentís", repliquéme...
LOPE.—*(Interrumpiéndole.)* Tengo
pruebas de vuestro valor,
y no me hace falta oiros
cuál fué la contestación.
JUAN.—Bien me conocéis, don Lope.
Mi espada, entonces, veloz,
pasó de la vaina al pecho
del arrogante ofensor
con tal rapidez, que a todos
los presentes pareció
que imitaron trueno y rayo
juntas mi espada y su voz.
Bañado en su propia sangre,
muerto en la arena quedó:
en el derecho de asilo
encontré mi salvación,
porque una iglesia cercana
piadosas puertas me abrió.
¡Fué mi morada un sepulcro!...
¡Mirad qué contradicción!
¡Siendo el muerto mi enemigo,
el sepultado era yo!
Al cabo de los tres días,
por amistad y favor,
el capitán de la nave
que antes dije, me acogió;
y a Portugal he llegado,
a donde tan pobre estoy,
que dudo entrar en Lisboa...
Estas mis desgracias son:
ayer tristes y hoy alegres,
pues me dieron ocasión

de abrazaros, si merece
un infelice, de vos,
¡oh gran don Lope de Almeida!
tanta merced, tanto honor.
LOPE.—Dichoso puede llamarse
aquel que en el acto deja
como vos, limpia su honra
y castigada su ofensa.
Vos estáis triste, yo alegre:
partamos la diferencia
entre los dos, y poniendo
a un temple dicha y tristeza,
queden en igual balanza
mi alegría y vuestra pena,
porque el pesar y el placer
matar a ninguno pueda.
Yo me he casado en Castilla,
por poder, con la más bella
señora (para ser propia
es lo menos la belleza),
con la más noble, más rica,
más virtuosa y más cuerda
que pudo en el pensamiento
hacer dibujos la idea.
Dentro de pocos instantes
estará en Aldea-gallega,
donde a recibirla salgo,
mi corazón puesto en ella...
En la pintoresca orilla
un barco mío la espera,
sobre las olas meciéndose
inquieto al ver que no llega,
que aquel que guarda un tesoro
vive lleno de impaciencia.
De allí a Lisboa partimos...
No os dé temor, no os dé pena
venir pobre: rico soy:
mi honor, mi vida, mi hacienda
todo es vuestro. Consolaos
con que la fortuna os deja
un amigo verdadero,
y que no ha tenido fuerza
contra vos quien no os quitó
ese valor que os alienta,
esa alma que os anima
y este brazo que os defienda.
Venid, pues, a ser testigo
de la dicha que me espera.
(Medio mutis.)
JUAN.—Ved mi traje: sentiría
deslustrar vuestra nobleza,
porque el mundo, no la sangre,
sino el vestido respeta.
LOPE.—Ese del mundo es engaño,
que no ve ni considera
que al cuerpo le viste el oro,
pero al alma la belleza.
(Le abraza nuevamente y vanse derecha, seguidos de Manrique, que hace mutis, después de los siguientes versos:)
MAN.—¿No es cosa que mueve a risa
y de la que hay que burlarse,
que un hombre para casarse
lleve tantísima prisa?
Pues si hoy, que se va a casar,
de la tardanza se queja,
¿qué deja que hacer, qué deja
para el caso de enviudar?
(Mutis derecha.)

CUADRO SEGUNDO

Campo a todo foro, cerca de Aldea gallega. A la izquierda, segundo término, un banco de piedra.

Don Bernardino, doña Leonor y Sirena, en traje de camino.

BER.—En la falda lisonjera
de este monte coronado
de flores, donde ha llamado
a Cortes la primavera,
puedes descansar, en tanto,
bella Leonor, que dichoso
llega don Lope, tu esposo.
Y suspende el dulce llanto,
aunque no es gran maravilla
que, con sentimiento igual,
a vista de Portugal
te despidas de Castilla.
LEO.—Ilustre don Bernardino
de Almeida: mi tierno llanto
no es ingratitud a tanto
honor como me previno
la suerte y la dicha mía.
Viendo tan cercano el bien,
gusto ha sido, que también
hay lágrimas de alegría.
BER.—Discreta contestación
por mi parte es aceptada,
que aunque ella fuese inventada
es muy noble la intención.
Quédate aquí a descansar,
que el camino es fatigoso,
y a recibir a tu esposo
yo me quiero adelantar,
porque si él es tu alegría
tendré un placer sobrehumano
en traerte por mi mano
el bien que tu pecho ansía.
LEO.—Está bien: aquí os espero,
BER.—¡El cielo guarde tu vida!...
LEO.—Acelerad la venida,
que ya de impaciencia muero.
(Don Bernardino hace una cortesía y vase por la izquierda.)
Doña Leonor y Sirena.
LEO.—*(Mirando con recelo a todas partes.)*
¿Oyenos alguien?

SIR. Sospecho
que estamos solas las dos.
LEO.-*(Sentándose, afligida, en un banco que habra a la izquierda, segundo término.)*
¡Pues salga mi pena, ¡ay Dios!
de mi vida y de mi pecho!
¡Salga en lágrimas deshecho
el dolor que me provoca,
el fuego que al alma toca,
remitiendo sus enojos
en lágrimas a los ojos
y en suspiros a la boca!
(Se lleva el pañuelo a los ojos.)
SIR.—¿Qué dices, señora? Advierte
en tu peligro y tu honor.
LEO.—¿Tú que sabes mi dolor,
tú que conoces mi muerte,
me riñes de aquesta suerte?
¿Tú de mi llanto me alejas?
¿Tú que calle me aconsejas?
SIR.—Tu inútil queja escuchando
estoy.
LEO. ¡Ay, Sirena! ¿Cuándo
son inútiles las quejas?
Quéjase una flor, constante,
si el aura sus hojas hiere
cuando el sol caduco muere
en túmulos de diamante.
Quéjase un monte arrogante
de las injurias del viento;
si éste le ofende violento;
y el eco, ninfa vocal,
cuando aquél dice su mal,
repite el último acento.
Quéjase porque amar sabe
una hiedra si perdió
el duro escollo que amó,
y, con acento suave,
se queja una simple ave
del que la cogió a traición.
Quejándose en la prisión
que al fin la queja se entiende,
su pena aliviar pretende,
pues sale del corazón.
Quéjase el mar a la tierra
cuando en lenguas de agua toca
los labios de opuesta roca.
Quéjase el fuego, si encierra
rayos que al mundo hacen guerra...
¡Qué mucho, pues, que mi aliento
se rinda al dolor violento
si se quejan monte, piedra,
ave, flor, eco, sol, hiedra,
tronco, rayo, mar y viento!
SIR.—¿Pero qué remedio así
consigues, desesperada?
Don Luis muerto y tú casada,
¿qué pretendes?
LEO. ¡Ay de mí!
Di, Sirena amiga, di
don Luis muerto y muerta yo.
Pues si el cielo me forzó
me verás, aunque con calma,
sin gusto, sin ser, sin alma,
muerta, sí, casada, no.
Lo que yo una vez amé,
lo que una vez aprendí,
podré perderlo, ¡ay de mí!
olvidarlo no podré.
¿Olvido donde hubo fe?
Miente amor. ¿Cómo se hallara
burlada verdad tan clara?
¡Pues la que constante fuera
no olvidara si quisiera,
no quisiera si olvidara!
Dichas y Manrique, muy ceremonioso por la izquierda.
MAN.—*(Poniéndose delante de Leonor y quitándose el sombrero.)*
Dichoso yo, que he llegado
el primero a tu presencia;
te hago, pues, la reverencia
propia de todo criado.
¡Pídote albricias, señora,
por mi prisa en saludarte,
para decirte, de parte
de mi señor, que te adora!
LEO.—Toma, regalarte quiero.
(Le da una joya.)
MAN.—*(Examinándola con regocijo y colocándosela en el dedo índice.)*
Dios bendiga tu largueza,
que la joya es linda pieza,
¡aunque no es malo el *joyero!*
(Por sí mismo.)
Don Bernardo, don Luis, en traje de mercader, con una pequeña caja en la mano, y Celio, que se queda lejos de doña Leonor, Sirena y Manrique. Salen aquéllos por la izquierda.
LUIS.—*(A don Bernardino.)*
Soy mercader y trato en los diamantes
que hoy son piedras y rayos fueron antes
del sol, que perfecciona e ilumina
rústico grano en la abrasada mina.
(Indicando a Leonor.)
Supe que va casada o a casarse,
y como suele en bodas emplearse
este caudal más bien, porque las bodas
en la gala y la joya empiezan todas,
enseñaros quisiera algunas de ellas,
que no son más lucientes las estrellas.
BER.—La prevención y la advertencia ha sido
acertada; a buen tiempo habéis venido,

pues yo, por divertirla y alegrarla,
que está triste, una joya he de feriarla.
LUIS.—Llevadla, mi señor, para bas-
[tante
prueba de mi verdad, este diamante.
(Le entrega una sortija y don Bernardino se dirige a doña Leonor.)
BER.—Aquí, divina Leonor,
ha llegado un mercader
en cuya mano has de ver
joyas de grande valor,
ricas, costosas y bellas.
Distrae un poco el pesar,
que yo te quiero feriar
la que te agradare de ellas.
Y en prueba de que es verdad
toma un diamante.... *(Se lo da.)*
LEO. (¡Qué veo!)
BER.—¿Te complace?
LEO. (Aun no lo creo,
¡Dios mío, tened piedad!
Este diamante es el mismo...)
(A Bernardino.)
Decid que llegue... Sirena,
sáqueme amor de esta pena,
de este encanto, de este abismo.
Este diamante que ves,
luz que con el sol la mides,
di a don Luis de Benavides,
prenda suya y mía es...
LUIS.—*(Acercándose, después de haber hablado en voz baja con don Bernardino.)*
Traigo joyas que vender
de innumerable riqueza:
y, entre otras, *una firmeza*
que os ha de satisfacer;
de ella, señora, sospecho
que adorne esa bizarría,
si es que la *firmeza* mía
llega a verse en vuestro pecho.
Un *Cupido de diamante*
traigo de grande valor;
que quise hacer al amor
de material semejante,
porque labrándole así,
cuando alguno le culpara
de *vario* y *fácil*, le hallara
firme solamente en mí.
Un corazón traigo, en quien
no hay piedra falsa ninguna;
sortijas bellas, y en una
unas memorias se ven.
Una *esmeralda* traía;
me la robó en el camino
alguien, por lo que imagino,
que de esperanzas vivía.
Estaba con un zafiro,
mas la esmeralda llevaron
solamente, y me dejaron
esta piedra azul que miro.
Y así dije en mis desvelos:
"¿Cómo, con tanta venganza,
me llevasteis la esperanza
para dejarme los celos?"
Si gusta vuestra belleza
descubriré por más glorias,
el *corazón*, las memorias,
el *amor* y la *firmeza*.
LEO.—Aunque vuestras joyas son
tales como encarecéis,
para mostrarlas habéis
llegado a mala ocasión.
Y yo, en ver su hermoso alarde,
contento hubiera tenido
si antes hubierais venido,
pero habéis venido tarde.
¿Qué se dijera de mí
si cuando casada voy,
si cuando esperando estoy
a mi noble esposo, aquí
pusiera, no mi tristeza,
sino mi imaginación
en ver ese *corazón*,
ese *amor* y esa *firmeza*?
No las mostréis; que no es bien
que, tan sin tiempo miradas
agora, desestimadas
memorias vuestras estén.
Y tomad vuestro diamante,
que ya sé que pierdo en él
una luz hermosa y fiel,
al mismo sol semejante.
No culpéis la condición
que en mí tan esquiva hallasteis;
culpaos a vos, que llegasteis
sin tiempo y sin ocasión.
MAN.—*(Llamándoles la atención hacia la derecha.)*
Don Lope llega: mirad.
BER.—¡A recibirle lleguemos! *(Vase.)*
MAN.—*(Yéndose tras él.)*
Callen todos y escuchemos
la primera necedad.
Hombre a quien su novia place,
la dice, en sus alegrías
de novio, mil tonterías,
y de casado, las hace. *(Vase derecha.)*
Doña Leonor, don Luis, Sirena y Celio.
LUIS.—¿Qué me podrás responder,
mujer fácil y liviana,
mudable, inconstante y vana,
y mujer, en fin, mujer,
que pueda satisfacer
a tu mudanza y olvido?
LEO.—Haber tu muerte creído,
haber tu muerte llorado,
causa a mi mudanza ha dado,

que a mí olvido no ha podido;
pues cuando te llego a ver,
a nó estar ya desposada,
vieras hoy, determinada,
si soy mudable o mujer.
Desposéme por poder...
LUIS.—Y bien por *poder* se advierte:
por *poder* borrar mi suerte,
por *poder* robar mi calma,
por *poder* quitarme el alma,
por *poder* darme la muerte.
Esta dices que creíste,
y no fué vana apariencia,
que si creíste mi ausencia
es lo mismo, bien dijiste.
LEO.—Responder no puedo. ¡Ay, tris-
que presto estará conmigo [te,
no mi esposo, mi enemigo!
Mas porque me creas fiel,
cuanto yo le diga a él
es a ti a quien se lo digo.
(Retírase don Luis a un lado.)
Dichos y don Lope, don Bernardino y Manrique.
LOPE.—Cuando la fama en lenguas di-
[latada
vuestra rara hermosura encarecía
por fe os amaba yo, por fe os tenía,
Leonor, dentro del alma idolatrada.
Cuando os mira suspensa y elevada
el alma que os amaba y os quería,
culpa a la imagen de la fantasía,
que sois vista mejor que imaginada.
¡Vos sola a vos podéis acreditaros:
dichoso aquel que llega a mereceros
y más dichoso si llegó a estimaros!
Mas, ¿cómo he de olvidaros ni ofende-
[ros?
Que quien antes de veros pudo amaros,
mal os podrá olvidar después de veros.
LEO.—*(Dando intención a todas las frases para que sean comprendidas por don Luis.)* [viese
Yo me juzgué rendida antes que os
y vivó o muerto sólo en vos estaba,
porque sólo una sombra vuestra amaba:
pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces si pudiese
amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda común así pagaba
la vida, cuando humilde se rindiese.
Disculpa tengo cuando, temeroso
y cobarde, mi amor llegó a miraros,
si no pago un amor tan generoso.
De vos y no de mí podéis quejaros,
pues aunque yo os estime como a es-
es imposible, como sois, amaros. [poso
LOPE.—Ahora, tío y señor,
dadme de nuevo los brazos.
BER.—Y serán eternos lazos
de deudo, amistad y amor;
y porque no culpe ahora
la dilación, a embarcar
nos lleguemos.
LOPE.—*(Amorosamente a Leonor.)*
¡Hoy el mar
segunda Venus adora!
(Vanse por la derecha don Lope, Leonor, Manrique y Sirena.)
Don Luis y Celio.
CEL.—Señor, ya que de esta suerte
encuentras tu desengaño,
vuelve en ti, repara el daño
de tu vida y de tu muerte.
Ya no hay estilo ni medio
que tú debas elegir.
LUIS.—Sí hay, Celio.
CEL. Dí, ¿cuál?
LUIS. Morir,
que es el último remedio.
Muera yo, que vi casada
a Leonor, pues que Leonor
dejó burlado mi amor
y mi esperanza burlada.
Mas, ¿qué me podrá matar,
si los celos me han dejado
sin vida? Aunque mi cuidado
me pretende consolar
dándome alguna esperanza;
¡pues cuando a su esposo habló
conmigo se disculpó
de su olvido y su mudanza!
CEL.—¿Que se disculpó contigo?
¿Te haces esas ilusiones?
LUIS.—Medita bien sus razones:
verás si hablaba conmigo.
(Decidido.)
¡Siga mi suerte atrevida
su fin contra tanto honor,
porque he de amar a Leonor
aunque me cueste la vida!
(Vase resueltamente por la derecha.)

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de don Lope, amueblada con todo el carácter de época que sea posible. Puertas laterales y una en el foro. A la derecha, una mesa con sillón.

Leonor y Sirena, por la primera derecha.
LEO.—Esto, Sirena, es forzoso.
Declárese mi rigor,
porque mi vida y honor
no míos, son de mi esposo.
Dile a don Luis, ya que es
principal, noble y honrado,

por español y soldado,
obligado a ser cortés,
que en mis lágrimas bañada
vuelvo a pedirle se vuelva
a Castilla y se resuelva
a no hacerme mal casada;
porque, fiera y ofendida,
si no lo hace, vive Dios,
que podrá ser que a los dos
nos venga a costar la vida.
SIR.—De esa suerte le diré
si puedo velle y hablalle.
LEO.—¿Cuándo falta de la calle?
Mas no hables en ella; ve
a buscarle a la posada.
SIR.—Voy; pero a mucho te atreves.
(Vase segunda izquierda.)
Leonor y don Lope, que sale muy pensativo por el foro.
LOPE.—(¡Ay honor, mucho me debes
en esta triste jornada!)
(Transición al ver a Leonor.)
¡Mi Leonor!
LEO. ¡Esposo mío!
¿Vos tanto tiempo sin verme?
¡Quejoso vive el amor,
de los instantes que pierde!
LOPE.—Si en vos el amor es ciego,
en mí es mudo, y de esta suerte,
si os amo en silencio, hablando
pudiérais corresponderme.
LEO.—¡Triste os encuentro, señor!
Bien poco mi pecho os debe,
o yo le debo muy poco,
pues vuestro dolor no siente.
LOPE.—El famoso Sebastián,
nuestro rey, que viva siempre,
heredero de los siglos
a la imitación del fénix,
hoy al Africa hace guerra.
No hay caballero que quede
en Portugal; que a las voces
de la fama, nadie duerme.
Quisiérale acompañar
en la jornada; y por verme
casado no me he ofrecido
hasta que licencia lleve
de tu boca, Leonor mía.
Esta merced has de hacerme,
en este caso has de honrarme,
y este gusto he de deberte.
LEO.—Vos ausente, dueño mío,
y por mi consejo ausente,
fuera pronunciar yo misma
la sentencia de mi muerte.
Idos vos, sin que lo diga
mi lengua; pues que no puede
negaros la voluntad
lo que vuestro honor pretende.
Mas porque veáis qué estimo
vuestra condición valiente,
ya no quiero que el amor,
sino el valor me aconseje.
Servid hoy a Sebastián,
cuya vida el cielo premie;
que no quiero que se diga
que las cobardes mujeres
quitan el valor a un hombre
cuando es razón que le aumenten.
Esto el alma me aconseja,
el alma que tanto os quiere.
Mas como ajena lo dice
si como propia lo siente.
(Vase derecha.)
Don Lope y don Juan, que sale por la primera izquierda.
LOPE.—Don Juan, ¿habéis escuchado?
JUAN.—Escuchado no; es hacerme
grave ofensa; mas oíla
al venir aquí. Bien pueden
lenguas y plumas decir
que su raza no desmiente.
LOPE.—¿Y vos, qué me aconsejáis?
JUAN.—Yo, don Lope, de otra suerte
os respondiera.
LOPE. Decid.
JUAN.—Quien ya colgó los laureles
de Marte y en blanda paz
ciñe de palma las sienes,
¿para qué otra vez, decidme,
ha de limpiar los paveses
tomados de orín y polvo
en que ahora yacen y duermen?
Yo iría, que justo fuera,
a no estar, por triste suerte,
retirado y escondido;
y no es razón ofrecerme,
porque a los ojos del rey
llega mal un delincuente.
Si esto me disculpa a mí,
en vos más disculpa tiene,
porque fuísteis ya soldado.
Quedaos aquí, creedme,
aunque un hombre os acobarde
y una mujer os aliente. *(Vase foro.)*
Don Lope.
¡Válgame Dios! ¿Quién pudiera
aconsejarme, prudente,
si en la ocasión hay alguno
que a sí mismo se aconseje?
¡Que tenga el honor mil ojos
para ver lo que le pese,
mil oídos para oirlo,
y una lengua solamente
para quejarse de todo!
Mas no sé por dónde empiece;
que como, en guerra y en paz,

viví tan honrado siempre,
para quejarme ofendido
no es mucho que no aprendiere
razones; porque ninguno
previno lo que no teme.
¿Osará decir la lengua
qué tengo? Lengua, detente,
no digas que tengo celos...
Ya lo dije, ya no puede
volverse al pecho la voz.
¡Válgame Dios! ¿Quién es este
caballero castellano
que a mis puertas está siempre,
y, a mis umbrales clavado,
estatua viva parece?
¡Santo cielo! ¿Qué será
darme Leonor fácilmente
licencia para ausentarme
y, con un semblante alegre,
no sólo darme licencia,
sino decirme y hacerme
discursos tales, que aun ellos
me obligaran a que fuere,
cuando yo no lo intentara?
Y, ¿qué será, finalmente,
decirme don Juan de Silva
que de Leonor no me ausente?
¿En más razón no estuviera
que aquí mudados viniesen
de mi amigo y de mi esposa
consejos y pareceres?
¿Y que don Juan me animase
y Leonor me detuviese?
Sí, mejor fuera, mejor,
pero ya que el cargo es este,
pensemos en el descargo;
cielos, que el honor no quiere
por tan sutiles discursos
condenar injustamente.
¿No puede ser que Leonor
tales consejos me diese
porque, quedándome yo,
mi opinión no padeciere?
Bien puede ser, pues que dice
que da el consejo y lo siente.
¿No puede ser que don Juan
que me quedase dijese
por parecerle que estaba
excusado, y parecerle
que es dar disgusto a Leonor?
Sí, puede ser. Y ¿no puede
ser también que este galán
mire a parte diferente?
Y, apretando más el caso,
cuando sirva, cuando espere,
cuando mire, cuando quiera,
¿en qué me agravia ni ofende?
Leonor es quien es, y yo
soy quien soy, y nadie puede
borrar fama tan segura
ni opinión tan excelente.
Pero sí puede ¡ay de mí!
que al sol, claro y limpio siempre,
si una nube no le eclipsa,
por lo menos se le atreve;
si no le mancha, le turba,
y, al fin, al fin le obscurece.
¿Hay, honor, más sutilezas
que decirme y proponerme?
¿Más tormentos que me aflijan,
más penas que me atormenten,
más sospechas que me maten,
más temores que me cerquen
más agravios que me ahoguen,
y más celos que me afrenten?
No. Pues no podrás matarme
si mayor poder no tienes;
que yo sabré proceder
callado, cuerdo y prudente,
advertido, cuidadoso,
solícito y asistente,
hasta tocar la ocasión
de mi vida o de mi muerte.
Y en tanto que ésta se llega,
¡valedme, cielos, valedme!
(Vase segunda izquierda.)
Doña Leonor. Sale por la primera derecha y se dirige agitadamente a la puerta del foro, observando desde ella con gran incertidumbre.
A Sirena vi llegar
y quiero salirle al paso...
En inquietudes me abraso,
porque al fin vine a pensar
que aumenté mis desventuras
a don Luis aquí llamando...
pero amor es loco, y ¿cuándo
se cansó de hacer locuras?
Dichas y Sirena, que entra por el foro, con manto.
LEO.—Sirena.
SIR. ¡Señora mía!
LEO.—¡Cuánto tu ausencia me cuesta!
¿Hablástele?
SIR. Y la respuesta
en este papel te envía..
Y de palabra me dijo
que si él una vez te hablara
él se fuera y te dejara.
LEO.—Ahora mucho más me aflijo.
¿Para qué el papel tomaste?
SIR.—Para traerte el papel.
LEO.—(¡Ay, pensamiento cruel,
qué fácil entrada hallaste
en mi pecho!)
SIR. Pues importa
que lo tomes y lo leas.
LEO.—¿Eso es bien que de mí creas?

La voz, Sirena, reporta...
He de abrasarle o romperle...
(¿Será torpe esta mujer
que aun no ha llegado a entender
que estoy muerta por leerle?)
SIR.—¿Qué culpa tiene el papel
que viene mandado aquí,
señora, para que así
vengues tu cólera en él?
Mas cese tu incertidumbre;
no sufra tu honor, Leonor,
que si se empaña tu honor
iré yo a echarle a la lumbre.
(Medio mutis.)
LEO.—*(Deteniéndola con timidez.)*
Espera... que hay que pensar
que mi don Lope está en casa,
y si sabe lo que pasa...
SIR.—(Quiere hacerse de rogar,
y la voy a obedecer
como si no la entendiera...
Yo, en su caso, igual hiciera,
porque al cabo soy mujer.)
Si es que tú quieres romperle
por tus manos, bien podrías,
(y así de él te enterarías)
romperle después de leerle.
LEO.—*(Con fingida contrariedad.)*
Vaya, qué pesada estás.
trae... *(Le quita el papel.)*
Pero sólo por ti
rasgo el nema... dice así:
Por darte gusto no más. *(Lee.)*
"Leonor, si yo pudiera obedecerte,
y pudiera olvidar, vivir pudiera:
fuera contigo liberal, si fuera
bastante yo conmigo a no quererte.
Mi muerte injusta tu rigor me ad-
sí mi vida en amarte persevera; [vierte
pluguiera Dios, y de una vez muriera
quien de tantas no acierta con su muer-
[te!
Que te olvide pretendes. ¿Cómo puedo
despreciado olvidar y aborrecido?
¿No ha de quejarse de dolor el labio?
Quiéreme tú, que, si obligado quedo,
yo olvidaré después favorecido;
que el bien puede olvidarse, no el agra-
SIR.—¿Lloras leyendo el papel? [vio."
Son, en fin, pasadas glorias.
LEO.—Lloro unas tristes memorias
que vienen vivas en él.
SIR.—Quien bien quiere tarde olvida.
LEO.—Como el que muerte me dió
está presente, brotó
reciente sangre la herida.
Este hombre ha de obligarme,
con seguirme y ofenderme,
a matarme y a perderme,
que aun fuera menor matarme,
si no se ausenta de aquí.
SIR.—Pues tú lo puedes hacer.
LEO.—¿Cómo?
SIR. Oyéndole, que él dice
que en oyéndole una vez
se ausentará de Lisboa.
LEO.—¿Cómo, Sirena, lo haré?
A trueque de que se vaya,
imposibles sabré hacer.
SIR.—Escucha, Leonor, atenta.
Ahora es el anochecer,
que es la hora más segura,
porque ni temprano es
para que a un hombre conozcan,
ni tarde para temer
que la vecindad lo note.
De mi señor, ya tú ves
que nunca viene a esta hora.
Don Luis no dudo que esté
en la calle: podrá entrar
a esta sala, donde habléis
los dos, y entonces podrás
decirle tu parecer.
Oyele lo que dijera
y obre fortuna después.
LEO.—Tan fácilmente lo dices,
que nada dejas que hacer
al temor, ni aun al honor
qué duda ni qué temer.
Vé ya por don Luis.
(Vase Sirena por el foro.)
Doña Leonor, sola.
Amor,
aunque en la ocasión esté,
soy quien soy, vencerme puedo.
No es liviandad, honra es
la que en el trance me puso:
ella me ha de defender,
que cuando ella me faltara
quedara yo, que también
supiera darme la muerte
si no supiera vencer.
Doña Leonor, Sirena y don Luis, por el foro. Sirena, durante el siguiente diálogo, se coloca en la puerta del foro como dispuesta a avisar si alguien viniera.
SIR.—Don Luis, aquella es Leonor.
LUIS.—No es menester que lo digas;
el resplandor de sus ojos
bien claro me comunica
que es Leonor, y de no serlo,
es aparición divina.
(Vase Sirena al foro.) ¡Leonor!...
(Adelantándose y queriendo cogerle la mano. Leonor le rechaza suavemente.)
LEO.—Ya, don Luis, estáis
en mi casa, ya tenéis

la ocasión tan deseada.
Hablar aprisa, porque,
de mí mesma temerosa
que os escucho sin deber,
parece que tengo al cuello
un apretado cordel,
como si el alma quisiera
castigar mi proceder.
LUIS.—Recordad, Leonor hermosa,
si es que olvidado lo habéis,
que en Toledo, vuestra patria,
os conocí y os amé
desde que en la Vega os vi
un día al amanecer,
pintadas flores cogiendo
de tan hermoso vergel;
flores que si vuestra mano
hurtaba con avidez
al campo, las devolvía
vuestro diminuto pie,
porque al pisar en la tierra
brotaban allí otra vez.
Ya sabéis...
LEO. Esperad, yo
seré más breve... Ya sé
que muchos días rondasteis
mi calle, y a mi desdén
constante siempre tuvisteis
amor firme y firme fe,
hasta que os favorecí.
¿Qué no han llegado a vencer
lágrimas de amor que lloran
los hombres que quieren bien?
Que tratamos de casarnos,
cuando os hicieron merced
de una jineta y tuvisteis
que marcharos con el rey
a Flandes...
LUIS. Y en un asalto
que dimos, muerte cruel
halló un valiente soldado,
caballero aragonés,
de mi apellido, y aquesto
en Toledo hizo creer
que el muerto era yo...
LEO. Y entonces
yo vuestra muerte lloré
como llora el que ha perdido
joyas de inmenso valer.
Hasta que al fin, atendiendo
a los consejos de quien
manda en mí, tuve que unirme,
como sabéis, por poder,
dando la mano, no el alma,
al que hoy ya mi esposo es.
Basta, don Luis... idos ya,
idos, compasión tened
de la que ha querido daros
cuenta de su proceder.
para que jamás pudiérais
pensar que os ha sido infiel...
LUIS.—Si tus razones son ciertas,
si no me engañas, me iré
a Flandes, donde una bala,
piadosa a mi padecer,
me arranque del corazón
el amor que te guardé...
SIR.—Gente sube la escalera.
(Azorada.)
LEO.—¡Ay cielos! ¿Qué puedo hacer?
Oscura la sala está;
que aquí te quedes es bien,
porque a ti solo te hallen,
y cuando entre quien es
podrás irte... no a Castilla,
(Suplicante.)
que ocasión habrá después
para acabar de quejarte.
SIR.—Yo voy contigo también.
(Vanse las dos primera derecha. Sigue a obscuras la escena.)
Don Luis y don Juan. Don Luis se embroza y aparta a un lado. Entra don Juan.
JUAN.—*(A tientas.)* ¿Cómo a obscuras se halla el aposento?
Alguno en él está, pues ruido siento...
Responda el que lo hace, o por mi vida
(Echa mano a la espada sin sacarla.)
que la suya há de ver aquí rendida.
LUIS.—*(A tientas.)*
¡No encuentro la salida! ¿Ninguno me contesta? ¿No responde
el que en la obscuridad, traidor, se esconde?
(Saca la espada.)
Pues, ya desenvainada,
lengua de acero, lo dirá mi espada.
LUIS.—*(Saca la espada y la cruza con la de don Juan. Breves momentos, porque al retroceder halla la puerta del primer término izquierda, por donde desaparece después de decir lo que sigue.)* Hallé por donde...
¡En este cuarto puedo cobijarme
hasta ver el momento de escaparme!
(Desaparece luchando; e instantáneamente salen por segunda izquierda don Lope y Manrique. Don Lope desenvaina la espada y la cruza con la de don Juan, el cual cree que se está batiendo con don Luis.)
Don Juan, don Lope y Manrique.
LOPE.—¡Ruido de cuchilladas
y obscuro el aposento!
JUAN.—Aquí los pasos siento.
MAN.—Voy por luz.
(Vase segunda izquierda.)
LOPE.—*(Bajándose.)* ¡Aquí espadas!

Ya es fuerza que me asombre!
UAN.—*(Sin dejar de batirse.)*
Os requiero otra vez: decid el nom-
[bre!
OPE.—¿Quién mi nombre pregunta?
UAN.—*(Sigue luchando.)*
's lo pregunto yo, que al fin sospecho
ue abriré en vuestro pecho
nil bocas con la punta
e mi afilada espada. *(Sigue la pelea.)*
EO.—*(Dentro.)* ¡Luces presto!
)ichos, Leonor, Sirena y Manrique.
irena con un candelabro y éste con
una tea.
OPE.—¡Don Juan!
Al ver a don Juan.)
UAN.—*(Asombrado.)* ¡Don Lope!
EO.—*(Aterrorizada.)* ¡Ay Dios!
OPE.—¿Pero qué es esto?
UAN.—En esta sala entraba
Envainando.)
ıando un hombre salía.
EO.—*(Fingiendo confusión.)*
lgún hombre sería
ue robarla intentaba.
OPE.—¡Hombre! *(Muy extrañado.)*
UAN. Sí, y preguntando
uién era, la respuesta dió callando.
OPE.—(Disimular conviene;
o crean que yo puedo
ner tan bajo miedo
ue mi valor condene.)
Riéndose, pero sin dejar de notarse
l esfuerzo que hace para disimular.)
Bueno fuera, a fe mía,
ıataros! Yo era el mismo que salía,
ue, tan desconocida
; voz, viendo que un hombre
ıe preguntaba el nombre
ı mi casa, ofendida
, paciencia, y turbada,
ıllando di respuesta con la espada.
IR.—Señor, ¡quién lo dijese!
Asómbranos a todos el suceso!
UAN.—¿Cómo puede ser eso,
el que creo que fuese
ntro está? Cosa es cierta,
ues no pudo, al huir, ganar la puerta
or donde vos entrasteis.
OPE. Juro y digo
ıe era yo...
UAN.—*(Dudando.)*
¡Pues la cosa es muy extraña!
OPE.—*(Impaciente.)*
Cuánto a un hombre ultrajado estor-
ı ignorante amigo!) [ba y daña
Violentándose para disimular.)
aseguráis, don Juan, que un hombre
ierte y determinado, [ha entrado,
poneos a la puerta de la calle
para evitar que salga, y yo a buscalle,
registrando la casa,
iré para saber qué es lo que pasa.
JUAN.—Con gusto os obedezco:
quiero saber si crédito merezco.
(Vase foro.)
LOPE.—(Hoy seré, cuerdamente,
si es que ofendido soy, el más pru-
y en la venganza mía [dente,
tendrá ejemplar el mundo,
porque en callar la fundo.)
(Reponiéndose.)
Ea, Manrique, guía
con esa luz...
MAN.—*(Resistiéndose, pero obedeciendo, con la luz en la mano.)*
Voy algo receloso,
que no soy de los duendes muy goloso.
(Quiere entrar don Lope en el cuarto en que está don Luis, y Leonor se interpone resueltamente.)
LEO.—No entréis, señor, aquí; yo soy
[testigo
que aseguraros este cuarto puedo.
LOPE.—*(Forcejeando con Leonor.)*
¿De qué mostráis, entonces, tanto mie-
[do?
LEO.—*(Entorpeciendo la entrada.)*
Os juro que no hay nadie.
LOPE. ¡Suelta, digo!
(A Manrique.)
Y tú, vete de aquí (que antes es dicha
que falte otro testigo a mi desdicha.)
(Le quita la tea a Manrique, el cual se va por la segunda izquierda. Don Lope, a pesar de la oposición de Leonor, entra en el ya mencionado cuarto violentamente, cerrando la puerta.)
Doña Leonor y Sirena.
LEO.—*(Con desesperación.)*
¡Ay, Sirena! ¡Qué suerte
es esta tan airada!
estoy, desesperada,
por darme aquí la muerte.
(Mirando con ansiedad por la cerradura.)
¡Ya le ha visto don Lope: están ha-
[blando!...
¡Tal vez sangriento duelo concertando!
Ausentarme quisiera, mas no puedo,
ata mis pies insuperable miedo,
y el saber que mi honor eché en olvido
al lugar me sujeta en que he caído,
si deshonrada no, torpe y ligera...
SIR.—*(Mirando por la cerradura.)*
Ya vienen hacia aquí, calla y espera.
(Se apartan a un lado.)
Dichos, don Luis y don Lope. Don Luis

sale con la espada desnuda y embozado, y tras él don Lope, también con la espada desnuda.

LOPE.—No os encubráis, caballero.
LUIS.—Detened, señor, la espada;
que en la sangre de un rendido
más que se ilustra, se mancha.
Yo soy de Castilla, donde,
por los celos de una dama,
di a un caballero la muerte
cuerpo a cuerpo en la campaña.
Vine a ampararme a Lisboa,
y he sabido esta mañana
que aquí un hermano del muerto
cautelosamente anda
encubierto, por vengarse
con traición y con ventaja.
Con este cuidado, pues,
por esas calles pasaba,
cuando tres hombres me embisten
a la puerta de esta casa.
Viendo inútil la defensa
contra tres de mano armada,
por la escalera subíme,
y ellos, o por ver que estaba
en sagrado, o por no hacer
tan dudosa la venganza,
no me siguieron, y estuve
en esa primera sala
esperando a que se fuesen;
y sintiendo sosegada
la calle, marcharme quise;
pero al salir de la sala
hallé un hombre que me dijo:
"¿Quién va?" Yo, que imaginaba
que fueran mis enemigos,
no le respondí palabra:
de una sala en otra entré
hasta aquí. Esta es la causa
de haberme hallado, señor,
escondido en vuestra casa.
Agora, dadme la muerte:
que, como yo dicho haya
la verdad y no padezca
alguna virtud sin causa,
moriré alegre, rindiendo
el ser, la vida y el alma
a un honrado sentimiento
y no a una infame venganza.
LOPE.—(Si en la calle este hombre,
tantos pesares me daba, ¡cielos!
¿qué vendrá a darme escondido
dentro de mi mesma casa?)
Caballero castellano,
yo me alegro de que haya
sido contra una traición
seguro vuestro mi casa.
En ella, a ser hoy soltero,
os sirviera y hospedara,
porque un caballero debe
amparar nobles desgracias.
Y ahora, porque os marchéis
más secreto de mi casa,
podréis salir del jardín
por aquella puerta falsa.
(Señalando a la segunda derecha.)
Yo la abriré... y también hago
prevención tan recatada,
porque criados, que al fin
son enemigos de casa,
no cuenten que os hallé en ella,
y sea fuerza que vaya
a todos satisfaciendo
de cual ha sido la causa,
porque aunque yo he recibido
la satisfacción que basta,
¿quién de una malicia huye?
¿quién de una sospecha escapa?
¿quién de una lengua se libra?
¿quién de una intención se guarda?
Y si llegara a creer...
(Desesperándose por grados.)
¿Qué es a creer? Si llegara
a imaginar, a pensar
que alguien pudo poner mancha
en mi honor... ¿qué es en mi honor?
en mi opinión y en mi fama,
no tuviera, vive Dios,
vida que no le quitara,
sangre que no le vertiera,
alma que no le sacara,
y la rompiera después
a ser visibles las almas...
(Fingiendo tranquilizarse.)
Venid, iréos guiando
hasta que salgáis...
LUIS. (Helada
tengo la voz en el pecho...
¡Me asombra tanta arrogancia!)
(Vanse los dos segunda derecha.)
Doña Leonor; Sirena; después, d
Lope.
LEO.—Aun mejor ha sucedido,
Sirena, que yo esperaba...
¡Ya puedo hablar, y ya puedo
mover las heladas plantas!
¡Ay, Sirena, en qué me vi!
¡Vuelva a respirar el alma!
(Vuelve don Lope.)
LOPE.—Mi Leonor. *(Cariñosamente*
LEO. Señor, ¿qué intenta
¿Ya no supiste la causa
con que él entró? ¡Como ves,
yo no puedo ser culpada!
LOPE.—*(Con afectuosa ternura.)*
¿Tal pudiera imaginar
quien te estima y quien te ama?
No, Leonor, sólo te digo

Acariciándola.)
ue ya que aquí él se declara
on nosotros...
EO.—*(Interrumpiéndole y muy azo-*
ada.) ¿Ya él no dijo
ue en Lisboa se amparaba
or haber hecho una muerte?
De lo demás no sé nada!...
OPE.—*(Más cariñoso; para disimular*
ejor.) No te disculpes, bien mío;
no comprendes que me matas?
ú, Leonor, ¿pues de qué habías
e saberlo? Pero basta
ue él se fíe de nosotros
ara que libre se vaya.
tú, Sirena, no digas
e lo que sucede nada
ninguno, ¡ni a don Juan!
Dichos y don Juan, por el foro.
OPE.—*(Saliendo al encuentro con*
ngida alegría.)
Por Dios, don Juan!, linda gracia
hacerme andar así
mirando toda la casa,
siendo cierto que fuí yo
quien con vos cruzó la espada.
Entrad conmigo y mirad
vos mismo.
JUAN. ¡Ya no hace falta
sabiendo que fuisteis vos;
reconozco mi ignorancia.
LOPE.—*(Invitándole con insistencia.)*
Con todo, habemos los dos
segunda vez de mirarla.
LEO.—(¡Qué prudencia tan notable!)
JUAN.—(¡Qué valor y qué arrogancia!)
SIR.—(¡Qué temor!)
LOPE. (¡De esta manera,
el que de vengarse trata
hasta encontrar la ocasión
sufre, disimula y calla!)
(Hace una indicación a don Juan para que le siga; éste obedece y vanse los dos, quedándose Leonor y Sirena haciendo ademanes de asombro por lo que sucede.)

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

elón corto. En el foro, en el mar, y a la izquierda, un trasto fácil para la mutación, que repre-
senta suntuosa entrada al palacio del rey.

Don Juan y Manrique.
UAN.—Manrique, a don Lope dí,
sabes dónde se halla,
ue antes de que vea al rey
uiero hablalle dos palabras.
IAN.—Antes víle aquí cercano:
espués me volvió la espalda,
o la mía le volví,
omo el hombre que se enfada
on su señor, porque tiene
ecretos y se los guarda.
i no merece el criado
el amo la confianza,
ebe al punto despedille
uego de dalle la paga,
nque hay muchos que no quieren
ue el servidor se les vaya
or saber que al despedille
an de pagar la soldada.
UAN.—Deja ya murmuraciones
vete.
IAN.—*(Mirando a la derecha.)*
Si no me engañan
is ojos, aquel parece.
UAN.—¿Cuál dices?
Mirando también.)
IAN. Aquel que habla
on un barquero que tiene
u barquilla engalanada;
orque a despedir al rey
a mucha gente a la playa,
ansiosa de acompañarle
hasta su quinta inmediata,
donde está precisamente
de don Lope la morada.
Voy a decirle que venga.
JUAN.—Y que evite la tardanza.
(Manrique vase derecha.)
Don Juan, mirando a la derecha y como si viese venir a don Lope.
¿Podré yo ver y callar
que su limpio honor padezca,
sin que mi vida le ofrezca
para ayudarle a vengar?
¿Podré yo ver murmurar
que aquese galán adore
a Leonor y la enamore
correspondiendo Leonor,
y padeciendo su honor
yo lo sepa y él lo ignore?
Yo a don Lope le diré
clara y descubiertamente
que no hable al rey, ni se ausente.
¿Mas si me dice por qué
cómo le responderé?
Esta es mi duda mayor,
porque si le soy traidor
diciéndole que no hay nada
contra su honra inmaculada,
mancho yo mismo su honor.
¿Qué debe hacer un amigo
en tal caso, pues entiendo

que si me callo le ofendo
y le ofendo si lo digo?
Si yo al infame castigo,
muy mal a don Lope dejo...
que es del valor claro espejo...
Mas él mismo viene allí;
no ha de quejarse de mí,
él me ha de dar el consejo.
Dicho y don Lope, con Manrique, por la derecha.
LOPE.—Vuélvete, y a Leonor dí
que luego a la quinta voy,
que esperando hablar estoy
al rey.
MAN. Don Juan está allí
y quiere hablarte.
LOPE. (¡Ay de mí!
¿Qué puede haber sucedido?
¿A qué puede haber venido?)
¿Don Juan, pues qué hay por acá?
(¡Oh, cómo un cobarde está
siempre a su temor rendido!)
JUAN.—Don Lope, amigo, yo vengo
(solos estamos los dos)
a aconsejarme con vos
en una duda que tengo.
LOPE.—(Ya para oir me prevengo
alguna desdicha mía.)
Decid.
JUAN. Un caso me envía
un amigo a preguntar,
y quiérolo consultar
con vos.
LOPE. ¿Y es?
JUAN. Jugando un día
dos hidalgos, sucedió
que una duda se ofreció
sobre una mala jugada,
y en la disputa entablada
el uno al otro insultó:
mas con las voces no oyó
el agravio el ofendido;
y un tercero lo ha sabido,
y, como es su amigo fiel,
quiere decírselo a él,
y esta duda le ha ocurrido.
¿Se encuentra en la obligación
de decirle claramente
al otro, que está inocente,
su agravio, o es más razón
que padezca su opinión?
Si lo calla es agravialle,
si lo dice, ¿será error
de amigo? ¿Cuál es mejor,
que lo diga o que lo calle?
LOPE.—Don Juan, yo he considerado,
y este mi voto será,
que aquel que ignora no está
en ningún caso culpado.
El que haya disimulado
su ofensa, por no vengalla,
es quien culpado se halla;
porque en situación tan grave
no yerra el que no lo sabe
sino el que lo sabe y calla.
Y yo de mí sé decir
que si un amigo cual vos
siendo quien somos los dos,
me llegara a descubrir
algo que pudiera herir,
algo que a mi honor tocara,
el primero en quien vengara
el agravio, fuera en él,
porque es cosa muy cruel
para dicha cara a cara,
siendo extremado rigor,
que ninguna causa abona,
el decir a una persona:
"Sé que no tenéis honor."
¡Darme el amigo mayor
el mayor pesar! Testigo
es Dios, otra vez lo digo,
que si *yo me lo dijera,*
a mí la muerte me diera
y *soy mi mejor amigo.*
JUAN.—Esto quede entre los dos.
Vuestra respuesta diré,
mas sin nombraros a vos,
y a mi amigo encargaré
que calle... ¡Don Lope, adiós!
(Vase por la derecha.)
Don Lope.
El caso que me ha contado
es fingido. Yo bien sé
que don Juan está enterado
y que mi tormento ve
juzgándome deshonrado.
Si él supo lo que ha pasado,
sabrá la venganza mía,
que a todos ha de asombrar,
pues que la sabré encontrar
a la clara luz del día.
Dicho y el Rey, con acompañamien de soldados y oficiales. Salen todos palacio.
REY.—¿Está toda la gente prevenid
A mi reino he de dar la despedida
antes de combatir al enemigo;
que como de mi pueblo soy amigo
sus vítores me animan
y sus ecos al triunfo me encaminan.
¿Qué hacéis aquí, don Lope?
LOPE. Señor... veng
REY.—Sabéis la estimación en que
[os ten
LOPE.—*(Inclinándose.)*
Dame tus pies: será feliz mi boca
si con su aliento esas esferas toca.

EY.—*(Sin permitirle arrodillarse.)*
h, don Lope de Almeida, si tuviera
África esa espada, yo venciera
del moro arrogante bizarría!
OPE.—¿Pues pudiera quedar la es-
[pada mía
iosa, que es lo mismo que en estado
e deshonra y afrenta al buen soldado,
ientras que a dar prepárase tu acero
ás de gloria a Portugal entero?
on vos a morir voy.
EY. ¿No estáis casado?
OPE.-Sí, señor, mas no el serlo me ha
[estorbado
ser quien soy, pues la ambición me
[llama
ganar más honor, logrando fama.
EY.—¿Cómo, recién casada
edará vuestra esposa?
OPE. Muy honrada
ver que os ha ofrecido
portugués soldado en su marido;
a, que es noble y varonil, sintiera
e a vuestro lado yo, señor, no fuera.
EY.—Vuestro valor el triunfo me da-
[ría,
e nadie os aventaja en valentía;
sería mi gusto
varos a la guerra, mas no es justo
artaros ahora
la que vuestro corazón adora,
e en vuestra casa, aunque mi empre-
[sa es alta,
déis hacer, don Lope, mucha falta.
ase con el acompañamiento.)
Don Lope.
álgame el cielo! ¿qué es esto
rque pasan mis sentidos?
ma, ¿qué habéis escuchado?
os, ¿qué es lo que habéis visto?
Iay hombre más infelice?
lo fuera mejor castigo,
ior, desatar un rayo,
e con mortal precipicio
abrasara, viendo antes
incendio que el aviso?
lo fuera aquesto mejor
e aquello que el rey me dijo
que haré falta en mi casa?
legó mi afrenta a su oído?
y, honor, mucho me debes!
ntate a cuentas conmigo.
ué quejas tienes de mí?
n qué te ofendí, honor mío?
o, por no ponerte a riesgo,
la mi vida no he sido
l el humilde, cortés,
l el caballero, amigo,
l el pobre, liberal,
con el soldado, bien quisto?
Casado, ¡ay de mí! casado,
¿en qué falté, y en qué he sido
culpable? ¿No busqué esposa
de noble sangre y de antiguo
valor? ¿Y no soy su esclavo?
¿no la quiero? ¿no la estimo?
Pues si yo en nada he faltado,
si en mis costumbres no ha habido
acciones que te avergüencen,
por ignorancia o por vicio,
¿por qué me afrentas, honor?
¿En qué tribunal se ha visto
condenar al inocente?
¿Hay sentencia sin delito?
¿Informaciones sin cargo?
Y sin culpas, ¿hay castigo?
¡Oh locas leyes del mundo!
¡Que un hombre que por sí hizo
cuanto pudo para honrado
no sepa si está ofendido!
¿Quién puso el honor en vaso
que es tan frágil? ¿Y quién hizo
experiencias en redoma,
no habiendo experiencia en vidrio?
(Resueltamente y haciendo un supremo esfuerzo.)
Pero acortemos discursos;
castiguemos el delito.
Iré con el rey, y luego,
volviéndome del camino,
que ocasión habrá también,
la tendré para el castigo.
La más pública venganza
será que el mundo haya visto,
sabrá el rey, sabrá don Juan,
sabrá el mundo y aun los siglos
futuros, quién fué don Lope
ultrajado y ofendido.
(Va a hacer mutis y se tropieza con don Juan, que sale por la derecha con la espada desnuda.)
JUAN.—¡Cobardes, el *satisfecho*
soy yo, que no el ofendido!
¡Ved, don Lope, cómo huyen!
¡Siempre en el mundo se ha visto
ser cobarde el maldiciente
y traidor el asesino!
LOPE.—*(Echando mano a la espada.)*
Mi espada y mi sangre están,
don Juan, a vuestro servicio.
JUAN.—No son menester, don Lope:
ved la espalda a mi enemigo.
LOPE.—¿Cuál es el caso, decid?
JUAN.—Estaban en un corrillo
unos hombres, y al pasar
el uno a los otros dijo:
"Aqueste es don Juan de Silva."
Oyendo mi nombre mismo,

que es lo que se oye más fácil,
apliqué entrambos oídos.
Otro preguntó: "¿Quién es
don Juan de Silva?" "Por Cristo
que ignoráis lo que ya el mundo
ha olvidado, de sabido—
le replicaron—. Don Juan
es el que en público sitio
fué por don Manuel de Sosa
agraviado y desmentido."
Yo, entonces, saqué la espada,
que digna y honrada ciño,
y respondí de este modo:
"Miente quien tal cosa dijo.
Yo soy el *desagraviado*
y jamás el *desmentido*,
pues con sangre del de Sosa
lavé mi honor, claro y limpio."
Irónica risotada
llegó a sonar en mi oído,
y cerrando contra todos,
castigué a mis enemigos,
y aun el eco me parece
que dice, arrogante y frío:
¡El *ofensor* fué el de Sosa,
y don Juan el *desmentido!*
Esta es mi pena, don Lope.
De aquí no me precipito
al mar, o con esta espada
me arranco el postrer suspiro
de mi vida, porque quiero
que dé fin conmigo mismo
la vergüenza de que el mundo
crea lo que nunca ha visto.
¿Pude hacer más que poner
mi noble vida en peligro
de quedar muerto y honrado
antes que afrentado y vivo?
Mas no fué así: que mil veces,
por vengarse uno, atrevido,
de aquel que manchó su honra,
publicó su agravio él mismo,
porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo.
(Medio mutis.)
LOPE.—Escuchadme... ¿Dónde vais?
JUAN.—Muy lejos de aqueste sitio.
A donde el viento no lleve,
despiadado a mis oídos
el rumor de los cobardes
que, al huir, dicen a gritos:
El ofensor fué el de Sosa
y don Juan el desmentido.
(Vase izquierda.)
Don Lope, meditabundo.
Porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo.
Luego si me vengo yo
de aquella que me ofendió,
la publico, y claro está
que la venganza dirá
lo que la desdicha no.
Y después de haber vengado
mis ofensas, atrevido,
el vulgo dirá, engañado:
Este es aquel ofendido,
y no *aquel desagraviado.*
Y cuando la mano mía
se bañe en sangre este día
ella mi agravio dirá,
pues la venganza sabrá
quien la ofensa no sabía.
Pues ya no quiero buscalla
¡ay cielos! públicamente
sino encubrilla y celalla;
que un ofendido prudente
sufre, disimula y calla
Y tal mi venganza sea,
obrando discreto y sabio,
que apenas el sol la vea,
que bastará que la crea
aquel que supo el agravio.
Y hasta que pueda logralla
para mejor realizalla
con más secreta ocasión,
ofendido corazón,
sufre, disimula y cálla.
¡Barquero! *(Con resolución.)*
Dicho y Barquero.
BAR.—*(Saliendo por la derecha.)*
Señor.
LOPE. ¿No tienes
un barco aprestado?
BAR. Sí.
No faltará para ti,
aunque en una ocasión vienes
que, siguiendo a Sebastián,
nuestro rey, que el cielo guarde,
hasta su quinta esta tarde
los barcos vienen y van.
LOPE.—Pues prevenle, porque teng
de ir hasta su quinta yo.
BAR.—¿Ha de ser presto?
LOPE. ¿Pues
BAR.-Al momento le prevengo. *(Vas*
Don Lope y don Luis, que viene ley
do un papel.
LUIS.—*(Lee.)* "Esta noche va el
a la quinta; entre la gente podéis ve
disimulado, donde habrá ocasión
que acabemos, vos de quejaros y yo
disculparme. Dios os guarde.—*Leon*
¡Que no haya un barco en que pu
pasar! ¡Oh suerte importuna!
¡Es triste que la fortuna
nunca un gusto me conceda!
LOPE.—(Leyendo viene un papel
quien mi venganza previene.

Quién dudará de que viene
yendo mi afrenta en él?
pues la serpiente halaga
ra acometer de lleno,
, hasta verter mi veneno,
bien que lo mismo haga.)
Mientras don Lope ha dicho este
arte don Luis ha seguido leyendo.
on Luis, al ver a don Lope, guarda
ecipitadamente el papel.)
a muy poco, caballero,
i ofrecimiento estimáis,
ies que nada me mandáis
ando serviros espero.
o quedé tan obligado
vuestra gran cortesía,
screción y valentía,
ie en Lisboa os he buscado
ra que a vuestro valor
rvir mi espada pudiera
ando otra vez pretendiera
ngarse el competidor,
e aquí os busca aventajado,
tanto, que de esta suerte
etende daros la muerte
ando estéis más descuidado.
UIS.—Yo, señor don Lope, estimo
erced que pagar espero.
as hoy, como forastero,
pediros no me animo
e en esta ocasión me honréis,
r no empeñaros, señor,
n ese competidor
quien vos me defendéis;
era de que ya los dos
estras paces hemos hecho
de él estoy satisfecho
ual que lo estoy de vos.
OPE.—Créolo; *pero mirad*
on intención.)
estro riesgo con cuidado,
e amistad de hombre agraviado
es muy segura amistad.
decidme: ¿qué buscáis
por aquí?
LUIS. Un barco quisiera
en que hasta la quinta fuera
del rey.
LOPE.—A tiempo llegáis:
que os podré servir creed,
pues ya le tengo fletado...
LUIS.—Alegría me habéis dado
y agradezco tal merced,
pues tengo curiosidad
de ver la flota partir
en que a la guerra ha de ir
del gran rey la majestad.
LOPE.—Pues conmigo iréis. (Llegó
la ocasión de mi venganza.)
LUIS.—(¿Cuál hombre en el mundo
mayor ventura que yo?) [alcanza
LOPE.—(¡A mis manos ha venido
y en ellas ha de morir!)
LUIS.—(¡Que me viniese a servir
de tercero su marido!)
Dichos y el Barquero.
BAR.—El barco, dispuesto.
LOPE.—*(Al barquero.)* Entrad
vos en el barco primero,
porque yo a un criado espero...
(Medio mutis del barquero.)
Pero no; vos esperad,
pues conocéis al criado;
que al barco nos vamos ya.
(Se dirige a la derecha.)
BAR.—No entréis en él, porque está
solo y a una cuerda atado
que no estará muy segura.
LOPE.—Buscad al criado vos,
que allí esperamos los dos.
(Mutis el barquero.)
LUIS.—(¿Quién ha visto igual ventu-
¡El me lleva de esta suerte [ra?
a donde a su honor me atrevo!)
LOPE.—(Yo de esta suerte le llevo
donde le daré la muerte.)
(Vanse los dos por la derecha, dando muestras de atención y de cortesía.)

CUADRO SEGUNDO

lla opuesta a la en que se desarrolla la acción en el anterior cuadro. A lo lejos se ve la ciudad. En primer término izquierda, un edificio, que figura ser la quinta del rey, y en primer tér mino derecha, otro que figura ser la de don Lope. En el fondo, el mar.

onor y don Juan, saliendo de la
inta de don Lope; Sirena y Man-
rique.
O.—Mucho me extraña, don Juan,
aun me causa incertidumbre,
ros venir sin don Lope
esta mi casa.
AN. No pude
erarle, aunque él me dijo
e antes que en el mar sepulte
sol sus rayos, vendrá.
LEO.—¿Cómo pueden, si ya cubren
al mundo pálidas sombras
y al cielo lóbregas nubes?
JUAN.—A mí me tuvo violento
un gran disgusto que tuve,
y esperar no puede a nadie
el que de sí mismo huye.
LOPE.—¡Válgame el cielo! *(Dentro.)*
LEO. ¿Qué voz
tan lastimera discurre
el viento? Mirad, don Juan...

En la playa se descubre
un bulto que de una barca
al rudo y violento empuje
a tierra saltó.
JUAN. ¡Así es!
LEO.—¡Como las tímidas luces
del sol envuelven su faz,
no es fácil que se vislumbre
quién pueda ser!
JUAN. ¡Mas se ve
que agudo puñal reluce
en su temblorosa mano...
y viene como el que huye,
y, cometido el delito,
busca un sitio en que se oculte!
LEO.—¡Ya está aquí!
JUAN. ¡Qué es lo que veo!
¡Don Lope!
LEO. ¡Esposo!
(Al dirigirse hacia segundo término derecha aparece don Lope, muy descompuesto y fatigado.)
Dichos y don Lope.
LOPE.—*(Abrazando a su esposa.)*
¡Leonor!
LEO.—¡Esposo!
JUAN. ¡Qué veo! *(Leonor, don Juan y Sirena rodean a don Lope.)*
LOPE. ¡Oh dulces
brazos, el piadoso puerto
que mis penas disminuye!
LEO.—¿Qué ha sucedido? ¡Sacadme
de esta mortal pesadumbre!...
LOPE.—*(Respirando fatigosamente y limpiándose el sudor de la frente.)*
Vuestra presencia amorosa
ánimo y valor me infunde
para contar la tragedia
en que tanta parte tuve.
LEO.—Si habéis salvado la vida,
ya mi alma, señor, no sufre...
porque los males pasados
se olvidan después que ocurren...
JUAN.—Contad...
LOPE. Tragedia espantosa
que de luto el pecho cubre...
(Tomando aliento.)
Hablé al rey, busquéos a vos,
(A don Juan.)
y como hallaros no pude,
fleté un barco. Estando ya
para hacer que el agua surque,
a mí un galán caballero,
cuyo nombre nunca supe,
mas pienso que es don Luis
de Benavides, acude
rogándome le permita
que un sitio en el barco ocupe,
porque siendo él forastero
no debo extrañar procure
ver en la quinta del rey
la gente cuando se junte.
Servíle muy placentero,
y apenas entrado hube
con él, la cuerda que ataba,
el barco, el mar la sacude
con violencia; al fin se rompe,
mas bien diga que la pudre,
porque las aguas del mar
cuanto acarician destruyen,
como la mujer que besa
por cubrir ingratitudes.
Tomé los remos... en vano
resistir quise... fué inútil;
el barco, viéndose libre,
sus blancas velas sacude,
como el león las melenas
al dar el primer empuje.
Dueño y señor, el Atlántico,
unas veces a las nubes
nos levanta, y al abismo
otras, rápido, nos hunde,
como aquel que da esperanzas
consoladoras y dulces,
y las quita, pesaroso
de que se alegre el que sufre.
¡Un golpe de mar, al barco
de arena y de agua cubre,
y el gallardo caballero,
a quien yo librar no pude,
de la cubierta lanzado,
cae al mar y en él sucumbe!
(Estos últimos cuatro versos los d
mirando con terrible intención a su
posa.)
LEO.—*(Cubriéndose los ojos con*
manos, rompiendo a llorar y apoy
dose, desvanecida, en don Juan, q
trabajosamente la sostiene, auxiliado
Sirena y Manrique.) ¡Jesús, qué oig
LOPE.—*(Acudiendo a ella amoro*
mente.) ¡Leonor,
mi bien, mi esposa, no turbes
tu hermosura, ¡ay cielo mío!
¡Ay, don Juan, la pesadumbre
de verme así, no fué mucho
que la rindiese! ¡No sufren
corazones de mujer
que estas lástimas escuchen!
Llevadla al lecho los dos.
(Leonor sigue acongojada; es lleva
por Sirena y Manrique a la casa.)
Y ya, don Juan, que en vos puse
toda la esperanza mía,
ved que vuestro amigo sufre;
corred y presto traedme
quien me ampare y quien me ayude
JUAN.-¡Vuestro dolor es el mío! *(Va*

Qué bien en un hombre luce
ue, callando sus agravios,
n las venganzas sepulte!
e esta suerte ha de vengarse
uien espera, calla y sufre.
ien habemos aplicado
nor con cuerda esperanza;
agravio disimulado,
simulada venganza.
Bien la ocasión advertí
ando la cuerda corté,
ando los remos tomé
ra apartarme de allí,
ciendo que pretendía
ercarme! ¡Y bien logré
i intento, pues que maté
que ofenderme quería
stigo es este puñal),
l agresor de mi afrenta,
quien di, en urna violenta,
onumento de cristal!
ues ya que, conforme a ley
honrado, maté primero
galán, matar espero
Leonor; no diga el rey,
endo que su sangre esmalta
lecho que aún no violó:
o vengas conmigo, no,
rque en tu casa haces falta."
onor, ¡ay de mí! Leonor,
lla como licenciosa,
infeliz como hermosa,
ina fatal de mi honor,
s a morir. Mis intentos
o los he de fiar,
rque los sabrán callar
todos cuatro elementos.
lí al agua y viento entrego
la gran desdicha mía;
aquí, la otra mitad fía
dolor de tierra y fuego;
es esta noche mi casa
nso, intrépido, abrasar,
go al cuarto he de pegar,
yo, en tanto que se abrasa,
ado, atrevido y ciego
muerte a Leonor daré,
rque presuman que fué
ngriento verdugo el fuego.
n Luis tan sólo sabía
e ella mi honor empañaba,
ya el mar las manchas lava
la gran desdicha mía;
viento la lleve luego
nde no se sepa de ella;
tierra ande por no vella,
cenizas la haga el fuego;
rque así el mortal aliento
que a turbar el sol se atreve,
consuma, lave, arda y lleve
tierra, agua, fuego y viento.
(Entra en su casa.)
El Rey, el Duque y acompañamiento de soldados, dispuestos para la guerra, que salen de la quinta. El pueblo por distintos lados.
REY.—Llegó de partir la hora...
Mis soldados, a la guerra
marchemos. Ya el africano
prevenido nos espera.
Valiente es el enemigo,
con ciego furor pelea,
es audaz en el ataque
y prudente en la defensa,
pero el triunfo será nuestro
y la fama, en tal manera
ha de cantar nuestra gloria,
que será en el mundo eterna,
pues quien vence a un enemigo
valiente, su honor aumenta,
porque vencer a un cobarde
más que victoria es vergüenza.
DUQ.—¡Viva el rey!
TODOS. ¡Viva!
REY.—¡Adiós, dulce patria mía!
Los cielos hagan que vuelva
ciñendo el laurel mi frente
que agradecido te ofrezca,
dando a mi honor nueva fama
y nuevo triunfo a la iglesia.
¡Viva el reino!
VOCES.—*(Dentro.)* ¡Fuego! ¡Fuego!
(Desde este momento empiezan a salir y entrar en casa de don Lope gentes despavoridas y asustadas.)
REY.—¿Qué voces, duque, son esas?
DUQ.—Fuego dicen, y no hay duda:
el resplandor aquí llega.
VOCES.—¡Fuego! ¡Fuego! *(Dentro.)*
DUQ. ¡Es en la casa
del buen don Lope de Almeida!
Gran incendio, al parecer,
por todas partes la cerca.
REY.—*(Queriendo resueltamente penetrar en la casa. Algunos soldados le siguen.)* Penetremos, pues, a ver
si hay contra el fuego defensa.
DUQ.—*(Deteniendo al rey respetuosamente.)* Señor, ¡tal temeridad!
REY.—Duque, acción piadosa es esa,
no temeridad.
Don Juan, por la izquierda, apresuradamente y con muestras de vivísima inquietud.
JUAN. Aunque
cenizas mi vida sea,
he de salvar a don Lope,

que es su cuarto el que se quema.
REY.—¡Detened aquese hombre!
DUQ.—Desventurado, ¿qué intenta?
JUAN.—¡Dejar en el mundo fama
de una amistad verdadera!
¡Mi amigo se halla en peligro!
Ved como el fuego se aumenta.
¡Parece que va tomando
venganza de su violencia!
Don Lope de Almeida está
con su esposa, y yo quisiera
librarlos. ¡Señor, dejadme!
(El duque le sujeta. Al fin don Juan se desase, y al ir a penetrar en la casa de don Lope, sale éste con Leonor en los brazos. Espanto general; todos le rodean aterrorizados.)
Dichos, don Lope, Leonor, Manrique, Sirena y algunos criados. Es ya de noche.
LOPE.—¡Piadosos cielos, clemencia;
haced que salve su vida
aunque la mía se pierda!
¡Leonor!
REY. ¿Es don Lope?
LOPE.—*(Con desesperada aflicción.)*
Yo
soy, señor, si es que me deja
el sentimiento, no el fuego,
alma y vida con que pueda
conoceros para hablaros.
(Contemplándola con arrobamiento.)
Esta muerta beldad, esta
flor en tanto fuego helada,
que sólo el fuego pudiera
abrasar, porque de envidia
no quiere que resplandezca,
esta, señor, fué mi esposa,
noble, altiva, hermosa, honesta
que en los labios de la fama
deja esta alabanza eterna.
¡Esta es mi esposa, a quien yo
quise con tanta terneza
de amor, porque sienta más
el no verla, y el perderla
con una tan gran desdicha,
que, cuando librarla intenta
mi valor, rindió la vida
en mis brazos, que aun la estrechan!
(La colma de caricias y besos; Manrique, Sirena y algunos del pueblo se acercan a don Lope y le quitan, después de alguna resistencia amorosa, el cadáver de Leonor, al que colocan en un banco. La multitud se aproxima a contemplarla con tristeza.)
REY.—*(Siguiendo a los que se llevan a Leonor y mirando a don Lope.)*
¡Hermosa mujer; el fuego
no destruyó su belleza!
LOPE.—Señor: ya podré serviros,
pues libre de esta manera,
en mi casa no haré falta,
con vos iré donde pueda
tener mi vida su fin,
si hay desdicha que fin tenga.
(El rey, con el duque, se unen a la multitud, contemplando el cadáver. Entretanto don Lope llama aparte a don Juan y le dice.)
Y vos, valiente don Juan,
único de esta tragedia
sabedor, a aquel amigo
que consejos os pidiera
decid que para vengarse
sin que ninguno lo sepa,
aplique a un secreto agravio
una venganza secreta,
y no dirá la venganza
lo que no dijo la afrenta.
JUAN.—¡Sois grande, don Lope!
LOPE.—*(Tristemente.)* ¡Sí!
Me hicieron grande las penas
que fortifican las almas,
y el que sufre a Dios se acerca.
REY.—*(Separándose del grupo y haciendo esfuerzos para dominar su impresión.)*
Duque, que toquen a marcha
y a partir para la guerra.
(Acercándose a don Lope y a don Juan.)
¡Don Lope, aquí habéis cumplido,
con asombrosa nobleza,
los deberes que os impuso
Dios desde su alta esfera!
El reino de vos aguarda
que con la misma pureza
sus derechos defendáis,
y seréis, de esta manera,
recompensado en el cielo
y admirado por la tierra.
LOPE.—¡Oh gran rey! Tuya es la sangre
que circula por mis venas... [gre
Por mi patria y por mi trono
sabré con gloria verterla,
¡que quien se venció a sí mismo
también vencerá en la guerra!
(Se oyen vivas calurosos. Suena la música, y poniéndose todos en marcha cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

.° 406 LA NOVELA TEATRAL Madrid 31
ño IX DIRECTOR JOSE DE URQUIA Agosto 1924
DMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

PRECIO DEL EJEMPLAR: 30 CÉNTIMOS

LA VENTA DE DON QUIJOTE

COMEDIA LÍRICA EN UN ACTO, ORIGINAL DE

Carlos Fernández Shaw

PERSONAJES

EL SEÑOR MIGUEL.—DON ALONSO.—BLAS.—EL VENTERO.—TOMASA.—MARITORNES.—LA SOBRINA DE DON ALONSO.—SU AMA DE LLAVES.—EL ARRIERO.—EL CUADRILLERO.—EL BARBERO.—EL CURA.—UN GAÑAN.

Arrieros, trajinantes, segadoras y segadores.

La acción a fines del siglo XVI, en el mes de Junio ✻ en una Venta de la Mancha.

ACTO ÚNICO

Puerta de la venta. A derecha e izquierda puertas, en primero y tercer término, que comunican con habitaciones de la posada, y en segundo otras mayores que dan paso a otros cuerpos del edificio. En el fondo gran portalada. Forillo del campo. Al empezar el acto es de día.

Maritornes, Tomasa, un Arriero. Coro general. Segadores, segadoras, trajinantes; gente del mesón, etc., etc.

Forman las mujeres y hombres del Coro variados y pintorescos grupos. Acaban de comer. Sentados los unos a toscas mesas, en corro los otros sobre el suelo. Maritornes y Tomasa van de un lado a otro. La animación es grande y grande la alegría. El Arriero, como lo indica el cantable, entra al empezar el número.

MUSICA

CORO.—(*Golpeando los platos con las cucharas.*)
¡Pronto, que es tarde!
¡Vamos, Colás!
ARRI.—(*Entrando.*)
Aquí está el vino.
TODOS.—Venga pa cá.

(*Entra el Arriero con una gran bota de vino en cada mano, seguido por otros hombres del campo que vienen todos con igual carga.*)

ARRI.—Aquí está el vino
CORO.—¡Gracias a Dios
ARRI.—Vino de sobra.
Vino pa tóos.

(*Gran algazara.*)
Este es el premio
con que os obsequian
ya que acabásteis
al fin la siega.

CORO.—¡Suéltalas pronto!
¡Vengan las botas!
ARRI.—¿Por dónde empiezo?
CORO.—¡Vengan y corran!
(Pasan las botas de mano en mano y van empinándolas todos. Crecen el bullicio y el holgorio.)
TOM.—Allá va el vino;
vino pa tóos.
CORO.—Esta es la misma
gracia de Dios.

—

(Voces, gritos, alegría.)
ELLAS.—¡Ay, qué vinillo tan delicioso!
ELLOS.—¡Esto es un vino de lo mejor!
TODOS.—Es que parece que por las venas
va repartiendo rayos de sol.
ARRI.—¿Verdad?
CORO.— Verdad.
Vinos de veras
la Mancha da.

—

ARRI.—Manchega de mi vida,
dame la mano,
si es que quieres conmigo
pasar el charco.
Ven a la iglesia
para hacerme el manchego
de mi manchega.
(Maritornes sonríe con satisfacción.)

—

Te comparo a las aspas
de los molinos,
que si no sopla el viento
no muelen trigo.
Tú estás callada
mientras yo no te muevo
con mis palabras.

—

Canta que canta
no he de estarme yo a solas.
¡A ver quién baila!

—

ELLOS.—Vamos, muchachas.
ELLAS.—¡A bailar seguidillas!
TODOS.—¡Viva la Mancha!

—

(Bailan Tomasa y Maritornes con d mujeres del mesón. El Arriero toca guitarra. Al final del número bail todos y acaba aquel en medio de gr bullicio y alegría.)

Dichos. El Ventero.

HABLADO

VEN.—¡Diantre! ¿Qué es esto? (*Por la primera izquierda.*)
ARRI.—¡El Ventero
MAR.—¡¡El amo!
TOM.—¡Mi padre! (*Cesan las voces.*)
VEN.—¡Miren qué holgorio! ¿Se os ha figurado que esta es la Venta d Ruido?
TOM.—¡Padre!
VEN.—¡No hay padre que valga!
TOM.—Ya sabéis que han arrematado la siega y que estaban celebrándol ¿No hemos comido también los demás?
VEN.—Celébrenlo cuanto quieran los muy vagos. Pero fuera, fuera de aqu ahí, al campo abierto donde tenéis el rancho.
UNO.—Vuesa merced se alivie, que ya nos vamos.
VEN.—Bueno, bueno. (*Van saliendo por el foro los segadores y las mujer El Ventero habla aparte con Tomasa. Maritornes con el Arriero.)*
ARRI.—(¡Que no me faltarás!)
MAR.—(¡Quita, bestia!)
ARRI.—(¡En cuanto estén todos adormilados!)
MAR.—(Que sí.)
ARRI.—(Te digo que tienes un cuerpo que...)
MAR.—(*Riendose desgarradamente, con satisfacción.*) ¡Já, já, já!
VEN.—Vaya, vaya. a lo que haya que hacer. Pues señor...
ARRI.—Ya va, ya va. (*Hace mutis socarronamente por el foro izquierda vo viendo la cara para mirar a Maritornes.)*
VEN.—Y hala tú, Maritornes, pingajosa.
MAR.—¡Pingajosa! (*Mutis por la segunda izquierda.*)

VEN.—(¡La muy!... ¡Vamos! Hembra más reñida con la honestidad no la y.) Y tú, hija a tus quehaceres, a dar el ejemplo.

TOM.—Con todo mi gusto.

VEN.—¡Ah! Y que no me perdáis de vista a ese desconocido sospechoso; que vino ayer.

TOM.—Ni por pienso.

VEN.—Adiós, hija, adiós. Tú sí que eres buena. (*La va acompañando, abrándola, hasta que ella hace mutis por la segunda izquierda.*) ¡Y miren que hace lta virtud para no dejar de serlo en esta ajetreada vida.

Ventero, la Sobrina, el Ama, el Cura y el Barbero. Estos entran apresuradamente por el foro derecha. Llegan como rendidos por el anhelo y la fatiga.

BAR.—(*Dentro.*) ¡Ah, de la venta!

CURA.—(*Idem.*) ¡Ah, de la venta!

VEN.—¡Cómo! (*Viéndolos llegar.*) Pasen vuesas mercedes.

CURA.—¿Sois el ventero?

VEN.—Para servir a Dios y a vuestra reverencia.

AMA.—Decidnos entonces lo que sepáis de mi señor don Alonso.

VEN.—¡De vuestro señor?

AMA.—¿Está en la venta? ¿Le habéis visto pasar? ¡Tened piedad de la más feliz de cuantas amas de llaves han existido!

BAR.—Callad, hermana. Preguntad mejor si está en la posada, o si ha estado n ella, e' loco más loco que Dios ha mandado al mundo.

CURA.—¡No tanto, maese barbero! Cierto que mi señor don Alonso está ejado de la mano de Dios para cuanto se roza con sus desatinadas empresas; ero en no tocándole a eee punto, no existe hidalgo más cabal, ni hombre de ejor juicio en toda la Mancha.

VEN.—¡En Dios y en mi ánima, señores, que si no os explicáis más claraente, no será fácil que os entienda!

SOB.—Yo os lo diré. Venimos buscando a mi tío que se ha escapado de asa.

VEN.—¿Pero quién es vuestro tío?

SOB.—Don Alonso de Pimentel, un hidalgo que vive en un lugar a seis leuas de aquí, buen cristiano, temeroso de Dios, que ha dado en la más extraña anía en que puede dar un nacido.

VEN.—¿Y qué manía es esa?

SOB.—La de creer que han vuelto para el mundo los tiempos que pintan os malditos libros de caballería de que tiene llena la cabeza.

VEN.—¡Ah!

CURA.—Hasta ahora, se contentaba con ser caballero andante en el lugar, ero desde hace días...

AMA.—Ese condenado de Blas tiene la culpa. Siempre le estaba empujano para que se lanzase por esos mundos en busca de aventuras.

BAR.—Es natural. Habíalo nombrado su escudero por ser el muy sandio el nico que tomaba en serio semejantes desvaríos...

SOB.—Y como le decía a todas horas que los caballeros andantes solían gaar imperios e ínsulas que cedían a veces a sus escuderos...

CURA.—Entróle al buen Blas el deseo de ceñir una corona...

AMA.—Y los dos se escaparon el martes por la noche del lugar.

BAR.—Don Alonso, caballero en un rocín que pasa de los veinte años

CURA.—Y Blas en un rucio que cumplió los quince.

SOB.—¡Sin dineros!

AMA.—¡Sin vestidos cuasi!

CURA.—En busca de tuertos que enderezar.

BAR.—Y gigantes y moros que vencer.

VEN.—¡Ah, sí! ¡Ya sé de quién habláis!

SOB.—¡Cómo! ¿Está en la venta?

VEN.—No; vuestro hidalgo no está en la venta ni yo le conozco, pero d de hallarse por estos alrededores.

BAR.—¿Cómo sabéis?...

CURA.—¿Quién os ha dicho?...

VEN.—Unos arrieros que pasaron por aquí esta mañana, refirieron un la que tiene algo que ver con esa historia.

SOB.—¿Qué contaron?

BAR.—¿Qué contaron?

VEN.—Que en el atajo, encontráronse con un hombre de mal parecer, la y enjuto, montado sobre un mal rocín y armado con un enorme lanzón, que b'ándoles a gritos, e insultándoles, díjoles que soltaran a la princesa que caut llevaban. ¡Como si llevaran ellos princesas y no fardos En vano fué que pobres se esforzaran por traerle a buenas. Sin atender a razones, irguióse so los estribos el hombre de la lanza, y llamándoles malandrines y aun cosas p res, arremetió con tal furia contra mis huéspedes, que a no hacerle dar con huesos en tierra la lluvia de palos y piedras que sobre él lanzaron, alguno hubiera contado la aventura.

CURA.—Es don Alonso, seguramente.

BAR.—Esas son sus manías: creer que las labradoras son princesas.

SOB.—Y cuantos encuentra a su paso monstruos y encantadores.

AMA.—Vamos en su busca al momento.

BAR.—¿Por dónde decís que lo encontraron esos hombres?

VEN.—Por el atajo; a la izquierda, según se sale.

BAR.—Pues corramos.

CURA.—(*Al Ventero.*) Tomad un escudo por vuestros informes.

VEN.—Gracias. Dios acompañe a vuesas mercedes. (*Vanse la Sobrina, el A el Cura y el Barbero por el foro izquierda, cruzándose al salir con el Cuadrille que llega foro derecha.)*

El Ventero y el Cuadrillero.

CUA.—¿Nuevos huéspedes?

VEN.—Y de los que me agradan, señor cuadrillero; de los que pagan gasto que no hacen.

CUA.—¿Cómo es eso?

VEN.—Ni un jarro de agua han pedido, y ved qué escudo tan reluciente han dejado.

CUA.—Váyase por los que se os escapen sin pagar.

VEN.—De mi venta no se va nadie de ese modo.

CUA.—Pues ojo al hidalguillo que llegó ayer.

VEN.—¿El manco?

CUA.—Por mi nombre, que tiene traza de no haber visto en mucho tiem un maravedí.

VEN.—Tampoco vale muchos el trato que aquí recibe. Anoche cenó las sob de Maritornes y durmió aquí mismo sobre un costal de paja. (*Mostrando los q están hacia el fondo derecha.)*

CUA.—En peor sitio dormía antes.

VEN.—¿Eh?

CUA.—(*Acercándose a él y con misterio.*) Lo he visto hace una semana en cárcel de Argamasilla.

VEN.—¿Ha estado preso?

CUA.—No se me despinta su cara. Es el mismo.

VEN.—¿De suerte que ese hombre?...

CUA.—He de averiguar quién es y a dónde va.

VEN.—Vedle. (*Viendo aparecer al señor Miguel por la segunda izquierda.*) A le tenéis.

G.—Salud. Dios guarde al ventero.
A.—¿Sólo al ventero?
G.— Y a vos;
lonad.
A.— ¿Tiene el hidalgo
la justicia temor?
G.—Al contrario: siempre tuve
la justicia afición.
un cuando nunca la encuentro,
ca la pierdo el amor.
A.—(*Mirándole fijamente.*)
s se dice que con ella
ísteis un tropezón.
G.—¿Cómo?
A.—Se os parece mucho,
) mucho, ¡vive Dios!
hombre que hace unos días
ba en una prisión.
G.—¿Qué decís?
A.— Que el que ha sufrido
las leyes el rigor
e dar a todas horas
su vida explicación.
G.—No hay tal; el que preso estuvo
e la cárcel salió,
ó sus cuentas... con eso
llamáis justicia vos.
A.—¡Razona bien e' hidalgo!
G.—Fuí siempre razonador.
A.—¿Y hacia dónde se dirige?
G.—Al azar, sin dirección.
N.—¿En qué os ocupáis?
G.— Estudio.
A.—¡No es de viejos tal labor!
G.—¿Qué queréis?
A.— Ver vuestros libros.
G.—No estudio en los libros yo.
A.—¿Pues dónde?
G.— Aquí.
N.— ¡No sabía
tuviese en el mesón
ioteca!
G.— En todas partes
ncuentra el observador.
A.—Mostradme en dónde leéis.
G.—En este momento, en vos.
A.—¿Cómo en mí?
G.— Porque ahora os hablo.
hab'ara con el señor,
ra en él.
N.— ¿Son los hombres
os acaso?
G.— Lo son.
e corrido en sus ojos
nos en su interior
algunos. Da mucha risa
llegar hasta el corazón
de los seres, ver sus vicios,
sus flaquezas, su valor,
su generosa hidalguía,
su rabia torba y feroz;
de éste la virtud austera,
de aquél el fa'so pudor,
la nobleza de los unos.
de los más la imperfección.
Observar cómo el tramposo
finge ser buen pagador,
cómo se ufana de rico
quien nunca tuvo un doblón,
cómo refiere sus duelos
el que en su vida riñó,
y cómo, en fin, alardean,
el callado, el hablador;
de veraz el embustero,
y el necio de discreción.
Ese es mi libro, ¡la vida!
¡el más hermoso! ¡el mejor!
¡por ser el libro de todos
y estar escrito por Dios!
CUA.—¡Sois muy sutil!
MIG.— Es lisonja.
CUA.—¿Y de qué vive el lector
de ese 'ibro?
VEN.— ¿Tiene rentas?
MIG.—Escribe lo que observó;
no tiene más patrimonio.
CUA.—¡Ah, vamos! Sois escritor.
MIG.—Eso dicen.
CUA.— ¿Vuestro nombre?
MIG.—Los aires de la prisión
me hicieron que lo olvidara.
CUA.—¿Quién, si está limpio su honor
calló su nombre?
MIG.—(*Con viveza.*) Quien sabe
que lo deslustra un baldón
y no ha de decirlo, en tanto
que no brille como el sol.
CUA.—¿Si vos calláis, quién afirma
que no sois un malhechor?
MIG.—Este brazo. (*Por el izquierdo.*)
CUA.— ¡Extraña prueba!
MIG.—Pero que nunca engañó.
Aquí está mi ejecutoria.
CUA.—¿El ser manco es un blasón?
MIG.—Tal vez, si el brazo se pierde
en donde este se perdió.
Mirad bien lo que aquí dice.
CUA.—Yo no leo como vos.
MIG.—Pues aquí dice: *Lepanto*,
y el que en Lepanto luchó,

merece sólo por eso
respeto y admiración.
VEN.—¡Muy joven fuísteis soldado!
MIG.—Pero el serlo no impidió
que derramara mi sangre
sobre un viejo galeón.
Si aun vivieran aquel Doria
que aunque en Italia nació
es y será eternamente
g'oria del suelo español,
y aquel don Juan valeroso
que tanta fama añadió
a la sangre recibida
del invicto emperador,
algo os contaran acaso
de un mancebo que luchó
en la galera *Marquesa,*
según ellos, con valor.
Dura fiebre le postraba,
cuando el eco del cañón
del memorable combate
los comienzos anunció.
Dejó el lecho, subió al puente
con presteza y sin temor,
y la sangre que en sus venas
la calentura inflamó,
pronto halló fácil salida
por cerca del corazón,
que el p'omo turco en su pecho
dos anchas bocas abrió,
sin contar otra, que a un brazo
quitó por siempre el vigor.
Pero fué la mano izquierda
la herida ¡gracias a Dios!
La diestra quedaba libre,
y en ella un buen espadón.
Con él entró al abordaje
del enemigo feroz
en dos barcos, con él hizo
cosas que públicas son...
y la fiebre mitigada
por la sangre que vertió,
pudo ver el desen'ace
de aquella escena de horror.
Rojo el mar y rojo el cielo;
sobre el agua, en confusión;
hombres que aún en la agonía
se atacaban con furor;
cadáveres, jarcias, velas,
naves rotas en montón...
roncos gritos de victoria,
tristes ayes de dolor;
el aire, cárdena nube,
el mar, inmenso crisol;
más de doscientas galeras
ardiendo en vivo fulgor,
y e' de Austria, en la suya, alzand
de España junto al pendón
el del vencido agareno
que con su mano apresó.
¡Era el cuadro tan hermoso
que para verlo mejor
el sol con vivos destellos
la humareda desgarró;
y así tuvo la figura
del glorioso vencedor,
por espada, rayo ardiente,
por corona, el mismo sol!
CUA.—Por mi nombre, que interes
'a gallarda relación.
MIG.—Si eso dice quien lo escucha,
¿qué no dirá quien lo vió?

Dichas, Tomasa; Maritornes; el Arriero; Coro general. Entran los nuevos pe
najes aprisa, y en su mayor parte asustados, por la segunda izquierda

TOM.—¡Padre! ¡Padre!
VEN.—¿Qué pasa?
TOM.—¡Que el diablo ha entrado en la venta!
CUA.—¿El diablo?
MIG.—¿Cómo el diablo?
MAR.—Si no lo es, lo parece.
ARRI.—Callad. si es un infeliz....
TOM.—Que viene con un espadón desenvainado, queriendo matar a t
el mundo.
CUA.—¡A ver, a ver! ¡Qué es eso?
MAR.—¡Jesús! ¡Ahí está! (*Viendo aparecer a don Alonso espada en m*
por la segunda izquierda, persiguiendo a un tropel de aldeanos.)

Dichos y don Alonso.

ALO.—¡Teneos follones, malandrines! Ríndanse todos ante el fi'o de
vencedora espada. (*Cuadro.*)
VEN.—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién sois?
ALO.—Mejor hiciera en responder el que interroga. ¿Quién sois vos?
VEN.—¡Donosa pregunta! El dueño de esta casa, e' ventero.

ALO.—¡El ventero! ¿Es esto una venta, acaso?

VEN.—¿Pues no lo estáis viendo?

ALO.—(*Con extremada finura y envainando la espada.*) Lo que veo, alto y muy poderoso señor, es el peregrino ingenio de vuestra grandeza. ¡Deliciosa burla! Llamar venta a este vuestro hermoso castillo, el más hermoso que vieron ojos humanos, centro del boato y refugio de la hospitalidad.

TODOS.—¿Eh?

TOM.—¿Qué dice ese hombre?

VEN.—(¡Ay, debe ser el que se encontraron los arrieros!)

MIG.—(¡Extraña manía)

ALO.—Sí, noble castellano! tenéis el honor de alojar en vuestra fortaleza al más venturoso de los andantes caballeros, puesto que su buena fortuna le ha conducido hasta ella. ¡Y en trance bien duro, ¡vive Dios!, que una turba de moros perversos no ha mucho arrebatóme, villanamente, a mi escudero, después de habernos agasajado con sendas tollinas! ¡Sabéis acaso cuál pueda ser el maleficio de que esos truhanes usan, que llegue a poder conmigo? (*Cambiando de tono.*) ¿Vísteis, por ventura, acá, en el castillo, siquiera maltrecho y acongojado, a mi galán escudero?

CUA.—Vaya, vaya, basta de chanzas, buen hombre.

ALO.—(*Airado*)) ¿Quién es el atrevido que osa decir que me chanceo?.

CUA.—Yo, un Cuadrillero de la Santa Hermandad; un representante de la justicia.

ALO.—(*Con gran satisfacción.*) ¡Venid a mis brazos, señor Condestable!

TODOS.—¿Eh?

CUA.—¡Condestable!

ALO.—No temáis que yo falte a los respetos que se os deben como Justicia mayor de estos reinos, por más que vuestra jurisdicción no alcance a los que, como yo, viven dentro de la estrecha religión de la Caballería.

MIG.—(¡Vive Dios, que no he visto jamás tan curioso desvarío!)

MAR.—(*Desgarradamente.*) ¡Es muy gracioso! ¡Já, já, já!

ALO.—(*Volviéndose rápidamente hacia Maritornes.*) ¿Os reís, hermosa princesa?

TODOS.—¡Jesús!

TOM.—¡Princesa Maritornes!

ALO.—(*Acercándose paso a paso a Maritornes.*) Hermosísima dama en quien la honestidad corre, sin dudas, parejas con la hermosura; permitid a quien tiene por culto el acatamiento a la bellaza, posar los labios en vuestra mano abastrina. (*Besándola en una mano.*)

ARRI.—(*Al verlo.*) ¡Pues no la besa la mano! ¡Eh, alto ahí! ¡Cuidado conmigo!

ALO.—¿Quién sois?

ARRI.—Quien no consiente que toquéis a esa moza.

ALO.—¿Seréis quizás el gentil mancebo que suspira por sus gracias?

ARRI.—Yo no suspiro por nadie; lo que os digo es que os desharé el rostro de una puñada, si volvéis a acercaros a ella.

ALO.—(*Yendo hacia él y con un grito estentóreo.*) ¡A mí!

TOM.—(*Separando al Arriero.*) Déjalo, hombre. ¿Vas a tomarlo en serio?

ALO.—(*Fijándose en Tomasa.*) ¡Oh, qué aparición divina! ¿Sois estrella o mujer, flor o astro, emperatriz o reina?

VEN.—Es mi hija, y no hay para qué decirla esas cosas.

ALO.—¡Vuestra hija! ¡La hija del poderoso castellano! ¡Oh! ¡Oh! (*Volviéndose a Tomasa y declamando entre el asombro general.*)

Filis encantadora
por quien derrama lágrimas la aurora
sobre los campos de amapolas rojos
remedo de las perlas de tus ojos.

Filis, blanco lucero,
a tus pies un andante caballero;
por la cruz de su espada
jura tenerte siempre por amada.

Desde hoy serán tan solo mis empresas
salvar cautivas, rescatar princesas,
y entre lauros triunfantes
matar encantadores y gigantes.
No comeré a manteles
sin conquistar un reino a los infieles,
ni dormiré en mi lecho
sin rendir con mi amor tu blando pecho.
Contémplame y no llores,
estrella virginal, flor de las flores.
En mi espada, ceñida de topacios,
hay tronos y vergeles y palacios,
cetros, imperios, porvenir de rosa.
Y todo es para ti, Filis hermosa.
Cuanto quieras tendrás. Pídeme. Empieza.
¿Quieres del Condestable la cabeza?
¡Pues pronuncia tu fallo inexorable
y rodará a tus pies el Condestable!

CUA.—(*Dando un salto.*) ¡Yo!

VEN.—(*Enojado.*) Vaya, señor hidalgo, dejáos de tantas burlas! (*Don Alonso sonríe con aire de triunfo.*)

MIG.—(*En voz baja al ventero.*) (¡No le contrariéis; dejádmelo! Yo me encargo de él.) (*A don Alonso.*) Dos palabras, caballero.

ALO.—(*Rápidamente.*) ¡Qué queréis ¿Sois víctima de alguna injusticia? Hablad: mi brazo es de los débiles y perseguidos.

MIG.—Tengo que deciros, oh compendio ilustre de los manchegos campeones, que no es bien que un tan valeroso caballero como vos, enamore de esa suerte a la primera castellana que encuentre en su camino. ¿Qué diría quien supiera que os habéis echado al campo sin tener antes elegida vuestra dama?

ALO.—(*Vacilando.*) ¿Ha de ser antes?

MIG.—Naturalmente. ¿Vos no habéis amado nunca?

ALO.—Nunca. Es decir: siendo mozo estuve para casarme con cierta joven corcovada y fea...

MIG.—¡Oh! Pues esa, esa es vuestra dama. Corregidla con la imaginación, que hace milagros. ¿Era labradora? Hacedla reina. ¿Se llamaba?...

ALO.—Sinforosa.

MIG.—Pues llamadla Tisbe. ¡¡La reina Tisbe! Esa es la dama de vuestros pensamientos. A ella sola habéis de ser fiel en la vida.

ALO.—¡Hombre maravilloso! Tenéis razón. Me habéis convencido. Pero entonces... (*Acercándose a Tomasa y volviendo al tono conque dijo la estrofa anterior.*)

¡Oh, Filis, Filis bella;
víctima del amor que te atropella!
Escúchame sin miedo.
Corresponder a tu pasión no puedo.
Filis encantadora,
deja de perseguirme desde ahora.

VEN.—(*Furioso.*) ¡Bueno! ¡Basta! ¡Basta! ¡Ya esto es demasiado!

MIG.—(¿Pero no veis que no está en sus cabales? ¡Sigámosle el humor!)

TOM.—(Dice bien el señor hidalgo, padre.)

BLAS.—(*Dentro, a voces.*) ¡Amo mío! ¡Amo mío!

ALO.—(*Con grande alegría.*) ¡Oh, por fin! ¡Es la voz de Blas! ¡Mi escudero! (*Suben todos al foro.*)

CUA.—(*Mirando.*) ¡Jamás vi escudero más rechoncho!

MAR.—Parece un botijo. (*Todos ríen.*)

TOM.—(*Llamándole.*) ¡Aquí, aquí tenéis a vuestro amo!

Dichos y Blas. Este, bajo y grueso, entra andando difícilmente a compás de la música.

MÚSICA

(*Grandes carcajadas al verlo aparecer por el foro derecha. Empieza a anochecer.*)

BLAS.—¡Ay, don Alonso!
ALO.—¡Mi pobre Blas!
¡Ven a mis brazos!
BLAS.—¡No puedo más!

—

ALO.—¡Ay, qué grande es mi gozo
al volverte a encontrar!
BLAS.—Yo no sé, don Alonso,
si reir o llorar.

ORO.—¡Qué gentil escudero!
ué donoso galán!
IG.—A la vez siento impulsos
reir y llorar.

—

LAS.—Pensé que nunca
lviera a veros.
LO.—Moros malditos
ın aquellos.
LAS.—¡Qué gran somanta
que nos dieron!
LO.—¿Tú has visto nunca
ɔros más perros?
ODOS.—¡Mirad qué caras!
Mirad qué gestos!
Mirad qué trajes!
Mirad qué cuerpos!

—

LO.—Veinte fieras por lo corto
lanzaron contra mí,
tretanto que las otras
lanzaban contra ti.
LAS.—Yo los veía por los suelos
ɔramando sin cesar,
tretanto que me daban
ra tunda colosal.
LO.—¡Yo tan bravo
ballero!
LAS.—¡Vos vencido!
LO.—Calla, Blas.
anme ganas
reir.
LAS.—Siento impulsos
llorar.
LO.—Ven a mí.
LAS.—Voy allá.
e abrazan.)
í, jí, jí!
LO.—¡Já, já, já!
ORO.—Dale al loco
ɔr reir,
al mastuerzo
ɔr llorar.

—

LO.—Tales golpes me asestaron,
pesar de mi valor,
ıe me han hecho de las carnes
ı purísimo dolor.

BLAS.—Yo no sé qué es lo que hicie-
los muy brutos sobre mí, ron
Sólo sé que no me encuentro
de los palos que sufrí.
ALO.—¡Yo tan noble!
¡Yo tan fuerte!
BLAS.—¡Vos vencido!
ALO.—Calla. Blas!
Danme ganas
de reir.
BLAS.—Siento impulsos
de llorar.
ALO.—Ven a mí.
BLAS.—Voy allá,
etc., etc.

—

ALO.—¡No más suspires!
Recobra el ánimo,
que yo mis armas
recobraré,
porque me esperan
nuevas hazañas,
nuevas conquistas,
nuevo laurel.
Tú, denodado,
me seguirás.
¡Fuera follones
y malandrines!
Zís, zás,
zís, zás.
CORO.—¡¡Ay, qué pareja
tan divertida!
¡¡Já, já!
¡Já, já!

—

ALO.—Con lanza firme,
fuerte el escudo,
gallardo el cuerpo
sobre el corcel,
saldré de nuevo
por esos campos,
y a los gigantes
espantaré.
Tú, denodado,
me seguirás.
Fuera follones,
etc., etc.
CORO.—¡Ah, qué pareja
etc., etc.

HABLADO

BLAS.—¡Ay, amo mío! ¡Cómo me duelen los huesos de las pedradas de aquellos arrieros malditos!

ALO.—Encantadores y no arrieros has de decir.

BLAS.—¿Aún sigue vuesa merced creyéndoles encantadores?

ALO.—¿Pues cómo me hubieran vencido sin el auxilio de un poder sobrenatural? ¡Ah! Oye. (*Llevándoselo aparte, con misterio.*)

TOM.—(*Con los otros, y mirando a don Alonso y Blas.*) ¡Pero no oís cor
hablan?

CUA.—El escudero es más sandio que el amo.

MIG.—(*Para sí.*) (¡Los dos, los dos son admirables!)

ALO.—(*A Blas, en secreto.*) Sí, Blas; me hallo en un grave aprieto. Mi hone
tidad corre pe'igro.

BLAS.—¿Vuestra honestidad?

ALO.—La hija del poderoso señor de este castillo se ha enamorado locamer
de mí.

BLAS.—¿Qué castillo?

ALO.—Este en que estamos.

BLAS.—(*Abriendo mucho los ojos.*) ¡Ah! Bueno. ¿Pues tiene más que d
jarse querer?

ALO.—¡Eso se dice fácilmente! ¿Y Tisbe?

BLAS.—¿Quién es Tisbe?

ALO.—¿Acaso lo ignoras? ¿Y acaso no sabes que la fidelidad es el más sagra
deber de los andantes caballeros? Te digo que esta noche has de velar a mi lad
Todas las precauciones son pocas cuando se trata de una mujer tan herida de am
como lo ha sido esa castellana por mis atractivos.

BLAS.—¿Pero es posible? ¿Qué es lo que tanto la ha cautivado de vos?

ALO.—Qué se yo. Los caballeros andantes solemos inspirar pasiones terrible

VEN.—(*Que hablaba en voz baja con el Cuadrillero.*) (De todas maneras h
que cortar por lo sano. Que duerman aquí y mañana proveeremos.) (*A don Alo
so.*) Decid, buen hombre.

ALO.—¿Qué ocurre?

VEN.—¿Haréis noche en la venta? Porque ya es hora de que busque su de
canso cada cual. (*En este momento sale un mozo del mesón por segunda izquie
da, y cuelga entre primero y tercer término de la izquierda un candil encendido.*)

ALO.—(*A Blas.*) (¿Eh?) Cierto es; cerró la noche y no aguardaba yo men
de vuestra cortesía. Nos ofrecéis magnífico alojamiento; desde luego lo ace
tamos. ¡Tan molidos nos dejaron aquellos pícaros, que ansiamos el momen
de acomodar las carnes entre las finas holandas del mullido lecho!

VEN.—Arriba en el pajar hay dos camas dispuestas.

BLAS.—¿En el pajar?

ALO.—Sigue la chanza.

TOM.—Otras dos hay aquí, padre. (*Señalando el cuarto del tercer térmi
izquierda.*)

VEN.—Pues ahí entonces.

ALO.—(*A Blas.*) (Esta es la castellana. ¿Oyes lo que dice? Quiere tenerm
a mano.)

BLAS.—(¡Pero señor!)

ALO.—(¿Lo estás viendo? Has de dormir sólo de un ojo.)

VEN.—¡¡Vamos, vamos! (*Al Coro.*) Y vosotros también, a la cama. (*Ha
mutis parte del Coro por distintos lados.*)

ARRI.—(*Aparte a Maritornes.*) (¿Que no me faltarás?)

MAR.—(¡Quita, bestia!)

ARRI.—(¡En cuanto estén todos recogidos!)

MAR.—(¡Tocinote!)

VEN.—Vamos, vamos.

TOM.—Adiós, padre.

VEN.—(*Besándola en la frente.*) ¡Dios te bendiga! (*Vase Tomasa, primera i
quierda.*)

ALO.— ¡Hermosa castellana,
sin duelo reposad y hasta mañana!

MAR.—¡Buenas noches!

ARRI.—Muy buenas. (*Vanse el Arriero, tercera derecha, y Maritornes, segunda izquierda.*)

ALON.—(*Dejando pasar a Maritornes.*)
Pasad, princesa altiva.
Por vos debe seguir la comitiva.

UNO.—Adiós, huésped. (*Vanse varios del Coro por la segunda izquierda.*)

VEN.—¡Adiós, hijos, adiós!

ALO.— Seguid, damas hermosas.
Vaya el clavel envuelto entre las rosas.
(*Hace mutis el resto del Coro por la portalada, con muchos comentarios, risas, etc.*)
Vos, a' grupo adorable
seguid, oh venturoso Condestable.

CUA.—(*Al Ventero.*) Dios nos la depare buena. (*Entra en el cuarto primero de la derecha.*)

ALO.—(*Al Ventero.*) Los últimos nosotros, hierro en mano;
el huésped y el invicto castellano.
Ahora, vengan al punto y con fiereza
enemigos sobre esta fortaleza.
Yo sólo los espero;
yo só'o, con mi espada y mi escudero.

MIG.—(*Que ha assitido a toda la escena con grande y visible atención, nota que el Ventero está a punto de perder los estribos, y acercándose a don Alonso, dícele cariñosamente.*) ¡Bien! ¡Bien! Todo eso está muy bien, oh, campeón insigne; pero descansad, estáis rendido.

ALO.—¡Ah! ¡Hombre admirable, os había olvidado! ¡A vos, que sois la bondad misma! Nada, nada; Blas, sígueme.
Dormid, dormid en paz y sin recelo,
que yo por todos velo.
¡Adiós! (*Entra en el cuarto de la izquierda.*)

MIG.—¡Adiós!

VEN.—¡Adiós! ¡Uf, qué loco tan grande!

MIG.—¡Sí, muy grande! (*En Ventero hace mutis por la puerta grande de la derecha. Queda solo el señor Miguel.*)

El señor Miguel, un Gañán (dentro) y el Ventero.

MUSICA

(*Empieza un nocturno en la orquesta. El señor Miguel va recitando.*)

RECITADO

MIG.—Dios quiera que esta noche
pueda vencerme el sueño;
el sueño, que es a veces
el único consuelo. (*Pausa.*)
¡Qué caballero andante!
¡Qué gentil escudero!
¡Oh, sí; seguramente
voy soñar con ellos!
¡Ay! Sobre e' saco duro
¡qué mal descansa el cuerpo!
(*Se recuesta en los sacos que hay hacia el foro.*)
¡Huyamos de esta vida!
¡Ven y no tardes, sueño!
(*Va durmiéndose el señor Miguel. Sigue el nocturno en la orquesta. Oyese dentro el sonar de las esquilas de un rebaño que pasa por el campo, y la voz de un Gañán, que canta.*)

CANTADO

GAÑAN.—En el cielo de Oriente
la luna raya.
El sol de nuestras noches.
La luna blanca.
¡Arre borrega!

—

Vuelve la luna llena
redonda y b'anca.
Parece que es la luna
y es una cara.
¡Arre borrega!

—

Una mocita en cambio
conozco yo,
que la cara que tiene
parece un sol.
¡Arre borrega!

(Sale el Ventero por la puerta grande de la derecha, llega a la portalada y cierra; luego aplica el oído a la puerta del cuarto de don Alonso.)

—

VEN.—Todo ya en silencio duerme.
La calma por fin volvió.
Al loco no se le siente.
¡Buenas noches nos dé Dios!
(Coge el candil y desaparece por la segunda izquierda. Queda la escena únicamente iluminada por la luz de la luna que entra por la misma puerta de la izquierda, segundo término. Sigue el nocturno; a su tiempo ábrese la puerta del cuarto de don Alonso, y aparece éste sin espada ni sombrero.)

Don Alonso, el señor Miguel (dormido). Luego Maritornes.

ALO.—Los que pedís la ayuda
de mi forzudo brazo
ya me tenéis aquí.
Aunque el dolor me postre,
para ayudar al débil
yo vuelvo pronto en mí.
En el vivir a medias
de mi incipiente sueño,
yo he escuchado quejidos,
misteriosos lamentos,
algo así como voces
y algo así como besos.
¡Oh, encantado castillo!
¿En tus lóbregos senos
guardas tú por ventura
misteriosos secretos?
(Ha ido corriéndose hacia la derecha.)
Mas, ¿qué pasos escucho?
¿Qué es, gran Dios, lo que veo?
¿Qué fantástica sombra
se adelanta a mi encuentro?
(Ha aparecido Maritornes por la puerta grande de la izquierda, andando cautelosamente, pero con torpeza, de modo que produce algún leve ruido.)

—

Sin duda es la hermosísima
castellana. ¡Oh, portento!
Y es claro, en busca viene
de mí, que soy su dueño.
¡Cuánto el amor la arrastra!
¡Cuánto gustarla debo!
(Acércase sin que lo vea ella, hasta que está a su lado.)

—

¡Es ella, sí!
MA.— (¡Jesús! ¡El loco!)
ALO.—¿Por qué tal susto?
MAR.— (¡Muerta estoy!)
ALO.—Soy un honrado caballero.
Pruebas tendréis de lo que soy.
(Tomando una de sus manos y oprimiendo su talle, mientras Maritornes está a punto de morir de terror.)

—

Castellana,
tan gentil y bondadosa,
tu belleza es soberanaa
y tu aliento huele a rosa.
MAR.—¡Dios me ayude!
ALO.—Dejarás que te salude,
mas no tanto que te bese...
porque luego no te pese.
Yo agradezco tus favores,
y que vengas a mi lado
requiriéndome de amores.
¡Oh, dechado
de primores!
¡Oh, mi hermosa
castellana,
más preciosa
que la luz de la mañana!
Mas ya sabes que no puedo,
que es mi Tisbe sola dueña
del amor del alma mía,
que con Tisbe siempre sueña.
mi lozana fantasía.
Si con ella no lucharas,
por designios del acaso,
¡no sin gozo te escaparas
de este paso!
Castellana...
Blanca flor...
Brisa leve...
Claro sol...
Si no fuera por mi Tisbe,
te lo juro por mi honor,
¡cuán holgada y complacida
te quedaras de mi amor!

Dichos, (el señor Miguel, despierto). El Arriero Blas, el Ventero, Tomasa; el Cuadrillero y Coro general.

MAR.—¡De poco me troncha!
¡Su mano es un ascua!
ARRI.—(*Segunda derecha.*)
No viene la perra,

y el tiempo se pasa.
(Viéndolos.)
¡Jesús! ¡En sus brazos!
¡Ah, perro, canalla!
ALO.—¿Quién osa?...
MAR.— ¡Dios mío!
ARRI.—Le parto la cara.
ALO.—¡Gigantes de nuevo!
(El Arriero descarga una puñada muy grande sobre el rostro de don Alonso.)
MAR.—¡Favor, que nos mata!
¡Verás cuando sepas!...
ALO.—¡Mi yelmo! ¡Mi espada!
ARRI.—¡Ah, perra maldita
y ah, perro canalla!

—

MIG.—*(Incorporándose.)*
¿Qué es esto?
VEN.—*(Entrando, candil en mano, por segunda izquierda.)*
¿Qué ha sido?
BLAS.—*(Por la puerta de su cuarto.)*
¿Qué ocurre, señor?
TOM.—*(Primera derecha.)*
¡Ay! ¡Padre! ¿Qué pasa?
CORO.—*(Por diversos lados y con luces; un mozo del mesón abre la puerta del fondo y entra, por ella también, parte del Coro.)*
¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido?
CUA.—*(Con un farol y espada en mano.)*
¿Qué ocurre, decidme?
VEN.—¡Silencio!
TOM.— ¡Por Dios!
(Han aparecido todos a medio vestir.)

HABLADO

ALO.—*(Adelantándose.)* Digo yo...
VEN.—Basta. *(Con voz de trueno.)*
ALO.—(¡Oh, y qué irascible castellano! ¡Y qué puñada tan terrible la del gigante de ahora!) *(Llevándose la mano al rostro.)*
VEN.—Yo sí que digo: que seáis lo que seáis vais a salir al punto de la venta.
ALO.—¡Y dale con la venta! Pues yo os he de revelar que vuestra hija, la hermosa castellana, llegóse a mí en este patio de armas, con impetuoso requerimiento de amor.
TOM.—¡¡Miente, padre, miente!
VEN.—¡¡Miente el bellaco!
MIG.—¡Pero qué bellaco ni qué hijo de Dios? ¿No sabéis?...
VEN.—Callad vos también.
ALO.—Y en aquel punto un espantoso gigante...
BLAS.—(¡Ay, amo mío, no doy tres maravedises por vuestra cara!)
ARRI.—Lo que era, era: que tenía a esta en sus brazos.
MAR.—Porque yo...
ARRI.—Calla.
VEN.—¡Oh, eso sí que lo creo! ¡Mala hembra! ¡Deshonra de mi casa! *(Yendo hacia Maritornes furioso.)*
ALO.—¡No lo diréis dos veces, mal caballero! *(Echando mano a la espada... que no lleva.)*
CUA.—Sujetadle.
ELLAS.—¡¡Jesús!
BLAS.—(Ahora es cuando nos matan.)
ALO.—Basta ya. *(Gran confusión.)*

MUSICA

¡Todos están locos
aquí, menos yo!
VEN.—Salid de la venta.
ALO.—Os digo que no.
BLAS.—(¡La cuarta paliza
nos dan a los dos!)
(Entra en el cuarto y saca la espada y sombrero de don Alonso.)
CUA.—Ya basta de bromas.
ARRI.—¡Maldito bribón!
MAR.—¡¡Mal rayo le parta!
TOM.—¡Qué angustia, gran Dios!
VEN.—Salid de la venta.
ALO.—Ya he dicho que no.

—

Las potencias
del infierno
desatadas,
arremeten
contra mí,
pero soy
el caballero

más entero,
más forzudo,
que hay aquí,
y en cogiendo
yo mi escudo,
y en blandiendo
yo mi espada
bien tajada,
yo os prometo
que no queda
en el patio
del castillo,
ni un infame
desalmado
malandrín.

—

TOM.—Está loco
de remate.
Más que loco.
¡Qué infeliz!
VEN.—Yo te juro
que se marcha
y no vuelve
por aquí.
MAR.—Malos mengues
me destrocen
y me pongan
a morir.
ARRI.—A esa bestia
la deslomo
en marchándonos
de aquí.
CUA.—Majadero
que perdiera
más tornillos
nunca vi.
BLAS.—No nos dejan
estos brutos
ni las pieles...
¡ay de mí!
CORO.—Caballero
más famoso
nunca vino
por aquí.

—

ALO.—En este encantado castillo
gigantes me vencen
con artes maléficas.
con aire feroz.
En esos libérrimos campos
abiertos a todos
aguárdolos yo.
Yo.
¡Yo!
TODOS.—¡Oh!
(Repiten todos las estrofas iguales que momentos antes cantaran, y don Alonso con ellos.)
ALO.—Yo aseguro
que no queda
ni un infame
malandrín.

HABLADO

CUA.—¡Se terminó el escándalo! ¡¡En nombre de la Santa Hermandad!...
MIG.—Alto ahí.

Dichos el Ama, la Sobrina, el Cura, el Barbero, que entran apresuradamente por el foro izquierda. Después de entrar estos personajes un criado cierra la portalada.

SOB.—¡Señor!
AMA.—¡Señor!
CURA.—¡Señor ventero!
BAR.—Señor ventero. Al volver hacia casa hemos oído las voces.
CURA.—Y sobre todo la suya.
VEN.—Oportunos sois, que ya iba a salir de mala manera.
SOB.—¡Tío!
AMA.—¡Señor!
CURA.—¡Señor don Alonso!
ALO.—¡También aquí vosotros, peste del diablo!
VEN.—No quiere irse ni a tirones.
CURA.—(Veréis.) No nos maldiga el ilustre y nunca bien ponderado caballero, sin que antes sepa cómo y porqué le buscamos. Hanse presentado en vuestra solariega mansión y en busca vuestra unos muy opulentos magnates que de luengas tierras vienen...
ALO.—A ver, a ver. *(Interesado ya.)*
CURA.—Y que en nombre de la gran princesa de Etiopía, cautiva de un terrible monstruo, reclaman la ayuda de vuestro poderoso brazo.
ALO.—¡Oh! ¡Haberlo dicho! Eso ya es ponerse en razón. Blas, vamos.

BLAS.—Señor...
CURA.—(¡Ah, imbécil!)
ALO.—¿No te decía que se acercaba la hora de las nuevas y felices empre-
s? Ya lo ves. ¿Qué importan las desdichas pasadas? Recuérdolas solo desde
altura de mi olímpico desprecio. Gente soez y miserable...
LOS DE LA VENTA.—¡Eh! (*Movimiento de amenaza.*)
SOB.—(*Deteniéndoles, suplicante.*) Deteneos, señores.
MIG.—(*A los de la venta.*) Por caridad. (*A don Alonso.*) Témplese vuestro
nimo augusto, que los que aun dudaren de vos, acabarán por admiraros. Y en
ombre de los que ya os admiran oid mi voz que os dice: ¡Vaya con Dios la
or y nata de los caballeros andantes; la fortuna le acompañará, y pasará su
ama de siglo en siglo entre aplausos y vítores!
ALO.—Habéis hablado bravamente. Y vive el cielo que por algo ya había
eparado en vos. ¡Sobrina! ¡Ama! ¡Barbero escuálido! ¡Curilla estólido! En mar-
ha, pues.
LOS DE LA VENTA.—¡Gracias a Dios!
MIG.—(*Oprimiéndose la frente con la mano.*) No, no se va, que aquí se queda.
ARRI.—(*A Maritornes.*) En cuanto te pille, te aso.
MAR.—(¡Ay, te creo!)

MUSICA

ALO.—En marcha. Vamos.
(*Dirigiéndose hacia la segunda izquierda.*)
UNOS.—Adiós.
OTROS.— Adiós.
VEN.—¡Por fin sosiego!
TOM.—¡Gracias a Dios!
ALO.—¡Señor del castillo!
¡Abrid los portones!
¡Bajad el rastrillo,
que ya ni un instante
me puedo aguardar!
LOS DE LA VENTA.—(*En son de burla.*)
¡Señor del castillo!
¡Abrid los portones!
¡Bajad el rastrillo!
VEN.—Marcháos y nunca
volváis por acá.
ALO.—(*Después de medio mutis.*)
¡Ah! ¡Esperad!
VEN.—(*Impacientándose.*)
¿Aún hay más?
ALO.—¡Esperad!
TODOS.—Esperad. (*Sigue la música.*)

HABLADO SOBRE LA MUSICA

ALO.—Perdonad, se me olvidó.
MIG.—¿A'go importante?
ALO.— Sí a fe.
Que vuestro nombre no sé.
MIG.—Tampoco sé el vuestro yo.
ALO.—Y era notable el olvido,
puesto que, entre tanta gente,
pienso que vos solamente
me habéis acaso entendido.
Pimentel, en mi lugar
me llaman, pero he pensado
por otro más adecuado
mi antiguo nombre cambiar.
Un buen caballero andante
si quiere famoso ser,
debe ante todo tener
nombre sonoro y brillante.
¡Eso parece que ensancha
su gloria!
MIG.—¡Sois un gran hombre!
ALO.—(*Llevándoselo aparte y con misterio.*)
¿Cómo os parece este nombre?
Don Quijote de la Mancha.
MIG.—¡Soberbio! En bronce y en piedra
se ha de esculpir desde hoy.
ALO.—¿Decís verdad?
MIG.— Como soy
Miguel Cervantes Saavedra.
¡Cread laureles triunfantes!
ALO.—¡Recordadme siempre vos!
MIG.—¡Gran don Quijote, id con Dios!
ALO.—¡Quedad con El, gran Cervantes!
(*Estrechándose las manos. Pausa. Van saliendo por la segunda izquierda don Alonso y los suyos, el Coro, Maritornes y el Arriero. Los demás se retiran a sus cuartos, menos el señor Miguel. Continúa la música. La escena vuelve a quedar alumbrada tan solo por la luz de la luna.*)

¡Qué extraña zozobra siento!
¡Dios le trajo a la posada!
Ya está mi idea encarnada.
Ya vive en mi pensamiento.
(Con ternura.)
Adiós, pobre loco, adiós.
Nuestro encuentro bendigamos
porque tal vez le debamos
ser inmortales los dos.
Y ahora a dormir. Pobre y duro
es el lecho. ¡Bah, qué importa!
Se hará la noche muy corta
pensando en él de seguro.
(Va a acostarse de nuevo y se detiene.)
Hoy copia la realidad
lo que parece ficción.
Delirios de mi invención
principian a ser verdad.
Ya comienzo a entretejer
lo visto con lo pensado,
porque, a veces, yo he soñado
con lo que acabo de ver.
Y al enlazar el recuerdo
con la realidad presente,
dudo quién es el demente
de los dos, y quién el cuerdo.
¡Ah, no no! No es desvarío.
¡El vive en su vida, sí,
pero además vive en mí
con algo que sólo es mío!
Vamos, pues, vamos los dos;
cada cual con su locura,
de aventura en aventura
por esos mundos de Dios.
¡Allá van! El siervo fiel
y el buen caballero andante.
Don Quijote en Rocinante.
Sancho en su rucio tras él.
(Exaltándose por momentos.)
¡Qué extraordinarias visiones
mi delirio me presenta!
¡Ginés! ¡El yelmo! ¡La Venta!
¡Los yargüeses! ¡Los leones!
¡Los molinos! A lanzazos
les entra con su bridón.
Piensa que sus aspas son
de cien gigantes los brazos.
Cayó en tierra.
(Bórrase todo el fondo de la escena
vese de pronto, con luz del día;
campo manchego donde se supone q
ocurrió la famosa aventura de los m
linos. Giran las aspas de éstos rá
domente, movidas por el viento.
los pies de uno, en segundo térmi
del cuadro, y a un corto trecho
señor de la cabalgadura, aparecen
tierra don Quijote y Rocinante. M
allá, Sancho, espantado. Las figuras s
ya las de la propia novela.)
Lloro y río.
(Volviéndose y viendo la aparición
¡Jesús! ¡El! *(Muerto de risa.)*
¡Y su escudero!
¡Salud, noble caballero!
(Don Quijote se incorpora y se fi
en Cervantes.)
¡Ven a mí, que ya eres mío!
(Adelántase don Quijote, hacia Cerva
tes. Este va a su encuentro con l
brazos abiertos. La Criatura y el Cre
dor se acercan.—Fuerte en la orques
y telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:
República Argentina: **ANTONIO MANZANERA**.-Independencia, 856.-Buenos Aire
Precio del ejemplar en Buenos Aires: 25 centavos.
Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS**.—1.ª Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C.

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8.008

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 045357008